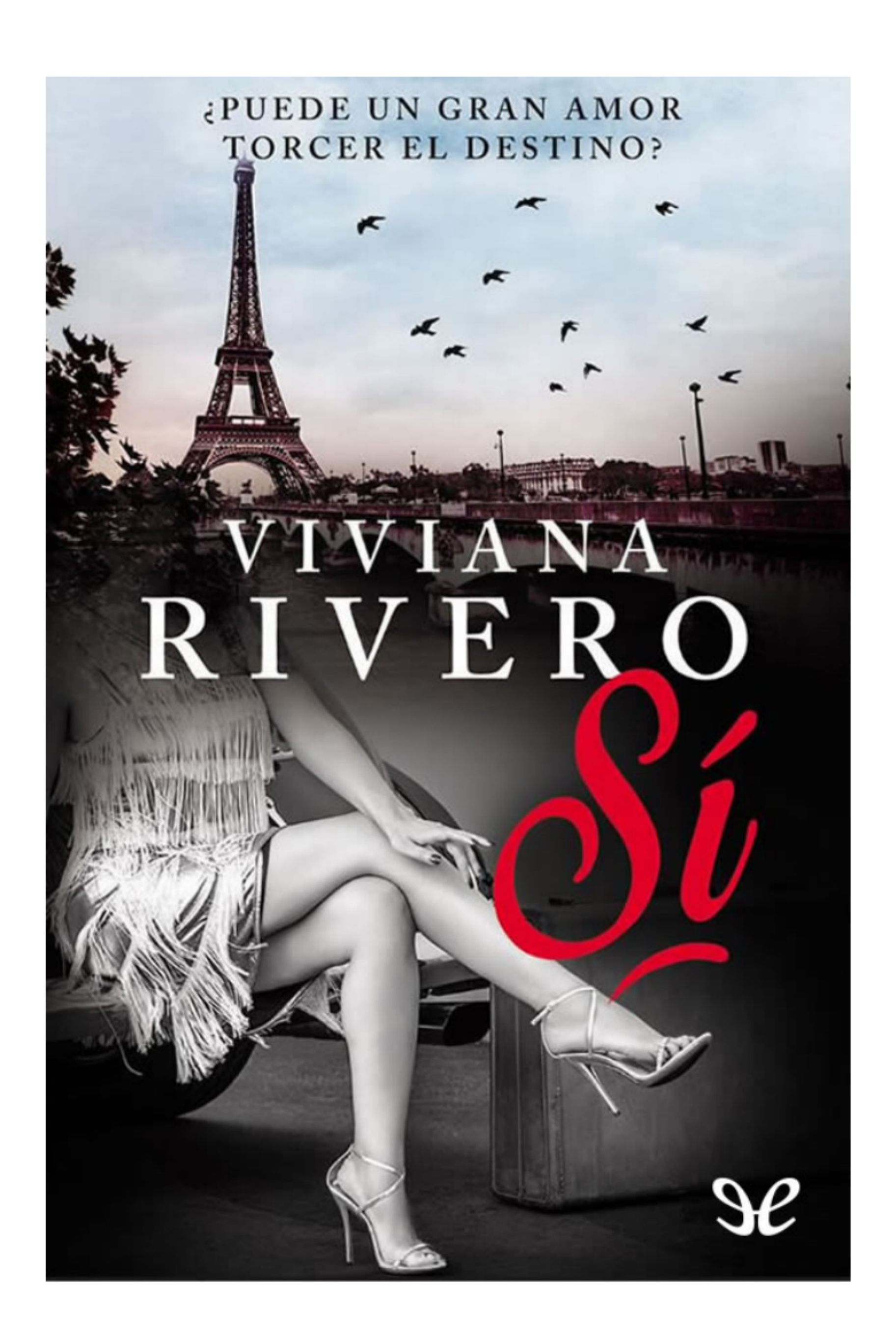

¿PUEDE UN GRAN AMOR
TORCER EL DESTINO?
VIVIANA
RIVERO
Sí

«Ambos se observaron… la primera mirada en una vida de miradas, porque en ese momento el reloj de la existencia de las personas movió sus agujas y el clic fue irreparable. El destino acababa de hacer de las suyas y Melisa y Nikolai estaban allí, juntos…»

A comienzos de 1920, Melisa Loyola, hija del sastre más renombrado de París, ansía convertirse en bailarina y cantante. Desde pequeña ayuda a su padre en el taller, y así entra en contacto con los rutilantes elencos del Moulin Rouge y del Folies Bergère. Sueña con brillar en un escenario, aunque no sea el futuro que su madre quiere para ella.

«Rico como un argentino» es la frase acuñada en el París de principios del siglo XX para referirse a los estancieros que se instalan allí durante largas temporadas y disfrutan de una vida ostentosa. El dinero parece manar de fuentes inagotables, y Nikolai Martínez Romanov es uno de esos privilegiados. Cuando conoce a Melisa, surge entre ellos un amor que parece indestructible y que se desplegará entre París y Buenos Aires. Pero los vientos cambiarán de dirección y la pareja vivirá situaciones límite, que exigirán una valentía extraordinaria.

En esta nueva novela, Viviana Rivero vuelve a construir una trama llena de peripecias y emoción, con personajes entrañables y escenarios de ensueño. Un relato apasionante, imposible de soltar, debajo del cual palpita una enseñanza: aun en circunstancias adversas, los seres humanos siempre somos capaces de empezar de nuevo.



Viviana Rivero

Sí

ePub r1.1
Titivillus 19-05-2023

Título original: *Sí*
Viviana Rivero, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Dedicado a todos los que viajaron con Melisa y Nikolai de Europa a América en el Principessa Mafalda *en octubre de 1927*

PRIMERA PARTE

¿El destino existe? Creo que no. Pero díganme si a veces no se nos hace imposible liberarnos de la idea de que alguien puso esa calle, esa escuela, esa casa u oficina para que todos los que debíamos reunirnos en la vida nos encontremos allí conformando un todo perfecto y armónico, aprendiendo las lecciones que unos a otros nos brindamos y, por momentos, nos imponemos.

La vida, a veces, se vale de un simple sitio físico, como una calle, para unir a quienes deben conocerse, tal como si una mano invisible hubiera hecho construir la calle Copérnico, levantar esas casas en París y abrir ese puesto de flores para lograr el cometido de reunir a los que debían estar juntos; ese lugar que atrajo, uno a uno, a quienes deben encontrarse y, juntos, conformar un todo armónico.

V. RIVERO

Capítulo 1

No debí pensar jamás en lograr tu corazón,
y sin embargo te busqué hasta que un día te encontré
y con mis besos te aturdí.

Tango «Grisel»,
JOSÉ MARÍA CONTURSI

España,
año 1898

Manuel Loyola inclinó el cuerpo hacia delante apoyando los brazos contra la baranda de la barcaza en la que viajaba y miró el mar; cruzaba de su tierra española a la exótica ciudad de Tánger. Lo hacía seguido pero el hecho de pasar a ese mundo tan diferente al suyo —tan occidental y cristiano— siempre le hacía sentir mariposas en el estómago.

—*Êtes-vous nerveux*? —le preguntó su amigo Florián en francés con su típica sonrisa.

—Solo un poco… —respondió Loyola en alusión a sus nervios.

En más de una oportunidad había hecho ese viaje con Florián y ambos habían comentado la extraña sensación que les producía pasar de una tierra a otra. Al francés lo había conocido hacía un par de años en ese mismo barco donde descubrieron que compartían el mismo oficio: la sastrería. Los unía una cierta complicidad de colegas: Florián se dedicaba a la confección de prendas de hombre; y él, a la de mujer. El galo le contó que había llegado a España de visita y que terminó quedándose a vivir en la península. La profesión y el interés de sus respectivas naciones sobre Marruecos les permitían identificarse y platicar animadamente acerca de la situación política. Cuando coincidían a bordo, la actualidad les daba temas de conversación.

El español Manuel Loyola fijó la vista en el agua y pudo ver el reflejo del cielo azul; hacía calor, le caían gotitas de sudor por la

frente. Buscó su pañuelo en el bolsillo del saco y se lo pasó por el rostro; luego, se peinó con los dedos el cabello castaño claro. Tenía importantes razones de peso para querer llegar lo más presentable posible; las mismas por las que ese día vestía traje y estrenaba camisa blanca. Miró las manecillas del reloj que colgaba de su pantalón negro. Era un viaje de unas pocas horas; calculaba que en breve vislumbrarían tierra y que, tras el arribo, ingresaría al mundo del islam. Tánger era moro por donde se lo viera. Lo mostraban los varios llamados a la oración que impregnaban el ambiente de sonidos religiosos, las mujeres con velo, los edificios curvilíneos con cúpulas y las voces de un idioma cargado de consonantes que, sin pausa, zumbaban en los oídos.

Manuel realizaba este viaje muy a menudo. Su trabajo de sastre de lujo se lo exigía. En cada visita, se dirigía a la parte antigua de la ciudad en busca de telas especiales; se adentraba por las calles estrechas de la medina fundada en 1400 y, entre los cientos de pequeños puestos coloridos que componían el laberinto donde los comerciantes exhibían sus mercancías, él elegía las telas para los vestidos que confeccionaría a su regreso. En el último tiempo sus viajes se habían intensificado por la necesidad creciente de materiales, había comenzado a vestir a dos importantes grupos teatrales. Sus inicios como sastre los había hecho siendo apenas un jovencito, un mero aprendiz, un ayudante en un gran taller. Ahora, sin embargo, con casi treinta años, ya poseía el suyo. Había empezado tímidamente, vistiendo a señoras elegantes y a alguna que otra actriz que lo requería para ocasiones especiales, pero la fama de su dedal lo había llevado a confeccionar el vestuario completo del plantel de actores que recorría Málaga, Sevilla y Cádiz. Semejante compromiso lo ponía contento, era una excelente oportunidad económica. Los trajes caros se pagaban bien, y disfrutaba mucho al crearlos.

En cada viaje a Tánger, Loyola conseguía géneros, festones y orlas de excelente calidad; pero de Marruecos no solo le interesaban las telas. Desde hacía unos meses lo atraía una mujer, una que él no tenía derecho a mirar, ni siquiera a pensar, porque no era de su etnia ni de su religión. Ella usaba túnica sobre los vestidos y velos sobre su pelo. Jamás lo había visto —«ni un mechón», pensó—, aunque podía imaginarlo renegrido. Sus ojos oscuros y rasgados

parecían hablar y decirle lo que él quería escuchar. Era Amina, la bella hija de Abdel Alberahim, uno de los comerciantes que Loyola visitaba desde hacía unos años en la medina. Un tendero agradable al que apreciaba y con quien había trabado amistad. En la tienda del moro, luego de un extenso regateo al que ya se había acostumbrado, transaba la compra de gran parte de los insumos necesarios para su taller. El comerciante tenía cinco hijas, situación especial que lo llevaba a trabajar más que cualquiera, ya que sobre él pesaba la preocupación de casarlas a todas.

Manuel Loyola adquiría materiales en varios puestos de la medina, pero el de Alberahim era su preferido por la calidad de sus paños y porque le gustaba charlar con el hombre. Cada vez que visitaba la tienda, pasaba horas eligiendo lo que las manos ágiles de Amina le mostraban con gracia y presteza; ella ayudaba en el negocio de su padre desenvolviendo las resmas y alcanzándole los materiales. Durante su labor, la muchacha solía acariciar los detalles de los festones o tocar con la punta de sus dedos los delicados dibujos de las telas, y, al hacerlo, las texturas se volvían deliciosas a los ojos de Manuel. Alberahim, a su lado, se dedicaba a hablar de las cualidades de sus productos para convencerlo de comprarlos y metido en su mundo de oferta no se percataba de las miradas españolas sobre la suave mano de su hija.

Durante las visitas de Manuel, la muchacha hablaba muy poco, pero él, que le prestaba extrema atención, conocía muy bien su timbre de voz. Amina le gustaba mucho y, aunque no conocía ni el largo ni el color de su pelo, sí sabía de memoria su perfil de largas y copiosas pestañas, su bonita boca roja y la forma grácil de sus movimientos que hacían que su cuerpo llegara antes que la tela liviana de su túnica cuando avanzaba con pasos rápidos. Una de las cosas que más le impactaba de la joven era la disposición con la que ayudaba a su padre; siempre lo hacía con cariño y parecía adivinar lo que él pediría. Por momentos, una sonrisa dulce se adueñaba del rostro de Amina y cuando esto sucedía, para Loyola el ambiente se transformaba en fiesta. Podía jurar sobre la Biblia que reconocería el aroma de la muchacha en cualquier lugar que ella hubiese estado; la mezcla de limón y jazmín que dejaba al pasar flotando en el ambiente lo tenía subyugado. De Amina no conocía mucho más que eso. Pero tal vez, por esas curiosidades del amor, que se instala

sin pedir permiso donde menos debería y cautiva a quienes no tendría que hacerlo, él se había ido enamorando de ella con solo apreciar esos detalles.

Tras bambalinas, luego de dar por concluida cada transacción, Alberahim y él compartían un brebaje caliente tomado en enormes vasos de vidrio transparente repletos de hierbabuena y té verde, que, servicial, alcanzaba Amina. Al principio, Manuel los había bebido por obligación pero con el tiempo descubrió que ese gusto dulzón y refrescante le agradaba, igual que el ritual de sentarse en los cómodos silloncitos de respaldo alto y almohadón de terciopelo amarillo para charlar de política con Alberahim. Claro está que ese disfrute por el té tenía un motivo adicional: las manos de Amina preparaban y servían la bebida.

Manuel aún estaba envuelto en sus pensamientos cuando la voz de su amigo lo volvió a la realidad.

—Ya casi llegamos a Tánger.

Loyola miró a su alrededor y notó que los demás viajeros se acomodaban para bajar. La embarcación arribaba al puerto.

—Sí, ya se ve tierra —respondió y tanteó sus bolsillos buscando cerciorarse de que los documentos y los billetes estuvieran donde debían.

Como siempre, cada uno iría por su lado; luego, se encontrarían al pie de la barcaza para emprender el regreso y, ya en la cubierta, al cruzar el estrecho de Gibraltar, comentarían las bondades de las telas adquiridas.

El día de trabajo comenzaba: Loyola iría primero al puesto de los botones; luego, al de los hilos y, finalmente, al de Alberahim. Sabía bien lo que quería comprar y cuánto deseaba ver a la muchacha mora.

Alberahim y Manuel Loyola llevaban varias horas juntos en lo que iba del día; las seis resmas de géneros brillantes y coloridos ya habían sido elegidas, envueltas y cargadas sobre el carro tirado por mula que un muchachito se encargaría de llevar hasta el puerto; la operación con regateos incluidos ya había sido cerrada. La visita llegaba a su fin, lo anunciaba el hecho de que los dos hombres se instalaban en los silloncitos altos de la parte trasera de la tienda para llevar adelante el ritual final de tomar el enorme vaso de té moruno bien hirviente. Como siempre, Amina fue quien lo preparó;

y el español, nuevamente, observó las manos femeninas que lo servían, sumando de esta forma segundos a los minutos que ya había pasado haciendo lo mismo ese día. Los ojos de hombre sobre las manos de mujer, los ojos de hombre sobre la punta de los pies pequeños que asomaban bajo la larga túnica azul. Pero también algo más: los ojos de hombre sobre los de mujer porque en varias oportunidades las dos miradas se habían encontrado sonrojando a Amina, lo que sucedía cuando Alberahim se hallaba ocupado en otra cosa, ya sea cargar un género pesado, sacar de un cajón un cordel dorado o contar los billetes, porque para los dos jóvenes todo era una buena oportunidad para mirarse. Amina desaparecía tras la cortina y la tranquilidad regresaba a Loyola, su pulso se desaceleraba. La conversación se desenvolvía entre los hombres y sus voces sonaban claras entre tantos géneros.

—Loyola, tengo que decirte que hoy te has llevado las mejores telas de mi tienda a un precio excelente… Mira que te he hecho un gran descuento.

—Estoy seguro de que son las mejores, aunque no sé si puedo decir lo mismo de los descuentos —dijo el español con una pícara sonrisa.

—¡Bah, bah, bah! —dijo el moro agitando la mano, y agregó—: No seas desagradecido, que para ser español bastante aprecio te tengo, porque con lo que vosotros nos hacéis a nosotros los moros, yo no debería haberte hecho ni una sola quita.

—Hombre, deja de quejarte, que tan mal no la pasas. Cada vez tienes más clientes españoles y esto tiene que ver con el protectorado que ha creado España del que tanto te lamentas. No creo que mis compatriotas se animaran a venir a comprar como lo hacen si no estuvieran las factorías en la zona costera.

—¡Jamás será algo bueno que se metan en lo que es nuestro!

La frase de Alberahim fue el puntapié inicial para adentrarse en el tema que siempre tocaban cuando se sentaban a tomar el té: la negativa del pueblo marroquí a aceptar la ocupación europea y a ser tratados como colonia. Los españoles disponían del territorio de Ceuta como una herencia de Portugal desde la Edad Media, y eso, los moros no se lo perdonaban. En 1860 una nueva disputa sobre el territorio africano había llevado a España a declarar la guerra, que, una vez ganada, les permitió obtener un nuevo enclave y una

ampliación en Ceuta. La presencia española se había afianzado año a año hasta que en 1884 había creado un protectorado en las zonas costeras con el establecimiento de varias factorías. Esto reavivaba la eterna discusión gubernamental; sin embargo, y pese al encono, el comercio crecía.

Los hombres llevaban media hora de plática política y ya iban terminando los vasos de té, la conversación decaía y parecía que Loyola se marcharía cuando hizo un último comentario que dio un giro inesperado a la charla:

—Entiendo lo que dices, Alberahim, pero todo el mundo quiere estar mejor económicamente y tu país ahora lo está. He leído en los periódicos españoles que vuestra economía ha mejorado notablemente.

—¡Y qué quieres que te digan tus periódicos! Además, aunque fuera verdad, no creo que cambiara mucho mi realidad —dijo levantando la vista del vaso como si arribara a una conclusión a la cual no quería llegar.

—¡Alberahim, si tu negocio está floreciente!

—Sí… pero al fin de cuentas los negocios no lo son todo —dijo en tono resignado.

—No puedo creer que tú me digas eso… —Jamás le había escuchado decir algo semejante a Alberahim; ni a él ni a ningún moro.

—Es que llega un momento de tu vida en que descubres que hay cosas más importantes —concluyó el comerciante.

—¿Cosas…? —A Loyola la conversación comenzaba a sonarle extraña.

—Sí, como la libertad… o la salud —dijo tomando un último trago de té y perdiendo nuevamente la vista en el interior de su vaso.

Manuel pudo sentir con claridad la aflicción en la voz del tendero, lo miró con detenimiento por unos instantes, entonces el rostro del hombre se lo confirmó.

—¿Te encuentras bien, Alberahim? —se atrevió a preguntarle.

—Sí, hummm… bueno, no tanto.

—¿Sí o no?

—No, según el médico. Aunque a los que estudian mucho no les creo todo lo que dicen, tienden a creer más en los libros que en las

realidades.

Loyola notó que Alberahim en los últimos meses había bajado bastante de peso.

—¿Estás enfermo?

—Así es.

—Enfermo de algo… ¿grave?

—Sí.

Se hizo silencio.

—Algo… ¿irreversible?

Alberahim movió la cabeza afirmativamente. Loyola se quedó mirándolo sin saber qué decir. No esperaba semejante confidencia. Al fin pudo articular:

—Lo siento. ¿Puedo ayudarte?

—No creo, pero no te aflijas. A la muerte no le tengo miedo; toda mi vida he cumplido con Alá y con mi religión y sé a dónde me iré. No tengo temor a lo que pueda sucederme, sino a lo que le pasará a los que queden en esta tierra cuando me vaya.

—¿Te preocupa tu familia?

—Así es, no te olvides de que tengo esposa y cinco hijas que quedarán solas. Por lo que estoy tratando de organizar los casamientos de varias de mis niñas.

—Ay, Alberahim, no quisiera estar en tu lugar.

—Solo le pido a Alá que me dé tiempo antes de irme para examinar los candidatos y estudiar las *mahr* que me ofrecen por ellas —dijo refiriéndose a las dotes.

Loyola pensó: «Hijas… casamiento… marido. ¡Amina!». Junto al nombre querido muchas ideas vinieron a su mente, pero decidió ser precavido.

—Escucha, Alberahim, no deberías apurarte tanto, tal vez las cosas no sean tan graves como crees. ¿Por qué no pruebas atenderte con médicos españoles?

—Ya lo hice y no fueron optimistas, por lo que he decidido ocuparme de lo que tengo pendiente.

—¿Y qué decisión has tomado?

—He organizado el futuro de la tienda y también el de mi familia. En cuanto supe que lo mío era definitivo, concerté el matrimonio de dos hijas, así que en breve realizaré sus bodas, pero aún me falta casar a dos más. Lo cual es un engorro y un gran gasto.

El tiempo corre en mi contra, debo apurarme.

—¿Tu negocio quedará para tu mujer y tus hijas?

Loyola no salía de su asombro, Alberahim estaba en verdad enfermo y planeaba fríamente el futuro de sus descendientes. «No le resultará fácil», entrevió. En medio de su interés por Amina, a Loyola se le colaba la preocupación por el hombre.

—¡Cómo se te ocurre, español! ¡Ellas son mujeres! El negocio quedará para el marido de mi hija más grande. Ya he cerrado trato. Con el dinero que me dé, haré parte de las fiestas. Además, se encargará de mantener a mi esposa cuando yo no esté.

—Ya veo que has hecho varias previsiones.

—Casaré a todas, menos a la más chica. Ella es solo una niñita. Pero dejaré concertado su matrimonio para que se realice en unos años, cuando yo ya no esté… —repitió con la convicción de quien sabe que el final está próximo. Luego, miró al cielo y exclamó—: ¡Es que al darme cinco mujeres, Alá me ha bendecido y castigado al mismo tiempo!

«Es verdad», reconoció Loyola. Un moro con esa cantidad de hijas jamás tendría paz hasta casarlas a todas. Qué distinto era en España. Le llamaba la atención la parsimonia con que Alberahim enfrentaba la muerte, qué diferente la tomaba un árabe. Pero… ¿y Amina? ¿A ella también ya le había encontrado marido? Una sensación desagradable se le instaló en la boca del estómago. La voz del moro vino a responder su inquietud.

—Aún debo encontrar esposos para Hanna y Amina —dijo pensando en voz alta, como si hablara para sí mismo.

—¿Para Amina? —preguntó y miró en dirección al cortinado rayado en negro y azul que lo separaba de ella, tratando de asegurarse de que hablaban de la misma persona.

—Sí, la que me ayuda en la tienda. Estoy buscándole un marido tendero, ella sería muy útil a alguien con negocio.

Se hizo un silencio pesado, los dos hombres por instantes se sumergieron cada uno en sus propios pensamientos; los de Alberahim buscaban un marido entre los tenderos que conocía pero ninguno terminaba de convencerlo; los de Loyola iban a gran velocidad: si de veras le interesaba la chica, este era el momento de hablar, debía abrir su boca, era ahora o nunca. Se decidió por lo primero.

—¿Darías a tu hija Amina en casamiento a un infiel?

Alberahim lo miró estupefacto.

—¡Cállate, español, no seas ridículo!

—No sería cualquier infiel, sería un buen hombre… alguien que la cuidaría, que le daría un buen pasar. Alguien con quien podría compartir la pasión por los géneros.

Alberahim lo miró a los ojos durante unos instantes, buscaba cerciorarse que había entendido bien a dónde quería llegar el español; luego se puso de pie y lo observó de arriba abajo sin decir palabra. Manuel le sostuvo la mirada, hasta que al fin el moro habló:

—Oye, español, no es tan fácil, está de por medio la religión, el celebrar el casamiento según nuestras costumbres… y tantas otras cosas de las que tú no tienes idea.

—La boda podría llevarse a cabo bajo las costumbres moras, el infiel podría convertirse al islam. Y lo demás se puede arreglar.

Los dos hombres volvieron a mirarse largo y profundo. Esta vez, midiéndose uno al otro.

—El tiempo corre… tú lo dijiste —apostó Manuel Loyola.

La última frase hizo el efecto esperado y Alberahim se puso de pie, caminó unos pasos y se acercó a la cortina a rayas azul y negra del fondo que comunicaba con el otro sector. Desde allí gritó:

—Amina, hija mía, prepara dos copitas de *mahia*.

Manuel lo escuchó sorprendido, sabía que los moros no bebían y Alberahim jamás lo había hecho delante de él. El *mahia* era un licor de higos.

El padre volvió y, frente a Loyola, que también se había puesto de pie, dijo:

—Oye, español, siéntate, que esto no se habla en una hora, ni siquiera en un día. Será en varias reuniones. Y no te prometo nada, solo veremos.

Tras la cortina, Amina servía el licor. Sus manos se movían nerviosas, temblaban; había escuchado la conversación y entendía perfectamente lo que Loyola había propuesto. Y ella quería lo mismo que él. Porque Amina conocía la forma exacta de las manos de ese hombre español y su manera de acariciar un género cuando le gustaba, había descubierto cómo tamborileaba los dedos contra el mostrador cuando quería cerrar el precio de la compra con su padre

y hasta distinguía muy bien sus pasos largos y aplomados cuando estaba satisfecho con la adquisición; se había acostumbrado a su amabilidad y caballerosidad, las disfrutaba, tenía maneras diferentes a los hombres de su pueblo. Ese hombre le gustaba, igual que sus ojos claros, calmos y buenos. Ella no dejaba de asombrarse, jamás hubiera pensado o atrevido a soñar que algo así fuese posible. Tanto lo que él se había animado a proponer como la respuesta que había dado su padre.

Capítulo 2

Era más blanda que el agua,
que el agua blanda,
era más fresca que el río,
naranjo en flor.

Tango «Naranjo en flor»,
HOMERO EXPÓSITO

Tal como predijo Alberahim, las reuniones que necesitaron para armar el arriesgado casamiento fueron muchas; y las concesiones que debió hacer Manuel, también. Porque lijar las diferencias, equilibrar los contrastes y armonizar las disparidades no se logró de un día para otro, pero el deseo de la pareja prevaleció sobre cualquier obstáculo. El hecho de que el padre de la novia estuviera pronto a dejar este mundo fue determinante para conceder la autorización y concertar el contrato matrimonial con el español. Le pesaba la responsabilidad patriarcal de casar a sus cinco hijas; pero, sobre todo, parecía que haber comprendido cuán efímera era la vida lo había llenado de una sabiduría anexa que le permitió flexibilizar sus pensamientos, tolerar situaciones inusuales y trastocar tradiciones ancestrales que, en otro momento y bajo otras condiciones, jamás hubiera aceptado.

Aun así, fueron varios los meses y los rituales que necesitó la pareja para convertirse el uno en el dueño del otro.

El día que Manuel Loyola conoció y acarició el largo y sedoso cabello oscuro de Amina, ella ya era su esposa. Dos semanas atrás, él había pronunciado en Tánger la *shahada*, oración que lo convirtió al islam.

La tarde que llegaron a España era de sol, luminoso como pocos. La luz entraba por la ventana de la cocina de su casa, en Málaga, esa misma que había pertenecido a los Loyola por un par de generaciones, la misma que había cobijado a sus padres mientras vivieron y la misma que ahora servía de morada para convivir junto a su novel esposa. Tras contraer matrimonio, Loyola había decidido

residir en la casona malagueña.

De pie, junto a la puerta de madera maciza de la cocina, la pareja se observó en detalle por primera vez. Y Loyola, feliz de regresar a su mundo occidental después de varias semanas, aunque también un poco preocupado por la locura que entrañaba su decisión de casarse con una desconocida, le quitó el velo a Amina. Lo hizo sin paciencia, casi intempestivamente. Al desprenderlo, el largo cabello de belleza exótica lo deslumbró. Y en ese momento, la dulce sonrisa de la joven le dio la cuota de paz que necesitaba. Luego, por decisión propia y sin dejar de sonreír, Amina se despojó de la túnica. Debajo apareció un bonito vestido azul bordado con vivos plateados. Sin saber muy bien qué hacer, Manuel preparó una taza de té para ella y una de café para él. Mientras servía las bebidas, se preguntó si había llegado el momento de llevar al dormitorio a su mujer.

Esa tarde Amina había tomado el té mirando con curiosidad el entorno que la rodeaba. Los ojos no le alcanzaban para comprender ese hogar español en donde todo era diferente a lo que ella había conocido en su vida, desde los utensilios de cocina hasta la forma en que acomodaban las sillas. Habían llegado a la casa de Málaga para radicarse allí, en la ciudad andaluza. Ese fue el trato que Manuel había trabado con Alberahim.

Durante la observación silenciosa, ella supo que tendría que revisar sus costumbres. Intentó enumerar las diferencias que veía, pero pronto perdió la cuenta y se dio por vencida. Para bien o para mal, su mundo y el de su marido se unirían a partir de ese momento, al igual que lo harían sus sangres, porque aunque todavía no lo sabían, un ser nuevo concebido por la pareja comenzaría a gestarse. Amina, cual único milagro, quedaría embarazada. Solo una hija vendría al seno de la familia que habían conformado.

Manuel Loyola caminaba por las calles de Tánger con su mujer ataviada según las costumbres musulmanas, de túnica e hiyab. Cada uno avanzaba ensimismado en su propio mundo rumbo a la casa de Hanna, una de las hermanas de Amina. Loyola solo tenía cabeza para la propuesta laboral que había recibido el día anterior. Desde que le habían ofrecido hacerse cargo del vestuario completo de las bailarinas del famoso *cabaret* Moulin Rouge, sus cavilaciones

sobrevolaban París. Su amigo Florián había tenido que ver con esta excelente oportunidad que en otro momento no le hubiera interesado; simplemente, porque involucraba mudarse a la capital francesa. Pero ahora, tal como estaban las cosas, y con la influencia que ejercía la familia sobre Amina, sí le interesaba. Y mucho. Por momentos, las relaciones se complicaban y veía cómo sufría su esposa, quien vivía en un mundo diferente y al que trataba de adaptarse. Los pequeños cambios que Amina dejaba traslucir, sin dudas, molestaban a los de su clan.

Amén de que él pronto sería padre y sentía que debía trabajar más que nunca, ya que ahora tendría un hijo a quien legarle los bienes que lograra en esta vida. Mientras meditaba acerca de cómo contarle la propuesta laboral, Amina, a su lado, caminaba atenta a su vientre. Deseaba sentir a su hijo, esperaba ansiosa sus primeros movimientos, los cuales aún no se habían hecho notar. Alá la había bendecido con descendencia, y esa tarde no veía la hora de llegar a la casa de su hermana para contarle sus síntomas. Loyola la dejaría allí de visita por unas horas y él, con el pretexto de comprar encajes para sus vestidos, iría a la medina. No deseaba quedarse; no soportaba el rigor del silencio que le prodigaba su cuñado, Benyaakoub, el esposo de Hanna, quien lo ignoraba por considerarlo extranjero. Advertía que ni siquiera Amina era bien recibida por el hombre. Parecía, incluso, que no le gustaba que ella los visitara. No dirigirle la palabra era la viva demostración de que no estaba de acuerdo con el matrimonio celebrado con un converso. Aun así, las hermanas se las ingeniaban para verse, y Loyola siempre escoltaba a su esposa hasta la casa de Hanna. Abdel Alberahim ya no estaba en este mundo para poner armonía en las relaciones y la madre de Amina parecía no tener voz ni voto en estos asuntos.

A Manuel y Amina, el matrimonio les había traído infinitos descubrimientos. Algunos, muy gratos; otros, no tanto. Pero por sobre todo, les había hecho romper ciertos paradigmas que habían creído inamovibles.

Había situaciones cotidianas con las que él nunca había soñado y que ahora le resultaban maravillosas, como tener una esposa que lo esperara con una tina llena de agua tibia perfumada con menta y le pasara una manopla exfoliante por la espalda, o que una vez a la

semana su cuarto matrimonial se transformara en un salón de baile árabe acicalado con velas y *tulles* para que Amina se le apareciera ejecutando la danza del vientre vestida solamente con un sujetador apretado, adornado con monedas, y con un cinturón a la cadera del que nacían gajos de telas transparentes. No sabía cuánto más duraría este pequeño deleite privado, ya que el embarazo pronto sería notorio. Él, sin embargo, la disfrutaría mientras pudiera, aunque sospechaba que, mientras fuera su esposa, la ceremonia tendría lugar cada semana.

Pese a las atenciones que recibía, la vida conyugal no era perfecta. Ciertos desencuentros lo desanimaban, como no lograr que su mujer lo acompañara a eventos sociales, ni a un restaurante. Ni siquiera logró persuadirla de que asistiera al teatro el día que se estrenó la primera obra que contaba con su vestuario desde que se habían casado. No hubo argumentos para que fuera a conocer sus creaciones. A ella no le gustaba salir a la calle; y, cuando lo hacía, lucía velo y túnica.

Para Amina había sido una agradable sorpresa encontrar un hombre a quien parecía importarle su opinión tanto en las decisiones pequeñas, como elegir los botones de los trajes que fabricaba; y en las importantes, como comprar una casa, ahora que estaban ganando más dinero. La parte odiosa consistía en que su marido esperaba que ella tomara constantemente resoluciones, lo que le resultaba abrumador. No estaba acostumbrada a dar una opinión, ni a ser escuchada.

Aun así, pese a las divergencias que cada uno percibía, en la balanza siempre pesaba más lo bueno que lo malo; ellos parecían haber encontrado el amor, y este les había traído el equilibrio necesario para ser felices, haciéndolos congeniar en las pequeñas grandes cosas de la vida como una palabra de aliento dada en el momento justo, un abrazo restaurador, o el estar siempre atentos a las necesidades del otro, ya sean físicas, emocionales o espirituales.

Esa tarde, cuando Amina y Manuel llegaron a la casa de Hanna, él golpeó a la puerta. Antes de que les abrieran, corroboró que su esposa estuviera conforme.

—Amina, regreso en dos horas. ¿Está bien?

—Sí, aunque preferiría que te quedaras.

—Ya lo hablamos… Y sabes que no puedo.

Manuel adivinó en los ojos de su mujer que estaba de acuerdo.

La puerta se abrió y varias mujeres recibieron a Amina con grititos de alegría. La algarabía era total pero ella lloraba. ¡Allí también estaba su madre! No esperaba verla; tampoco que estuvieran sus cuatro hermanas; había venido hasta la más pequeña, a quien hacía mucho tiempo que no veía. Al enterarse del embarazo, habían querido festejar la noticia junto a ella.

Media hora después, Loyola se hallaba en la medina comprando encajes; y en el salón de la casa de Hanna, las mujeres tendidas entre las alfombras y los cojines desparramados en el piso, conversaban animadamente mientras tomaban té y comían *chebakkia*. Parecía que una apacible felicidad las envolvía y que no había límites en la conversación, pero la realidad era que sí los había, y que la armonía podía desbaratarse con facilidad. Porque, al fin de cuentas, Amina estaba casada con un español y vivía en Málaga. Ya nada era como antaño; ni siquiera ella misma.

—¿Y cómo son tus vecinos, Amina? —preguntó Hanna.

—No los conozco, casi no salgo —respondió encogiéndose de hombros.

—Haces bien, hija, no hay necesidad. No hay que olvidarse de que son infieles —afirmó su madre.

—¡Amina, vives en una ciudad española y no haces nada diferente! —exclamó una de sus hermanas.

—¡Cómo que no! Miren… me he cortado el pelo —dijo quitándose el velo y dejando al descubierto su melena al hombro, tal como dictaba la moda occidental.

—¡Ahhh! —La exclamación fue general mientras sus hermanas se acercaban para mirarla mejor.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó con severidad su madre. Permanecía incrédula ante lo que veía.

—Es lo que se usa en Málaga —dijo desafiante, y sintiéndose la mujer más moderna del mundo.

—Pero si nadie te lo verá.

—¡Cómo que no! Mi esposo me lo ve en casa, me gusta estar a la moda para él.

—¡Pero, Amina, con qué necesidad! ¡No hay nada más bello que el cabello largo de una mujer! ¿Qué dice tu marido al respecto?

—Cuando me vio, dijo que lo que me haga feliz a mí, lo hará

feliz a él —explicó Amina recordando el día en que la peluquera había ido a su casa, puesto que no podía mostrar su pelo en ningún lugar, ni siquiera en una peluquería.

La hermana más pequeña, que escuchaba con atención el diálogo de las mujeres, tendida en los almohadones de la punta, exclamó:

—¡Madre, a mí también me gustaría cortármelo!

—¡Qué dices! ¡Que Alá nos proteja de hacer más locuras! ¡Bastante tenemos con las de Amina! —dijo su madre. Luego, tras apreciar el bello cabello corto, la miró a los ojos, y agregó—: Te pido que no traigas ideas extrañas delante de la niña. La contaminas.

—Madre…

—Parece que no comprendes que lo importante de una mujer es su interior.

—Pero, madre, solo estamos hablando del cabello…

—No me contradigas.

—No la contradigo: yo opino igual. Es usted, que se pone necia —expresó Amina.

La mujer volvió a mirarla con acritud. Jamás su hija le había respondido así ante una orden. Comenzaba a pensar que su difunto esposo se había equivocado al casarla con Loyola. Por más que el español se hubiera convertido al islam, ella no lo veía muy apegado a la religión. Su hija, en cambio, no era la misma. Amina comenzaba a occidentalizarse; lo veía en las palabras que usaba, en lo que relataba, y hasta en la forma en que ahora tomaba decisiones. Pero no solo su madre notaba el choque, también Amina lo hacía, porque así como había sucedido con el corte de pelo, una y otra vez en cada tema que abordaban, ella parecía no encajar. Tampoco podía contar lo que quería. Sentía que no era entendida o, simplemente, que no les interesaba a las demás mujeres de la familia lo que ella tenía para decir, como si hablara en otro idioma. Vivir en España era completamente diferente y ella trataba de transmitirles la experiencia. Pero era imposible; su madre y sus hermanas no entendían.

Dos horas después, Manuel buscó a su esposa y se marcharon. Por el camino, Amina le relató la experiencia sufrida en la casa de Hanna. Entonces, al escuchar los planteos formulados por su suegra

y cómo habían mortificado a su mujer, pensó que era una buena oportunidad para contarle acerca de la propuesta laboral.

Tal vez —como le ocurría a él—, Amina sintiera que era tiempo de alejarse de España. «En otra tierra —conjeturó Manuel—, podríamos tener más libertad». Jamás objetaba las costumbres de su mujer, ni le pediría que las cambiara. Por el contrario, algunas, como sus rituales de belleza y bailes, lo fascinaban y lo enamoraban aún más, pero soñaba con disfrutar junto a ella —aunque sea un poco— de vida social, llevarla a comer a un restaurante ataviada con un bonito vestido que le permitiera mostrar ese hermoso cabello que solo él admiraba. Era un sueño. Uno más de la vida normal que pretendía. Situaciones comunes que, para ella, no lo eran tanto. Una frontera invisible los separaba y Manuel estaba dispuesto a cruzarla.

—Amina, ¿no te gustaría que nos mudáramos a un lugar donde nadie nos conociera? ¿Un sitio donde tú podrías dejar de usar túnica y velo?

—No sé si quiero eso…

—Piénsatelo.

—¿Cuál sería ese lugar?

—Me han propuesto trabajo en París.

—¿París? Hablan francés…

—¿Qué problemas te haces? Si lo platicas mejor que yo —repuso él. En Marruecos lo hablaban fluidamente.

—¿Qué harías tú allí? —preguntó Amina.

—Los trajes para un espectáculo de un teatro local muy conocido. —No se atrevió a decirle el nombre. Moulin Rouge no gozaba de fama recatada. Pero él sabía que las bailarinas daban un gran espectáculo.

—Francia queda muy lejos. No creo que pueda separarme de mi familia.

—Ay, Amina, pero mira cómo sufres cuando ellos no pueden entenderte. Imagínate cuando quieras criar a nuestro hijo y se te ocurra hacer con él algo diferente… algo que ellas consideren inapropiado.

—No creo que yo quiera hacer algo distinto con mi hijo, ni nada que ellas consideren incorrecto.

—¿Ah, no? Y ese corte de cabello que te has hecho, ¿qué

significa para ellas? Tú ya no eres la misma.

—¡Claro que soy la misma! ¡Solo es un corte de cabello! —protestó tocando la tela que cubría su cabeza. Sentía que su esposo atacaba a su familia, sus costumbres, su religión.

—Yo no estaría tan seguro. Piensa en las conversaciones que mantuvieron hoy y recuerda cómo te hirieron.

Amina se encogió de hombros, como si no le importara el tema. Pensaba que su marido estaba equivocado y ya no quería ni hablar ni recordar la charla, pero un interrogante atacó su ingenua mente: «¿Y si concibo a una hija y un día deseo cortarle el pelo?». Se atrevió a más… a algo que jamás hubiera imaginado que llegaría a pensar: «¿Y si quiero que mi niña no use hiyab? ¡Oh! ¿Qué dirían mi madre, mis hermanas, mis cuñados?». Supo la respuesta. Pero era cierto que el día que había aceptado casarse con un hombre distinto a los de su pueblo, también se había convertido en una mujer diferente. Esta reflexión y las siguientes la asustaron. «¿Está mal? ¿Qué significa ser distinto? ¿Quiénes son los diferentes, yo o los occidentales? ¿Alguna de las dos partes está equivocada? ¿Cuál?».

Podría haber continuado con los interrogantes, pero un recuerdo la tranquilizó: su difunto padre había autorizado y organizado el matrimonio; él había creído que sería bueno para ella.

Además, los asuntos del pelo, del velo, de su indumentaria, o bien suponer que alguna vez querría hacer algo distinto con una hija, eran verdaderas locuras. «Jamás las haría», reconoció para apaciguarse. Una lucha entre lo nuevo y lo viejo se cernía en lo profundo de su ser. No obstante, el germen de lo novedoso tomaba cada día más fuerza en su interior.

El día que Amina dio a luz a su hija fue muy feliz. Esa mañana, luego de una larga noche de trabajo de parto y sufrimiento, vio por primera vez la carita dulce de su niña. Entonces, desbordada de ternura, el dolor que había padecido no le pareció nada en comparación al sublime sentimiento que la inundaba. En ese momento se convenció de que ella se hallaba dispuesta a morir —y hasta a matar— por ese ser que tenía sus ojos negros y la boca del hombre que amaba. Estaba decidida a dar sus horas de vida, sus noches de sueño, sus victorias; a aceptar derrotas, con tal de que nunca, pero nunca, ese pedacito de carne rosada le faltara de su

lado. Se sintió dispuesta a dar lo mejor de sí, a entregar su máximo caudal de amor y sacrificio, hasta a cambiar los más profundos paradigmas arraigados en ella. Se sintió invencible y dispuesta a todo. Esa madrugada de verano marcó un antes y un después en su vida, como también en sus decisiones. Solo que ella recién lo notaría con el pasar de los meses; y más: con el transcurrir de los años.

Melisa había llegado a sus vidas. Ese había sido el nombre elegido para su hija. En su idioma significaba «dulce como miel». Porque su niña estaba hecha de azúcar y terciopelo, de canción y tibieza, de sándalo y de sol.

Capítulo 3

¡Oh, París, la ciudad del placer,
cuánto dolor sabes esconder!
¡Oh, París, la ciudad del amor,
cuánta tristeza vive en tu interior!

Tango «París»,
MANUEL ROMERO

París,
año 1901

Familia Loyola

«Tener una historia de amor diferente nos hace sentir especiales. Pero en ciertas oportunidades lo bello y exclusivo puede transformarse en una carga demasiado pesada de llevar», reconoció Manuel Loyola al cruzar el umbral de la casa que acababa de alquilar en una de las zonas más bonitas de París. Había pensado que vivir en un barrio caro lo ayudaría a conseguir buenos clientes. Desistió de vender su casa en Málaga y comprar una vivienda en la *Ville lumière*. Antes quería probar cómo les sentaría vivir en esa ciudad. Su idea consistía en ver crecer allí a la pequeña Melisa y encontrar en Francia la libertad que les faltaba, esa que él le pedía a Amina que tomara, y que ella no se animaba a abrazar, como si no le correspondiera.

La elección de una esposa diferente le había hecho romper con muchas creencias que juzgaba inamovibles; aceptaba gustoso los cambios, pero, aun así, no hallaban la paz. El entorno de Málaga parecía pedirle continuamente explicaciones sobre su modo de vida, hecho que lo terminó empujando a abandonar la ciudad. Jamás había imaginado residir en otro país que no fuera su querida España. «Y ahora estoy aquí, en Francia, en París», pensaba mientras abría la puerta de su nueva casa. Aún conservaba el sabor

agridulce que le provocaba haber dejado su tierra. Giró el picaporte y Amina, que estaba a su lado con su hija en brazos, ingresó; luego, él las siguió.

Los ambientes luminosos le dieron un buen presentimiento; el sol de Francia entraba por las ventanas; se sintió optimista. Una nueva etapa se cernía sobre ellos.

Un rato después Manuel caminaba por la calle Copérnico. Quería comprar algunas cosillas de uso diario que necesitaban y dar un vistazo al barrio de Chaillot, enclavado en el corazón del distrito XVI, sobre la margen derecha del Sena, y próximo al Bosque de Bolonia, una verdadera maravilla para descansar y recrear la vista. Además, a poco de andar, se desembocaba en el nacimiento de los Campos Elíseos, en los jardines del Trocadero o en el mismísimo Sena.

Avanzó tres cuadras y el lugar le pareció bellísimo. Las viviendas eran pintorescas y muy bonitas; las había grandes, lujosas y modernas. El conjunto derrochaba armonía y suntuosidad.

Próximos a su nueva vivienda, se encontró con tres palacetes, cada uno con detalles arquitectónicos desconocidos para él, acostumbrado a las casas bajas del Mediterráneo, de piedra y techos planos. Ni en Málaga, Sevilla o Cádiz había visto nada semejante. Se detuvo frente a ellos para admirar los jardines y las fachadas; eran imponentes. En el segundo notó que una familia se encontraba en plena mudanza. Prestó atención. Hablaban castellano, pero no eran de España. Por el acento —dedujo—, parecían argentinos, famosos por las fortunas amasadas que les permitían darse vida de ricos e instalarse en una señorial mansión parisina.

En el jardín, la madre retaba a un niñito rubio completamente mojado. El pequeño acababa de caer en la fuente de la estatua de Neptuno, repleta de agua. A su lado, un muchachito de cabello oscuro se reía, y la mujer comenzaba a regañarlo también a él. Loyola se enterneció al pensar que su hija alguna vez también haría esas travesuras, y se preguntó si aún vivirían en París cuando tuviera que regañarla por chiquilladas.

Un suspiro cargado de deseo se apoderó de él. Ojalá le fuera bien con su trabajo de modisto y, así, quedarse en esa ciudad; ojalá más adelante pudieran comprar una propiedad en la zona; ojalá Amina se acostumbrara a este lugar lleno de libertad. Su vida estaba

llena de ojalás. Pensó en su esposa y comprendió cuánto había resignado ella por amor. Entonces, sintió que la amaba más que nunca.

Cerca de su casa, en la esquina de las calles Copérnico y Lauriston, Loyola vio un puesto de flores. Lo atendía una niñita de bucles rubios. Se acercó y compró un ramo de crisantemos blancos para Amina. Los estaba pagando cuando oyó:

—*Monsieur*, si usted compra *fleurs* todas las semanas, le haré un descuento especial —dijo la niña.

A Loyola la chiquilla le pareció simpática: «Tan pequeña y comerciante», pensó.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó en francés. Era tiempo de comenzar a practicarlo.

—Margot —le respondió.

—Bien, Margot, vendré a comprar un ramo todas las semanas con la condición de que me des siempre las más bonitas.

—*Oui, monsieur*, así será —dijo la niña con una gran sonrisa.

Loyola emprendió el regreso a su casa. Cuando llegó, abrió la puerta y encontró a Amina descansando en el sofá, con la beba sobre el pecho. Las dos dormían profundamente. Les besó la frente a ambas, y dijo para sí mismo, moviendo los labios casi imperceptiblemente:

—Ay, Amina mía, acostúmbrate a esta ciudad, que creo que aquí los tres podremos ser felices. Los tres y todos los que vengan —dijo sin imaginar que Melisa sería la única.

Familia Martínez Romanov

En el interior de la mansión de calle Copérnico, Irina Martínez retaba a sus hijos. A Erik, porque, a pesar de ser ya un muchacho, se comportaba como un chico. Enfurecido, pero divertido, había perseguido por la casa a su hermanito, quien le había quitado el libro en un momento crucial de la historia que leía con pasión. En la carrera por el jardín, había provocado que su hermano tropezara y se cayera en la fuente. Al pequeño y rubio Nikolai también lo regañó; por desobediente, siempre sufría accidentes insólitos.

Claro que los retos conllevaban una pizca de debilidad materna. A sus seis años, Nikolai era el mimado. Había llegado a la familia una década después del traumático parto de Erik. Según

recomendación médica y pese a su juventud, Irina no podría tener más hijos. Pero la ciencia se había equivocado. Por eso, los consentía con toda clase de gustos, incluido este viaje a París.

Durante la mañana, y tras un largo periplo en alta mar, habían arribado desde Buenos Aires. El movimiento de la casa mostraba claramente el reciente desembarco. El incesante ajetreo de bártulos y muebles alteraba a sus hijos, como si todavía permanecieran bajo el influjo del oleaje. Pero ni la caída en la fuente, ni el consiguiente cambio de ropa, ni los reproches habían amedrentado a sus hijos, que seguían correteando y peleando.

Erik era el calco de su padre. Desde los colores —morocho y mirada oscura—, hasta los rasgos y gustos tranquilos, como la lectura. Nikolai, en cambio, se parecía a su madre: rubio, de ojos claros, carácter terrible y travieso.

La actividad de los sirvientes a su alrededor era frenética. Ricardo, su marido, daba órdenes. La voz de mando activaba las manos serviles y un ajetreo se adueñaba del ambiente. Debían desempacar los baúles que habían traído de América, tarea nada sencilla pero urgente. Si bien habían previsto amoblar y decorar la casa con objetos franceses, Irina no podía prescindir de ciertos recuerdos muy queridos. Entre ellos, el enorme cuadro con la fotografía en la que posaba vestida de novia junto a su marido el día de su casamiento. «¡Qué jóvenes!», suspiró al quitarle el embalaje que la protegía. «La colgaré en la pared principal de la sala», decidió.

Los Martínez pensaban instalarse allí durante un año para disfrutar de una especie de retiro cultural, una práctica común en la clase alta argentina, sobre todo, entre los estancieros, acostumbrados a residir en París por uno o dos años —y aún más—, para atiborrarse con el arte que ofrecía la Ciudad de la Luz. En otra oportunidad, la familia ya había estado hospedada en París durante seis meses en un hotel, pero ahora sería diferente porque don Ricardo había comprado una propiedad para que estuvieran más cómodos.

La voz del hombre sonó fuerte en la sala.

—¡Maldición, es el tercer baúl que abrimos y no aparecen mis camisas blancas! ¡Necesito una ahora mismo! Me espera el notario antes de la seis para firmar unos papeles.

—¿Qué papeles? —preguntó Irina a su marido.

—¡Los de esta casa!

Irina no escuchó la respuesta. No solo no le interesaba, sino que no era propio de una señora hacerse problema por ese tipo de cosas, porque, de los trámites, se encargaba su marido.

—Ricardo, ve otro día al notario… ¡Y listo!

—Es que también debo firmar los papeles del banco para que podamos disponer de dinero en las sucursales de París.

La palabra «dinero» captó la atención de Irina. A estas alturas había aprendido cuán importante era. Ella necesitaba de los billetes que salían del banco para tener un guardarropa a la moda, para decorar la mansión parisina; los precisaba para pagar los sueldos de los quince empleados que estaban a su servicio, como el exclusivo cocinero francés que había contratado; lo necesitaba también para viajes… Y para… La lista era interminable; sin dinero no se podía hacer nada; era sumamente importante, imprescindible. La reflexión le trajo la lucidez para recordar.

—¿Camisas blancas…? Rosalía, que abran el baúl de los sellos amarillos —ordenó a la mucama que también habían traído de Buenos Aires—. Deben estar allí.

Así lo hizo un mayordomo vestido de librea negra, y don Ricardo, contento y apurado, frente a todos los empleados que lo circundaban, comenzó a cambiarse la camisa.

—¡Por Dios, Ricardo, conserva las formas! —exclamó ella al verlo en camiseta.

—Irina, hoy la formalidad puede esperar. Debo irme ya mismo —dijo prendiéndose los botones. Luego, tras cruzar los faldones de la levita, le dio un beso y se marchó rumbo a su cita.

La señora de la casa tomó aire, suspiró, y le confesó a Rosalía:

—El día que mi marido me contó que había comprado una casona en la *rue* Copérnico, pensé que no habría alegría más grande que la de saber que ya no nos alojaríamos en hoteles. Pero ahora, viendo el desorden que me rodea, no sé si la idea fue tan buena.

Irina, que pertenecía a una familia de ascendencia rusa de clase alta que se había instalado en Argentina por negocios, había sido criada entre lujos y refinamientos. Luego de su boda, don Ricardo había seguido consintiéndola como lo hacía su padre gracias al dinero que daban los campos y animales de los Martínez. Para ella

eran necesidades insoslayables el buen vivir, la distinción, la exquisitez cultural, y eso mismo se lo transmitía a sus hijos. Los viajes largos y decorar las propiedades nuevas siempre le habían agradado, pero ahora comenzaba a entender que tener una casa aquí era una nueva carga que recaía sobre sus espaldas; era su exclusiva responsabilidad que funcionara bien. Todavía le faltaba encontrar una buena ama de llaves, que era lo más difícil de conseguir; además, debía poner a punto el palacete con todos los detalles, tal como lo merecía una de las familias estancieras más poderosas de la Argentina. Y eso llevaría mucho tiempo. Aunque a ella le hubiera gustado dedicarse solo a ir a la ópera, comprar vestidos y decorar ambientes, también tenía responsabilidades.

—Señora, no se queje… Piense que, al fin, tiene casa como los Alvear. Acuérdese de cómo deseaba hacer esa vida —dijo Rosalía, que recordaba cómo su señora le contaba los detalles de la familia Alvear, instalada en su propio *hôtel particulier* desde hacía varios años.

—¡Ay, Rosalía, en eso tienes razón! ¡Al fin viviremos la vida de parisinos y no de turistas! —se contentó Irina mientras pensaba que su mucama siempre tenía una palabra sabia y certera. Rosalía estaba con ellos desde que se habían casado; antes había trabajado para los padres de Ricardo. Más tarde, cuando su hijo se casó, el matrimonio Martínez le pidió que fuera con la nueva pareja. A pesar de que la empleada iba poniéndose mayor, era la más lúcida de las mucamas, mucho más que las jóvenes, siempre distraídas tras muchachos o vestidos. Era verdad: ahora serían como los Alvear; no había nada más *snob* que decir en rueda social que los hijos tomaban clases en Europa y que, por este motivo y por los negocios, vivían allí por un tiempo. El ganado que los Martínez Romanov exportaban a Europa, el mismo que crecía en las miles de hectáreas que poseían en la pampa húmeda, era el que les permitía dejar de ser simples turistas, para transformarse en residentes parisinos. A pesar de la satisfacción que Irina sentía ante esta idea, miró a su alrededor y extrañó su casa en Argentina; el hogar era el hogar y necesitaba transformar ese caserón en el suyo. Se puso en marcha.

—Rosalía, acomodaremos los muebles de la sala de igual forma que los teníamos en Buenos Aires. Ese sillón grande, bajo la ventana; y los pequeños, en la punta. Instruye al mayordomo, que

tú sabes bien cómo disponerlos.

—Sí, señora —respondió la mujer.

Mientras tanto, a Irina se le ocurrió otra idea que les ayudaría a sentirse como en casa. Mirando a su hijo mayor, dijo:

—Y tú, Erik, ve al puesto de flores que está sobre la *rue* Copérnico y compra dos o tres docenas de rosas blancas o las que consigas.

Su casa de Argentina siempre estaba repleta de adornos florales que adquirían en una gran florería. Aunque el puesto aquí era pequeño, algo conseguiría.

—¿Por qué yo? —preguntó el muchacho levantando los ojos del libro que leía sentado en las escaleras. Justo ahora que su hermano Nikolai se había aquietado y jugaba tranquilo a las canicas, lo mandaban a hacer un recado.

—Porque yo lo digo —recalcó Irina con autoridad. Los jovencitos podían ser muy molestos cuando querían, y ese día ella no estaba para soportar boberías.

El chico que, como buen hijo, conocía la voz de su madre y sabía cuándo no era momento de contrariarla, cogió los billetes que le extendió y salió silbando por la puerta.

Erik caminó dos cuadras y en la esquina escuchó que alguien cantaba en español. Le sorprendió, le agradó. El músico también tocaba el violín; la letra rezaba:

Señora casera,
¿qué es lo que se alquila?
Sala y antesala
comedó y cocina.

Sí, sí, sí
que a ti te gustan los merengazos.
No, no, no
que a ti te gustan los medios vasos.

Sí, sí, sí
que a ti te gustan los pío nonos.
No, no, no.

Identificó el ritmo de inmediato. Era tango, esa música prohibidísima.

Haciendo alarde de que ya no era un niño, se quedó parado frente al músico. Con las manos en los bolsillos, de forma desafiante, escuchó la canción entera.

Pasados dos minutos, sacó un billete de los que le había dado su madre para las flores y lo dejó en el sombrero que había junto al hombre. El acto lo hizo sentirse todavía más adulto. El artista, sin dejar de cantar, se lo agradeció con una inclinación de cabeza. Erik sonrió. No sabía que acababa de oír el primer tango de la historia, «La meco», esa melodía que este argentino desconocido había traído en barco desde América y que, ahora y para él, lo cantaba allí, en una esquina de París, muy cerca de su casa. Era evidente que no todos los argentinos llevaban la misma vida acomodada que ostentaba su familia.

Erik se apuró; quería llegar al puesto de flores, debía cumplir con el recado de su madre. No imaginaba que iba camino a su destino de adulto, porque la *rue* Copérnico teñiría los designios de su vida y la de su familia; marcaría el destino del puesto de flores, el de Loyola y el del tango.

La niña Margot Morandé vio acercarse a Erik y se puso contenta. Pensó: «Un cliente nuevo». Su mente de niña jamás podría imaginar todo lo que aquel muchacho significaría para ella en los años venideros.

Capítulo 4

El día que me quieras
la rosa que engalana
se vestirá de fiesta
con su mejor color.

Tango «El día que me quieras»,
ALFREDO LE PERA

Once años después
París, año 1912

Familia Loyola

De la cocina de la casa de la familia Loyola salían voces de niñas canturreando una canción en francés. Amina acababa de darse un baño de agua tibia y hojas de menta dentro de la enorme bañera que su marido le había regalado para su último cumpleaños. Se hallaba relajada cuando las oyó y sonrió; era su hija Melisa que jugaba con unas niñas vecinas. Se vistió y, frente al espejo de marco antiguo del amplio cuarto matrimonial, buscó recogerse el cabello. Había transcurrido una década desde que se instalaron en París y muchas cosas habían cambiado: por ejemplo, ya no usaba el velo. Aun así, nunca llevaba el cabello suelto; no podía quitarse la sensación de estar desnuda si lo hacía. También se habían mudado de casa: el trabajo que su marido realizaba en París les había permitido comprar una hermosa propiedad en la misma calle Copérnico donde años atrás habían alquilado. Manuel tenía ahora un gran taller con varios empleados que realizaban el vestuario de la mayoría de los teatros y *cabarets* de la ciudad. Junto a la casa, recientemente había puesto en funcionamiento un lujoso *atelier* para atender en forma exclusiva a la clase alta parisiense.

Melisa acababa de cumplir doce años y era la felicidad de ambos padres. El matrimonio hubiera deseado tener más niños, pero no

habían venido. Amina pensaba que, tal vez, así lo había dispuesto Alá, enojado con ella por haber abandonado ciertas tradiciones musulmanas, como la del uso del hiyab. Pero esa idea culposa no se la decía a Manuel porque la única vez que se la había compartido, él se había enojado. Incluso, le recriminó que pensara así.

De cualquier manera, Melisa, que era una niña de mirada dulce, andar suave y muy risueña, para ellos valía por diez hijos. Sus ojos marrones de largas pestañas eran exóticos, al igual que sus largos cabellos oscuros. Amina y Manuel la educaban bajo los diferentes preceptos heredados. Él lo hacía con libertad y costumbres occidentales; y ella, con algunas de su pueblo. La mezcla de tradiciones requería, en todo momento, un acuerdo armonioso para mantener la paz. Melisa era el resultado de una mixtura de las culturas de sus padres y del país donde residía: hablaba árabe, castellano y francés porque, a la hora de la cena, en la casa se mezclaban los tres idiomas. Loyola se sentía orgulloso de verla crecer como una niña independiente. Él le había enseñado a andar sola en bicicleta, a leer toda clase de libros y a ayudarlo en el trabajo. Por su parte, Amina se sentía orgullosa de haberle enseñado a cantar y a bailar como lo hacían las mujeres moras, y de haberle inculcado el *salat* —oración que rezaban en árabe— así como el resto de los pilares del islam y otras creencias que consideraba importantes. Para Melisa había sido una gran felicidad haber recibido como regalo de cumpleaños un traje de bailarina marroquí comprado en Tánger por su madre tres inviernos atrás, cuando la llevó a conocer a su abuela y a sus tías. A Melisa le había gustado tanto la ciudad que repetían el viaje cada año, aunque evitaban visitar demasiado a la familia.

Amina, observándose en el espejo mientras terminaba de recogerse el cabello, meditó que Melisa era extremadamente parecida a ella. Apretó las horquetas y logró darle al rodete la forma que buscaba; entonces recién dio por finalizada la tarea. Luego, buscó los bocetos que debía llevar al *atelier* para su marido. Al pasar por la sala, rumbo a la puerta, escuchó que desde la cocina provenían risas y unas melodías cantadas en francés. La voz de su pequeña sobresalía entre las demás y reconoció que tenía un timbre algo afónico muy bonito. Antes de irse, planeó decirle que se portara bien, pero desistió: no lo creyó necesario. Era una niña

obediente y estaba con sus amiguitas de siempre, las niñas vecinas que se reunían a diario y a cuyas madres veía cuando hacía las compras.

Amina salió a la calle y en instantes ingresó al *atelier*. Le entregó los bocetos a Manuel, quien se los recibió sin demora y le pidió ayuda. Necesitaba que por unos minutos hiciera de modelo para probarle el velo de un vestido de novia. Ella aceptó gustosa. Le atraían las telas, los vestidos y, sobre todo, le agradaba estar con su esposo.

Una hora más tarde, Amina regresaba alegre a la casa con los pensamientos puestos en los *keftas* de cordero que cocinaría esa noche para su familia. Necesitaba cerciorarse de que en su cocina hubiera cilantro y pimentón dulce. Se había demorado mucho en el *atelier*, y quería cocinar esa típica comida marroquí que a todos les gustaba. Ni bien ingresó a su hogar, escuchó el bullicio de las niñas que seguían en la cocina. Esta vez, sin embargo, notó mayor exaltación; batían palmas, daban grititos. Mientras se acercaba a la cocina en busca de los condimentos, la curiosidad la punzó. Realmente había demasiada algarabía allí. Puso la mano en el picaporte, preocupada por lo que podía estar sucediendo. Cuando abrió, la imagen que vio la golpeó, la enojó, la llenó de temor; y en su interior se le unieron viejos miedos con nuevos. Allí estaba Melisa, sobre la mesa. Danzaba semidesnuda, descalza, vestida con el traje típico oriental que ella le había regalado. Las niñas, espectadoras encantadas, aplaudían y cantaban. Amina explotó:

—¡¡Melisa!! —En medio de la exaltación, ninguna le prestó atención. Insistió con más fuerza—: ¡¡Melisa!! ¡¿Qué haces?!

Su hija finalmente la escuchó. Y le respondió:

—¡Bailando! —lo dijo riendo, sin parar de contonear el vientre. El movimiento que su madre le había enseñado le salía a la perfección: su ombligo subía y bajaba.

Amina, aún en estado de *shock*, alcanzó a articular:

—Pero no puedes bailar… aquí… delante de la gente.

—¿Por qué no? —preguntó Melisa deteniendo su baile. No entendía a su madre; ella misma le había enseñado a bailar.

—Danzar así, es algo privado… ¡Bájate ya mismo de la mesa!

La voz de Amina sonaba perturbada. Las niñas presentes dejaron

de aplaudir cuando percibieron el enfado de la madre de su amiga.

—Mamá… —alcanzó a quejarse Melisa, que no terminaba de entender el porqué del enojo.

—¡Bájate ya mismo de la mesa! —insistió. Luego agregó—: Y ustedes, niñas, es mejor que se marchen a sus casas.

Las chiquillas comenzaron a desplazarse rumbo a la salida.

En instantes, madre e hija se quedaron a solas, sentadas en las sillas de la cocina.

—Melisa, no quiero que vuelvas a hacer eso.

—Pero si tú me enseñaste a bailar.

—Sí, pero solo para que alguna vez dances para tu marido. No debes mostrarte así… desnuda.

—No estoy desnuda. Tengo puesto el traje que tú me regalaste.

—¡Melisa!

—Mamá, me gusta bailar, me gusta cantar…

Melisa estaba por continuar la frase cuando vio que su madre tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Mamá, ¿qué sucede?

—Ay, Meli, es que a veces no sé qué he hecho contigo… No te eduqué ni bajo la forma que fui enseñada yo, ni bajo la de tu padre. He mezclado la vida de París con mis costumbres y temo haberme equivocado.

—Mamá, bailar es algo lindo.

—No me entiendes, temo por tu futuro…

—No tengas miedo, mi futuro será bueno porque soy la mezcla de papá y de ti, que son buenas personas.

Amina abrazó a su hija.

—Bonita mía, no vuelvas hacer lo que has hecho hoy. No es bueno.

—Si eso te pone triste, no lo haré más, mamá.

—Prométemelo.

—Está bien, te lo prometo —dijo con pesadumbre. Para ella, bailar y cantar frente a sus amigas había sido una de las experiencias más exultantes de su corta vida; había descubierto cuánto placer le causaba actuar frente a un público.

Familia Martínez Romanov

En la casa de los Martínez, la familia se hallaba reunida en el comedor para tomar el té de la tarde; dos mucamas se acercaron

con un servicio completo que incluía una torta de chocolate y otra de frutilla, sándwiches y pancitos recién horneados con manteca. Una de las domésticas llenó las tazas de todos.

—Por favor, no se olviden de traer café para el señor Ricardo. Y agréguele leche a las tazas de las niñas —ordenó Irina.

Con los años, contrariamente a lo que habían pronosticado los médicos, la familia se había agrandado nuevamente. Irina y Ricardo ya no solo tenían dos varones —Erik, que ya contaba con veintisiete años; y Nikolai, que había alcanzado los diecisiete—, sino también dos niñas: Luisa y María Gracia, las mellizas, acababan de cumplir los siete años. Ese día, las niñas vestían atuendos vaporosos de gasa de idéntico color celeste y llevaban los cabellos recogidos, como correspondía a la estricta educación que les impartía su madre.

Para felicidad de Irina, su esposo y sus cuatro hijos se hallaban en la casa de París compartiendo la hora del té. Pasar en familia los almuerzos, meriendas y cenas fue —esta vez— una de las condiciones que había impuesto para permanecer en París; hacía tres años que no venían.

Después de mucho insistir, la mujer había logrado que su hijo mayor los acompañara. Erik había aceptado porque sería la última temporada que los Martínez Romanov pasarían juntos, ya que a su regreso contraería matrimonio con Azucena González Aliaga. La señorita pertenecía a una familia de estancieros argentinos que, como ellos, también tenía casa en París. Pero desde hacía unos meses, los González Aliaga se hallaban paseando por los Países Bajos. Las dos familias habían convenido que, cuando regresaran a Francia, se reunirían para organizar la boda.

A Irina la apenaba saber que su hijo los abandonaría para formar su propia familia, pero entendía que era lo mejor: había un compromiso tomado entre los Martínez Romanov y los González Aliaga.

Como madre, de todos modos, ahora estaba más pendiente del menor de los varones. A diferencia de Erik —siempre muy serio y aplomado—, Nikolai, a sus diecisiete años, era un *enfant terrible*. En varias oportunidades había escuchado las respuestas desafiantes que le daba a su padre sobre asuntos de propiedades, hacienda y comercialización de animales. Le gustaban los negocios a tal punto que ya ganaba su propio dinero con el emprendimiento que había

iniciado dedicado a la venta de caballos de raza.

La independencia alcanzada le permitía salir —«demasiado», pensaba Irina— y convertirse en un joven codiciado por chicas siempre mayores que él. Claro que Nikolai, tal como su hermano, iba convirtiéndose en un hombrecito: alto, apuesto y elegante. Cada uno con su estilo: Erik, más bien criollo, y Nikolai, una copia de su familia rusa, muy rubio, al igual que las niñas. Era una broma familiar decir que don Ricardo solo se había esmerado en transmitir sus genes al primer hijo y que, para el resto, Irina había trabajado duro. Miraba a sus dos muchachos con devoción cuando la voz de su marido vino a sacarla del ensimismamiento:

—Querida, recuerda que esta noche viene a casa Ángel Gobbi.

—¿El que escribe tangos? —preguntó Irina con preocupación.

—Sí, lo he invitado a cenar.

—Ya sabes los comentarios que ha hecho el cura el domingo al terminar la misa en Montmartre. El tango es una música indigna que lleva a un baile igual de indigno. Por más que aquí, en París, lo miren como algo *snob*, lo cierto es que tiene un origen arrabalero.

—Quédate tranquila, querida. Gobbi viene porque quiere consultarme acerca de unas propiedades. Lleva varios años instalado en París y debe tomar decisiones. Me pareció una descortesía no asesorarlo.

—Lo entiendo, pero el tango es el tango —dijo Irina terminante.

—Mamá, el tango llegó para quedarse. Tarde o temprano, la gente tendrá que aceptarlo —intervino Nikolai, a quien le gustaba polemizar con su madre.

—No estés tan seguro —le respondió ella.

—No quiero contradecirte, madre, pero he visto bailarlo en los salones más distinguidos de la ciudad —señaló Erik, quien, absorto en sus pensamientos, por primera vez participaba en la conversación. Por ser mayor, Erik llevaba vida nocturna y podía emitir juicios de esta naturaleza.

—Ey, Erik, ¿tú sabes bailar el tango? —le preguntó Luisa a su hermano.

Pero él, aún abstraído en sus cavilaciones, no la oyó sino que siguió disolviendo el terrón de azúcar en la taza.

Luisa volvió a la carga. Esta vez, con su otro hermano:

—Y tú, Nikolai… ¿sabes bailarlo?

—Claro —respondió él sin dudar.

—¡Enséñanos a nosotras, por favor! —rogó María Gracia.

Nikolai se puso de pie. Pero cuando las niñas se disponían para ir tras él, su madre intervino:

—De ninguna manera se bailará esa música en mi casa.

—¡Mamá! —se quejaron las mellizas al unísono.

—Cariño, es solo un juego, no seas tan estricta —intercedió don Ricardo.

Erik, que por un momento pareció volver a la realidad de su entorno, dijo:

—Madre, la torta está riquísima pero debo marcharme, he tomado compromisos. A mi regreso te traeré las flores, como siempre.

Hacía dos semanas que él se encargaba de manera personal de este servicio para su madre.

—Sí, por favor. Consigue nuevamente las dos docenas de rosas blancas —dijo agradecida.

Irina no imaginaba que la verdadera razón por la que su hijo le hacía ese recado eran las interminables charlas que mantenía con Margot, la joven que atendía el puesto. Erik, al principio, había visitado la florería para complacer a su madre, pero luego se sintió atraído por la muchacha porque le recordaba al personaje del libro de Gustave Flaubert que leía. Con el pasar de los días y sin darse cuenta, se había ido enredando con la chica francesa. Le resultaba agradable, simple, sencilla, libre de estiramientos propios de las mujeres del círculo donde él se movía. «Es tan diferente a Azucena», había razonado al compararla con su novia.

La francesita siempre tenía la sonrisa a flor de piel y el gesto amable; para ella, en la vida, las cosas eran blancas o negras. La sinceridad y la simpleza la pintaban de cuerpo entero.

Erik recordó sus ojos verdes y su cabello claro enrulado que llevaba al hombro sin ningún peinado sofisticado y el estómago le dio un vuelco. «Estoy enamorándome», pensó. No le cabían dudas. Hacía tres meses que no veía a Azucena y no la extrañaba en absoluto. Con solo recordar sus melindres, se le quitaban los deseos de verla.

—Querida familia, vendré luego —dijo Erik poniéndose de pie.

Todos lo saludaron. Se inclinó y sus hermanas pequeñas le

dieron sonoros besos en ambas mejillas. Luego, se marchó apurado; le había prometido a Margot que estaría allí a las cinco en punto y el reloj de la sala ya había dado las cinco y media.

Para Erik era una tarde importante porque pensaba invitarla a cenar a un lugar bonito. Durante los últimos días se habían besado y ella se lo había permitido sin ninguna exigencia de compromiso. Margot era una persona completamente libre de prejuicios, incluidos los amorosos.

Erik caminó apurado las pocas cuadras que lo separaban del puesto. Pero al llegar, la desilusión empañó su rostro: ¡estaba cerrado!

«¿Y si ella no viene a atenderlo? ¿Y si desaparece? ¡No sé siquiera dónde vive!». Las preguntas comenzaban a desmoralizarlo cuando vio aparecer a Margot y la límpida y dulce sonrisa de la joven lo serenó.

Tras cenar y compartir la sobremesa en casa de los Martínez, Ángel Gobbi se marchó agradecido por el asesoramiento brindado por su anfitrión. Don Ricardo lo despidió y le dio las gracias por las invitaciones para asistir a un espectáculo que, momentos antes, le había entregado.

La velada resultó agradable, y Gobbi, con su cortesía, encanto y buenos modales, disipó los miedos de Irina. El hombre le había caído muy bien; evidentemente, era un profesional. Además, había contado que su esposa, Flora, estaba embarazada, lo que lo convertía también en un serio padre de familia a quien respetar.

Irina jamás aceptaría el tango. Esa música no era *chic* ni refinada ni elegante, su alcurnia era dudosa. Pero Gobbi se había ganado su respeto. El cambio de perspectiva sobre el hombre le provocó un debate interior y ya no supo si debía ir o no a ver el espectáculo. Observó nuevamente las entradas que les había dejado como cortesía por la orientación brindada por don Ricardo, posó sus dedos sobre las letras y leyó: «*TANGO ET PASSION*». Se trataba de uno de los espectáculos más exitosos de París; sin embargo, ella y su esposo —que no se perdían obra de teatro o musical programado en la ciudad— lo habían descartado por estar relacionado —¡justamente!— con el tango. Gobbi no actuaba, pero conocía muy bien a los miembros de la orquesta, compuesta por parisinos y

porteños. De ellos se comentaba que eran muy buenos artistas.

La tarjeta decía bien clarito: «*GRAND SPECTACLE POUR LA FAMILLE*». O sea, para toda la familia. «Tiene que ser inofensivo», pensó Irina con la invitación en la mano.

Al despedir a su compatriota, don Ricardo se sentó con ella en el sofá de la sala, justo ante la gran foto que colgaba en la pared. Eran ellos dos, el día de su casamiento. Miró la imagen por unos instantes y llegó a una conclusión reveladora: esa niñita rubia de rasgos rusos vestida de novia había resultado una gran compañera, buena conductora de su casa y rectora de su familia. Entonces le dijo:

—Si lo deseas, querida, veremos *Tango et passion*…

Capítulo 5

La noche que me quieras
desde el azul del cielo
las estrellas celosas
nos mirarán pasar.

Tango «El día que me quieras»,
ALFREDO LE PERA

Familia Loyola

Manuel Loyola ingresó a su casa y el aroma a eucaliptos, sahumerio y aceite de rosas golpeó sus sentidos, entonces cayó en la cuenta de que no vería ni a su mujer ni a su hija hasta dentro de un par de horas. Lo recordó: era jueves y cada semana Amina transformaba el cuarto de baño en un *hammam* para ella y Melisa. Allí, encerradas por al menos tres horas, se dedicaban a los tratamientos de belleza que Amina había aprendido de su madre; esta, de la suya, y así por generaciones marroquíes. ¿Qué hacían allí? Loyola no lo sabía exactamente, pero su mujer salía del improvisado *hammam* renovada en todos los sentidos, porque no solo su piel estaba sedosa y perfumada, y el pelo le brillaba al igual que los ojos, sino que, además, su humor y su fuerza reverdecían. Pudo imaginarlas: madre e hija compinches, sonriendo, pasándola bien, Amina revelándole a su jovencita los secretos de sus ancestros.

Sintió el impulso de quedarse hasta que concluyeran con el rito y contemplarlas en ese estado de ensoñación con el que aparecerían, pero debía adelantar el trabajo pendiente. Supo entonces que, si quería disfrutar de esos momentos familiares, pronto tendría que contratar a un encargado para que lo supliera en el taller.

Salió rumbo a su *atelier*. Volvería a la hora de la cena con el consabido ramo de crisantemos que, desde hacía años, compraba cada semana en el puesto de flores de Margot. De camino a la salida, dejó sobre la mesa las tres entradas que rezaban «*TANGO*

ET PASSION». Ya habría tiempo para dárselas. La función estaba prevista para el día siguiente.

Tras la puerta del baño, a Amina le pareció escuchar ruidos. Era su esposo, estaba segura. Pero tendría que esperarlas. Ella y su hija, vestidas únicamente con una túnica corta de lino blanco, se hallaban sumergidas en la tina rebosante de agua con hojas de eucaliptos. En el pelo llevaban un lodo que Amina había preparado mezclando agua de rosas y una arcilla llamada *ghassoul* que se hacía traer del valle de Moulouya, cerca de Fez. Mientras conversaban nimiedades, cada una se deslizaba suavemente una manopla exfoliante por los brazos. El paso siguiente era beber un té energizante del que solo Amina conocía los componentes. Luego, se pasaban el mismo ungüento de *ghassoul* por el rostro, ya que no solo dejaba el cabello nutrido y brillante, sino también la piel tersa. Para las mujeres marroquíes era común compartir el *hammam*, una vieja práctica oriental celebrada para embellecerse con pócimas y saborear diferentes tés acompañados con trocitos de deliciosos pasteles. La tradición del *hammam* consistía en prodigarse tratamientos corporales perfumados realizados en lugares tranquilos donde las mujeres se quitaban las tensiones y despertaban los sentidos. Amina, a falta de uno verdadero, convertía su cuarto de baño en un *hammam*.

Unas horas más tarde, madre e hija se miraron en el espejo. Se vieron sonrientes, radiantes; se sentían distintas. Luego se dirigieron a la cocina; era la hora de la cena. La niña caminó delante de Amina, y ella, al observar la melena larga y brillante de su hija, se llenó de orgullo: mostrar el cabello de esa manera significaba que Melisa era una mujer independiente, porque aunque ya estuviera en edad de ocultarlo, según las tradiciones marroquíes, no lo hacía. No obstante, la misma idea que le resultó agradable la punzó con remordimiento hasta hacerle doler: si sus familiares vieran el cabello al viento de su hija, se sentirían ofendidos y desaprobarían la manera en que la había educado. Una mezcla de culpa y orgullo bullía en su interior. Allí estaban el pasado y el presente, la tradición y el cambio; sus viejas costumbres y las nuevas la dividieron una vez más. La voz de Melisa vino a sacarla de sus cavilaciones:

—¡Madre, mira! ¡Son entradas para el teatro! —gritó

entusiasmada la pequeña levantando en alto las invitaciones que su padre había dejado momentos antes.

Amina sonrió y se empeñó en ser feliz. En la vida, siempre sobrarían preocupaciones y motivos para sentirse culpable, siempre existirían acontecimientos que no serían de su agrado, situaciones que no tendrían los desenlaces deseados, pero también reconoció que siempre habría logros para festejar y para estar contenta. Ser feliz era una decisión de todos los días.

—¡Qué lindo, Melisa! Mañana iremos al teatro —dijo mientras se proponía enseñarle a su hija una lección sobre cómo ser feliz. Los grandes y tremendos momentos felices sucedían pocas veces en la vida. El nacimiento de un hijo, el milagro esperado, la compra de una casa… ocurrían esporádicamente. No podía quedarse sentada aguardando a que, un día, llegaran esos momentos extraordinarios. Había que aprender a ser feliz con las pequeñas cosas de cada día: su hija sonriendo después de compartir un baño, disponer de unas entradas deseadas, el hombre amado llegando a casa después de una jornada sin verse, comida para bendecir en la mesa de la cena. Con estas simplezas se podía ser feliz.

Familia Martínez Romanov

Esa misma noche, mientras Erik y Margot esperaban la comida sentados a la mesa de un restaurante, se miraban a los ojos y conversaban animadamente. Cada comentario les revelaba un nuevo descubrimiento de coincidencias, como si sus aficiones e inclinaciones estuvieran enlazadas con un hilo invisible. Ambos comprendían que eran… ¡el uno para el otro!

Erik había elegido un lugarcito lo suficientemente bonito para que Margot se sintiera halagada, pero también sencillo. No quería cohibirla con demasiados cubiertos y copas. No se trataba de uno de los restaurantes que solía frecuentar cuando su familia compartía las veladas con los Alvear.

Él oía hablar a Margot y la encontraba encantadora, simple en sus pensamientos, en sus creencias, en su manera de ver la vida, una chica sin remilgos, sin estridencias, sin nada de polvos en la cara… y sin *corset*. Porque, a diferencia de casi todas las mujeres que conocía, ella no usaba, sino que su figura grácil se movía cómoda todo el tiempo. Era una chica culta, detalle que lo

cautivaba aún más. Habían hablado sobre libros, y Flaubert resultó ser el autor preferido de ambos. «¿Cómo se podía ser culto y pobre?», pensó Erik. Para él, eran dos cualidades incompatibles. Pero en Francia, evidentemente, comulgaban sin problema.

Distendido, él le confesó que, a veces, escribía; ella, que amaba leer, que quería ver sus escritos. Erik sonrió. Al fin se había encontrado con alguien a quien no le parecía una bobería que garabateara sus ideas en papel. En su casa, se escondía para escribir y no permitía que nadie leyera sus borradores, que atesoraba en un lugar secreto. Se esperaba que, como hijo mayor, solo se dedicara con éxito a los negocios.

—¿De dónde sacaste el gusto por la lectura? —le preguntó Erik.

—Me lo transmitieron los hombres de mi familia.

—¿Tu padre?

—No, a él no lo conocí. Mi madre me crio sola con ayuda de mi abuelo. Él fue quien me enseñó a disfrutar de la buena literatura, y a mi abuelo se lo enseñó su propio padre. Mi bisabuelo leyó hasta el último día. —Lo miró con los ojos llenos de recuerdos y continuó—: Tenía casi cien años cuando lo enterramos… Vivíamos todos en la misma casa.

La vida de Margot, tan diferente a la suya, lo atraía. Quería saber detalles, la consideraba una mujer especial en muchos sentidos.

—¿Y cómo empezaste a atender el puesto de flores?

—Cuando ellos murieron, mi madre quedó desamparada. Por la necesidad de ganar unos francos, comencé a llevarle flores al dueño del puesto para que me las comprara.

—¿Flores? —preguntó sorprendido. Cada nuevo dato lo asombraba más.

—Sí, las cultivábamos con mi madre en el jardincito de la casa donde vivíamos. Con el tiempo, el dueño del puesto me terminó empleando para que lo atendiera algunas horas. Luego mi madre enfermó gravemente y, más tarde, cuando falleció, tuve que trabajar todo el día.

—Lamento lo de tu madre…

—Fue muy triste… —dijo emitiendo un largo suspiro cargado de sentimientos, y explicó—: Se la llevó la tuberculosis.

—Ay, qué terrible enfermedad —se lamentó Erik, que conoció

de cerca varios desenlaces similares. Por más dinero que se tuviera, la tuberculosis no perdonaba. Margot se quedó en silencio. Para evitar la pesadumbre, Erik desvió la atención hacia otro asunto de su interés—: ¿Aún cultivas flores?

—No, ni siquiera tengo la casa donde lo hacía. La perdí pagando a los doctores que trataron la enfermedad de mi madre.

—¿Y en dónde vives? —le preguntó impresionado por la dureza de su relato. No podía imaginar cómo se salía adelante en un escenario así, sumergida en la orfandad y el desahucio. ¡Sin hombres, sin hogar! Ya bastante le costaba entender que, siendo mujer, tuviera que trabajar para subsistir.

—En una pensión.

—¿Una pensión? —La imagen de un lúgubre lugar vino a su mente.

—Tampoco es tan horrible como crees.

—No he dicho eso —se defendió. Temió que se le hubiera notado en el rostro.

—No soy tonta, sé que no vives como yo y que tienes una casa hermosa en la calle Copérnico.

—¿Acaso sabes cómo es mi casa? —dijo Erik tratando de que creyera que vivía humildemente.

—Con la cantidad de flores que compras cada día, pequeña no ha de ser. Yo, con lo que gano, apenas puedo vivir de una manera sencilla. Tú y yo somos diferentes, llevamos vidas muy distintas…

Ella trabajaba todo el día y a gatas le alcanzaba para sus gastos.

Erik pensaba que la muchacha tenía razón pero en ese momento era lo que menos le interesaba. Fue sincero:

—Sé a qué te refieres, pero a mí no me importa.

A ella le gustó la respuesta.

—A mí, tampoco. Me siento bien contigo y eso me basta —dijo Margot con optimismo encogiéndose de hombros.

Aunque sabía muy bien cómo funcionaban estos casos. En una situación como la de ellos dos, lo que a ella le importara resultaría irrelevante. El que tenía el verdadero poder de elección era Erik. Sería inocente pensar lo contrario. A sus veintitrés años, la vida le había mostrado ya sus crudezas y le había dado vuelta la cara en varias oportunidades. Pero ¿qué podía hacer ella, si se había enamorado de ese niño bien? ¡De ese millonario argentino, uno más

de los muchos que se hallaban viviendo en París! No en vano el dicho de moda era «*Riche comme un argentin*», es decir, rico como un argentino.

Los periódicos locales afirmaban que la comunidad argentina, compuesta tanto de estancieros acaudalados como de diplomáticos, médicos, escritores, pintores y artistas de toda calaña, alcanzaba —solo en París— los treinta mil habitantes.

Margot le contaba que el dueño del puesto se había ido a vivir a Nantes y que ella le rendía cuentas semanalmente cuando el *garçon* se acercó con el humeante *bœuf bourgignon*. Erik había dejado la elección de lo que comerían en manos de Margot. Y ella lo había hecho muy bien. A pesar de ser una mujer sencilla, como buena francesa, entendía de comidas. Mientras lo saboreaban, le explicó detalles de la preparación y cómo era su propia versión de ese plato. Más tarde, Margot desplegó sus conocimientos culinarios cuando sirvieron el *parfait* de chocolate que Erik pidió de postre.

—Te prepararé uno con pistachos —prometió la joven al ver cómo lo disfrutaba—. Ya verás…

—¡Perfecto! —aceptó entusiasmado.

Erik pensó que lo culinario era una ventaja más de Margot sobre Azucena. Su novia no tenía la más mínima idea sobre asuntos de cocina. Pero ¿cómo podía saberlo, si todo lo hacían sus empleadas? Amén de que la comida no le interesaba, ella era extremadamente delgada.

Una vez terminada la cena, él la acompañó hasta la puerta de la pensión en la que vivía. Se trataba de un lugar muy humilde, cerca del Barrio Latino, pero Erik no veía ningún lúgubre detalle, porque, aprovechando la oscuridad de la noche y el cobijo de los árboles, se dedicó a besarla mientras la estrechaba contra su cuerpo. Margot Morandé no tenía remilgos pudorosos como Azucena, y le permitía avanzar. Su incursión lo cegaba y lo enamoraba aún más; tanto, que no veía el estado deplorable de la pensión. La pared de la fachada, descascarada; el cartel del nombre, con un extremo caído; las cortinas, roídas; la luz, mortecina. Las personas que transitaban por la zona tenían aspecto peligroso. Sin embargo, él solo tenía ojos para ese rostro dulce de piel muy blanca y ojos verdes.

Luego de los besos apasionados se despidieron con la promesa de verse pronto. Cuando Margot estaba a punto de ingresar a la

pensión, dos hombres se les acercaron y, con un movimiento rápido, redujeron a Erik y lo amenazaron para que entregara sus pertenencias. Él se resistió, pero la navaja que punzaba una de sus costillas le hizo cambiar de parecer. En ese momento, Margot, que no sabía qué hacer, atinó a gritar. Como represalia, uno de los maleantes le tapó la boca y le torció el brazo. Al ver lo que sucedía, Erik tuvo miedo de que la lastimaran y dejó que se llevaran sus posesiones: el reloj de oro que colgaba de su chaleco y su billetera.

Margot permaneció alterada durante un largo rato. Erik se dedicó a tranquilizarla. Sentados en la vereda, él la contuvo. Solo cuando la notó calmada, decidió marcharse; verla llorosa lo había llenado de ternura.

Más tarde, en su casa, Erik relató el atraco. Se mostró indolente, como si se tratara de un hecho menor, sin importancia. Pero Irina rompió en llanto al entrever el peligro que había corrido. No entendía, además, por qué a su hijo no le importaba el mal trago que había vivido. Por otro lado, se preguntaba qué hacía en esa zona. Algo le sucedía a su muchachote, algo que ella no alcanzaba a comprender.

Erik tomó el robo como una anécdota. El hecho trascendental de esa noche había sido otro: la manera en que Margot le había permitido que la besara y la tocara sin objeciones ni pudor. ¡Y estaba convencido de que ella también había disfrutado! ¡Era una mujer de verdad! Rememoró cada instante de la velada: la cena, la conversación animada, los puntos en común… y se descubrió perdidamente enamorado de la francesa. Se preguntó qué sería de esta relación. Se respondió que no lo sabía.

Capítulo 6

Este es el tango, canción de Buenos Aires,
nacida en el suburbio que hoy reina en todo el mundo.
Este es el tango que llevo muy profundo
clavado en lo más hondo del criollo corazón.

Tango «La canción de Buenos Aires»,
MANUEL ROMERO

Familias Loyola y Martínez

Ese viernes por la noche, en la puerta del teatro L'Oiseau, la gente hacía una larga cola para ingresar. La marquesina iluminada con decenas de lamparillas rezaba con *glamour «TANGO ET PASSION»*.

Hacía un buen rato que había oscurecido cuando, vestidos con elegancia, Manuel Loyola, su esposa e hija ingresaron al salón y se ubicaron en sus asientos. Melisa lo atrajo hacia sí y le dijo al oído: «Gracias, papá». Asistir a los espectáculos era una de sus salidas predilectas y él se había encargado de conseguir una buena ubicación.

Los Loyola se acababan de sentar cuando ingresó al recinto toda la familia Martínez Romanov. Solo faltaba Erik, que había avisado que esa noche —como las anteriores— tenía otros planes. Los argentinos se instalaron en las mejores butacas de la primera fila. Irina llevaba en el pelo un recogido de mucho trabajo y vestía de gala. Las niñas lucían vestidos blancos de encaje y sus trenzas rubias iban sujetadas hacia arriba a modo de rodete; fueron sentadas juntas a un costado de su madre. Nikolai, de impecable *frac* oscuro como su padre, se situó junto a él, en el asiento contiguo. Para los Martínez Romanov, concurrir a las funciones de teatro formaba parte de la rutina semanal. A veces, Irina y Ricardo iban solos; otras, con sus hijos. Aunque esta vez era especial, ya que involucraba una palabra prohibida: «tango».

Con la llegada de los últimos espectadores, el salón se llenó. «La

obra, evidentemente, está de moda», conjeturó Irina. Luego, les explicó a las niñas qué clase de música escucharían. De todos modos, ellas ya lo sabían. Impaciente, don Ricardo consultó el reloj. Nikolai, por su parte, clavó la vista en la persona que tenía al lado: era una muchachita. Primero, le llamó la atención el largo del cabello; tenía ondas, era oscuro y muy brillante. Con disimulo, observó detalles de su perfil hasta que ella lo notó. Entonces, cruzaron las miradas.

La chiquilla tenía ojos exóticos. «Es de otro país», supuso. La mujer que la acompañaba era muy parecida. «Debe ser su madre», dedujo. «Y el hombre, aunque rubio, su padre».

Melisa miró a Nikolai.

Nikolai miró a Melisa.

Ambos se observaron unos instantes. Fue una mirada intrigante, la primera en la que sería una vida de miradas, porque en ese momento el reloj grande de la existencia de las personas movió sus agujas y el clic fue irreparable… Solo que ellos, como dos chiquillos que eran, no lo percibieron, no lo descubrieron. El destino acababa de hacer de las suyas y ambos estaban allí, sentados en ese lugar, como también lo estarían en unos años, pero en una situación completamente diferente. Melisa y Nikolai juntos…

El telón se levantó y apareció una orquesta de trece músicos, cada uno con su instrumento: violines, contrabajo, guitarras, piano, flautas, viola y violonchelo. Afinaron.

Los violines fueron los primeros en hacerse oír.

—Melisa, por favor, presta atención —dijo Amina. Como continuaba distraída, le tocó el brazo.

La joven le hizo caso, dejó de mirar al chico que tenía a su lado y fijó la vista en el escenario. Nikolai, también. La orquesta comenzó su trabajo y la música en plenitud inundó el salón.

Tras concluir la primera parte, en la que se lucieron los músicos que ejecutaron con destreza sus instrumentos, vinieron los aplausos. Para dar comienzo a la segunda, se presentaron en escena dos hombres recios con pinta de malevos, como salidos de un arrabal de Buenos Aires. A viva voz, uno de ellos anunció el tango que interpretaría: «Le porteñito». Con los primeros compases de la orquesta, entonó en claro castellano:

Soy hijo de Buenos Aires

por apodo, el porteñito,
el criollo más compadrito…

A continuación, cantaron otro tango, pero interpretado en francés. Irina, que manejaba el idioma, escuchaba con atención las letras. Aunque sabía que algunas eran groseras, no había nada para criticar. Hasta aquí, eran inobjetables.

Irina controlaba, las niñas jugueteaban, don Ricardo disfrutaba y, a su lado, Nikolai miraba la cantidad de personas presentes. Rápido, sacó una cuenta que lo deslumbró: a diez francos cada entrada, multiplicado por doscientos asistentes… ¡el teatro ganaba dos mil! Se concentró en las cuentas porque el espectáculo no le causaba mucha gracia.

Melisa, por el contrario, estaba hipnotizada con los pormenores de lo que sucedía en el escenario. Sus padres observaban la pasión con que ella disfrutaba de la obra y pensaban que había sido una buena decisión traerla.

La hora pasaba, el espectáculo avanzaba dentro de los carriles normales, la aceptación era creciente… Pero, cuando parecía que ya nada los sacaría de allí, entró a escena una mujer de cabello oscuro con un vestido largo de satén blanco que entonó en francés:

Je suis la brune la plus gracieuse
Le plus célèbre de cette population…

Irina lo reconoció de inmediato: era el tango «La morocha», de Villoldo. Sabía que en Buenos Aires la clase baja lo bailaba. Ella escudriñó el rostro de don Ricardo. Con la mirada, su marido le pidió que se tranquilizara y bajó levemente el mentón para indicarle que todo estaba en orden.

Enseguida apareció en escena una pareja de bailarines. El hombre vestía traje oscuro y pañuelo blanco al cuello; la mujer, un vestido negro muy escotado y apretado, con flecos en el ruedo. La pareja hizo dos movimientos decididos y la danza sensual de cuerpo contra cuerpo comenzó, y los enlaces, abrazos y refriegues que se propinaban el hombre y la mujer pusieron nerviosa a Irina. Ya no le importaba que don Ricardo trasuntara calma; ella estaba escandalizada por el giro que había dado el espectáculo.

La orquesta tocaba, la intérprete de vestido de satén cantaba y

los bailarines desplegaban su voluptuoso arte mientras el público presente permanecía hechizado por los movimientos… Menos Irina, que, incómoda y con la firme creencia de que la danza se había pasado de castaño a oscuro por lo atrevida, tomó la drástica decisión de taparles los ojos a sus niñas, las cuales, alborotadas por la actitud de su madre y con el renovado deseo de no perderse detalles, opusieron una férrea resistencia profiriendo alaridos en son de emblemática queja.

Durante la faena, don Ricardo creyó que su mujer le había hecho señas para que procediera del mismo modo con Nikolai. Pero no, el señor Martínez no haría esa payasada con un hijo que, por muy jovencito que fuera, pronto sería tan alto como él.

Muy cerca de los manotazos de María Gracia y Luisa y de los esfuerzos de su madre por volverlas ciegas a los apretujones eróticos que se daban los bailarines, se hallaba Melisa en su propio mundo. Luego de un firulete o de una quebrada llamativa, ceñía la mano de Amina y, cada tanto, le decía:

—Me encanta, mamá, me encanta. —Casi no le salía la voz, estaba emocionada. La música y la danza le parecían, simplemente, maravillosas.

Nikolai, a su lado, no sabía si mirar a la niña que exudaba encantamiento o dirigir la vista hacia el cuerpo sensual de esa mujer que bailaba con descaro frente a sus narices y ponía en movimiento sus hormonas de jovencito.

Cuando el acto terminó, y pese a que aún faltaba buena parte de la función, Irina dio la voz de mando para emprender la retirada. Debían marcharse de inmediato del teatro. Las quejas de Nikolai no valieron de nada, tampoco las miradas solícitas de su esposo, que rogaba quedarse.

La decencia era la decencia y, en su nombre, los Martínez Romanov se fueron antes de los dos bailes que le siguieron al único que ellos vieron. También se perderían los rabiosos y consagratorios aplausos que los espectadores brindaron de pie durante largos minutos.

En el *foyer*, Irina se encontró con otra madre argentina que había procedido del mismo modo y había arreado a su familia. Al descender la escalinata, ambas mujeres se miraron hermanadas, complacidas con la decisión que habían tomado. Con sus presencias,

no convalidarían la descarada y obscena danza con la que pretendían representar a la Argentina.

Dentro del recinto, Melisa supo que jamás olvidaría el espectáculo que estaba presenciando. Esa música y ese baile le habían encantado. Imaginaba qué lindo sería bailar o cantar tango. Atesoró su pensamiento porque —lo sabía bien— su madre lo desaprobaría. Una cosa era ser espectador y otra —muy diferente— querer protagonizarlo. No olvidaba cómo había reaccionado Amina el día que la vio bailar en la cocina para sus amigas.

El reloj marcaba las diez y media de la noche cuando los Martínez Romanov llegaron a su casa después del frustrado intento de ver y escuchar tango. El mayordomo que salió a recibirlos les informó que Erik aún no había regresado. Su madre se preocupó y así se lo hizo saber a su esposo. Él buscó calmarla:

—Irina, tranquilízate, ya es adulto. Tiene salidas de hombre.

El comentario de su marido, lejos de serenarla, la intranquilizó.

Sin embargo, don Ricardo había acertado porque, exactamente en ese momento, Erik aceptó la invitación de Margot para compartir una taza de café caliente en su cuarto. Habían cenado juntos y, otra vez, como venían haciéndolo, se habían besado apasionadamente en el portal de la pensión. Pero, precavida, ella le propuso continuar en su habitación; temía sufrir otro atraco. Fue, también, un pretexto para estar los dos a solas porque quería que continuara besándola de esa manera tan intensa y apasionada. Margot ya no era una niña, sino una mujer independiente que trabajaba y se valía por sí misma. Si iba a acostarse con un hombre por primera vez, sería con el que ella eligiese y en su propia casa.

Por diversos motivos, la estadía parisina de los Martínez Romanov venía siendo más extensa de lo previsto. Sobre todo, porque habían decidido que Nikolai realizara un viaje por la península itálica con el propósito de que recorriera las principales ciudades, ampliara su cultura del arte y aprendiera el idioma. Se trataba de un largo periplo en compañía de un tutor inglés.

Mientras el matrimonio aguardaba pacientemente su retorno, las niñas tomaban clases de idiomas y modales. Por su parte, Erik, además de profundizar su relación con Margot, se había dedicado a colaborar con su padre, tal como se esperaba de él. Periódicamente, don Ricardo recibía informes que daban cuenta del estado de su

hacienda. En varios folios, un letrado de su confianza le enviaba el detalle diario de remates, altas y bajas, nacimientos y mortandad de los distintos planteles de vacas. De ese modo y desde París, él controlaba lo que pasaba en Argentina. Si bien la tarea no le demandaba mucho tiempo, decidió delegársela a su hijo mayor, quien utilizó parte de la mañana para leer y, cuando nadie lo veía, a escribir lo que —soñaba— alguna vez sería una gran novela.

Esa mañana, una vez que la familia terminó de desayunar, las niñas partieron a sus clases; y Erik, hacia el despacho del notario puesto que debía retirar unos papeles. Mientras tanto, don Ricardo se dispuso a leer el periódico instalado en el cómodo sillón junto a la ventana. A su lado se ubicó Irina, dispuesta a bordar un pañuelo. Rosalía, la mucama argentina, entró en la sala y le entregó a su señora la correspondencia, quien, abandonando la aguja y el hilo, repasó los remitentes y eligió abrir la enviada por sus amigos los Alvear. Leyó la esquela y, cuando terminó, levantó la vista. Preocupada, comentó:

—¿Sabes, querido…? Los Alvear también se van a Biarritz. Están inquietos por los rumores de una posible guerra en Europa.

Algunas familias argentinas de clase alta que se hallaban instaladas en la ciudad se sentían amenazadas por la situación política que vivía Europa. Temían que se desatara una guerra y que bombardearan París. Por precaución, habían iniciado un silencioso éxodo hacia sus casas de veraneo en los elegantes balnearios de Biarritz y Deauville.

Don Ricardo cerró el periódico y dijo:

—Cariño, creo que tendremos que evaluar nuestra partida. Las noticias que publican los diarios respecto a una guerra no son alentadoras.

—¿Tú dices que debemos marcharnos de París? ¡Pero aquí tenemos casa! ¡Allá tendríamos que volver a alquilar…! ¡O peor: vivir en hoteles!

—Sería solo por unos meses. Si estallara una contienda armada, tal como preanuncian los periódicos, viviríamos bajo la incertidumbre y con el corazón en la boca. Te lo digo por lo que leo —dijo don Ricardo señalando los ejemplares de *Le Figaro* y *Le Temps*.

—No reniego de mudarme pero habría que tener muchas cosas

en cuenta. Además, hay que esperar a que Nikolai regrese a Francia.

—Mira, Irina, yo iré averiguando de una propiedad en Biarritz. Mi notario tiene una grande y bonita. Le preguntaré si quiere alquilármela. Sería como una especie de vacaciones… Un retiro… Solo por unos meses, hasta que estemos seguros de que no habrá guerra.

—Ve averiguando. La verdad es que si todos nuestros amigos se marchan a los balnearios, de nada nos servirá encapricharnos con permanecer en París. Pronto no tendremos con quién juntarnos —concluyó Irina. Si la vida social cambiaba de sede, hacia allí iría ella. Luego, a modo de requisito, repitió la descripción de su esposo—: Eso sí: asegúrate de que la casa sea grande y bonita.

Su marido asintió con la cabeza y ella se quedó conforme. Estaba convencida de que el dinero lo compraba todo, incluido un buen hogar en cualquiera de las ciudades en las que tuvieran que radicarse. Si sus hijos se mostraban reacios a la mudanza, ella esgrimiría ese argumento: allí donde vivieran, tendrían una magnífica casa.

Esa misma tarde don Ricardo anunció a la familia que había cerrado trato para comprar una casa sobre la playa de Biarritz; por lo tanto, no habría necesidad de alquilar o pernoctar en hoteles. La propiedad no era tan grande pero sí muy bonita y podían instalarse en ella en cuanto quisieran. Una vez que llegara Nikolai, se marcharían al sur para disfrutar de una temporada terapéutica en el balneario de moda.

Erik se mostró reticente a la idea; no aceptaba irse lejos de Margot. Si le costaba concebir el futuro sin ella, cuánto más el presente. Acostumbrado a verla a diario, la florista le daba forma a su rutina. Por la mañana, pasaba por el puesto para llevarle un *croissant*. Durante el resto del día, siempre encontraba un buen motivo para volver y charlar un rato. Por la noche, tras cenar frugalmente con sus padres y las mellizas, partía hacia la pensión del Barrio Latino, donde ella lo recibía con un postre de chocolate que disfrutaban juntos. Luego, tranquilos, hacían el amor.

Erik solía marcharse del cuartito muy avanzada la noche. Algún fin de semana, incluso, se quedaba a dormir. Si no lo hacía más seguido era porque al otro día debía oír las peroratas de su madre y

él no soportaba ni toleraba los retos de nadie. Quizá allí radicara una de las razones por las que siempre intentaba hacer lo que se esperaba de él. Para Erik, la pensión había pasado de ser un lúgubre aposento a un sitio luminoso donde se sentía feliz. Recordaba su relación con Azucena y se asustaba; no quería casarse, no deseaba pasar la vida entera con ella. Turbado por un futuro planificado por sus padres, echó de su cabeza ese pensamiento asfixiante. El presente de hombre enamorado era emocionante. En su mente solo había espacio para este nuevo y verdadero amor que lo inundaba todo.

Cuando Azucena y su familia regresaran de los Países Bajos, resolvería qué hacer. Mientras tanto, iría un par de días a Biarritz para conformar a sus padres y luego retornaría a París. Aún retumbaban en su cabeza el diálogo y los momentos vividos con Margot durante la noche anterior. Tendidos en la camita del cuarto, y extenuados luego de haber hecho el amor, conversaron animadamente:

—¿Sabes…? Te quiero, niño rico argentino —le dijo Margot en broma mientras le hacía cosquillas. La tenue luz de la lámpara ubicada en la mesilla realzaba los contornos de los cuerpos. La cabeza morena de él y la rubia de ella, una al lado de la otra, contrastaban sobre la almohada.

—Y yo a ti, niña francesa.

—¿Siempre me vas a querer? —le preguntó mirándolo a los ojos.

—Siempre —repuso seguro—: Y tanto que… mira lo que te he traído —dijo y, desnudo, se puso de pie y fue en busca del paquete con el que había llegado pero que, en el apuro de amarse, había quedado abandonado.

Erik abrió el envoltorio y de adentro aparecieron cuatro libros encuadernados en cuero con un hilo de oro. Eran dos ejemplares de Flaubert: *Memorias de un loco* y *La educación sentimental*.

—Toma, compré uno para ti y otro para mí. Es una edición difícil de conseguir —comentó sentándose en el borde de la cama.

—Lo sé. ¡Gracias! —Ella sabía bien que pertenecían a una tirada exclusiva. Incorporándose, tomó el libro con delicadeza en las manos, y agregó—: Es bellísimo…

—Escucha, Magui, el día que vivamos juntos los tendremos en nuestra biblioteca. Poco a poco, nos haremos de la colección

completa de la edición. Y recordaremos esta época.

Ella sonrió. Dejó el libro en el borde de la mesilla y lo abrazó. Le gustaba que le dijera «Magui». Solo él la llamaba así. El diminutivo formaba parte esencial del código de enamorados que compartían. Y lo que le acababa de decir era más importante que cien regalos valiosos juntos: algún día ellos y los libros convivirían en la misma casa.

Capítulo 7

Melenita de oro,
no rías, que estás sufriendo,
no rías, que estás mintiendo,
que anoche sufrió tu corazón.

Tango «Melenita de oro»,
SAMUEL LINNING

Hacía más de tres semanas que los Martínez Romanov se hallaban instalados en Biarritz, e Irina, que ya se había amoldado, se encontraba a sus anchas disfrutando de los placeres que le regalaba la costa vasca. Casi todas las familias argentinas amigas estaban en el lugar, y cada noche se reunían para cenar con la pretensión de recrear la vida social que habían dejado atrás.

En cuanto Nikolai regresó de Italia emprendieron la partida al balneario. El chico había vuelto cambiado de su viaje; lo veían maduro, grande y cultivado. Al apreciar los nuevos rasgos, Irina creyó que sería un digno sucesor de los Martínez Romanov. Notaba el interés que su hijo tenía por los negocios y no le quedaban dudas de que los llevaría adelante con sobrado éxito. A veces, Nikolai le recordaba mucho a su propio padre, Andrey Romanov, un hombre ruso refinado, un intelectual de pensamientos profundos pero también muy dado al hedonismo. Un excéntrico *bon vivant* de gustos exquisitos para la comida, la vestimenta, los viajes, las mansiones donde moraba y las relaciones que cultivaba. Dedicó su vida a hacer dinero y a gastarlo. Irina estaba convencida de que Nikolai había heredado esa veta del abuelo materno. En su hijo veía, también, muchos de los rasgos característicos de su familia, incluida la importancia que le otorgaba al dinero. Claro que no se daba cuenta de que, con sus actos y comentarios, era ella misma quien le transmitía ese valor supremo por forjar una fortuna. Del menor de los varones, a Irina solo le preocupaba una cosa: su naturaleza rebelde.

«Erik, Erik… es tan diferente. Bohemio, soñador, pero tan

apegado a sus deberes y obligaciones…», reconoció. Irina sabía que al mayor no le importaba demasiado la buena vida, que tenía una auténtica inclinación por la lectura y que, quizá, aunque no lo manifestara abiertamente, deseaba dedicarse a la escritura. Pero el peso de portar el apellido Martínez Romanov lo había transformado en un varón concienzudo, ceñido a sus responsabilidades de sucesor.

Asediada por las reflexiones, mientras aguardaba a que la familia bajara al comedor para desayunar, Irina tuvo un presentimiento: Erik se marcharía pronto. En la playa, día tras día, había sido fácil retenerlo con torneos de *cricket*, partidas de *poker*, comidas especiales, variadas visitas, baños de sol y excursiones en barca… Pero sus amistades francesas comenzaban a reclamarlo. «Evidentemente, son importantes para él…», juzgó. «Por eso insiste con regresar, si los amigos argentinos están casi todos aquí, en sus casas de la playa», concluyó.

Irina, como la señora de la casa, se acercó a sus empleadas para controlar la tarta de nuez que acababan de sacar del horno y para darles instrucciones sobre la variedad de jugos que deseaba que prepararan para el desayuno.

Mientras las mucamas servían la mesa, una charla trivial y familiar comenzó entre los Martínez Romanov. Nikolai comunicó que partiría al centro; necesitaba tinta para terminar un trabajo que le había encargado su tutor inglés. Las niñas irían con la institutriz a la playa. Don Ricardo le explicó a Erik detalles sobre el llenado de unas planillas que debía enviar a la Argentina con urgencia, Nikolai ofreció cancelar su actividad para ayudar, pero su padre no aceptó. Parecía que todos tenían qué hacer, menos Irina.

—En verdad, a veces extraño París… —dijo ella con cierta melancolía.

—¿Qué es lo que extrañas? Si aquí tienes todo —repuso Nikolai que, en la playa, estaba de parabienes.

—Me falta el teatro, la ópera, los museos. En síntesis, la vida cultural parisina.

Don Ricardo, que escuchó sus lamentos, se alió:

—También lo extraño, querida. Esperaremos un par de meses, y si no hay noticias sobre la guerra, volveremos.

La playa era linda, pero nada opacaba a la Ciudad de la Luz.

Erik aprovechó para dejar en claro sus intenciones:

—Yo regresaré este fin de semana a París —anunció. Sin noticias de Margot, comenzaba a desesperarse. Además, por una cosa u otra, había demorado su retorno. Las actividades incesantes propuestas por su madre no se lo habían permitido.

Don Ricardo estaba por hacer un comentario al respecto cuando Rosalía ingresó al comedor y notificó:

—Señora, llegó un telegrama para usted.

Irina dejó su taza con parsimonia, pero sus manos denotaron un pequeño temblor. Los malditos telegramas solo traían malas noticias del otro lado del océano. «¿Quién lo enviará?», se preguntó. Lo tomó con rapidez y lo leyó bajo los ojos expectantes del resto de la familia, que había quedado en silencio. Tras unos segundos de tensión, ella dio un suspiro y, sonriendo, señaló:

—No son malas noticias, sino buenas… Azucena y sus padres están regresando de su viaje. La situación política los obligó a cambiar de planes y, en vez de dirigirse a París, vendrán directamente a Biarritz —lo dijo contenta. El mensaje había llegado en el momento exacto. Justo cuando ya no encontraba pretextos para seguir entusiasmando a Erik y convencerlo de que se quedara con ellos, algo inesperado había surgido. Esa repentina necesidad de irse a París no le gustaba, no sabía bien por qué, pero no le agradaba en absoluto. Y si Azucena llegaba a la playa, él se quedaría.

La noticia golpeó el estómago de Erik, quien se vio obligado a preguntar de inmediato:

—¿Cuándo llegan?

—Pasado mañana.

—¡Tan pronto! —exclamó alarmado. No estaba preparado para una alteración de sus planes. Desesperado, agregó—: ¡Yo pensaba irme ese día a París!

—No puedes. Lo tomarán como una descortesía —sentenció don Ricardo.

—¡No debes! Necesitamos organizar de inmediato una cena con ellos para el viernes —previó su madre.

La mente de Erik buscaba pretextos para marcharse pero el acontecimiento no aceptaba ninguno. Para él, el novio y futuro esposo de Azucena González Aliaga, no podía haber nada más

importante que quedarse para recibirla. Si su prometida venía a Biarritz, ya no habría manera de escapar. Se exasperó:

—¡Pero yo debo estar en París! —Él necesitaba hablar con Margot, verla, mirarla a los ojos para saber si realmente debía romper su compromiso con Azucena. Y si el rostro de esa mujer que había comenzado a amar se lo confirmaba, le explicaría que estaba dispuesto a dejar a su novia oficial por ella. Pero ahora todo se complicaba, venía Azucena y le ganaba de mano en sus planes. Él no quería verla, sino a Margot.

—¡Carajo, Erik! ¿Para qué debes ir? —preguntó impaciente su padre.

—Tengo cosas que hacer, he tomado compromisos.

Irina, que veía una discusión en puerta, intentó una mediación:

—Escucha, hijo, hagamos una cosa… Recibe a tus suegros y a tu prometida, te quedas con ellos tres o cuatro días, y luego te marchas a París para honrar tus compromisos.

Erik no respondió, estaba disgustado; sabía que debía quedarse para recibir a los González. Si no lo hacía, perjudicaría a sus padres. Los Martínez Romanov y los González Aliaga hacían negocios juntos desde hacía años, tenían intereses en común y la relación comercial primaba sobre cualquier noviazgo. Tomó el último trago de café sin decir palabra; una vez más, su costado cumplidor —el deber ser— le había ganado al rebelde. Y él lo sabía.

A esa misma hora, en París, sentada en la mesita de su cuarto de pensión, Margot intentaba desayunar. Pero no le pasaba ni un trago de té, ni un bocado de pan. La tristeza la invadía, extrañaba a Erik. Le había dicho que volvería en tres días, y ya iban exactamente veintiséis noches que se acostaba sin noticias de Erik. Sabía con precisión cuántas eran porque, cada día y con escrupulosidad, marcaba con una cruz el calendario que colgaba frente a su cama. Empezaba a sospechar que Erik se había olvidado de ella y esa idea le provocaba un dolor tan grande que desde hacía un tiempo se dormía llorando. Por consiguiente, cada mañana se levantaba tarde. Tomó un pequeño sorbo de té y desechó el panecillo. Si no se apuraba, llegaría nuevamente tarde para abrir el puesto. Por más tristeza que la embargara, no podía darse el lujo de perder el trabajo. Lo necesitaba para comer y pagar el alquiler.

Margot deseó tener a su madre para desahogarse, para

descargarse. Ella la hubiera consolado, la hubiera ayudado a sortear esta pesadilla que vivía… porque… había un detalle de la ausencia de Erik que lo volvía un mal sueño, un detalle que no podía contar a cualquiera; al menos, no por ahora porque no disponía de un hombro familiar donde refugiarse y poder contar su secreto; así que tenía que guardárselo. Y en su interior, la pena se agigantaba.

Al percatarse de su soledad, se sintió más desamparada que nunca y se mordió el labio con fuerza para no largarse a llorar de nuevo.

Al bajar las escaleras y salir a la calle, los rayos de sol le dieron de pleno en el rostro. Por un instante, un dejo de optimismo la envolvió y pensó que, tal vez, ese miércoles, al fin, Erik volvería a sus brazos.

—¡Erik, otra vez hemos perdido la partida por tu culpa! ¡No debías dar esa carta! —protestó enfadado Nikolai tirando sobre la mesa los naipes que tenía entre las manos. Su hermano no había puesto empeño en ganar el juego, que acabó igual que el anterior: con la derrota de los hermanos Martínez Romanov. Los dos jóvenes contrincantes de la familia Alvear sonreían complacidos porque Erik y Nikolai debían pagar dos trajes confeccionados en la mejor sastrería parisina. Ese había sido el premio pactado para los ganadores.

El miércoles, alrededor de los cuatro muchachos, el bullicio en la casa de la familia Larreta era infernal. Los cinco matrimonios con sus respectivos hijos conformaban casi una treintena de personas.

Contrariado, Erik dejó sus cartas sobre el mazo y, sin responderle a su hermano, se puso de pie y se dirigió hacia el centro del salón, donde estaba dispuesta una mesa de pasteles. Se sirvió una porción de torta *chilly*. Mientras la comía, observó a su alrededor y, junto a otra de las mesas atiborrada de fiambres, quesos, aceitunas y panecillos, vislumbró los bucles largos y oscuros de Azucena. Los invitados disfrutaban sin discreción de los *apéritifs* y de los pequeños manjares presentados con mucha gracia, pero ella no probaba bocado. Tampoco parecía divertirse con las bromas de sus amigas, sino más bien recriminarle que no estaba a su lado charlando con ella. Erik no quería acercarse; no tenía ganas y no estaba de humor para disimular. Un poco más allá, los hombres

mayores jugaban su propia partida de naipes. En los sillones de la punta, las señoras conversaban mientras algunas bordaban.

Irina, que alcanzó a ver a su hijo desocupado, le hizo una seña para que se aproximara. Fastidiado, Erik caminó unos pocos metros con desgano. Llevaba un pésimo día; ya no aguantaba más al ruidoso grupo y lo único que pretendía era marcharse a París. Además, tenía sueño. Hacía dos noches que no dormía bien porque intuía que Margot estaría desesperada; incluso, enojada por la promesa incumplida, por la dilatada ausencia. El remordimiento no le permitía descansar en paz.

Sin embargo, había sido imposible decirle que no a las presiones de su familia y a los planes de Azucena y sus padres. La chica argentina no le generaba ni una pizca de lo que le provocaba Margot. Reencontrarse con Azucena fue como ver a una hermana. Tres días le demandó estar seguro de sus sentimientos. Se iría a París el viernes; se marcharía pasase lo que pasase, se enojase quien se enojase y se quedaría el fin de semana entero. Los cuatro o cinco días que le había dicho a Margot que se ausentaría se habían convertido en un mes. Necesitaba verla, hablarle. Y si ella estaba de acuerdo y ambos sentían lo mismo… enfrentaría a su familia y cancelaría la boda con Azucena aunque se cayera el mundo.

Caminó tan absorto en sus reflexiones que no se dio cuenta de que estaba frente a su madre, que, rodeada de las demás señoras, le exigía una respuesta. Subió el tono e insistió con su interrogante hasta que su hijo al fin la oyó:

—Erik, ¿me escuchas?

—Eh… sí… ¿Cómo dices?

—Te acabo de preguntar si te parece bien que sea este fin de semana.

—¿Qué cosa? —interpeló de mal humor. Nada que no fuese ir a París le parecería bien ese fin de semana.

—Que nos reunamos con los González Aliaga en casa para planear cómo se hará la boda.

Erik miró a su madre. Sacado de quicio, perdió el control y explotó de manera estrepitosa:

—¡Madre! ¿Es que no comprendes que te he dicho que este fin de semana iré a París? ¡No sé por qué insistes! ¡Entiéndelo de una vez, por favor!

—Hi… Hijo… —tartamudeó Irina abriendo los ojos. Rara vez Erik actuaba así. Además, su pregunta no podría haber generado desproporcionada transformación.

—Entiéndelo, madre: no me quedaré ni aunque organices la más rica comida, ni aunque planeen los mejores torneos, cabalgatas o paseos en barcaza. ¡Mucho menos para organizar la boda! —remató con tal sinceridad, que hasta él mismo se sorprendió.

—¡Erik! —exclamó Irina, que se intimidó al saberse rodeada por las señoras que la acompañaban, incluida la madre de Azucena. Necesitaba frenar a su hijo, si no, se desataría un escándalo. Serena, tomó el control de la situación y, condescendiente, agregó—: Hijo, ya sé que tienes muchas responsabilidades en París. Dejaremos la reunión para tu vuelta.

Erik la miró por unos instantes. A Irina le parecieron eternos; también a las damas que, atentas, esperaban su respuesta.

—Está bien, madre —concedió—, se hará como tú dices.

Irina asintió con la cabeza, dio por terminada la charla y, exhibiendo una tranquilidad fingida, retomó plácidamente la conversación. Las mujeres, como ella, habían quedado perplejas por el tinte del altercado.

Erik buscó la puerta de inmediato. Precisaba salir, airearse, calmarse. Así lo hizo. Y en pocos minutos, estuvo en la playa. Mientras caminaba por el contorno que dibujaban las olas, su cabeza, inquieta, razonaba qué le diría a Margot cuando la viera.

Por su parte, en el salón de la casa Larreta, Irina se levantó de los sillones y pidió un té de tilo. Debía serenarse. Por poco no había sucedido un desastre. La señora Aliaga de González estuvo a punto de darse cuenta de que Erik no deseaba celebrar la boda con Azucena. ¿Qué diablos ocurría con su hijo? ¿Acaso se había enamorado de alguien en París? Por ver a unos amigos no se hacía semejante escándalo.

Familia Loyola y Margot

Manuel Loyola caminó con el diario bajo el brazo por las calles de París tal como si fueran nubes; se sentía orgulloso y feliz; era un gran día, acababa de leer en el periódico un artículo sobre la originalidad y la belleza de sus trajes, los que se usaban en los espectáculos de la ciudad. Su apellido, en letras de molde, adquiría una connotación distinta. En varios pasajes, incluso, para referirse a

sus creaciones el escriba utilizó la expresión «un Loyola», como si sus vestidos tuvieran sello propio. En pocas palabras, además, se contaba su historia de vida. Y, como una rueda que toma velocidad, el reconocimiento público le garantizaría que los antiguos clientes siguieran confiando en su taller y que otras compañías pusieran el ojo en su extensa trayectoria. Su capacidad creativa encumbrada, un sueño cumplido, la ilusión de un abnegado sastre y diseñador.

La dicha, sin embargo, no solo se reducía a la fama creciente y una economía que marchaba viento en popa. Tenía sobrados motivos para agradecer: su mujer se había acostumbrado a París, donde era libre y respiraba plenitud; su hija crecía sana, bella e inteligente. Los tres habían encontrado su lugar en el mundo. La felicidad les sonreía. Amina y él hubieran querido más hijos, pero la vida era imperfecta. Y había que ser agradecido con lo logrado. Deseaba celebrar: ese mediodía compraría *champagne* y flores para Amina. No le regalaría los consabidos crisantemos, como lo hacía cada semana desde que llegaron a París, sino un gran ramo de rosas.

Contento y satisfecho con la idea, se dirigió al puesto de Margot. Al doblar la esquina, notó que, a pesar de la hora, aún estaba cerrado. Le llamó la atención que las lonas permanecieran bajas. La puntualidad de Margot jamás se había alterado. Decidió comprar el *champagne*. Luego regresaría por las rosas y comprobaría que Margot se encontrara bien. Con los años, le había tomado cariño; la veía como una hija.

Una hora después, Manuel Loyola tenía las manos ocupadas. En la izquierda, sostenía las flores; en la derecha, el pañuelo que había sacado del bolsillo de su pantalón para socorrer a Margot, que lloraba sin parar mientras le contaba lo que estaba viviendo. Se había desahogado con él. Si no le relataba a alguien su calvario, pronto explotaría. Eligió a Loyola porque ese hombre de rostro bueno que la miraba con ojos de padre, a quien conocía desde niña y al que veía todas las semanas, le había parecido el indicado.

El sastre español escuchó durante largo rato con paciencia. Margot lo tomó como el enviado de Dios que la ayudaba ante una encrucijada.

—Dijo que regresaría en tres días y de eso hace un mes… A veces pienso que jugó conmigo —se explayó entre lágrimas.

—No lo creo… —Loyola sonó poco convincente—. ¿Conoces dónde vive? ¿Has ido a su casa? —preguntó creyendo que se trataba de un hombre francés.

—Sí, pero está cerrada; no hay nadie. ¿Y ahora qué haré? —repetía una y otra vez Margot.

—Tienes que seguir adelante con tu vida, olvidarte de ese muchacho.

—No es tan fácil… debo tomar decisiones —advirtió. Calmada, le devolvió el pañuelo. Necesitaba pensar con serenidad qué haría.

—¿Decisiones? Solo debes tranquilizarte y seguir haciendo tu vida.

—Estoy casi segura de que estoy embarazada —dijo sin preámbulos, como hablando para sí.

—¿Qué dices?

—Sí, embarazada. —Esta vez, lo repitió consciente. Debía compartir su temor o se volvería loca.

«¡Embarazada!», rumió Loyola sin esbozar palabra mientras sus ojos se abrían grandes. No esperaba que su día de festejo se viera empañado por la confidencia de Margot.

«¡Embarazada!», pensó otra vez y la chica le dio más pena. Evidentemente, había sido engañada por un niño rico. La espera de un hijo constituía un serio problema porque lo que Margot ganaba no le alcanzaría para mantener a una criatura. A duras penas si podía solventar sus gastos. Además, se preguntó Loyola: «¿Cómo haría para trabajar en otro lugar que no fuera el puesto de flores? ¿Cómo criaría al niño en una pensión?».

—Embarazada. —Margot repitió la palabra y el llanto brotó nuevamente.

Loyola le entregó otra vez su pañuelo. La charla sería más larga de lo que había pensado. Por suerte, ya no había clientes. Parecía que todo París estaba almorzando. Loyola abrió su boca y sus palabras de aliento retumbaron en el silencioso mediodía de la calle Copérnico, esa que alguna vez los había unido y que ahora, varios años después, seguía tiñendo sus destinos.

Una semana después de que Margot le contara a Manuel su triste historia, los esposos Loyola caminaban apurados por la calle Copérnico; se dirigían al puesto de flores. Esa mañana se acababan de enterar de la descompostura de la chica. Ella no tenía quién se

hiciera cargo de la situación. Amina se había entristecido mucho con la historia que le relató su esposo. Por eso, ambos decidieron que la llevarían a su casa para que la viera un doctor. Si aceptaba, la instalarían allí hasta que se repusiera. Y si fuera necesario, Loyola viajaría a hablar con el dueño del puesto.

Una vez que llegaron y la vieron, bastaron solo minutos para cotejar la preocupante situación y hacerle la propuesta a Margot, quien no se resistió al plan y, a paso lento, sostenida por el matrimonio, caminó hacia la casa de ellos. «Sola en el mundo, los Loyola son dos ángeles enviados por Dios», pensó la joven mientras se sostenía el vientre con la mano.

Amina ya había llamado al médico, que se presentaría en su casa dentro de una hora. La chica no decía nada pero los miraba agradecida. No le salían palabras, se sentía terriblemente descompuesta. El embarazo iba mal, había sangrado y tenía dolores agudos. Apesadumbrada, Margot pensaba que tal vez fuera lo mejor. Para ella no había finales felices que perseguir.

Por la tarde, después de hablar por horas, Manuel y Amina tomaron una decisión: le propondrían a la chica que se quedara en la casa. Ellos la cuidarían hasta que se repusiera, y luego, si aceptaba, la contratarían para que trabaje en el taller. Hacía tiempo que Manuel buscaba una encargada para el *atelier*, alguien de confianza que le permitiera disponer de más tiempo libre. Esta chica trabajadora a la que conocía lo suficiente y que ahora parecía necesitar su ayuda, le parecía la persona adecuada. Podría trabajar y vivir en el departamentito ubicado junto al taller. Habría que refaccionarlo, pero podía hacerlo con tiempo. La chica tendría menos gastos y una tarea que le permitiría cuidar de un niño, si es que el bebé se salvaba, porque el médico había dicho que rogaran por un milagro. Si Margot aceptaba, irían a la pensión para buscar sus cosas. Amina dijo que también se harían cargo de pagar lo que allí se debiera.

Dos días después

Acostada en la camita de la casa de los Loyola, tapada con el cubrecama hasta el cuello, Margot miró el cielorraso. Debía hacer reposo. En dos días, las vigas del techo permanecían en su lugar. Todo seguía igual. Y de Erik no tenía noticias. Sabiéndose sola, se

quebró y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. Fue un llanto silencioso, acorde al momento que le tocaba vivir. Manuel y su esposa eran buenas personas, generosas y amables. No quería preocuparlos. Por eso, únicamente se permitía llorar en soledad.

A un par de kilómetros de allí, acostado sobre la cama de uno de los cuartos del hotel Le Soleil, Erik miraba el techo y dos gruesas lágrimas le caían por sus mejillas. Durante la mañana se había presentado en el puesto de flores, pero al verlo cerrado, sus ilusiones se rompieron en mil pedazos. Nadie sabía nada. Un viejo atinó a comentarle que el puesto había cerrado intempestivamente. Con premura, se dirigió a la pensión del Barrio Latino, pero con el caos reinante solo pudo saber que la joven había cancelado su deuda y se había marchado. ¿A dónde? La dueña le contestó que no le interesaba qué hacían sus inquilinos. Regresó al puesto. Seguía cerrado. Nadie lo había abierto. Recordó que el propietario vivía en otra ciudad, pero no sabía en cuál.

«¡Margot! ¿Dónde estás, Magui?», repetía una y otra vez en su mente. Era como si a ella se la hubiera tragado la tierra. Mirando el techo, abrumado por las emociones, el sueño lo iba venciendo. El día había sido largo e intenso; sus planes, torcidos, desbaratados. Una duermevela lo arrumaba. Él había supuesto que llegaría y estarían juntos. Debía aceptar una idea: quizá nunca volvería a verla. Punzado por los pensamientos dolorosos, decidió dormirse. Al día siguiente todo sería nuevo y, tal vez, tuviera alguna buena noticia.

Ese lunes por la mañana, cuando Margot llevaba una semana instalada con los Loyola, el puesto de flores levantó sus persianas y abrió nuevamente. Todo parecía igual, salvo por un detalle: en vez de atenderlo la chica rubia de siempre, ahora lo hacía un muchachito.

Por prescripción médica, la embarazada debía continuar en reposo. La cama del departamento ubicado próximo al taller, cruzando el patio, era mullida y el comedorcito, acogedor; aunque, para que fuera un hogar, faltaban muchos detalles. Manuel y Amina, finalmente, la habían hospedado allí para que se sintiera cómoda y, además, no se entorpeciera el movimiento normal de la familia. Margot había acordado con el matrimonio que, cuando se repusiera, se pondría a disposición de Manuel. Amina le explicó que

la esperarían el tiempo necesario, hasta que se restableciera, porque el embarazo seguía adelante aunque con severos cuidados. Por eso solo daba unos pasos dentro del cuarto. El doctor, que seguía de cerca el caso, celebraba sus progresos, pero le recomendó que, aunque notara una leve mejoría, no se esforzara, ni excediera.

A las diez de la mañana, Margot miró por la ventana. El sol tibio inundaba la habitación y le pareció rarísimo no tener que taparlo con las lonas del puesto, como lo había hecho por años.

Tampoco Erik vería el puesto abierto. Cansado de rondar y espiar el lugar con la esperanza de que ella apareciera, esa madrugada había partido a Biarritz. Vencido por la ausencia y por el repentino deterioro de la salud de su padre —información que recibió de unos veraneantes que habían regresado del balneario— optó por abandonar París. Se cercioraría de la gravedad de la afección, y luego, tal vez, y solo si tenía ganas, trataría de rastrear a Margot porque, a estas alturas, estaba enojado. La chica se había marchado y no lo había esperado. Nada había salido como esperaba.

«¡Bah… mujeres! ¡No hay que tomárselas en serio!», se dijo. Pero una sombra lo envolvió porque recordó que en la playa lo aguardaba Azucena. Y, con ella, una decisión muy importante.

Erik no sabía que, al llegar al balneario, lo esperaban varias decisiones.

Su padre requería tratamiento médico. Como hijo mayor, debía tomar las riendas de la familia y de los negocios. Mientras evaluaba qué médicos atenderían a don Ricardo, aumentaron los rumores de una guerra. Por lo tanto, desistieron de la idea de instalarse nuevamente en la capital, de solicitar los auxilios de las eminencias parisinas, y decidieron ser de los primeros en emprender el éxodo hacia América. Muchas familias extranjeras lo harían después, por los mismos motivos. Europa estaba convulsionada por una inminente gran guerra, y los más de treinta mil argentinos radicados en París comenzaron a ver con buenos ojos su propio país. Argentina carecería de *glamour*, las actividades sociales y culturales no tendrían el brillo cosmopolita, pero reconocían que allí vivirían en paz y muy lejos de una contienda armada.

El día que los Martínez Romanov subieron al barco que los

llevaría al puerto de Buenos Aires y vieron cómo dejaban atrás la tierra que los había adoptado, todos lloraron. Cada uno sabía sus razones: don Ricardo, porque tenía la certeza de que no regresaría a Europa; los pequeños moretones que se le formaban en las extremidades eran similares a los sufridos por su padre al principio de la enfermedad que lo llevó a la muerte en menos de un año.

Erik, porque si bien venía organizando su boda con Azucena, sabía que su gran amor había sido Margot, esa chica francesa que se había quedado en alguna parte del país que se alejaba poco a poco mientras navegaba. Con su padre enfermo, se convirtió repentinamente en el hombre de la familia y lo que convenía a todos por igual, incluido él, era que contrajera matrimonio. ¡Y cuánto más si su esposa era la hija de un poderoso estanciero igual que don Ricardo! «Hay cosas contra las cuales no conviene luchar», pensó aferrado a una baranda. Su personalidad responsable y cumplidora comenzaba a aceptar el casamiento con la consentida Azucena.

El día de la partida, Irina también lloraba. Rusia se perfilaba como contrincante en la guerra que se avecinaba y los Romanov aún tenían parientes allí. Pero, por sobre todo, sus lágrimas habían sido derramadas porque estaba segura de que una etapa feliz de su familia culminaba con ese viaje. La enfermedad de su marido era como la que había tenido su suegro.

Las niñas, lloriqueando al lado de su madre, le tironeaban el vestido. Reclamaban una colección de muñecas que habían dejado en la casa de la calle Copérnico. Seguramente solo las volverían a ver dentro de unos años, cuando fueran adultas.

El único que no lloró fue Nikolai. Él era frío, fuerte y decidido; además, tenía la certeza de que muy pronto regresaría porque parte de su vida y negocios los desarrollaría en la nación gala. Deseaba hacerse mayor para amasar su propia fortuna en París, pero también para poder hacer algo por su padre; le preocupaba la enfermedad que lo aquejaba.

SEGUNDA PARTE

Si lo pensamos de manera cruda y sencilla, podemos decir que las personas somos el cúmulo de miedos y valentías que nos han transmitido nuestros padres, el revoltijo de gustos que traemos en los genes, el resultado de las vivencias y de los entornos en los que nos tocó desarrollarnos. En síntesis, el amasijo que, con más o menos suerte, vamos conformando con ese bagaje que se nos adhiere a la piel. Somos el resultado de la acumulación de capas. Capa sobre capa, como la tierra misma.

Aparentemente, como si no hubiera un camino diferente al que nos marcan los genes, permanecemos atrapados entre la carne heredada y las experiencias hasta que un día, sin anuncios ni preavisos, una puerta se abre para nosotros. Es una luz que se cuela a través de una hendija y, por más pequeña que sea, nos ilumina. Nos autoriza, nos da vía libre para salirnos del camino trazado y romper con el destino, con la tradición, con los designios, con los mandatos ajenos y los autoimpuestos. Es una puerta que nos libra de todas las cruces e, inesperadamente, nos permite ganar la batalla que creíamos perdida, porque esa puerta es el amor verdadero, puro, sacrificado, desinteresado. Ese, que nos hace invencibles, nos eleva y nos trasciende.

Ese, solo ese amor, nos liberta… porque aunque la carne de nuestra carne —antepasados y herederos— más las experiencias acumuladas a lo largo de nuestra existencia empujen hacia los extremos de lo previsible, el amor verdadero nos permite estar en el centro, en perfecto equilibrio.

Oh, sublime amor a un hombre, a una mujer, a los hijos, a la tierra, a las vocaciones. Oh, sublime amor que se perfecciona en la dinámica de la vida, hasta el último día.

V. RIVERO

Capítulo 8

La vi llegar…
¡*Caricia de su mano breve*!
La vi llegar…
¡*Alondra que azotó la nieve*!

Tango «La vi llegar»,
JULIÁN CENTEYA

París,
año 1922

Familia Loyola

En el taller de Manuel Loyola los empleados daban los últimos retoques a un gran pedido de trajes para el elenco teatral de moda; trabajaban al son de la melodía del gramófono que inundaba el ambiente con la ópera *Rigoletto*.

—Papá, usted debería modernizarse y poner otra clase de música —se escuchó decir a Melisa. La joven de veintidós años tenía otros gustos musicales.

—¿Y qué quieres que ponga tu padre? —preguntó Margot, que doblaba los trajes.

—Por ejemplo, tango —repuso con una sonrisa pícara mientras se acomodaba hacia atrás su largo cabello.

Margot se rio con una carcajada; y la voz de Loyola no tardó en hacerse oír:

—Lo siento, pequeña, hoy me toca elegir a mí —dijo tranquilamente y continuó con su trabajo—. Ayer fue tu día —recordó. Durante gran parte de la mañana, su hija les había hecho escuchar música rioplatense.

Loyola controlaba la calidad de los pequeños detalles de las prendas que las costureras iban depositando sobre la mesa ubicada en el centro del salón. Melisa, por su parte, que solía colaborar con su padre, se encargaba de meter con cuidado en una caja un

atuendo especial recién terminado. Se trataba de una prenda enteriza pegada al cuerpo de color piel, bordada con lentejuelas doradas diseminadas a lo largo de la tela. Además, tenía una capa larga hasta el suelo que hacía juego con el conjunto. Lo luciría la bailarina principal del elenco. A los ojos de los espectadores, parecería desnuda y solo cubierta con lentejuelas.

Melisa cerró la caja y exclamó:

—¡Listo, padre!

Loyola dejó lo que estaba haciendo y se dio vuelta para darle nuevas instrucciones a su hija:

—Ve volando al teatro y se la entregas a *madame* Rasimi. Dile que lo mire y que, si le gusta y está conforme, empezamos ya mismo a confeccionar el resto. Según lo acordado —informó a Melisa—, haremos unos similares, pero negros, para las bailarinas secundarias.

Madame Rasimi no era cualquier cliente. Muchas veces ella misma diseñaba y confeccionaba los trajes de su compañía. El requerimiento lo honraba. Loyola no olvidaba que unos años atrás, para la puesta en escena de la obra *L'Orient merveilleux*, el vestuario había estado a cargo de Erté Romain de Tirtoff, su eterna competencia en diseño de ropa.

—Padre, ¿qué le digo si me pregunta en cuántos días los tendremos listos? Ya sabe que ella los precisa para su gira por Sudamérica —dijo alisándose el vestido blanco con lunares azules que llevaba puesto. El día avanzaba y, con el trajín, su figura perdía elegancia.

—Dile que los tendrá a tiempo, que no se preocupe.

—Son muchos. ¿Cómo haremos? —preguntó Melisa.

—Ya he contratado más bordadoras. Lo lento es el pegado de esas malditas lentejuelas doradas.

Melisa sonrió. Su padre siempre tenía bajo control las labores de su taller. No era solo su talento lo que lo había convertido en uno de los sastres y diseñadores más importantes de Europa, sino también su organización. Su éxito les permitía vivir de manera holgada.

—Meli, vete ya mismo, y, por favor, no tardes demasiado… —le exigió porque sabía de su debilidad por las obras. En más de una oportunidad, tras cumplir el cometido, su hija se quedaba

presenciando los largos ensayos. Ella frunció su bonito rostro, compungida. Loyola, vencido por el gesto, agregó—: Bueno, si te quedas, por favor, que no sea por mucho tiempo.

Melisa sonrió nuevamente, le estampó un sonoro beso y se marchó a la calle cantando «La caissière du Grand Café». Le gustaba el argumento de la canción; soñaba con vivir una historia así.

Su padre le gritó desde la puerta:

—Ey, niña, no te olvides de que te quiero.

—¡Y yo a usted, padre…! —se escuchó decir a Melisa desde la calle, y luego continuó cantando la misma canción.

—¡Qué debilidad tienes por ella, Manuel! —exclamó Margot en tono compinche.

Él asintió complacido.

Melisa era su debilidad, para qué negarlo. Ella siempre estaba a su lado, ayudándolo y —proyectaba— heredaría el taller y seguiría con el apellido, diseñando ropa. Aunque talentosa y trabajadora, tenía que reconocer que Melisa era especial en muchos aspectos: amaba el arte en todas sus expresiones, leía libros muy diferentes a los autores que cautivaban a sus amigas; los de filosofía oriental eran sus preferidos. Sus pensamientos denotaban rasgos marcadamente distintos; lo notaba al oírlas hablar cuando se reunían en el comedor de su casa. Prueba de ello era que después de leer a Shaw se había hecho vegetariana y respetuosa a ultranza de la naturaleza, un concepto poco común en las personas que conocía. Melisa realizaba largas caminatas porque creía que la gimnasia era saludable. En verano, nadaba en las piscinas municipales como parte de su rutina deportiva. Otra de sus dulces rarezas consistía en tomarse diez minutos diarios para pensar en cosas bellas y piadosas porque, según afirmaba, así se equilibraba el universo. Pero qué otra cosa podía esperar de una hija suya, si él y su mujer formaban una pareja distinta a la mayoría de los matrimonios conocidos.

Melisa caminó contenta las cuadras que la separaban del teatro. En su ciudad, todo estaba cerca. En 1922, París era la metrópoli perfecta con cada encanto al alcance de la mano. La belleza y la elegancia de las casas, los edificios, los paseos, las avenidas, el metro, los jardines, el murmullo del Sena, Notre Dame y lo pintoresco de los negocitos le proporcionaban gran placer. El aroma

a pan recién horneado que salía de la panadería le sabía a gloria, igual que alegraban la vista las flores de colores que mostraban los balcones.

Madame Rasimi recibió la caja y, por intermedio de Melisa, las indicaciones. Al ver la prenda, la mujer quedó muy conforme. Y, como un gesto de cortesía, sabiendo de la pasión de la chica, la invitó a quedarse al ensayo.

Melisa se arrellanó en una de las butacas de las primeras filas para disfrutar por una hora de su pasión. Cuando la vieron, la cantante y dos bailarinas la saludaron con cariño desde el escenario. Allí era bienvenida y todos la conocían muy bien. El mundo del teatro ejercía sobre Melisa una fuerte atracción. Le gustaba mucho escuchar cantar a las figuras estelares, comparar sus voces, identificar cuáles eran más afinadas y apreciar la gracia de los movimientos de las bailarinas, e, incluso, imaginar qué pasos sugeriría si estuviera a cargo de la coreografía, o fantasear con cómo armaría los escenarios. Con ese fervor ayudaba a su padre en el taller. Con esa pasión desmedida compraba entradas para cuanto espectáculo se presentara en París, que ardía en arte.

Creía que, tal vez, allí radicara la razón por la que había aceptado un noviazgo con Pedro Saidi, un hombre dedicado a los negocios relacionados con el teatro, hijo de un moro y de una española, una pareja como la de sus padres pero al revés. Unos meses atrás, en carácter de productor, Pedro había llegado a la oficina del taller de Manuel Loyola para encargarle una treintena de atuendos para un próximo estreno y, sin pensar mucho, en pocos días había terminado pidiéndole permiso para empezar un noviazgo con su hija. El padre de Melisa lo autorizó porque ella aceptó contenta la propuesta. Pero tanto Loyola como su mujer estaban sorprendidos: no parecía ser Saidi el tipo de hombre para su pequeña. A los ojos de cualquiera formaban una linda pareja que compartía su inclinación por los escenarios y las bambalinas; alguna que otra vez visitaban a los padres de Saidi o pasaban tiempo con los Loyola.

Lo cierto era que Melisa no conocía el amor del que hablaban las obras de teatro que veía, jamás se había enamorado de esa manera. En realidad, de Saidi le atraía la relación que mantenía con el mundillo que ella adoraba. Él, a sus treinta y un años y en la

plenitud de su carrera, buscaba una esposa. Y quién mejor que esta chica, que tenía en sus venas la misma proporción de sangre mora y española.

Melisa pensó en el rostro moreno de Saidi, en sus penetrantes ojos oscuros, y decidió cambiarse un anillo de mano a modo de recordatorio: debía alistarse porque esa tarde pasaría a buscarla para asistir a una función. No podía demorarse; Pedro era exigente con la puntualidad. Al ponérselo en el dedo índice, la música inundó el salón. El ensayo comenzó, las quince coristas iniciaron al unísono su danza y Melisa fue transportada a ese universo colorido y musical que narraba una historia de esas que a ella le gustaban.

El día de trabajo en el taller de Loyola llegaba a su fin, el último empleado se acababa de marchar y Margot, la encargada, cerraba los grandes postigos verdes como hacía cada jornada para dar paso al descanso reparador. Melisa aún revoloteaba por el taller.

—Vete de una vez. ¡Es tardísimo! —le exigió Margot.

Ella no le respondió; solo le tiró un beso al aire.

Los últimos rayos del sol de la tarde caían sobre las bonitas fachadas de las casas de la calle Copérnico y Melisa, apurada, apoyó la mano en el picaporte de la puerta de ingreso. Eran casi las seis cuando entró hecha una tromba.

—¡Qué tonta soy! —se dijo a sí misma por haberse demorado demasiado en el taller. Había sido pésima idea ponerse a elegir las telas para el nuevo vestuario del Moulin Rouge. En el apuro, sin darse cuenta, cerró de un portazo.

Amina, que sentada en el sofá, bordaba en punto cruz la funda de un almohadón, dio un salto y la miró con desaprobación.

—¡Melisa, qué locura traes!

—Es que me entretuve trabajando y por un momento pensé que Pedro ya había llegado.

—Quédate tranquila, que aún no vino.

—Perfecto, me cambiaré de ropa en un minuto y lo esperaré sentada en el sofá de manera ociosa, teatral y femenina tal como a él le gusta —dijo sonriendo y haciendo alusión a las ideas de Saidi: «Las mujeres están para brindarles a los hombres la paz que necesitamos cuando llegamos al hogar luego del ajetreo de la calle y el trabajo». En varias ocasiones le había dicho que preferiría que ella trabajara menos y bordara más.

Amina no le hizo caso, sino que intentó recordarle el plan del día.

—Hija, vístete bonito. Irán a ver el *ballet* ruso —mencionó con una insinuación acerca del estado deplorable del vestido a lunares. Por los pliegues podía adivinar que había estado acurrucada en las butacas polvorientas de algún teatro, como era su costumbre. Lo único que permanecía siempre impecable era su cabello brillante y renegrido que caía pesado con grandes ondas sobre su espalda hasta casi la cintura.

—Sí, ya mismo. ¡Me muero si por mi tardanza no vemos a los rusos! —se lamentó mientras desaparecía por el pasillo.

Amina estaba acostumbrada a que su hija y esposo llegaran a la casa más tarde de lo previsto. El taller ejercía sobre ellos una fascinación que les hacía perder el sentido del tiempo. A veces, cuando las horas solitarias se le hacían largas, solía hornear una torta o un pan e iba a visitarlos, se instalaba allí y les preparaba café; así, al menos, los veía y conversaba sobre telas, trajes y ciertas excentricidades de los clientes. Ese mundo le agradaba; no en vano era la hija del tendero Alberahim.

—¡Apúrate, niña! —alcanzó a gritarle cuando el sonido del timbre recientemente colocado en la puerta por Loyola como símbolo de modernidad citadina la sobresaltó.

Melisa reapareció en la sala. Sin tiempo de cambiarse, se sentó en el sofá y cruzó las piernas, tal como si hiciera horas que esperaba allí. Frunció el ceño temiendo que Saidi la descubriera, pero la emoción que la embargaba fue mayor: su novio la llevaría a la función del *ballet* ruso.

Pedro Saidi era hombre de pocas palabras. Cuando ingresaba a un lugar, imponía su presencia. Desprendía un halo que inspiraba autoridad; tal vez fueran sus trajes oscuros, o su voz grave, o la mirada lóbrega y penetrante. O todo junto.

Amina, por un lado, sentía que le agradaba: un hombre así cuidaría bien a su hija; por otro, la severidad del trato que le brindaba la intranquilizaba. Sabía que Saidi era moro por línea paterna y que, si llegaba a casarse con Melisa, la fuerte autoridad que emanaba recaería también sobre su retoño. Los hombres de su pueblo eran así. No olvidaba cómo había sido su juventud en Tánger. Amina vacilaba entre las dos ideas.

Luego de los saludos de cortesía y algunos diálogos triviales, ella se dispuso a servirle té a su yerno y le ofreció las galletas de algarrobo que había horneado esa mañana.

—No, gracias, señora Amina, tomaré únicamente té. Debo irme, me esperan —anunció Pedro muy serio.

La decepción pintó el rostro de Melisa.

—¿Te vas? Pensé que iríamos al *ballet*.

—Yo iré. Tú no estás lista —dijo mirándole el vestido.

—Pensaba cambiarme.

—Ya es tarde.

—Puedo apurarme.

—No hay tiempo, es tarde.

—Pero…

—He dicho que es tarde —repitió y dio por terminado el diálogo con autoridad sin siquiera elevar el tono de voz.

Un tenso silencio se instaló en la sala hasta que Amina, buscando suavizar la situación, sirvió dos tazas humeantes para la pareja. Saidi tomó la suya entre las manos y dijo:

—Señora Amina, he cambiado de opinión, le aceptaré las galletas.

Cuando las probó, el tema de conversación giró hacia los ingredientes y los pormenores del horneado.

Minutos después, ingresó Loyola y, aunque con su charla terminó de aflojar la tensión que había generado la negativa de Saidi de llevar a Melisa al *ballet*, el buen humor no regresó a la sala. Amina, que observaba a la pareja, meditó que esa era la clase de autoridad que le preocupaba que recayera sobre la vida de su hija si la relación prosperaba. Sin embargo, su mente de mujer criada bajo esos preceptos patriarcales lo justificaba: él era un buen hombre y con alguien así su hija jamás estaría desprotegida. Las dos tendencias entre las que había vivido luchaban en su interior, tal como le sucedía en más de una oportunidad.

Un rato después, Pedro Saidi se marchó. En la cocina, en voz baja, Amina le contó a su marido lo sucedido. Manuel volvió a la sala para mirar de reojo a su hija y estudiar cómo estaba de ánimo. Quería entrever cómo le había afectado la sanción aplicada por su novio. Se preguntaba si se sentiría ofendida, pero Melisa habló de trabajo como si no le importara el desplante:

—Papá, ¿envió los vestidos a la casa de las señoritas Martínez Romanov?

Era un pedido importante. Las muchachas habían encargado diez prendas carísimas, incluidos dos trajes de fiesta.

—Sí, los mandamos hace unas horas.

—¿Enviaron también la caja que estaba sobre tu escritorio? Allí guardé los accesorios que acompañan las prendas —comentó en alusión a los dos vestidos que se unían a una capa con un broche de oro.

—¡Maldición, no! —dijo Manuel contrariado, dándose con la mano en la frente. Él era muy meticuloso con ese tipo de detalles y lo de la caja se le había escapado.

—Papá, los dejé con una nota para que no se olvidaran. Además, había que explicarles cómo se atan las cintas y cómo van los broches en el escote. Qué raro que a Margot se le haya pasado.

—Ella no los llevó, sino el recadero.

—¡El recadero! ¿Por qué?

—No lo sé, Margot no quiso llevarlos. Supongo que estaba ocupada en otra cosa.

—Los vestidos son para una fiesta que tienen mañana. Les llevaré ahora la caja, así les explico cómo se usan los accesorios.

—No es necesario —dijo su padre.

—La casa está cerca y afuera aún es de día —dijo espiando por la ventana.

—Está bien, hijita, como quieras —aceptó. Quizá esa fuera la manera en que Melisa olvidara que Saidi no la había llevado al teatro.

Ella lo besó y se marchó bajo la atenta mirada paterna. Loyola aún trataba de dilucidar si estaba tan alegre como parecía. Al cabo de unos minutos, concluyó que sí: evidentemente, no se había molestado con Saidi. Entonces volvió más tranquilo a la cocina, donde lo esperaba Amina.

Manuel desconocía qué ocurría realmente. Mientras buscaba la caja en el taller, Melisa aún deliberaba sobre lo sucedido y sus ojos se llenaban de lágrimas. Deseaba ir al *ballet*, pero Pedro había sido duro. Una nueva cicatriz quedaba en su interior, una más entre las muchas que ya le había infligido.

Manuel Loyola tampoco sabía de la tristeza y ansiedad que había renacido en Margot desde el día en que las hermanas Martínez Romanov habían entrado al *atelier* para encargar los vestidos. Desde ese momento, ella no había vuelto a tener paz. Se rehusó a cumplir la diligencia fingiendo estar atareada porque, muchos años atrás, se había prometido que jamás volvería a pisar esa casa. Amargada por el regreso de los Martínez Romanov, esa noche ni siquiera había aceptado cenar con Alice, su amiga del alma, con quien salía todos los jueves. Temía que, tal vez, Erik hubiera arribado a París y no deseaba encontrárselo. Agradecía que su dulce hija Amèliè, de casi diez años, estuviera internada como pupila en un colegio de Normandía. De ese modo, evitaría que la niña se cruzase con el padre en el barrio. Sus nervios no lo tolerarían. Pese a que no podía darse grandes lujos porque una buena porción de sus ingresos iba a solventar la estancia en el prestigioso pero costoso colegio, Margot estaba satisfecha. Tampoco le interesaba lo superfluo. Contemplar cómo crecía Amèliè superaba cualquier privación porque la niña le devolvía con creces su esfuerzo: era inteligente, muy aplicada y obtenía las mejores calificaciones.

Margot no podía quejarse de nada. Lamentaba, sí, no haber pasado más tiempo con Amèliè. Pero aceptaba las reglas del juego que había elegido. Mientras fue pequeñita, vivió en el departamento ubicado junto al taller; luego, priorizó su educación. Durante los primeros años, intentó —en vano— formar una pareja. En su haber, contabilizaba dos o tres relaciones importantes pero ninguna prosperó. La situación no era fácil. Los hombres no comprendían cuán absorbente era su trabajo y que su única prioridad la constituía la niña. A medida que pasaba el tiempo, se iba resignando a estar sola; disfrutaba de su trabajo, y el poco tiempo libre del que disponía lo aprovechaba para asistir al teatro, tomar un café en los barecitos de Montmartre mientras leía una novela, o caminar por los Elíseos con Alice y Chloé, sus dos incondicionales amigas.

Nunca había develado la paternidad de su hija y la mantendría en secreto, tal como lo había hecho durante años. Solo había hablado del tema con Amina y una amiga, a quienes les había contado la verdad. No encontraba razón para remover situaciones dolorosas; sobre todo si se trataba de un mal hombre como Erik,

que la había engañado y abandonado.

Margot desconocía que Erik la había rastreado por el barrio, la pensión y cada rincón de la ciudad cuando gestaba a Amèliè. Tampoco estaba al tanto de que él jamás había querido regresar a París; esa ciudad le recordaba un amor contrariado. La herida había sido tan profunda que ni los negocios, ni el refinamiento francés que le reclamaba Azucena, su esposa, con la que ya había concebido dos varones, lo harían volver a la metrópoli. Había dolores que no cambiaban. Azucena, en un par de oportunidades, le había insistido tanto con regresar, que Erik tuvo que explicarle que no deseaba hacerlo porque Francia le traía malos recuerdos. Ella no le preguntó cuáles y, desde entonces, no insistió con viajar. Erik no sabía que, al momento de su boda, las amigas de Azucena le habían comentado sobre un supuesto amorío entre él y una francesa.

Familia Martínez Romanov

Irina salió de la enorme cocina atiborrada de utensilios y alimentos, uno de los rincones que menos frecuentaba de su palacete parisino. Pero la contratación de la nueva ama de llaves lo había hecho impostergable: debía presentarla ante sus empleadas domésticas. Mientras caminaba por el pasillo rumbo a la sala, exhaló un largo suspiro de conformidad: «La casa funcionará mejor». Procedentes de Argentina, hacía quince días que ella y sus hijas habían arribado nuevamente a Francia. Si bien se instalaron de inmediato en la mansión, declinando la idea de quedarse unos días en un hotel para ponerla en marcha con tranquilidad, ella aún no lograba tomar las riendas de la casa. Es que además de extrañar a su marido —inevitable, porque en esa residencia habían sido muy felices—, las veintidós habitaciones de la propiedad demandaban atención calificada. Los años, también, pesaban. La partida había sido abrupta, inesperada. Habían sido empujados a una suerte de destierro forzado por la enfermedad de don Ricardo y por el advenimiento de una guerra mundial que, tal como lo predijo cuando gozaba de buena salud, se desató sobre Europa. Ahora, poco a poco, como muchos compatriotas que habían emprendido el retorno a la Argentina, ellos, que habían sido de los primeros en marcharse, volvían a instalarse en París para recrear aquellos años felices.

Pero nada era igual; costaba organizarse. Irina debió renovar

toda la ropa de cama, al igual que los cortinados y la tapicería. La decoración estaba desactualizada. Además, parecía que los empleados instruidos a la vieja usanza, bajo los valores del respeto, la cortesía y los buenos modales ya no abundaban en París. Quienes se presentaban a los avisos publicados tenían demasiadas ínfulas y pretensiones. El ambiente citadino se había enrarecido a tal punto que hasta las tiendas en las que ella compraba ya no existían. Otras, de estilo moderno, las habían reemplazado.

Irina creyó conveniente pedirle al ama de llaves que retirara los uniformes que había encargado para sus empleados, confeccionados con un detalle tomado de la casa de los Alvear: botones de bronce grabados con las iniciales «M. R.». Pero desistió. Esa tarde los retiraría ella misma cuando el chofer la llevara al centro para elegir unos muebles que ubicaría en los cuartos de sus hijas María Gracia y Luisa. Quería que hubiera un escritorio en cada habitación porque las mellizas debían prepararse para la vida intelectual y cultural propia de París. Las muchachas, con sus dieciocho años, tenían la edad ideal para tomar clases de pintura en la Académie Julian.

Los varones eran completamente independientes. Erik se había casado con Azucena y vivía en Buenos Aires. Nikolai, que había arribado unos meses antes, las visitaba poco porque se había instalado en el departamento que alquilaba en *l'avenue des* Champs Elysées. A sus veintiocho años, era un hombre apuesto y muy sagaz para los negocios. Desde que don Ricardo había muerto, sus dos hijos tenían a cargo la administración del patrimonio familiar. Un alivio, porque no era del tipo de viuda que deseaba cargar con esa clase de responsabilidad. Ella estaba para dirigir sus residencias, casar a sus hijas, mimar a los nietos y disfrutar del buen pasar.

Nikolai se había instalado en París para ocuparse de los nuevos emprendimientos vinculados con la construcción; él, a diferencia de su hermano, amaba el mundo de las transacciones. Con su madre compartía una visión: el comercio como motor de la vida. Los negocios lucrativos siempre les permitirían llevar una existencia holgada, con viajes y *confort*. El dinero significaba codearse con la alta sociedad y recibir un trato preferencial y respetuoso allí donde se enteraran de su apellido: Martínez Romanov.

Pero esta relación con lo económico le producía una cierta culpa que canalizaba desarrollando una faceta humanitaria, la que

disfrutaba mucho porque el mecenazgo le sentaba bien y juzgaba que lo redimía del efecto nocivo del dinero. Desde hacía un tiempo y con absoluta reserva, sus aportes pecuniarios sostenían el funcionamiento de un orfanato ubicado en la campiña francesa que albergaba a cien pequeños que habían perdido a sus padres en la guerra. A Nikolai los niños siempre le habían inspirado gran ternura; cuánto más estos, que eran huérfanos.

Irina, por su parte, estaba segura de que esos mismos negocios también le permitirían casar a sus dos niñas con algún estanciero argentino o un aristócrata europeo con los que se relacionarían ese año. La mismísima condesa Anabella Franchini, de Italia, las había invitado al baile que daría en su casa. Al recordarlo, agradeció el envío, según la fecha acordada, de la decena de vestidos que sus hijas habían encargado en el *atelier* del renombrado modisto español Manuel Loyola. Aunque no había tenido tiempo de apreciarlos, la dejaba tranquila saber que ya estaban a disposición de las mellizas.

Atardecía cuando escuchó un ruido que le llamó la atención y la devolvió al mundo concreto. Miró hacia la calle y divisó a Nikolai, que despedía al chofer. Se puso feliz. Desde que residía en su propio piso, no lo veía muy a menudo. Lo invitaría a cenar para ponerse al corriente de las novedades. Pero al verlo de cerca, no se hizo muchas ilusiones: su impecable vestimenta indicaba que venía o iba a una importante reunión.

—Madre, no me digas nada… no puedo quedarme —dijo estampándole un beso en la frente y presintiendo el reclamo materno.

—Quédate a cenar —dijo mirándole los ojos celestes, tan claros como los suyos.

—Ya sabía yo… No puedo, madre, tengo compromisos. Solo vine a buscar unos papeles que están en la oficina de… —carraspeó. A punto de decir «papá», se contuvo—. Los necesito para una junta importante que celebraré pronto.

—¿Se trata de la construcción de los teatros? —preguntó Irina, que sabía del entusiasmo de su hijo por ese proyecto.

—No, lo de mañana es una reunión con los empresarios que compartimos acciones en las empresas europeas… argentinos, en su mayoría, como don Federico de Alvear y don Quiroga Paz —

explicó. El grupo estaba compuesto por compatriotas adinerados que buscaban invertir su capital de forma segura y, minoritariamente, por algunos amigos europeos que se habían agregado por afinidad.

—Ah… Eulalio Quiroga Paz —dijo Irina. El hombre era el padre de una chica que ella miraba como posible candidata para su hijo —. Veo que estás ocupado, pero, por favor, no te olvides de que debes escribirle a Erik porque, según me dice en una carta, necesita tu opinión sobre el despacho de carnes a Inglaterra.

—Lo haré, madre.

Nikolai sabía que para Erik era un gran reto quedar al mando de todos los movimientos comerciales que se hacían desde Argentina y que antes de su partida realizaban los dos; sobre todo, porque los negocios nunca habían sido su gran pasión. Pero no quedaba otra solución: el mayor de los Martínez Romanov vivía en Buenos Aires. Por lo tanto, toda la responsabilidad del negocio de exportación de carnes pesaba sobre él. A la distancia, Nikolai podía ayudar muy poco.

Irina prosiguió:

—Hijo, si no te quedas a cenar, al menos prueba el agua de la piscina antes de irte. El sistema de climatización es perfecto.

Tras una semana de trabajo, los técnicos habían concluido la instalación de la caldera.

—Creo que aceptaré esa propuesta. Es imposible rechazarla.

Irina sonrió.

—Hay un *short* de baño en tu cuarto. Ve a disfrutar con tus hermanas, que hace ya una hora que están allí.

—Tienes razón.

Nikolai se dirigió a su viejo cuarto. Para su sorpresa, encontró un cajón lleno de bañadores. Abrió los *placards* y descubrió ropa nueva dispuesta tal como si viviera y durmiera allí cada noche. Era evidente que su madre le había comprado un vestuario completo por si decidía pasar unos días en la casa. En uno de los estantes había una camisa de La Chemise Parfaite, la única tienda en la que compraba. Aún conservaba su empaque original, sin abrir. Pero lo que más le llamó la atención fue encontrar ¡un frasco de su colonia Guerlain, la que Jacques Guerlain fabricaba especialmente para él! Era única; no había otra igual en el mercado. Nikolai no compraba

las fragancias del famoso perfumista en las tiendas, sino que se presentaba en el viejo laboratorio que la familia tenía en las afueras de París y allí, después de una charla animada, le entregaban su exclusiva *eau de toilette* en frascos rústicos. «¿Cómo diablos hizo mi madre para agenciarse uno?», se preguntó. Aunque a veces podía ser terrible, Irina era una mujer sorprendente en muchos aspectos. Una pena que su padre ya no la acompañara.

Miró los viejos retratos colgados en la pared. En todos, la figura de don Ricardo resultaba imponente. Una fotografía los mostraba juntos, en la playa, tomados de la mano. Su padre, muy joven; y él, apenas un niñito. Era el recuerdo de un hermoso momento; logró atraparlo en su memoria y sentir la alegría y el cobijo que disfrutó ese día en que le enseñó a no temerle al mar. Renegó de su ausencia. Odió a la muerte y, al mismo tiempo, la temió. Podía llevarse a los seres amados cuando menos lo esperaba. Un enemigo de temer, un enemigo auténtico, acechante y siempre triunfante, invencible. Aún podía sentir la impotencia que tuvo el día que murió su padre. A veces, la muerte lo obsesionaba con preguntas sin respuesta: «¿A dónde vamos cuando nos llega la hora? ¿Veré a mi padre algún día?». Sus recurrentes noches insomnes eran acechadas por estas dudas.

Se puso el bañador y se observó en el espejo. A los veintiocho, se parecía más a su padre que al niño del retrato. Miró su rostro anguloso y armónico, encuadrado por la corta y rubia barba. Llevaba el pelo casi rapado atrás y largo adelante. Un mechón muy rubio le caía sobre la frente. No tenía canas —aún era joven—, pero la madurez ya estaba instalada en sus facciones. La vida continuaba aunque no todos los seres queridos lo acompañaran hasta el final.

Más preguntas profundas vinieron a su corazón: «¿Cuánto dura la vida? ¿Cómo es morirse? Cuando llegue el momento de la desaparición, ¿lo sabré? ¿Papá lo habrá notado?». Era evidente que la muerte de don Ricardo le había dejado una profunda cicatriz.

Pasados unos minutos, ya instalado en el mundo húmedo y cálido del enorme salón donde estaba la piscina, sus planteos existenciales se esfumaron. Al verlo, sus hermanas lo recibieron con algarabía. Desde que su padre había muerto, con Erik casado y preocupado por variados asuntos de índole doméstica, Nikolai cumplía el papel de hombre protector de la familia porque, en

muchos aspectos, él se hacía cargo de su madre y de las mellizas. El lugar invitaba a pasar un grato momento de cariño filial y así lo entendieron los tres hermanos.

De la piscina rodeada de escalinatas de mármol y estatuas griegas emanaba un vapor tibio que calentaba el ambiente. La ornamentación del salón la completaban los helechos gigantes que pendían de las vigas de metal y un notable grupo de palmeras y plantas tropicales que le daban un toque exótico y selvático. Por los paneles de vidrio que dejaban ver el cielo penetraban los últimos rayos del sol de la tarde. Sobre las reposeras de madera oscura se apilaban enormes toallas blancas; todas llevaban bordadas en dorado las iniciales «M. R.».

En el agua, con gorro y anteojitos, Luisa practicaba *crawl*, un estilo que había aprendido bajo la tutela de un nadador inglés.

—Nikolai, tienes que venir más seguido. Mamá se preocupa si pasa muchos días sin verte —comentó María Gracia, que estaba de pie en el borde de la piscina.

—Lo sé, pero estoy trabajando duro.

—Me parece que te has vuelto viejo y aburrido —señaló María Gracia.

—Tal vez tengas razón.

—Ven, anciano, de una vez… ¡y mójate! —le gritó Luisa.

—¡Este viejo se va al agua! —dijo Nikolai y con un movimiento rápido e inesperado se zambulló arrastrando también a su hermana.

Divertidos, los tres reían y conversaban en el agua.

Melisa salió de su casa con la caja de los accesorios en sus brazos. Allí dentro no solo iban cintas y guantes, sino también dos broches de oro que le habían encargado al orfebre de la joyería de confianza. Se dirigió al palacete de la familia Martínez Romanov, que quedaba muy cerca, sobre la misma calle Copérnico.

Subió las escalinatas de mármol y frente a la puerta de madera maciza golpeó con el llamador de bronce. La atendió un hombre vestido con su *frac* negro de mayordomo, a quien le explicó el motivo de la visita. De inmediato, la guio al recibidor. Desde allí, Melisa escuchó cómo el empleado que le había hablado en perfecto francés la anunciaba, en castellano, ante la señora de la casa. Irina lo instruyó para que la hiciera pasar a la piscina, donde podría

explicarles personalmente a las niñas cómo se disponían los accesorios y prendían los broches de oro.

—*S'il vous plaît suivez moi vous. Il vous emmènera à la piscine* —le dijo el mayordomo a Melisa.

—*Oui, monsieur* —respondió y lo siguió.

En el natatorio, las dos muchachas envueltas en bata blanca de baño oían con atención los detalles acerca de lazos, broches y cintos que la señorita Loyola les revelaba sobre los vestidos.

A Melisa, el ambiente sofisticado la impactó y la intimidó. Su voz sonaba un tanto perturbada. Jamás había visto nada similar a ese salón revestido en mármol donde la piscina turquesa parecía una gran olla hirviente. El vapor comenzaba a torturarla. Se pasó la mano por la frente húmeda y vio de reojo que el hombre rubio la seguía mirando. Con el torso sumergido en el agua, apoyado contra una de las esquinas de la pileta, no le quitaba los ojos de encima. En un momento, sus miradas se cruzaron y él la saludó con un movimiento de cabeza. Ella respondió con un gesto similar.

Melisa se arrepintió de seguir ataviada con el mismo vestido blanco a lunares que llevaba desde la mañana. Nerviosa, con la intención de alisar los pliegues, pasó una mano por la falda. No había manera; estaba maltrecho. En ese sitio tan glamoroso se sentía incómoda, quería irse cuanto antes, terminar con un encargo trivial que se había vuelto engorroso y que la ponía nerviosa, porque estar en la piscina, muerta de calor, explicando cómo los broches unían la capa al traje, y con ese hombre mirándola sin cesar, realmente la inquietaba. Pero no podía quejarse, se lo merecía. La idea de presentarse a esa hora para entregar la caja había sido suya.

Al final de sus explicaciones, el hombre de ojos claros salió de la piscina y, de camino hacia la reposera donde estaban las batas, salpicó a Melisa sin querer. ¿O acaso lo había hecho a propósito? No tenía necesidad de haber pasado tan cerca de ella.

Sorprendida por las gotas de agua, Melisa se dio vuelta y lo miró con severidad.

—*Pardonnez-moi s'il vous plaît* —le dijo él regodeándose.

Melisa aceptó la disculpa haciendo una nueva seña con su cabeza, pese a que dudaba acerca de su verdadera intención. Decidió ignorarlo.

Nikolai se ubicó en una reposera, próxima a las tres muchachas. María Gracia, que ya no tenía más interrogantes respecto a los accesorios, se ubicó junto a su hermano. Luisa, en cambio, quería saber si para el vestido de día podían hacerle un sombrero con la misma tela. Mientras Melisa le explicaba cuánto tiempo llevaría la confección, María Gracia le contaba a Nikolai sobre la fiesta en la que lucirían los vestidos de los broches de oro. Los hermanos bromeaban en castellano sobre los pretendientes de Luisa y Melisa captaba perfectamente los chistes porque desde niñita su padre le había enseñado la lengua de España.

A punto de marcharse, tras dar por concluida la explicación sobre el sombrero, Melisa oyó con claridad el comentario del hombre:

—Qué arrogante es la delgadita. ¿No te parece? No ha emitido ni una sonrisa ni una frase amable.

—Puede ser que sea un poco seria, aunque a ti no parece afectarte… No has dejado de mirarla.

—Estás equivocada; no es mi tipo. Es demasiado escuálida.

—Mentiroso. ¡A ti te gustan todas!

Melisa no pudo evitar mirarlos y poner cara de disgusto. Los hermanos lo notaron. ¿Acaso la francesita los había entendido? No, no podía ser, habían hablado en castellano, y muy rápido.

Saludó notablemente perturbada y se encaminó hacia la salida, acompañada por el mayordomo.

En la calle, imaginó cuán aburrida sería la vida de esos niños ricos, encerrados en la mansión, chapoteando en la piscina como… «Ranas», rio al pensarlo. Reconoció que le hubiera gustado meterse al agua un rato, como lo hacía con su padre en las piscinas municipales donde entrenaban los atletas franceses que participaron de los Juegos Olímpicos de Amberes, en 1920, y donde se preparaban para las próximas competencias… ¡Pero pasar horas haciendo eso, no! No cambiaría por nada la sensación de plenitud que le daba el trabajo.

Recordó las miradas que le había propiciado Martínez Romanov y le dio un vuelco en el estómago. Sí, ese hombre era muy atractivo. Pedro Saidi jamás la miraba así; es más: creía que nunca la había observado con tanto deleite. Ni disimulado ni explícito. Pero qué atrevido había sido al salpicarla. Le dio rabia. Debía ser un

mujeriego con intenciones de jugar con ella. Se puso las manos en la cintura y se miró las piernas: «¿Así que soy “delgada” y “escuálida”? ¡Estúpido millonario arrogante!», bramó. No importaba cuán atractivo fuera, ni cuánto dinero tuviera: era un simple engreído maleducado.

Se apuró, quería llegar a su casa; era tarde y estaba cansada. Supuso que en ese momento Saidi estaría en el teatro viendo el *ballet* ruso y una punzada de dolor la volvió a hincar y a llenarle los ojos de lágrimas. «¡Malditos hombres!».

En la mansión de los Martínez Romanov, las hermanas seguían disfrutando del agua. Nikolai, no. Las saludó y se marchó. Todavía tenía varias diligencias por cumplir, incluida la reunión que mantendría con el administrador de la casa de Biarritz, con quien se encontraba una vez al mes para entregarle el dinero con el que se pagaban los gastos de personal y mantenimiento.

Mientras se cambiaba en su antiguo cuarto, una sonrisa se formó en sus labios. La francesita le había llamado la atención. Tenía un tipo de belleza exótica, ninguna parisina que estuviera en su sano juicio llevaría el pelo largo y ondeado hasta la cintura, como esa muchacha. La moda dictaba corto y al hombro, al estilo de lo que en ese año llamarían *charleston*. Tentado por constatar si ese cabello era tan sedoso como parecía, se lo quiso tocar a la pasada, pero la picardía —que quién sabe por qué se le había ocurrido hacer— casi le costó una bofetada de la chica, que estuvo a punto de darse cuenta de su intención, pues, al acercársele, la había salpicado.

Juzgó que la muchacha, formal por demás, nunca se apartó de su propósito de entregar las cajas. Si bien por la delgadez parecía una niña, tenía que reconocer que se había mostrado decidida e independiente. A pesar de ser una sencilla empleada del sastre, en ningún momento se había sentido amedrentada por la casa o por las preguntas de sus hermanas.

Nikolai se prendió la camisa, se peinó el cabello claro con los dedos, y luego se colgó su reloj abrochando la cadena al pantalón. Al comprobar la hora, la chica se esfumó de sus pensamientos. Si no se apuraba, no llegaría a tiempo para retirar el cheque que debía entregar al día siguiente en el orfanato. Además, a última hora lo

esperaba el notario para firmar los papeles de la casa que acababa de comprarse en París. Aún no le había dicho a nadie, aunque sabía que las mujeres se pondrían contentas. Especialmente su madre, porque para ella sería una clara muestra de que estaba sentando cabeza. El lujoso departamento que habitaba sobre los Elíseos era para los hombres que querían llevar una vida libertina de solteros, pero las casas eran para los señores; sobre todo, para los que comenzaban a buscar esposa. No había indagado lo suficiente ni evaluado un lance; pero pronto lo haría. Adquirió la vivienda no solo porque constituía una excelente inversión, sino porque ya se sentía en condiciones de llevar adelante su propia casa. El departamento le quedaba chico; necesitaba más lugar para contratar la plantilla de empleados que lo atendieran como se debía, que le hicieran la comida que se le antojara en el horario que fijara. Y claro, que le tuvieran las camisas almidonadas y planchadas las empleadas de su casa, y no de una tintorería. También necesitaba una buena oficina, grande y lujosa que impactara a las personas con las cuales cerraba los negocios que se le estaban presentando. Un lugar donde pudiera ofrecer fiestas sin verse obligado a molestar a su madre.

Muy pronto recibiría a su amigo Carlos Gardel, quien había llegado desde Argentina para cantar en España. En París, Gardel se merecía una recepción a tono con su figura; y Nikolai, en ascendente carrera como empresario dedicado a la construcción de teatros, necesitaba su propia residencia para ser el anfitrión de socios e inversores.

Era tiempo de entrar en una nueva etapa. ¿Incluiría esposa? No se negaba a encontrarla. Sus visitas regulares al orfanato le permitían observar la vida con otros ojos. Junto con una esposa esperaba que también llegaran los hijos. Los niñitos desamparados le regalaban la posibilidad de soñarse como padre. Cien era un número abultado, suficiente para colmar su sed protectora, pero no la necesidad de paternidad que tenía.

Le gustaba la idea de formar una familia, una como en la que él había crecido, y llenar su casa de hijos. Claro que primero tendría que aparecer una esposa apropiada. Las mujeres de la noche lo habían agotado; ya no quería andar de chica en chica. Eso sí, para convertirse en la mujer de un Martínez Romanov debía cumplir

ciertos requisitos: tener una posición económica y social poderosa como la de su familia, ser bonita, gozar de la sofisticación ideal para congraciarlo en las esferas donde se movía, saber dirigir las mansiones como lo hacía su madre. Agregó: «Sumisa, amorosa… buena amante». Se rio; la lista era interminable. ¿A quién quería engañar? Nunca encontraría una mujer así ni aunque recorriera el planeta entero. ¿Acaso existía?

Capítulo 9

Uno busca lleno de esperanzas
el camino que los sueños
prometieron a sus ansias.

Tango «Uno»,
ENRIQUE SANTOS DISCÉPOLO

A la mañana siguiente, Melisa fue al teatro para entregar el traje negro con lentejuelas que habían confeccionado con una premura inusual para *madame* Rasimi. Ansiosa, la mujer abrió la caja. Al extenderlo y observarlo con detenimiento, se le iluminó el semblante.

—Me gusta. Dile a Loyola que aguardo el resto en los tiempos convenidos.

El taller confeccionaría veinte trajes idénticos para las bailarinas secundarias. La principal vestiría el de color piel que semejaba desnudez.

—¡Perfecto! Le diré a mi padre que comencemos cuanto antes.

Como lo hacía habitualmente, luego de darle otras precisiones sobre el vestuario, *madame* Rasimi la invitó a presenciar los ensayos. Entre ellas, parecía haber un acuerdo tácito: Melisa cumplía con la entrega, Rasimi la invitaba a quedarse y ella aceptaba.

Se ubicó en una butaca de la primera fila y se dispuso a disfrutar del ensayo que comenzó de inmediato. Mistinguett, la famosa bailarina cuyas piernas, por ser las más bellas del mundo, estaban aseguradas en un millón de francos, desplegaba su arte acompañada por un séquito de bailarinas.

Las muchachas se movían, los minutos pasaban y los actos compuestos de canciones y bailes iban sucediéndose unos a otros. Pero esa mañana ocurría algo extraño: *madame* Rasimi no estaba conforme con la actuación. Se quejaba una y otra vez y corregía insistentemente las entradas y los movimientos. No sabía bien qué la perturbaba; no lograba distinguir cuál de las muchachas

desafinaba, o quién no ingresaba a tiempo en los actos, o cuál de las secundarias no dejaba lucir a Mistinguett.

La fuerte personalidad y el famoso mal humor de *madame* Rasimi se hicieron presentes ante la imposibilidad de reconocer la falla. Melisa, que estaba acostumbrada a contemplar ensayos, y que había desarrollado el ojo para distinguir detalles artísticos, notó enseguida cuál era el problema. La veintena de coristas que usaría el traje oscuro opacaba a la figura principal. Ese era el conflicto. Cuando Mistinguett entraba en escena, la atención estaba puesta en las chicas que bailaban y se movían con gracia. «Son demasiadas», pensó Melisa desde un principio, aunque no se había atrevido a intervenir ni interrumpir el ataque de cólera de la directora del musical. Tras el cuarto ensayo fallido, no pudo aguantarse y exclamó:

—*Madame*…, la bailarina y… cantante principal —eligió las palabras— no debería hacer su entrada cuando todas las chicas están en el escenario… Debería cantar sola.

A Rasimi no le llamó la atención que ella opinara, sino que, obsesionada con el ensayo, le respondió:

—No puede aparecer sola, de la nada… quedaría… ¡ridículo!

—Debe entrar acompañada de dos bailarinas… Y una vez que se ubique en el centro del escenario, que comience a cantar. De inmediato, las dos bailarinas secundarias desaparecen tras el telón.

La mujer consintió con varios movimientos de cabeza. No era mala idea, pero presentaba una dificultad.

—Bien, pero no puede ubicarse sola y empezar a cantar su canción de repente.

Melisa, que por primera vez se percató de lo que estaba haciendo, comentó con escrúpulo:

—Mi humilde opinión es… —Se detuvo.

—¡Dime ya de una vez cuál es tu «humilde opinión»! —inquirió la Rasimi, ansiosa.

—Que deberían entrar las tres cantando el estribillo. Luego, cuando Mistinguett se quede sola, que comience a cantar la parte fuerte de la canción.

—No estoy segura de si alcanzo a comprenderte. ¿Cuál sería la parte fuerte?

Melisa avanzó unos pasos y al pie del escenario, sin subir, cantó

lo que consideraba la parte fuerte de la canción.

Su voz dulce y un tanto afónica resonó en el teatro. Por unos instantes, el silencio fue total.

—Chica, pero qué voz tienes, podrías ser mi cantante principal —exclamó la Rasimi, satisfecha—. Me parece excelente tu idea, gracias.

—A usted, por dejarme decírsela —alcanzó a articular Melisa cohibida por su reciente descubrimiento: había cantado en el teatro frente a las demás bailarinas.

—Se nota que viendo los ensayos has aprendido mucho —dijo Rasimi mientras tomaba del brazo a las dos chicas que entrarían con la principal.

Melisa asintió, agradecida por el cumplido, y se sentó de nuevo en la butaca.

Los ensayos continuaron normalmente, aunque no tanto, porque *madame* Rasimi —para orgullo de Melisa— le pidió su opinión en dos oportunidades.

Ese mediodía volvía muy contenta al taller. Por primera vez en su vida pensaba seriamente en la posibilidad de trabajar en —y no para— el teatro. ¿En un espectáculo? ¡Sí, claro que sí! ¿Quién se lo impedía? ¿Su madre? ¿Su padre? ¿Tal vez Saidi? Sí, quizá. Pero un velo se descorrió y descubrió que era ama de su propia vida. A los veintidós años se consideraba una mujer dueña de su destino. Acarició un anhelo dormido: realizar lo que le daba verdadero placer… y que esa mañana había hecho muy bien.

Nikolai se bajó del tren y se dispuso a disfrutar de la caminata de un kilómetro que tenía por delante hasta el orfanato, en medio del verde de la campiña normanda. El paisaje era maravilloso y pacífico; la vegetación, exuberante; la soledad, total. El aire estaba limpísimo, los pájaros cantaban bajo un sol radiante y ante sus ojos acababa de pasar una mariposa isabelina de las que, según sus libros, había pocos ejemplares en el mundo. El color verde agua y los pespuntados negros la hacían única y bellísima; estaba convencido de que pertenecía a esa especie. Se sintió un privilegiado por verla, de poder estar allí, sano, vivo, de tener suficiente soltura económica para vivir bien y ayudar a otros.

Esa era una de las razones por las cuales le gustaba visitar el

lugar: le cambiaba la visión de la vida; le hacía bien.

Marchaba a paso rápido, contemplando el entorno, cuando sus ojos divisaron en medio del bosque de robles la construcción antigua donde funcionaba el orfanato, y agregó algo más a su lista de agradecimientos: haber disfrutado de un padre como don Ricardo durante algunos años. A veces se quejaba de que hubiera muerto siendo él apenas un jovencito, pero allí, entre los cien niños huérfanos, había algunos sobrevivientes que ni siquiera tenían recuerdos de sus padres, muertos cuando apenas eran unas criaturas recién nacidas.

Las edades y las procedencias de los internados variaban: había desde ciudadanos franceses de cinco años y refugiados de otras nacionalidades europeas algo mayores, capaces de traspasar las fronteras. La terrible guerra librada en el continente había lastimado a muchos países y allí estaban sus secuelas.

La casa comprada y donada por Nikolai, daba refugio, contención y cobijo a los heridos.

La participación en el proyecto comenzó cuando solo era una idea. De modo casual, en una reunión social, el cónsul le comentó acerca de la necesidad de dar albergue a unos niños desamparados y desde ese instante su compromiso con la causa fue absoluto: giró el dinero necesario para adquirir, acondicionar y amoblar la casa y, luego, para contratar al personal idóneo. Esos francos purgaban las culpas que le generaban la vida frívola, los negocios y el dinero, motor de su buen pasar. Pero con el tiempo y con las visitas regulares, encontró placer en brindar ayuda a otros; conocer de cerca a las personas que allí vivían le daba un sentido diferente a su existencia.

Reconoció que la vida encerraba sorpresas: porque cuando uno daba, terminaba recibiendo más de lo que entregaba. Pudo comprobarlo: el beneficio espiritual era mayor que cualquier suma invertida. Días atrás, el diario *Le Figaro* había publicado una estadística en la que afirmaba que las personas más felices son aquellas que no persiguen su propia felicidad, sino las que ayudan a otros a vivir mejor. Cuando la leyó, le pareció absurdo. Ahora no lo veía tan descabellado.

Durante el último trecho del camino estuvo rodeado de antiguos y enormes robles de Tronjoly. Frente a la puerta, golpeó. En cuanto

se abrió, el griterío de niños lo aturdió. La agitación que se respiraba en el ambiente lo sumergió por completo en ese pequeño mundo infantil que le gustaba. Al darle la bienvenida y antes de hacerlo pasar a su oficina para recibir el cheque habitual, el director lo llevó a recorrer las instalaciones.

El señor Blanchet le mostró los dormitorios, repletos de camitas de hierro con frazadas marrones, donde dos mujeres limpiaban los pisos en cuatro patas. En la cocina, un hombre alto y corpulento vestido con delantal y gorro de cocinero revolvía una gran olla mientras tres muchachas ayudaban a pelar papas. Por último, el director lo llevó al lavadero. Nikolai se impresionó al contemplar las montañas de ropa sucia que cinco mujeres fregaban en tablas de madera y con agua helada, un trabajo que parecía que nunca acabarían dada la cantidad de prendas.

Finalizado el recorrido, rumbo a la oficina del señor Blanchet se toparon con una joven que consolaba y hablaba con uno de los niños mientras le sonaba la nariz con la punta de su vestido. A los ojos de cualquiera, lo visto parecía normal, sobre todo tratándose de un orfanato. Pero Nikolai, al corriente de cada uno de los movimientos del lugar, sabía que esas personas no recibían remuneración por su labor; daban horas voluntariamente. Solo algunos, como el director, su esposa y los maestros, cobraban pequeños sueldos pagados por el Estado. Pero Nikolai entendía que esos trabajos demandaban las veinticuatro horas de los trescientos sesenta y cinco días del año. Vivían allí, debían estar siempre disponibles para los chicos… La visita siempre lo impactaba; le resultaba inevitable comparar esa vida de estrechez con la fastuosa y superficial que él y su familia llevaban en París.

Instalados en el despacho, Nikolai sacó de su bolsillo el cheque y se lo entregó a Blanchet, que lo tomó y le dijo:

—Señor Martínez Romanov, quiero agradecerle lo que usted hace por estos chicos.

—No, por favor, no me agradezca. Lo hago con gusto.

—Lo sé, se nota. Creo que todos tenemos un papel importante en este proyecto en el que trabajamos juntos. Usted hace su parte… y nosotros, la nuestra. Habrá visto, allá afuera, cómo trabaja la brigada de voluntarios.

—La verdad es que cada vez que vengo, y veo el fruto de lo que

hacen aquí, pienso que lo mío es nada comparado con lo que ustedes dan —reflexionó. Su corta estancia tenía un propósito simple: suministrar el consabido documento. Luego, se olvidaba por un mes del orfanato. Afectado por la idea, Nikolai agregó—: Ustedes sí que dan mucho.

—¿Y qué piensa que damos nosotros? —preguntó Blanchet con la intención de ofrecerle una enseñanza.

—Muchas horas, su tiempo… En síntesis: su vida.

—¿Y qué cree usted que les da a estos chicos? También les da su tiempo y su vida.

—No, no exagere, Blanchet. Lo mío es mucho más simple: es solo dinero. Vengo una vez al mes y costeo los gastos de la casa.

—Señor Nikolai, no sea ingenuo, el dinero es tiempo. Para ganarlo, usted ha tenido que invertir sus horas de vida. Cuando entrega un billete, da horas de su vida.

—¿Cómo dice?

—Es sencillo: para obtener cada uno de esos francos que nos da mes tras mes, o los que usted gasta en ropa, alimentos y sirvientes, por nombrar solo algunos ejemplos, ha tenido que trabajar. Y cuando lo hace, deja de lado su descanso, su recreación… Son horas que podría pasar con sus seres queridos. Así que no crea que usted da solo billetes, usted también les da vida a esos niños… —remató —: En forma de francos.

—Jamás lo había visto de esa manera… —reconoció Nikolai, impactado por la exposición de Blanchet.

—Lo que usted da es igual de valioso que lo que damos nosotros, porque el dinero es tiempo, es vida. Por esa misma razón también tratamos aquí de administrar bien lo que usted entrega cada mes. Si lo desperdiciamos, estaríamos tirando horas de su vida. Cada billete mal administrado o malgastado es tirar las horas de la vida del que lo ganó.

A Nikolai le vinieron a la mente los miles de francos que derrochaba diariamente, semanalmente, mensualmente. La cifra —seguramente— era monstruosa. Entonces, se dio cuenta de que trabajaba para acumular el dinero que le permitiría descansar en el futuro. Sin embargo, por cada franco que desperdiciaba, él malgastaba su vida. El descubrimiento lo turbó. Alcanzó a balbucear:

—Muy impresionante…

—Así es.

—De ahora en más, me fijaré más en qué gasto lo que gano.

Blanchet soltó una carcajada y agregó:

—¡Está muy bien! Nuestros niños también aprenden sobre el valor del dinero. Piense que ellos corren con una desventaja: aparecerán en la vida laboral siendo solo jovencitos y sin nada en su haber, porque sus padres no están para ayudarlos ni siquiera con un céntimo.

Nikolai contabilizó cuánto le había dado su padre, y otra vez se sintió agradecido.

—¿Quiere quedarse a merendar?

—No puedo, tengo un largo viaje por delante. Debo alcanzar el tren de las cinco. Si me demoro, tendrá que hacerme un lugar para dormir.

—No hay problema: quédese cuando quiera. Hay un bonito cuarto con una gran vista.

—Gracias por su amabilidad —dijo al notar que la propuesta era auténtica.

—Mire, Romanov, no es solo amabilidad. Esta casa es tan suya como de estos chicos. Usted compró la propiedad y la donó poniéndola a nombre de la institución… Así que por más que el gobierno francés tenga injerencia en ciertas decisiones, usted puede venir y quedarse a vivir aquí el tiempo que desee —discurrió en un nuevo intento por descubrirle lo trascendental de su obra. Para dar por terminada la explicación, agregó—: Este, señor Martínez Romanov, siempre será un lugar tranquilo donde podrá descansar su cabeza.

—Le agradezco sus palabras; sobre todo, la explicación del dinero. Cada vez que vengo, me llevo una enseñanza nueva.

—Aquí todos aprendemos. No sabe usted cuánto pueden llegar a enseñarnos estos pequeñitos —dijo señalando la ventana. En el parque, los niños corrían al aire libre—. Realmente no nos damos cuenta de que los pobrecitos somos nosotros.

—Oh, me imagino —coincidió Nikolai. Luego, saludó y se despidió.

De regreso a la estación, mientras tomaba como propias las palabras de Blanchet —«No despilfarraré mis francos para no

desperdiciar mi vida»—, la mariposa isabelina revoloteó nuevamente a su lado. No era normal ver otra. Ese insecto no era común. Había gente que se pasaba toda una vida tratando de avistar una, y él acababa de verla dos veces en un día. Tenía que ser una señal. Mientras observaba el vuelo ágil de las alas verdes, se propuso hacer un cambio en su vida; efectuaría un giro en su existencia.

Pero al llegar al ferrocarril, la idea perdió vigor. Con cada traqueteo del tren, el entusiasmo por la casa nueva crecía. Pronto se mudaría y, antes, necesitaba adquirir el mobiliario, vestirla, decorarla, contratar el personal adecuado. París pedía un estilo de vida que era imposible de frenar, exigía intensidad.

Meditó que nadie sabía cuándo se acababa la vida, ni en qué momento esa mano déspota que tenía el poder de decisión bajaba el pulgar y resolvía que ya no había más días ni horas para uno. Por eso, hasta que llegara ese momento incierto, había que vivir con vehemencia, disfrutar de una existencia al todo o nada, como pedía la Ciudad de la Luz.

Su viejo miedo a la muerte traía este pensamiento y otros de igual índole, quitándole la libertad para elegir una vida apacible mientras perseguía quimeras que lo mantenían entretenido y distraído de sus temores.

Había transcurrido una semana desde aquel suceso por el que Pedro Saidi, contrariado, se había negado a asistir a la función del *ballet* ruso junto a Melisa. Como conocía a la perfección el juego de premios y castigos, esa noche había llegado a la casa de los Loyola con una novedad. Quería entusiasmar a su prometida; tenía claro que ella se había molestado por su decisión y ahora le tocaba pagar un pequeño precio para que la relación volviera a la normalidad.

Mientras cenaban, Pedro comentó que tenía previsto observar a un artista que le interesaba contratar. Deseaba que Melisa lo acompañara. Ni Manuel ni Amina tenían objeciones, pero había cierta tensión en el ambiente. La joven comía callada.

—Se trata de Carlos Gardel —explicó Pedro Saidi.

—Lo oí nombrar; no sabía que estaba en París —se asombró Manuel.

—Actuó en España, en el teatro Apolo de Madrid, y en unos días

vendrá a París. En la casa de unos conocidos hará una presentación informal. Me serviría escucharlo… Si me gusta, le propondré que se presente en mi teatro.

—Dicen que canta maravillosamente bien los tangos —dijo Amina, levantándose para traer el postre de la cocina.

—Ha tenido gran éxito como parte del elenco de la compañía teatral Rivera-De Rosas. Creo que aquí le iría muy bien —conjeturó Saidi que, como productor, estaba al tanto de las giras internacionales.

—El tango está de moda… Hubo un resurgimiento de esa música. Se empezó a escuchar antes de la guerra pero ahora hace furor —dijo Manuel, que recordaba haber descubierto esa música muchos años atrás, pero que actualmente sonaba en todas partes, incluido su taller.

—¿Te agrada el tango, Melisa? —le preguntó su novio con una dulzura poco común en él. Había notado el peso de su silencio y ya no la quería enojada.

—Sí, me gusta —respondió ella quedamente. «Qué poco me conoce Pedro», pensó. Su prometido no sabía que el tango era una de sus músicas preferidas.

—¿Quieres que vayamos juntos a ver al cantante?

Ella hubiera preferido decirle que no, que no le interesaba, que no pensaba acompañarlo porque todavía le dolía el desplante, que se guardara su invitación, que… Pero no pudo, le resultó imposible: su pasión por la música fue más fuerte que su enojo.

—Me gustaría ir… ¿cuándo y dónde es?

—El sábado, aquí, muy cerca. Será en casa de la familia Martínez Romanov.

Melisa oyó el apellido y pestañeó varias veces.

—¡Son clientes nuestros! —exclamó Manuel—. ¿Recuerdas, Melisa, que fuiste a su casa?

Cómo olvidarse de la mansión, del calor de la pileta y del joven Martínez Romanov mirándola, salpicándola y luego diciendo en castellano que ella era una arrogante. Si no hubiera estado dolida con Pedro, le habría contado lo sucedido ese día, pero como la herida estaba viva, solo respondió:

—Lo recuerdo, sí. Fui a llevarles la caja que se habían olvidado. ¿Los conoces, Pedro?

—Solo de vista. Hace poco, durante una reunión celebrada para ultimar detalles sobre la construcción de los teatros, me presentaron a uno de ellos. Pero mi amigo Juan Dufour, que es íntimo de la familia Martínez Romanov, les ha explicado mis intenciones sobre Gardel, y nos han invitado a la recepción que le ofrecerán.

Saidi iba a seguir hablando del tema, pero Amina apareció con una bandeja repleta de *briwats* rellenos con chocolate y nueces —su versión del típico postre marroquí—, y abandonó la charla, dedicándose a lo dulce.

Luego de servirlos en los platitos, Amina se percató de que su hija —pese a la debilidad que tenía por los famosos pasteles triangulares— no los había tocado. Era evidente que seguía molesta con Pedro.

Dos horas después, el pretendiente de Melisa se marchó. Manuel se retiró a la habitación para descansar y Melisa daba vueltas por la casa, eligiendo el libro que leería. Cuando Amina terminó de acomodar la cocina, colocó en un platito los *briwats* que habían sobrado; se los llevaría a Margot. Hacía un tiempo que no la veía bien. Quería levantarle el ánimo con una delicia de su tierra.

En minutos, ella cruzó el patio del limonero y Margot la recibió encantada. Mientras tomaban un té, charlaron.

—Margot, sé que algo te pasa y creo saber qué es.

—A veces los fantasmas del pasado reaparecen… Y no es fácil.

—Me lo imaginé. Los Martínez Romanov encargaron vestidos.

—Sí, las dos chicas. Pero temo que un día de estos venga el argentino al taller y terminemos encontrándonos.

—Quédate tranquila, los hombres casi no entran allí. Además, quizá ni siquiera esté en París. No te adelantes.

—Tienes razón. ¿Por qué preocuparme por un hecho fortuito? Es tonto. Y si un día ocurre, tendré que enfrentarlo.

—Ya sabes: lo que necesites… Cuenta conmigo.

—Gracias, Amina… Los *briwats* ya me han cambiado el ánimo.

Solo dos personas que amaba entrañablemente sabían de quién era hija Amèliè: esta mujer que tanto la había ayudado y su amiga Alice. Ambas siempre estaban a su lado acompañándolas.

Antes de marcharse, Amina le prometió que intentaría averiguar si el padre de la niña había venido con el resto de la familia.

Margot, ya sola, sentada en su cocina, meditaba que el nombre Martínez Romanov siempre significaría «engaño».

Capítulo 10

No habrá ninguna igual, no habrá ninguna:
ninguna con tu piel ni con tu voz.
Tu piel, magnolia que mojó la luna,
tu voz, murmullo que entibió el amor.

Tango «Ninguna»,
HOMERO MANZI

Desde su cuarto, Melisa escuchó la voz de Amina. Pedro Saidi había llegado y la esperaba en la sala. Era la noche del *cock-tail* en la casa Martínez Romanov. De pie frente al espejo, se dio una mirada y una mujer distinta se reflejó. Rara vez se maquillaba, pero hoy llevaba los labios pintados. Lo había creído oportuno; la mansión de los argentinos así lo demandaba. Recordaba perfectamente el imponente ingreso, la lujosa piscina, la cantidad de sirvientes dispuestos para saciar los deseos de los residentes y el *glamour* que destilaban los ambientes. Decidió darse los últimos arreglos. Tomó la pequeña y delgada varilla de madera y la untó en el frasquillo de *kôhl*, ese polvo oscuro que años atrás su madre le había enseñado a usar para embellecerse solo ante ocasiones especiales. Con delicadeza, la deslizó por los párpados superiores. Sobre ellos, dibujó una gruesa línea negra que iba más allá del extremo de sus ojos marrones de largas pestañas. Su mirada se convirtió en profunda y exótica; sus cejas oscuras y bien delineadas le dieron el marco perfecto. Solo llevaba maquillaje en los ojos y un suave toque rosa en los labios. No requería más: su piel trigueña lucía sana y luminosa porque durante la mañana había estado de *hammam*, encerrada por dos horas, dándose un baño de inmersión con hojas de menta y colocándose máscaras de belleza en el rostro y en el cabello, que ahora le caía largo, sedoso y brillante a cada lado. El té de jengibre y canela le había activado la circulación, aportándole una energía única.

Miró el vestido, y le agradó. Ella misma lo había diseñado. La noche que Pedro le comunicó que irían a ese *cock-tail*, dibujó en un

papel lo que quería. Y al día siguiente, en el *atelier* de su padre, las costureras lo confeccionaron en una tarde. La prenda de color salmón, combinación de su inventiva y de la moda imperante, estaba compuesta por finos breteles y por tres capas de seda superpuestas que caían sueltas y en forma de pico, unas sobre otras, a lo largo del cuerpo, hasta los tobillos. Un lazo fino y trenzado que rodeaba su figura, cruzaba sobre los pechos y, atado a la cintura, le marcaba las formas. No llevaba sostén; no lo requería, las telas cubrían lo suficiente aunque, si se miraba bien, resultaba sugerente.

El traje resaltaba sus formas y contrastaba con el color de piel y de cabello. En los pies se calzó las sandalias teatrales que le había pedido prestadas a *madame* Rasimi. Pertenecían al personaje llamado Diosa Griega, y que representaba con suceso una de las chicas del elenco. Eran doradas, bajas, con cintas que se enredaban en sus tobillos hasta casi la rodilla. Cuando caminaba, se lucían aún más. Estaba segura de que esa noche nadie tendría otras iguales porque en las fiestas que se celebraban en la ciudad todas las mujeres usaban tacos altísimos. Asistiría al evento casi descalza.

Escuchó unas palabras sueltas de Saidi, que hablaba con sus padres. Su voz no le producía ningún sentimiento, pero estaba contenta porque escucharía al cantante de tango. Se roció perfume de sándalo sobre las muñecas, el cuello y los tobillos. Entonces, considerando que estaba lista, se dirigió a la sala donde la aguardaban.

En cuanto abrió la puerta, su padre, su madre y Saidi quedaron estupefactos. Ella no acostumbraba a vestirse así, ni arreglarse como lo había hecho. Lucía exótica y sofisticada; estaban impresionados. Quien la mirara, no podría acertar quién era: si una parisina de 1922, una bailarina árabe, o una diosa griega. Caminó despacio y se paró frente a Saidi.

—¿Vamos?

Él la miró sin articular palabra.

—¿Vamos? —insistió ella.

—Estás bellísima… Sí, vamos.

Melisa disfrutó del poder que esa noche le daba su belleza.

Sus padres hicieron dos o tres comentarios banales, el diálogo terminó y se despidieron. En la acera, Melisa se tomó del brazo de Saidi y los dos caminaron lentamente hasta cubrir la escasa

distancia que los separaba del palacete de los Martínez Romanov.

Irina se movía nerviosa por la casa dando instrucciones a sus empleados. Deseaba tener todos los detalles bajo control para que el *cock-tail* que se ofrecía en su casa fuera un éxito. Nikolai, de impecable *frac* negro y estrenando camisa de La Chemise Parfaite, ya se hallaba atendiendo invitados. Se tuvo que resignar a pedirle la mansión a Irina porque todavía no había acondicionado la suya como deseaba. Su amigo Carlos Gardel, procedente de España, donde había cautivado al público, cantaría para sus distinguidos invitados, incluido un productor de espectáculo. Una simple reunión social se había transformado en un verdadero suceso.

Irina, que en otra época había renegado del tango, comenzaba a aceptarlo. Y mucho tenía que ver con que París lo celebrara, aun los intelectuales y la clase alta. «El tango ya no es vulgar», pensó Irina sin entender muy bien por qué había cambiado de parecer, ya que la música seguía siendo la misma, sus letras rozaban lo orillero y el baile tenía movimientos sugestivos. Su mente conservadora se movía al son de la moda: si Europa —y específicamente París— aceptaban una expresión artística, ella lograba verla con otros ojos. Además la moda cambiaba y los vestidos de las señoras se volvían más livianos y más cortos; por consiguiente, ya no la escandalizaba como antaño la ropa que utilizaban las bailarinas de tango.

Los primeros invitados —de los ochenta que asistirían esa noche — ya se hallaban en la sala bebiendo *champagne*. Cuando Irina les explicaba a los mozos contratados cómo servir las empanaditas de *gruyère*, ingresó una pareja que la sorprendió. La muchacha era bonita y exótica, vestía ropa llamativa y sensual; debía ser árabe, por los colores. Aunque mirándolo bien, el hombre también podía serlo. Se acercó para recibirlos y, al saludarlos, se enteró de que Pedro Saidi era el productor que su hijo esperaba. Intercambiaron dos palabras sobre el cantante invitado, e Irina, sin poder contenerse, le preguntó a Melisa:

—Disculpe mi indiscreción… Ese vestido, ¿de qué firma es?

—De Manuel Loyola —respondió sin especificar que ese hombre era su padre. Tampoco aclaró que, si bien la prenda había sido confeccionada en su *atelier*, en realidad, el diseño era propio.

—Me parecía… por lo bello y exclusivo. Mis hijas y yo nos

hacemos atender por el modisto Loyola —reveló.

Aunque estaba muy lejos de ser una chica sajona, Melisa le cayó bien a Irina. Su vestimenta y maquillaje no se adaptaban a los cánones que la sociedad exigía, pero aun así, la muchacha le agradó, tenía un halo especial. Y si se hacía vestir con Loyola, debía ser fina y *snob*.

Luego de comentar algo más sobre la moda de París, Irina se disculpó y se retiró. Habían llegado los Alvear, unos de sus mejores amigos, y quería recibirlos personalmente. Al igual que los Martínez Romanov, hacía pocas semanas que se habían reinstalado en París, tras la larga ausencia a la que los conminó la guerra. Don Alvear había adquirido un departamento en plena avenida Foch, equipado, entre otras excentricidades, con un gran cuarto con dos enormes bibliotecas repletas de clásicos franceses encuadernados en cuero y cientos de volúmenes más de autores modernos. Alvear se lo había comprado a un emigrado ruso, e Irina quería saber detalles del vendedor, ya que, por la nacionalidad que compartían, creía conocerlo.

Cuando Pedro y Melisa ingresaron al salón, se confundieron entre la gente. De inmediato se toparon con Dufour, un conocido en común con los dueños de casa, con quien charlaron animadamente.

La noche avanzaba y la totalidad de los invitados ya se encontraba desperdigada entre las dos grandes salas destinadas al evento. Nikolai, que se había dedicado a charlar con Gardel, alcanzó a distinguir a una joven que le llamó la atención. Dudó. «¿Acaso no es la misma chica que trajo una caja para las mellizas, cuando estuve en la piscina? No, no puede ser», se contestó. «La de aquella vez era una empleada de la *maison* Loyola. Imposible que mi madre la haya invitado». Pese al parecido, desistió de la idea; esta, le resultó más sofisticada. En cuanto Carlos quedó en buena compañía, decidió aproximarse. Pero la confusión fue mayor porque la chica, efectivamente, era la misma: su voz y su manera de moverse se lo confirmaron. ¿Qué hacía allí, acompañada por el productor que Dufour le había presentado en el café y con el que había compartido reuniones con los posibles inversores de los cinco teatros que levantarían en París?

Nikolai se pasó la mano por la nuca; llevaba el cabello claro engominado. Estaba inquieto. Avanzó hasta llegar a su lado, y los

saludó. Les dio la bienvenida como si jamás hubiera visto antes a Melisa, quien lo observó incrédula, molesta, e hizo lo mismo: ignoró conocerlo. Martínez Romanov charló con la pareja sobre nimiedades durante un rato. Luego se retiró para socializar con el resto de los invitados. Pero el interés por Melisa no se perdió, sino que se acrecentó porque a partir de ese momento ya no pudo sacarle los ojos de encima. En el salón no había otra mujer igual. Su belleza exótica lo cautivó; notó que se vestía y se peinaba diferente a todas. Incluso, descubrió que hablaba de temas que las demás no tocaban porque la chica había contado que trabajaba con su padre, el modisto más renombrado de París… y ¡manejaba perfecto el castellano! ¡Por eso se había contrariado aquel día en la piscina, cuando él la llamó «arrogante» y «delgada»! ¡Lo había entendido! Pero respecto a la delgadez ya había cambiado de opinión: el vestido la mostraba muy sensual.

La fiesta avanzó, los mozos sirvieron los *brochets* de pavo, las cazuelas de mariscos y los bocaditos de caviar que Irina había hecho preparar especialmente para agasajar a sus invitados. A juzgar por el ambiente de jolgorio, todos parecían pasarla estupendamente bien; en especial, María Gracia, Luisa y sus amigas, que habían rodeado a Carlos Gardel en una punta de la sala y emitían grititos y risitas mientras él, encantado, las entretenía. Esa noche, todas las muchachas morían por Carlos.

Saidi, que se había percatado de la debilidad que causaba entre las jóvenes y las señoras, le comentó a Melisa:

—Si Gardel canta tan bien como dicen, creo que será una excelente idea contratarlo para que actúe en París… Mira qué éxito tiene con las mujeres.

—Claro —le respondió como si estuviera mirando a la estrella argentina. En realidad, sus ojos buscaban la cabeza rubia del dueño de casa. A pesar de lo altanero, le resultaba atractivo.

—Acompáñame —propuso Saidi—. Iré a hablar con Gardel.

Tomó de la mano a su prometida y la llevó hacia el círculo que habían compuesto las muchachas arrobadas con el cantante. Pero antes de llegar, Gardel se puso de pie. Era el momento señalado de la noche: los músicos se acomodaron en sus respectivos lugares —uno al piano y dos con sus guitarras—, y Carlos captó la atención del público. Inició su actuación bajo la atenta mirada de Melisa,

que, contenta por haber quedado tan cerca del músico, como la dueña de casa y sus hijas, se dispuso a disfrutar del espectáculo, tal como lo hacía cuando ocupaba la primera fila del teatro.

Gardel entonó «Mano a mano», el flamante tango con el que acababa de hacer furor en España. Su voz inundó la sala.

Sin más interrupciones que los aplausos, tras media hora de gorjear como el pájaro que era, Carlos eligió «La mariposa». Al oírlo, Saidi lo encontró tan talentoso, que, sin rodeos, decidió que lo contrataría. Le gustaba cómo cantaba; estaba seguro de que tendría éxito. A su lado, Melisa susurraba el tango entre dientes; conocía la letra, era uno de sus preferidos. Metida en la historia, sin darse cuenta, comenzó a cantarlo con voz audible, como si estuviera en el taller de su padre.

Saidi la reprendió con los ojos; no estaba bien que hiciera eso, llamaba demasiado la atención. Y por esa noche ya tenía bastante con qué lidiar: su llamativa vestimenta atraía la mirada de todos los hombres. Pero Melisa, sin percatarse del regaño, seguía cantando entusiasmada.

Gardel, que estaba muy cerca de la pareja y había notado cómo el hombre reprendía a la joven, interrumpió la canción y propuso:

—Señorita, por favor, acompáñeme. Lo cantaremos juntos.

Melisa tardó unos segundos en percatarse de que le hablaba a ella. Cuando lo hizo, exclamó:

—Oh, no, no.

—Por favor… —insistió con caballerosidad Gardel.

—No, no. —Se resistió nerviosa.

Irina, que estaba su lado, la animó:

—Tiene usted una bonita voz. Pase al frente, señorita, deléitenos…

Melisa miró a Saidi buscando su aprobación, y él, cercado por la demanda de los presentes, en vez de decir lo que realmente quería, dio el visto bueno.

—Ve, Melisa, ve —dijo con voz inaudible.

«Si Pedro consintió —supuso ella—, tal vez no sea mala idea cantar». Y aceptó.

Melisa dio un paso al frente, se ubicó a la derecha de Carlos Gardel y tras la seña del pianista, juntos cantaron de manera graciosa el famoso tango «La mariposa». La voz masculina

sobresalía; sin embargo y pese a que ella cantaba bajo y con miedo, se oía afinada y bonita.

Al final de la canción, el aplauso fue cerrado y Melisa, aún temblando, regresó a su lugar. De allí no se movió ni medio milímetro hasta que terminó la actuación. Demasiados sentimientos la perturbaban: estaba emocionada por lo que acababa de animarse a hacer, temía la reacción de Saidi y, para peor, el dueño de casa no dejaba de mirarla. Y a ella, ese hombre le gustaba.

Cuando concluyó el repertorio, Irina ordenó que se sirvieran los postres preparados para esa noche.

Saidi decidió aprovechar el movimiento y le dijo a Melisa:

—Ya hablaremos de lo sucedido. Ahora quédate en este lugar y no te muevas, que yo conversaré con Gardel.

Melisa asintió, mientras su parte sumisa luchaba con la rebelde. «¿Está mal lo que hice? ¿Pedro tiene razón? ¿Fue vergonzoso?». Estaba segura de que eso era lo que él pensaba.

Pegada a la silla donde la había confinado su novio, Melisa vio cómo él y Gardel desaparecían rumbo al patio de invierno para conversar tranquilos. Atribulada por lo sucedido, no sintió la proximidad de Nikolai, y su voz la sobresaltó.

—Cantó usted muy bonito. La felicito, tiene una hermosa voz —reconoció en francés.

—Gracias… —aceptó en castellano, sin mirarlo.

—Es para usted, se lo he traído especialmente —dijo Nikolai también en el mismo idioma, haciendo alusión al plato con la porción de torta de chocolate que sostenía en una mano.

—Le agradezco, pero no tengo deseos —respondió Melisa, que no olvidaba cómo la había criticado en la piscina. También le había caído muy mal ese modo altanero de darle la bienvenida, como si no se conocieran. Ahora que estaban solos, no disimularía.

—¿No le gusta? ¿Quiere que le traiga de frutilla? También hay de duraznos.

—No, gracias… Estoy bien.

Hablaban mezclando francés y castellano.

—¿No desea nada de la mesa de postres?

Ella lo miró fulminante y, sin contenerse, le recriminó:

—¿Acaso me quiere engordar? Tal vez me encuentre delgada.

—Ejem… —carraspeó Nikolai. Quizá era momento de hablar

abiertamente de lo sucedido en la piscina. Abandonó en la mesita el plato que tenía en las manos.

—¿Sabe? Me costó reconocerla, pero sé que es la chica que trajo la caja el día que estaba con mis hermanas en la piscina. ¿Se acuerda de esa tarde, verdad?

—Sí, claro, usted fue bastante grosero —se sinceró.

—¡Ah…! Usted es muy brava.

Ella comenzaba a sacarlo de las casillas.

—No sé para qué viene a conversar conmigo, si va a seguir agrediéndome —le reprochó Melisa y se puso de pie.

—Por favor, siéntese. Quiero disculparme con usted.

Melisa se sorprendió. ¿Una disculpa? No esperaba eso; en su mente, la sorpresa vino a unirse con la orden de Saidi. Se sentó nuevamente y miró a Martínez Romanov con detenimiento por primera vez en su vida. Tenía un rostro de hombre muy lindo. Sus ojos eran clarísimos; y sus cejas, rubias como la barba corta que se dejaba crecer a propósito. Nikolai, inquieto, sintiéndose observado, se acomodó con la mano el moño negro del *smoking* y empezó a hablar:

—Mis hermanas son muy jóvenes y a veces, cuando estoy con ellas, juego un poco… Y esa tarde una cosa llevó a la otra y terminé diciendo tonteras. Le ruego me perdone.

Melisa, que aún lo miraba con atención, dudaba.

—No sea tan cabeza dura y perdóneme de una vez.

—Otra vez está siendo grosero.

—¿Quiere que me arrodille? —preguntó inclinándose, pegando una rodilla al suelo.

—¡No, no! No es necesario —aseveró antes de que pusiera la otra en el piso, y agregó—: Es usted terrible.

—Usted también, señorita —Nikolai no pensaba quedarse callado.

—Desde ya, le pido que…

Melisa no alcanzó a terminar la frase porque Nikolai, anticipándose a una nueva contienda, la interrumpió:

—Sé que estuve mal en decir lo que dije ese día. Lo siento. Hagamos una tregua.

Ella lo observó directamente a los ojos unos instantes, fue una contemplación profunda. Su mirada clara parecía sincera; y ese

hombre le gustaba. Se ablandó.

—Está bien, ya pasó. Quédese tranquilo.

—¿Estoy perdonado?

—Sí.

—Entonces, déjeme que traiga algo de beber —propuso.

Sin esperar respuesta, se retiró y regresó con dos copas. Mientras ella probaba el *champagne*, él señaló:

—Según entiendo, su padre es el diseñador de moda de París y usted lo ayuda.

—Así es.

—Cuénteme un poco cómo es la vida en un *atelier*. Me comentaron que confeccionan los trajes para el Moulin Rouge. ¿Qué trabajo hace exactamente usted? —preguntó con interés. Quería saberlo.

Melisa le relató detalles de los distintos procesos: desde la elección y compra de las telas hasta la puntada final de los vestuarios, incluida la visita regular de los productores y el contacto con los directores, las compañías y los teatros.

—Ya veo que te gusta el escenario —la tuteó, adivinando sus deseos encubiertos.

Melisa, en confianza, habló con pasión de lo que le gustaba. Una serie de relatos atiborrados de sentimientos mostraba claramente su inclinación. Un rato de charla y no tardaron en descubrir que los dos habían estado en los mismos teatros viendo las mismas obras.

Nikolai confesó:

—Yo también tengo una pasión… Aunque muchos no la saben porque es extraña.

Melisa tuvo curiosidad; lo invitó a explayarse. Su relato versó sobre cuánto le gustaba hacer negocios, cuánto placer encontraba en ganar un cliente, cerrar un trato, convencer a alguien, armar un grupo de inversores. Al final, Nikolai le contó el sueño en el que estaba embarcado: construir cinco teatros en París. Pero pronto, cuando recordó que entre los interesados estaba su novio, se arrepintió de haber abierto su corazón. Rara vez lo hacía.

Ella lo escuchó sorprendida. Nunca había conocido a nadie cuya pasión fuera hacer negocios. No lo entendía. ¿Cómo podía gustarle tanto? Su mente se abría a otras ideas. Pero le agradaba escuchar a este hombre que olía a campos verdes. Estaba convencida de que se

trataba de una fragancia Guerlain, aunque no identificaba cuál.

Nikolai estuvo a punto de hablarle sobre el orfanato, que seguía siendo un secreto para sus familiares y allegados. Paró a tiempo. Sin embargo, no entendía por qué quería revelárselo a una desconocida. ¿Qué le pasaba con esta chica?

Buscando abordar otros temas, terminaron conversando de sus familias. Melisa reconoció cuánto amaba a sus padres y cuánto le hubiera gustado tener hermanos; Nikolai recordó cómo había sufrido la muerte de su padre. Parecía que no importaba el tema que trataran. Entre ellos, la intimidad era una catarata imposible de detener; se sentían libres el uno con el otro para contarse sus emociones. Hacía casi una hora que charlaban sin parar.

—¡Uy, cuánto hemos hablado! No creas que siempre soy así, no suelo contar nada de lo que te he relatado —dijo Nikolai con la mirada perdida, sorprendido del poder que Melisa ejercía sobre él.

—Yo también te he confesado mi gusto por el teatro y es algo que no cuento nunca.

La nueva coincidencia los hizo pensar, y entre ellos se produjo un incómodo silencio. Nikolai, perturbado, buscó refrenar lo que estaba sucediendo, y se levantó para servir más *champagne*.

Melisa, sola, se acordó por primera vez de Pedro, y mirando la entrada del jardín de invierno, comprobó que de su novio aún no había noticias; seguía desaparecido.

Nikolai volvió con dos copas y, mientras las tomaban, charlaron otro rato pero ya más calmos, evitaron confesiones e intimidades. Él miraba a Melisa y a estas alturas la encontraba encantadora: una chica dulce, llena de pasión y planes, algo desconocido entre las frívolas muchachas que frecuentaba. Sus ojos oscuros, profundos y delineados con negro ejercían sobre él una extraña fascinación, al igual que su cabello, que parecía llamar a sus manos. Un par de veces se había contenido para no tocárselo. ¡Por Dios, qué le sucedía! Estaba loco. Miraba el color de la piel de los brazos que contrastaba con el claro del vestido y la hallaba deliciosa. Ella le gustaba mucho. ¡Pero tenía novio! Para peor, ¡el hombre era uno de los inversores interesados en edificar sus teatros!

Nikolai no se imaginaba que por la cabeza de Melisa pasaba algo parecido. Ella se preguntaba: «¿Cómo es posible que haya bajado la guardia ante él, al punto de contarle que me agradaría actuar en el

teatro?». Le gustaban su forma apasionada de hablar, su ímpetu, sus ganas irrefrenables de hacer cosas; también su sonrisa y sus manos grandes.

Se miraban a los ojos y el mundo parecía que había dejado de existir justo cuando Irina se acercó a ellos y vino a salvarlos antes de que desbarrancaran por ese camino peligroso que parecía no tener retorno.

—¡Cantó usted muy bonito! Hace rato que quería felicitarla, pero me atraparon los invitados.

—Gracias, es usted muy amable —aceptó.

Nikolai, complacido por el cumplido de su madre, vio cómo se aproximaban Pedro y Gardel. Pronto, los cinco conversaban sobre lo bien que interpretaba tangos el cantante argentino y vaticinaban el éxito que tendría en París, porque Pedro Saidi adelantó que lo había contratado para que hiciera varias presentaciones. El tema de la construcción de los teatros afloró naturalmente e Irina, aburrida, tomó del brazo a Melisa y le dijo:

—¡Venga! Les presentaré a mis hijas, le gustarán, son unas niñas encantadoras. Dejemos a los hombres hablar de sus cosas.

Irina era una especialista en hacer esta clase de movimientos que ayudaban a los hombres de su familia a cerrar buenos negocios. Nikolai sabía aprovecharlos; esperaba que algún día Erik también se entusiasmara.

Melisa, sin derecho a réplica, la siguió. ¿Cómo explicarle a esta mujer arrolladora que ya conocía a sus hijas?

Nikolai comentó con Saidi y Gardel la ventaja de construir los cinco teatros. A unos metros de ellos, Melisa ya se hallaba hablando con las hermanas Martínez Romanov; e Irina, junto a los Alvear, comenzaba a programar una temporada en las aguas termales de Vichy.

Reclamado por las damas, Gardel se acercó a ellas. A Nikolai y Saidi se les sumaron Dufour, Fortabat y Baglietto, hombres relacionados con el espectáculo y la construcción. El único que combinaba ambas actividades era Fortabat. Por lo tanto, se convertía en la voz del grupo. Si bien la idea había nacido de Nikolai, por su juventud y nacionalidad, tendría que pagar derecho de piso si quería dirigir este proyecto a su manera.

Después de un rato de charla, Saidi, el más avezado en

producción, exclamó:

—¡Me parece excelente la idea! París necesita más teatros. Creo que la ciudad lo ha estado pidiendo desde hace un par de años.

Fortabat, que entendía la envergadura del proyecto, decidió ir al grano.

—¿En qué estilo de construcción está pensando, señor Martínez?

—Deberían ser fastuosos… Abundan los teatros sencillos… Me imagino algo al estilo del hotel Ritz.

—Eso llevará más dinero y tiempo. Usted se da cuenta de eso, ¿verdad? —inquirió Fortabat.

—Sí, por supuesto.

—Lo comento, señor Martínez, porque entiendo que es la primera vez que entra en este tipo de negocios —insistió Fortabat, que había oído por allí que uno de los hermanos Martínez Romanov no era muy apto para el comercio y no sabía si era su interlocutor o el que vivía en Argentina.

—Es verdad que mi familia se dedica a la cría y exportación de ganado a Europa. Pero desde hace unos años, incorporamos la construcción de grandes edificios.

—Edificar teatros es muy diferente —advirtió Fortabat, que estaba al tanto de que los Martínez habían erigido dos hoteles en Buenos Aires.

—Lo sé, pero no soy un improvisado. Quédese tranquilo: no soy un simple sastre que tiene una casa de moda; soy un hombre de grandes negocios —se defendió Nikolai.

Al terminar la frase, Saidi carraspeó. Entonces, Nikolai lamentó sus palabras: el suegro de ese hombre era un sastre con una casa de moda, Loyola, el padre de Melisa. La agradable y reveladora conversación que había mantenido con ella aún rondaba por su cabeza y le trajo el desafortunado ejemplo. Se arrepintió de haber abierto la boca.

—Si todos estamos de acuerdo, debemos avanzar con el proyecto —sugirió Dufour, y todos asintieron con voz audible.

Una hora después, la concurrencia se había raleado. Carlos Gardel se despidió esperando volver pronto, quería triunfar en París. No imaginaba que en esa ciudad, en unos pocos años, su éxito en el Dancing Florida, con el tango «Caminito», sería abrumador y le abriría las puertas del mundo entero. Tampoco sabía que, tras ese

suceso, lo llamarían «El rey del tango». Y Saidi, con su propuesta, sería el responsable.

Melisa y Pedro fueron los primeros en marcharse. De regreso, caminaban en silencio, cada uno en su mundo. Saidi, contento de haber contratado a Gardel; ella, recordando pasajes completos de la conversación que mantuvo con Martínez Romanov.

Después de recorrer dos cuadras por la *rue* Copérnico, Pedro fue el primero en hablar:

—Ha sido una gran noche… Contraté a Carlos Gardel y el grupo de los cinco se ha consolidado. Acordamos comenzar con los planos de los teatros.

Melisa, que lo había visto hablar con Nikolai, preguntó:

—¿Martínez Romanov también participa de ese proyecto?

—Así es. Pero el argentino es el que menos me gusta. Me parece un pedante.

—Conversé con él y ya no me parece tan soberbio —comentó ella, que había cambiado de opinión.

—Deberías haberlo escuchado menospreciar a los sastres.

—¿Qué dices? —preguntó Melisa abriendo los ojos.

—Para explicar que era un hombre de grandes negocios, usó un ejemplo desafortunado: que él no era un simple sastre con una casa de moda.

—¡Qué mal gusto!

—Tú lo has dicho.

Melisa pensó en lo terrible que era ese Martínez Romanov. Primero le pedía disculpas y después hablaba de esa manera delante de Pedro, sabiendo que Loyola era su padre. Parecía a propósito. Melisa imaginó el atractivo rostro de Romanov y se llenó de rabia otra vez.

Antes de llegar a la casa, Pedro abordó el asunto de la canción que había interpretado durante la velada. Era inevitable.

—Mira, Melisa, tengo que decírtelo… No me gustó que cantaras en público.

—¿Por qué? ¿Te parece algo malo?

—No es malo, pero es una exposición inútil.

—¿Exposición? ¿De qué hablas? No te entiendo.

—Hablo de que todos estaban mirándote, cuchicheando sobre ti, pensando que tal vez quieras hacerte artista, cuando, en realidad,

eso es algo descabellado.

—¿Que yo sea artista es descabellado? ¿Qué pasaría si quisiera serlo?

—No hables ridiculeces.

—¿Qué pasaría? —insistió.

—Tú eres una chica de buena familia; eso no sucederá.

—¿Y si yo deseara cantar?

—Pues… ¡estar juntos sería imposible! Y acábala con la rebeldía y deja de hacer preguntas tontas porque no creo que eso sea lo que… —Se paró en seco sin terminar la frase, y una duda se clavó en su interior: «¿Y si realmente es lo que Melisa desea?». Algo así sería decisivo entre ellos dos. Necesitaba saberlo; se lo preguntó sin preámbulos—: ¿Eso es lo que realmente quieres hacer con tu vida? ¿Cantar, actuar?

Melisa pensó bien la respuesta; sabía que si le contestaba afirmativamente, la relación terminaría de manera abrupta en ese momento. Aún no estaba segura de nada; lo mejor sería pensarlo. Además, ¿qué haría? ¿Cantar? ¿Para quién? ¿Actuar? ¿Para quién? No tenía nada planeado, pero con veintidós años podía decidir lo que quisiese cuando se le diera la gana. No necesitaba apurarse, ni abrirle el corazón a Pedro, el hombre que ya se lo había roto en varias oportunidades.

—No, no quiero hacer teatro —fue terminante.

Saidi sonrió aliviado. Por un momento, había temido que ella dijese que sí y entonces su realidad se habría alterado. Melisa era perfecta para convertirla en su esposa en una ceremonia que —anhelaba— sucedería en breve. Si se demoraba, corría el riesgo de que ella se empecinara con alguna locura… ¡como ser cantante!

—Veo que eres coherente, así que, por favor, ya no hagas escenas en público. Pronto serás mi esposa y tendrás que comportarte como una verdadera señora. Yo soy un productor que contrata «actricitas»; no podría ser el esposo de una de ellas. Yo deseo una señora.

«¿Esposa? ¿Señora?», pensó ella. No tenía nada decidido. El matrimonio era algo para toda la vida e ignoraba si quería estar por siempre con él. Esa noche se había sentido atraída por otro hombre. No podía casarse con Saidi.

En la puerta de la casa de los Loyola, Pedro le acarició

dulcemente el cabello. Luego le dio un pequeño beso en los labios. Siempre era muy respetuoso, pero esta vez le dio otro un poco más largo, y la pegó contra su cuerpo. Ella se quedó sorprendida. Parecía que esa noche había nacido un nuevo interés en Pedro.

Se despidieron. En el interior de su hogar, Melisa apoyó la espalda sobre la puerta que acababa de cerrar y permaneció así unos minutos. Todavía alborotada, en la oscuridad de la sala, vino a su mente la imagen de Martínez Romanov y entonces se preguntó cómo sería besarse con ese hombre. La rabia y el deseo la estremecieron.

El hombre rubio

Es una ausencia tan brutal
que sea uno mismo el que no está.

«Tango de la muerte»,
ALEJANDRO DOLINA

Año 1927

Respiro hondo, busco una bocanada de aire, pero el oxígeno no entra en mis pulmones. Un terrible cansancio me agobia.

Aunque mi cuerpo de hombre no tenga fuerzas, mi mente ve una película con las escenas más importantes de mi vida que no dejan de reproducirse frente a mí. Entonces me doy cuenta de que es verdad lo que dicen: que en el último minuto de vida, las personas repasan su existencia entera. Me veo de niño en la playa, tomado de la mano de mi padre mientras me dice que no le tema al mar; veo a mi madre dándome de probar por primera vez la tarta de nuez que siempre me ha gustado; vislumbro la piscina turquesa de la casa de la *rue* Copérnico, en París, y a mí zambulléndome en su agua tibia con mis hermanas. Aparece mi primer beso con esa chiquilla de trenzas que jamás volví a ver, y también mi último beso, aquel con Melisa; percibo su boca roja, sus cabellos negros que se mueven ondulantes despidiendo perfume… El rostro femenino llena mi mente y entonces un grito mudo explota en mi alma: «¡Carajo, no quiero morir, no!». Olas de negrura me envuelven, me atrapan y yo no puedo creerlo. ¿Es así morir? ¿Es así la muerte? La vida se me escapa… ¡Pero quiero vivir! ¡Tengo treinta y dos años y tantas cosas por hacer! ¡Tantas por enmendar! Las imágenes continúan reproduciéndose y agradezco que estén porque son ellas las que me retienen en esta vida… Se suceden una tras otra: la foto en la torre Eiffel, la terrible carta del abogado, la preocupación de mi hermano Erik, la calle Copérnico y el sol iluminando las bellas fachadas de las casas que allí se ubican. ¿Es que todo comenzó en la calle Copérnico? Creo que sí. En la película de mi vida su perfil se repite

una y otra vez.

Una voz lejana me nombra, me llama. Es una mujer.

—Nikolai… Nikolai…

¿Será real o solo lo estoy imaginando? Aguzo mi oído y me esfuerzo por reconocer de quién es, pero no lo logro. No me importa. La película sigue y eso es lo determinante. Ella es la que evita que me apague para siempre.

Capítulo 11

Tus manos desatan… caricias que me atan
a tus encantos de mujer.

Tango «Pasional»,
MARIO SOTO

Por la mañana, Melisa se levantó temprano y fue al taller. Necesitaba cumplir con una tarea que no podía esperar: entregar a *madame* Rasimi las veinte vinchas de brillantes con una pluma en el centro que las costureras tenían listas. Con esos accesorios, el *atelier* Loyola completaba el vestuario encargado por la compañía que en pocos días partía para la Argentina. La tentadora propuesta que Rasimi había aceptado incluía instalarse en Buenos Aires para ofrecer funciones a sala llena. El desafío de triunfar en una ciudad pujante de América la entusiasmó. Permanecería un año y, si le iba bien, se quedaría más tiempo.

Entre bailarinas, cantantes y ayudantes, la directora se llevaba de París una treintena de chicas. Y una gran cantidad de trajes confeccionados por Manuel Loyola, su modisto de confianza.

En cuanto Melisa entró al taller, Margot ya tenía las vinchas empaquetadas.

—Ayer estuve a punto de enviarlas con el recadero, pero me imaginé que querrías entregarlas tú.

—Has acertado —reconoció Melisa—. Quiero ver los últimos ensayos antes de que se vaya a la Argentina.

—Qué audaz es la Rasimi. Ni loca me iría de París. No le veo sentido viajar hasta América, si aquí tiene éxito garantizado.

—Ya la conoces, siempre anda detrás de lo nuevo —respondió Melisa mientras tomaba el paquete y se dirigía hacia la puerta.

—¡Quién sabe cómo es Buenos Aires! —exclamó Margot, que había tratado de imaginársela decenas de veces; sobre todo, en aquellos años en los que aún extrañaba a Erik.

—Hum… No lo sé. Dicen que es una gran ciudad. —Luego agregó—: Escucha, Margot, regreso aquí al mediodía, tengo trabajo

pendiente. Si quieres, espérame y almorzamos juntas.

Margot sonrió en señal de aprobación, y Melisa se marchó. Ambas se tenían cariño, se conocían desde hacía muchos años y habían pasado mucho tiempo juntas en ese taller. Margot siempre les estaría agradecida a los Loyola por la ayuda que le brindaron cuando nació Amèliè.

Cuando Melisa llegó al teatro, el plantel ya estaba ensayando.

Madame Rasimi había citado al elenco más temprano que de costumbre; con la inminencia del viaje, quería tener la coreografía bajo control. Tras el arribo a América, las funciones comenzarían de inmediato, con escaso tiempo para ajustes importantes. El teatro Ópera de la calle Corrientes la esperaba y ella quería ofrecer un estreno impactante, acorde a su nombre. Por las noches, cuando la ansiedad del viaje la atacaba, se dedicaba a mirar fotografías del lugar.

Madame Rasimi vio llegar a la hija del sastre y aprovechó para darles un pequeño receso a las bailarinas. Le urgía hablar con Melisa.

—¡Al fin has llegado! Tengo un problema.

—¿Qué sucede?

—Las capas que usan las chicas en el acto de la barcaza no sirven. Son largas… se tropiezan cuando bailan.

Melisa se preocupó.

—Se podrían cortar —sugirió—. Aún nos queda una semana para hacerlo.

—Lo he pensado. Pero si las cortamos, se pierde el aplique de la corona bordada sobre la espalda.

—¡Tienes razón! ¡No lo había pensado! —reconoció Melisa. Si las cortaban por la mitad, arruinaban las prendas. Lo especial de la capa era el bordado brillante en forma de corona porque en ese acto cada bailarina representaba un reino por conquistar.

—Son veinte capas. Será imposible que tu padre confeccione unas nuevas antes de marcharnos. Estoy en una encrucijada.

—¿Se tropiezan mucho?

—Mira… Mistinguett, por favor, sube al escenario con la capa larga y muéstrale a Melisa la coreografía.

La chica subió y dio los pasos practicados: dos, tres, cuatro y sus

piernas se enredaron en la capa.

—¿Lo ves?

—Sí… pero déjame improvisar algo —pidió Melisa. Mientras subía al escenario, completó—: Consíganme una cinta, aguja e hilo… Y préstame la capa, Mistinguett.

La bailarina se la entregó mientras Rasimi hizo una seña para que buscaran los materiales pedidos. Melisa se ató la capa al cuello; luego tomó el borde de la prenda y la enganchó en su pulsera. Y así, con la capa trabada en su muñeca, dio los pasos de la coreografía que, de tanto ver los ensayos, conocía de memoria.

Ella bailó y bailó; y la capa no le molestó. Casi al final, cuando venía la parte cúlmine del número, en la que la bailarina debía darle la espalda al público para mostrar la corona, Melisa la liberó de la pulsera con un movimiento rápido y, girando de golpe, con mucha gracia, la capa se extendió y la corona se lució completamente.

—¡¡Perfecto!! —exclamó *madame* Rasimi mientras le entregaba cinta, aguja e hilo.

—Habría que hacer una pulsera de tela que vaya atada en la muñeca de las chicas —proyectó Melisa— y coser con un punto suelto la punta de la capa. Hagamos ya la prueba —propuso y cortó con la tijera una punta de la cinta que ataba la prenda al cuello.

Mistinguett se puso en manos de Melisa y, al cabo de unos minutos, bailó con la capa puesta y sin tropezarse.

Satisfecha por el resultado de su intervención, Melisa preguntó la hora. Era tarde; solucionar el problema le había llevado tiempo y en el taller tenía trabajo por delante. Al despedirse de Rasimi, la mujer la tomó del brazo y la llevó aparte.

—Escúchame, Melisa, sabes que soy una entendida en estas artes y, como tal, quiero decirte algo importante… Querida, tú tienes talento, mucho talento. —Melisa sonrió y la mujer continuó—: No cualquiera baila como bailaste… O canta como cantaste la otra vez… Y te digo más: no me hace falta que me aclares nada para saber que te gusta la actuación; se nota.

—Yo no…

—Déjame terminar. Podrías bailar y cantar en donde te plazca. Y si no fuera porque me voy a la Argentina, te invitaría a que formaras parte de mi elenco. Con muy pocos ensayos estarías a la

altura de hacer cualquier papel.

Melisa se quedó boquiabierta; solo alcanzó a articular:

—Gracias, Diche —conmovida, la llamó por el apodo cariñoso que usaban las chicas. Su verdadero nombre era Bénédicte.

—Era mi obligación decírtelo. La vida tiene muchas vueltas y eres muy joven; puedes elegir hacer lo que te plazca.

—De veras, se lo agradezco.

La mujer le dio un abrazo y ella, emocionada, se lo devolvió.

—Te extrañaré, niña, pero ven a visitarme a la Argentina cuando quieras.

—Está un poco lejos —dijo Melisa sonriendo.

Unos minutos después, Melisa caminaba por las calles de París rumbo al taller. Estaba feliz. Las palabras de *madame* Rasimi la habían conmovido; sobre todo, viniendo de alguien de su experiencia. Reforzaban, además, su inclinación por el canto y la actuación. «Pero para dedicarme al teatro, falta mucho», pensó, sin imaginar cuánto se equivocaba.

Amina preparaba *couscous* para la cena y Melisa revoloteaba a su alrededor desde hacía un rato.

—Escúchame, hija, dime ya de una vez lo que quieres decirme. Soy tu madre y te conozco. Estoy segura de que algo te preocupa.

Melisa se sintió descubierta, pero las palabras de Amina le dieron la confianza necesaria para confesarse.

—¡Es verdad, madre! ¡Cómo me conoces!

—Habla, pequeña, que te escucho.

—Tú sabes que me gusta mucho trabajar en el taller…

—Lo sé.

—Y que tú y papá siempre alentaron que trabaje aunque sea mujer.

—Sí —afirmó. «¿A dónde quiere llegar Melisa?», se preguntó alarmada.

—¿Qué pasaría si yo quisiera trabajar en otra cosa?

«Ajá, aquí viene», se atajó Amina y decidió hablarle sin preámbulos:

—Sería una pena que abandones a tu padre. Él disfruta de tu compañía, se siente apoyado. Además, tendrías un buen futuro si siguieras en el taller.

—Pero si llegara el momento en que yo quisiera hacer otra cosa porque me gusta mucho…

—Si fuera algo que te agradara… supongo que lo entendería.

—¿Qué piensas que diría papá?

—Habría que preguntárselo —respondió Amina con seguridad.

Melisa ya no pudo contenerse:

—Madre, me gusta cantar, bailar…

Amina levantó las cejas e intentó poner una cuota de cordura.

—Melisa, eso nos gusta a todos.

—Pero a mí me gustaría hacerlo en un escenario. Quiero actuar, quiero que esa sea mi ocupación.

—Eso no es fácil… hay que tener aptitudes.

—*Madame* Rasimi ha dicho que las tengo.

—¿Cómo lo sabe ella?

—Me ha visto bailar y cantar. También he cantado en la fiesta de los Martínez Romanov.

—¡Por Alá! ¿Y cuándo has hecho todo eso?

—Se me ha presentado solo, no lo he buscado. Ayudé en un ensayo de Rasimi y durante el *cock-tail* el cantante de tango me pidió que lo acompañara.

—Melisa, cantar y bailar no es… —dudó— trabajo. No me parece un oficio adecuado para una chica de buena familia. Se baila para el marido, se canta para los hijos —remarcó. Ella cantaba en la cocina de su casa y todavía, a pesar de los años, le bailaba a Loyola en la tranquilidad de su dormitorio.

—He pensado que quiero hacerlo profesionalmente.

—No me parece, no estoy de acuerdo. ¡Es una locura! —exclamó sobresaltada—. Además, ¿qué diría Pedro? ¿Ya se lo has dicho?

—No.

—Creo que no lo aceptaría. Melisa, déjate de tonteras.

—No son tonteras. Son decisiones importantes.

—¿Decisiones…? Son locuras de joven.

Por el pasillo se escucharon los pasos de Loyola acercándose a la cocina.

—Y… por favor: no le digas nada a tu padre, no lo preocupes con esos comentarios —lo dijo pensando que lo mejor sería que esa loca idea no saliera al exterior.

Loyola ingresó y, junto a ellas, exclamó:

—¿Qué está pasando aquí? ¿Desentendimiento de mujeres? —preguntó con un dejo de complicidad, pero ninguna de las dos le respondió, sino que lo ignoraron. Entonces supo cuán seria era la discusión.

Media hora después, en la cocina, los tres comían en silencio. Melisa pensaba que todo el mundo estaba en contra de su vocación. Amina se preguntaba por qué su hija quería ir en contra de todo el mundo; había reglas que debían cumplirse, no era bueno desafiarlas, podía salir lastimada. Como madre, no quería que nadie hablara mal de su hija, no deseaba que la criticaran, no quería que eligiese un destino difícil, una vocación compleja, un trabajo malmirado. Ni que perdiera un buen candidato para marido por esa locurita de ser cantante o bailarina. Porque eso era: una locurita pasajera. Debía casarse y sentar cabeza, tener un hijo… entonces, ese delirio de convertirse en *vedette* quedaría en el olvido. Saidi no la complacía por completo como yerno, pero Amina prefería verla casada con él que imaginarla bailando semidesnuda sobre un escenario.

Nikolai terminó la llamada y tuvo que poner otra vez el teléfono en el suelo. Ese aparato era lo único que había en su nueva casa. Todavía no habían llegado los muebles elegidos por el decorador. No veía la hora de instalarse definitivamente porque le ayudaría a optimizar el tiempo. Ni siquiera había podido escribirle a Erik, que esperaba su opinión para tomar decisiones. Se quedó pensativo; acababa de conversar con los miembros del Grupo de los Cinco, como comenzaron a autodenominarse los hombres que planificaban la construcción de los cinco teatros. Habían concertado compartir una cena en el restaurante del hotel Ritz para avanzar sobre el negocio y conocerse mejor. Los casados propusieron asistir con sus esposas porque —argumentó uno de ellos— se trataba de un proyecto que los mantendría vinculados por bastante tiempo. «Los lazos comerciales se fortalecen si las familias se conocen», sentenció.

Nikolai hubiera preferido invitarlos a su casa para celebrar la reunión. «Para eso sirve una casa propia», pensó. Pero la suya aún no estaba preparada para recibir a nadie; era demasiado nueva. Nikolai también reconoció que, si tuviera una esposa, ella lo

ayudaría a afianzar las relaciones sociales. Y si era intuitiva e inteligente como él quería que fuese, le serviría para ver y escuchar… porque cuatro ojos y oídos son mejores que dos.

La elección del Ritz no le simpatizaba; no era el ámbito propicio para conversar largo y tendido. Además, lo inquietaba suponer que Pedro Saidi iría con su novia. La exótica muchacha que había cantado en su casa con Gardel le gustaba mucho; no había dejado de pensar en ella. Temió que no pudiera sacarle los ojos de encima. Decidió apurarse; tenía que pasar por la tintorería para retirar sus camisas y trajes; luego, volver a su casa para recibir los muebles.

Ese viernes, Margot despidió en la puerta del taller a una de las mucamas de la familia Martínez Romanov. Las mellizas habían encargado dos sombreros que hacían juego con los vestidos confeccionados por Manuel, y la mujer había ido a retirarlos.

Al regresar, Margot dio un largo suspiro de alivio. Acababa de enterarse de que el hijo mayor no se encontraba en París… No había venido ni esta vez, ni ninguna otra. Nunca había regresado. La empleada le dijo lo que se comentaba en los pasillos de la mansión: «Hace ocho o nueve años que el hijo mayor no pisa Francia».

Margot había logrado obtener la información con perspicacia y cuidado para no llamar la atención de la empleada y ahora se sentía tranquila y fuera de peligro. Si Erik Martínez Romanov no había regresado, difícilmente lo haría.

Melisa le pidió que sujetara el delicado papel de molde. Frente a la mesa de trabajo, Margot decidió abandonar sus cavilaciones y concentrarse en la tarea; aunque no era fácil. Desde que las Martínez Romanov habían llegado al taller, el aire se había enrarecido.

—¡Cuidado, Margot, te cortaré un dedo! —chilló Melisa.

Margot alcanzó a escucharla antes de que se produjera un pequeño accidente. Distraída como estaba, no había sacado la mano a tiempo.

Las mujeres llevaban la mitad del trabajo hecho cuando, para sorpresa de ambas, el prometido de Melisa apareció en el umbral de la puerta.

—¡Pedro, pasa…! —exclamó la joven Loyola. Su presencia le llamó la atención; nunca iba al taller. Si la visitaba, lo hacía en su

casa, por la tarde o la noche. Era mediodía.

En respuesta, Saidi le sonrió. Desde el día que habían asistido a la recepción brindada por los Martínez Romanov, parecía más tierno y atento, como si el hecho de haberla visto cantar, a pesar de la reprimenda, hubiera logrado algún efecto beneficioso. En él había nacido un cierto temor a perderla.

—¿Qué haces por aquí? —lo interrogó mientras se acercaba para darle un beso.

—Escucha, Melisa, solo vengo para avisarte que esta noche tengo una cena y quiero que me acompañes. Los demás irán con sus esposas… Y como tú pronto lo serás, me parece oportuno que participes y conozcas a las mujeres.

Melisa pensó: «Otra vez con lo del casamiento». De novia, ella estaba cómoda; por ahora no necesitaba cambiar su estado civil.

—¿A qué hora es la cena?

—Pasaré por ti a las ocho. Iremos al restaurante del hotel Ritz. Por favor, vístete con discreción.

—Está bien —aceptó molesta. La sugerencia le cayó mal.

Margot, que continuaba cortando los moldes, escuchó el diálogo y percibió contrariedad. Por eso y porque la quería como a una hermana menor, cuando Pedro se marchara, quería conversar con Melisa. En principio, le diría que le disgustaba cómo la trataba. Además, era notorio que ella abrigaba sueños y que a Pedro Saidi no le importaban en absoluto.

La pareja habló durante unos minutos sobre la cena. Él le reveló el motivo, quiénes estarían presentes, saludó y se marchó.

Margot aprovechó el momento y le propuso:

—¿Quieres que hagamos un recreo, nos comemos un bocadillo en mi departamento y conversamos un ratito?

—Me encanta la idea —dijo Melisa y ambas cruzaron el patio del limonero.

En la cocina de Margot Morandé resonaban palabras profundas; ella había sufrido mucho en su vida, y tenía consejos para dar.

—Eres privilegiada, Melisa. No todos tenemos sueños, algunos solo subsistimos.

—Pero este sueño traerá problemas; no todos me apoyarán.

—¿Y qué importa? Los que sueñan lo hacen para ellos, no para los otros. Por algo tienes ese gusto grabado en tu interior.

Melisa la oía con atención y guardaba en su corazón el elocuente discurso. Margot no imaginaba que pronto sus palabras serían el contrapeso justo para inclinar hacia un lado la balanza de esa joven vida.

En la cena del Ritz del Grupo de los Cinco solo había siete comensales. Dufour y Fortabat estaban acompañados por sus esposas; Saidi, por Melisa Loyola. Y Nikolai Martínez Romanov había ido solo. Baglietto se disculpó; debió atender un contratiempo.

La sofisticación y el lujo del restaurante se podía observar en cada detalle. Los manteles bordados a mano eran de lino; los cubiertos, de plata. La araña de cristal de Murano esparcía una luz tenue, y un violinista instalado en una punta del salón ejecutaba suavemente el instrumento. Las damas se hallaban elegantemente vestidas para la ocasión; las dos señoras llevaban vestidos vaporosos de seda oscura. Melisa, uno del mismo estilo pero de color claro; su atuendo era discreto tal como se lo había pedido Pedro, aunque lo cierto era que el cabello oscuro cayéndole sobre la tela clara llamaba mucho la atención, al igual que su piel; su perfume de sándalo flotaba insinuante en el ambiente. Nikolai ya lo había descubierto.

Los platos fueron servidos: las mujeres pidieron *bouillabaisse*; salvo Melisa, que se decidió por el *ratatouille del chef* porque no comía carne. En tanto, los hombres se inclinaron por el *magret de canard*, el famoso plato del restaurante Ritz.

La charla del grupo que era informal en la superficie aparentaba normalidad, pero esa noche cada uno se hallaba sumergido en sus cabildeos. A Fortabat le preocupaba que el argentino nunca hubiera participado en un proyecto de esa naturaleza; por lo tanto, trataba de medirlo con cada pregunta; Dufour, por su parte, inquieto, notaba que su amigo Saidi estaba pendiente de su novia y no de los temas que debían abordar; Saidi mismo percibía que, desde el día que había oído cantar a Melisa, lo acosaba un sentimiento de temor, como si un coletazo de lo que había ocurrido en aquella cena pudiera arrebatársela. Creía que el canto de esa velada la había liberado.

Nikolai observaba embelesado de reojo la piel del escote de

Melisa que se pegaba al encaje; la hallaba exquisita del color del trigo y los duraznos. Evocó la charla que mantuvieron durante el *cock-tail*; deseaba tratarla como aquella noche. Evidentemente, sería imposible porque delante de su novio no volvería a darse esa familiaridad; amén de que Melisa parecía ignorarlo adrede. Además, destilaba ese dejo de arrogancia que observó cuando la conoció en la piscina. Parecía que la faceta de agresividad que creían superada había reverdecido, y que las discrepancias estaban otra vez a flor de piel, aunque no entendía por qué.

Las dos señoras mayores aportaban al grupo una charla despreocupada:

—Así que usted es la hija de Manuel Loyola… debe ser apasionante ver cómo trabaja su padre.

—Sí, bastante —respondió Melisa. ¿Cómo explicarle que para ella ver a su padre haciendo esas tareas era lo más normal del mundo? No podía decepcionarlas diciendo eso, no. Pero la pregunta le sirvió para expresar lo que tenía atragantado hacía rato. Aún estaba sensible por los comentarios que, según Pedro, había formulado Martínez Romanov sobre la profesión de su padre—. Verlo trabajar es apasionante aunque, para algunos, ser sastre les parezca insignificante —dijo al tiempo que miró a Martínez Romanov.

A las mujeres les llamó la atención la respuesta. La chica era rara.

Al oírla, Nikolai se puso a la defensiva. No era el primer comentario de esta naturaleza que había lanzado junto con una mirada fulminante. Fue inevitable saber el motivo de su molestia y comenzar a identificar el aroma a sándalo con pelea; cansado, decidió ignorarla y centrarse en el motivo que lo convocaba esa noche e intentó zanjar la controversia:

—Cada tarea es apasionante a su manera. Construir un edificio y verlo crecer día a día es emocionante. —La voz de Nikolai sonó entusiasta.

Fortabat abandonó sus cavilaciones y decidió investigar a Martínez Romanov. El mundo del espectáculo era diferente al resto de los negocios y si se asociaban para edificar los cinco teatros, precisaba conocer mejor a este hombre. No era francés, no tenía vínculos con el ambiente artístico y no se dedicaba plenamente a la

construcción; demasiados puntos en contra para compartir un emprendimiento que los mantendría unidos durante muchos años.

—¿Y cómo califica la experiencia de construir dos hoteles?

—Excelente. Los terminamos en el tiempo estipulado y en la actualidad funcionan a la perfección —respondió orgulloso de su importante logro.

—¿Y cuál cree que fue el secreto del éxito?

—Personalmente, creo que en una obra de arquitectura es esencial elegir con cuidado todos los elementos que la componen. Cada parte, por insignificante que sea, es importante. A la larga, es lo que diferenciará una gran obra de una común.

—Tiene razón —dijo Fortabat.

—Estoy convencido de ello. Es como una gran obra de teatro, donde no solo es decisiva la elección de los actores, sino también esas pequeñas cosas como la iluminación, o los trajes.

Melisa lo interrumpió.

—Veo que cree que en una obra de teatro los trajes no son importantes… Por mi experiencia, le aseguro que para algunos espectáculos el vestuario es primordial y resulta determinante. Sin un *atelier* detrás que confeccione trajes vistosos…

—Usted no me entendió —la interrumpió Nikolai mirando para otro lado. Estaba molesto; parecía que la novia de su futuro socio quería boicotear sus puntos de vista.

El malentendido no lo ayudaba frente a Fortabat; aunque el hombre, centrado en saber más de Nikolai, prosiguió con sus preguntas.

—¿Cree que vale la pena contratar al arquitecto más caro?

—Creo que no hace falta; solo se debe estar atento a lo que se dice de él. En este caso, los comentarios son indispensables…

Fortabat quedó conforme; la respuesta le pareció inteligente. Romanov no era un argentino fanfarrón de los muchos que andaban dando vueltas por París mostrando cuánto dinero gastaban para conseguir nuevos negocios. Solo quedaba por ver si el argentino tenía la fortaleza necesaria para permanecer tantos años tras el mismo proyecto.

Melisa aprovechó y dijo:

—En todos los ámbitos los comentarios —remarcó «comentarios»— son importantes. Por lo que sé, señor Martínez,

usted suele hacerlos muy a menudo.

Melisa seguía molesta por el desafortunado dicho de Martínez Romanov sobre los sastres.

—No se guíe por todo lo que dicen —señaló con la certeza de saber por qué estaba enojada.

—Entonces, usted se contradice. Acaba de decir que hay que oírlos.

Nikolai la observó furibundo pero no le respondió. Melisa había colmado su paciencia.

Las dos señoras se miraron, la chica Loyola parecía contrariada. ¿Acaso ellas se habían perdido de algo? Fortabat, por su parte, pensó: «¡Qué ridícula discusión encubierta llevan adelante estos dos!».

A Saidi tampoco le causaba gracia la situación. Sospechó que la actitud de Melisa estaba relacionada con el diálogo que había mantenido con los hombres del Grupo de los Cinco la noche que contrató a Gardel. A estas alturas, se arrepintió de haber reproducido los comentarios de Martínez Romanov. «¿Por qué Melisa le presta tanta atención al argentino?», se cuestionó.

Saidi aprovechó que el mozo completaba las copas de vino y se acercó a Melisa para hablarle al oído:

—Basta, ya no lo hagas…

—¿Hacer qué? —preguntó con voz inocente.

—Tú sabes.

Molesta por la orden, fastidiada con Nikolai, pero también con ella misma por haber quedado expuesta ante su novio y, seguramente, ante los demás, Melisa decidió dirigirse al *toilette*. Necesitaba tranquilizarse. Se excusó y se retiró. Por el camino se preguntó: «¿Qué locura estoy cometiendo?»; y se contestó: «¡Esos estúpidos comentarios solo me hacen quedar como una tonta!». Martínez Romanov tenía la virtud de sacarla de quicio.

En la mesa, los cuatro hombres intercambiaron miradas. Estaba claro que había sido una mala idea incluir a las mujeres. Durante la cena, los temas importantes fueron relegados por las trivialidades que comentaron las señoras y por la inexplicable y encubierta contienda entre la chica Loyola y Martínez Romanov, que acaparó la atención de los comensales.

Dufour habló de inversores. Fortabat, de cifras. Y, cuando

parecía que los hombres al fin podían abordar la cuestión que los había convocado, Nikolai los interrumpió.

—Debo hacer una llamada. Discúlpenme… —se excusó y se retiró rumbo al recibidor del hotel.

Era una burda mentira. ¿A quién llamaría a esa hora? Necesitaba calmarse, tomar aire, estar solo unos minutos para poder hablar inteligentemente. Esa chiquilla lo estaba volviendo loco. En el *hall*, respiró profundo varias veces. A punto de prenderse un cigarro, se abstuvo; le llevaría demasiado tiempo. Y cruzó al otro extremo del salón. Abrió la puerta que conducía a los *toilettes*. Iría a lavarse la cara. Dio unos pasos sobre la alfombra roja. Por un instante, la soledad y el silencio del lugar le hicieron bien. Avanzó mientras percibía nuevamente el aroma a sándalo hasta que vio a Melisa, que salía del baño de damas. Ambos se observaron, pero siguieron su camino, ignorándose, hasta que se cruzaron en el medio del pasillo. En un arresto de locura, Nikolai la tomó del brazo, la detuvo y le preguntó:

—¿Se puede saber por qué me has tratado de esa manera toda la noche? —Se hallaba molesto; habló sin disimulos. No había necesidad de guardar las formas, estaban solos.

—¡Me pregunta por qué, señor Martínez Romanov! ¿Acaso no lo sabe? —Otra vez lo trataba de «usted» y ponía distancia.

—¡Estoy seguro de que es por alguna tontera! —protestó y otra vez sintió ese perfume que lo había enloquecido desde que llegó al restaurante.

—¿Tontera? El día que lo vi en la piscina me criticó. Dijo abiertamente que yo era arrogante y delg… —No completó la palabra pero prosiguió—: Luego, en su casa, me pidió disculpas e inmediatamente profirió malos comentarios hacia…

—¡Usted es demasiado sensible!

—¡Hizo comentarios humillantes sobre mi padre! —prorrumpió Melisa con deseos de llorar mientras se preguntaba: «¿Por qué me altero tanto por lo que dice o hace este hombre?».

—No es así —respondió Nikolai de forma rotunda mientras pensaba: «¡Maldito Pedro Saidi, que abrió la boca!».

—Mire, puedo entender que no me soporte, pero mi padre no tiene nada que ver.

—Él se merece todo mi respeto, y usted…

—Ya sé que no le agrado, pero…

—Usted me agrada, sí… —reconoció y, acercando su rostro, le habló casi al oído con voz queda—: Usted me agrada mucho… mucho.

La respiración de Nikolai era entrecortada, el perfume de Melisa lo narcotizaba; se hubiera quedado allí cerca de ese cuello por siempre, pero ella solo tenía ganas de pelear.

—¡Usted siempre me ataca! —protestó Melisa.

Nikolai respiró hondo y largo, y ya sin poder contenerse, explotó:

—¡No la ataco! ¡Y ya… acábela! ¡Usted me agrada y punto! —dijo y la tomó nuevamente del brazo como si fuera una niña caprichosa a la que un adulto debe pararle las rabietas. Quedaron a solo unos pocos centímetros y se miraron a los ojos; se sentían los aromas, se escuchaban las respiraciones, perdían la distancia, irrumpía con descaro una nueva familiaridad. Parecía que la mirada clara iba a desnudarla entera cuando Nikolai, al tenerla tan cerca, sin pensarlo, la besó en la boca intempestivamente. Era lo que deseaba… desde hacía mucho tiempo. Era lo que ella se merecía esa noche. Se besaron explosivamente, como si ese beso estuviera conformado de rabia, reproches, improperios y bofetadas. Era dinamita, pólvora y pasión. Mientras la besaba, Nikolai le soltó el brazo y llevó su mano izquierda hacia arriba e hizo lo que había querido hacer desde el día que la conoció: le tocó el cabello, y la seda se pegó en su mano. Terciopelo, satén, blandura, delicia. Entonces, ubicó la derecha sobre la cintura de Melisa apretándola contra él. Se besaban apasionadamente pegado uno con el otro.

Se besaban apasionadamente cuando un portazo los sobresaltó y los volvió a la realidad; se separaron de golpe. Una señora que se aproximaba rumbo al baño de damas carraspeó en señal de desaprobación.

Melisa fue la que habló:

—Nikolai Martínez Romanov, esto nunca tendría que haber ocurrido.

—Lo siento —dijo él, perplejo aún por lo sucedido.

—Me voy. Regreso a la mesa —informó deshecha.

Melisa se marchó. Nikolai entró al *toilette* de caballeros y se miró en el espejo. Acababa de besarse con una chica cuyo novio

estaba cenando con él, en la misma mesa, y con quien estaba a punto de cerrar un negocio millonario que perseguía desde hacía meses. «Estás loco, Nikolai», se dijo ante su imagen. Abrió el grifo, dejó correr el agua hasta asegurarse de que saliera helada y se lavó la cara. Luego salió apurado rumbo a la mesa rogando que los minutos que se había ausentado no fueran tantos. Melisa, que ya ocupaba su sitio, rogaba por que no se le notara en el rostro lo que habían hecho; apoyaba sus manos sobre el mantel porque temía que el temblor la delatara. Minutos después los comensales pidieron el postre, pero Melisa se abstuvo; su interior todavía vibraba emocionado. Nikolai también lo rechazó; lo vivido lo había dejado nervioso. La noche se había salido completamente de control y deseaba que la cena terminara pronto porque no lograba concentrarse en la charla que, al fin, versaba sobre el proyecto y cómo llevarlo adelante.

El regreso de Melisa y Pedro fue en silencio. Cuando el coche se detuvo frente a la puerta de la casa de los Loyola, él le pidió acompañarla para conversar en la sala, pero ella intentó zafarse:

—Es tarde, Pedro, y no ha sido una buena noche. —Animarse a decirle que no a una propuesta de su novio era relativamente nuevo en Melisa.

—Necesito decirte algo importante.

Desde hacía unas semanas, Melisa ya no era la chica sumisa que había conocido; algo profundo había cambiado en su interior y se reflejaba en la relación con Pedro. Sin embargo, si él se ponía firme, ella no podía sostener su postura por mucho tiempo. Contrariada, sin poder negarse, pasaron a la sala. Desde allí oían las voces que provenían del cuarto de los padres de Melisa, que todavía estaban despiertos.

Sentado en el sofá de la sala, Saidi le dijo:

—Mira, lo que tengo para decirte va más allá de la escena que has protagonizado con el argentino, y que te pido que nunca más vuelvas a realizar.

—Es que tú me contaste que él menospreció a mi padre.

—Sí, lo sé, y en cierta manera me siento culpable. No te lo recriminaré. Además, deseo tratar otro asunto…

—¿Y de qué quieres que hablemos a estas horas de la noche?

La miró molesto. Ya le había explicado que era importante, así

que prosiguió:

—Durante la cena he notado cuánta necesidad tengo de una esposa. Un hombre de negocios debe tener una para ser respetable. Y como estoy completamente seguro de que quiero que seas tú, no veo por qué tenemos que esperar. Me gustaría que nos casemos cuanto antes.

Melisa lo miró estupefacta. No podía haber elegido noche más nefasta para semejante declaración. Acababa de besarse con otro hombre. Para peor, durante su ofrecimiento, Pedro no había pronunciado ni una sola palabra de amor. No creía que fuese la propuesta soñada por ninguna chica.

—¿Casarnos…? ¿Cuándo? —preguntó con frialdad.

—Este mes.

—¡Estás hablando de que sería ya mismo!

—Sí. Me gustaría que nos casemos y hagamos un viaje de unos pocos días a Venecia. Al regresar, me dedicaré de lleno a trabajar en el proyecto de la construcción de los teatros. Y claro, tendré que atender los compromisos que ya he tomado y cumplir con el calendario de presentaciones de musicales y obras.

—¿Y yo qué haría?

—Tú serías mi mujer. Me esperarías cada noche en nuestra casa, con la comida y la cama calientes.

De pronto, Melisa vislumbró cómo sería su vida al lado de Pedro. Ella disfrutaba de las obras teatrales que veían juntos, pero eso sería —con suerte— lo único que seguiría igual cuando se casaran. Qué tonta había sido. ¿Qué había creído? ¿Que él la incluiría en sus planes? ¿Que la apoyaría para que tentara suerte en el espectáculo? ¿O que al menos trabajarían juntos? No, claro que no, él no haría tal cosa. Pedro ni siquiera aceptaría que siguiera trabajando con su padre. Ella solo se había dejado llevar por el entusiasmo que le provocaba acompañarlo a las funciones y oírlo hablar de sus proyectos. Empezaba a ver con claridad su situación y el futuro que le esperaba si se casaba con Pedro: quedaría atada a un hombre que no le permitiría intentar lo que soñaba desde niña.

Hasta pocos días atrás, había creído que estar cerca de él era estarlo del espectáculo; hasta no hacía tanto creía estar enamorada de Pedro, pero ahora ya no estaba segura de nada; menos aún después del beso apasionado que había tenido con Martínez

Romanov. Nunca antes había sentido algo así con un beso de Saidi. Los pensamientos la llevaron a recordar la boca de Nikolai investigando con su lengua la suya. Entonces, a Melisa el corazón se le iba en un galope.

—Buenas noches… ¿Cómo les fue? —preguntó Amina, que apareció en el vano de la puerta.

Sumergida por completo en el mundo de Martínez Romanov, Melisa la miró sin verla, y le contestó de manera autómata:

—Muy bien.

Desde un rincón, Saidi saludó a su suegra sin quitarle los ojos de encima a los movimientos de su novia; estudiaba su reacción ante la propuesta de casamiento. Acababa de jugar su mejor carta, la que había guardado para más adelante. Sin embargo, un presentimiento que nacía en su interior, lo incitó a adelantar la boda.

Amina les propuso:

—Les haré un té… si quieren. —Luego, al observar la seriedad de ambos, agregó—: Salvo que estén hablando de algo importante y los haya interrumpido. En ese caso… —sugirió. Tal vez ellos estaban discutiendo.

—Háganos un té, por favor, y quédese con nosotros, señora Amina. Creo que es importante que usted esté al tanto de lo que estamos planeando.

Mientras buscaba la tetera, Amina preguntó:

—¿Y qué es lo que están planeando?

Pedro fue al grano:

—Con Melisa pensamos casarnos pronto. Acabo de proponérselo.

La frase sorprendió a Amina. Su hija nunca le había hablado sobre un posible enlace. Pero los hombres marroquíes actuaban así ante estos asuntos; ella lo recordaba muy bien: llegaba el momento de casarse y la boda se hacía en cuanto el novio la pedía. Ella preguntó:

—¿Pronto? ¿Cuándo? —interrogó al entregarles las tazas con manos temblorosas. Era una noticia importante la que Pedro acababa de darle.

—Este mes. Así que tenemos mucho por organizar. Si Melisa está de acuerdo, me gustaría hacer una boda al estilo marroquí —señaló Saidi.

Para Amina, las palabras sonaron como música celestial; era lo

que siempre había soñado para su hija.

Melisa escuchaba la charla sin poder creer lo que oía; él estaba tratando de organizar el casamiento con su madre sin haber esperado a que le diera su respuesta.

—¡Ay, qué locuras cometen los jóvenes por amor! Me encanta la idea, aunque será difícil organizarlo en tan poco tiempo —previó Amina.

—Lo sé, por eso es que necesitaremos su ayuda —aclaró Pedro.

—No se hagan problema. Será difícil, pero no imposible —dijo Amina, que notó la inexpresividad de su hija—. ¿Tú qué crees, Melisa?

—Opino que estamos muy cansados y que deberíamos dejar para mañana estas cuestiones —repuso, deseosa de abandonar el tema.

—Creo que tiene razón —acordó Pedro y se puso de pie. La apuesta estaba sobre el paño—. Mañana volveré para arreglar los detalles. Además, en esta charla debería estar presente don Manuel.

—Será lo mejor. Ahora está en la cama, ya se acostó. Trabajó en el taller hasta muy tarde —explicó Amina.

—Comprendo, déjele mis respetos —saludó con un beso a cada una y emprendió la retirada. Antes, puso énfasis en descubrir qué traslucían los ojos de Melisa y la escrutó a fondo.

Amina hubiera querido conversar sobre la repentina propuesta, pero su hija se mostró cansadísima y se retiró de inmediato a dormir. Ella hizo lo mismo.

En el cuarto, con la luz apagada, le contó lo sucedido a su esposo, que no dijo ni una palabra. Ante el silencio, pensó que dormía. Pero Manuel, agazapado entre las sábanas, no había querido emitir juicio. Su hija necesitaba un consejo paterno. Era su deber. Precisaba meditar muy bien cuál sería, y para qué lado se inclinaría.

Pedro Saidi, de camino a su residencia, conducía inquieto. El desenlace de la conversación definiría su futuro. La reacción de Melisa lo había perturbado; no era tonto; Melisa no estaba segura de aceptar su propuesta y él, obstinado, obsesionado con celebrar rápido el casamiento, solo había conseguido espantarla. Desasosegado, decidió no regresar a su casa y se encaminó hacia el alto de la ciudad, rumbo a Montmartre, donde visitaría La Maison de Tatá, el *cabaret* de lujo que estaba de moda y que solía

frecuentar. Esa noche necesitaría una mujer que lo distrajera y lo tranquilizara.

Para Melisa, esa noche, todos los intentos por dormir fueron en vano. Desde que se había acostado, se revolvía entre las sábanas. Sus pensamientos la llenaban de desazón, la volvían loca. Por primera vez en su vida se veía frente a la disyuntiva de elegir su destino y no podía aplazar la elección. Era ahora o nunca. Se casaba con Saidi o intentaba ir tras su sueño. Pedro ya no quería un noviazgo, no aceptaría que ella rechazara la boda y siguieran adelante como prometidos. La decisión era a todo o nada. Tendría que terminar la relación y perseguir sus sueños o quedarse con Pedro, casarse y olvidarse de sus deseos. El corazón le latía con violencia. Para peor, el rostro de Martínez Romanov, con sus ojos claros y su barba rubia, venían a sumar confusión.

Era seguir un sueño o acomodarse a lo que todos esperaban de la hija de Manuel Loyola, el modisto más renombrado de París. Recordó la conversación que había tenido con Margot en el taller. Ella le había dicho: «Eres privilegiada. No todos tenemos sueños, algunos solo subsistimos. Los que sueñan, lo hacen para ellos, no para los otros. Por algo naciste con esa inclinación. No la seleccionaste tú, sino que ya la traías grabada».

Era verdad… si estaba allí, era para perseguir su sueño e intentar cumplirlo. Ella no lo había elegido; eso estaba en su interior desde que tenía uso de razón, estaba allí desde niñita; había nacido con ella. Pero ¿cómo decirle a su madre que no se casaría con Pedro? ¿Cómo decirle a Pedro que no lo quería? ¿Cómo decirle a su padre que no trabajaría más con él? ¿Cómo decirle a todo el mundo que se dedicaría al espectáculo? ¿Cómo hacer que esta idea sonara coherente? Demasiados «cómos».

Después de la cena en el Ritz, Nikolai entró a su casa nueva y sintió el eco de sus pasos en el recibidor. Llevaba pocos días instalado, y si bien se sentía cómodo, la estancia también se le hacía muy solitaria. En la pequeñez del departamento se notaba menos la soledad.

Le pidió a su mayordomo que le sirviera un café y le indicó que se retirara a dormir, que ya no lo necesitaría. Con la taza en la mano, se instaló en el enorme estudio que había acondicionado al lado del *hall* de ingreso. Era el lugar perfecto para degustarlo; tenía

una gran biblioteca, piso de *parquet*, pesados cortinados de terciopelo azul y muebles antiguos de caoba oscura, que, junto a un cuadro de Jules Pascin —un artista búlgaro radicado en París al que llamaban «El príncipe de Montparnasse»— y las antigüedades egipcias, eran su orgullo. El decorador francés había logrado en tiempo *record* un ambiente sobrio y lujoso, tal como le había pedido.

Mientras bebía su café, recordó la difícil noche que había tenido, y cuánto le costó remontar la conversación con Fortabat; gran parte de la culpa fue de Melisa Loyola. Pensó en ella y en su interior se le unieron la rabia, la ternura y el deseo; la combinación de los sentimientos fue explosiva y fatal; y fue sacudido por ellos. La chica le gustaba demasiado; ejercía sobre él una gran atracción, aunque no era solo física, sino que iba más allá, quería escucharla hablar y que ella le prestara atención, deseaba tocar su pelo y hasta pelearla y contradecirla, pero también consolarla y aceptar sus razones. ¿Qué le pasaba? Melisa Loyola era una gran debilidad. La conclusión lo asustó. Ella tenía novio; y él no malograría ningún negocio —como el de los teatros— por una mujer. El proyecto le había insumido mucho esfuerzo y, a punto de concretarlo, no lo arruinaría.

El problema no tenía solución. O sí, la tenía: extirpar a Melisa Loyola de sus pensamientos.

Decidió ocupar su mente en la transacción que tenía entre manos. Buscó papel, tinta y pluma y sobre su escritorio se puso a garabatear números tentativos. Redondeó algunas ideas sobre cómo llevar adelante la construcción de los teatros.

Trataba de recordar las dudas que Fortabat le había planteado para hallar las respuestas; pero no lo lograba. El beso con Melisa le venía una y otra vez a la mente. Recurrente, lo desconcentraba, y las cuentas, los francos y los tiempos se le mezclaban con el cabello sedoso y la boca dulce de la chica Loyola.

Escribió un par de cosas más y, frustrado, se puso de pie. Caminó unos pasos hasta la ventana, corrió los pesados cortinados y observó la calle: era una bonita noche en París y aún había movimiento en el exterior. Se quedó un rato con la mirada perdida y las manos en los bolsillos del pantalón. A punto de servirse un *whisky* de la botella que tenía sin abrir en su oficina para, llegado

el caso, celebrar un trato e invitar a los empresarios que lo visitaran, cambió de opinión. Saldría a dar una vuelta; parecía avecinarse una de sus noches insomnes. Tomaría su bebida afuera, tenía ganas de pasear. Le haría bien distraerse un rato.

Conducía mecánicamente rumbo al centro, y al divisar las luces de Montmartre en lo alto, buscó el *boulevard* de Clichy con la cabeza puesta en visitar Le Chat Noire, pero descubrió que no tenía ánimo para soportar una conversación bohemia. Mejor incursionaría en La Maison de Tatá; allí tomaría el trago fuerte que el cuerpo le pedía.

Media hora después, Nikolai estaba sentado en uno de los coloridos sofás distribuidos estratégicamente en el enorme salón de la casa de *madame* Tatá y tomaba el *whisky* que ella misma le había servido mientras una veintena de muchachas semidesnudas iban y venían por el salón conversando con los caballeros. Algunas vestían camisones cortos de satén; otras, ropa interior con portaligas. Todas —invariablemente— calzaban zapatos de tacos altos. Dos chicas rubias se le acercaron esforzándose por conversar en castellano, pero él las tranquilizó respondiendo en perfecto francés, lo que dio pie a un divertido y seductor diálogo. Con ellas despejaría el mal sabor que le había dejado la cena. Tras un rato de charla y jugueteo, *madame* Tatá se acercó y, mirándolos a los tres, preguntó:

—¿Todo bien, Romanov? —Tatá siempre lo llamaba por ese apellido. Los ojos claros y el pelo rubio del argentino eran rasgos que identificaba con un nombre ruso; en cambio, Martínez era… muy español. Nikolai lo sabía y no le molestaba. En otras oportunidades, los dos habían charlado bastante. El origen ruso de Tatiana había sido un elemento en común que les permitió congeniar de inmediato.

—Sí, perfecto —respondió. Sin embargo, era una verdad a medias, porque a pesar de las risas y las caricias de las chicas, a Nikolai se le hacía difícil alejar de su mente los labios rojos de Melisa.

—Romanov, ¿precisa algo más? —insistió *madame* Tatá, que se preciaba de conocer muy bien a los hombres y de adivinar cuándo deseaban una compañía diferente de la que barajaban, como creía que le pasaba esa noche a Romanov, e intentando ayudarlo,

prosiguió—: Me refiero a… si necesita algo especial…

Él entendió lo que Tatá trataba de decirle y decidió aceptar el ofrecimiento:

—Hum, puede ser…

—Dígame qué le puedo ofrecer.

—La chica de pelo largo… —se animó a decir Romanov. Tatá comprendía sus deseos más íntimos.

—¿Quién? —dudó ella.

—La que trabaja aquí… Es de otro país… La morena de pelo largo —dijo al fin. Si iba a estar con una mujer, quería esa.

—Ah, usted se refiere a Alif, la chica de Marruecos.

—Sí, esa.

Tatá frunció la cara contrariada.

—Qué pena, hoy no podré complacerlo, Romanov. Seré sincera: está ocupada.

Nikolai dirigió la vista hacia el mismo lugar donde la *madame* había puesto los ojos y descubrió que en la otra punta del salón estaba Pedro Saidi con un vaso en la mano y con la chica marroquí sentada en su falda. Lleno de rabia, pensó: «¡Al diablo con ese árabe! ¡Que se quede con la muchacha morena del Tatá! ¡Que se quede con todas las mujeres morenas de pelo largo del mundo, incluida Melisa Loyola!».

Como prueba de su desinterés y demostrándose a sí mismo que no le apetecía ninguna mujer con esas características, de inmediato pasó a los aposentos en compañía de las dos francesas rubias que le masajeaban el cuello. Pero mirándolas repentinamente cambió de opinión, se vistió y se dirigió a la salida. No tenía ganas de estar con ninguna mujer rubia. Solo pensaba en dormir. Antes de retirarse, le propinó una fiera mirada a Saidi.

Pedro, que notó una mirada inquisitiva, se dio vuelta y, al descubrir a Martínez Romanov, se sintió molesto. ¡Hasta en este lugar tenía que encontrarse con el argentino! Ese hombre rubio cada vez le caía peor. Algo le decía que a Melisa le interesaba; entonces, más antipático le resultó. Decidido a no arruinarse la noche, no lo saludó, sino que lo ignoró y se dedicó a Alif que le hablaba al oído. Por su novia no estaba preocupado: ella pronto se convertiría en su esposa. Porque Melisa Loyola sería su mujer, costara lo que costara.

Capítulo 12

Desde chico ya tenía en el mirar
esa loca fantasía de soñar…

Tango «Sueño de barrilete»,
ELADIA BLÁZQUEZ

Tres días habían pasado desde la cena en el Ritz y Melisa no había abierto la boca sobre el torbellino que torturaba su interior. Por lo tanto, sus padres ya se hallaban ajustando los preparativos para la boda que se celebraría a la usanza marroquí. La participación de Amina en la organización era fundamental. Como madre, estaba feliz con la tarea porque su única hija se casaba y el candidato era un hombre con sangre de su tierra, alguien de buena posición y que parecía amar a su hija, porque durante las últimas semanas había dado muchas y variadas muestras de su amor: regalos, atenciones y visitas fuera de hora. Al principio de la relación, creyó que era un hombre frío; ahora pensaba lo contrario. Pedro demostraba un vivo interés por Melisa y la trataba muy dulcemente. Ya no lo veía hosco.

Planeaban realizar una gran fiesta en un palacete junto al Sena donde se celebraban los acontecimientos importantes de la ciudad. Hacia el final de la tarde, cuando Amina, sobre la mesa de la cocina, confeccionaba una lista de las comidas que servirían durante la boda, Melisa entró raudamente, la saludó, se sentó a su lado y dio un largo suspiro. Venía de ayudar a su padre en el taller. Estaba cansada y últimamente hablaba poco. Había trabajado duro; así lo delataban su rostro y el estado maltrecho de su bonito vestido de seda con botones en la espalda. Solo su cabello lucía impecable como siempre.

—Estás exhausta. Toma algo fresco mientras miras lo que llegó esta mañana —propuso Amina extendiendo una caja de cartón rojo con un gran moño negro.

—¿Qué es?

—No lo sé, ábrelo. Lo trajo un muchacho de la joyería de la

Galerie Vivienne —le respondió Amina sonriendo.

El nombre de ese negocio ubicado en la preciosa edificación de mosaicos coloridos construida por el célebre arquitecto François-Jacques Delannoy anticipaba que era un *souvenir* bello, refinado y, seguramente, muy caro.

Melisa tomó la caja entre sus manos y la abrió: refulgieron un collar y un brazalete de oro macizo con esmeraldas y zafiros a juego.

Exultante, Amina se tapó la boca con las manos y miró a su hija. Aguardaba su reacción. Pero apática, solo dijo:

—¡Oh, no puedo aceptarlo!

Cada nuevo regalo de Saidi era una cadena más que la ataba a él.

—Hija, serás su esposa. Sí, puedes. Es más —recalcó—: debes aceptarlo.

—Aún no soy su mujer, así que no debería hacerme regalos tan costosos.

Los preparativos del casamiento avanzaban y ella no estaba segura de nada; pero frenar los engranajes de la boda no sería fácil, necesitaría juntar fuerzas para hacerlo. Estaba cansada y hambrienta, la jornada laboral había sido dura, y no quería discutir con nadie, mucho menos con su madre. Hizo a un lado la caja, le dio un beso a Amina y se dispuso a merendar.

Amina la observó con detenimiento. Este tipo de actitudes la intranquilizaban. La notaba desinteresada, ajena a su casamiento. No quería que Melisa rechazara el enlace que le parecía acertado. Solo se detendría si su hija se lo pedía. Buscaría un momento tranquilo para hablar a solas y en profundidad. Su corazón de madre estaba perturbado.

—¿Estás bien, hija?

—Sí… ¿por qué?

—Antes de que llegue Pedro, deberíamos elegir qué modelos vestirás para tu boda; si no lo decidimos pronto, ya no habrá tiempo de confeccionarlos y te tendrás que conformar con uno solamente —comentó. Según la costumbre marroquí, un matrimonio duraba varios días y la novia cambiaba muchas veces de vestido.

—Después, madre, ahora tengo hambre —dijo. Tomó una de las galletas horneadas por Amina y, de inmediato, hurgó en la otra

fuente. Estaba famélica.

La constante evasión de su hija, la reticencia a ultimar detalles imprescindibles, las marchas y contramarchas preocupaban a Amina. Le urgía una conversación con Melisa.

—Está bien —respondió en tono conciliador—. Dejaremos la elección para cuando hayas terminado de merendar.

Mientras Melisa comía con ganas, sonó el timbre de la puerta de calle. Era Pedro. Amina supo que ya no podrían elegir vestidos de novia; su hija tampoco tendría tiempo para cambiarse de ropa. Aunque no parecía darle trascendencia a ninguna de las dos cosas.

A las diez de la noche, la familia Loyola ya había terminado de cenar. Pedro Saidi había llegado cuando Melisa aún merendaba y permanecía en la casa desde esa hora. Últimamente, llegaba antes de lo previsto y se marchaba en horarios inusuales. Era comprensible: en pocos días se casarían.

Durante la cena se había hablado bastante de los preparativos de la boda, que avanzaban, aunque no tan rápido como hubiera querido Amina. Aún quedaban mil detalles por decidir. Pero ¿qué podía hacer ella, si Melisa no ponía más empeño? Luego de una agradable sobremesa, Amina y Manuel se retiraron para descansar en un intento por dejar que los novios hablaran en privado. «Tal vez surja más entusiasmo en la intimidad», supuso Amina.

Sentados en el sofá de la sala, Pedro Saidi besaba a Melisa y ella, como siempre, se resistía al avance de su novio y daba por tierra cualquier posibilidad de que los besos se volvieran apasionados. Él no acertaba a comprender si se trataba de un rechazo velado o simplemente era parte de su ingenuidad de chica bien criada. Como fuera, la recurrente negativa esa noche se tornó un desafío para su capacidad de conquista.

Melisa, agotada como estaba por el trajín del día, no veía la hora de acabar con la visita. No se animó a contarle que estaba cansada porque Saidi no aprobaba que consumiera su energía en el taller; en realidad, prefería que no trabajara. Sabía que si aceptaba casarse, no podría ni pisar el *atelier*. Solo deseaba irse a dormir cuando oyó:

—Melisa, olvidé darle a tu madre la lista de invitados que envían mis padres. —Saidi sacó del bolsillo un papel.

—No te preocupes, yo se la entregaré.

—Me alegra que te haya gustado el collar y el brazalete —cambió de tema. Le había enviado a su prometida un regalo de miles de francos y prácticamente lo había ignorado.

—Sí, como te dije, es un *parure* muy bonito.

—Desearía ver cómo te queda. ¿Te lo pruebo?

—Como quieras… —contestó con un hilo de voz. Lo único que ansiaba era que se marchara de una vez y la dejara en paz.

Pedro se puso de pie y sacó el collar de la caja. Luego, ubicándose detrás de Melisa, le corrió con suavidad el largo cabello hacia un costado y con delicadeza le abrió dos de la veintena de botoncitos que cerraban el vestido por la espalda. Mientras prendía la joya, sus índices tocaron la delicada piel a modo de caricia. Cuando unió los extremos, apreció cómo del broche de cierre caía una cadenita que remataba en la punta con una pequeña esmeralda. El detalle era exquisito y se tentó: quería ver la joya apoyada por completo sobre la piel de Melisa. Acercó sus manos otra vez y abrió dos botones más del vestido. La imagen de la espalda trigueña lo impactó, lo sacudió y retó a su interior masculino, que deseaba más, mucho más. Su hombría bullía por cada freno que había recibido durante la noche, cuando sus besos buscaron otras zonas, y ahora, ávido, intentaba conquistar lo inconquistable. Lleno de audacia, apoyó sus manos en los hombros de Melisa e, inteligente y diestramente, los masajeó. De inmediato, notó cómo relajaba la tensión de los músculos. Con sutileza hizo la misma maniobra una y otra vez hasta sentirse dueño de esa espalda cansada. Detuvo progresivamente los movimientos. Cuando sus manos se aquietaron y, guiado por su instinto de hombre, despacio, muy lentamente, dejó resbalar las yemas de los dedos hacia delante, bajando por la piel del escote de Melisa, centímetro a centímetro, hasta sentir la prominencia de sus senos; y a punto de tocarle los pezones, puso freno a sus manos; ese límite que ella no había establecido en ningún momento.

La relajación había dado lugar al abandono. Los sensuales masajes habían despertado sus fibras íntimas de mujer, que ahora pedían más. La maniobra la había tomado desprevenida y le había agradado. Si él no se hubiera detenido, ella lo hubiera dejado avanzar aún más. Sus pechos pedían esas manos.

Satisfecho, Saidi giró para verla de frente. Lo que acababa de

suceder le demostraba que, si sabía acariciarla, Melisa le respondería con deseo. Esta vez no lo había rechazado.

El collar resplandecía en su cuello, embelleciéndola.

—Precioso… —dijo con la voz queda de deseo.

Mientras se sentó a su lado, sacó el brazalete de la caja y se lo colocó. Con las joyas sobre la piel, la encontró bella. El momento erótico vivido unos momentos atrás, más la certeza de que pronto sería su esposa, le dieron la seguridad necesaria para besarla en la boca; luego, bajó por el cuello con pasión y sin restricciones; quería llegar con sus labios a los lugares vedados que, momentos antes, casi había hecho suyos. Pero, en cuanto la buscó con descaro, Melisa, otra vez, se alejó. Ya no quería que Saidi la besara; no le gustaba que lo hiciera. Si bien había deseado sus manos de hombre en el escote, ahora no quería su boca, no quería intimidad con él. No estaba enamorada de Pedro Saidi por más joyas que le regalara, por más plan de casamiento que hubiera, por más dueño que se sintiera de su destino, por más que su instinto de mujer hubiera codiciado sus manos. Su razón mandaba y le decía claramente que no quería nada con ese hombre. El cansancio no le permitía disimular.

Melisa se alejó sin levantarse del sofá. Pedro reaccionó de inmediato.

—No puedes negarte, Melisa, pronto serás mi mujer —dijo con la voz teñida de ansias acercándose a ella sin ponerse de pie.

Deseaba hacerla suya en ese mismo momento y, sin prestar atención a lo que ella quería o dejaba de querer, se pegó de nuevo a su cuerpo y volvió a besarla. La lengua y la saliva de Saidi se metieron en la boca de Melisa, y sus manos de hombre se apoyaron en la espalda, tironeando los pocos botones que quedaban prendidos.

Invadida y apremiada, ella se resistió con fuerza. Pero Pedro, visiblemente molesto, siguió besándola con enojo y violencia. Le besaba la boca, recorría el cuello y el escote con ardor mientras sus brazos la apretaban con fuerza. Forcejearon hasta que la joven, en medio de los aprietes, al fin, pudo desprenderse. Lo empujó y logró distanciarse lo suficiente para recriminarle:

—¡Basta, Saidi! ¡Basta!

Al oír su apellido —y no su nombre—, se detuvo en seco.

—¡¿Se puede saber qué diablos te pasa?!

—No quiero que me beses.

—¡Mierda! ¿Cómo que no quieres? No puedes negarte, soy tu prometido y en muy pocos días serás mi mujer —insistió con esa idea.

—No voy a casarme contigo.

—¡No seas ridícula! ¡Claro que sí! ¡Ya está todo arreglado para la boda!

—Pedro, yo no te amo.

—Pues a mí tampoco me interesa que me ames. Para que un matrimonio funcione, no se necesita amor. Puede funcionar perfectamente sin él. Solo se precisa estar de acuerdo.

El razonamiento de Saidi le confirmó que hacía lo correcto. Melisa nunca había estado enamorada, pero quería casarse por amor, como lo habían hecho sus padres.

—Además… yo deseo otra vida —agregó Melisa, sin olvidar cuán fundamental era cumplir con sus sueños.

—¡Carajo! ¿Qué vida quieres? Conmigo no te faltará nada. Lo que desees, lo tendrás.

—Quiero ser cantante y bailarina.

La miró desencajado.

—¡¿Qué cosas dices…?! —explotó en una carcajada—. ¡Eso es ridículo, Melisa!

—Lo digo de veras.

—¡Tú no puedes hablar en serio…! No, señorita, de ningún modo, porque nuestro casamiento ya está organizado. Además, si lo suspendes, les romperás el corazón a tus padres.

Melisa dudó. Era posible que sus padres no la apoyaran. Pero, decidida, prosiguió:

—No me casaré. No quiero tus besos, ni tus joyas. ¡Toma, llévatelas! —ordenó, mientras se sacaba el collar y el brazalete y los ponía dentro de la caja roja.

—¡Maldición, mujer estúpida! ¿Qué te has creído? ¡He tenido la condescendencia de intentar enamorarte cuando simplemente podría haber pedido tu mano! Sabes bien que podría haber concertado la boda… ¡sin tu consentimiento! Es lo que sugirió mi padre. Debería haberle hecho caso y no estaríamos aquí, discutiendo.

—Eso jamás hubiera sucedido. Mis padres me habrían consultado.

—¡No estoy tan seguro de que Amina hubiera dicho que no!

—Yo, sí.

—¡Como sea…! ¡Eres muy estúpida para rechazar a un buen hombre como yo! —gritó Saidi. Luego, mientras tomaba la caja roja y se dirigía a la puerta, vociferó—: ¡Muy, pero muy estúpida!

Dio un portazo y se marchó.

Preocupados por el alboroto, Manuel y Amina aparecieron en la sala.

—¿Qué ha pasado?

Melisa solo respondió:

—No me casaré.

Amina cerró los ojos y se refregó las manos por la frente. Contuvo el llanto e inició una sesión de preguntas; buscaba un indicio sobre la ruptura que, deseaba, no fuera definitiva. Las respuestas de Melisa le dieron una certeza: no quería a Pedro Saidi y no se casaría con él, ni ahora ni nunca.

A punto de explicarles su plan de querer dedicarse al espectáculo, miró a su madre de reojo y, esta vez, sí, la vio llorar; entonces desistió. Lo hablaría cuando estuviera tranquila porque esa noche Amina no soportaría otro ramalazo.

Sentados en la cocina, los tres bebieron una taza de té. Sosegados, tras una hora de charla, se fueron a sus cuartos. Era tarde y todos necesitaban descansar. Por más que su hija rechazara el enlace, el trabajo no esperaba. Al día siguiente Manuel debía entregar el vestuario completo para el nuevo espectáculo del *cabaret* Lapin Agile.

A pesar del cansancio acumulado, Melisa, a quien siempre le había gustado dormir, esa noche no podía. Se daba cuenta de que, si fuera por su madre, nunca podría dedicarse a lo que deseaba; por otro lado, no quería amargarle la vida a ella, que tanto quería. Al mismo tiempo, deseaba dirigir su destino. Se sentía tironeada entre dos extremos: resignarse y hacer lo que deseaban los que la amaban o imponerse y hacer lo que ella quería sin importarle qué dirían. Amina, que le había transmitido el gusto por el baile, dictaminaba que era un acto íntimo, reservado solo para el marido y no para los demás. Amina, que le había enseñado a cantar, insistía con que era

un don para usar y disfrutar en familia, pero jamás para deleitar a los extraños, como los espectadores de un teatro.

Escindida por el designio y el deseo, Melisa daba vueltas en la cama sin conciliar el sueño. Una nueva y tremenda idea le daba vueltas en la cabeza, pero tenía que darle forma. Acababa de ocurrírsele y debía saber si tendría el valor para llevarla a cabo. Se levantó, fue a la cocina y se preparó otra taza de té verde y menta. La infusión moruna siempre la ayudaba a superar cualquier pena o preocupación que atravesaba.

Mientras lo bebía, su padre apareció vestido con el pijama.

—¿Qué haces?

—No podía dormir, papá —dijo mostrándole la taza.

Su padre pensó que algo muy grave debía estar ocurriendo porque Melisa siempre dormía muy bien.

—Yo, tampoco. ¿Tienes otro té para mí?

—Sí, claro. —Se puso de pie y le sirvió uno.

Melisa y Manuel Loyola permanecían en silencio. Tenían mucho por decirse, pero ninguno rompía la quietud de la noche.

Hasta que la hija habló.

—Papá, ¿estás enojado conmigo?

—No. ¿Por qué habría de estarlo? Tú eres la dueña de tu destino, así como alguna vez lo fuimos nosotros con tu madre —respondió con la certeza de que había llegado el día en que debía dar su consejo. La intimidad de la cocina y el té compartido le daban el marco perfecto a la conversación que entabló con su hija.

Ella lo miró agradecida. Sus palabras no guardaban ninguna carga de reproche.

—Si no lo quieres a Pedro Saidi, no lo quieres y punto. No se puede obligar a amar —sentenció y tomó un trago de té.

—Es más que eso, papá. Para mi vida quiero otras cosas, además de ser la esposa de alguien. —No daba con las palabras exactas—. Y son cosas que no aceptará cualquier hombre. Pedro no lo hizo.

Loyola levantó la vista de su taza y la inquirió con la mirada: necesitaba precisión.

—¿Qué cosas? —preguntó aunque estaba seguro de cuál sería la respuesta: le diría que deseaba seguir sus pasos en el diseño.

—Quiero actuar en el teatro.

La respuesta lo tomó desprevenido.

—¿Qué quieres hacer?

—Ser bailarina y cantante.

Se hizo un silencio largo. Loyola tomó dos sorbos de té y al fin dijo:

—Pues, lo que dices no me sorprende. Siempre supe que te gustaba el teatro aunque no sabía hasta qué punto —respondió sereno.

—¿Te parece terrible?

—No, hija, solo que has elegido un destino difícil.

—Lo he hablado con mamá y ella no está de acuerdo.

—No sabía que habían hablado. Pero su postura no me llama la atención. Tu madre fue criada de manera muy diferente de la que te criamos a ti, y hasta de mí.

—¿Y qué piensas?

—Te diré algo: yo puedo pensar muchas cosas, pero nadie mejor que tú para elegir lo que quieres hacer con tu vida. Porque eres la que tendrá que cargar siempre con la elección. Probablemente yo ya no estaré y tú seguirás disfrutando o sufriendo esta decisión.

—¿Pero aceptas que me anime, que lo intente? ¿Y si me equivoco? —Lo puso entre la espada y la pared; quería oír lo que su padre tenía para decir al respecto.

—Siempre es preferible equivocarse a no hacer nada.

—Padre, amo el teatro.

—Lo sé, lo he visto. Traes ese gusto grabado en tu alma, naciste con ello y por algo está allí. Una persona encuentra su propósito en la vida si logra hacer lo que adora y si, haciéndolo, transforma el mundo que la rodea en un lugar mejor.

Los pensamientos de Loyola estaban revestidos de una profundidad inaudita para la mente joven de Melisa. Ella fue a lo práctico.

—*Madame* Rasimi me vio bailar, me escuchó cantar… y le gustó mucho…

—¿Cuándo fue eso? —preguntó boquiabierto. Los hijos eran, en verdad, una caja de sorpresas.

—Fue por casualidad, pero eso no interesa. Lo que sí es importante, papá, es que sé lo que quiero hacer… Tengo un plan.

—Tú eres libre para hacer lo que desees, así te he criado —dijo sincero, entregado y orgulloso por expresar su convicción. No

imaginaba el precio que estaba a punto de pagar por su sinceridad.

Confiada por el respaldo de su padre, Melisa tomó valor para contarle la loca idea que albergaba su corazón desde hacía unas horas, cuando daba vueltas en la cama sin conciliar el sueño.

—*Madame* Rasimi me dijo que el día que me decidiera por el teatro, ella me aceptaría en su elenco.

—Sería un buen comienzo. Es una pena que se marche tan pronto a América.

—De eso se trata. Creo que después de todo lo que ha pasado con Pedro… sería bueno que me vaya de París por un tiempo. Quisiera preguntarle a *madame* Rasimi si aún está en pie su oferta y si me llevaría con su elenco a la Argentina.

Loyola frunció el ceño. Tal vez no había entendido bien. ¿Qué le estaba diciendo? ¿De qué le hablaba?

—¿Quieres irte con ella, Melisa? ¿Quieres marcharte a América?

—Quiero trabajar en la Argentina.

Manuel Loyola sintió que recibió una estocada. Había entendido bien, ya no tenía dudas: su pequeña se quería marchar. Él, que cuando se trataba de educar a su hija siempre se había llenado la boca con frases pomposas sobre la libertad y la elección del destino, ahora debía enfrentarse cara a cara con sus palabras. Porque esa libertad hecha solo de ideas y frases ahora tenía un sabor amargo y tomaba la forma de un viaje. La partida de Melisa era inconcebible —pero real—, y lo lastimaba; se iba lejos, y la distancia lo hería profundamente. Su única y querida hija deseaba marcharse nada menos que a América, que estaba a más de diez mil kilómetros cruzando el océano.

Loyola supo que esta encrucijada lo enfrentaba con su prédica: ¿realmente creía en lo que le había enseñado sobre destino, libertad, elecciones y respeto? Herido de muerte, alcanzó a articular:

—Meli… Argentina queda muy lejos.

—Lo sé, pero me gustaría trabajar junto a *madame* Rasimi. Además, allá nadie me conoce. De ese modo, mamá sufrirá menos.

—Ay, hija, tu madre sufrirá más con tu partida que con verte actuando en un teatro —predijo en forma realista.

—Pero, papá, si me voy a América ya no tendría que cruzarme con Pedro, ni moverme en su círculo —razonó. Para bien o para

mal, él pertenecía al mundo del espectáculo, el mismo mundo al que ella quería ingresar. Después de la ruptura, le haría la vida imposible, buscaría truncarle la carrera artística.

—No lo sé… está tan lejos. Además, emprenderías algo tan nuevo y difícil en plena soledad.

—No estaría sola, viajan más de veinte mujeres francesas. Quiero hacer algo diferente, papá… ¡Siento que debo hacerlo!

—Hijita, estarías sin mí y sin tu madre —dijo quebrado—. Esas personas son extrañas.

—Papá, me acabas de decir que soy libre pero no me apoyas en mi plan… —le recriminó de forma drástica y sincera, como los hijos se animan a hacerlo porque saben que el amor de los padres es inagotable.

Manuel suspiró largo. Era el momento de la verdad. ¿Creía realmente en lo que pregonaba? Tomó coraje y habló:

—Sí, Melisa, eres libre para hacer lo que desees, y yo te apoyaré en lo que decidas, cuenta conmigo. Si quieres marcharte a Argentina, ve… —aceptó con el alma en la mano.

La mera idea de pasar una jornada sin ver a su hija lo lastimaba. Trabajaban juntos desde hacía años. Melisa había ido al taller todos los días de su vida. Melisa era su única hija, su alegría, la risa de la casa, el futuro; incluso, la descendencia que vendría. Había creído que ella seguiría con su taller.

Se preguntó: «¿Cómo tomará Amina la noticia? ¿Cómo se pondrá?». No tuvo dudas: «Mal, muy mal». Pero debía ser fiel a las ideas que siempre había abrazado. De jóvenes, ellos mismos habían sufrido la falta de libertad impuesta por la familia de Amina. Por eso se habían mudado a Francia. No podía oponerse a la decisión de su hija.

—Melisa, haz lo que crees que debes hacer. Busca tu destino y sé feliz con tu decisión.

—¡Papá…! —exclamó Melisa poniéndose de pie para abrazarlo.

Los dos tenían los ojos con lágrimas; ella, de emoción y agradecimiento; su padre, de dolor.

Tal vez, Loyola acababa de darle a su hija la lección más importante de su vida, una que siempre llevaría consigo y que le ayudaría a encontrar su vocación y a trazar su destino, una que ella misma le transmitiría a sus hijos el día que los tuviera, una que para

él tenía precio de sangre. Soltar, abrir las manos, dejarla volar con alas propias. Emocionante pero doloroso. Pleno pero perturbador. Porque para Manuel Loyola la lección tenía un corolario insospechado: Melisa se marchaba a vivir a otro continente.

El vértigo de la declaración se le instaló en la boca del estómago y le provocó náuseas. Necesitaba tranquilizarse; aún debía hablar con Amina, tarea que le tocaría a él porque, si lo hacía con cuidado, ella sufriría menos.

Capítulo 13

Tierra querida,
quiero que sepas
que al irme dejo la vida.
¡Adiós…!

Tango «Adiós, pampa mía»,
IVO PELAY

Eran las nueve de la mañana cuando Melisa entró al teatro donde *madame* Rasimi ensayaba por última vez. En dos días partía hacia la Argentina con su elenco. Después de la charla con su padre, Melisa no había vuelto a dormir, pero, emocionada como estaba por el desafío que tenía por delante, no sentía sueño ni cansancio.

Llegó, saludó a Rasimi y le lanzó su idea sin preámbulo; algo muy fuerte parecía empujarla desde sus entrañas. Fue clara y directa: si *madame* la aceptaba, se embarcaba con ella rumbo a la Argentina. No tenía pretensiones ni esperaba que le dieran un papel, ni siquiera uno pequeño; se conformaba con pertenecer a la compañía, arreglando trajes, apuntando letras. El resto vendría por añadidura, con ensayos, rutinas, ejercicios, prácticas. Cuando le dieran una oportunidad, la tomaría.

Madame Rasimi la escuchaba y no lo podía creer; complacida, oía la vehemencia con que Melisa explicaba su posición.

—¿Y qué dicen tus padres al respecto? Tu decisión ha sido muy repentina.

—Están de acuerdo —dijo rotundamente. Pero su respuesta la mortificó: aún no había hablado con su madre. Si bien Loyola realizaría el primer acercamiento, cuando regresara a su casa debería enfrentar a Amina.

—¿Y el productor que tienes por novio? —se animó Rasimi.

—Eso, se acabó.

—*Touché!* —dijo y soltó una carcajada. Ella conocía a Saidi.

—Creo que era inevitable.

—¿Te das cuenta de lo que te espera, verdad? La vida del artista

es dura.

—Lo sé. Me he criado entre butacas de un teatro y trajes de espectáculos. Sé que no todas son rosas.

—¿Estás segura de que es lo que deseas?

—Sí, plenamente —afirmó convencida. Los ojos le brillaban con la luz del que sabe lo que quiere y que está dispuesto a perseguirlo aunque deba dejar la vida en el intento.

—Bueno, pequeña, no hay más de qué hablar. Ya sabes que el barco zarpa en dos días, por lo que pasado mañana, a las seis, emprenderemos la partida desde aquí. Así que ven con tu valija a esa hora. Más adelante veremos qué tareas te asignaré en la compañía. Al principio, trabajarás abajo del escenario y tras bambalinas, pero muy poco arriba. Si tienes talento, como lo creo —aseveró—, tarde o temprano llegará tu oportunidad.

Entusiasmada, le dio un abrazo y la mujer se lo devolvió radiante, feliz por la osadía de la muchacha.

—¿Y el pasaje? —preguntó Melisa preocupada por los detalles.

—Yo me ocupo, niña, después arreglaremos. ¡Ay, juventud, divino tesoro! ¿Quién pudiera tener tu edad y tomar las decisiones de la manera en que lo estás haciendo? ¡Un año entero me demandó aceptar la propuesta de instalarme en la Argentina!

Cinco minutos más de conversación y Melisa se marchaba exultante. Se iba a América a trabajar en el teatro con *madame* Rasimi. Las recientes resoluciones le habían dado un giro inesperado a su vida, y estaba satisfecha. Unas horas atrás había torcido su destino al cancelar la boda con un hombre que jamás le hubiera permitido nada parecido. Se iba a perseguir un sueño al fin del mundo, porque Argentina, según el mapa que observó una y otra vez en la enciclopedia, quedaba en la punta del planeta.

Necesitaba unos minutos para reflexionar sobre su repentina decisión, sobre su futuro inmediato, por lo que, al pasar por el antiguo y tradicional bar Procope, que contaba entre sus célebres habitués a Voltaire, Rousseau, Diderot y Benjamín Franklin, decidió entrar y tomar un café. Jamás se había sentado sola en un bar. Mientras ingresaba, supo que ese sitio —fundado en 1686 y foco revolucionario un siglo después— era el apropiado para tomar su primer café sola.

Sentada en una de las mesitas, disfrutando del líquido amargo

de su pocillo, se dio cuenta de que una etapa nueva se abría ante ella. Ya no era una chiquilla; se había transformado en una mujer al mando de su destino. Las paredes coloridas del Procope se lo confirmaban, esas mismas que habían sido testigos del desafiante gorro frigio que los jacobinos exhibieron como símbolo de la libertad que reclamaban para Francia. Ese grito libertario se produjo en este lugar donde hoy, empoderada, Melisa Loyola declaraba su propia independencia.

Cuando llegó a su casa no fue necesario que su padre le anticipara que había hablado con Amina. Las lágrimas y el abrazo que su madre le tendió se lo confirmaron.

Melisa intentó dar algunas explicaciones a las que Amina solo asintió y en silencio lloró porque, desde ese momento y hasta su partida, no emitió ni una sola recriminación. No perdería las últimas horas que pasaría con su hija diciendo palabras feas o frases dolorosas, sino que se dedicaría a mimarla como solo sabe hacerlo el amor entrañable de una madre: elaboró las comidas que le gustaban, la arropó de noche, le dio consejos sobre la vida, las mujeres y los hombres, y hasta rio con sus chistes aunque por dentro su corazón se desangraba. La tarde previa a la partida, Amina preparó para las dos un *hammam*; sería el último en mucho tiempo. Allí, encerradas, se embellecieron con *ghassoul, henna* y *argán*, aunque no tomaron ninguna bebida porque, cuando terminaran, Amina la esperaría en la cocina para compartir algo de beber.

Así fue que culminados los rituales, Melisa se presentó ante su madre, que ya tenía preparadas las tazas de té moruno. Sobre la mesa, Amina dispuso su caja de madera y esparció la batería de frasquillos. En ellos guardaba las semillas, hojas, raíces y pétalos de flores y arbustos con los que preparaba las tisanas que requerían las distintas enfermedades o los variados estados emocionales.

Mientras bebían el té, Amina se dispuso a darle una lección a su hija, una nueva, una distinta, una que nunca había compartido. Antes de partir —consideró—, debía aprenderla.

—Mira, Melisa, este frasco contiene eucalipto, manzanilla, anís estrellado, tomillo, regaliz y espino blanco. Úsalo para los catarros del invierno.

—Lo conozco, me lo has dado desde que tengo uso de memoria —reconoció Melisa con juventud jactanciosa, como si todo lo supiera ya.

—Este, por si te pones triste —señaló el puñado de hojitas de hipérico, vid roja, lavanda y pasiflora.

—No te preocupes, nunca me pondré triste —pronosticó inocentemente.

Su madre la miró con compasión y prosiguió sin responderle, no quería desencantarla.

—Si te duele la cabeza, usa el mismo, pero agrégale romero y menta.

—Creo que allá lo único que sufriré será cansancio por tanto trabajar —dijo riendo.

—Para relajarte, entonces, lleva el de valeriana, lúpulo, menta, espino blanco y lapacho —dijo entregándole un frasquillo lleno de hojas secas.

—Madre, no tendré tiempo de preparar tantas tisanas. No me dé más.

—Pues me quedan dos. Tienes que saber que existen y debo enseñártelas. Estoy segura de que las querrás.

—¿Cuáles son? —preguntó curiosa.

—Uno es este, que tiene damiana, romero, electerococo y ginkgo biloba, pero debes agregarle hojas de la planta que tengo en la ventana.

—¿La de las flores amarillas? —La había visto allí por años pero nunca se había enterado de que podía consumirse ni que su madre la empleara.

—Sí, esa.

—¿Para qué sirve?

—Es afrodisíaca.

Melisa abrió grande los ojos.

—¡Madre, no puedo creerlo! —dijo y lanzó una carcajada.

—No es para que la uses pronto —advirtió—, es para cuando te cases.

—Entonces… cuando me case —sugirió con picardía—, me lo explicas.

—No, esta lección pienso dártela ahora. Te marchas demasiado lejos y uno nunca sabe… —Amina intentó explicar sus miedos de

madre. Temía que la distancia y sus años le impidieran transmitir el conocimiento que había aprendido cuando era joven, un saber consuetudinario que las mujeres de su familia legaban de generación en generación. Pero su hija no la dejó hablar, no quería verla triste, así que la interrumpió:

—¿Y el último cuál es?

Con cuidado, Amina tomó un pequeño frasco de vidrio con forma de estrella.

—Este… Aquí dentro están las últimas semillas de una planta que crece solo en Marruecos y que debes cultivar tú misma. Llévatelas.

—Dime primero para qué es, así decido si quiero llevarlas.

—Es para cuando sientas que necesitas tomar esa infusión, cuando sientas un deseo muy profundo, un anhelo inalcanzable, o cuando percibas que se te acaban las fuerzas para luchar, o cuando lo que haces parezca que no tiene respuesta o solución. Cuando sepas que ha llegado un gran día, ese que quieres que sea especial de alguna forma.

—No entiendo…

—Llévate el frasco, cultiva las semillas… ¡tú sabrás cuándo beber la tisana!

—Sigo sin…

—Es para cuando quieras conseguir algo inconseguible. Lo tomas sola o lo compartes con la persona que sienta ese mismo deseo, esa misma necesidad que tú. Es un té para tener optimismo cuando no lo tienes —concluyó Amina. Depositó el pequeño frasco sobre la palma de su hija y le cerró la mano con fuerza.

Melisa no comprendió las explicaciones; solo por amor a su madre llevaría el frasquerío en la maleta. La generosidad la conmovió:

—Madre, si me das todo, te quedarás sin nada. Puedes necesitarlo. Déjate la mitad —propuso. Abrió el frasco y le entregó una parte.

Amina lo tomó, pero dijo:

—Déjamela, si quieres. De todos modos, ya no lo necesitaré. Acabo de usarlo para lo que deseaba. Estamos tomando el té moruno con una hoja de esa planta.

—¿Y qué es lo que has pedido? ¿Cuál es tu deseo? ¿Por qué hoy

es un día especial? —preguntó con curiosidad. Melisa intentaba comprender para qué servía ese té.

—Solo pedí que tú y yo volvamos a tomar juntas muchas tazas de té en esta cocina.

—¡Madre! No seas tremendista.

—Cuando alguien cruza el océano y se va a otro continente, como lo harás tú, no se sabe cuándo lo volverá a ver.

«Es verdad: viajar a otro continente significa eso y muchas cosas terribles más», pensó Melisa aunque jamás se lo reconocería. Se puso de pie y abrazó a su madre. Y allí, en la cocina, lloraron como llorarían cuando se reunieran de nuevo en ese mismo sitio para compartir los tés ansiados por Amina, solo que el llanto tendría otros motivos.

Decenas de acontecimientos importantes, felices y también tristes comenzaban a germinar en orden cronológico en el destino de Melisa. Su vida de adulta lanzaba las primeras raíces.

Amina, por su lado, transmitía parte del importante bagaje que su hija necesitaba para poder volar sola. Porque aunque hubiera querido extender el tiempo de complicidad filial, ya no era posible. El reloj avanzaba y exigía que Melisa desplegara sus alas para vivir su vida. Amina se consolaba pensando que, al fin y al cabo, era lo mejor que le podía pasar; sobre todo, en esos momentos en que deseaba tenerla en sus brazos como cuando era pequeña y su corazón decía: «Lo que daría si me dejaran tenerla conmigo por una hora tal como era cuando tenía dos añitos. Solo con eso ya me contentaría, y luego, feliz, la devolvería para seguir disfrutándola como está ahora». Es decir, una hermosa mujer que, al mirarla, le generaba un inconmensurable orgullo.

Pero la vida corría y no se detenía. Finalmente llegó el momento en que Melisa buscó la maleta más grande de la casa y, en silencio, la preparó en su cuarto. En el mismo instante en que colocó la primera prenda, y por las siguientes horas, la casa Loyola entró en caos porque sus padres, más allá del dolor de la partida, más allá de los mimos y las lecciones que le querían dar, se mostraron diligentes y preocupados por asegurarse de que su hija llevara lo absolutamente primordial: ropa de abrigo, dinero, nombres y direcciones de contactos por si debía acudir a personas de confianza, documentos, perfumes, cremas y… «¡Mucho té moruno!»,

insistía Amina. Melisa, que no quería quejarse, solo se atrevió a argumentar:

—Mamá, me voy a Buenos Aires. Dicen que es una gran ciudad, deben vender todas esas cosas.

—No importa, llévalas por las dudas —le respondió Amina obsesionada con la idea de que no le faltara nada.

Entonces, Melisa las cargó en las maletas sin protestar, pero cuando su madre se distraía, aligeraba el peso y dejaba algunas cremas en el *placard* del baño.

Tras unas horas, Melisa concluyó la fajina y cerró las maletas. Pero esa noche no pudo dormir; tampoco la anterior. El paso que estaba por dar era gigante. La emoción la embargaba, y su almohada la escuchaba decir: «¡Me voy a América a trabajar en el teatro! ¡Me voy a América a trabajar en el teatro!».

La casa de Irina Martínez Romanov se encontraba atestada de gente y ella se sentía exultante: el salón literario que acababa de inaugurar esa tarde en su mansión era un éxito total. Desde su regreso a París, soñaba con tener uno tal como el que llevaba adelante en la avenida Víctor Hugo su íntima amiga Anita, que no era otra que la señora Ana Teresa Ortiz Basualdo de Olazábal, cuñada de Alvear. Y, a juzgar por la buena acogida, lo lograría con creces porque no le había fallado ningún invitado.

Terminada la lectura del libro elegido para ese día, los presentes pasaron al comedor para disfrutar del servicio de té con torta. Irina dio un rápido vistazo a la concurrencia y se supo dichosa: entre sus invitados estaban los apellidos más granados de la Argentina, como Alvear, Martínez de Hoz, Anchorena, Olazábal. También el escritor Ricardo Güiraldes, que había dejado su refugio en Pollensa para honrar el convite, y el millonario empresario Francisco de Vita. Algunas personalidades francesas se movían cómodamente por su comedor, como el político Georges Clemenceau, los escritores Jules Supervielle y Romain Rolland, y el anciano general Foch. En el grupo también destacaba la condesa Anabella Franchini, de Italia.

Irina estaba ofendida con Nikolai porque, en lugar de asistir a su reunión, había preferido las carreras de caballos, en Longchamp, algo muy común entre los hombres.

La anfitriona conversaba animadamente haciendo gala de su

savoir-faire mientras que los invitados la ponían al tanto de las noticias del momento: que su amigo Enrique de Anchorena se había visto obligado a vender cincuenta mil hectáreas en Lobería para sostener su nivel de vida parisino; que su hermano, Aarón de Anchorena, para no caer en la quiebra, trataba de conquistar a Zelmira Paz Díaz, viuda de Alberto Gaiza Lynch, con la total desaprobación de sus cuatro hijos; y que Eduardo Martínez de Hoz, hijo de la condesa del Sena, se había hecho ciudadano francés para no verse obligado a regresar a la Argentina para cumplir con el servicio militar.

Las revelaciones rimbombantes se unían a las corrientes y mundanas, pero no por eso menos necesarias, como conocer el tenor de la circular emitida por el Banco Español del Río de la Plata —entidad empleada por los residentes argentinos en París para recibir los giros desde Buenos Aires—, en la que comunicaba que los clientes Clase A, como eran ellos, podrían trabajar en descubierto.

Irina recordó que, en cuanto viera a Nikolai, le pediría que retirara el dinero de esa quincena. Últimamente, nada alcanzaba. Si se quería vivir con las comodidades de siempre, ya no bastaba con recibir un solo giro mensual; ahora requería dos, y hasta tres, para descontento de Erik, el más conservador de la familia y el encargado de hacer los depósitos. Dio gracias al cielo: Nikolai opinaba como ella y comprendía cuán necesario era vivir *comme il faut* y cuán preciso era mantener un cierto nivel de vida si se estaba instalado en París, donde hasta los mayordomos de una casa como la suya tenían vivienda propia en las zonas buenas de la ciudad. El *glamour* de la capital francesa se costeaba con el dinero producido en la pampa húmeda, del otro lado del Atlántico, con las vacas y los granos. «Sin los fondos que llegan regularmente desde Argentina… no hay vida en París», reconoció Irina mientras recordaba con pena el caso de Anchorena, a quien, poco a poco, al saberlo quebrado, se le iban cerrando las puertas de la ciudad.

—¡Madre, me han pedido que declame en el salón de Ana! —exclamó María Gracia. La joven, que había sucumbido a la moda de recitar, lo hacía muy bien, y ahora la solicitaban.

La señora Romanov giró con la felicidad pintada en el rostro: su hija lucía bonita, estrenaba uno de los vestidos del diseñador

Loyola. Llevaba su cabello rubio en un recogido hecho en la peluquería y le apasionaba declamar.

—Hijita… qué buena noticia. Me parece excelente —dijo orgullosa.

Irina sabía que en esos ambientes se codearía con gente importante y platicaría con candidatos interesantes. Había un muchacho que pertenecía a la familia Martínez de Hoz que ponderaba como futuro yerno y entrevió que ese día estaría presente. Ya vería cómo hacer las conexiones para lograr que los jóvenes charlaran.

María Gracia era desenvuelta y muy graciosa, características valoradas entre los argentinos de la sociedad parisina. Sin embargo, su hija no estaba interesada en candidatos ni cortejos, sino en declamar frente al público; tanto le interesaba, que relegaba cualquier idilio. María Gracia se atrevía a soñar con verse declamando en un teatro, como lo hacían varias mujeres sobresalientes.

«Las mujeres modernas se han vuelto locas. Quieren ser independientes como los hombres, y eso es imposible», meditaba Irina, boicoteando a su propio género, encontrando esa pretensión peligrosa y destructiva.

—Para ese día elegiré algo de Bernard Shaw —anticipó María Gracia pensando en voz alta.

—¿Estás segura? —preguntó inquieta. El escritor era activista político y bastante controvertido. Para ella, todo lo desafiante se volvía peligroso.

—Tranquila, madre… —dijo la melliza y se marchó.

Los hijos nunca hacían caso, menos todavía María Gracia. «Mejor dejar al chico Martínez de Hoz para Luisa. Ella es más dócil y conservadora. Le interesará…», conjeturó Irina y siguió su camino. A punto de incorporarse en un grupo, escuchó la voz de Nikolai, que saludaba en francés con distinción, *comme il faut*. Al verlo cómo se acercaba con su donaire, también se sintió orgullosa: su hijo tenía clase por donde se lo viese, vestía un elegante traje azul que hacía resaltar sus cabellos claros y sus lindas facciones; debajo, su camisa blanca con lazo oscuro al cuello lucía impecable. Un detalle lo acusaba de no haber participado del salón literario: el color tostado de su rostro. Evidentemente, había permanecido

varias horas bajo el sol, en Longchamp.

En la sala flotaba su perfume Guerlain. Unos pasos y Nikolai estuvo a su lado.

—Madre, he venido a saludarte. Sé qué importante es para ti la inauguración de tu salón literario.

Irina lo recibió con cariño y lo condujo del brazo.

—Ven, te presentaré unas personas. Quiero que las conozcas.

—Solo me quedaré un momento, madre. En breve, me reúno con el Grupo de los Cinco.

—Entonces, elegiremos muy bien a quién presentarte —dijo Irina y enfiló hacia donde estaban reunidas las muchachas en edad casadera.

Había notado cómo lo miraban en las reuniones sociales; todas morirían por él. Pero había una en especial que le agradaba: la chica Quiroga Paz: ojos marrones, muy curvilínea, pelo castaño, sonrisa blanca, divertida pero sumisa. Era perfecta aunque algo joven; solo tenía diecisiete años, un detalle sin importancia. Los años pasarían y ella —indudablemente— crecería.

Nikolai notó hacia dónde lo guiaba. Se resistió a la maniobra.

—Madre, no…

—Dame con el gusto —le pidió compungida.

Lamentaba que su hijo, que ya tenía casa propia en París, aún no sentara cabeza. Debía elegir una mujer para convertirla en su esposa. Ella era viuda y no quería partir para reunirse con su marido sin antes ver bien casados a sus cuatro hijos. Y mejor aún: llena de nietos.

—De acuerdo, de acuerdo… —accedió Nikolai. Mortificado por el cargo de conciencia que le generó no haber acatado el pedido expreso de estar presente en el salón literario, no tuvo alternativa y aceptó sin chistar la propuesta de Irina.

En instantes estuvo frente al grupo de muchachas y todas eran pura sonrisa para él; en especial una: Rosa Quiroga Paz, la que tenía el vestido más escotado, reía con estridencia y conversaba sin parar mientras probaba todos los pasteles.

Dos horas después, Nikolai partía apurado. Su madre lo había atrapado en la casa presentándole al grupo de chicas argentinas sin novio ni marido. Animado por la charla, se había olvidado de la hora. Entendía cuán próximo estaba el momento de elegir esposa,

pero no veía a ninguna adecuada. Irina también había nombrado como candidata a la hermana menor de Azucena, la mujer de Erik, pero para Nikolai la menor de los González Aliaga no figuraba ni *a placé*. La muchacha, por suerte, estaba en Argentina. Mujeres para pasar un rato agradable se hallaban con facilidad; podía visitar a las chicas de *madame* Tatá; incluso, encontrar por allí alguna francesa liberal con quien pasar un día, dos, tres, o una noche… Pero esposa no se encontraba de un momento a otro. No solo quería la adecuada, sino que debía cumplir un requisito indispensable: tenía que gustarle. Sopesó rostros que le agradaran especialmente y enseguida vino a su mente el de Melisa Loyola, la chica de ojos exóticos, boca carnosa y roja, piel trigueña y luminosa. La encontraba parecida a Esmeralda, la gitana que acompañaba a Quasimodo en el libro de Víctor Hugo. De la mano de esa potente imagen le llegó el beso que se dieron en el Ritz y su cuerpo de hombre acusó el mismo revuelo. Melisa le gustaba mucho; era muy diferente a las demás en todos los sentidos que pudiera imaginar. Pero tenía novio, el desagradable Pedro Saidi.

Nikolai miró la hora en su reloj de oro, saludó apurado y se subió a su automóvil. Había salido sin chofer, pero si volvía a su casa para buscarlo y cambiarse de ropa, corría el riesgo de ser impuntual. Desistió.

Por primera vez el grupo compuesto por Baglietto, Dufour, Fortabat, Saidi y él se reunía para trabajar con papeles en la mano. Llevarían planos para evaluar estilos y un bosquejo de lo que sería el contrato definitivo. Para asegurar la fidelidad, Fortabat introdujo una serie de cláusulas innecesarias, pero que nadie objetó: hasta cierta fecha, cualquiera podría retirarse del negocio; luego, tendría que pagar una multa. Además, una vez conformado el capital societario, si alguien decidía retirarse del proyecto, lo perdería; es decir, el desertor no podría reclamar su parte. A lo largo del tiempo que duraría la construcción, cada uno de los socios aportaría diferentes sumas de dinero: la más grande sería al inicio; después, integrarían montos menores.

La reunión sería decisiva: fijarían los números. Nikolai se sentía entusiasmado y lleno de adrenalina. Solo tenía un pero que empañaba sus ganas: estaba obligado a ver a Saidi, el novio de Melisa. Desconocía la reciente ruptura.

Manejaba concentrado en los pormenores del contrato hasta que pasó frente a La Chemise Parfaite. Se detuvo con la idea de adquirir una camisa y ponérsela allí mismo para presentarse impecable ante sus socios, pero era tarde: en la puerta del negocio colgaba el cartel «CERRADO». A través del vidrio, alcanzó a divisar a la muchacha rubia que siempre lo atendía; ella acomodaba unas prendas. Golpeó la ventana y le brindó su mejor sonrisa mientras trataba de recordar su nombre. La joven le abrió de buen talante.

Nikolai suplicó, aunque no tenía necesidad:

—Sé que siempre me dices que estás atareada, que estás sobrepasada, y justo vengo a molestarte cuando ya has cerrado. Pero necesito una camisa con urgencia.

—Pase, señor Martínez Romanov. En esta casa, usted es un cliente con privilegios —respondió con una sonrisa. Había tenido una larga jornada, con el negocio rebosante, y estaba cansada. Pero lo atendió con deferencia.

Entonces, Nikolai recordó el nombre:

—¡Gracias, Angèle! No podrías hacerle más honor a tu nombre. Eres un verdadero ángel.

—Nikolai, ¿le doy esta blanca del talle de siempre?

Ella no solo conocía su apellido sino también su nombre y su talle. Ciertos clientes eran inolvidables. Martínez Romanov tenía ese privilegio por varias razones: era amable, lindo y compraba mucho. Lo que le pidiera, ella se las arreglaría para concedérselo, pensó la empleada.

Nikolai se marchó. Vestía la nueva camisa. Al subir a su coche, meditó: «Lo que le pida, esta chica me lo dará». Un detalle para tener en cuenta.

Capítulo 14

Sin más prendas
ni tesoros
que tus negros ojos moros
y tu cuerpito gentil.

Tango «Galleguita»,
ALFREDO NAVARRINE

Para Manuel y Amina la despedida de Melisa fue tormentosa y angustiante al punto de que cuando regresaron del teatro, lugar donde la compañía de Rasimi se concentró para emprender la partida rumbo al puerto, se fueron a la cama y, acostados bajo las cobijas, estuvieron un día, una noche, otro día y otra noche. Solo el trabajo logró sacar a Loyola de ese estado de gripe emocional, ese mismo del que Amina no saldría por meses, porque a ella le llevaría más tiempo recuperarse.

Para Melisa, en cambio, fue diferente. Si bien le había costado despedirse de sus padres, la alegría la embargaba y la emoción la había tenido risueña y vehemente hasta que el barco zarpó, y luego, instalada en su camarote, se había pasado las primeras veinticuatro horas durmiendo el sueño que le faltó dormir los últimos días que estuvo en su casa; ella, poco a poco, volvía a ser la de siempre. Cuando despertó, se dedicó a recorrer el navío, a charlar y a conocer mejor a las chicas francesas que serían sus compañeras durante dos largos años, estadía mínima que pasarían en Buenos Aires porque antes de ese tiempo sería difícil regresar a París.

En Francia, los Loyola no tenían familia; sí personas queridas a las que Melisa hubiera querido saludar. Pero solo se despidió de tres amigas y de Margot, quien la llenó de besos y consejos y le advirtió sobre los hombres argentinos: «Mantenlos alejados. Son seductores y mujeriegos», insistió. Melisa siempre había creído que el padre de Amèliè era un argentino y, aunque nunca habían conversado sobre el asunto, los comentarios de Margot alentaron su suposición.

Melisa recordó a Nikolai Martínez Romanov. Era inevitable;

todavía le gustaba. Sin embargo, con su viaje a América, ese hombre quedaba lejos, muy lejos, transformándose en parte de su pasado.

Los días que duraría la travesía serían felices y Melisa siempre los recordaría gratamente. Tendrían el sabor de la libertad y la valentía, de haberse animado a ir tras su destino, ese que había elegido, y que cada mañana recordaba con esperanza.

En el barco, la rutina de las muchachas incluía pasear por la cubierta ataviadas de vestidos claros y sombrillas del mismo tono, dormir siestas al sol y bailar por placer en el salón, sin pasos ensayados ni coreografías estudiadas. Luego de la cena, se recreaban con los espectáculos que ofrecía la compañía naviera; especialmente el de tango, que era —por lejos— el más aplaudido.

El numeroso grupo de bellas muchachas francesas no pasaba desapercibido; por el contrario, llamaba continuamente la atención de los pasajeros; sobre todo, de los hombres solteros que insistentemente se les acercaban en busca de conquista, pero las muchachas tenían una meta: prescindir de amores por los siguientes meses. Durante las tardes más apacibles, se acomodaban en las reposeras de la cubierta y cantaban *a capella* para deleite de los pasajeros. Melisa no sabía todas las melodías pero, poco a poco, dominaba el repertorio que presentarían en el teatro Ópera de Buenos Aires. Cuando el grupo cantaba, la voz algo afónica y dulce de Melisa sobresalía.

Durante la travesía, en dos oportunidades *madame* Rasimi le solicitó al capitán que le prestara por unas horas el salón principal. Quería repasar y reforzar las entradas y las salidas de las coreografías para que las chicas no se las olvidaran. Melisa solo participó una vez en el ensayo; su incorporación se producía lenta pero segura. Rasimi pensaba que tenía mucho por aprender, pero talento y fuerza de voluntad no le faltaban; y, sobre todo, tenía «ese no sé qué», ese encanto propio, ese toque de la varita mágica que provocaba que todos los ojos la miraran, que abriera su boca para cantar y todos le prestaran atención, que vistiera un solero y se pusiera de moda, que usara el pañuelo en la cabeza de una forma y todas la copiaran, ese aura que solo poseen algunas mujeres y que las convierte en íconos cuando deciden entrar al mundo del espectáculo. Melisa era diferente pero por reflejo de un poder

interior que se mostraba en sus gustos, movimientos y palabras, aun en la ropa que elegía o en su manera de andar, frecuentemente descalza. No cualquier muchacha se hubiera animado a abandonar lo conocido y lanzarse al vacío, no cualquiera tenía por padres a los Loyola, ni leía lo que ella.

Finalmente, cuando desde el barco divisaron el puerto, los pasajeros explotaron de algarabía. Pero Melisa lloró. Persiguiendo su destino había cruzado un océano y se había alejado de sus seres queridos. Era el primer sacrificio de los muchos que haría por su vocación. Solo que ella aún no lo sabía.

Capítulo 15

Noches de Buenos Aires,
en mi canción
pone tu embrujo luminoso
el sello ardiente de la emoción.

Tango «Noches de Buenos Aires»,
MANUEL ROMERO

Buenos Aires

La adaptación de las muchachas francesas al modo de vida porteño no resultó traumática. Buenos Aires era grande, activa y vital, como París, y no tardaron en sentirse como en casa, incluida Melisa, quien disfrutaba más que cualquiera porque, gracias a su padre, dominaba el castellano.

Durante la travesía, Melisa se había hecho muy amiga de Arlette, una bonita pelirroja y excelente bailarina que decidió embarcarse hacia la Argentina para olvidar un amor contrariado y buscar nuevos horizontes económicos. Era libre y nada ni nadie la ataban a ninguna ciudad porque su familia había muerto en la guerra. Juntas pasaban muchos buenos momentos charlando sobre actuación y apoyándose cuando lo necesitaban.

Luego de los primeros ensayos realizados en el teatro Ópera, Melisa fue incorporada al grupo de coristas secundarias porque en poco tiempo había aprendido lo esencial para enfrentar al público. Las horas que había pasado en París viendo los ensayos de la obra la habían ayudado.

Una de las últimas noches templadas previas al invierno, al fin, se produjo el momento esperado: *París chic*, la obra de *madame* Rasimi, se estrenaba en Buenos Aires. Los diarios no hablaban de otra cosa. Las entradas, de precios exorbitantes y agotadas en boletería, se revendían al doble en los cafés de los alrededores del teatro. Desde la tarde, en la calle Corrientes se vivía un clima festivo y de excitación. París, la Ciudad de la Luz, había llegado a

Buenos Aires de la mano de *madame* Rasimi y nadie se resignaba a perderse la veintena de bellas mujeres que cantarían en francés y bailarían con ropa sensual, ni a la figura principal, Mistinguett, la mujer de las piernas aseguradas en una cifra que rayaba lo estrambótico —un millón de francos— y famosa por sus actuaciones en los más renombrados *cabarets* parisinos.

Antes de salir a escena, Melisa se dio una mirada en el espejo y no se reconoció. Muy maquillada y con un tocado de flores blancas refulgiendo sobre su pelo oscuro —esta vez, recogido—, no se parecía en absoluto a la chica que había dejado Francia. Un aire sofisticado venía a fundirse con lo exótico de su rostro. En el grupo, integrado por mujeres de todos los colores y variados rasgos abundaban las rubias. Solo ella y dos más tenían una apariencia distinta.

Melisa, con tacos altos y su apretado vestido de *broccato* blanco y dorado, caminó con cuidado hasta llegar a la ventanita por donde se podía espiar el exterior del teatro. De puntillas, sus ojos curiosos alcanzaron a ver una larga y bulliciosa fila de espectadores porteños que, a buen ritmo, ingresaban al salón. Algunos, buscaban ver de cerca a las chicas francesas. Por eso, cuando el elenco llegó temprano para cambiarse y maquillarse, muchos de ellos ya estaban en la puerta del teatro para pedirles un autógrafo.

Melisa no sabía que en esa fila de personas que se extendía por Corrientes estaba Erik Martínez Romanov, aguijoneado por el recuerdo de una mujer francesa.

«¡Vienen a vernos a nosotras!», pensó Melisa al reparar en el gentío, y sintió mariposas en la panza. Estaba nerviosa. Por primera vez actuaría sobre un escenario. «¡Y en otro país, en una gran ciudad y lejos de mi familia!». No salía de su asombro. Decidió regresar al camarín. La charla despreocupada de las más fogueadas, acostumbradas a los estrenos y a las funciones a sala llena, la relajaba y le hacía olvidar la importancia de lo que estaba por acontecer en su vida.

Media hora después, la música inundó el escenario del Ópera. Melisa, que temblaba por dentro, hizo su aparición junto con las demás actrices y las tablas se colmaron del *glamour* que los porteños estaban esperando. Llegaba de la mano de las elegantes y estilizadas figuras femeninas, de las vaporosas gasas, de los brillos,

tulles, plumas y perlas que refulgían bajo los potentes reflectores. Las mujeres mostraban sus curvas y su belleza sin pudor y el comentario general de los plateístas era el mismo: «Una francesa más hermosa que la otra».

En el punto culminante de la rutina, irrumpió en escena la célebre Mistinguett montada sobre unas barcazas que se balanceaban en un Sena pintado de azul mientras cantaba su célebre «En douce». Y el público, boquiabierto al admirar esas fabulosas piernas que habían deslumbrado a toda Europa, aplaudió enardecido.

París chic mostraba el típico encanto francés y, sin imaginárselo ni proponérselo, sentaba precedente e instalaba la revista de París en Buenos Aires. A partir de la visita de la compañía de Rasimi, se gestó un nuevo género: la revista porteña, un híbrido compuesto por el *glamour* parisino y el ingenio criollo. Su nacimiento estuvo impregnado del vedetismo galo hasta que, pocos años después, tomó su forma definitiva.

Y allí estaba Melisa Loyola, haciendo historia en Argentina.

Al término del espectáculo, las chicas fueron aplaudidas a rabiar, de pie. Habían puesto lo mejor de sí y el *show* había sido un éxito. *Madame* Rasimi festejaba. Su intrepidez había sido un acierto. Había valido la pena el esfuerzo, que, de ahora en más, se vería compensado con billetes para todas.

Un par de horas después, las muchachas tomaban *champagne* en los camerinos atestados de flores enviadas por los admiradores. Felices, habían programado cenar *pizza* en un local cercano. Anticipándose al revuelo varonil, *madame* Rasimi le había pedido al propietario que cerrara sus puertas para que las muchachas pudieran comer en paz. Melisa creía que iría en vano porque la emoción de lo vivido esa noche no le permitiría probar bocado.

Cuando las chicas cruzaron la puerta del teatro, se toparon con curiosos y espectadores que aún esperaban para saludarlas. Las francesas escucharon de buen talante halagos, invitaciones y propuestas inverosímiles. Firmaron autógrafos y repartieron sonrisas hasta la puerta de la pizzería. Los porteños parecían haber enloquecido. París se había mudado a Buenos Aires y estaba allí, al alcance de la mano.

Entre la cena y los festejos, el elenco se acostó bien entrada la madrugada. Melisa, exhausta pero feliz, miró la hora justo antes de dormirse: eran las tres de la mañana.

París

En ese mismo momento, en el otro extremo del mundo, Nikolai Martínez Romanov miró su reloj y se levantó; el día comenzaba. Debía tomar una decisión importante: comunicarle a Erik su opinión acerca de la incorporación de ganado inglés con el fin de mejorar los planteles propios que pastaban en la pampa húmeda.

Nikolai posponía una y otra vez la respuesta que su hermano aguardaba con impaciencia. Era un síntoma del abandono en el que había sumido los asuntos relacionados con los negocios de Argentina. Culpó al proyecto de la construcción de los teatros; le demandaba demasiado tiempo. Agradecía que, cuando los socios se distribuyeron las labores, le hubiera tocado Fortabat —y no Saidi— como compañero. Aunque siempre había sido el más puntilloso e inquisitivo, hacía más llevadero el trabajo. No hubiera soportado verse obligado a tratar con Saidi todas las semanas, ni compartir conversaciones o almuerzos de trabajo. Era una suerte que casi no se vieran y, sobre todo, que no se hubiera vuelto a cruzar con su novia. No le interesaba enzarzarse con una mujer que ya tenía dueño. Claro que Nikolai desconocía el revés sufrido por Pedro Saidi. El socio no se había molestado en explicar por qué, cómo ni cuándo había roto el compromiso, así que muchos ni lo sabían. Solo su círculo más íntimo tenía una orden precisa: que jamás volvieran a nombrar a Melisa Loyola en su presencia.

Esa mañana, una vez que Nikolai se instaló en la oficina, quedó atrapado por las urgencias. Fue ineludible dedicarse al proyecto del Grupo de los Cinco. Por la tarde se reunirían con los arquitectos. Cuando concluyó la lista de requisitos, escribió la larga misiva para Erik. Aceptó con agrado la decisión de mezclar el ganado inglés con el criollo porque —comentó— así lo habían hecho varios estancieros residentes en París. Contestó punto por punto y se explayó en uno importante: «Visité las oficinas de la nueva naviera que mencionas y recibí una oferta tentadora. El precio del flete es conveniente. Asimismo, hermano, no me convence. Parecen unos arribistas. No cambies de empresa, pues, a veces, pagar lo más caro

tiene sus beneficios», escribió fiel a su estilo de elegir la excelencia. Al final, cerró enviándoles saludos y besos a toda la familia y dejándole una propuesta: con la esperanza de ver a sus sobrinos, lo invitó a pasar una temporada en su nueva casa. Lo hizo sin ilusión, pues sabía que ni a su hermano ni a Azucena les agradaba Francia.

Lacró el sobre y se fue a cambiar; quería ponerse un traje acorde a la ocasión: almorzaría en la casa de los Quiroga Paz. Después de algunas visitas informales, y luego de solicitar el consabido permiso paterno, comenzó a frecuentar a la familia. Le simpatizaba una de las hijas. No era el amor del siglo, ni siquiera un leve enamoramiento, pero en vista de que su situación lo empujaba, intentaría una relación que, si funcionaba, en uno o dos años podía terminar en un buen casamiento. La elegida era Rosa Quiroga Paz, aquella chica que Irina le había presentado en su salón literario.

A las diez de la noche, después del almuerzo con los Quiroga Paz y de una tarde de intenso trabajo con los arquitectos, Nikolai decidió visitar La Maison de Tatá. Las tensiones que le producía el nuevo proyecto, sumado al tiempo pasado con Rosa en calidad de festejante, lo sumieron en un estado de desasosiego que lo alteraba por completo. Durante la tarde no había hecho otra cosa que mirar el escote de la chica, pero no tenía permiso ni para tocarle un dedo. A duras penas si le había robado un pequeño beso mientras recorrían los rosales del patio… Con Rosa tampoco podía mantener un diálogo maduro. ¿Cómo hablar con una chica de diecisiete años sobre sus negocios, edificios o construcciones? Su edad y el mundo de cristal que habitaba la alejaban de la realidad. De hecho, esos temas no le interesaban en lo más mínimo.

Sin embargo, no todo era negativo. Nikolai se consoló diciéndose que Rosa tenía dos puntos a favor: su buen humor —se reía constantemente— y un generoso escote. Pero en ese preciso momento, las virtudes de Rosa no contaban: necesitaba una verdadera mujer para tener sexo, para que lo escuche, para contarle cuánto trabajo le daba ponerse de acuerdo con Fortabat, y hasta para cenar, porque, a pesar de la hora, todavía no había comido nada y no tenía ganas de hacerlo solo. Estaba seguro de que en lo de Tatá lo atenderían, y si tenía suerte, incluso, se distraería con alguna conversación interesante de esas en las que se encaramaban los caballeros del lugar mientras tomaban una copa. Precisaba

distraerse. Se contentaría con escuchar las agradables anécdotas que *madame* Tatá contaba sobre su vida en Rusia.

Al ingresar a la casa, la mujer lo recibió con una bebida en la mano y lo condujo hacia una mesita. Al cabo de unos minutos, subrepticiamente, apareció frente a él la chica marroquí con un plato de comida. Lo saludó y se perdió tras un cortinado. Nikolai se quedó atontado apreciando el largo del pelo. Tatá, que sabía de sus gustos, le comentó:

—Coma, Romanov. Es un *croque monsieur* con huevo. Coma algo antes de que empiece la función. Alif hoy bailará para ustedes —anunció mientras le arrimaba el plato con el típico y delicioso emparedado francés.

—No podía ser más oportuna, Tatá, vengo muerto de hambre y quiero ver bailar a Alif —respondió con agrado.

La mujer, que siempre parecía adivinar sus deseos, le sonrió y le dijo:

—Ya sabe cuál es el lema de nuestra casa: «En La Maison de Tatá servimos, cuidamos y consentimos a los hombres».

—Lo sé, lo sé… —afirmó Nikolai. Siempre le daba placer leer la frase escrita en un cartelito colgado en la pared del recibidor.

Tatá se marchó y él se dedicó a comer con ganas. Cuando dio el último bocado, la música árabe inundó el salón y Alif apareció semidesnuda, vestida con ropa de bailarina mora. Llevaba un sujetador pequeño y apretado decorado con monedas y una faja a la cadera con gajos de *tulle*. Moviéndose con gracia, comenzó la sensual danza: sacudía sus caderas y su vientre y, al hacerlo, sus pechos se bamboleaban arrancando exclamaciones entre los hombres más exaltados.

Nikolai siempre había considerado a esa muchacha como la más sensual y atractiva de todas las que trabajaban allí, pero verla danzando al ritmo de la música árabe era algo vertiginoso, maravilloso. Ese baile… ese andar…

La miró hechizado durante un buen rato hasta que dio paso al siguiente acto: dos francesas de vestido de satén negro muy corto y sin sostén bailaban tango… muy juntas.

El erotismo de la danza rioplatense poco le importaba a Martínez Romanov, que siguió con la mirada el recorrido de Alif desde el escenario hasta la mesa que ocupó. Agitada por su número,

todavía respiraba con dificultad. Cuando las bailarinas terminaron, el escenario fue ocupado por el resto de las chicas para ofrecer el típico brinque del *cancan*. Nikolai se puso de pie y, acercándose a *madame* Tatá, le susurró:

—Hoy quiero estar con la chica marroquí.

—Me lo imaginé, y se la reservé. Es toda suya.

Ella sabía que se lo debía. Pedro Saidi se la había quitado la última vez y Romanov se había marchado molesto.

Con el público exaltado por las piruetas y los saltos de las jóvenes, Nikolai y Alif subieron las escaleras, rumbo a los cuartos. Algunos clientes distinguidos, como el argentino, tenían el propio, con sus nombres bordados en toalla y bata. Instalados en la habitación, Nikolai la miró con sus ojos claros llenos de deseo y le pidió:

—Baila de nuevo para mí.

Alif danzó sin música, la magia árabe continuó, y ambos consumaron lo que Romanov venía buscando desde que había puesto un pie en la *maison*.

Ella se quitó fácilmente la ropa; sus prendas eran escasas y se encargó de sacárselas también a él. No hubo besos, aunque sí caricias. Esa piel oscura lo excitaba, como a ella su colonia. En pocos minutos, Nikolai lograba una doble satisfacción: Alif había conseguido que olvidara sus tensiones y, esta vez, él se había salido con la suya; Saidi no había podido quitarle la chica. Romanov sonreía victorioso.

Relajado tras el acto, Nikolai intentó iniciar una charla, pero las respuestas de la chica, pese a conocer el idioma, fueron lacónicas; no tenía mucho para decir. Resultó poco culta y carecía de opiniones sobre los asuntos que Nikolai le planteaba. Su habla, llena de giros ordinarios, y su voz torpe le desagradaron; también la forma tosca con que comió de un bocado el *croissant* que había hecho subir para ella. Entonces, tras sopesarla en su justa medida, ya no la encontró atractiva. Pero un recuerdo —un rostro— vino a su mente con fuerza: Melisa Loyola. La chica marroquí era parecida… pero… en realidad: «¡No se parecen en nada! ¿Dónde diablos estará?», se preguntó Nikolai. Llevaba mucho tiempo sin verla y solo esporádicamente se sorprendía evocando aquel beso en el Ritz.

Con Alif a su lado, reconoció que la chica Loyola era una mujer completa, hablaba de cosas que él quería oír, sonreía de manera dulce, tenía buenos modales en la mesa. Nunca se había detenido en esos detalles; tampoco valía la pena hacerlo. «Ese beso en el pasillo del Ritz… ¡Qué beso!», recordó. Jamás tendría una oportunidad similar; quizá, ni siquiera volverían a encontrarse. Un sentimiento insólito lo tomó desprevenido… tenía deseos de verla, la extrañaba. ¿Se podía extrañar a alguien con quien había charlado solo en un par de oportunidades y había besado solo una vez? La respuesta no se hizo esperar: «¡Sí!». Ante el desconcertante descubrimiento, decidió que era hora de volver a su casa para descansar. El agotamiento podía llevarlo a descubrir cosas que no deseaba saber. Algunos pensamientos eran dolorosos y quitaban fuerzas. Recordó el dicho «Soldado cansado, soldado cobarde», y entonces se puso de pie.

Minutos después, mientras conducía su automóvil, rumiaba: «Tengo una hermosa casa, pero vivo solo… Si quiero compañía… si tengo deseos, debo buscar un cuerpo de mujer en el burdel de Tatá». Se sentía solo; no tenía con quién compartir sus proyectos ni un regazo donde encontrar paz. Esta conclusión lo llevó a otra: «Nikolai… es la hora», se dijo. Rosa parecía la mujer adecuada para contraer matrimonio y tener los niños que siempre había deseado.

Capítulo 16

Malena canta el tango como ninguna
y en cada verso pone su corazón.

Tango «Malena»,
HOMERO MANZI

Buenos Aires

Melisa se sumergió por completo en la bañera del cuarto de la casa que compartía con varias muchachas del elenco. El resto, vivía en otra residencia, a pocas calles. Ambas estaban cerca del teatro. Esa tarde, como sus compañeras se habían marchado al centro para hacer compras, disfrutaba de la tranquilidad.

Los primeros fríos de Buenos Aires se hacían sentir y las muchachas, acostumbradas a los días helados de París, tenían sus propias tretas para sortear el rigor del clima. Algunas salían de compras; otras caminaban enérgicamente por el parque; las más sedentarias se sentaban frente al fuego de la estufa y tejían. Cuando disponía de tiempo, a Melisa le agradaba tomar un buen baño de agua caliente, como en esta oportunidad, que lo combinaba con un relajado *hammam*. En el pelo llevaba el último vestigio de *ghassoul* que le quedaba y, mientras se untaba el rostro con una máscara de avena y miel, bebía una taza de té de jengibre. Al fin y al cabo, su madre tenía razón: la provisión de productos se le había terminado y no había dónde conseguirlos. Con una sonrisa, recordó todos los *hammams* que había tomado junto a ella y la extrañó. Buenos Aires y las emociones provocadas ante lo nuevo no le habían permitido pensar en París ni en sus padres, pero ahora que los meses pasaban y hacía mucho que no los veía, los extrañaba cada día más, casi hasta hacerle doler físicamente. Era el lado oscuro de su sueño, de perseguirlo tan lejos de casa. La contracara, sin embargo, la animaba: había progresado mucho. Tanto, que esa semana *madame* Rasimi le había pedido que durante tres noches actuara como

cantante y bailarina principal. Mistinguett, a quien Melisa quería y admiraba, había tomado frío, estaba en cama, engripada y con mucha fiebre. Por lo que, ante la ausencia forzosa de la figura, unos días atrás Rasimi se presentó preguntándole de manera directa, tal como era ella, si se atrevía a ocupar ese papel. A pesar de haber otras bailarinas con más experiencia, Melisa tenía ese encanto especial que debía ostentar la primera figura. Sin pensarlo mucho, ella le respondió afirmativamente.

—¡Claro! ¡Sí, *madame*, por supuesto que sí! —estalló Melisa.

Durante los ensayos, ella solía reemplazar a Mistinguett con absoluta naturalidad. Por lo tanto, Rasimi confiaba en la solvencia de la joven para atravesar este percance.

Su ojo entrenado le había dado la razón: Melisa llevaba dos días desempeñando el papel principal y las funciones habían resultado perfectas. El público la había ovacionado como si se tratara de la mismísima Mistinguett. Pero tras esta noche, volvería a su rol secundario. Por esa razón, quizá, Melisa había ideado un plan: cuando concluyera el espectáculo y los aplausos rabiosos aún resonaran en el teatro, hablaría con la directora. O al día siguiente. Ya elegiría el mejor momento para contarle lo que quería.

Esa tarde todavía estaba en la bañera, cuando supuso que, cuanto más relajada estuviera, mejor saldría su arte. Entonces, cerró los ojos durante largo rato. Sedada y casi adormecida por la tibieza del agua, escuchó desde el otro lado de la puerta:

—Oye, Meli, tienes permiso para estar allí una hora, no más. Así que no te abuses… —advirtió Arlette. Su amiga hablaba entre risas; se tenían cariño.

—Pues ve sentándote… porque creo que hoy me quedaré cuatro.

—Niña perversa, esa bañera no es tuya… —repuso Arlette en voz alta y, riéndose otra vez por lo bajo, entredientes, le lanzó un improperio en francés.

En su camarín, a la hora señalada, Melisa se calzó el traje color piel pegado al cuerpo con *paillets* dorados que su padre había diseñado para Mistinguett. Era el mismo vestido que ella había llevado al teatro en una caja y que, unos días más tarde, adecuó para que la estrella no se tropezara. Mientras apreciaba cómo le sentaba, la paradoja no dejaba de sorprenderla: jamás hubiera soñado que lo

usaría y, mucho menos, tan lejos. Giró la cabeza y observó su espalda en el espejo para confirmar que el cierre cremallera —una innovación introducida por Loyola por sugerencia de Éclair, su inventor— hubiera subido por completo. El cristal le devolvió una figura esbelta y unas formas femeninas casi perfectas. Ella había nacido para ese traje, para ese trabajo, para actuar en el teatro, para entregarse al público, para cantar. Había nacido con ese don grabado en el alma, como decía su padre cuando hablaba sobre vocaciones.

Para la última noche que ocuparía el papel protagónico, ocultó su cabello dentro de un tocado de plumas azules que semejaban una peluca; su rostro, muy maquillado, mostraba en sus párpados una sombra brillante del mismo tono. Aunque todavía estaba frente al espejo, ya no se observaba: la artista que vivía dentro suyo tomaba el control y su mente repasaba uno a uno los pasos de baile que había agregado a la representación y que había hecho esas dos noches, porque, a los que daba la Mistinguett, ella le había agregado dos más; y, a la canción que interpretaba la mujer, le había incorporado un estribillo, uno que Melisa entonaba acercándose al público. La luz enfocaba al azar a un espectador de la platea y ella le regalaba el sugerente gesto de hablarle al oído. Ese juego de complicidad enardecería al público, que ya enloquecía por ella.

Luego del repaso mental, pensó que había mucho más por mejorar, pero ahora era el momento de salir a escena para brillar. Esperaba, ilusionada, que *madame* Rasimi aceptara la propuesta que le haría.

El ayudante de vestuario golpeó la puerta del camarín.

—Señorita Loyola…

—Ya voy —respondió.

Era el momento exacto en que debía salir a escena. Melisa caminó con donaire sobre unas altísimas sandalias plateadas que mostraban sus uñas pintadas, también, de color plata. Frente al telón de terciopelo negro inspiró una bocanada de aire e hizo su rutilante ingreso. De inmediato, el público enmudeció. Melisa Loyola provocaba estupefacción y mil sensaciones más. Porque cuando comenzó a cantar no solo se podría haber escuchado el ruido de un alfiler cayendo al piso, sino que el movimiento de la

sala se paralizó por completo y ya nadie se corrió ni un centímetro en su butaca. La magia había comenzado, y era total, absoluta, rotunda, única e imperiosa. No había manera de zafarse de su influjo y, despótica, gobernaba a su antojo los sentidos y los sentimientos de todos los presentes. Con su arte, Melisa tocaba el alma y las emociones.

Concluida la función, el público aplaudía de pie. Varios minutos después de abandonar el escenario, las chicas festejaban la aclamación que aún escuchaban desde los camerinos. *Madame* Rasimi entró exultante al de Melisa; la encontró quitándose el tocado de plumas azules.

—¡Niña, niña…! Vengo a felicitarte… ¡Espléndido, espectacular, no hay palabras! Siempre supe que eras talentosa y especial.

—Gracias, Diche —dijo Melisa. Se puso la bata y, a continuación, comenzó la remoción del pesado maquillaje.

—Ay, chica, si te viera tu padre…

Quebrada por la invocación de Loyola, Melisa se paralizó.

—Cuánto daría por que ellos me vieran —asintió y se le llenaron los ojos de lágrimas al recordar también a su madre.

—Ya llegará el día, Melisa, ya llegará.

—Espero que así sea… —repuso tratando de componerse.

—Ahora disfruta de lo que acaba de suceder, que te lo mereces. Han sido tres noches grandiosas. Lo has hecho tan bien que… si no tuviera contrato con Mistinguett…

Rasimi nunca tenía pelos en la lengua.

—De eso quería hablarle —deslizó Melisa. Era el momento. Se puso de pie. Había decidido conversar con ella al día siguiente, pero las oportunidades no esperaban y había que aprovecharlas.

—Dime… —propuso con cuidado. Por experiencia, sabía que los celos entre artistas podían destruir una obra exitosa.

Melisa le adivinó el pensamiento.

—No quiero quedarme con el número de Mistinguett. No, Diche, jamás se me ocurriría pedirle eso… Aprecio y admiro el talento de ella…

—Entonces… ¿qué quieres decirme?

—Quisiera tener un número propio.

Rasimi la interrumpió. Su cabeza también comenzaba a volar. Había visto cómo el público amaba a esta chica. Pero retocar la

obra era una complicación extra.

—Hum… no sé…

Melisa debía apurarse, contar su lucubración, necesitaba entusiasmar a Rasimi con rapidez. La mujer tenía su propio ritmo vertiginoso; podía irse de repente y dejarla plantada, sin la oportunidad de contarle lo que soñaba. Por consiguiente, las palabras le brotaron a borbotones:

—Podríamos anexar un acto de marcado tinte árabe. Primero propongo interpretar una canción marroquí muy dulce y culminarlo con una sensual danza… siempre utilizando ropa de bailarina mora típica.

—No está mal aunque sería arriesgado —especuló Rasimi. Sabía bien que lo que Melisa hiciera atraería más gente y volvería más exitoso a *París chic*, sin embargo, le atemorizaban las complicaciones.

—Lo sé, Diche, pero pienso que quedaría muy bien si lo pegamos al acto de la llegada de los extranjeros. A la gente le gustaría y eso es lo importante.

—Es verdad… —coincidió. Imaginó cómo podría incorporar el número e hizo silencio.

—Al menos, deberíamos probar —sugirió Melisa.

La directora, pensativa, asintió con la cabeza; luego dijo:

—Escúchame, ahora estamos cansadas pero mañana a las nueve te espero en la oficina del teatro. Trae anotadas las ideas.

—No sé si llegaré a escribirlas para esa hora.

—Levántate a las cinco, chica, si es necesario. Para conseguir algo que jamás has logrado aún, tendrás que hacer cosas que nunca has hecho… Si sigues haciendo las mismas, solo conseguirás más de lo que ya tienes.

Melisa quedó impactada por la frase, le caló hondo.

—A las nueve estaré allí con mis apuntes —dijo sonriendo.

Rasimi era dura, autoritaria, pero también imparable, motivadora y arriesgada. En síntesis, una buena maestra para Melisa.

París

Bruno, el chofer de Nikolai Martínez Romanov, se estacionó conforme a las instrucciones de su patrón sobre la avenida de

Wagram, justo frente a la casa de Juan Dufour. Desde hacía un tiempo, esa residencia funcionaba como centro de operaciones del grupo.

Nikolai abrió la puerta del vehículo y, antes de bajar, miró para los cuatro costados; luego descendió apurado y se encaminó hacia la puerta de la casa de su socio. Golpeó ansioso hasta que los nudillos le dolieron; quería que lo atendieran rápido. Si bien esa zona de la ciudad era segura, los ladrones estarían dispuestos a arriesgar sus vidas por las dos bolsas repletas de francos que cargaba en cada mano. Con esa cantidad una familia podía convertirse en millonaria. Fortabat ya había desembolsado el dinero para la compra de los terrenos y ahora le tocaba a él aportar su parte para iniciar la construcción. A continuación, lo harían Saidi y Dufour. Por lo menos, lo que les correspondería sufragar en esta primera etapa porque, periódicamente y conforme avanzaran las fases, seguirían aportando; ese era el trato. Baglietto había abandonado el proyecto antes de integrar el capital; por lo tanto, el resto de los miembros se vio obligado a compensar la falta de dinero; hicieron el esfuerzo sin quejarse, pues el objetivo final los entusiasmaba.

En la residencia de Dufour se reunirían junto con los tres famosos arquitectos que habían contratado para la obra.

La puerta de la casa se abrió, y Nikolai ingresó aliviado.

—Te demoraste y nos preocupamos —comentó Dufour al recibirlo.

—Son miles de francos. Los empleados del banco tardaron en contarlos.

—Me imagino… Pasa, que ya estamos todos.

Nikolai ingresó a la sala. La mesa estaba llena de hombres y todos bebían café mientras miraban los planos. Tomó asiento y la charla sobre la edificación comenzó. Como siempre, Saidi y Romanov casi no se miraban y solo se decían lo justo. Por momentos, la conversación subía de tono. Las opiniones divergentes no se conciliaban con facilidad. Los problemas se planteaban uno a uno. Primero: cuando al fin decidieron encargar los materiales, surgió la posibilidad de traerlos de Eslovenia a un precio más conveniente, pero corrían el riesgo de que se arruinaran por el camino. Segundo: los terrenos aún no se habían cercado y la

gobernación les había puesto una multa; Saidi se encargaría de pagarla. Tercero: faltaba un permiso para comenzar la obra; Fortabat podía conseguirlo. Cuarto: los obreros polacos contratados estaban cerca de la frontera, pero el gobierno había agregado nuevos requisitos para permitirles emplear trabajadores extranjeros.

Edificar construcciones de cierta envergadura no era fácil y Nikolai, que había renegado con la burocracia de Buenos Aires, ya estaba familiarizado con este tipo de problemas. El resto del grupo también había edificado en París; salvo Saidi, que pertenecía al mundo del espectáculo en sí mismo, y esta era su primera incursión en el rubro.

Habían transcurrido dos horas de debate cuando los arquitectos se marcharon con una parte del dinero que había acarreado Romanov. Los profesionales harían efectivo sus propios honorarios y al día siguiente realizarían las primeras compras para la obra.

Los cuatro socios, mientras se despedían para continuar con sus obligaciones, realizaron las últimas recomendaciones:

—Ten cuidado con el dinero que queda, Dufour —indicó Fortabat señalando la bolsa—. Ya sabes lo que le pasó a nuestro amigo Mildred: su mayordomo le robó una cantidad similar y nunca más lo encontraron.

—Esto va directo a mi caja fuerte y solo saldrá de allí para cancelar los gastos, previo recibo firmado por los arquitectos —respondió Dufour mientras los acompañaba a la puerta de calle. El dueño de la casa que funcionaba como centro de operaciones cargaba con algunas responsabilidades extras, como resguardar y administrar el dinero de la sociedad. Por eso, los demás estaban agradecidos.

—Perfecto —dijo Pedro Saidi.

La charla prosiguió en la calle.

—Bueno, Saidi, solo quedamos tú y yo por cumplir con nuestra parte —dijo Dufour. Ambos aún debían aportar la primera gran suma de dinero—. Pronto la construcción del teatro nos lo pedirá a gritos.

—El teatro siempre pide dinero —sentenció Pedro—. No importa de qué lado se trabaje… Lo digo yo, que estoy en este rubro hace mucho. Siempre pide y pide… ¡Qué le vamos a hacer! Es una especie de amor mutuo insaciable.

—No se queje tanto, que tan mal no le ha ido. El teatro le da ganancias en todas las facetas que usted explota… No le queda ni una sin aprovechar —dijo Fortabat palmeándole la espalda.

—¿Usted cree? ¿Por qué piensa que en todas? —preguntó Saidi sin entender.

—Cuando nuestros teatros estén listos, obtendrá ganancias, al igual que ya le da su sala, donde presenta los espectáculos que contrata. —Siguió en tono divertido—: Usted saca ganancia hasta de los vestuarios que se compran para las obras —remató risueño.

—¿Vestuarios? —preguntó Saidi, que no le encontraba la gracia.

—Lo que digo es que la ganancia queda en familia. ¿Acaso no es su suegro el que confecciona los vestuarios?

Saidi lo miró furibundo y solo le respondió de forma cortante:

—Yo no gano con ningún vestuario, se lo aseguro.

Sin decir nada más y sin siquiera tomarse la molestia de dar ninguna explicación, dio por terminada la conversación. Ridículo hombre ese Fortabat que venía a hacerle ese chiste. El desplante de Melisa y su inmediata partida hacia América aún lo llenaban de rabia, aunque por momentos pensaba: «Ya volverá de ese horrible país y me pedirá por favor que volvamos a estar juntos».

La charla entre los hombres se cortó abruptamente. Por suerte, al verlos en la calle, los chóferes pusieron los motores en marcha y se acercaron para salvarlos del incómodo silencio que se produjo. En minutos, Pedro se marchaba raudamente en su automóvil. Nikolai, mientras se subía al suyo, alcanzó a escuchar la primera parte de la conversación entre Dufour y Fortabat, quienes se despedían frente al Ford.

—Creo que Saidi se molestó conmigo —señaló Fortabat.

—No es nada personal. Sucede que nombraste a Loyola, y el hombre ya no es su suegro.

—¡Hum, no lo sabía! ¡Quién me mandó a hablar! Pero… ¡nunca contó nada! ¿Y qué fue lo que pasó?

—Parece que la relación con la hija terminó de mala manera porque…

Nikolai ya no pudo escuchar nada más. Su chofer arrancó el vehículo y se marchó poniendo distancia entre él y los hombres. ¡Con que esas teníamos! Lo que escuchó fue suficiente para entender que Saidi y la chica Loyola habían roto el compromiso. Si

era una mujer libre, le gustaría volver a verla. No sería difícil dar con ella; la encontraría en el *atelier*, que estaba muy cerca de la casa de su madre. ¿Cómo podría visitar el taller del modisto sin llamar la atención? Se escudaría en las mellizas. Las acompañaría con la excusa de encargar la confección de unos vestidos. Pero a su mente vino de inmediato la imagen de Rosa, quien, desde que era su novia formal, se había convertido en íntima amiga de sus hermanas.

Miró su reloj; la reunión había sido larga. Le pidió a Bruno que cambiara de dirección para ir directamente a la casa de los Quiroga Paz. Le había prometido a Rosa llevarla a pasear. Y ya no hacía tiempo de regresar a su casa.

Pese a la seria relación de noviazgo que mantenía, no desistió de pasar por el *atelier* de Loyola. Lo malo de la vida, razonó, era que a veces las cosas llegaban demasiado tarde; hubiera sido bueno que Melisa fuera libre cuando la conoció.

Capítulo 17

Contame una historia distinta de todas…
mentime al oído
la fábula dulce de un mundo querido, soñado y
mejor…
Abrime la puerta por donde se escape
la fiebre de alma que huele a dolor.

Tango «Contame una historia»,
ALFREDO MARIO IAQUINANDI

París

Ese mediodía, en la mansión de Irina, sus tres hijos y la joven Quiroga Paz Martínez Romanov almorzaban juntos en el comedor de diario, porque, como había dicho la anfitriona: «Rosa es casi como de la familia». Aun así, la mesa era soberbia: tres copas, varios platos y cubiertos de todos los tamaños para degustar el menú seleccionado por el *chef* de la casa.

Que Nikolai estuviera presente había sido un logro porque desde que los teatros se habían empezado a construir, estaba completamente abocado a esa tarea. Irina lo había convencido diciéndole que había llegado una carta de Erik destinada para él. Su hijo mayor todavía se las mandaba a la residencia de Copérnico y ese detalle le agradaba, le hacía sentir que la casa materna seguía siendo punto de reunión; idéntica razón que en su momento la había llevado a construir la piscina climatizada en el corazón de la mansión.

—Rosita pasará la siesta con nosotras para bañarse en la piscina. ¿Por qué no te quedas tú también, Nikolai? —propuso Luisa.

—Esta tarde tengo compromisos —respondió rápidamente sin pensarlo mucho; tenía organizado inspeccionar el terreno donde emplazarían el segundo teatro. La construcción comenzaría al día siguiente; el primero iba bastante adelantado.

—¡Ay, qué manera de trabajar! Al fin y al cabo, ¡nuestro chofer o cualquiera de nuestros empleados se agobian menos que tú! —afirmó Luisa en son de queja. Opinaba que su hermano se tomaba demasiado a la tremenda las responsabilidades.

—Si trabajas en lo que te gusta, no te agobias —dijo María Gracia, que tenía una manera de pensar diferente a la de su hermana. Estaba segura de que, si su trabajo consistiera en declamar, sería feliz.

—No importa cuál sea la tarea, siempre será más divertido pasear o salir de compras que… ¡trabajar…! —dijo Rosa mirando a su novio, que permaneció mudo.

Irina comprendió que su hijo no había oído ninguno de los comentarios.

La cabeza de Nikolai todavía estaba en la carta de Erik. El contenido lo había dejado preocupado porque su hermano le insistía con utilizar la naviera nueva para enviar el próximo pedido. En la carta anterior lo había convencido de que empleara la de siempre, pero ahora Erik, otra vez, volvía a la carga con la idea. Releería tranquilo la misiva después de comer.

La risa estrepitosa y repetida de Rosa vino a sacarlo con violencia de su ensimismamiento. Susceptible por el vértigo de los sucesos de la mañana y por el tenor de las novedades, la miró con seriedad y luego, por unos instantes, casi con reproche. Notó cómo había intimidado a Rosa y decidió relajarse. Solo era una niña. ¡Qué otra cosa podía esperar de ella!

Tras los postres, las mujeres conversaron sobre vestidos y él se marchó a la biblioteca. Cerró la puerta para estar tranquilo, se sentó en el sillón que tantas veces había cobijado a su padre y de un bolsillo interior sacó la esquela de Erik.

> Hermano querido:
>
> He pensado mucho si debía escribirte o no esta carta. Como verás, me he decidido por hacerlo, porque hay asuntos de los que debes estar al tanto.
>
> Comienzo contándote que el intento de mejorar nuestros animales con ganado inglés no ha sido del todo exitoso. Tal vez nos hemos equivocado en la elección de la casa británica a la que le compramos. Lo cierto es que los ejemplares que logramos con la cruza no han sido tan buenos como esperábamos. Con su venta, por lo tanto, no obtendremos el rédito que calculamos.

Por otro lado, comentas que no te parece buena la propuesta de fletar las carnes a través de la nueva naviera. Sin embargo, Nikolai, creo que este buque frigorífico es similar al que usamos actualmente. Comprendo tu sugerencia, pero la diferencia es significativa. Así que cuando recibas esta misiva, todavía estaré evaluando cómo proceder y veré sobre la marcha qué resolución tomar.

Para el final dejé el tema más urticante. Lamento hacerlo por esta vía y no personalmente, pero el océano que nos separa me obliga a escribirlo. Deseo que no te irrites, pero debo advertirte sobre una situación que me preocupa: los gastos de mamá y de nuestras hermanas, incluidos los tuyos, son excesivos. Los números lo indican así. Buena parte de nuestros ingresos van a parar cada mes al Banco Español de París para cubrir lo que ustedes gastan. Para no pasar apremios económicos, Nikolai, debemos ser muy cuidadosos. Me imagino que ya sabes lo que le ha sucedido a nuestro amigo Enrique de Anchorena: ha tenido que vender a precio de regalo sus tierras para cancelar las deudas urgentes contraídas por el tren de vida que él y su familia llevaban en París. Y te cuento algo más, pero, por favor, que quede entre nosotros: me he reunido con Eugenio de Alvear en una fiesta y me confió que si su hermano Federico no frena sus gastos, en un año estará completamente arruinado. El panorama me genera cierto temor y pienso que no estoy loco si te digo lo que creo: el dinero, por mucho que sea, en algún momento puede acabarse. Por esa razón, te ruego, vivan con más austeridad; habla con mamá y con las chicas sobre el modo en que gastan el dinero.

A veces desearía que Europa estuviera más cerca para conversar contigo sobre estas cuestiones delicadas. Me gustaría hacerlo con un café de por medio, porque estas decisiones marcarán el destino de los Martínez Romanov; de los que estamos y de los que vendrán.

Por lo demás, querido hermano, mi familia está bastante bien; mis niños crecen sanos y Azucena, pues… ya sabes, como siempre.

Te mando un gran abrazo, hermano, con todo mi cariño.

ERIK MARTÍNEZ ROMANOV

Nikolai ensobró la carta. Si antes experimentó preocupación, la relectura la acrecentó. Nunca imaginó que la mezcla de animales no produjera el resultado esperado y se lamentó por el dinero desperdiciado en la desafortunada inversión. Con la venta, además, recuperarían muy poco. Contrariado, comprendió que, por más económico que fuera, de ninguna manera podía permitir que Erik fletara la producción en el buque de la nueva compañía, que en Europa ya se había granjeado una mala reputación. Se decía que no tenía experiencia y que actuaba irresponsablemente. No podía dejar que enviara la carga por ese medio. Si algo salía mal, se perderían

miles de francos.

No le dio trascendencia a la observación sobre la economía familiar. Siempre habían gastado así y Erik, invariablemente, se había quejado. Su hermano era austero por naturaleza y no estaba en París para comprobar que no se podían hacer nuevos negocios si no se llevaba un tren de vida como el que tenían.

Por último, compartió el lamento de Erik: que Europa estuviera tan lejos y los obligara a tratar por carta asuntos espinosos. Si no tenía tacto para abordarlos, podían terminar peleándose. No serían los primeros ni los únicos. Sabía cómo se dividían las familias estancieras cuando las diferencias resultaban insalvables. Y peor aun cuando la parentela vivía en dos continentes. Los negocios familiares generaban grandes desavenencias. Y claro, a juzgar por el comentario final, el problema con Azucena subsistía. Desde que contrajeron matrimonio, ella pasaba largas temporadas viviendo en la casa de sus padres; con el tiempo, por una razón u otra, estas se fueron extendiendo, y ahora podía decirse que vivía mitad con Erik y mitad con sus padres. Nikolai no entendía cuál era la causa: si el malestar conyugal los alejaba o viceversa; es decir, si las prolongadas ausencias de Azucena generaban la rispidez que provocaba el alejamiento. Lo cierto era que la pareja siempre estaba en pie de guerra. «Si se mudaran aquí, sería diferente», pensó Nikolai. Creyó que, radicados en Francia, se arreglarían varios frentes: los emocionales y los prácticos. La familia estaría unida y ellos dos podrían tomar decisiones importantes sobre los negocios.

Nikolai caminaba inquieto por la biblioteca buscando una solución y no la hallaba. ¿Cómo escribirle a su hermano con suficiente cautela para que no hubiera resquemores? Bajar los gastos era imposible. ¿Qué palabras usar para convencerlo de que no contrate esa compañía barata con malos antecedentes? No era fácil resolver estos problemas con un océano separándolos. Había que cruzarlo… De pronto, una idea vino a su mente: embarcarse a América. Meditó que, por más corto que fuera, su ausencia sería prolongada y se desalentó. Inmerso en el proyecto de edificar los teatros, no quería alejarse. Tal vez, el año entrante.

Cuando trataba de sortear los obstáculos, escuchó la voz de Rosa, que lo llamaba con un tono inusual. Guardó la carta en el bolsillo y salió de la biblioteca. Ya vería cómo responderla.

En el comedor, Irina lloraba.

—Madre, ¿qué pasa? —interrogó preocupado.

—Acaban de avisarme que Francisco de Vita ha muerto.

El millonario y su familia eran argentinos radicados en París y los unía una vieja amistad desde que don Ricardo estaba vivo.

—No puede ser… Si hace poco, cuando asistió a tu último salón literario, conversamos con él y su mujer… Estaba perfectamente. ¿Qué le sucedió?

—No vas a creerlo… ¡Se ha suicidado!

—¡Dios mío! ¡¿Por qué?! —exclamó Nikolai.

—Se enteró de que estaban en quiebra. Cuando entendió que su familia quedaría en la calle y que él no podría hacer nada, se puso un revólver en la boca y se disparó.

—¿Cómo pasó semejante tragedia? —preguntó Rosa. Al fin su mente de niña se preocupaba por algo serio.

—Es que no lo sabía. Parece que le mandaron un telegrama de Argentina para comunicarle que sus fondos se habían acabado, que debían abandonar París con urgencia. Desesperado, descubrió que ni siquiera tenía suficiente dinero para afrontar el gasto de los pasajes de regreso.

—Necesitamos hacer una colecta para su esposa e hijos —propuso Nikolai.

—Federico de Alvear ya la inició —avisó Irina.

—Me pondré en contacto con él para ofrecerle mi ayuda —dijo Nikolai y se retiró para hacer una llamada telefónica.

Rosa lo siguió y lo alcanzó en el pasillo. Lo tomó del brazo y le preguntó:

—Niko, ¿iremos al teatro hoy? Digo… Porque, tal vez, tu madre… en señal de duelo… no quiera asistir.

—Claro que no iremos —afirmó terminante y se marchó.

Nikolai estaba impresionado por la noticia, pero también por la actitud de Rosa. Nada en esta vida tenía el poder de preocuparla. Quiso saber el porqué y comprendió que las familias ricas argentinas criaban a sus hijos tan ajenos a la realidad, que no eran capaces de lidiar con los asuntos tristes, serios y trascendentales de la vida, entonces optaban por ignorarlos. Su prometida era una clara muestra de ello. Su conclusión contenía una incongruencia: él había sido educado con el mismo molde. Aunque los años lo habían

convertido en un hombre hecho y derecho, los cimientos que sostenían la crianza eran difíciles de cambiar. Salvo, claro, que algo muy drástico ocurriera y ubicara las prioridades en el orden correspondiente.

A pocas cuadras de allí, en casa de los Loyola, el ambiente que se vivía era muy distinto. Feliz, Manuel veía cómo su esposa, sentada a la mesa con él, reía con ganas. Almorzaban mientras comentaban la carta que esa mañana habían recibido de Melisa. A Manuel le gustaba ver a Amina animada; desde que su hija se había ido, pasaba días enteros en la cama. Durante ese crudo invierno decía que el cuerpo le dolía de tanto extrañarla. Pero tener noticias de ella transformaba el día en festivo.

—¡Dice que le está yendo muy bien! Me cuesta imaginármela viviendo en esa ciudad desconocida y hablando en castellano.

—Jamás hubiéramos pensado que mi idioma le serviría para trabajar allá.

—¡Y para actuar arriba de un escenario! ¡Cómo me gustaría verla cantando!

—Imposible… no es.

—Argentina queda lejos.

—Como fue ella, de igual manera, podríamos ir nosotros.

—¿Me lo dices de veras? —preguntó Amina impactada.

—Claro. ¿Te animarías a emprender el viaje?

—Supongo que sí… —dijo ella, que aún le quedaban algunos vestigios de inseguridades inherentes a su manera de ser. Pero, junto a su esposo y por su hija, estaba dispuesta a conocer el fin del mundo.

—Lo pensaremos. Margot podría hacerse cargo del trabajo.

—Hablando de Margot… Me comentó que las chicas del primer turno le avisaron que al taller vino un hombre rubio en un auto muy lujoso preguntando por Melisa.

Manuel puso cara de asombro.

—¿Quién podrá ser que no sepa que ella ha viajado? ¿Se lo explicaron?

—No, era un desconocido y pensaron que podía ser alguien enviado por Saidi en busca de información.

—¿Saidi? Mejor ni me lo nombres —dijo Loyola, que sabía que el hombre había estado haciendo comentarios fuera de lugar

respecto a la ruptura con su hija.

—Yo tampoco creo que haya sido un enviado suyo; por eso me ha llamado la atención. Tal vez sea alguien de algún teatro de esos que ella frecuentaba, o un admirador…

—Amor, deja de fabular. En la vida de Melisa no hay hombres; por ahora solo existo yo: su padre —remató Manuel muy serio.

Amina lanzó una carcajada y le dijo:

—Estás celoso, pero tarde o temprano tu hija se enamorará.

Manuel la miró de una manera que hizo que ella volviera a reírse.

Capítulo 18

… también busca su soñado bien
desde aquel día, tan lejano ya,
que con su carga de ilusión saliera.

Tango «La Violeta»,
NICOLÁS OLIVARI

Buenos Aires

Melisa aún se hallaba en pijama preparando *couscous* para el almuerzo. Estaba contenta. Después de preguntar en vano en distintos comercios, había dado con una tiendita del mercado de San Telmo atendida por un árabe que sabía muy bien lo que ella necesitaba. Al principio, cuando pedía ciertos condimentos, granos de sémola o guindilla roja, los dependientes de los comercios de Buenos Aires la miraban extrañados; no sabían ni de qué se trataba.

A su lado, con la bata sobre el camisón, Arlette se dedicaba a picar la cebolla para cocinar carne a la cacerola. Era común que cada una de las muchachas hiciera su propia comida, pues tenían gustos distintos. Melisa, además, no comía nada animal, salvo pescado.

El domingo por la tarde había dejado listo el postre —los *briwats* que solía hacer su madre— para disfrutar el lunes al mediodía. Cocinar esos pastelillos que Amina elaboraba para contentarla, era una manera de sentirla cerca cuando la extrañaba demasiado. Si bien las cartas iban y venían contándose cómo transcurría la vida en cada continente, el papel no alcanzaba y se extrañaba el contacto físico.

Los lunes, el personal de la compañía tenía libre. Melisa lo empleaba para vagabundear por la casa calzando pantuflas sin un gramo de maquillaje y con el pelo recogido en una coleta baja. Disfrutaba de esos días en los que no se esperaba nada glamoroso de ella. A las muchachas les sentaba bien hacer un alto en sus vidas

artísticas e impregnadas por las costumbres del mundo del espectáculo y dedicarse a las tareas domésticas. Las relajaba y les permitía sentirse chicas con una existencia normal, como la que alguna vez habían tenido antes de ser actrices.

Rasimi había aceptado la sugerencia y había incorporado el acto de tinte árabe protagonizado por Melisa que, según las previsiones de aquella noche y desde el primer día que fue incorporado a la obra, había encantado al público. Nadie mejor que la joven de exóticos rasgos para lucirse en el número que habían armado. Para Melisa, suponía un esfuerzo físico extra. Los lunes, entonces, se disfrutaban el doble dedicándose a la simple tarea de cocinar.

—¡Desde que vivo en Argentina y ya no sé estofar otra cosa que *viande de vaca*! Me he olvidado de las comidas con *lapin* y *canard* —rezongó Arlette, que mordisqueaba una barrita de chocolate mientras cocinaba.

—Deberías comer más verduras y menos animales —propuso Melisa. Esa alimentación le sentaba mejor que cualquier otra. Y agregó—: ¡Ah… y menos chocolate!

Hizo el ademán de quitarle la golosina, pero Arlette, risueña, la esquivó.

—Si sigues peleándome, no te daré la buena nueva que tengo para ti.

—¿Qué noticia tienes para mí? —preguntó con curiosidad. No se le ocurría cuál podía ser.

—Si te la digo… ¿me darás una doble porción de *briwats*?

—Una docena, si quieres. ¡Pero habla de una vez!

—¿Has visto a los tres hombres que fueron a la función del sábado y del domingo? ¿Los de traje oscuro que se sentaron en la primera fila…?

—Sí, los vi —reconoció. Le habían llamado la atención.

—Pues son productores.

—¿Productores? ¿Estás segura?

—¡Como que me llamo Arlette! ¡Son productores de obras de teatro! Ayer, después de la función, cuando nos estábamos cambiando, abrí la puerta de mi camarín para recibir los consabidos jazmines que mi admirador secreto me envía siempre… Y que, dicho sea de paso, creo que he descubierto quién es…

—Arlette, por favor, ve al grano. Después me cuentas sobre tu

admirador secreto.

—Bueno, abrí la puerta y… allí, en el pasillo, uno de esos hombres preguntaba por ti. Me ofrecí a buscarte… Y así lo hice… con este señor al lado, que, por cierto, era muy bien parecido, aunque demasiado mayor para nosotras porque…

—¡Arlette, continúa! ¿Qué pasó?

—Que no te encontramos por ninguna parte.

—¡Estaba en la oficina de *madame* Rasimi hablando con ella!

—Quédate tranquila, le expliqué que yo era tu mejor amiga. Entonces, sacó su tarjeta y me pidió que te la diera para que te pusieras en contacto.

—¿Te dijo que era un productor? —dudó. Muchos dejaban su tarjeta y no lo eran.

—Sí, lo aclaró enfáticamente y me dijo que estaban muy interesados en hablar contigo.

Arlette tenía razón: los tres hombres habían asistido dos noches seguidas y se habían sentado en la primera fila. Tenían que serlo.

—¡Ay, Arlette, eso solo puede significar una cosa!

—Exacto: te quieren para una obra… Seguramente… ¡para un protagónico! Tal vez, un espectáculo donde actúes sola.

—Sería fantástico… aunque no sé si será para eso.

—Claro, nena, que lo es. ¿Acaso no has visto lo que logras con el público? ¡Ojalá me pasara lo mismo! Bueno, si así fuera, yo ya no estaría aquí, sino en Hollywood, como deberías estarlo tú —dijo sacando del bolsillo de su bata la tarjeta en cuestión y extendiéndosela.

Melisa la tomó y la leyó con avidez.

—Gracias, Arlette… —dijo con gratitud. Luego de mirarla por unos instantes, la guardó en el bolsillo de la chaqueta de su pijama, sonriéndole a su amiga con cariño.

—De nada, para esto estamos las amigas —respondió Arlette.

Las dos muchachas siguieron cocinando y conversando. Pero un trozo del corazón de Melisa quedó en ese bolsillo ubicado junto al corazón. Estaba emocionada. Una nueva puerta se abría para ella.

Ese mismo lunes por la tarde, *madame* Rasimi llegó a la casa y se sentó en la sala. Mientras tomaba un té con *briwats*, Melisa le contó de la aparición de los productores y le pidió su opinión al respecto.

Entrevistarse con ellos sin informarle a Diche le parecía casi una traición. Rasimi le contestó que si fuera por ella jamás le permitiría irse de *París chic*, pero, como bien sabían las dos, Melisa era libre de elegir lo que quisiera. Ni siquiera habían firmado un contrato porque la incorporación al grupo fue informal. «Partimos a los apurones y… ya ves cómo has avanzado tú sola: de ayudante a corista secundaria, de reemplazo de Mistinguett a un número propio. No hay quien pare tu carrera».

Melisa le contó detalles de la conversación que había tenido con Arlette y Rasimi la tranquilizó. Le aclaró que, si optaba por integrar otra compañía, de alguna manera se las arreglarían.

La mujer, fiel a su practicidad y dureza, continuó:

—Con billetes de por medio, chica, todo se arregla. Si ellos me pagan por haberte descubierto y traído hasta aquí… no habrá problema. Negocios son negocios y todo es negociable. Si es lo que eliges, no te preocupes. *París chic* puede continuar sin ti. Yo jamás te cortaría las alas.

Después de conversar con *madame* Rasimi, Melisa estaba lista para mantener una reunión con los productores. Sin embargo, sentía pena porque percibía que una etapa llegaba a su fin.

Rasimi había sido su descubridora y eso no lo olvidaría nunca.

El miércoles por la mañana Melisa se puso un sencillo vestido de lanilla verde, se abrigó con un tapadito claro muy grueso, se calzó zapatos bajos y apenas si se maquilló. Salió de la casa rumbo a la dirección impresa en la tarjeta. Era en el centro, a unas quince cuadras de donde vivía, y podía ir a pie. Caminaba mirando la numeración de las casas y, a medida que se acercaba, el corazón le latía con más fuerza. Cuando estuvo frente a la oficina, respiró profundo buscando calmarse y leyó la placa: «LA CARTILLA · GRANDES PRODUCTORES ASOCIADOS».

Entonces creyó desmayarse. Era la empresa de espectáculos más importante de Buenos Aires y, claro, conocía las obras que producía. Nerviosa, tomó coraje y golpeó. Una secretaria de su edad la hizo pasar a una lujosa oficina, le pidió que esperara y le señaló un cómodo sofá de pana roja.

Pocos minutos después, sentada frente a un gran escritorio de caoba, hablaba con el mismo hombre que había dejado la tarjeta

personal: Raúl Flores.

Un par de frases de cordialidad entre ellos, otras pocas de presentaciones de cada uno y algún que otro dato para que él conociera algo de la vida de Melisa, y el productor fue al grano:

—Estamos interesados en contratarla para que haga un espectáculo con nosotros… un unipersonal en donde usted cante y baile. Creemos que tiene la capacidad para llenar el teatro. ¿Le interesa?

—Sí, mucho. Sobre todo, si ustedes creen que puedo vender tantas entradas.

—Lo creemos, sí. Usted canta y baila muy bien. Solo resta elegir el *show* adecuado.

—¿Tienen algo en mente?

—Hay una obra relacionada con el tango. ¿Usted piensa que la podría hacer? ¿Cree que podría cantar un repertorio compuesto por tangos? También habría actos con coreografías del mismo género.

—Perfectamente, me encanta la música de este país. La he cantado, aunque no profesionalmente —dijo recordando la noche que lo hizo en la mansión de los Martínez Romanov. Le pareció apropiado contarle la anécdota—. En una fiesta, en París, una vez canté «La mariposa» junto a Carlos Gardel…

A Flores le interesó la narración, aunque no era acreditación suficiente.

—Si le parece bien —propuso—, mañana haremos una prueba. ¿Puede?

—Sí, puedo —respondió segura, pese a que no sabía cómo haría para estar en el lugar y la hora que le pidieran porque aún trabajaba para Rasimi. Pero, justamente, esa forma intrépida de aceptar la había aprendido de Diche. Su lema era: «Cuando las oportunidades se presentan, hay que arrebatarlas de inmediato». Es decir, sin dilatar: aceptar y luego acomodarse. Así actuaban los que conseguían las ocasiones. Al primer coqueteo, ¡zaz!, ellos las conquistaban.

Raúl Flores preguntó sin rodeos acerca de la relación contractual que mantenía con *madame* Rasimi y, al descubrir que no había nada firmado, respiró aliviado. Un problema menos que sortear.

Pasada una hora, Melisa se marchaba feliz de la reunión. Si al día siguiente cantaba y bailaba bien, tenía trabajo asegurado con la

compañía más importante de la Argentina. Y su nombre brillaría en la marquesina de un teatro de Buenos Aires.

El hombre rubio

Y no querer sentir ningún dolor
es lo que duele más.

«Tango de la muerte»,
ALEJANDRO DOLINA

Año 1927

¿Qué se siente cuando sabes que te mueres? ¿Reniegas de ello? ¿O lo aceptas gustoso porque un túnel luminoso te llama, tibio y embriagante? Siempre me lo pregunté y ahora lo sé. Ahora que lucho por mi vida, ahora que el aire no me alcanza, que las fuerzas me abandonan y que todo se acaba, ahora entiendo que cada uno tiene su propia respuesta a este interrogante y tiene que ver con la vida que ha vivido. Cada persona labra la suya con lo que hace día a día. Porque el túnel tibio me llama y quiere abrazarme, pero yo me escapo; siento que aún debo cumplir ciertas promesas, que hay cosas que debo hacer. ¡Y tantas otras que enmendar! Lo recuerdo, y una fuerza sobrehumana se apodera de mí y no me permite rendirme. De este lado tengo demasiados asuntos pendientes para darme por vencido.

La lista de los incumplidos aparece clara ante mí: decir «Te quiero» muchas más veces, pronunciar la palabra «perdón» más fácilmente. Ver más amaneceres y puestas de sol, trabajar menos y vivir osadamente. Preocuparme más de mi vida y menos de la de los otros, permitiendo que cada uno siga su destino, como yo ahora me doy cuenta de que quiero continuar el mío.

Las remembranzas a las que me amarro para que la muerte no me gane y me haga desaparecer para siempre, por momentos, se me escapan. Pero las rastreo en mi memoria y, cuando logro asir una, no la suelto, sino que la desgrano con paciencia en mis pensamientos; como ahora, que me veo el día de mi cumpleaños número quince, sentado a la mesa del comedor, expectante, ante el extraño regalo que mi padre me había dado: una caja de madera.

En su interior, para mi sorpresa, hay una pistola Beretta, un modelo exclusivo de una pequeña edición de la firma. La miro, la toco y mi mente adolescente piensa que alguna vez dispararé contra alguien malvado; ella me salvará de una agresión.

Iluso, inocente, casto… niño al fin.

Ella solo quiere disparar sus balas. No le importa contra quién, porque hoy me ha tentado y me ha pedido mi propia vida.

—¡Nikolai! ¡Nikolai!

Otra voz que me llama y que yo no quiero escuchar. Tengo miedo de que, por su culpa, las imágenes de mis recuerdos me abandonen y, así, me hunda irremediablemente para siempre en la nada.

—¡Nikolai! ¡Nikolai!

Cierro fuerte los ojos, la ignoro y me concentro en el día de mi cumpleaños… Irina trae una torta con una vela en el centro; mi hermano Erik, a mi lado, se ríe.

Capítulo 19

Mis manos nacieron ciegas
y acunan sus locos sueños.

Tango «A mis manos»,
JULIO CAMILLONI

Buenos Aires

Melisa escuchó los aplausos de Raúl Flores, de su hijo Renato y los de Alfredo, el otro socio. Entonces, satisfecha y agotada, se sentó sobre el *parquet* del escenario; acababa de cantar y bailar para los tres. Pese a que no estaba conforme —sentía que no había podido dar lo mejor de sí porque los nervios le habían jugado una mala pasada—, la algarabía de los hombres demostraba que su actuación había superado las expectativas.

Tranquila por la recepción, Melisa se bajó del escenario y conversó con los productores acerca de las características de la obra que tenían en mente. Escuchó con atención y, sin poder contenerse, les habló de algunas ideas para mejorarla. Sorprendidos por el buen tino de sus sugerencias, se preguntaban de dónde había salido esa chica, que entendía de baile, de canto, de trajes, argumento y trucos visuales. Melisa tenía una mente brillante para el despliegue escénico. Los productores lo comprendieron mejor cuando les contó que había crecido entre obras y trajes, gracias a su padre; y entre bailes, gracias a su madre.

Durante dos horas intercambiaron ideas e impresiones sobre los cuadros, y ella, *motu proprio*, en más de una ocasión volvió al escenario e hizo algunos pasos y movimientos para mostrarles cómo se vería su propuesta.

Conforme, hacia el final del encuentro, Raúl Flores la sorprendió.

—Muy bien. Ahora solo nos quedaría elegirte un nombre nuevo.

—¿Qué le pasa a mi nombre? ¿No les gusta? —preguntó Melisa. Jamás había pensado en cambiárselo.

—Necesitas algo más artístico, más corto, que sea fácil de recordar.

—Por ejemplo, Mel en lugar de Melisa —aventuró Alfredo.

Renato Flores propuso:

—¿Y por qué no Lisa?

—Lisa Loyola… queda bien —acordó Alfredo.

—Me gusta Lisa Loy… No habrá persona en Buenos Aires que no recuerde ese nombre —se decidió Raúl.

—¡Estupendo! —dijeron al unísono los otros dos.

—¿Y a ti, Melisa? —le preguntaron.

—Me parece raro cambiar de nombre, pero reconozco que será fácil de memorizar… Y es lo que queremos.

—Perfecto, querida Lisa Loy, desde hoy eres nuestra estrella y te haremos brillar.

Ella sonrió. Le resultó extraño y hasta le dio pena borrar su verdadero nombre. Sintió que la victoria y la marquesina le pertenecían a Lisa Loy y no a Melisa Loyola. Sin embargo, comprendió que el trabajo le exigía ciertas concesiones y aceptó:

—Gracias. Me esforzaré para brillar, se los prometo.

Los tres le extendieron la mano como si acabaran de celebrar un bautismo y le propusieron reunirse al día siguiente para firmar el contrato.

Melisa salió a la calle y sintió que caminaba entre algodones. No lo podía creer: sus sueños más caros y difíciles comenzaban a cumplirse, se sentía una privilegiada. La vida le daba un regalo sin igual y la felicidad la arropaba cual traje hermoso y esperado, pero esa mañana sentía que estaba sola frente al espejo y que no tenía a quién mostrárselo, no tenía a quién contarle lo que estaba viviendo. Sus padres, tan lejos, recién se enterarían cuando les llegara la carta que aún no había escrito.

Creyó que la única persona cercana que se alegraría por la noticia sería Arlette y decidió ir a su encuentro. Respiró profundo para disfrutar el momento. No dejaría que nada empañara lo logrado; así le había enseñado Amina que se debía vivir.

París

Nikolai apreció la construcción del teatro principal del gran proyecto que acariciaba junto a sus socios desde hacía tiempo y se

sintió satisfecho. El reto, que requeriría esfuerzo y tiempo, lo estimulaba. Los importantes desafíos formaban parte indisoluble de su intensa manera de vivir.

Habían avanzado bastante. El proyecto contemplaba que, una vez finalizados los tres primeros teatros y cuando funcionaran a pleno, edificarían el resto. Observando los altos muros y la gran cantidad de columnas, comprendió cuán faraónico era el emprendimiento. Estaba conforme con el curso de la obra y Fortabat, pese a las discusiones iniciales, resultó ser el socio con el que mejor se entendía. Incluso, lo alentó para que viajara a la Argentina. «En la próxima etapa dependeremos del trabajo de los arquitectos; ve tranquilo», le dijo. «De lo demás, nos encargaremos Saidi, Dufour y yo».

Al verlo preocupado, Fortabat le preguntó los motivos y Nikolai, a modo de confesión, le contó los constantes desacuerdos que tenía con su hermano sobre la dirección de los negocios familiares. Comprensivo, el socio le sugirió que emprendiera el viaje.

Sobre el terreno, Nikolai barajó la fecha adecuada para regresar a Buenos Aires. Recorrió la obra un rato más y luego decidió visitar a su madre para comunicarle la decisión. Ella y sus hermanas dependían de su presencia porque él realizaba la mayoría de los trámites relacionados con la administración del dinero y de las propiedades de París y Biarritz: retiraba los giros del Banco Español con los que solventaban los gastos cotidianos, abonaba los sueldos de los empleados de las viviendas de la capital y del balneario. Gestiones de diversa naturaleza recaían sobre sus espaldas.

Rosa también debería estar al corriente de su viaje, aunque no suponía ninguna complicación: la niña aceptaba sus decisiones sin chistar. La subordinación, por un lado, le resultaba conveniente, como en este caso; por otro, lo fastidiaba porque, a su lado, la chica era un ente sin resolución. Alguna vez tendría que hablarlo, pero no era el momento de rever nada; mucho menos su relación, ya que su mente debía concentrarse en armar el viaje a la Argentina con premura. Necesitaba hablar con Erik para que no tomara decisiones equivocadas.

Terminó su inspección y condujo por las calles de París hacia la casa de la calle Copérnico. Por el camino, instruyó a su chofer para que se encargara de comprar en el centro, en Le Chapeau, la

agencia donde lo hacían todos los argentinos, un pasaje en el primer barco que zarpara con destino al puerto de Buenos Aires.

Antoine, el mayordomo, le abrió la puerta. En cuanto puso un pie en el interior, oyó las voces que provenían de la sala y distinguió la risa de Rosa. «Mejor», pensó. Con todas las mujeres reunidas, mataría dos pájaros de un tiro.

Una hora después, digerida la sorpresa causada por la noticia, Irina salió despavorida de la sala.

—¡Qué cosa con los hombres! Mira que planear un viaje así, Nikolai, y tan repentino… Me obligas a conseguir en pocos días todo lo que quiero mandarles a mis nietos… ¡Tengo muchísimo por comprar!

Los hijos de Erik, por ser los únicos niños de la familia, eran los beneficiarios de muchos obsequios; sobre todo, de parte de Irina, quien, además, solía quejarse por la negativa de su hijo mayor a residir en Francia: «Mis nietos deberían cultivarse en París, como buenos herederos de nuestro nombre». Argentina, para ella, estaba atrasada.

María Gracia y Luisa hicieron lo mismo que su madre: partieron apuradas; precisaban conseguir sobres perfumados y papel de carta para escribir la tracalada de esquelas que enviarían a sus amistades de Argentina. Decidieron, además, que se tomarían una fotografía en la torre Eiffel para enviar a sus conocidos; por ese motivo, debían elegir los conjuntos con los que posarían y contactar al fotógrafo de la familia.

La única que quedó sentada en el sofá de la sala, junto a Nikolai, fue Rosa. De impecable vestido escotado color lila y con el cabello recogido, lo miró y exclamó:

—¡Argentina, qué lindo! ¡Qué ganas de ir!

—Viajaré por trabajo —se atajó Nikolai. Por un momento, temió que le pidiera que la llevara, pero se tranquilizó: sería imposible. Sus padres jamás se lo permitirían.

—Te extrañaré —confesó ella y se le aproximó peligrosamente.

Ante el generoso escote que en más de una ocasión lo desveló, Nikolai se acercó a su dueña y le besó el cuello; luego, la boca. La piel prohibida lo llamaba; quería tocarla. No lo hizo. Rosa era una buena chica y él no quería propasarse. Sin embargo, la prohibición que se autoimpuso no lo torturó demasiado porque el mayordomo

anunció:

—Señor, su chofer desea comunicarle que realizó la diligencia que le encargó. Se encuentra en el recibidor.

Se puso de pie y le dio la mano a Rosa para que lo acompañara. Entonces, meditó que le agradaba esa apacible especie de amor que lo unía a su novia. No conocía otro; tampoco creía que existiese. Por lo menos, no para él.

Capítulo 20

Qué ganas de llorar en esta tarde gris…

Tango «En esta tarde gris»,
JOSÉ MARÍA CONTURSI

Buenos Aires,
año 1926

En su camerino, Melisa se acomodó el largo cabello con las manos y luego repitió una costumbre —¿o una cábala?— que había adquirido desde su llegada a la Argentina: antes de empezar una función, se ponía en puntitas de pie y, a través de una ventanilla, miraba hasta dónde llegaba la cola de los espectadores que, ansiosos, esperaban la apertura de las puertas del teatro. Esa noche, entonces, también se regocijó al ver que la fila parecía no tener fin. Otra velada a sala llena, con entradas agotadas. Lisa Loy era, definitivamente, una figura convocante.

Para el estreno, los productores tuvieron que invertir una importante suma de dinero para promocionar *Cocó* —nombre elegido para la obra por Raúl Flores—, pero ya la habían recuperado con creces. La recomendación del público había crecido de boca en boca y, tras las primeras semanas en cartel, ya no había nadie en Buenos Aires que no hablara de Lisa Loy, la parisina que cada noche subía al escenario y cautivaba a la platea bailando y cantando en dos idiomas, porque la nueva estrella dominaba el francés y el castellano.

Melisa no solo había cambiado su nombre, sino también el color del cabello. Flores había decidido que usara una peluca tan larga y lacia como su melena pero de un rojo furioso y con flequillo. Quienes la observaban desde las butacas apreciaban la tonalidad colorada que resaltaba el rostro y le otorgaba a su figura un halo enigmático y seductor. Los movimientos de sus largas piernas cautivaban a los hombres que, atravesándola con la mirada, descubrían pequeños detalles, como que el color del lápiz labial

hacía juego con el pelo. ¡Ah, una imagen despampanante!

El espectáculo, que giraba en torno al tango, estaba compuesto por interpretaciones de Melisa e, intercalados entre canción y canción, varios cuadros de baile representados por cuatro parejas que, juntas y separadas, danzaban a la perfección la música rioplatense.

Cada noche el telón se abría para que Lisa Loy hiciera su entrada triunfal bailando y cantando, vestida y peinada a lo varón: *smoking* negro y cabello tirante hacia atrás, recogido en una coleta baja con broche brillante. A medida que la obra avanzaba, ella sufría una metamorfosis y, al tiempo que se quitaba la ropa, se transformaba en una sensual mujer que interpretaba las últimas canciones del repertorio ataviada con un pequeño vestido negro y la cabellera rojo fuego suelta, peinada hacia delante. El público, creyendo que el espectáculo llegaba a su fin, aplaudía eufórico. Sin embargo, el argumento giraba de manera inesperada y Melisa reaparecía entonando una canción en francés cuya letra trataba de una triste despedida. Con movimientos sutiles se calzaba un abrigo oscuro, largo y común, se cubría la cabeza con un sombrero tejido y alzaba una valija. La diva abandonaba para siempre el espectáculo y retornaba a la casa de su niñez buscando su vieja existencia de mujer normal, pero sus padres ya no estaban en este mundo. Y así, definitivamente, se marchaba del escenario, bajo una tracalada de aplausos que el público le brindaba de pie durante un largo rato.

El argumento concebido por Flores y retocado con las sugerencias de Melisa trataba sobre una muchacha que, para triunfar en el mundo del espectáculo, se disfrazaba de hombre. Sin embargo, tras alcanzar la fama, Cocó ya no necesitaba disimular su femineidad y se mostraba tal cual era: una hermosa mujer. Con el mundo a sus pies, pero sintiéndose absolutamente sola, lo dejaba todo para volver a ser la chica de barrio que había sido. De regreso a su casa, y al descubrir que sus padres ya no estaban, interpretaba, con una tristeza extrema, la última canción mientras se calzaba el sombrerito, ese que la actriz había popularizado en Buenos Aires… porque, tras el rotundo éxito, las mujeres de la ciudad habían comenzado a pedirlo en las tiendas como «el sombrero Cocó», tal como se llamaba la obra.

Esa noche, como lo hacía desde el *début*, Melisa se acomodó el

moño del *smoking*, luego se calzó los zapatos altos de charol negro y se puso la peluca. Lista para subir a escena, agradeció el acierto de Raúl Flores: su nombre artístico y el cabello rojo le permitían llevar una vida normal. Pese al éxito de Lisa Loy, podía caminar por las calles de Buenos Aires, hacer las compras en los negocitos que le gustaban o pasear por lugares públicos sin que la reconocieran.

Margarita, su asistente, una chica de anteojos de vidrios muy gruesos y rodete tirante, entró justo cuando Melisa se ataba el cabello con el broche brillante.

—Señorita Lisa, aquí le dejo lo que usted pidió —dijo y le entregó una bolsa de tela con dos paquetes. Uno, con manzanas y naranjas; otro, con quesos.

—¡Gracias! —exclamó Melisa con elocuencia.

La muchacha sonrió. Además de ser una gran admiradora, muchas veces le ayudaba con los sencillos quehaceres que a Melisa le simplificaban la vida. Había pedido esos alimentos porque, cuando terminara la función, regresaría a la soledad de su casa y no tendría qué cenar. No había tenido tiempo de comprar nada y el cansancio de la función la vencía sin engullir bocado.

«La soledad del éxito», rumió. Nadie la esperaba hasta las dos de la mañana para cenar. Cuando vivía con Arlette y las demás chicas, era diferente; pero desde que se había mudado a un departamento ubicado en el segundo piso de la calle Callao, lo hacía casi siempre sola. Además, las muchachas de *París chic* estaban ocupadas, organizando la gira que pronto emprenderían por Brasil. Al terminar su espectáculo, muerta de cansancio, cenaba de madrugada cualquier cosa y se metía en la cama para dormir. Muchas veces la invitaban a fiestas pero asistía a muy pocas; los hombres la asediaban con propuestas increíbles pero a todos los rechazaba por igual. «No», era su respuesta habitual porque le resultaba complicado organizarse. ¿Cuándo? ¿Qué día? Si no ensayaba, descansaba; si no actuaba, dormía. Esa era su vida y ese, el precio de su éxito, que, gustosa, pagaba por cumplir su sueño.

No podía quejarse. Si una ráfaga de tristeza atravesaba su corazón, la neutralizaba con una enseñanza de Amina. Su madre siempre le decía: «Pocas veces la vida es perfecta. Hay que aprender a ser feliz con las imperfecciones. Quien no lo comprenda, se pasará la existencia buscando lo imposible».

—¡A escena! —anunció el muchacho encargado del telón.

Melisa se ubicó en su posición, respiró profundo como siempre hacía y, cuando el pesado cortinado se abrió, cantó ante un público enmudecido por su presencia. Lisa Loy estaba allí, encantándolos con su arte.

Algunas horas más tarde, cuando hubo finalizado la función, Melisa se fue del teatro y, en la tranquilidad de su departamento, después de haber cenado queso y fruta, se hallaba con el cabello recogido sumergida en la bañera. Esa noche no habría *hammam*, solo agua caliente para paliar el cansancio y mitigar la soledad; porque esa noche la sensación de orfandad y nostalgia la amarraban más fuerte que nunca, tenía muchos deseos de ver a sus padres y de abrazarlos. Soñaba con que ellos la vieran actuar. Pero, por sobre todo, desde hacía unos días necesitaba el contacto físico; solo con eso se hubiera conformado. Dentro del agua caliente sintió la agradable sensación de cobijo, y, tratando de no pensar más en las tristezas causadas por las ausencias, se centró en cosas más agradables como el agradecimiento que sentía por Margarita, la asistente que le había alcanzado los paquetes de queso y fruta que le permitieron alimentarse. Al recordar la cena, sin embargo, descubrió que, a pesar de haber comido y saciado el hambre, su boca no se sentía satisfecha, como si sus papilas aún pidieran un sabor no complacido. Tal vez… ¿un gusto extraviado? ¿O un sabor perdido? Y al responderse esta pregunta se dio cuenta de que también añoraba los quesos de Francia, esos fabulosos y perfumados hechos con leche de cabra como el *crottin* de Chavignol o el *pélardou*, los deliciosos *fromage frais*, el *gruyère* tierno, el anaranjado de la región normanda de Livarot y todas las variedades que en Buenos Aires no conseguía y que en su casa comía a diario. Cerró los ojos con fuerza y pudo sentirlos en su boca; entonces, comprobó la gran verdad que implicaban los desarraigos: uno no solo extrañaba a las personas, también los sabores, los aromas, las comidas y las palabras, el idioma, la tierra y los lugares. Quería ver el cerezo en flor en el jardín de la casa de sus padres, cortar limones del árbol del patio del taller, quería caminar por la calle Copérnico, sentarse en la plaza, comprar flores en el puesto, comer el *ratatouille* que hacía su padre y charlar con Margot, reírse de los chistes de Amèliè,

pasear por los parques Elíseos con sus amigas del barrio. Cada extrañar vino a sumársele a los otros, haciendo una gran torre de extrañares, que dolían y dolían… ¡Ay, cómo dolían! Por suerte, ahí estaba su trabajo, tironeándola hacia una satisfacción salvadora.

Dejó los ojos cerrados permitiéndole al agua caliente que la abrigara y pensando en lo bien que había salido la obra. Intentó relajarse y olvidar los deseos y las penas. Al fin dormitó durante un largo rato.

Cuando se despertó, se puso el camisón y se acercó a la ventana. Entre idas y venidas, ya era la madrugada y quería sentir el aire fresco antes de acostarse. Apenas destrabó el pestillo, un golpe de viento frío y límpido le dio en la cara. Era el aire de Buenos Aires, esa ciudad que había elegido para vivir.

Muy cerca de allí, en el puerto porteño, los pasajeros de primera clase del buque Lutetia descendían eufóricos y respiraban ese mismo viento. Nikolai Martínez Romanov pisaba tierra argentina y con placer colmaba sus pulmones de ese aire límpido de la madrugada de Buenos Aires. Después de mucho tiempo, regresaba a su país. Giró sobre sus pies para ver el portentoso barco y observó que los pasajeros de segunda y tercera aún debían aguardar su turno para descender. Se sintió agradecido por poder pagar el boleto más caro, el que le permitió bajarse primero y, en breve, reunirse con Erik para, tan pronto como pudiera, llevarlo a su residencia para descansar.

Horas después

Tras recogerlo en el puerto y llevarlo a la casa de Nikolai, ubicada en Retiro, Erik y su hermano se sentaron en la sala para descansar un momento mientras dos empleadas, alertadas del regreso, les servían café y unas masas secas. Nikolai estaba agotado por el viaje; Erik, porque había preferido mantenerse despierto para no madrugar. Pero el reencuentro no daba tregua y los hermanos charlaban, bromeaban y reían, contentos de verse.

Llevaban una hora hablando sobre asuntos triviales y domésticos, y poniéndose al día con las noticias familiares: que los mellizos de Erik eran buenos jinetes y que habían ganado sendas copas en pruebas de equitación; que a María Gracia, en París, se le

había dado por declamar; que Luisa pintaba y que la Académie Julian le proponía organizar una exposición de sus lienzos porque —todos coincidían— eran muy buenos; que Irina, para variar, les estaba buscando marido a ambas y que el chico Martínez de Hoz visitaba asiduamente la casa interesado en Luisa… Para el final, Nikolai dejó la noticia más rimbombante: tenía una relación formal con la jovencísima Rosa. Y Erik se ahorró los detalles sobre lo que a todas luces era un ocultamiento de la crisis matrimonial que ya no impresionaba a nadie: que Azucena, como siempre, estaba pasando unas semanitas en la estancia de sus padres con la excusa de que allí descansaba más, pues sus hijos le daban menos trabajo en esa casa.

Parecía que esa mañana los temas que habían precipitado el viaje se negaban a salir a la superficie y permanecían sumergidos en lo profundo, pero un comentario banal fue suficiente para que brotaran sin buscarlo:

—Mamá ha mandado para tus niños muchísimas cajas con regalos —mencionó Nikolai señalando el baúl más grande de los que había traído.

—Veo que ella no ha perdido la costumbre de gastar —respondió moviendo la cabeza negativamente.

—No la reprendas. Ya sabes que es su manera de demostrar cariño.

—Pero debe aprender a contenerse.

—Solo te aseguro una cosa: es muy difícil no gastar en París. Todos los argentinos lo hacen, y mucho. Ya te explicaré un poco la situación. Mañana hablaremos tranquilos del tema…

—Hay mucho por hablar, Nikolai, pero algunas cuestiones son urgentes.

—Sí, hermano. Por ejemplo, el barco que utilizaremos para fletar las carnes. —Nikolai se focalizó en una de las principales razones por las que se había embarcado. La duda lo punzó y no se pudo contener—. ¿O acaso ya…? —Esperó la respuesta rogando no haber llegado tarde.

—Aún no, pero el lote debe salir en breve.

Nikolai dijo lo que había venido pensando durante la larga travesía:

—Erik, deben salir en el buque de la compañía que siempre

usamos.

—Te expliqué que es muy cara… —se empecinó.

—Pero usar la nueva es peligroso, no tiene buenas referencias —insistió Nikolai.

—No estamos en condiciones de atender comentarios que se hacen por allí —respondió Erik terminante. Él también los había escuchado, pero no constituían ninguna acusación grave, y había una gran diferencia de precios.

—No son solamente habladurías —afirmó Nikolai con severidad. Estaba seguro de que ningún estanciero instalado en París la contrataría.

Y allí estaban las discrepancias otra vez, las que lo habían forzado a cruzar el océano.

Erik se compadeció de su hermano, a quien veía fatigado.

—Escúchame… Estarás aquí varios días… Dejemos estos temas para mañana, ¿te parece? No necesitamos agotarlos hoy.

—Me parece bien… Estoy muy cansado.

—Duerme un poco y a la noche te pasaré a buscar para que cenemos juntos en el centro.

—Perfecto —aceptó la propuesta. Acompañó a Erik hasta la puerta y lo despidió.

Exhausto, tendido en la cama, Nikolai se quedó profundamente dormido con un pensamiento en la cabeza: «Estoy en Argentina. Ya nada podrá salirse de los carriles normales». No imaginaba lo que el destino le tenía preparado.

Esa noche, los dos hermanos iban rumbo al restaurante donde cenarían. Erik había estacionado su automóvil a tres cuadras y debían cubrir a pie la distancia. Al tomar la calle Esmeralda, pasaron por el teatro Maipo, donde se presentaba *Cocó*, el espectáculo que cautivaba a los porteños. A Nikolai le llamó la atención la larga fila de personas que aguardaban para ingresar a la función.

—¿Por qué hay tanta gente? ¿Qué obra es?

—La de la francesa Lisa Loy. Está de moda, aunque seguramente tú la conoces de París.

—No. Jamás escuché ese nombre.

—Si mal no entendí, llegó al país con el elenco francés de *París*

chic, trabajó un tiempo con ellos y ahora tiene su propia obra… ¡que hace furor, hermano!

—No, no la recuerdo —negó encogiendo los hombros, como sorprendido. Era raro que se le hubiera pasado por alto porque, en París, no se perdía ninguna obra de teatro.

—Es buenísima. Si quieres, un día la vemos juntos.

—¿Y qué dirá Azucena sobre tus salidas nocturnas? —preguntó con picardía—. Porque estás haciéndote el soltero acompañándome de un lado a otro.

—Azucena es la que decide permanecer con sus padres, y, según mis cálculos, ella se dignará a volver a nuestra casa… en… más o menos… —estimó— tres semanas.

—Me sorprende tu manera de ver las cosas.

—Mira, Nikolai, yo no hago nada malo durante las temporadas en las que mi esposa se ausenta. Solo he aprendido a disfrutar un poco más de mi soledad, y a hacer cosas diferentes e inofensivas, como será asistir al teatro para ver a Lisa Loy contigo.

—Entiendo…

—Es aceptarlo o separarme. Y con mis hijos todavía niños, aún no me siento listo para hacerlo —reconoció con parsimonia, aunque la procesión iba por dentro. Él no iba a ponerse a explicar cuánto sufría esa estúpida situación.

—Me alegra que pienses en ellos y que tomes lo que te sucede con tranquilidad —dijo Nikolai mientras se detenía frente a la marquesina para ver con curiosidad la fotografía de la sofisticada mujer pelirroja que, muy maquillada, lo miraba desde la foto. Después de unos segundos de observación, Nikolai concluyó—: Es muy bonita… Sí… tal vez haya visto su foto en alguna parte de París, pues su rostro me parece conocido.

—¡Claro, hermano, todo el mundo la conoce! Ahora, vamos o perderemos nuestras reservas y no podrás comer el mejor *bife* de chorizo que hayas probado en meses… porque París será la meca del arte y la distinción, ¡pero no tiene nuestras carnes! —concluyó Erik.

—Tienes plena razón —concedió.

Los dos siguieron caminando en silencio, atrapados en especulaciones. Erik se preguntaba hasta cuándo aguantaría la situación con su esposa, mientras que Nikolai seguía pensando en

qué obra había visto a Lisa Loy; su rostro le resultaba muy familiar.

Una vez que llegaron al restaurante y pidieron la comida, Erik se dispuso a olvidar sus problemas y a disfrutar de la noche y la compañía. Nikolai había venido desde Europa y, de ahora en más, la responsabilidad de lo que hicieran recaería sobre los dos. Se sentía acompañado para enfrentar los desafíos inminentes e, incluso, como ya se lo había adelantado, estaba dispuesto a ampliar los negocios familiares.

Nikolai era decidido e intrépido. Su presencia en la Argentina le aliviaba el trabajo. Desde su llegada, además, ya no tenía esa extraña sensación que lo perseguía: que él cargaba con lo peor mientras su familia estaba en París, de fiesta.

Capítulo 21

Esta puerta se abrió para tu paso
este piano tembló con tu canción.

Tango «Ninguna»,
HOMERO MANZI

Buenos Aires

Había pasado una semana desde su arribo y Nikolai ya se hallaba acomodado al ritmo de vida de Buenos Aires. Como si nunca la hubiera abandonado por una temporada, la casa contaba con la cantidad de empleados necesarios para atender sus requerimientos: jardineros, mucamas, mayordomos se movían por la residencia que volvía a funcionar a pleno, al igual que su auto, que había encendido perfectamente porque su chofer lo había cuidado como propio conforme a las instrucciones que él le dejó antes de partir a Francia.

Esa noche, elegante, vestido de *frac* negro, Nikolai tocó la bocina en la puerta de la casa de Erik, que salió de inmediato, trajeado como su hermano. Verían *Cocó*, la obra de Lisa Loy.

Durante los últimos días, ambos habían tenido largas conversaciones sobre trabajo y, al fin, habían logrado acordar posiciones. Eso no significaba que Erik hubiera cambiado de opinión, sino que, para no discutir, había decidido ablandar su postura y dejado que los asuntos tomaran rumbos diferentes a los planificados en solitario. Bajo este precario consenso, las carnes fueron fletadas en el buque que siempre habían contratado, pese al alto costo, y Erik no volvió a quejarse por lo mucho que su madre y las mellizas gastaban en París.

Aprovechando la estancia de Nikolai, los hermanos planeaban otro embarque; esta vez, mucho más ambicioso. Para concretarlo, necesitarían comprar vacunos a varios estancieros porque sus planteles no alcanzarían. La erogación sería tan suculenta que requeriría hipotecar los campos. Pero solo por poco tiempo.

Aplicarían la misma estrategia que utilizaban sus colegas: tomarían la hipoteca y la levantarían de inmediato con el producido de las ganancias de la gran venta. Por ese motivo, tenían pendiente visitar los campos y evaluar quiénes estaban en condiciones de proveerles la hacienda con la que completarían el cargamento.

De todas maneras, no había necesidad de atosigarse porque Nikolai estaría en Buenos Aires un par de meses antes de regresar a Europa. Esa noche ninguno de los dos mencionaría el negocio que tenían entre manos. Los esperaba una velada de placer y camaradería compuesta por una buena cena en el restaurante habitual y la función de *Cocó*.

Erik, que ya la había visto, estaba encantado con el plan de volver al Maipo.

—¿Trajiste las entradas? —preguntó Nikolai que, al sentarse en el vehículo, se pasó la mano por el cabello rubio, como hacía cuando estaba nervioso.

—Sí, aquí están —afirmó con tono triunfante y, haciéndolas flamear en el aire con su mano, agregó—: Me han salido carísimas y ni siquiera son para las primeras filas… ¡pero al fin las he conseguido! En la boletería estaban agotadas y tuve que comprárselas a un revendedor. Pero ya verás: la estafa valdrá la pena.

—¡Por Dios…! ¡Ya mismo quiero ver a esa mujer! Me intriga saber por qué todos se vuelven locos con ella.

—¡La Loy es una bomba! Pero no te vayas a enamorar… y quieras conquistarla.

—¿Y por qué no?

—¡Porque tienes novia en París! ¿O ya te has olvidado de Rosa?

Al oír su nombre, Nikolai recordó, por primera vez desde su arribo, que estaba comprometido. Sus ocupaciones no le habían dado respiro y no había pensado en ella ni siquiera un minuto. Tampoco en escribirle. Y eso podía acarrearle algún enojo por parte de la chica… Esa misma semana, sin falta, le enviaría una carta.

—Gracias por recordármelo, hermano, te juro que me había olvidado. Te aclaro que, aunque tenga novia… podría conquistar a la Loy —insinuó Nikolai con gracia, y agregó—: Porque una cosa no quita la otra. Todavía no estoy casado.

—¿Sabes…? Eres un perfecto bastardo —deslizó Erik entre risas;

palmeándole la espalda, arrancó el motor y partieron raudamente al teatro.

En pocos minutos, los hermanos ingresaron a la sala y se ubicaron en el centro de la platea. A su alrededor, el bullicio era tal que no les permitía hablar; pero bastó que el telón se abriera para que en el recinto no se moviera nadie y el silencio fuera total. Acababa de aparecer en escena Lisa Loy y, con su voz melodiosa, dulce y, al mismo tiempo, potente y nítida, los cautivaba.

«Qué pelo, qué figura, qué voz…», pensó Nikolai seducido. Y siguió: «Qué hermosa canción, qué rostro… ese rostro…».

Los ojos le resultaron familiares, pero la mujer estaba lejos. Se concentró e hizo un esfuerzo por recordarlos… Le resultaban muy conocidos, pero muy, muy conocidos… Esas cejas, esa boca. Su imaginación le puso a la Loy cabello oscuro y el nombre vino con fuerza a su mente: «¡Melisa Loyola!». Era parecida. Se acordó de la joven cantando junto con Gardel y percibió que su voz tenía mucha similitud. ¿Acaso ella…? No, no podía ser Melisa Loyola; ella vivía en París. Aunque pensándolo bien, había pasado mucho tiempo sin verla y podría… Solo una cosa tenía por segura: había roto su noviazgo con el cavernícola de Saidi.

Pero, no: la idea que venía a su mente y le decía que esa actriz podía ser Melisa Loyola era una tontería. «Esta mujer sofisticada tiene mayor porte y más edad», pensó sin calcular los tacos. La Loy no parecía tan delgada. ¿O sí? No, no y no. Esta francesa desinhibida mostraba su cuerpo enfundado en ese *smoking* y se movía de manera tan sensual mientras cantaba… «Lisa Loy… No, no puede ser…», reafirmó. Nikolai movió imperceptiblemente los labios pronunciando el nombre:

—Lisa Loy… —Y una palabra sobre otra lo llevó a formar un nombre conocido: «Lisa Loy… Me… lisa… Loy… ola… ¡Melisa Loyola!»—. ¡Dios mío! —exclamó en voz alta.

—¿Qué pasa? —preguntó Erik mirándolo preocupado.

—No puede ser —dijo impresionado. El nombre de la actriz era igual al de Melisa, pero acortado.

—¿Qué cosa no puede ser?

—Creo que conozco a esa mujer.

—¡Sí, claro! También todo Buenos Aires… y, seguro, París entero. Es una exitosa actriz francesa.

—¡¡Shhh…!! —susurró desde atrás una señora que les pedía que se callaran y que dejaran de conversar. Los dos hicieron silencio.

Pero esos ojos claros, que miraban fijo a Lisa Loy, no podían dar crédito de lo que veían y Nikolai seguía preguntándose: «¿Es posible que esta hermosísima mujer que tengo enfrente sea la chica Loyola?». Y se respondió: «Sí, es posible». Melisa también era hermosa, aunque con un estilo ingenuo. Su cabeza estaba a punto de estallar y, finalmente, casi lo hizo cuando Cocó enfrentó a la platea y con un movimiento decidido se soltó el pelo de un tirón. Aún de *smoking*, de espalda al público, movió su trasero de manera explosiva y *sexy*.

La obra avanzó, el *ballet* apareció, hizo lo suyo, y, tras la danza tanguera, Cocó regresó a escena con un vestidito corto negro de finos breteles y tacos muy altos. Entonces, cantó y bailó como pocas mujeres podrían hacerlo. Bailó y cantó desplegando su encanto natural durante largo rato. Bailó y cantó hasta que no hubo presente que no quedara encantado con ella, porque todas las damas querían ser Lisa, y todos los hombres querían tener a esa mujer entre sus sábanas. Nikolai también, porque a estas alturas le daba lo mismo quién fuera esa actriz. Él moría por Lisa Loy.

Las cuatro parejas interpretaron una coreografía de punta y taco y, cuando se marcharon, Lisa volvió para ejecutar un baile y una canción de manera magistral. Parecía que la obra terminaba, pero dio el golpe bajo final: esa mujer sofisticada y hermosa dejaba todo para ser la chica de barrio que siempre fue, volvía a su casa paterna pero sus padres habían muerto y ella, entonando la canción más triste jamás oída, se ponía el sobretodo largo, el sombrerito y se marchaba con la valija en la mano, mientras a los espectadores se les encogía el corazón. Nikolai, entristecido, miró a su alrededor buscando comprobar que no era el único que se sentía así y se impresionó con lo que vio: muchos lloraban.

La gente aplaudía a rabiar. Melisa volvió a escena y saludó al público con varias reverencias y algunos «Gracias» y otros «*Merci*». Luego desapareció. A Nikolai, que la había oído hablar en su casa y en el Ritz, no le quedaron dudas: era Melisa Loyola.

Todavía conmovidos, los hermanos Martínez Romanov se pusieron de pie y buscaron la salida. Era hora de marcharse.

Ya en la puerta, en medio del amontonamiento del público, de

curiosos y de oportunistas, de vendedores de flores y de retratos de Lisa Loy, Nikolai tomó del brazo a su hermano.

—¿Me esperas un minuto? Quiero averiguar algo.

—Temo que nos desencontremos. Lo mejor será que busque el auto y pase por ti… Allí, en la esquina de enfrente —sugirió señalando en diagonal, hacia donde estaba más descongestionado.

Nikolai asintió con la cabeza y, mientras Erik se marchaba, giró sobre sus pasos e ingresó nuevamente al teatro. Intentó ir tras bambalinas, donde estaría Lisa Loy, cambiándose. Quería tener la certeza. ¿Era o no era? A punto de cruzar el pasillo con la venia de una asistente de anteojos de vidrios muy gruesos y rodete tirante, dos personas de seguridad se lo impidieron y debió volver sobre sus pasos. Pero no iba a darse por vencido.

En la calle, divisó al florista.

—Quiero todas las flores.

El hombre lo miró sorprendido y feliz.

—¿Todas? —preguntó asegurándose de que había entendido bien; tenía tres ramos de rosas rojas en cada mano.

—Sí, todas.

Nikolai las pagó y volvió a la carga. Insistió en ver a la Loy, pero esta vez, la muchacha de anteojos no fue comprensiva.

—No puedo permitírselo, señor. La gente de seguridad se enojará conmigo. Para que no se extravíen, si quiere, se las entregaré personalmente.

—Está bien, gracias —respondió un tanto contrariado porque le llegarían sin tarjeta.

La chica se percató del detalle y le propuso:

—¿Quiere que le diga algo?

—Por favor, dígale que estas rosas se las envía un admirador de la calle Copérnico.

—Perfecto —dijo la muchacha tomando el pesado ramo de flores mientras intentaba memorizar el mensaje.

—¿Me permite que la moleste un minuto más?

—Sí, dígame… —aceptó. ¿Cómo negarle algo a este rubio apuesto e insistente que le hablaba al oído casi con dulzura?

—La señorita Loy tiene el cabello largo y oscuro, ¿verdad? Es que creo que la conozco de París —tanteó; no quería sonar ofensivo.

La chica dudó un instante. ¿Debía decirle la verdad? Se

tranquilizó al comprender que el color de pelo no era un secreto. Además, aseguraba que la conocía de antes… Se sinceró: ¿a quién quería engañar? Si seguía hablando con ese hombre era porque ¡le resultaba atractivo! Y sin pensarlo más, le respondió:

—Sí, el cabello de la señorita Lisa Loy es largo y oscuro.

—Gracias… es usted un amor.

Con las flores en la mano, la muchacha ingresó al camarín deseando ser Lisa Loy.

En la calle, un desconocido y eufórico Nikolai se subía al automóvil de su hermano.

En el camarín, Melisa era atravesada por distintas sensaciones: satisfacción, al ver las flores; deleite, al sentir su aroma; estremecimiento, al escuchar la frase «calle Copérnico»… estremecimiento. Ese nombre encerraba sentimientos fuertes; sus más caros recuerdos estaban condensados en esa calle; sus más importantes afectos aún vivían sobre la *rue* Copérnico. ¿Quién podía conocerla de París? ¿Sería un francés? ¿O un argentino? ¿Se la enviaba un hombre joven? ¿Lo hacía como una viva demostración de admiración o con una solapada intención de conquista? En su camarín siempre había flores, pero nadie le había obsequiado semejante cantidad. Como sea, la emocionaba que una persona relacionada con la *rue* Copérnico tuviera tamaña deferencia. Quería conocer a ese admirador cuanto antes.

Capítulo 22

Quiero verte una vez más, amada mía,
y extasiarme en el mirar de tus pupilas.

Tango «Quiero verte una vez más»,
JOSÉ MARÍA CONTURSI

Buenos Aires

Anochecía cuando Nikolai entró a su casa y se sentó en el sofá de la sala. Regresaba de un extenuante día en el campo. Su hermano mayor y él habían realizado una inspección general que incluyó el estado del casco y los puestos de la estancia, de las aguadas, las pasturas y los alambrados y, sobre todo, de la hacienda. La fructífera jornada les había servido para tomar importantes decisiones: hipotecarían los campos y prepararían un gran lote de animales para vendérselo a los ingleses por un valor diez veces mayor al habitual. Además, el tiempo compartido en la propiedad les permitió entender cuán importantes serían sus próximas acciones puesto que la riqueza de los Martínez Romanov se había gestado en esa estancia que heredaron de su padre, don Ricardo. La caldera del tren de vida que llevaban en Buenos Aires y París estaba alimentada casi exclusivamente por los animales que pastaban en sus tierras. Debían cuidarlos mucho y estar muy atentos.

Se hizo traer un café con su mucama y lo bebió con la satisfacción de saber que habían cumplido con una pesada obligación. Pisar el campo, ver las cosas de cerca, presenciar el nacimiento de un ternero, comprobar que la cruza había resultado fallida, conversar con los capataces y la peonada les había dado otra perspectiva.

El único inconveniente consistía en que debía apurarse si quería llegar a tiempo al Maipo. Tenía planeado presentarse nuevamente en la calle Esmeralda, tal como lo había hecho en tres oportunidades más después de compartir la función con Erik. En la primera, no lo dudó: compró la entrada a precio exorbitante y se

sentó a disfrutar nuevamente de la incendiaria función de *Cocó*. Una noche regresó, pero solo se quedó en la puerta, por curiosidad, mirando la marquesina. En ambas ocasiones tuvo la deferencia de enviarle varias docenas de rosas rojas.

Para esa noche, sin embargo, tenía pensado algo diferente: tras la función, aguardaría en su automóvil hasta que Lisa Loy abandonara el teatro y la abordaría. Había identificado cuál era la puerta lateral por donde se movía el personal y se escapaban los actores cuando la jornada de trabajo concluía. «En algún momento —calculaba Nikolai—, ella tendrá que salir para marcharse a su casa».

No sabía exactamente qué perseguía, ni en qué terminarían sus intentos de aproximación. Solo estaba seguro de una verdad contundente que lo empujaba a actuar: Melisa Loyola le gustaba a rabiar. Le atraía desde el día que la había salpicado sin querer en la piscina de su casa. Tras verla actuar, cantar y moverse de manera sensual… ¡ella lo llevaba de las narices! Si le pedía la luna, se la daba.

Tampoco sabía cómo reaccionaría cuando lo tuviera enfrente porque ya no era la hija del sastre, ni la novia de su socio. Ahora era una actriz consumada y famosa. Por lo tanto, su plan era sencillo y nada pretencioso: simplemente, pasar a saludarla. Además, en París no habían empezado con el pie derecho; sus encontronazos habían sido demasiados. Pero Nikolai no se olvidaba del beso apasionado que se habían dado en el Ritz. Quizá reencontrarse en Argentina, lejos de todo lo conocido, le añadiría una magia insospechada al encuentro.

Aunque le hubiera gustado cenar, no podía demorarse. Se puso de pie y se fue a bañar. Tenía el tiempo justo para llegar al teatro.

Al fin, al cabo de quince minutos, partió perfumado y bien vestido.

Tras la función, Melisa no hallaba consuelo. Los ramos de rosas rojas con la tarjeta firmada por «EL ADMIRADOR DE LA CALLE COPÉRNICO» no la esperaban en el camarín. Decepcionada, se recriminó a sí misma por la escasa diplomacia con la que trató a ese hombre que, evidentemente, la conocía. Culpó al trabajo, a su urgente necesidad de regresar al departamento para descansar…

pero no había excusas válidas. Debería haberle pedido a Margarita que lo buscara y que lo hiciera pasar al camarín para agradecerle personalmente las flores y, claro, conocerlo.

La entristecía que esa noche no le hubiera mandado nada. Solía ocurrir con todos los seguidores: al principio, entusiasmados, le enviaban flores; luego, desaparecían. Sin embargo, este admirador se había vuelto especial porque en él se unían sus dos mundos: el actual, que vivía en Buenos Aires; y el francés, que amaba, pero que estaba lejos.

Melisa metió en su bolso los paquetes que le había traído su asistente, con fruta y queso para su cena, y luego, extendiendo la mano, también guardó en su bolsillo las dos tarjetas del admirador de la calle Copérnico. No quería dejarlas en el teatro, sino llevárselas a su casa para leer «rue Copérnico», esas palabras que le daban placer, le permitían evocar y sentir más cerca ese lugar querido. «Es una pena que haya desaparecido», se lamentó mientras se quitaba el pesado maquillaje sin imaginar que su admirador la esperaba en la puerta desde hacía largo rato.

Ubicado estratégicamente en la esquina de Corrientes y Esmeralda, desde donde dominaba todas las entradas y salidas del Maipo, Nikolai aguardaba dentro de su automóvil. Solo le interesaba una: la pequeña puerta que el local tenía en un costado y que para la mayoría de los transeúntes parecía el pórtico de otro edificio. Tras una hora de paciente guardia, ya había contemplado cómo se raleaba la calle. Primero salieron los espectadores; luego, los empleados y, supuso, también los miembros del elenco. Las luces iban apagándose poco a poco y, cuando creía que Melisa no saldría nunca, vio aparecer una figura de mujer que le pareció delgada y pequeña. Desconfió, no podía ser ella. Lucía muy diferente a la mujer de la marquesina; y más aún de la que lo había deslumbrado sobre el escenario. Dudó y se quedó mirando durante un minuto para cerciorarse. La vio cruzar la calle con un vestido *charleston* y un bolso bajo el brazo. Apurada, avanzaba en su dirección, sin verlo. Dos pasos, tres, y Nikolai tuvo la certeza: sí, era Melisa Loyola. Con rapidez, se bajó del coche y fue en su dirección. Sus pies se dirigían al encuentro más importante de su vida. Él aún no lo sabía; su corazón sí, porque palpitaba con fuerza y desorden.

La tuvo a un metro, a centímetros… Pero viéndolo, ella no lo miraba.

Necesitó llamarla.

—¡Melisa! —le gritó.

Sorprendida, esta vez lo observó. La media luz no le permitió distinguir la figura. ¿Quién la llamaba por ese nombre? Solo las chicas del grupo de Rasimi con las que había viajado le decían así. Paró en seco su marcha para mirarlo durante largos segundos; quería reconocer ese rostro. ¿Podía ser…? Esa era la imagen del hombre argentino que conocía pero no coincidía con la ciudad donde debía estar. Aunque pensándolo bien, sí, coincidía: Martínez Romanov era argentino.

—¿Nikolai? —preguntó insegura.

—Sí, soy yo —dijo acercándose.

—¿Qué haces aquí? —Le costaba acomodar las ideas. Este hombre estaba en la Argentina y a solo unos pasos del teatro donde trabajaba.

—Vengo a saludarte.

—¿A mí?

—Sí, soy el admirador de la calle Copérnico —contestó sonriendo.

Melisa lo oyó y su interior se quebró. Las palabras se le unieron formando sentimientos: París, Copérnico, niñez, padres, ella cantando con Gardel, el beso en el hotel Ritz… El alma le quedó en la mano. Esa noche, como todas las anteriores, se sentía sola… Pero ese hombre venía a hacer presentes todos sus recuerdos queridos.

Él notó su emoción.

—¿Te sientes bien?

—Sí, solo que me has llenado de remembranzas.

—Espero que sean buenas.

Le devolvió un gesto de beneplácito. ¿Cómo explicarle lo que significaba vivir con éxito en Buenos Aires, pero extrañando su país?

—Te llevo. ¿A dónde vas?

—A mi casa.

«¿Casa? ¿Y si vive con un hombre?». Qué torpe. ¡No lo había pensado! Hizo algunas preguntas para averiguar.

—¿Cenaste? ¿Te esperan para comer? —Trataba de sondear el

estado civil de Melisa, por si acaso.

—No cené y no me esperan —le respondió poniendo en palabras su realidad diaria.

—Entonces, te invito a cenar.

Aún conmocionada, Melisa aceptó.

Sentada en el automóvil de Martínez Romanov, el paisaje le parecía un sueño. Lo que acababa de pensar en su camarín volvía a su mente una y otra vez: este hombre conjugaba sus dos mundos queridos: el de Buenos Aires, que tenía gusto a éxito y soledad; y el de Francia, que tenía sabor a niñez, sueños y afectos.

Nikolai miró la hora; era tardísimo. Creyó que lo más conveniente sería cenar en una simple pizzería.

—Conozco una muy buena. ¿Te apetece?

—Sí —dijo entusiasmada.

Media hora más tarde, Melisa tenía en su regazo un ramito de jazmines que Nikolai le había regalado, saboreaba la porción de *pizza* más deliciosa que jamás había probado. No solo porque estaba sabrosa de verdad, también porque la compañía de Nikolai la volvía más rica aún. Le contaba historias, la hacía reír, le relataba las escenas graciosas vividas ese día, en el campo, con los animales; como citadino que era, merecían un capítulo aparte. Pero la conversación no era un simple anecdotario, no; sus diálogos navegaban en aguas profundas.

—Decidí venir a la Argentina porque mi hermano y los negocios me necesitaban. Las inversiones son de interés familiar y no es fácil establecer acuerdos a la distancia porque cada uno tiene su forma de ver las cosas.

—Por lo que dices… parece difícil tener hermanos. De todos modos, me hubiera gustado tenerlos —confesó.

Nikolai la notó melancólica. Eso lo animó para abrirle su corazón y le relató que no veía bien a Erik, que su matrimonio parecía no funcionar. Y así, entraban y salían de menudencias y profundidades emocionales, y caían inevitablemente en el tema más sorprendente.

—La noche que Erik me llevó al teatro para ver a Lisa Loy, descubrí que eras tú… ¡Y no lo podía creer!

—A veces, ni yo misma puedo creerlo.

—La verdad es que eres excepcional en escena.

—Gracias… Pero ¿solo en escena?

—No seas tonta, tú eres completamente excepcional… única. —La miró profundo a los ojos; la atracción aún estaba allí, el tiempo y la distancia no la habían apagado—. Vi dos veces la obra —reveló para encauzar la conversación hacia la normalidad. Le resultaba difícil sostener el rumbo con Melisa enfrente, a solo centímetros de su cara, oliendo a sándalo. Si no se comportaba, terminaría besándola.

—¿La viste dos veces? —repreguntó buscando la misma normalidad. Esa cena y este encuentro eran peligrosos, rompían sus moldes.

—Era tan bueno lo que hacías sobre el escenario, que no podía dejar de mirarte. Te observaba y quería más y más.

Ella se sonrojó.

—Es la verdad —se sinceró—. ¿Cómo te has convertido en estrella?

—Es una larga historia… ¿Tienes un rato para que te cuente?

—El tiempo del mundo.

Ante su respuesta, Melisa le relató pormenores de su vida: desde la ruptura con Saidi, a la decisión de aceptar la propuesta de *madame* Rasimi; desde su primera vez como corista hasta la suplencia de Mistinguett.

Llevaban dos horas hablando sobre la carrera y el ascenso de Melisa, de la nostalgia que sufría; de los planes de Nikolai para instalarse en Francia con la intención de culminar los cinco teatros. Cuando estuvo a punto de relatarle su transformadora experiencia como benefactor del orfanato, el mozo se acercó y les avisó que tenían que cerrar el local. Solo entonces notaron que eran los únicos clientes, pidieron disculpas y, tras abonar, se marcharon. Caminaban rumbo al auto sonriendo, sorprendiéndose de cuán rápido había pasado la hora: eran las cinco de la mañana.

—Es que entramos tarde… —se justificó Nikolai. Pero recordó perfectamente que la única vez en su vida que se había sentido como ese día con una mujer fue, justamente, con ella, en la recepción brindada a Carlos Gardel. Al saberla libre de Saidi, la velada había sido mucho más placentera todavía y habían hablado toda la noche.

Melisa, por su parte, no podía creer lo que estaba viviendo.

Acostumbrada a ir de su casa al teatro, y del teatro a su casa, donde casi siempre cenaba sola, salvo cuando se reunía con sus amigas francesas, o aceptaba alguna salida, acababa de quebrar la rutina: charlaba con este hombre venido desde Francia que siempre le había gustado.

Ella le explicó dónde quedaba su departamento, él condujo hasta el lugar y, descorazonado, estacionó en la puerta; deseaba que la noche no se terminara, que durara eternamente. Melisa se sentía igual y luchaba en su interior para no invitarlo a pasar a su casa, porque aunque era lo que deseaba, pensaba que no estaba bien, y entonces se mordía para no hacerlo. En el pequeño habitáculo del vehículo la tensión de la cercanía se notaba. A Nikolai, ella le gustaba tremendamente; para Melisa, esos ojos claros comenzaban a transformarse en una obsesión, igual que los vellos rubios de la barba y la forma voluptuosa de su boca de hombre. Pero ambos, sin saber qué más decir, simplemente dejaban que la despedida avanzara:

—Me ha gustado mucho verte y hablar contigo —dijo Romanov, que la miraba a los ojos en un intento por poner en palabras lo que sentía. Sin embargo, no alcanzaban para explicar el desbarajuste que el encuentro había provocado en su interior.

—A mí, también. No lo esperaba y lo he disfrutado —reconoció Melisa.

—Ha sido una noche maravillosa —se atrevió.

—Así es, no le ha faltado nada —se atrevió a más.

«Sí, claro que le falta algo», pensó Nikolai. Entonces, teniéndola muy cerca, se aproximó a esa boca que lo había vuelto loco el día que la besó en el Ritz, y la besó otra vez. De nuevo, la pasión, las ganas, el enardecimiento que lo empujaban y el aroma a sándalo que lo transportaba a lugares dulces y tibios, como era la piel que Nikolai descubría con sus dedos entre la cintura y la axila de Melisa, allí, muy cerca de sus senos. El cuerpo de mujer temblaba, y él lo sabía.

Terminado el beso, no se separaron; se quedaron muy quietos con las bocas unidas durante unos instantes, labios sobre labios, sintiendo el perfume del otro. Así estuvieron hasta que, al fin, separándose, se miraron gozosos. Era una sensación extraña que no les permitía alejarse; no soportaban perder la proximidad. Nikolai

hubiera querido pegarse a ella de punta a punta, desde los zapatos a la frente, y no separarse más. Ojalá estuvieran de pie para poder abrazarla de esa forma, ojalá estuvieran acostados para amarrarse a ella más fuerte, ojalá estuvieran sin ropa… Entonces, dándose cuenta de hacia dónde iban sus pensamientos de hombre, se detuvo. Y solo dijo:

—No quiero que te vayas.

—Yo no me quiero ir —respondió con sinceridad.

Volvieron a besarse. Esta vez, más ardorosa y largamente. Nikolai quería comerla a bocados lentos; Melisa, delirando por Guerlain, viendo que el encuentro podía terminar de forma impensada, dio el punto final y se alejó.

—Debo irme, ya es la mañana. Se escucha el canto de los pájaros.

Desde los árboles de las veredas de Buenos Aires, los gorriones anunciaban el comienzo del día.

—Ve, tienes razón —aceptó en contra del reclamo de su cuerpo.

Nikolai descendió del auto, lo rodeó y le tendió la mano para que descendiera. Melisa agradeció el gesto, caminó rumbo al *palier* de su edificio y, una vez, frente a la puerta de vidrio, giró, lo miró y le sonrió dulcemente. A Romanov la sonrisa le entró por cada poro y creyó morir por ella.

Cuando Nikolai la perdió de vista, se sintió solo, tan solo como pocas veces en su vida.

«Ridículo», se dijo a sí mismo. «¡Qué perfecto idiota! Sintiéndome como pichón mojado…» Porque Melisa se iba y él se sentía de esa forma. ¿Qué carajo le pasaba? ¿Qué poder terrible tenía esta chica sobre él? Puso su coche en marcha y se alejó perturbado.

Por el camino hasta su casa, repasó los sucesos de la noche, pero cuando recordó la despedida, se dio cuenta… ¡No habían concertado ni día ni hora para volverse a ver! Se tranquilizó pensando: «Al menos, sé dónde vive». Además, siempre podía presentarse a la salida del teatro. Decidió ir por ella al día siguiente.

Capítulo 23

Como el clavel del aire,
así era ella,
igual que la flor
prendida en mi corazón.

Tango «Clavel del aire»,
FERNÁN SILVA VALDÉS

Buenos Aires

Después de una larga madrugada junto a Martínez Romanov, Melisa durmió hasta pasado el mediodía. Cuando se despertó, aún en la cama, por un momento creyó que lo vivido había sido un sueño. Pero el aroma que despedía en su mesa de luz el ramito de jazmines que él le había comprado a la vendedora ambulante le decían lo contrario. Supuso que Nikolai regresaría al teatro. Por eso se acicaló con más cuidado que nunca: máscara de pétalos de rosas con azúcar en el rostro, crema de *ghassoul* para el pelo, té para tonificarse, frutas para alimentarse… y, después de la ducha, sándalo en todo el cuerpo para darse el toque final.

Aún faltaba una hora para partir hacia el teatro y se hallaba ansiosa como una novia para casamiento. ¿Y si él no la buscaba? Dudó hasta último momento. Recorrió intrigada las cuadras que caminó hasta el teatro, pero una vez instalada en el camerino, los nervios de la inminente actuación le hicieron olvidar cualquier atisbo de duda. Sin embargo, en medio de la función, por primera vez en su vida, no entró a tiempo en una canción.

Entre acto y acto, Raúl Flores se acercó a la estrella.

—¿Estás bien, Lisa?

La hallaba desconcentrada, algo raro en ella. Temió que estuviera descompuesta.

—Sí, sí… Anoche dormí muy poco, nada más.

Una verdad a medias. La perturbaba una incertidumbre: que Nikolai no la esperara. Apenas se habían visto una noche y ya se le

hacía imprescindible. El sentimiento le gustaba y, al mismo tiempo, la perturbaba porque reconocía que esta clase de dependencia no era normal ni buena.

Tras la función, cuando Melisa abrió la pequeña puerta lateral y divisó el automóvil de Nikolai, el alma le volvió al cuerpo.

Al verla aparecer con su vestido de seda clara, sombrerito y zapatos altos del mismo tono, e impactado por su elegancia, se bajó del vehículo para saludarla. El beso que tenía destino de mejilla, terminó en la boca y dio paso a la sonrisa de ambos. Luego, caballeroso, le abrió la puerta del automóvil y partieron. Una noche maravillosa los esperaba. Esta vez, Nikolai había reservado para que, a pesar de la hora, les tuvieran lista una buena mesa en el mejor restaurante de la ciudad. Un Martínez Romanov conocía los buenos lugares de la capital y sabía bien dónde pasar una agradable velada junto a una dama: El Grill del Plaza Hotel Buenos Aires. Para ahorrar tiempo, incluso, se había atrevido a pedir que tuvieran lista la comida.

En cuanto Melisa subió al coche, Nikolai le advirtió que los esperaban con salmón asado; recordaba perfectamente que solo comía pescado.

—El lugar se caracteriza por la buena cocina francesa. Lo elegí para que extrañes menos tu país.

Al oír las explicaciones, Melisa sonreía sorprendida. ¿Tanto la tenía en cuenta que retuvo un detalle relacionado con su alimentación? ¿Acaso le había dedicado algún pensamiento durante todo el tiempo que había transcurrido desde que se habían visto en París por última vez?

En la puerta del Plaza, Nikolai se encontró con los Anchorena, a quienes saludó con cordial familiaridad y les presentó a Melisa como Lisa Loy. Las hijas, unas muchachas de su edad, le pidieron un autógrafo y, a punto de atraparla con conversaciones sobre la obra, él la rescató y fueron directo a su mesa que, a petición de Nikolai, estaba discretamente alejada, ubicada al lado de una ventana. El salón, ornamentado con cerámicas Delft holandesas, tenía un hogar estilo Tudor labrado en bronce. La tranquilidad y belleza del restaurante ayudaron a crear el clima perfecto para la charla que comenzaron.

—Estás hermosa —declaró repasando con la vista el bonito

vestido de seda clara algo escotado que llevaba puesto.

—Gracias…

Los ojos de Martínez Romanov estaban de fiesta; no podían dejar de mirarla.

Nikolai pidió de la carta un *champagne*; el *sommelier* se los trajo y se los sirvió en las copas. Él la dejó elegir el motivo del brindis.

—Por nuestro reencuentro —dijo ella.

—Por nosotros —retrucó él.

Las copas tintinearon e inauguraron la noche más romántica jamás vivida. Las miradas eran de fuego; los roces casuales, de seda; las palabras, invitaciones a avanzar; las voces, túneles de deseo que llevaban a lugares eróticos. El instinto de mujer hacía su parte y el *champagne* ayudaba para concretar lo que Melisa no se atrevía, como darle la mano y sostenerla sobre el mantel. Nikolai, en cambio, no precisaba que nada extra lo empujara; estaba completamente entregado; quería todo lo que ella quisiera darle, sea poco o mucho. No sabía muy bien qué clase de mujer tenía enfrente. Su experiencia le demostraba que las francesas siempre habían sido más liberales que las argentinas. Por lo tanto, si tenía suerte, tal vez Melisa lo invitara a su departamento para pasar la noche juntos. Le miraba las piernas que ella cruzaba con delicadeza y sensualidad y le descubría el portaligas de satén color claro. Entonces, creía volverse loco. Si fuera por él, la hubiera llevado a otro lugar donde pudieran estar a solas, pero no quería hacer nada que no correspondiese, no deseaba arruinar la relación. Le interesaba de veras y en todos los aspectos, no solo en el sexual.

Ya iban terminando sus platos, la charla era larga y los detalles apagaban dudas y creaban interés. La noche avanzaba; y el conocimiento mutuo, también.

Él había descubierto que, cuando Melisa hablaba e iniciaba una frase, casi siempre se hacía a un costado el cabello con la mano, y que, al conversar de su vocación, le brillaban los ojos; cuando estaba relajada, su voz era más suave, y su sonrisa, muy dulce. Comenzaba a conocerla más y mejor.

Ella, por su lado, descubría en Nikolai a un hombre mundano que tenía una manera arrolladora de explicar las cosas y de perseguir lo que soñaba, como si nada pudiera permanecer en pie

ante sus deseos; que tenía un rostro masculino en el que sus ojos muy claros y su sonrisa blanca eran su principal atractivo; que siempre vestía con elegancia y que destilaba seducción cuando conversaba con las damas. Recordaba muy bien el trato que le brindó a la sencilla muchacha que la noche anterior les vendió los jazmines; además, acababa de presenciar cómo les habló a las chicas de la familia amiga; tampoco le pasó desapercibido cómo lo miraban las dos mujeres de la mesa de enfrente. Comenzaba a observar detalles que antes no había tenido en cuenta.

Mientras saboreaban el postre, Nikolai preguntó con segundas intenciones:

—¿Es muy cansador bailar y cantar todos los días? —La respuesta le diría si pasarían la noche juntos.

—Estoy acostumbrada. El teatro se ha transformado en mi vida… —admitió y aprovechó para decir lo que pensaba—: Creí que hoy vendrías a verme actuar.

—¿Quieres saber la verdad? No fui porque ya me tienes a tus pies. Si te viera actuar nuevamente me transformaría en tu esclavo —se sinceró. No disimulaba cuánto le atraía Melisa; no jugaba a parecer menos interesado para seducirla. Martínez Romanov era directo, quería conquistarla y no lo ocultaba.

Ella decidió actuar del mismo modo y lo invitó:

—Mañana es lunes y tengo el día libre. Si quieres, durante la tarde podríamos pasear por algún lugar bonito. A veces me canso de esta vida noctámbula.

—Me encantaría. Te llevaré a los parques de Palermo.

—¡Vamos! —aceptó entusiasmada. «No los conozco», pensó. «¡Claro, si vives trabajando!».

Siguieron conversando hasta que se dieron cuenta de que estaban solos, como en la pizzería. La madrugada avanzaba y ellos eran los únicos comensales. Solo que nadie los invitaría a retirarse. Si la pareja quería extender la tertulia hasta las cinco de la mañana, el restaurante permanecería abierto. El *maître* y los dos camareros que los habían atendido desde que llegaron se hallaban firmes, de pie, con buena cara, pegados junto a la puerta que daba a la cocina, aguardando órdenes del señor Martínez Romanov o de su invitada.

Al descubrirlos, Melisa le dijo:

—Deberíamos retirarnos, ya no queda nadie y esos pobres

hombres necesitan dormir.

Nikolai asintió, pidió la cuenta, dejó una buena propina y se marcharon.

Conducía ansioso por las calles de Buenos Aires, aguardaba la orden de Melisa, su propuesta, la invitación, el convite para subir a su casa. A metros del departamento, el motor perdía revoluciones y el silencio aumentaba. Nada. Estacionados frente a la puerta de vidrio del edificio, repetían la despedida:

—Una noche maravillosa más…

No le respondió; la besó.

Se besaron largo, muy largo; más y más. Él se animó a poner su mano en la rodilla y también más arriba, en el muslo, subiendo hasta el portaligas que lo había enardecido durante la velada. Nikolai la deseaba; Melisa, a él.

Pero cuando menos lo esperaba, Melisa se separó.

—Es tarde. Escucha cómo cantan los pájaros. Te espero mañana.

La frase sonó descontextualizada; su oído de hombre esperaba otra oferta. Le costó responder algo coherente hasta que al fin pudo articular:

—Estate lista. Vendré por ti a las cuatro de la tarde.

Melisa ingresó al edificio y se perdió tras la puerta; esa entrada que Nikolai empezaba a odiar porque, al cruzarla, ella desaparecía.

Nikolai condujo por las calles de la ciudad bajo los primeros rayos de sol de ese día caluroso. El verano se acercaba.

París

En ese mismo momento, en París, era la hora del almuerzo. La nieve caída durante la mañana mostraba el día como uno de los más fríos del año. El triste invierno europeo recrudecía.

Amina se abrigó. Aprovecharía para visitar al médico mientras Manuel estaba entretenido en el taller. Tenía algunos síntomas extraños. Primero, habían sido los dolores en todo el cuerpo y, ahora, desde hacía meses sufría unos sangrados, como si le hubiera vuelto la regla, algo imposible a su edad. Al principio, no le prestó atención, pero ya era hora de conocer la opinión de un facultativo. Como no quería preocupar a Manuel, se organizó para concurrir sola. Sin dudas, estaba frente a un problema. ¿Grave? Decidió dejar de lado sus elucubraciones para escuchar al doctor.

Tomó su cartera y salió a la calle. Tenía el tiempo justo y un largo trecho hasta el hospital de la Pitié-Salpêtrière, en el distrito XIII, donde se había hecho atender desde joven.

En la puerta se encontró con Margot, que salía del taller.

—¿Te vas, Amina?

—Sí, al médico. ¿Y tú?

—Aprovecharé la hora del almuerzo para hacer unas compras. Hoy viene Amèliè y quiero cocinar algo especial para la cena.

—¡Cierto que ya estamos en fecha!

La chica, que estaba pupila, regresaba a la casa materna cada quince días.

Margot se tomó dos minutos y le contó que su hija había salido en el cuadro de honor por sus buenas notas, por lo que le darían una beca de un año.

Amina se alegró por la novedad, la felicitó y se marchó.

Margot se quedó mirando la figura delgada de esa mujer, caminando por la calle, abrigada con su tapado negro; en la mano llevaba una cartera grande. Estaba rara. Le pareció extraño que no le hubiera preguntado detalles sobre lo que acababa de contarle.

Se encogió de hombros y tomó la dirección contraria, rumbo a la quesería. Esa noche prepararía un plato especial para festejar la llegada de Amèliè.

En el departamento de Margot se respiraba aire de fiesta: su hija había llegado y ambas se contaban las noticias mientras cenaban *fondue* de queso.

—Madre, lo que más extraño son tus comidas. ¡Está riquísimo! —dijo untando un trozo de pollo en el queso tibio.

—¡Ah, claro! ¿Y a mí, no?

—¡Sííí, a ti también!

Durante la sobremesa, Amèliè buscó en su maleta la libreta de calificaciones y se la entregó a su madre.

—Hijita, te felicito. Las notas son muy buenas —dijo orgullosa mientras la ojeaba. Solo dieces y algunos nueves. Un par de años más y terminaría la escuela; luego podría trabajar en el taller. Ya lo había hablado con Loyola.

—Mami, usted sabe que me gusta mucho estudiar…

Su hija daba vueltas, algo le quería decir.

—Claro que lo sé, está a la vista.

—Quiero decirle algo…

—Dime…

—Deseo seguir estudiando en la universidad. Sé que se necesita dinero para ese plan, pero tal vez podríamos organizarnos de alguna manera.

—Ay, Amèliè…, pequeña mía.

Margot había pensado que ahora que su hija se iba poniendo mayor podía trabajar y, tal vez, juntas comprar una casa. Pero se daba cuenta de que ese plan era de ella, y no de la niña. Y la verdad que su hija era brillante para las ciencias, ella no quería cortarle las alas. Pero estudiar era costoso; sobre todo, porque no podría trabajar mientras lo hacía.

—Mira, lo pensaremos… ¿sí?

—Bueno, mami. Solo le digo lo último: amo estudiar, algún día quiero ser como *madame* Curie que dio clases en La Sorbonne.

—¿Quieres ser investigadora…? ¿Científica?

—No, mami —dijo riendo, me gustan las letras, quiero ser profesora, escribir libros… enseñar historia.

Margot pensó que desaparecía un problema y venía otro, aunque este era uno bueno y no malo, pensó tratando de mirar con optimismo su situación. Tenía una hija hermosa, inteligente y sana que deseaba estudiar. ¡Ojalá ella pudiera ayudarla a lograr lo que quería! ¡Ojalá ella tuviera más posibilidades que brindarle! Pero siempre había estado sola en la vida, y hacía lo que podía.

Muy cerca de allí, en la residencia Martínez Romanov, Irina respiraba aliviada. Al fin esa tarde habían enviado las pequeñas bibliotecas que había hecho fabricar para los cuartos de las chicas con el fin de que tuvieran dónde poner sus libros. Se habían demorado muchísimo en traerlos porque había costado conseguir la misma madera perfumada utilizada para los escritorios. Decían que exhalaba un aroma que ayudaba a tener más concentración y lucidez.

Para los hijos de los Martínez Romanov siempre lo mejor, pensaba Irina segura de que continuamente sería así.

Afuera, la rueda de la vida daba un nuevo giro y a cada movimiento que hacía cambiaba todas las reglas para los que vivían

en el planeta, demostrando risueña e inequívoca que nada era seguro, nada.

Capítulo 24

No sé por qué te perdí,
tampoco sé cuándo fue,
pero a tu lado dejé
toda mi vida.

Tango «Toda mi vida»,
JOSÉ MARÍA CONTURSI

Buenos Aires

En su mansión de Retiro, Nikolai se bañó, se perfumó, se puso el traje claro que correspondía a la época del año. Luego, buscó a Melisa en su vehículo. Había pasado toda la mañana y la siesta pensando en ella. Tan obnubilado estaba que se había olvidado de alcanzarle los papeles que el notario había firmado por petición de Erik. Jamás en la vida le había pasado nada así con una mujer. A él le habían gustado algunas chicas, pero esta locura que sentía por Melisa, nunca. ¿A ella le pasaría lo mismo con él? La veía entusiasmada, pero el hecho de que fuera francesa lo hacía dudar. Nunca sabría con seguridad qué pasaba en su interior.

Esa tarde irían a pasear por el Rosedal. Había leído en el diario que en el templete algunos miembros de la sinfónica darían un concierto, actividad que, si conocía bien a Melisa, le encantaría; luego la llevaría a su residencia para que la conociera. Allí, en la galería y frente al parque, tomarían el té. Ya había instruido a sus mucamas para que tuvieran el servicio listo.

Media hora más tarde, ambos caminaban por los senderos del Rosedal, los cientos de rosas a su alrededor perfumaban el ambiente; Nikolai dudaba entre tomarla o no de la mano en público. ¿Podía? ¿Qué nombre tenía la relación que los unía? ¿Qué eran ellos? Nada; aún nada. Así como alguna vez ella había tenido un novio llamado Pedro Saidi, él tenía una novia en París. Pero estaba decidido a acabar con Rosa si la relación con Melisa

prosperaba. Pese a su determinación, la idea lo preocupó un poco porque su suegro participaba en sus negocios, y no deseaba perderlo como socio. «Hum… La eterna presión de los noviazgos y los casamientos entre estancieros», meditó al recordar a Erik, enlazado a ese matrimonio programado más por conveniencia que por amor. Pero no, él no se dejaría extorsionar por los intereses, no; siempre había hecho lo que se le daba la gana… ¡cuánto más en una cuestión tan importante!

—¿Estás preocupado? —preguntó deteniendo la marcha por el sendero. A juzgar por su rostro, lo estaba.

—No, no… —Y Nikolai, fiel a su estilo, dijo lo que pensaba—: Melisa, tú me gustas mucho, y si seguimos de esta manera, quisiera empezar contigo una relación.

Se había lanzado, lo había dicho, había abierto la puerta hacia algo nuevo.

Ella sonrió, esa sinceridad siempre la desarmaba.

—Tú también me gustas y en los últimos días no tienes idea de cuán importante te has convertido para mí. Yo estaba sola aquí… y de repente… —Lagrimeó—. Has aparecido llenando mis días y mis horas.

—Melisa…

Ella prosiguió:

—Es muy duro vivir en otro país sin familiares, y con unas pocas amigas a las que casi nunca veo.

—Ven aquí… —La abrazó con fuerza. Así la tuvo un rato mientras le daba besos pequeños en la frente y en el pelo y, lleno de ternura por la confesión, se prometía a sí mismo que la cuidaría.

Terminada la sesión de cariño, Melisa dijo:

—Si realmente podemos, a mí también me gustaría empezar una relación formal contigo… —Ella sabía que tenían las distancias y los viajes en su contra, y, con la imagen de sus padres en la mente, agregó—: Europa queda lejos, muy lejos.

Buscando sacarla de la tristeza, Nikolai continuó el recorrido, pero esta vez, la tomó de la mano.

—Mira esta rosa, te encantará. —Señaló una de la especie de Castilla.

—¡Qué belleza! —exclamó cuando descubrió el centro amarillo y los pétalos sueltos.

Las rosas los rodeaban por doquier, levantaban la vista y, hasta donde alcanzaban a ver, allí estaban las flores de todos los colores y tamaños. Caminando por los senderos, le contó que en 1914 habían plantado cerca de quince mil rosales.

—¡Son muchísimos!

—Aquí hay más de mil especies —aseveró con orgullo. El paseo tenía la impronta de un *roseraie* parisino.

—Qué hermosas son… —exclamó Melisa acercándose a unas rosas blancas pequeñitas para observarlas mejor. Empezaba a conocer una Buenos Aires diferente de la mano de este porteño que la llevaba a lugares que ella ni siquiera imaginaba que existían, aunque los había tenido muy cerca.

Iban de la mano hasta que él la abrazó y caminaron muy juntos rumbo al lago. Una nueva intimidad nacía a cada minuto entre ellos; se ubicaron mirando el agua y allí se quedaron charlando de tonteras hasta que, al ver la hora, Nikolai propuso:

—Vamos, tengo una sorpresa.

La llevó hasta el templete; a su alrededor habían dispuesto un centenar de sillas blancas que esperaban ser ocupadas; poco a poco, atraída por la afinación de los instrumentos, la gente se fue acomodando. Melisa miraba entusiasmada los preparativos. Un concierto en la mansedumbre del lugar, música frente al lago, Nikolai a su lado… «Maravilloso, mágico», pensó.

En pocos minutos, los asientos se llenaron. La orquesta hizo su aparición y los músicos ejecutaron con entusiasmo y armonía una pieza de Mozart. El sol fuerte ya se había ocultado pero la claridad aún mostraba en detalle los colores de la tarde: el azul del cielo, el verde de las plantas, el celeste de la mirada de Nikolai y el rosado del vestido de Melisa; el precioso atardecer era una fiesta para los ojos y ellos dos, tomados de la mano, disfrutaban de cada una de las pinceladas. Nikolai pensaba que hacía muchísimo que no tenía una sensación tan placentera. Solo podía recordar algo así, remontándose a su niñez, cuando su padre estaba vivo y su edad le permitía vivir sin preocupaciones. Para él, era maravilloso estar en medio de esa naturaleza verde y prolija, en su propia ciudad, escuchando esa música exquisita y teniendo de la mano a la mujer que le gustaba y a la que empezaba a querer, porque, al verla llorar de soledad, le había despertado un fuerte deseo de protegerla, de

ayudarla, de… amarla. Estaba casi seguro de que podía llegar a amar a Melisa, que le quitaba miedos y soledades y deseaba darle lo mismo.

A su lado, ella no pensaba tanto, solo se dejaba llevar por la música y la presencia de Nikolai, que la llenaban de paz y alegría, y le borraban de un plumazo la nostalgia.

Dos horas después, finalizado el paseo por el Rosedal, Nikolai estacionó en la rampa de su casa, una imponente propiedad de estilo eduardiano inspirada en los castillos del Loire, con columnas jónicas y gran pórtico circular. Un mayordomo abrió la portezuela de Melisa y la invitó a descender. Mucamas, criados y jardineros iban y venían. Melisa observaba el movimiento con admiración pero también con sorpresa: el interior de esa vivienda era casi igual a la que había conocido en París, donde vivía Irina. Nikolai le explicó que trataban de decorarlas de ese modo para sentirse siempre en casa.

Asombrada, se preguntó: «¿Por qué habiendo tantas cosas bellas para escoger, eligen lo mismo? ¿Qué locura es esta?». Melisa no alcanzaba a entender a los excéntricos millonarios Martínez Romanov. Mientras estuvieron en el Rosedal, todo parecía mágico; sin embargo, en esta mansión, llena de costumbres desconocidas, se sentía extraña. Su departamento era pequeño; y reconoció que, aunque alguna vez amasara una fortuna, jamás tendría una casa de ese tamaño… ¡y para una sola persona! Le parecía descabellado; su mente francesa pensaba de otra forma y renegaba de esas ideas. Sus padres vivían en una hermosa propiedad y seguramente podrían tener otra, mucho más grande y costosa… ¡Pero comprar un palacete así era de una extravagancia ridícula que quitaba libertad y usurpaba un tiempo valioso para disfrutar de lo verdaderamente importante de la vida! Porque para mantener y acondicionar una mansión de semejante tamaño… ¡había que estar permanentemente pensando en ella!

Melisa escrutó la mesa preparada en la galería. Sobre el mantel blanco, relucía la platería recién pulida del juego de té, las impecables tazas inglesas, las cinco clases de tortas —cada una en su fuente alta—, los panecillos con salmón y jamón ibérico, e imaginaba que, para tener todo listo, habían trabajado al menos dos empleados durante varias horas del día.

Sentados a la mesa, mientras tomaban el té, Nikolai la miraba complacido al verla moverse con gracia; ella sabía manejarse con distinción en medio de ese fino servicio de platería. Comenzaba a descubrir que, en Melisa, se consumaban los requisitos que había establecido para la mujer que convirtiera en su esposa. Entonces, relajado, se dejaba desbarrancar por los sentimientos que golpeaban con fuerza su interior, no tenía temor a enamorarse. Si tenía que pasar, pues que pasase. Tal vez, al fin, había encontrado a la mujer que tanto había buscado.

Mientras conversaban, ella le comentaba algunas noticias del periódico y él, directamente, creyó morir bajo sus encantos. Pocas mujeres estarían al tanto de que la guerra entre España y Marruecos había terminado un par de meses atrás y que en Europa acababa de publicarse el libro de Hitler *Mein Kampf*, un hombre que, según Nikolai, daría que hablar. Melisa tenía la misma opinión.

Retirado el servicio, en la soledad de la galería, abrazados por una suave brisa que llegaba desde el río, se besaron apasionadamente y Melisa le permitió avanzar. Las manos grandes de Nikolai subieron muy despacio por su cintura hasta llegar a los senos… entonces… ella creyó volverse loca. Nikolai, también. Le gustaba que fuera una mujer apasionada; veía cómo respondía a sus caricias. Solo le faltaba pasar una noche con ella, y saber si realmente se entendían tan bien como lo parecía. No obstante, cuando se escabulló y le pidió que la llevara a su casa, Nikolai asumió que, para ser francesa, avanzaba muy lento.

—Mañana tengo función —se excusó.

—Bien, te esperaré a la salida del teatro e iremos a cenar a El Grill —propuso. En el restaurante del Plaza los atenderían sin importar la hora.

Por primera vez, Melisa le habló sobre su departamento y sobre cuánto le gustaría que pasara a conocerlo. A regañadientes, recordó que Erik lo esperaba temprano para trabajar; esta vez, no podía fallarle. A pesar de sus responsabilidades pendientes, la felicidad lo embargaba; lo demostraba el hecho de que eran las nueve de la noche y él, después de llevar a Melisa a su casa, ya no saldría a ninguna parte porque no tenía deseos. Esta mujer lo había raptado, apartado de su rutina y, contento, la dejaba hacer porque por primera vez no tenía necesidad ni ganas de mujeres de la noche, ni

de nuevas conquistas femeninas. Melisa lo colmaba. Arriba, abajo. Adentro, afuera. Izquierda, derecha.

Nikolai se levantó con energía. Por primera vez, después de muchas trasnoches, se había acostado temprano. Los horarios de Melisa eran crueles; seguirle los pasos, también. Abrió las cortinas y vio cómo brillaba la luz del día. Apurado, juntó los papeles que necesitaba para trabajar con su hermano y se marchó sin siquiera desayunar.

Media hora después, en la oficina de Erik, ambos tomaban café y comían tostadas con manteca y dulce sobre el escritorio repleto de carpetas. Antes de dedicarse a trabajar de lleno, hablaron sobre lo ocurrido durante los últimos días. A Erik le llamaba la atención el extraño comportamiento de Nikolai; su repentina desaparición no era normal.

—¿Se puede saber qué carajo has estado haciendo durante los últimos días? Te he hablado a tu casa mañana, tarde y noche… ¡y jamás estás! Fui a buscarte, ¡y dormías a las nueve de la mañana!

—Estuve ocupado.

—Has estado de juerga —lo reprendió Erik por lo que creía haber descubierto. Nikolai no era el tipo de hombre que gustaba de alborotos en los días de semana.

—¡Claro que no! Si te contara, no me creerías.

—Cuéntame de una vez, que soy tu hermano —rogó. Imaginaba que podía tratarse de un asunto de polleras.

—Estoy viéndome con Lisa Loy, y todas las noches voy a buscarla a la salida del teatro… Por eso me acuesto tarde.

Erik abrió grandes los ojos.

—¡Ah, no! ¡Ahora entiendo por qué no duermes! —exclamó y soltó una carcajada.

—No hagas esa cara porque no es lo que piensas. Conocí a la chica en París antes de que fuera famosa y… presumo que la relación tiene futuro.

—¿Futuro? —preguntó estupefacto. Era demasiado para Erik.

—Sí, porque me he enamorado.

—¡Todos los hombres de la ciudad están enamorados de Lisa Loy!

Nikolai, al oír ese nombre, por primera vez, sintió celos. Hacía mucho que no entraba al teatro. Quizá, si lo hiciera y viera con qué desfachatez la observaban, los celos lo torturarían. Empezaba a

sentir que esa mujer le pertenecía, que no soportaría verla sobre el escenario cantando y mostrando las piernas para otros hombres.

—Erik, yo la quiero. Es una buena chica… Imagínate que aún no me he acostado con ella y estoy pensando en proponerle algo serio.

—¡Mierda! ¿Y Rosa?

—Terminaré con ella en cuanto vaya a París.

—¿Le has escrito alguna vez desde que llegaste?

—Aún, no. No he tenido tiempo… ni ganas. Y ya no creo que valga la pena contestar la carta que recibí.

—Y cuando vayas a París y le expliques a Rosa que ya no la quieres, ¿volverás o te quedarás allá? —Erik se lo preguntó buscando enfrentarlo con esa realidad que saltaba a la vista pero que su hermano, enamorado como estaba, no la veía.

—No tengo todas las respuestas, solo te digo que por esta mujer soy capaz de dejar todo —confesó pensando en Rosa y en La Maison de Tatá.

—¿Serías capaz de dejar tus negocios en París?

—Eso no sería necesario —dijo perturbado. Nunca se le había ocurrido que debería dejarlos.

Abandonar a Rosa y al resto de mujeres que frecuentaba era una cosa; pero sus negocios, otra muy diferente.

—Piensa muy bien lo que harás —dijo Erik. Que Nikolai hubiera elegido Francia para radicarse, lo veía como un problema insalvable.

—La relación que estoy empezando con Melisa es seria.

—¿Melisa?

—Ese es su verdadero nombre: Melisa Loyola. —La nombró y sintió un tonto placer al hacerlo, porque eso le demostraba que no era Lisa Loy, sino la chica Loyola que él conocía; y porque simplemente le gustaba pronunciar su verdadero nombre. Eso le dio la pauta de cuán enamorado estaba.

—Si ella vive en Buenos Aires, tú también tendrás que hacerlo. Por mí, hermano, encantado de que te quedes en Argentina. Ya sabes que con nuestros campos y animales, trabajo nos sobra —comentó Erik.

—Podemos vivir en Argentina o en París. ¿Por qué no? Es francesa —dijo Nikolai al considerar la posibilidad de que ella dejara la actuación para radicarse cerca de su familia.

—¡Hombre…! Lo que sea… ¡Pero pongámonos a trabajar de una buena vez! Mira todo lo que hay para firmar —dijo y señaló una gran pila de carpetas azules.

Dejando de lado las tazas y la conversación, leyeron en voz alta los contratos que debían rubricar. Una vez que terminaron, y antes de ponerse a estudiar los balances, hicieron un breve receso en el que resurgió el nombre de Lisa Loy. Era inevitable: Erik aún estaba impresionado.

—¿Se puede saber en qué lugar de París conociste a esa chica?

—Ella es la hija de un diseñador que está de moda. Su padre tiene el *atelier* sobre la calle Copérnico, cerca del puesto de flores.

En su cabeza, Erik vio con nitidez la imagen de ese puesto que conocía tan bien… y vino a mover una pieza en el rompecabezas de su corazón. Los años pasaban pero había cosas que no cambiaban.

Charlaron dos palabras más y volvieron sobre las aburridas planillas. Mientras subrayaban con una pluma los gastos que les parecían excesivos, Erik se animó a preguntar acerca de un detalle que le rondaba por la cabeza.

—¿El viejo puesto de flores todavía funciona?

—Claro, está igual, en la misma esquina y atendido por el mismo hombre.

—Hum… —rumió Erik sin levantar la cabeza del balance.

—¿Por qué?

—Por nada, solo quería saber.

Nikolai había oído de boca de los viejos amigos que vivían en París, que Erik tuvo un romance con la chica rubia que lo atendía. Pero eran solo comentarios. Ninguno se lo había confirmado y Erik nunca le había contado nada. Dudó en preguntarle. Dos hermanos hablando de mujeres con complicidad… Si quería una confesión, era el momento justo para pedirla. Se animó:

—Dicen que la chica rubia que lo atendía y tú…

Erik lo miró durante unos instantes sin responder. El comentario lo había tomado por sorpresa. Luego aclaró:

—Así es, pero el romance terminó mal.

—¿Fue importante?

—Sí. Por lo menos, para mí.

A juzgar por la voz de su hermano, realmente había sido significativo. Nikolai hubiera querido preguntar más, pero los

gastos de Irina reflejados en las planillas —una cifra de muchos ceros— ocuparon la atención y la conversación de ambos.

Los números, ese día, mantendrían ocupados a los hermanos Martínez Romanov hasta entrada la tarde.

París

En la Ciudad de la Luz, la jornada había terminado mal para Amina y Manuel. Después de la cena, ella le contó las malas noticias y repitió las palabras del médico: que no era normal lo que le sucedía, que necesitaba hacerse una serie de estudios y que, con los resultados, volviera a visitarlo. El facultativo le había pedido celeridad. Le preocupaba lo que habían descubierto sus manos durante el tacto de rutina, así como los síntomas que Amina le refirió.

A las dos de la mañana, nadie dormía en la casa de la calle Copérnico. Muy quietos, creyendo que el otro descansaba, ninguno se movía en la cama. Manuel pensaba que, si a su mujer le pasaba algo, él se moriría; sin Amina, la vida no tenía sentido. Ella solo abrigaba un deseo: ver a su hija. Recordó la última carta en la que les contaba cuánto los extrañaba y cuánto desearía que la vieran actuar. Amina quería compartir una taza de té con su hija, un *hammam*… Eso, tan solo eso, la haría feliz y le daría nuevos ánimos para enfrentar lo que el médico anticipó que podía venir.

Capítulo 25

Llegó mi tiempo de volver a amar,
creo que ya es mi turno de empezar a dar.

Tango «Mujercita pequeña»,
SILVIO SOLDÁN

Buenos Aires

Hacía una semana que Melisa y Nikolai compartían cenas en El Grill, besos apasionados y charlas confidentes en noches calurosas. Sus encuentros siempre habían sido nocturnos; resultaba imposible planificar algo diferente con los horarios de la artista, pendiente del descanso, de las rutinas y de los ensayos durante el día y de las extenuantes funciones de martes a domingo. Solo una vez habían logrado congeniar que Nikolai pasara por el departamento. Fueron apenas unos minutos en los que Melisa aprovechó para almorzar unos fideos con manteca.

Nikolai creyó que la cocina no era el fuerte de Melisa, pero, enamorado como estaba, ese detalle no tenía trascendencia. Además, para eso estaban las empleadas, los cocineros y los *chefs*.

Aquel día, Nikolai hubiera deseado quedarse más tiempo y pasar la siesta juntos. Pero con firmeza, Melisa le indicó que debía trabajar, dio por concluida la visita y él tuvo que contentarse con dejarla en la puerta del teatro para sus ensayos.

El lunes tan esperado, finalmente, había llegado. Por suerte, los fuertes chaparrones de la mañana se disiparon y dieron paso a un sol espléndido. Animado por el cambio de tiempo, Nikolai planeó toda clase de actividades. Melisa le había pedido conocer un lugar donde se bailara tango. Le había recalcado que no quería ir a un sitio elegante donde se daban dos o tres pasitos más parecidos a los valses que a otra cosa; no. «Deseo visitar un auténtico bailable tanguero», le confesó.

Para contentarla, Nikolai comprendió que tendrían que moverse fuera del centro de la ciudad. Descartó La Casa de Laura porque el

sitio funcionaba, también, como burdel. La milonga era cajetilla, pero los hombres solían pasar a los cuartos traseros con las mujerzuelas que la frecuentaban. La Casa de María La Vasca era peor, de menor categoría: «Un piringundín», se dijo y también lo desechó. Aunque reconoció que los caballeros de la alta sociedad solían frecuentarlos —y bastante seguido— porque consideraban que allí se bailaba como se debía: apretados a una mujer y dando pasos que incluían quebradas, balanceos y taconeos. Pero a Martínez Romanov no le pareció adecuado asistir con Melisa.

Pensó y pensó, y llegó a una conclusión: lo mejor sería llevarla a La Casa de Paloma. Era en el bajo, en San Telmo, pero valía la pena. Arrabalero y tanguero hasta la médula, no funcionaba como prostíbulo. Concentraba una concurrencia variopinta: cuchilleros, malevos, compadritos, mujeres de mala vida y malas artes, cazafortunas, parejas de parranda, *dandies* y conquistadores seriales, extranjeros de paso por Buenos Aires, curiosos con y sin *pedigree*. En síntesis, hombres y mujeres de toda calaña que, si no fuera en La Casa de Paloma y hermanados por el tango, jamás se cruzarían en otra parte de la ciudad. En el amplio patio de baldosas, bajo las parras, un sábado de verano podían bailar hasta ochenta personas.

Esa noche, antes de ir a La Casa de Paloma, cenarían en el restaurante del Plaza. No porque los obligaran los horarios, sino porque Nikolai, con suma discreción, dejaría reservado un cuarto. No lo había hablado con Melisa; sin embargo, la pasión que encendían cada noche lo ameritaba; no podían seguir besándose y acariciándose dentro del automóvil. No entendía por qué Melisa no lo dejaba avanzar más.

Desde que Nikolai había recogido a Melisa, no hacía otra cosa que mirarla. La encontraba más bella que nunca porque su figura se realzaba con el negro, color que nunca usaba. Tenía puesto un vestido de satén, con cinto de brillantes a la cadera; en la frente, llevaba vincha, como pedía la moda del *charleston. Kôhl* en los ojos y labial en la boca por único maquillaje la hacían lucir exótica.

Melisa ya iba terminando sus ravioles; él, su carne y el ambiente se iba caldeando. Nikolai no podía dejar de observar su boca; sus labios carnosos y rojos ejercían una fascinación imposible de frenar,

al igual que las zonas de piel que el vestido negro —bastante osado— mostraba: escote, hombros, brazos y parte de la espalda estaban allí para darle un festín a sus ojos y un anticipo del banquete que pensaba tener más tarde porque, como lo tenía previsto, se excusó un momento y se presentó en la recepción para reservar la *suite*. Melisa, que estaba especialmente contenta porque iría a un baile de tangos y no trabajaría al día siguiente, ni se percató. Creyó que había ido al *toilette*.

Lo que para ella no pasaba desapercibido era el Guerlain que usaba Nikolai, la camisa blanca que estrenaba y, sobre todo, esos ojos celestes que, mientras comían, se atrevían a decirle lo que el hombre civilizado y respetuoso no podía poner en palabras.

La cena fue sugestiva y los dejó cargados de emociones por los roces de las manos, las largas y sostenidas miradas, los ojos que se detenían demasiado sobre una boca… y por las palabras dichas con doble intención, que los llevaron a sitios mentales muy inquietantes. Ni hablar de los lugares directamente carnales que visitaba la mente de Nikolai, imaginando lo que esa noche le esperaba, como broche final, el que auguraba sin par. Una verdad saltaba a la vista de ambos —y de cualquiera que los viera—: estaban enamoradísimos. El mundo, a su alrededor, no existía.

Pagada la cuenta, Nikolai se puso de pie y rodeó la mesa para deslizar la silla de Melisa. Al quedar detrás, apoyó los labios y, discreto, suave, muy suave, le dio un beso pequeño sobre la espalda. Melisa sintió que un estremecimiento la recorría entera.

Una vez en el auto, ella vio cómo abandonaban el casco céntrico y se dirigían por calles que jamás antes había frecuentado. A medida que se alejaban, el nivel de las viviendas decaía poco a poco. Melisa empezaba a preocuparse cuando, al fin, llegaron. Según le anticipó Nikolai, era la casona que tenían enfrente.

—Perteneció a una familia pudiente —recordó—, pero ya ves, está derruida. Por dentro, todos los cuartos dan a una galería que se comunica con el patio…

Nikolai no concluyó la explicación porque le pidió que descendiera antes, sobre la vereda, para que no se ensuciara los zapatos de charol. El barro de la mañana todavía estaba fresco. Mientras maniobraba su vehículo para estacionarlo correctamente, Melisa escuchó la música y, sin poder contenerse, ingresó a la

casona. Caminó los pocos pasos que la separaban del patio, se apoyó en el marco de la gran puerta doble abierta y, desde allí, descubrió a la orquesta que tocaba con ímpetu debajo de una glorieta de parras de uvas chinche. Los músicos ejecutaban violines, guitarras y un bandoneón. Los vio y sintió admiración; lo hacían muy bien. Una impresión similar le causó la veintena de parejas que bailaba sobre la improvisada pista de mosaicos con las estrellas por cielorraso. A Melisa, el espectáculo y la música se le metieron en cada rincón del cuerpo. Su piel y sus huesos le exigían seguirlos; era lo que le sucedía desde niñita. El tango la llamaba por su nombre y le demandaba que danzara para él. Su ser entero se sumergió en lo que sentía. Acostumbrada a bailar en el teatro una rutina perfectamente ensayada, la idea de hacerlo solo dejándose llevar por la música, la excitó y alborotó sus sentidos.

Ese era su estado cuando un caballero vestido de traje negro y pañuelo blanco al cuello se le acercó por delante al tiempo que Nikolai lo hacía rezagado, por detrás. El desconocido llegó primero, le extendió la mano y la invitó a bailar. Melisa negó con la cabeza, pero Nikolai aún estaba a varios pasos de distancia.

El compadrito, con la mano aún extendida y con un juego de miradas, le pidió autorización a Nikolai, quien, cercado por la situación, terminó otorgándola con un gesto. Era eso o, tal vez, entrar en una discusión con ese hombre que, con su pinta de malevo, les podía arruinar la noche.

En instantes, Melisa bailaba en brazos de un extraño; y, Nikolai, enfurecido, aceptó la invitación de una joven mujer que le siguió los pasos desde que entró a La Casa de Paloma.

Las dos parejas se perdieron entre las demás. Melisa, que al principio se había dejado llevar por el entusiasmo del baile, percibió que no era la única en brazos de un desconocido. ¡Nikolai bailaba con una morena de vestido rojo muy apretado! La mujer le sonreía seductoramente y, con descaro, pegaba su rostro al de él. El compadrito hacía lo mismo con Melisa. El baile estaba comenzando a perder la gracia.

Un corte, dos medialunas, un molinete con tijera y las dos parejas se cruzaron en el centro de la pista. Los ojos de Melisa y Nikolai se atravesaron. Furor, celos, miedo a perderse, excitación y deseo; todo junto. Y sin pensarlo, instintivamente, casi con

violencia, se soltaron de sus compañeros y se abrazaron. La muchacha y el malevo, desairados, continuaron bailando mientras miraban de reojo a sus anteriores compañeros, que se alejaban. En su mundo, los enamorados ni se dieron cuenta.

Tomándola de la cintura, Nikolai hizo lo que la música y su cuerpo le exigían: la pegó con fuerza contra él y, muy erguido, comenzó a trasladarla vertiginosamente por la pista. Melisa pensaba que nada podía ser más perfecto que bailar apretada al hombre que quería y le gustaba. Ejecutar las coreografías planificadas para el teatro era agradable, pero la intrepidez y la gracia de hacerlo con la soltura y la espontaneidad era tremendo. En medio del compás lujurioso, Melisa le seguía el paso y lo acompañaba en los giros. Acababa de descubrir que en el tango el que dirigía era el hombre; entonces, se dejaba arrastrar encontrando gran placer en dejarlo enseñorearse sobre toda ella. Con los ojos cerrados, se debatía entre dedicarse a sentir el cuerpo de hombre que, a su lado, respiraba lleno de deseo, o la música, que la exaltaba y le pedía movimientos certeros. Las dos pasiones vinieron a unirse en una y algo maravilloso sucedió, algo que no cualquier mortal podía hacer, salvo los que llevaban la música y el deseo en la sangre, como ellos esa noche: Melisa se agachó y, cuando casi quedó en cuclillas, con la gracia del instante, extendió su pierna izquierda hacia delante. Nikolai la dejó crear; luego, desde arriba, le extendió su mano y la levantó con elegancia sin dejar de mirarla a los ojos hasta depositarla sobre él, y ella enredó sus piernas con las masculinas, moviéndose para atrás y para delante, en ritmo vertiginoso. Y al final del frenético contorneo, aún así, enlazados, Melisa echó hacia atrás su cabeza doblando por completo su torso y levantó una de sus piernas tan alto, que llegó al cuello de él. A continuación, la bajó. Entonces, Nikolai, con ella echada hacia atrás, le pasó la mano suavemente por el rostro y, bajando desde la boca y el cuello, descendió muy cerca de sus pechos hasta alcanzar la cintura, y, de allí, próxima a la entrepierna, la dejó descansar muy quieta. Ella creyó morir; sus fibras íntimas de mujer pedían más, deseaba que esos dedos prosiguieran su camino e indagaran ese lugar escondido que latía con violencia y estaba vivo como nunca antes. Ya no quería bailar, sino que él la acostara en el piso y la hiciera su mujer con violencia allí, en el patio.

Cuando la mano de Nikolai estuvo a punto de hacer lo que la respiración de Melisa le pedía a gritos, la orquesta bajó la intensidad del sonido y la quietud vino a salvarlos. La canción perdía fuerzas vaticinando su final y él, volviendo a la realidad, la tomó por la espalda y la incorporó. Mirándose a los ojos, el «chan chan» final los liberó de la demencia total; aunque no de la parcial, porque si bien no siguieron adelante con la escena erótica que estaban protagonizando en la pista, Nikolai tomó la decisión de continuar el juego en un lugar reservado del patio de La Casa de Paloma.

Ella, sin fuerzas, se dejó arrastrar hacia uno de los laterales. Y él, sin pedir permiso, la apoyó contra una de las parras más alejadas y la besó con locura y frenesí mientras le depositaba sus manos en las nalgas. A nadie parecía importarle la fogosa escena de esta pareja de enamorados porque el tango lograba sublevar los sentidos, aun, el de hombres y mujeres que recién se conocían. ¡Cuánto más con estos jóvenes a los que se los veía embelesados desde que habían llegado!

Ajenos al frenesí que los rodeaba, mientras la orquesta ejecutaba «La cumparsita», se besaban con arrebato y violencia.

—Melisa, Melisa…

—Sí, sí…

—Vámonos de aquí a donde podamos estar solos y tranquilos —propuso Nikolai con voz vacilante por el deseo, sin dejar de besarla. Su boca diestra bajaba húmeda desde el cuello al escote.

—Vamos —aceptó sin dudar.

Nikolai la tomó de la mano y, sin decir una palabra, salieron y se subieron al automóvil.

En minutos, marchaban rumbo al hotel, aunque ella no lo sabía.

—¿A dónde vamos?

—Al Plaza…

«Pero si de allí venimos, ¿para qué ir de nuevo…?», se preguntó. Solo un pensamiento más y lo entendió: «Al Plaza. ¡A dormir juntos en un cuarto de hotel!». La idea le encogió el alma. Quería intimar, quería que Nikolai le hiciera todas esas cosas que ella conocía de oídas por los relatos de sus amigas francesas más experimentadas. En la pista de baile hubiera muerto por que sus manos continuaran el recorrido, pero en frío, sentada en la butaca del vehículo, la idea

de ir a un hotel la preocupó. Por primera vez, estaría con un hombre. ¿Él lo intuía? No creía. ¿Era el momento de decírselo? ¿O quedaría como una tonta explicándole? ¿O el tonto era él que no la respetaba queriendo llevarla a un hotel? Los pensamientos inculcados por Amina aparecieron y lograron contrapeso; venían sin que ella los buscara: «Los hombres buenos respetan a las mujeres», «Los hombres buenos quieren casarse con chicas buenas», «Acostarse con un hombre trae riesgos que una mujer no debe correr». A pesar de los consejos que le llegaban nítidos a la mente, ella quería estar con él esa noche; ahora, ya mismo. Quería, quería. Y quería.

Las cuadras que avanzaron las hicieron en absoluto silencio. Tras cruzar cada esquina, Nikolai aceleraba el vehículo. Deseaba llegar pronto, temía que el hechizo del tango se acabara, que ella se arrepintiese y, otra vez, se le escapara. El mutismo no era una buena señal.

Al llegar al Plaza, Nikolai quería descender del automóvil. Moría de deseo por Melisa.

—Vamos, entremos… —propuso Nikolai sin vueltas.

—No sé…

—¿No sé?

—Es que no puedo… No quiero.

La miró buscando más respuestas durante unos segundos; ella le mantuvo la mirada pero no se las dio. Al fin, él le dijo con resignación:

—Como quieras…

Estas cosas se deseaban o no, no había medias tintas, se quería hacer o no. No era hora de convencerla. No era propio de él.

—Necesito más tiempo… yo… —comenzó a articular Melisa, que pretendía confesarle que era su primera vez.

—Está bien, no hacen falta explicaciones. Ha sido una noche loca por demás —dijo impulsivo. No se olvidaba de que hacía solo un rato Melisa había elegido bailar con otro hombre antes que hacerlo con él.

Sin paciencia para juegos, frustrado por su deseo de hombre contrariado, arrancó el coche; se sentía ofendido, ofuscado, sorprendido, decepcionado, descorazonado y muchas cosas más. Lo arreciaban sentimientos para los que no existían palabras capaces

de describirlos. Porque él no quería decir nada incorrecto y que luego se arrepintiese; estaba disgustado pero no deseaba arruinar la relación. Decidió marcharse, enfriar el momento; era lo mejor. Apretó el acelerador y se fue.

En minutos, estaban frente al edificio y, ante el silencio de Nikolai, Melisa, que no tenía mucho más para decir, descendió del vehículo con rapidez. Dio la vuelta, se acercó a la ventanilla y muy bajito le dijo:

—Lo siento.

—Yo, también —le respondió Nikolai.

Ella se marchó y él arrancó el motor. Melisa cruzó la puerta y, al mismo tiempo, el automóvil se alejó. Desaparecieron los dos juntos; era la primera vez que no se quedaba para esperar a que ingresara al edificio.

En la soledad de su departamento, sentada en la silla de la cocina, Melisa dialogaba consigo misma en voz alta:

—¿Qué estuve a punto de hacer? Acostarme con un hombre —se respondió—. ¿Qué me he perdido de hacer? Pasar la noche con el hombre que amo —concluyó.

Le venían estas y más preguntas, pero sus respuestas no le bastaban. Los consejos y las enseñanzas de Amina le daban vueltas, los preceptos bajo los que había sido educada no le daban respiro. La moral y el honor, todo junto, bullía en su cabeza. Llevaba un rato filosofando con ella misma cuando pensó: «Pero ¿qué quiero hacer?».

A su mente vino por primera vez la voz de su padre: «Nadie mejor que tú para elegir lo que quieres hacer con tu vida. Porque serás tú la que tendrá que cargar siempre con la elección. Probablemente yo ya no estaré y tú seguirás disfrutando o sufriendo esta decisión».

Entonces y de repente, fue claro como el agua. Ella y nadie más que ella era la dueña de su destino; debía elegir tal como alguna vez lo hizo cuando tuvo que decidir su vocación. Esa elección era el bien más caro que tenía como ser humano; ese poder no era otra cosa que el libre albedrío, la libertad. Para bien o para mal, ella cargaría con la resolución, esperaba no equivocarse demasiado.

Se puso de pie, tomó la cartera que había dejado sobre la mesa, buscó las llaves y salió a la calle.

Capítulo 26

Ardiente y pasional… temblando de ansiedad
quiero en tus brazos morir.

Tango «Pasional»,
MARIO SOTO

Buenos Aires

Melisa se dio cuenta de cuán tarde era cuando descubrió que en la calle no había mujeres. A la madrugada, ellas no salían solas. Por suerte, en la vibrante Buenos Aires siempre había taxis. Levantó la mano y de inmediato tuvo uno a su disposición. El chofer la miraba por el espejo retrovisor; no terminaba de saber qué clase de mujer había subido. Su aspecto indicaba que era seria, pero no dejaba de preguntarse qué hacía viajando a estas altas horas de la noche. Ella le dio instrucciones: que la llevara a Retiro; iría a la casa de Martínez Romanov.

Por el camino, con la decisión tomada, repasó muchas cosas tontas… ¿Se había perfumado? ¿Qué ropa interior tenía puesta? Ridiculeces de mujer que a él no le importarían pero que, dadas las circunstancias, para ella eran cuestiones de Estado; aún tenía puestos los zapatos de charol y el mismo vestidito negro.

Al llegar, se bajó, le pagó al taxista y golpeó la puerta. Por primera vez comprendió que no eran horas de presentarse en una casa aunque fuera la de Romanov. «¿Y si está durmiendo? ¡Pues que se despierte…! ¿Y si él no se encuentra?». Se dio vuelta para buscar el taxi; le pediría que la esperara, pero solo vio cómo desaparecía en la oscuridad de la noche porteña. «Demasiado tarde», pensó. «¿Cómo regresaré a casa si Nikolai no está?».

Golpeó de nuevo; esta vez, más fuerte, casi con desesperación.

No pudo deliberar más. La puerta se abrió y allí estaba Nikolai, todavía con el pantalón del traje, la camisa blanca desabotonada y los tiradores puestos; sus ojos claros la miraban desconcertados. Nervioso, se pasó la mano por el cabello echando hacia atrás el

mechón clarísimo que le caía sobre la frente cuando estaba despeinado. Con acordes lánguidos, en el interior sonaba «La cumparsita».

—Gracias al cielo que te encuentro… Temí que no estuvieras.

—Aquí me tienes… —dijo escueto, por no ser cáustico, mientras se encogía de hombros. ¿En dónde pensaba ella que estaría sino en el cobijo de su hogar? Había llegado en un estado de ánimo tan calamitoso, lleno de frustración y desasosiego, que se había servido un *whisky* y se había puesto a escuchar tangos para paliar su desilusión. Sabía que esa noche, lleno de deseo reprimido, no le resultaría fácil dormir. Ansioso, le preguntó—: ¿Qué haces aquí?

Aún en la puerta, ella le respondió:

—Vine a verte…

—Pasa, por favor… —cedió. Por dentro, meditó: «¡Mujeres…! ¿Quién las entiende?». Cuando los dos ardían de pasión, ella se negó; ahora, que todo era hielo, venía a buscarlo. «¿Para qué?». Quería saberlo—. Pasa, pasa…

Melisa ingresó al recibidor y Nikolai la condujo a la elegante y enorme sala. La sofisticación de la casa la golpeó como la última vez. A punto de ponerse a pensar en esa y otras diferencias que los separaban, las descartó de forma drástica; ella se había presentado con otra finalidad.

—He venido a quedarme. Quiero pasar la noche contigo…

Él sonrió confundido… ¿Qué había sucedido? ¿Por qué cambió de opinión? No lo sabía; tampoco le importaba. Desconfiado, buscó seguridades y, acercándose, indagó en sus ojos; no quería desilusiones. No deseaba creer que Melisa sería suya y que luego se marchara; no de nuevo.

—Quiero que me hagas tu mujer… ahora…

—Melisa… —atinó a decir, sorprendido por la osadía.

—Hay algo más… para mí, será la primera vez —murmuró con vergüenza y como al pasar.

Nikolai tardó unos instantes en comprender. Eso sí que no se lo esperaba; hacía unos tres o cuatro años que Melisa vivía en Argentina como una mujer independiente. Había venido en barco desde la otra punta del mundo y trabajaba como artista en un teatro donde mostraba las piernas. ¿Y el noviazgo con Pedro Saidi? Su socio no era ningún muchachito. «¿Que nunca en su vida estuvo con

un hombre…? Ah… ¡no! Increíble», se sorprendió.

Los ojos oscuros, que pestañeaban nerviosos, le decían que hablaba con la verdad.

—Solo quería decírtelo para que entendieras el porqué de tantos miedos y dudas.

—Comprendo… —aceptó la verdad, la abrazó y así se quedaron un rato, muy quietos, escuchando el sonido de sus respiraciones mezclados con «La cumparsita», que sonaba en la vitrola.

Nikolai la tomó de la cintura y comenzó a moverla al son de la melodía. Bailaban apretados, como en San Telmo. En la soledad de la sala, lo hacían muy lentamente, sin giros, ni quebradas, solo movimientos suaves que parecían de bolero; no de tango.

Melisa apoyó su cabeza en los vellos rubios que le mostraba la camisa blanca abierta. El cuerpo de ese hombre le gustaba y al mismo tiempo la enternecía, porque quería hacer el amor pero también cuidarlo. Esa noche, por primera vez, lo había visto derrotado y se apretó más a él…

Y el aroma a sándalo que exhaló el pelo de Melisa a Nikolai le supo a gloria. Tenía a su merced a esta mujer hermosa, la más deseada de Buenos Aires, la del éxito teatral *Cocó*. Sí, ella estaba en sus brazos y dispuesta a entregársele por entero.

Mirándola a los ojos, bañado en sinceridad, declaró:

—Te amo, Melisa.

Sin esperar respuesta la besó en la boca sin pausa, largo, indagándola; y otra vez el sándalo y otra vez la locura. Ya no bailaban sino que estaban muy quietos, casi de yeso, cuando se atrevió a más: con cuidado le bajó el bretel del vestido negro y, apoyando su rostro en ese hombro de terciopelo, le dio pequeños besos húmedos con la boca abierta. Melisa se estremeció. Luego, con delicadeza, muy despacio, hizo resbalar el bretel del vestido, que, a su paso, arrastró también las dos enaguas; empujándolos, el satén se deslizó y un pecho de Melisa quedó a la intemperie. Enardecido, quiso más e hizo lo mismo en el otro extremo, y los dos quedaron a la vista… enhiestos, dulces, de pequeñas aureolas oscuras. Ay, esa piel de durazno y arándano que siempre lo había enloquecido. Él, que era tan blanco y rubio, moría por la tez trigueña de Melisa. Sin control, comenzó a besarlos hasta que ella emitió un leve quejido que solo se oyó en el silencio de la sala

porque el tango acababa de terminar. Mientras su boca seguía en los senos, sus manos buscaron en el cuerpo de Melisa ese lugar escondido que en la tanguería pedía por ellas; él se acordaba muy bien. Sus dedos de hombre lucharon con los bordes de la ropa interior femenina hasta que pudieron avanzar… Un nuevo quejido de Melisa le confirmó el triunfo en la contienda. La dulce humedad que buscaba estaba allí y los gemidos iban en aumento hasta formar una cadena intercalada con suspiros. Entonces, diestro en el arte de dar placer con las manos, consagrado a esta tarea, quiso verle el rostro y, levantando la vista, la observó… sus ojos de largas pestañas, cerrados; la boca de labios carnosos y rojos, entreabierta y musitando vocales. A Nikolai la imagen le trajo una oleada de excitación que lo devastó y le quitó toda voluntad; ya no solo quería dar, sino tomar; ya no deseaba esperar, sino hacerla ya mismo su mujer. Si en ese momento la tendía sobre la alfombra —estaba seguro—, ella se lo permitiría. Sin embargo, el paso que darían le pareció tan trascendental, que, con el hilo de voz de una última cordura, le pidió:

—Vamos al cuarto, Melisa. Aquí, no. Lo que estamos por hacer es demasiado importante para que suceda en la alfombra.

Ella abrió los ojos y regresó de ese mundo mórbido y dulce en el que se hallaba sumergida por completo, ese universo que acababa de conocer, porque era la primera vez que ingresaba a este cosmos. Jamás antes un hombre la había tocado. Necesitó unos instantes para comprender lo que Nikolai le decía y recién allí asintió con la cabeza.

—Vamos arriba, al cuarto, amor… —instó con ternura.

Con el vestido y la enagua enrollados en la cintura, sintió pudor e intentó acomodarse la ropa. No subiría las escaleras ni andaría desnuda por esa mansión que le resultaba desconocida y donde las mucamas —parecía— no descansaban nunca. En cualquier momento podía aparecer una ofreciéndoles café.

La sonrisa de Nikolai le indicó que había adivinado sus pensamientos.

—No importa, no hay nadie. Todos los empleados duermen.

Ella no le hizo caso. Solo cuando estuvo vestida, se dejó tomar de la mano y lo siguió rumbo a las enormes y teatrales escaleras de mármol revestidas con alfombras. Él, delante; ella, atrás; los dos,

enlazados por las manos. Melisa miraba los escalones tapizados de rojo. Mientras los subía uno a uno, vislumbró lo que estaba a punto de hacer. Era un paso decisivo en su vida. Se detuvo.

Al notarlo, Nikolai se dio vuelta para mirarla.

—Te amo —dijo ella.

—Y yo a ti, Melisa —afirmó para darle seguridad.

Continuaron subiendo hasta llegar al cuarto. Melisa dio un rápido repaso a la habitación; nunca había estado allí: el piso era de *parquet*; los cortinados, de varias capas de tela; la cama, enorme como nunca había visto —ni la doble de sus padres tenía ese tamaño—; en la pared, los empapelados y las guardas con motivos campestres le daban un aire argentino a la decoración.

Nikolai quitó el edredón blanco de un tirón y las sábanas del mismo color relucieron. Ella lo vio sentarse en el borde de la cama e inclinarse para desprenderse los cordones de los zapatos; luego se quitó las medias. Sus movimientos la enternecieron. Qué magia la del amor… Por ese sentimiento estaba dispuesta a darle todo a un —casi— desconocido, porque ella ni siquiera se imaginaba la forma de sus pies. Era la primera vez que los veía, pero lo amaba; estaba segura. Temblaba entera. Sin dejar de contemplarlo, comenzó a sacarse otra vez el vestido. Él, ya de pie, ensimismado con los botones de su camisa, se la quitaba. Melisa, completamente desnuda, se tendió en la cama y él, sintiendo el suave desplazamiento, levantó la vista y la descubrió… vestida de piel sin ropa, desnuda de ropa en piel… arándanos, duraznos y sándalo. El mundo se había detenido: no había hora, ni minutos; no había reloj. Por primera vez en su vida de hombre Nikolai se había quedado sin saber qué hacer frente a una mujer. ¿Terminaba de quitarse los pantalones para avanzar? ¿Se metía en esa cama, vestido? ¿O le confesaba lo extraordinariamente bella que ella era? Queriendo hacer y decir todo a la vez, no le salía nada; se hallaba sin palabras ni movimiento.

Melisa notó el desconcierto pintado en el rostro de Nikolai.

—¿Te vas a quedar allí o vienes conmigo…? —lo provocó y le señaló con la palma de la mano el lugar junto a ella en el lecho.

Al oírla, logró escapar del hechizo en el que había quedado atrapado y con rapidez se quitó los pantalones y la ropa interior. Ante la completa desnudez, Melisa cerró fuerte los ojos. Ese torso

con vellos rubios le provocaba un cosquilleo inquietante, pero apreciarlo por entero la perturbaba. Era el único hombre desnudo que había visto en su vida. Aún tenía los ojos cerrados con fuerza cuando aspiró una oleada a campo verde de Guerlain, acompañada de un dejo a *whisky*. Enseguida, sintió el cuerpo de Nikolai, que se trepaba sobre ella y la sujetaba al tiempo que, con los brazos fuertes, subía los suyos, tan delicados, hasta los barrotes del respaldo de la cama para dejárselos atrapados allí arriba.

Con las manos aferradas en el dintel, perturbada, Melisa abrió los ojos y avistó ese cielo celeste límpido que era la mirada de Nikolai. Entonces, se le quitó el miedo. Percibiéndolo respirar con deseo, quiso satisfacerlo; sentía que había nacido para eso. Un pensamiento la tomó desprevenida: había pasado toda una vida esperando ser su mujer, la mujer de este hombre. Se impresionó. Pero era lo que sentía: toda una vida esperándolo.

Y Nikolai, que había soñado e imaginado lo que haría en este momento de pasión, vacío de ideas pero lleno de intenciones, porque su cuerpo se moría por sentirla toda, sin aguantar, sediento y contenido al mismo tiempo, suplicó con dignidad elegantísima:

—Abre las piernas, mi amor…

Melisa, quieta, atrapada en pensamientos, sentimientos y descubrimientos, lo oyó.

Y las piernas respondieron, y la piel sintió, gozosa al fin de encontrar lo que buscaba. Allí estaba su centro, y la carne enardecida de Nikolai lo embestía con cuidado y enceguecimiento. Una, dos, tres veces… milímetros de piel que avanzaban, que amaban, que rompían. Melisa se quejó de dolor y placer, y el cuerpo que arremetía no escuchó, sino que delineó con fuerza y suavidad todos los bordes ocultos, húmedos y femeninos. Desesperado, desbocado, Nikolai perfiló márgenes, esquinas, fronteras… hasta romper límites. Entonces, una intensidad lenta se adueñó de ambos: unían sus cuerpos, pero también las almas. Porque las nostalgias de inmigrante que latían en Melisa se borraron de un plumazo; los preceptos bajo los que había sido educada cedían ante este amor que lo pedía todo pero que, al mismo tiempo, retribuía en igual medida porque Nikolai, con palabras mudas, le decía cuánto la amaba. Esa noche, a él también se le habían borrado las soledades y los miedos; y la muerte, esa vieja enemiga, había quedado

confinada al exilio. Y en esa cama, juntos, danzaban al compás de la más hermosa canción que Melisa había bailado jamás. Sándalo, Guerlain, arándano, durazno, sábanas, gemidos, amor, placer, dolor. Porque Nikolai ya no tenía cuidado; tampoco ella se lo pedía. De todos modos, si se lo hubiera ordenado, no hubiera podido complacerla porque una locura total e inmensa se había apoderado de su cuerpo; llevaba grabado en el rostro la fiereza del que no vuelve atrás. La noche sería larga, plena y febril. Repleta de descubrimientos para ambos.

Capítulo 27

Abrite a los amores, que vamos a intentar
la mágica locura total de revivir.
¡*Vení, volá, vení*!

Tango «Balada para un loco»,
HORACIO FERRER

Buenos Aires

Después de haber pasado la noche juntos, Nikolai se despertó antes que Melisa. Por la luz que entraba por las hendijas de la cortina, sospechó que era tarde. Miró la hora y el reloj de la mesa de luz se lo confirmó. A su lado, ella todavía dormía profundamente, le besó el rostro varias veces, pero Melisa no dio señales. Le habló al oído con suavidad.

—Señorita Lisa Loy, no quiero interrumpir su descanso pero, para su información, ya es bastante tarde. ¿Tiene ensayos hoy?

Ella escuchó esa voz proveniente del más allá y solo asintió con la cabeza.

Nikolai se levantó y fue hacia la ventana.

Melisa sintió el sol sobre su cara y abrió los ojos con pereza, mientras Nikolai corría, uno a uno, los cortinados y la luz penetraba en cada rincón de su cuarto.

—¿Irás al teatro? —preguntó él.

—No —afirmó y frunció la cara. Desperezándose, dijo—: Pero avisaré que no iré.

Melisa buscó ponerse de pie pero al darse cuenta de su desnudez no lo hizo, sino que, tapada con la sábana, estiró su mano hasta dar con la enagua tendida en el suelo de su lado.

—Perfecto. Entonces, desayunaremos tranquilos —propuso sonriendo al ver la maniobra de ella.

Nikolai se acercó y, centímetro a centímetro, le quitó las sábanas mientras le besaba el cuerpo con ternura. Parecía que iban a reiniciar lo que habían estado haciendo durante gran parte de la

noche, pero la frase de Melisa lo volvió a la realidad.

—Aunque no vaya a ensayar, debo avisarles.

—No hace falta. Escribe una nota y le pediré al chofer que la lleve —explicó buscando papel y lápiz en el cajón de la mesilla.

Melisa se puso la enagua y se incorporó. Aún medio dormida, garabateó dos o tres palabras. A su lado, Nikolai también escribió una nota para su hermano. Cuando estaban finalizando, golpearon a la puerta. Sobresaltada, lo miró interrogante. ¿¡Quién podía ser!?

—Quédate tranquila, es la mucama. Ordené que nos sirvieran el desayuno aquí —dijo mientras abría la puerta.

Una mujer mayor entró a la habitación empujando un carrito repleto de tazas, tetera, cafetera y comestibles variados. Los saludó con parsimonia y sin sorpresa, tal como si Melisa durmiera allí todas las noches de su vida. Luego acomodó las tazas del servicio con servilletas y cucharitas. Cuando terminó, Nikolai se dirigió a la empleada:

—María, por favor, que el chofer lleve esta nota al teatro Maipo y la otra, a la casa de Erik. —Le entregó las dos esquelas y luego agregó—: Antes de enviarlas, encárguese de poner cada una en un sobre de papel marrón.

Él también cancelaría sus obligaciones; no quería separarse de Melisa. Lo sucedido durante la noche había sido importante. En la misiva se lo explicó con pocas palabras. Su hermano entendería.

La mujer asintió y se despidió.

Melisa se quedó allí, impresionada, sopesando su nueva vida: había dormido en un cuarto extraño, una desconocida acababa de entrar mientras se hallaba casi desnuda, no avisaría personalmente su ausencia —como solía hacerlo si faltaba a un ensayo, sino que lo haría un chofer—, desayunaría en la cama y no en su cocinita. ¡Además, esa tremenda cantidad de comida que les habían traído! ¡Y jamón, que jamás probaba!

Esa mañana, todo le resultaba inédito. Incluido que —¡por primera vez!— había pasado la noche con un hombre… ¡y ya no era virgen! Recordaba perfectamente los acontecimientos de la velada. Habían estado despiertos hasta la madrugada y después de haber hecho el amor dos veces, se habían quedado conversando de sus vidas hasta las primeras claridades. Recordar lo vivido la llenó de profundos sentimientos.

—Nikolai…

—¿Hum? —dijo él mientras servía café en las tazas.

—Te amo.

—Y yo… Melisa Loyola —vaciló. Por un instante dudó si debía llamarla «Lisa», pero ese nombre le pertenecía a otra mujer, a una distinta, a una que se transformaba cuando actuaba sobre el escenario.

Nikolai acercó el carro, sacó las bandejas con comida y las apoyó en la cama. Ella, observando los platos, anunció:

—Solo tomaré café y dos tostadas con queso.

—Comes poco.

—Siempre fue así.

—¿Por qué no pruebas los huevos revueltos? ¿O tal vez la tarta de nuez? —preguntó sin atreverse a contarle que desde muy niño, en la casa de su madre, hacían una especialmente para él cada mañana. Temió que pensara que era un consentido por esta costumbre que ahora se repetía en su propia residencia.

—No quiero comer más nada —se negó terminante. Para un día, eran suficientes cambios; no pensaba probar tan temprano ninguna de esas comidas.

Las diferencias de crianza estaban allí y, cada tanto, hacían su aparición, encendiendo un fuego que el cariño apagaba.

Una hora más tarde las tazas estaban vacías cuando ella perdió nuevamente la enagua y también la vergüenza. En la enorme cama, otra vez, ellos se amaban como locos. La atracción que ejercía el uno en el otro los sumergía en esa demencia y no les permitía querer hacer otra cosa, porque por pudor, Melisa —que sabía que un ejército de empleados se movía fuera de las paredes de ese cuarto— no hubiera hecho nada. Pero era imposible negarse a la intimidad con este hombre rubio que con cada minuto que pasaba se convertía en su debilidad.

Pasado un rato, Melisa todavía sentía el peso de Nikolai sobre su torso y él, saciado, le acariciaba el cabello mientras su respiración poco a poco se calmaba. Quieta, y atenta al nuevo mundo, observaba con sus ojos franceses la guarda de papel pegada al cielorraso que mostraba una llanura pampeana con caballos criollos, que la encontraba desconocida, al igual que la cenefa pintada de azul llena de orlas. Comenzaba a extrañar su austero

departamento, pero no le importaba: la presencia de Nikolai la liberaba del entorno, cualquiera sea. Lo que vivía junto a él era demasiado fuerte. Ella le había dado todo a ese hombre: se lo confirmaban las huellas que de su interior resbalaban líquidas por sus piernas dándole placer todavía.

Melisa cerró la puerta de su departamento con llave. Bajó las escaleras con Nikolai y, juntos, partieron al teatro en su automóvil. Habían pasado gran parte del día encerrados en el cuarto de la residencia de Retiro, y hasta se habían duchado allí, pero a último momento a Melisa le pareció apropiado cambiarse de ropa para presentarse en el trabajo. Desde la noche anterior, en que ella lo buscó y se le entregó sin condiciones, no se habían separado ni un instante; tenían una necesidad casi incontrolable de estar juntos.

Ingresaron al teatro por la puerta lateral. Nikolai se quedaría para verla actuar. Melisa ya le había asegurado un asiento en primera fila. Para bien o para mal, él se había convertido en la pareja de Lisa Loy, y ese título le daba ciertos privilegios que auguraban buenos momentos. «También, malos», se resignó cuando ella desapareció tras bambalinas para prepararse. «Un hombre común se sienta junto a su mujer para ver una obra», siguió. «No como yo, que estoy solo», rumió mientras se arrellanaba en la butaca. Desde que había llegado al Maipo sentía que Melisa Loyola dejaba de existir y que en su lugar aparecía Lisa Loy, esa artista que debía cumplir con sus obligaciones. Entre ellas, olvidarse de él —por lo menos— por las próximas horas. Nikolai dejó de lamentarse cuando recordó que esa noche dormirían juntos; esta vez, en el departamento.

La gente iba ocupando sus lugares y llenando el aforo, cuando Nikolai se puso de pie, salió a la calle y en la puerta del teatro compró una docena de rosas rojas. En la tarjeta escribió: «EL ADMIRADOR DE LA CALLE COPÉRNICO»; le haría llegar el ramo al camarín con el muchachito que corría el telón, pensó satisfecho. El detalle le permitía sentirse cerca de esa mujer que empezaba a ocupar el lugar más importante de su existencia. Pero la satisfacción le duró poco cuando notó que en la calle se vendían fotos de su mujer… ¡y que la gente las compraba! Los vendedores voceaban su nombre como los canillitas el diario, y se sintió descorazonado: en su casa no tenía un retrato de Lisa Loy; tampoco compraría uno de

esos que tenía medio mundo.

Resignado, ingresó de nuevo a la sala, envió las rosas e, inquieto, se sentó en su butaca. Lo embargaba una mezcla de regodeo y dolor al mismo tiempo; quería verla allí, arriba, sabiendo que esa mujer hermosa y talentosa era suya y que durante la noche había gemido de placer en sus brazos, pero también temía que, al observarla fascinando a los presentes con sus encantos, se le encogiera el corazón sintiendo que esos extraños se la robaban, que la perdía. Quería sus atractivos, su gracia, su talento, su atención, su cuerpo… ¡solo para él!

En su camarín, Melisa leyó la tarjeta que acompañaba las flores y sonrió enternecida. Eran de su querido admirador de la calle Copérnico. Recordó el rostro de Nikolai cuando, por la noche, la había hecho su mujer. Obnubilada, escuchó que le tocaban a la puerta.

—¡Señorita Loy, a escena!

—Sí, gracias, estoy lista —dijo y, antes de subir al escenario, se dio una última mirada en el espejo.

Las luces se apagaron, los músicos ejecutaron la melodía de la introducción y Lisa Loy, vestida con un masculino *smoking* negro, labios pintados de rojo furioso y cabello de igual color recogido en coleta baja con broche brillante, apareció cantando y bailando con sensualidad y desenfado.

Arriba del tablado, sus piernas largas y el cabello colorado que hacía juego con el lápiz labial le daban una imagen despampanante. Nikolai tragó saliva; ni siquiera su voz parecía ser la misma. No, no era la voz de la joven que un momento atrás le había dicho que le gustaría cenar en la pizzería. No, no. Sonaba muy diferente.

Melisa enamoró y cautivó desde el primer número, y la función avanzó con el público en absoluto silencio. Nikolai, que se sentía bastante torturado con el cúmulo de emociones encontradas que bullían en su interior ante la imagen de su mujer, solo se calmaba y respiraba con normalidad en los entreactos, cuando Lisa se marchaba y aparecía en escena la pareja de bailarines de tango.

En la obra, el personaje Cocó sufría la metamorfosis que Nikolai ya conocía bien y se acercaba el momento en que la protagonista abandonaba su ropa de hombre para transformarse en una sensual mujer. Pero aun sabiendo el desenlace, cuando la vio aparecer con

el vestidito negro corto y el cabello rojo suelto con flequillo y peinado hacia adelante, experimentó el impacto. Trató de calmarse. Con un movimiento nervioso, intentó encontrar el pañuelo en el bolsillo del saco, pero su mano se quedó suspendida, como si no supiera dónde hallarlo, porque, cuando Lisa entonó la melodía, escuchó el diálogo del matrimonio sentado a su derecha.

—¡Qué bien que canta la Loy! ¡Qué hermosa voz tiene! —dijo el hombre.

—Canta como una calandria… Pero… ¡deja ya de mirarle las piernas!

Ante el comentario, el corazón de Nikolai latió con violencia y así quedó tildado en ese tamborileo frenético el tiempo que duró la canción.

Comenzaba a calmarse cuando su oído captó la conversación de los dos hombres ubicados detrás.

—¡Qué mujer hermosa! ¡Mato por ella!

—Yo no mato por ninguna. ¡Pero me gustaría ser el dueño de ese cuerpo!

Un desasosiego desconocido lo abrasó. Celos, turbación, consternación, zozobra, rabia… Un conjunto de sensaciones lo acometió. Tenía ganas de ponerse de pie y de gritar a los cuatro vientos que Lisa Loy era suya. «¡Mía, mía! ¡Solo mía!». Deseaba explicarles que ella nunca se había acostado con ningún hombre y que anoche la había hecho mujer en su lecho, que jamás nadie podría tener ese cuerpo, salvo él: Nikolai Martínez Romanov.

Llevaba un par de actos en estado tumultuoso cuando llegó la escena final, esa en la que Cocó se vestía de chica común y se marchaba a su casa paterna con la valijita marrón. En medio de la tristísima canción, Nikolai sintió que se quebraba. Estaba compungido, quería llorar. Anhelaba que Cocó fuera Melisa y que dejara el teatro para siempre.

Tironeado por los sentimientos, los aplausos lo tomaron por sorpresa y una vez que el público se puso de pie para ovacionarla, se dijo a sí mismo: «Eres un perfecto idiota. Tienes a la más hermosa mujer muerta por ti y acá estás, compadeciéndote y haciendo escenas lacrimógenas». Se tranquilizó pensando que la canción lo había sugestionado. «Mucha gente llora con este acto», se consoló y observó cómo Melisa saludaba a su público con el

sombrerito, ese que Cocó había puesto de moda en toda la ciudad, y descubrió que… ¡le sonreía a él! Lo miraba, le sonreía y le tiraba un beso… se besaba la mano y su brazo recorría el espacio imaginario que había entre su boca… ¡y él! Entonces, con el rostro iluminado, Nikolai desechó las estúpidas lucubraciones… Ellos se amaban, su amor era imbatible. No importaba que Melisa fuera diferente; él tenía espaldas para atesorar a una mujer distinta a todas las demás.

Eran casi las tres de la mañana cuando los dos salieron de la pizzería. Después de la función habían cenado y tomado vino y, enamorados, se dirigieron rumbo al departamento de Callao apremiados por hacer el amor, dormir juntos, decirse que se amaban al oído. Felices y risueños, entraron al *palier* del edificio y, tras saludar al portero, que miró a Lisa Loy boquiabierto —era la primera vez que llegaba con un hombre—, se dieron cuenta de que Melisa se había olvidado en el auto las rosas que el admirador de la calle Copérnico le había enviado. Él volvió para buscarlas porque Melisa las quería poner en agua.

Con un pie en las escaleras para subir al segundo piso, ella escuchó la voz del portero.

—Señorita Loy, ¿qué hago con…? —preguntó sin terminar la frase, moviendo la cabeza para señalar en dirección a la puerta por donde había salido Nikolai.

—¿Con qué?

—Con, con… con su hermano, señorita… Si regresa, ¿lo dejo subir?

—¿Mi hermano…? —repitió sorprendida—. ¡Sí, claro! Déjelo subir… Aunque no es mi hermano —aclaró adrede.

El hombre asintió y bajó la mirada como si ese gesto encerrara discreción. Sin embargo, Melisa sabía que al día siguiente los vecinos del edificio comentarían la novedad: «¡Lisa Loy tiene un romance!». No le importó en lo más mínimo y subió los dos pisos riéndose.

Cuando él volvió con las flores, le contó lo sucedido con el portero. Nikolai lanzó una carcajada y los dos estuvieron desternillándose de la risa por un buen rato. Ella, morena como era; él, rubio a más no poder… ¡Los dos entrando a las tres de la mañana a un departamento…! «Hermanos…», repetían y volvían a

reírse. Era evidente que el hombre había dicho eso para asegurarse de que era un pretendiente, un novio, un… ¿amante? Melisa le explicó que, de ahora en más, los consorcistas y los vecinos de los edificios de la cuadra y también los de enfrente, todos, sabrían que ellos dos estaban juntos. Pero a él tampoco le importó. Si bien no se olvidaba de que tenía que arreglar su anómala situación con Rosa, la chica estaba lejos. Creyó que bastaría con una buena carta para ella y otra para los padres. Rosa era muy joven y ese noviazgo ya no tenía futuro; no sería difícil acabarlo, solo tenía que hacerse el tiempo para escribirles. Desde su llegada a la Argentina no había enviado ni una sola carta… ¡a nadie! Aunque sí había recibido ya dos de Rosa y una de su madre y de sus hermanas.

Cuando terminaron la copa de *champagne* que compartieron en la cocina, Melisa desapareció con sigilo. En el cuarto, se desvistió, se puso un camisón de seda color marfil y lo llamó. Su madre le había enseñado —entre muchas lecciones— que una mujer debía seducir a su hombre con ropas especiales, perfumes, bailes y juegos. Esa noche pondría en práctica el legado de Amina. Expectante, lo llamó:

—Amor, ¿vienes o no…?

Nikolai apareció y, extasiado, se quedó observándola durante unos instantes antes de ir por ella.

Melisa lo requirió con deseo.

—Te quiero aquí, conmigo… ahora.

Él, risueño, le respondió:

—¿Así que quieres a tu hermano en la cama…? —Los dos volvieron a reír con desenfado.

Y entre abrazos y risas, la desnudó para dar inicio a su ritual de amor, piel y deseo.

París

Ellos reían y en la otra punta del mundo Amina y Manuel lloraban. Melisa era feliz; y sus padres, desdichados. Sucedía tal como lo había leído en sus libros taoístas: todo lo existente en el universo tenía dos extremos: el yin y el yang. Siempre habría dos fuerzas opuestas: aparecía mucho de algo en un extremo de la vida e inmediatamente, con fuerza, surgía mucho de lo contrario en el otro. Ambas puntas eran complementarias entre sí: cada idea, ser,

objeto, sentimiento y pensamiento tenía su complemento opuesto y necesario para poder existir. Así como el blanco necesitaba del negro para que se lo considerara blanco, así, también, con la felicidad y la desdicha.

Amina, sin apoyarse en los taoístas, sino en su sabia simplicidad, opinaba lo mismo: la vida era una de cal y otra de arena. Por un lado, abría la mano derecha dándonos todo; pero por otro, cerraba la izquierda y lo escondía. En consecuencia, ella opinaba que, cuando se daban esos pequeños, efímeros, insólitos, bellos y extraños momentos en que la vida, generosa, abría las dos manos y estaban bien todas las áreas —dígase: familia, salud, economía y amor—, había que disfrutarlos al máximo. Y eso, sucedía en pocas oportunidades.

Los Loyola visitaron al médico para entregarle los resultados de los estudios y él, sin rodeos, les explicó que no estaban nada bien, que había ciertos tratamientos con los que se podía intentar paliar la enfermedad pero que no les aseguraba resultados, y que los pasos siguientes los decidiría según las respuestas de su cuerpo.

Esa mañana regresaron abatidos a su casa. Mientras tomaban un café con leche, Manuel le dio a su esposa los ánimos que él no tenía pero que, por amor, se los inventaba.

—Todo saldrá bien, ya verás —dijo poniendo optimismo en su voz, aunque hacerlo fuera un sacrificio.

—Tenemos que prepararnos, serán días difíciles —anticipó Amina.

—Creo que hay que pedirle a Melisa que regrese —se arriesgó a decir lo que venía pensando desde que salieron del hospital Pitié-Salpêtrière.

—Aún no. Ella protagoniza un gran éxito y nosotros tenemos por delante un largo tratamiento. No ganaríamos nada. Si sale bien, la llamaremos para que venga y festejemos juntos con una estadía en la playa. Hacerla regresar ahora no tiene sentido. No solo la preocuparemos, sino que vendrá y no podrá hacer nada, salvo esperar.

Además, Amina recordaba que su hija, en la última carta, le había contado que ¡un hombre había aparecido en su vida! Y si bien no le había dado mucho detalle al respecto, ella no quería arruinarle el momento pidiéndole que vuelva.

—¿Quieres que le escriba? —le preguntó Manuel, quien jamás la había contradicho en nada, y, en este caso, no sabía si tomar o no las riendas.

—Iniciemos el tratamiento y, cuando obtengamos los resultados, le escribiremos. Si son buenos, no llegará a preocuparse y le pediremos que venga para pasear juntos… Si son malos… deberá volver con urgencia a casa —razonó con los ojos llenos de lágrimas.

Su marido la abrazó y la consoló. El amor también era esto, acompañar en el dolor. Él siempre había amado a Amina y estaría a su lado para cuidarla y apoyarla en lo que fuera que les tocara vivir.

Una hora después, Loyola ingresó a su taller. Margot lo esperaba ansiosa; estaba al tanto de lo que sucedía y, queriéndolos como los quería, la preocupación la carcomía.

En cuanto abrió la puerta, se abalanzó sobre Manuel.

—¿Qué ha pasado? ¿Han dado bien los análisis? —consultó, aunque por la cara supo el tenor de las noticias.

—No.

—Y entonces, ¿qué se hará?

—Intentaremos un tratamiento, pero ya sabes… sería un milagro. Amina cree en ellos.

—Creamos, entonces —suscribió Margot tratando de levantarle el ánimo—. ¿Cómo puedo ayudar?

—Voy a pedirte algo —propuso—. Durante los próximos meses, no vendré a trabajar con la regularidad de siempre y necesito que me cubras… que tomes las riendas del taller. ¿Podrás, Margot?

—Sí, claro —respondió. El pedido de Loyola era inusual; la situación, grave, gravísima. El modisto más renombrado de París jamás había abandonado ni a su selecta clientela ni su taller. Con gripe, con fiebre, cansancio o angustias… nunca había faltado y ahora le decía que se tomaría unos meses. No lo podía creer. Entonces preguntó—: ¿Vendrá Melisa?

—Amina no quiere. Esperaremos un tiempo, pero no mucho. Luego decidiré qué se hará.

—Me parece bien. Los pondré en mis oraciones.

—Gracias —asintió. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Ambos, cabizbajos, continuaron con el trabajo pendiente. Debían seguir pese a los dolores; necesitaban adelantar. Por la tarde, Loyola confeccionaría una lista de los trabajos en curso con

instrucciones y varios detalles. Ella debería hacerse cargo de allí en adelante.

Durante el resto de la mañana Margot cortó telas y su interior se debatió entre varias preocupaciones. Debía decidir sobre lo que su hija le había planteado, no debía cortar torcida la seda carísima traída de la India que tenía en las manos para el vestido de la condesa Anabella Franchini y, claro, cómo y en qué podía ayudar para que Amina se sanara. Intensificaría los ruegos y prendería velas todos los días en la iglesia Saint Pierre de Montmartre. Ella quería mucho a esa mujer bondadosa que tanto la había ayudado. Y también le preocupaba Loyola, casi un padre para ella, porque si a su mujer le pasaba algo, él ya no querría vivir. Se persignó y pidió un milagro, aunque no creía en ellos. Una vez, muchos años atrás, había pedido por uno y no se le había cumplido. La vuelta del hombre amado se le había negado.

A unas cuadras de allí, en el café Procope, el productor Pedro Saidi se hallaba reunido con otras personas del ambiente artístico; tomaban café, comían *croissants* y hablaban informalmente de las funciones y de las recaudaciones, del nuevo y sensacional espectáculo del Folies Bergère, del éxito de Carlos Gardel en Madrid, donde había actuado y triunfado con el tango «Leguisamo solo», grabado por él en Barcelona. También se ponían al corriente de lo que estaba haciendo en ese momento el actor Pierre Renoir y su talentoso hermano Jean Renoir. Uno de los empresarios comentó sobre el furor que causaba en Buenos Aires la obra protagonizada por Lisa Loy. De inmediato, los otros tres hombres miraron a Pedro Saidi. Sin embargo, desentendido completamente sobre quién era en realidad la nueva estrella francesa que triunfaba en el país del sur, acotó un comentario trivial sobre la Rasimi. Quienes sabían que Lisa Loy era la hija de Manuel Loyola y su exnovia nunca se atrevieron a contarle porque, explícitamente, Saidi había pedido que no la nombraran nunca más en su presencia. Y por más que a varios les cayera antipático, nadie quería ser el destinatario de uno de sus ataques de cólera o de su resentimiento.

Luego de la charla y terminado el café, los integrantes de la mesa comenzaron a marcharse. Cuando el tema de la Loy resurgió, en el bar solo quedaban dos hombres y Saidi, quien, aún

sorprendido por la noticia de Argentina, preguntó:

—¿Me pueden decir dónde está esa tal Lisa Loy que jamás la vimos? La tendríamos que haber hecho famosa nosotros y no los porteños. ¡Hubiéramos ganado muchos francos! —se lamentó. La voz de Saidi sonaba inocente.

—Aún estamos a tiempo. Habría que hacerle una propuesta —dijo uno de los empresarios.

—¿Quién *merde* la conoce para contactarla? —preguntó Saidi.

El hombre más joven decidió darle el toque de gracia al altanero Pedro Saidi y le abrió el juego de la información.

—Mira, Pedro, no puedo creer que no lo sepas… La Loy es Melisa Loyola, ¡la que fue tu novia!

Pedro asoció las palabras: «Lisa Loy… ¡Melisa Loyola!». Entonces le encontró el sentido a los nombres y, juntamente con el dato que siempre supo —que ella se había ido con Rasimi a la Argentina—, todo fue claro como el agua. Enfurecido, exclamó:

—*Merde!* ¿Por qué nadie me lo ha dicho antes?

—Pediste especialmente que no te la nombráramos más. Casi nos amenazaste. ¿Recuerdas?

—Pero esto es otra cosa. ¿Cómo es que se hizo famosa?

—Trabajando con Rasimi le hicieron una proposición que, obviamente, aceptó… *et voilà!* Su talento gustó mucho. *Point final.*

—*Putain! Je t'emmerde* —prorrumpió visiblemente contrariado no solo porque nadie le había contado, sino porque Melisa había acertado al cancelar el matrimonio e irse de Francia. La idea de que ella tenía razón lo fastidió tanto como saber que nunca había logrado enamorarla. Indignado como estaba, anunció:

—Señores, me marcho. Esto es demasiado para mí. Me tengo que reunir con Dufour. El proyecto del teatro sigue adelante.

Los dos hombres lo saludaron; el más joven, satisfecho. Alguien tenía que decírselo. Tal vez, así, bajara de su pedestal.

Pedro se fue mascando rabia por la revelación. Sin embargo, no sabía que aún le faltaba otra noticia peor. Una que lo haría tomar decisiones drásticas e impensadas.

Capítulo 28

Eche, amigo, no más; écheme y llene
hasta al borde la copa de champán,
que esta noche de farra y de alegría
el dolor que hay en mi alma quiero ahogar.

Tango «La última copa»,
JUAN ANDRÉS CARUSO

Buenos Aires

En la casa de Erik el comedor relucía. La mesa puesta para tres tenía el mantel y la cristalería fina traída de Venecia. Su hermano y su nueva novia venían a cenar y él, contrariado, pensaba que, como ocurría muy a menudo, tendría que sortear la velada sin esposa, porque la visita de Lisa Loy ameritaba que Azucena, la señora de la casa, se encargara de organizar lo que comerían y todos esos detalles que las mujeres conocían mejor que los hombres. Se suponía que esa semana su mujer regresaría de la estancia de sus padres pero, como no le había asegurado qué día, él seguía adelante con la rutina diaria; ya estaba acostumbrado. Extrañaba a sus hijos y quería verlos; la situación lo apesadumbraba. En dos oportunidades fue a visitarlos. Pero el viaje resultó largo, de varias horas, y debió volver pronto porque tenía trabajo pendiente. A veces pensaba que el origen de la paciencia que le tenía a Azucena estaba en la culpabilidad que sentía por no haberla amado de verdad. Ella sabía que se habían casado por conveniencia y no por amor; y aún seguían juntos. La enfermedad de don Ricardo había pedido muchos sacrificios a la familia, y si bien cada uno los había cumplido a su manera, su cruz no tenía parangón: era para toda la vida. Pero sus hijos eran hermosos y los amaba, así que no podía quejarse.

Pensaba en Carlo y Marcelo, sus dos retoños, cuando escuchó que golpeaban a la puerta; sus invitados habían llegado. Escuchó la voz de Nikolai, que saludaba al mayordomo.

A continuación, el hermano menor hizo la presentación formal. Erik no dejaba de sorprenderse porque Lisa Loy, vestida de trajecito claro, era muy distinta a la increíble mujer que lo subyugó en el teatro. Claro que no solo se trataba de su ropa; su cabello oscuro, su estatura… y más.

Melisa Loyola era una chica bonita e interesante, pero Lisa era despampanante. Como fuera, su hermano estaba enamoradísimo, y saltaba a la vista por la forma en que le tocaba el cabello y por la atención que le brindaba ante cada detalle: caballero sin par, le deslizaba la silla para que se sentara, le preguntaba si quería que cerraran la ventana, si sentía frío, si la corriente de aire le hacía mal, si quería agua o vino. Erik jamás lo había visto así, tan considerado, tan galante.

Melisa, por su parte, le devolvía con creces sus atenciones: cuando Nikolai hablaba, parecía que lo hacía el rey de Inglaterra.

Por momentos, Erik los envidiaba; solo una vez en su vida se había enamorado de esa forma, y hacía muchos años.

Sirvieron corvina con verduras. Nikolai se había encargado de recordarle —no menos de cinco veces— que Melisa solo comía pescado y verduras. La charla de esa noche transcurría de manera agradable y por momentos se volvía íntima. Los hermanos se querían y Lisa se sentía cómoda entre ellos. Si bien al principio la conversación giró en torno a la carrera artística, al relajarse entraron en temas personales: las andanzas de los dos varones cuando niños, la infancia de Melisa —tan diferente, en París y sin hermanos—, la afición de los hijos de Erik por los caballos y las costumbres extrañas de su mujer. Incluso, hablaron sobre la hacienda y los campos de los Martínez Romanov, de la dura faena con los animales y del revés sufrido con la cruza del ganado inglés. Por último, la conversación rondó sobre el origen español del padre de Melisa y el marroquí de su madre.

—Ella me transmitió el gusto por el baile; y él, por el teatro —explicó Melisa.

—Qué interesante haber sido criada por personas tan diferentes —ponderó Erik.

—Lo he pasado muy bien con ellos.

—Qué creativo debe ser su padre… No cualquiera confecciona el vestuario completo de una compañía.

—¡Oh, sí, mucho!

—Me imagino lo emocionante que será cuando están por salir del taller treinta trajes terminados llenos de detalles y aplicaciones. ¡Qué satisfacción ese día para los que colaboraron con el diseño!

—¡Oh, no crea que son tantos los que ayudan! Mi padre es muy meticuloso y no permite que nadie lo haga, salvo su asistente, Margot… Bueno, o yo, cuando vivía en Francia. No permite que nadie más participe en el diseño de los vestuarios importantes.

«Margot…», pensó Erik. Había conocido una francesa con ese nombre… hacía mucho, mucho. ¿Cuántos años tendría esta Margot que conocía Lisa? ¿Sería rubia? Por supuesto que no, pero… ¿Qué habría sido de la Margot que él había amado? De seguro se había casado con un francés y tendría un par de francesitos. ¿Y si preguntaba qué apellido tenía esa Margot que trabajaba para Loyola? No, no era buena idea; tendría que dar explicaciones.

El mayordomo se acercó a Erik y le hizo un comentario en voz baja, casi al oído. Al escucharlo, abandonó la lejana París, se puso de pie y se excusó:

—Debo ausentarme un minuto. Un imprevisto… Disculpen…

—¿Hay algún problema? —preguntó Nikolai.

—No, nada grave. Es Azucena, que necesita decirme algo —informó Erik sin aclarar que ella no estaba al teléfono, sino que en ese momento había llegado a la casa.

Su empleado acababa de avisarle que la señora Azucena había arribado con los niños dormidos y que, al enterarse de que Erik estaba cenando en el comedor con Lisa Loy, no le había causado mucha gracia; ni siquiera cuando el hombre le explicó que Nikolai los acompañaba.

No aparecería en el salón, pero quería hablar con su marido.

Melisa y Nikolai, sumergidos en su mundo, no se preocuparon demasiado por la momentánea ausencia de Erik.

—¿La estás pasando bien?

—Muy bien. Tu hermano me agrada mucho. Gracias por invitarme.

—Gracias a ti por venir, no solo a la casa de mi hermano, sino a mi vida. En verdad: eres una mujer sorprendente, amén de que eres única en el escenario.

—No es para tanto.

—Te gusta trabajar… Y eso no es común. Las mujeres casi no trabajan.

—En Francia, sí.

—No lo creas. Las amistades francesas de mis hermanas ocupan su tiempo en otras actividades más bien ociosas. Hace un momento, cuando relatabas que diseñabas con tu padre, en el taller, recordé cómo me impresioné el día que me lo contaste en la fiesta de Gardel —rememoró y meditó qué extraños son los seres humanos, porque lo que más le gustaba de ella, era lo mismo que lo angustiaba.

—Creo que trabajaba con mi padre porque deseaba estar cerca de los escenarios. En el taller Loyola los laureles son para mi padre; luego para Margot; y recién para mí —evocó la época en que los tres, juntos, planeaban un vestuario, decidían sobre telas o resolvían cómo destacar a un personaje principal—. No sabes cuánto me gustaría verlos —confesó.

—¿A cualquier precio? Sabes a qué me refiero… —deslizó. Para viajar a París, Melisa debería abandonar la obra.

—Creo que sí, a cualquier precio… Pagaría lo que sea —aseguró de forma tan contundente que tentó al destino. No suponía que el precio que pagaría sería mucho más caro que dejar *Cocó*. Convencida, agregó—: Quiero ver a mis padres… a Margot.

—Qué importante es esa Margot… La nombras mucho.

—Sí, es casi de la familia, un día la conocerás. Ella vive con nosotros desde hace muchos años… Más de diez.

—¿Vive con ustedes?

—No, en el departamento que tiene el taller, pasando el patio. Ella atendía el puesto de flores de la calle Copérnico, mis padres la trajeron a casa y se quedó para siempre trabajando con nosotros. Como en Francia no tenemos familia, Margot se nos ha unido. Desde entonces, es la mano derecha de mi padre, la amiga de mi madre y una buena consejera.

La frase «La chica del puesto de flores» se encastró en la cabeza de Nikolai como la piedra que le daba sentido al resto de los datos que había almacenado y enseguida pensó que esa Margot bien podía ser la joven con la que Erik alguna vez tuvo un idilio.

A punto de comentárselo a Melisa, desistió. Las voces que provenían de la sala les indicaron que dos personas discutían acaloradamente.

—¿Qué sucede? —preguntó preocupada.

—Parece que mi hermano y su esposa tienen un desacuerdo.

—¡Qué pena! —se lamentó. Jamás había escuchado que sus padres se destrataran o se agraviaran.

—Sí, una lástima. Prométeme que nunca discutiremos así, nunca —dijo Nikolai.

—Jamás sucederá eso. Yo te amo.

—Y yo te amo a ti.

Erik regresó un rato después, pero la velada no volvió a ser la misma. La tensión se notaba en el ambiente.

Nikolai sintió pena por su hermano. Lo notó angustiado. Por lo tanto, abrevió la sobremesa.

Charlaron unas palabras más y la pareja se marchó enseguida.

Mientras conducía, Nikolai calculó: «Esta vez, nos toca dormir en el departamento de Melisa». Lo hacía apesadumbrado; prefería su casa; le agradaba que lo despertaran con el desayuno preparado, con tarta de nuez y una taza de café italiano; luego, bañarse, ponerse su bata y colonia francesa para salir de inmediato, porque, a pesar de que rara vez dormían separados, ya que siempre cenaban y pasaban la noche juntos, una vez en cada casa, por la mañana, había reanudado su rutina laboral. Cada jornada se instalaba con Erik en la oficina para trabajar muy duro. Se sentía tranquilo y aplomado para hacerlo: en Francia, sus negocios estaban bajo control. Periódicamente, Fortabat le enviaba una serie de planillas que le permitían conocer cómo avanzaban los teatros. Además, en sus cartas nunca dejaba de señalarle que la construcción marchaba sin contratiempos, según los plazos acordados. Por consiguiente, Nikolai no tenía ninguna urgencia por regresar a París, cuestión que complacía a Erik porque les permitía planificar operaciones de mayor envergadura, como el envío de carnes que fletarían en los buques frigoríficos. Nikolai soñaba con copar el mercado europeo. Erik creía que podrían lograrlo; su hermano era brillante para las transacciones y estaba al mando de los planes. Esa semana, Nikolai había realizado una estupenda maniobra reuniéndose con los italianos, quienes querían comprarles carne. Probablemente, se la terminarían vendiendo a los ingleses —a los que preferían—, pero la idea del menor de los Martínez Romanov consistía en generar competencia entre ambos clientes, ya que la puja siempre ayudaba

a mejorar los precios y a cerrar tratos más ventajosos.

Por momentos, Erik, cuando veía con qué pasión su hermano disfrutaba de los negocios, comprobaba que él solo los soportaba como medio de vida, como un legado paterno, como la obligación del primogénito… Porque hubiera preferido otro trabajo. Realmente hubiera deseado abrazar las letras y escribir novelas. Lo anheló de joven. «Una locura de otra época», se resignó sin imaginar que el destino podía abrir su mano y, una vez, ser generoso con él por las tantas que había sido tacaño.

El hombre rubio

Me pondré por los hombros, de abrigo, toda el alba
mi penúltimo whisky quedará sin beber
llegará tangamente mi muerte enamorada.

Tango «Balada para mi muerte»,
HORACIO FERRER

Año 1927

No me quiero morir, no voy a entregarme. Aunque el aire ya no entre en mis pulmones, aunque las fuerzas me abandonen, no me rendiré, no lo haré. Pelearé por mi vida, tengo cosas que me inspiran a hacerlo. Pero sé que necesito un recuerdo en el cual pensar, solo uno más… si logro sumergirme en uno, él me atará a este mundo por otro rato. Me aferro a la voz de niño que escucho en mi mente… ¿Estaré volviéndome loco? Por momentos, ya no sé si soy ese Nikolai infante que quiere llorar porque nadie viene a salvarme de la muerte, o si soy un Nikolai adulto y debo arreglármelas solo.

—¡Nikolai, Nikolai…! —me llaman. Es don Ricardo.

—Papá, aquí estoy… —alcanzo a escuchar que dice mi voz de niño. Porque observo hacia abajo y veo mis pies de un chico de diez años y, al lado, los de mi hermano Erik un poco más grandes; juntos escuchamos y miramos a mi padre que me pregunta con su voz grave:

—¿Se puede saber, jovencito, dónde está la colección de libros de pintura que teníamos en la biblioteca?

—La he vendido —digo con miedo.

—¡Carajo! ¿Cómo que vendido? ¿Por qué?

—Me la pagaban muy bien —respondo, ecuánime, y saco de los bolsillos de mi pantalón dos fajos gordos de billetes.

Aunque mi padre mira asombrado la cantidad de dinero que he conseguido, me grita:

—¡Pero, Nikolai…! ¿Para qué quieres el dinero si perdimos los

libros? ¡Ahora ya no los tendremos en la biblioteca!

—Papá, escúcheme: una colección idéntica a la nuestra está a la venta por la mitad de este dinero —digo mostrando lo que tengo en mis manos. Luego agrego—: La tienen en el compraventa de libros del *boulevard* de Coucelles. El dueño espera que vaya por ella; ya la he reservado para comprarla.

—¿La has vendido y la volverás a comprar?

—Así es, pero me quedará una buena diferencia de dinero.

—¿Realmente es igual y está en buen estado?

—Sí, papá.

—¡Ve ya mismo y cómprala! Era una colección especial —afirma mi padre en un grito, pero no está enojado. Sonríe.

—¡Ahora mismo, papá!

—¡Dios mío, estamos criando un monstruo! —balbucea don Ricardo con la sonrisa todavía en la boca y se marcha dejándome solo con Erik.

Aprovecho, y le comento a mi hermano:

—Te dije, Erik, que no se enojaría. También deberíamos haber vendido la tuya.

—Ni loco. Yo no vendería mis libros ni por un millón. Los quiero demasiado.

—Pero, Erik, si luego los recuperarás… Así nunca harás dinero.

—No quiero hacer dinero. Solo quiero escribir un libro.

El rostro adolescente de Erik me mira, pero mientras lo hace la imagen comienza a desdibujarse hasta desaparecer mostrándome que debo buscar un nuevo recuerdo al cual asirme… Es la forma de vivir viviendo. Debo encontrar otro o moriré. Lo sé, estoy seguro.

Capítulo 29

Así te quiero, dulce vida de mi vida…
Así te siento, solo mía, siempre mía…
Tengo miedo de perderte,
de pensar que no he de verte.

TANGO «PASIONAL»,
MARIO SOTO

Buenos Aires

Melisa llevaba viviendo varios meses de felicidad, disfrutando a pleno de sus dos grandes pasiones: el amor por el teatro y por Nikolai. Ambos ocupaban sus horas, sus días, su vida. Dos ardores, dos locuras; simple, sencillo: el teatro y Nikolai; ambos eran su montaña rusa, sus alas para volar, sus razones para vivir, pero también ambas pedían, demandaban todo y ella, gustosa, se lo daba, porque eran sus amores. Dos querencias efervescentes hechas de ardor, ímpetu, fuego, exaltación, emociones delirantes y apetito. Dos demencias que cuando ella creía que no podía dar ni un gramo más de sí misma porque una, finalmente, había ganado, aparecía la otra exigiendo, y ella volvía a dar más. Era subir a escena, y olvidarse del resto, poner todo de sí, su piel, su corazón, sus ganas, tal como si no existiera un hombre ni otra cosa en su vida; era ver a Nikolai y, en cada encuentro, en cada noche que pasaban juntos, dejar la vida y el corazón, olvidándose del otro amor, tratándolo como si él fuera el único. Nikolai, el teatro. El teatro, Nikolai. Ella no sabía, ni entendía qué le gustaba o disfrutaba más: si pasar tiempo con él o subir al escenario. En realidad, si tuviera que elegir —uno y solo uno—, no podría hacerlo. Ambos ocupaban el ciento por ciento de su corazón. Agradecía que ambas pasiones hubieran aprendido a convivir pacíficamente en su interior porque hubiera sido muy difícil quedarse con una; dividirse era imposible, un sinsentido. En el intento, ella, como persona, podía llegar a romperse.

Frente al espejo nuevo, Melisa se hizo una línea de *kôhl* en los ojos. Era una noche especial y ameritaba maquillarse de forma exótica. Llevaba una semana redecorando su departamento. Ahora, ansiosa, esperaba a Nikolai, quien nada sabía de la pequeña reforma ni conocía el motivo. Melisa deseaba sorprenderlo, quería bailarle árabe.

No había sido fácil encontrar el tiempo para comprar los muebles nuevos, ni para que le diseñen y coloquen las cortinas. Había empleado las mañanas, corriendo detrás de un ebanista entre ensayo y almuerzo, coordinando horarios y fechas de entrega, quitándole horas al sueño cuando no trabajaba, pero al fin el departamento estaba tal como ella se lo había imaginado. La ambientación tenía un marcado toque árabe. Decoró su salita con una gran alfombra con arabescos de diferentes tonos de azules y cojines de terciopelo color petróleo con vivos dorados; las cortinas, confeccionadas con telas bordadas traídas de Marruecos, resultaron caras, pero eran gustos que podía darse con lo que ganaba en el teatro. Dos silloncitos de pana verde y dos banquitos de bronce lustrado completaban el mobiliario. El conjunto era colorido y cálido, como lo marroquí. Para el cuarto, sin dudas, se esmeró con detalles especiales: hizo pintar las paredes de colores pasteles —desde el ocre hasta el salmón— y compró un juego antiguo de espejo y cómoda alta de muchos cajoncitos, pintados con dibujos pequeñísimos de muchos motivos, entre ellos, la mano de Fátima. El elegante cubrecama nuevo fue bordado con hilos dorados.

La decoración reflejaba su osadía, pero el departamento había quedado tal como quería. Había planeado que Nikolai se sintiera en Marruecos y parte de su estrategia de encantamiento consistía en desplegar su arte: bailar para él. Sabía hacerlo desde niña, pero para que saliera bien debía ajustar muchos detalles, como, por ejemplo, guiarlo a su mundo a través de los sabores, los olores y la recreación del ambiente propicio. La comida típica que había elaborado con esmero sería un pasaje a la tierra de su niñez.

Sobre la cama —aguardando el momento crucial—, dejó el traje de bailarina adquirido en el puesto del turco del mercadito de San Telmo donde solía conseguir comestibles y objetos de Marruecos.

Si lo miraba bien, podía afirmar que su departamento porteño se había transformado en un trozo de mundo moro: la lámpara que

pendía del techo, los cojines de colores brillantes distribuidos en el piso —tal como los recordaba que los tenía su tía Hanna en la casa de Tánger—, las velas encendidas en los ambientes y los sahumerios de sándalo en el cuarto…

Frente al espejo se pasó sus aceites hasta dejarse la piel del cuerpo tersa y perfumada, se calzó una túnica turquesa con hilos dorados, larga hasta el piso, se dejó los pies descalzos. Luego, puso la mesa; tenía listo lo que comerían: una marinada típica marroquí que se elaboraba con pescados, aceitunas machacadas, cilantro, perejil, pimiento y jengibre —una de las comidas preferidas de su padre—; algo liviano, ideal para lo que ocurriría esa noche.

Cuando terminaba de disponer las servilletas, escuchó a Nikolai en la puerta y lo hizo pasar.

Al ver los cambios de la sala, sin saludar, exclamó:

—Epa, qué pasó aquí… con que esta era la sorpresa.

Lo que percibía, comenzaba a transportarlo.

—Celebraremos una noche marroquí. Prepárate para disfrutarla —le dijo al oído y le dio un beso.

—Me encanta lo que tienes puesto —alabó Nikolai mirándola desde arriba abajo—. Me gustan tus pies descalzos.

Era un hermoso detalle. Luego la abrazó y la besó en la boca. Comenzaba a hacerlo con pasión, pero Melisa puso un alto.

—Esto lo dejaremos para más tarde porque también te tengo una sorpresa en el cuarto.

—Hum… suena interesante —dijo él y, resignado, se dedicó a admirar los objetos nuevos y la decoración, atento a los comentarios de Melisa sobre los porqués de la ubicación de cada cosa, de sus colores y en dónde los había conseguido. Nikolai se preguntaba en qué tiempo había hecho semejante transformación porque no había sospechado nada.

Melisa lo tomó de la mano y lo llevó hasta la mesa. Allí sirvió la comida en los platos y se sentó junto a él para disfrutar de la cena.

—¿Qué es? —preguntó Nikolai mirando el colorido convite.

—Se llama *sharmoola* —repuso y le dio una breve explicación sobre los ingredientes.

Comió gustoso, distinguiendo los diferentes sabores.

El extraño ambiente de colores en el que se había convertido la sala, el *kôhl* de los ojos de Melisa, que le daban un aspecto exótico,

y esa risa relajada que, con solo escucharla, ya lo ponía de buen humor, lo habían llevado a otro mundo, uno irreal.

Cenaron, pero no hubo postres. Una vez que terminaron y después de charlar un rato, ella se puso de pie.

—Cuando escuches música, vienes a mi cuarto para buscar tu postre —habló y desapareció.

Nikolai llevaba unos minutos en el silloncito naranja cuando oyó música árabe en la habitación. «Es la señal. Debo entrar». La situación lo mantenía excitado y perturbado. ¿Qué le había preparado Melisa? Ya bastante sorprendido lo tenía la decoración de la sala; se acercó y abrió la puerta.

Con la habitación en penumbras, apenas iluminada por las velas, el aroma a sándalo del sahumerio golpeó con fuerza sus sentidos. Ese era el perfume de Melisa… y, para él, la fragancia del sexo, la de la pasión, la de la piel que amaba. Cuando sus pupilas se acomodaron a la luz tenue, la divisó de pie junto a la cama, vestida con el atuendo de bailarina árabe; el sostén verde agua apretándole los senos hasta unírselos en el frente; los gajos de seda cayendo desde la faja de su cadera repleta de perlas blancas… El contraste del color de su piel con el tono de la tela clara, el pelo largo echado hacia adelante, las manos en la cintura y la mirada desafiante. Junto con el primer tamborileo de la música de la vitrola, Melisa sacudió su cadera. Fue un movimiento impetuoso que incluyó subir sus manos a la nuca; con ellas en el cuello, hizo girar su cabeza hacia un lado y hacia el otro; luego movió el cuerpo al compás de la melodía.

Él quiso tocarla.

Pero con gracia y firmeza le quitó las manos y, suavemente, lo empujó hacia la cama hasta que quedó sentado, hipnotizado con el movimiento ondulante del cuerpo femenino que meneaba las caderas y de vez en cuando se ponía de perfil y que, entre los gajos de la falda, le mostraba una pierna mientras movía el vientre de una manera tremendamente sensual.

Con una mirada incitante, Melisa se inclinó hacia él y le bamboleó sus pechos muy cerca del rostro. «Ah…», suspiró. Nikolai había visto este baile en el burdel de Tatá… Pero esto era otra cosa. Esto… lo iba a matar.

Por momentos, las manos de Melisa planeaban suaves hacia

arriba y se movían como palomas en vuelo contrastando con el movimiento frenético de su cintura. Los tambores sonaban enardecidos y el ritmo de sus caderas avanzaba tornándose cada vez más vertiginoso. Su cuerpo parecía en trance, poseído por el mismo poder que la transformaba en el escenario. Esa gracia, esa fuerza, ese encanto… Solo que esa noche no era la Loy sino su Melisa, que bailaba en el cuarto de su departamento, y únicamente para él, con su cabello oscuro y no el rojo.

Se sintió afortunado, dueño de un amor invencible. Ella —toda, toda— para él. Sí, que le bailara, que se moviera de esa forma rápida y delirante, que le entregara su cuerpo en cada movimiento, porque eso es lo que ella hacía, y él lo había comprendido. Melisa se le entregaba envuelta en música y cada oscilación de sus caderas encajaba —perfecta— en la forma que tenía su deseo de hombre.

Minutos de baile y la concupiscencia se apoderó de Nikolai hasta hacerle sentir dolor, hasta clavársele dentro. Un ramalazo de agonía se le hincaba —lento y firme— y descendía hacia su bajo vientre porque ella le entraba por sus ojos y desde allí se dirigía a cada rincón de su cuerpo… Entonces, cada gota de su sangre gringa pedía por la morena.

Inerte como una estatua, Nikolai parecía adherido al borde de la cama, pero un torbellino interior lo recorría de punta a punta. Pensaba que no soportaría mucho más de ese baile cuando una Melisa jadeante, de respiración entrecortada y con el canalillo de sus senos sudado, hizo el mismo movimiento con el que empezó: manos a la nuca, meneo de cabeza de un lado a otro, un trac de su cadera… y así acabó el baile, al mismo tiempo que la música.

La canción dio paso a otra igual pero Nikolai se puso de pie. Ya no habría más bailes: había llegado el momento de tomar lo que era suyo. La aferró de la cintura con fuerza; esta vez, no aceptaría que lo empujara nuevamente a la cama, y, girándola sin contemplaciones, la apoyó casi con violencia contra la cómoda de los cajoncitos. Sus abdominales quedaron rozando la parte de atrás de la cintura de la bailarina. La penetraría en esa posición, allí, frente al espejo, mientras miraba la imagen que le devolvía: el contorno de sus senos desbordantes dentro del sostén verde agua. Acercó su rostro al cuello de Melisa, y la tibieza y el aroma de su piel lo enloquecieron. Sin soltarla, le mordió la nuca; y sin

paciencia, le quitó de un tirón la faja verde agua que llevaba pegada a la cadera, que cayó al suelo junto a todos los gajos… Para su sorpresa y conmoción, aparecieron las nalgas desnudas de Melisa. «¡Ay, no! ¡Bailó sin ropa interior! ¡Esta mujer sí que sabe jugar con el deseo de un hombre!».

Con su dedo índice, Nikolai hizo un zigzag sobre la redondez de las nalgas y Melisa sintió cómo se estremecía su piel. Desesperado, se desprendió la cremallera. El pantalón y su ropa interior cayeron al suelo, donde se quedarían hasta que terminara —pues tiempo para quitárselos no había—, igual que sus zapatos, porque, mientras el tamborileo arreciaba, sin caricias previas, él la penetró. Estaba seguro de qué era lo que quería Melisa. El recibimiento húmedo del interior se lo confirmó.

Embistió una vez y los gemidos de ella se confundieron con los *bendires*, los *arghules* y el laúd. Nikolai metió las manos una de cada lado dentro del sostén, y sus dedos tocaron la punta empinada que buscaban y, así, aferrado a los picos del Toubkal, apretó más su pecho contra la espalda de Melisa hasta que sus movimientos de hombre alcanzaron una cadencia enardecida que las caderas femeninas acompañaron. Y juntos, se ensamblaron al compás frenético de la canción. La habitación sabía a locura: los colores naranjas de las paredes, las pieles que exigían más, la música que envolvía y exacerbaba los sentidos ya excitados, todo hacía su parte… Los consejos ancestrales de seducción estaban allí, aplicados con parsimonia y esmero daban los resultados esperados. Música, sexo, amor, locura, y el sándalo inundando el ambiente.

Esa noche, la herencia marroquí marcaba el compás para ambos: Melisa se la transmitía y Nikolai la recibía con el alma abierta porque siempre querría lo que le proveyera esa mujer que lo subyugaba. Sí, dormiría allí —en la casa que les tocaba—, porque, con tal de permanecer a su lado, estaba dispuesto a quedarse en esos pequeños ambientes, sin empleados, y sin sus exclusivos efectos personales, esos de los que nunca hubiera creído poder separarse.

Sentada en la confitería Richmond de la calle Florida, Melisa revolvía su café doble. Tenía sueño y trataba de despertarse. La noche árabe con Nikolai había sido larga, se habían acostado tarde

y por la mañana se levantaron temprano. Él tenía una reunión importante a las ocho y ella, ensayos.

A las cinco de la tarde, cansada pero contenta, y con ganas de ver a su amiga Arlette, la esperaba impaciente en el bar para merendar; aunque sabía que era impuntual. Llevaban mucho tiempo sin reunirse y las novedades se habían acumulado; sobre todo, las amorosas. Arlette hablaba —como decían las chicas cuando tenían una relación sentimental— con un hombre argentino, igual que Melisa. Cada tanto, compartían un café en la Richmond. La confitería les agradaba, entre otras cosas, porque era concurrida por artistas; y ellas, claro, se sentían en su ambiente.

Melisa terminaba su café cuando Arlette entró al salón. Sin embargo, no la reconoció de inmediato y tardó unos segundos hasta comprender que… ¡su amiga se había cambiado el color del cabello! Ya no era la joven pelirroja que emprendió la travesía con ella, sino una rubia platinada. Y lo llevaba muy cortito; vestía trajecito azul.

—¡¡Arlette…!! ¿Qué te has hecho? —exclamó mientras se ponía de pie.

—Es que ahora la pelirroja eres tú, aunque solo sea en el teatro —respondió riendo. Se abrazaron y se saludaron con cariño.

—Te queda fantástico —reconoció Melisa, que había notado cómo la siguieron con la mirada los hombres de la mesa de enfrente.

—¿Y tú, Mel, qué te has hecho? Estás bella, tienes cara de mujer renovada.

—Tengo mucho por contarte —anunció.

Y mientras merendaban, sin preámbulo, dieron rienda suelta a la conversación, que no eludió las intimidades. Arlette le contó que había abandonado la compañía de *París chic* y que trabajaba en un elenco argentino porque no le entusiasmaba seguir de gira con Rasimi, que las llevaba por los diferentes países de América, y separarse del porteño por tantos meses. Su admirador secreto —el que le mandaba flores— al fin un día se presentó al término de una función y le confesó quién era. No, no resultó ser un millonario, como al principio había creído, sino un simple músico. «Al menos, Mel, es muy apuesto», se contentó porque ella no aceptaría otra cosa. El muchacho tocaba el violín en una orquesta y, si bien no

podía darle los gustos con los que siempre había soñado, le bastaba con que fuera un buen hombre que la quería con amor sincero.

En uno de los altos de la verborragia de Arlette, Melisa aprovechó y le contó que estaba perdidamente enamorada de un argentino: Nikolai Martínez Romanov, a quien ya conocía de París.

—Con ese apellido… y si dices que lo conocías de París… ¡tienes que haber cazado un estanciero!

—No sé si lo «he cazado» como dices tú… Pero sí, se dedica a la cría y exportación de carne vacuna, entre otras actividades.

—¿Y la relación es seria?

—No nos separamos desde la primera noche que pasamos juntos.

Arlette, al oír «primera noche», repitió las palabras con tono insinuante y dio grititos de exclamación. Melisa le contó los detalles de la historia de amor que estaba viviendo y su amiga, con el cariño y la practicidad de siempre, le puso los pies sobre la tierra con averiguaciones directas y contundentes. Arlette no sabía qué era el tacto; menos con Mel, con quien la unía una absoluta confianza. Las preguntas, por lo tanto, fueron francas.

—Pero no entiendo… ¿El estanciero ha dejado a la novia argentina que, según me cuentas, lo espera en Europa? ¿Estás segura, Mel? ¿Se instalará definitivamente aquí o volverá a París? Y si Martínez Romanov regresa a Francia, ¿te irás con él y dejarás el gran éxito que protagonizas aquí? —razonó punzante—. ¿Realmente lo harías?

Melisa no supo qué contestar. Enamorados como estaban, nunca hablaban de las decisiones importantes que ambos tenían pendientes. Pero se tranquilizó asumiendo que, por el momento y salvo lo de Rosa, lo demás le resultaba superfluo. Aunque reconoció que debían hablar.

Cuando las amigas terminaron de merendar, salieron a la calle y caminaron juntas un par de cuadras más por Florida antes de despedirse para tomar direcciones diferentes.

Avanzaron por la peatonal una al lado de la otra conversando, riendo. Con su andar rápido y gracioso, sus peinados llamativos y esas figuras estilizadas vestidas con los trajecitos y sombreros de moda, no pasaban desapercibidas. Las damas las observaban de reojo y más de un caballero se volteó para mirarlas; entre ellos, un

inglés que se dirigía a una reunión con los estancieros Martínez Romanov.

Minutos después, en Florida y Lavalle, las muchachas se despidieron con un gran abrazo y acordaron reunirse para cenar con sus novios. Melisa caminó hacia el departamento; la visión y los consejos de su amiga siempre le servían. Esa misma noche hablaría con Nikolai.

A pocas cuadras de allí, vestido de traje claro y camisa blanca impecable, con su barba rubia recién recortada y oliendo a colonia Guerlain, Nikolai llevaba adelante una reunión en la oficina de su notario de confianza junto a su hermano y tres ingleses. El último en llegar, azorado por la impuntualidad, pidió disculpas y comentó que se demoró porque se equivocó de cuadra cuando se distrajo al mirar a dos jóvenes muy bellas que caminaban por la calle Florida. Incontinente, relató que quedó impactado por una rubia de pelo muy corto y otra morocha de cabello largo. «Un contraste atroz y hermoso», describió admirado, como si se tratara de una obra de arte.

Los cinco hombres rieron, menos Nikolai Martínez Romanov. La acotación no le importó. Solo pensó: «Estos británicos se hacen los flemáticos pero bien que miran a las mujeres». Luego, su cabeza continuó lucubrando la estrategia. Su mente estaba consagrada para cerrar el negocio que tenían entre manos. Toda su vida había sentido que participaba en una competición, que corría una carrera en donde el tiempo apremiaba, y la meta era juntar mucho dinero. Por eso, su idea era lograrlo cuanto antes. Cuando lo tuviera, podría retirarse de esa intensa y desgastante competencia. Se decía a sí mismo: «Ya voy a parar esta carrera, mi vida no siempre será así. Ya alcanzaré la meta y podré parar».

Sin embargo, un diálogo interior venía a perturbarlo y lo dejaba helado cuando se preguntaba: «¿Para qué quieres tanto dinero? Para retirarme. ¿Para qué quieres retirarte? Para disfrutar de la vida. ¿Acaso te falta algo para disfrutar ahora de la vida? Realmente, no». Concluyó, entonces, que corría en vano. Además, recordaba las palabras del director del orfanato: para conseguir los billetes que él donaba como buen samaritano, había empleado tiempo de su vida. Entonces, cada franco constituía una pequeña porción de su vida. Desde que Blanchet le descubrió qué había detrás del dinero,

Nikolai se torturaba con el pensamiento.

La demora del inglés le permitió recordar aquella conversación profunda y comprendió que su estilo de vida no tenía sentido. ¿Qué hacía en esa oficina? ¿Por qué no estaba con Melisa? Se podría haber quedado en la cama, retozando con ella hasta las nueve.

Recordó que había sufrido un ataque similar un día que la estaban pasando muy bien en el pequeño departamento de Melisa. Fue memorable porque miró a su alrededor —espacios pequeños, ausencia absoluta de lujos o sirvientes— y se preguntó si para vivir necesitaba una propiedad tan grande como la que tenía. Se asustó al pensar que, tal vez, perseguía una quimera creyendo que la abundancia y la suntuosidad lo hacían feliz.

Estos pensamientos lo acometían en pocas oportunidades y más bien en sus momentos de debilidad. Eran como sus miedos a la muerte, resabios de temor que le habían quedado de cuando falleció su padre. Muchas veces venían acompañados por las ansias de hacer más y más cosas para sentirse vivo, de tomar más y más riesgos para sentir la sangre latiendo fuerte. Por suerte, así como llegaban, esas crisis se iban inmediatamente y su vida continuaba por los carriles normales. Como en esta oportunidad en la que luego de algunos comentarios informales y tras decenas de cafés negros bebidos desde la mañana, su mente lúcida y dispuesta exponía sus ideas durante la negociación que se celebraba en una oficina de la calle Florida.

—Señores, ese es el precio definitivo. No tengo más para decir —remató inconmovible y abandonó su taza en la mesa. Necesitaba poner toda su atención en la parte difícil del convenio.

—A nosotros nos sigue pareciendo elevado —terció Murphy, que era el inglés que lideraba el grupo que vivía en Argentina. Algunos británicos se instalaban en el país por dos o tres años, atendían los intereses de sus compatriotas y luego, con los bolsillos llenos, se volvían desesperados a su querida Gran Bretaña porque no soportaban permanecer tanto tiempo en la desordenada e informal Sudamérica.

—No podemos aceptar menos dinero. Tenemos demasiados riesgos y es imposible correrlos por menos —aclaró Erik, que estaba atento a la seña que su hermano debía hacerle al notario para que interviniera.

—Entonces, hagan ustedes una propuesta. Los escuchamos… —abrió el juego Nikolai y miró al notario. Esa era la frase clave para que el hombre mostrara su carta.

El escribano, que hasta el momento no había hablado, lo hizo conforme a lo pactado con los Martínez Romanov.

—Disculpen, señores, pero hasta aquí solo hablaron del precio de la carne y creo que es importante no dejar de lado la cantidad. El volumen estará directamente relacionado con el valor que fijen. No se olvide, Romanov, que los italianos quieren comprar una parte —recordó adrede y reveló el dato que Nikolai le había pedido que declarara cuando se desatara la pelea por el precio.

Era verdad que los gringos andaban dando vueltas, que los habían contactado para comprarles sus cargas. Pero no eran buenos clientes: además de terriblemente informales, querían pagar menos, algo que, por supuesto, los ingleses no sabían.

Nikolai expuso lo planeado:

—No me olvido de que ellos quieren la mitad de nuestra producción. Pero el grupo británico, al que conocemos muy bien, tiene nuestra prioridad, así que cerraremos con ustedes —dijo Nikolai señalando a Murphy—. Luego estudiaremos la propuesta italiana.

—Gracias —reconoció Murphy.

Con los italianos pugnando, debía formular una propuesta mejor. La competencia cambiaba la dinámica de la negociación. Necesitaban quedarse con la carne argentina —la mejor— y Martínez Romanov era sinónimo de cumplimiento.

Llevaban un rato de tira y afloja hasta que, al fin, el precio se acercó al que Nikolai se había fijado como aceptable por bueno. Resuelta la componenda, dijo:

—Está bien: cerremos aquí mismo por el monto que proponen. Nuestra producción será para ustedes. Y claro, el pago se hará en el banco que elijamos nosotros y en libras esterlinas.

—Perfecto —asintió Murphy, ansioso por terminar la negociación que había sido larga y tensa.

Como caballeros, los hombres se dieron la mano en señal de acuerdo.

—Empezaré cuanto antes con el papeleo —dijo el notario.

Nikolai supo que la reunión había salido excelente y que el trato

no habría podido ser mejor. Algo dentro suyo bullía de placer, acababa de concretar lo que le gustaba: negocios; y a cambio, recibiría muchos y buenos billetes en el banco. Ahora el proceso seguía, había que lograr que los animales dieran el rinde que esperaban, comprar más carne —porque se habían comprometido con más de la que tenían— y luego embarcarla en buenos buques para que llegara en perfecto estado a manos de los ingleses. El lance comprendía el buen uso de la plata de la hipoteca de sus campos, situación que, por compleja, entrañaba riesgos. Pero para eso estaban él y su hermano instalados en Argentina; desde aquí los dos se encargarían de que los procesos se cumplieran al pie de la letra.

Minutos después, mientras el grupo de ingleses se despedía, Murphy saludó a los Martínez Romanov de manera cordial en un intento de crear lazos. Los negocios que tenían en común con los hermanos argentinos eran importantes, y él requería que le cumplieran. Por lo tanto, creía que era imprescindible crear buenas relaciones.

—Me gustaría invitarlos a cenar para que conozcan al resto de los inversores. Nos juntaremos a comer en mi casa, con las esposas. Vengan con las suyas —propuso el inglés.

—Nos encantaría… Aunque en mi caso, está un poco difícil —dijo Erik sin ofrecer detalles.

—En el mío, peor aún: no tengo.

—Pueden venir ustedes solos, serán bien recibidos.

El hombre se dispuso a explicarles dónde vivía y el día y horario de la recepción.

Minutos después, el grupo partió y los hermanos comentaron la reunión dentro del automóvil.

—Ahora hay que vigilar muy bien nuestra hacienda y la compra de los lotes —dijo Erik.

—Sí, y administrar muy bien el obtenido de la hipoteca. Nada debe salir mal —respondió Nikolai.

—¿Y qué hacemos con los italianos? —preguntó Erik con picardía.

Entonces los dos comenzaron a reír durante un buen rato. Jamás habían pensado realmente en venderles, pero invocarlos había ayudado para cerrar con los ingleses.

—Ya sabes: para la próxima, te me casas con la Loy, así haremos

mejores negocios. Ya viste cómo Murphy quería que fuéramos con las esposas a su cena —completó el mayor en el mismo tren de broma. La batalla ganada lo puso de buen humor.

—¡Imagínate que se enterara quién es la Loy! —dijo Nikolai meditando que, con lo conservador que era Murphy, si llevaba a la Loy a su casa, se caería desmayado. Y otra vez se rieron.

«Claro que no hace falta que vaya la Loy», siguió pensando Nikolai. «La que tiene que ir es Melisa Loyola», concluyó. ¿Por qué no? Ella podía ser su esposa, y, así, todo arreglado. De esa manera, podría compartir con la mujer que amaba esta importante faceta de su vida. En ese caso, ella dejaría el trabajo que, por momentos, le resultaba odioso, y por el que… ¡hasta sentía celos! Con Melisa a su lado, él haría muchos buenos negocios; conocía cuán agradable e inteligente era ella y recordaba su charla amena y sus comentarios apropiados.

—Tú te casas… ¿y yo? Me parece que lo mío es aún más difícil de resolver —dijo Erik que, pasada la adrenalina y el buen humor del primer momento del triunfo, volvía a la realidad.

—Le dices a Azucena que se le acabaron las vacaciones y que necesitas que empiece de una buena vez a trabajar de esposa. ¡Que te acompañe a cenar con los ingleses y sanseacabó!

—No es tan fácil.

—Tráela ante mí y se lo diré en la cara —expresó Nikolai. Esa mujer comenzaba a cansarlo.

—¡Lindo lío armarías! —vaticinó Erik al imaginarse la situación.

—Te lo digo de veras, hermano. Autorízame y hablaré con ella.

Nikolai dejó a Erik en su casa y fue directo al departamento de Melisa. No hacía tiempo de pasar por la suya; casi era la hora en que debía llevarla al teatro para la función. Cuando terminara de trabajar, comerían y dormirían en Retiro.

En minutos, juntos otra vez, se abrazaban y reían de felicidad. Estaban contentos de verse.

—Te extraño como una tonta cuando no estás. No vas a creerme, pero me pongo melancólica —dijo Melisa.

—Es que me he vuelto imprescindible… no te atrevas a irte muy lejos porque te faltará el aire.

—Eres un engreído… Pero como te quiero, te daré una buena

noticia: pronto tendré una semana de descanso. Hace mucho que venimos trabajando a teatro lleno y todo el grupo lo necesita.

Nikolai lanzó un grito de júbilo y levantó la mano en alto. Lo hizo mitad en broma y mitad en serio.

Se besaban, se acariciaban, Nikolai quería desnudarla, hacerle el amor; pero ella lo frenaba:

—Debemos irnos, es tarde. La función…

Ella había decidido que abordaría la cuestión sobre Rosa Quiroga Paz cuando regresaran del teatro. Era un tema importante que exigía un cierre; no podían seguir mostrándose juntos por todo Buenos Aires mientras él tenía una novia en Europa… Porque por más enamorados que estuvieran, esa era la cruda realidad. Arlette le había dado claridad al respecto y sobre otros asuntos más.

Frente a la puerta lateral del teatro, Melisa se bajó apurada del coche. Nikolai la observó mientras caminaba: allí estaba su chica, la más normal del mundo, con zapatos bajos y claros, su vestido de gasa color marfil, su cabello oscuro y con ondas hasta la cintura; bonita, dulce, elegante, una más entre las que caminaban por las calles de la ciudad. Pero pensó que en minutos ella sería Lisa Loy y se amargó. Esta reflexión lo hizo arrancar el auto acelerando con violencia. Estacionaría y se metería al teatro; tenía asignada su butaca en primera fila porque esa noche se quedaría a ver la función. Melisa, al enterarse, se puso contenta porque era una manera de compartir lo que había, lo que se podía.

Dejó el vehículo a una cuadra. Ni bien llegó al teatro, el bullicio lo apabulló. Era viernes; estaba repleto, venta total de entradas. Cada vez le gustaba menos verla arriba del escenario; al principio, al observarla las primeras veces, se le unía la admiración que sentía por ella con cierto morbo, pero ahora que Melisa era su mujer y pasaban las noches juntos ya no le causaba gracia. Con lo que ella le daba en la intimidad le alcanzaba y le sobraba; no necesitaba ir a verla a ese lugar lleno de gente para saber cuán bella y sensual era; no necesitaba mirarla bailar en el teatro, ella le bailaba en el cuarto.

El ambiente estaba en penumbras; la función, a punto de comenzar. Nikolai llevaba unos minutos instalado en su butaca cuando, en la fila de atrás se sentó un grupo de muchachitos. Era evidente que se trataba de una banda de amigos que había ido a ver

el *show*. Bromeaban. Intentó no prestar atención a sus diálogos; imaginaba que algo de lo que dirían podía molestarle. Pero aunque probó distraerse, no pudo; hablaban en voz alta y de forma desenfadada, como jóvenes en noche de diversión:

—Cholito, qué gran idea fue festejar tu cumpleaños aquí, en el teatro... ¡Y ver a la Loy! —dijo uno y, terminado su comentario, chifló exigiendo que comenzara la función.

Uno de voz más gruesa le respondió:

—De Cholito, nada. Ahora mi hermano es Cholo porque tiene veintiún años, edad suficiente para ver y tocar mujeres.

La carcajada del grupo fue general.

—¡Ojalá que pueda tocar alguna! ¡Y si puedo elegir, quiero que sea la Loy! —exclamó Cholito, que aún tenía voz de chico.

Otra vez rieron.

—Yo me anoto —se sumó el muchacho de voz más grave.

—Tal vez podríamos proponerle que nos atienda a todos juntos —dijo el del chiflido; y esta vez, rieron estruendosamente.

A Nikolai, que había oído la conversación completa, el dicho que rezaba que «A cada palabra le corresponde una imagen en nuestro cerebro» se le volvió más que real.

«Muchos hombres, Melisa atendiéndolos». Lo que acababan de decir los muchachos le trajo a la mente una imagen clara como el agua que lo indignó, le hizo doler, lo trastornó, lo golpeó, lo llenó de celos.

En ese estado, se puso de pie y, dándose vuelta, miró furibundo al grupo de cinco o seis. Todos eran jovencísimos, probablemente, en su primera salida nocturna.

—¿Qué les pasa, mocosos? ¿No les han enseñado a respetar a las mujeres?

El que chiflaba no tardó en responderle:

—¿Y qué le pasa a usted? ¿Por qué se pone así?

—¿Acaso es el marido de la Loy para hablarnos de ese modo? —le espetó Cholito sintiéndose adulto porque ese día había cumplido veintiuno. Terminó la frase y los demás se rieron escandalosamente.

Nikolai sintió que la paciencia se le acababa, se inclinó y, tomando al chico de la solapa del saco, lo levantó en el aire hasta quedar cara a cara. Lo miró enardecido y, a punto de darle una tremenda trompada, cayó en la cuenta de que enfrente tenía a un

adolescente. Entonces, con la voz entrecortada por la rabia, dijo:

—Sí, estúpido muchacho, eso es lo que soy. ¿Tienes algún problema?

—N… no… no —titubeó el chico.

Él lo soltó de improviso justo cuando el hermano más grande, buscando defenderlo, le pegó un golpe a Nikolai. De inmediato, giró y ya no contuvo más la trompada que venía aguantando y le tiró un derechazo. El grandote, que acababa de pegarle, cayó estrepitosamente al suelo. Pasaron unos instantes de desconcierto, y el muchacho comenzó a levantarse listo para continuar la pelea. Sin embargo, todavía confundido pero con la seguridad de que no quería seguir con la riña, Nikolai se dirigió por el pasillo rumbo a la puerta de salida porque él no iba a ponerse a pelear en el teatro.

En la calle, respiró hondo. ¡Por Dios! ¿Qué había hecho? Una locura. ¡Pelear con un jovencito en el teatro! «¿Qué hago ahora? ¿Vuelvo a entrar? No, de ninguna manera. ¿Melisa se preocupará si no me ve sentado en la butaca?». La respuesta fue: «Sí, claro que sí».

A su alrededor, el movimiento en las escalinatas de ingreso al teatro seguía con normalidad. Floristas y vendedores intentaban ganar unos pesos.

—Señor, ¿quiere una foto de Lisa Loy? Tengo una de su rostro, y otra con el vestido corto —dijo el muchacho que vendía en la puerta, extendiéndole las dos opciones: la de su cara con cabello rojo y muy maquillada y la que mostraba todas sus piernas.

Nikolai miró la foto y sintió que las náuseas se apoderaban de él; quería vomitar, se sentía mal. Los nervios que había pasado adentro por la riña, los cafés negros que tomó con los ingleses y el cansancio del día ahora le jugaban una mala pasada. Se alejó del muchacho sin responderle.

Caminó hasta su auto y poniéndolo en marcha se fue a su casa. Necesitaba estar tranquilo un rato; estaba descompuesto. No podía creer que hubiera perdido el control de esa manera.

Manejó alterado y, una vez que llegó a su domicilio, se sentó en la sala a oscuras; no quiso prender las luces y, aunque su mayordomo le ofreció un té, no se lo aceptó, sino que se quedó muy quieto en el cómodo sofá. Poco a poco, el escaso movimiento de su casa y los ruidos monótonos lo fueron calmando. Recién entonces pudo pensar con claridad: el mundo de Melisa le hacía mal, lo

hería, y hasta lo enfermaba del estómago, pero no era Nikolai Martínez Romanov quien tenía que meterse en ese universo de maquillajes y actores, sino que era ella la que debía venir al suyo. Melisa era quien debía entrar a este cosmos apacible, en donde sus sirvientes los atendían y trataban con respeto y cariño; y en donde nada les faltaba, ni siquiera su tarta de nuez. No era él quien debía ir al departamentito de Callao, sino ella venir a esta enorme y hermosa casa y gobernarla como solo lo podía hacer un alma femenina: poner flores aquí y allá, redecorar, organizar cenas, dirigir a la ama de llaves. Él, únicamente, podía realizar una mera copia de eso; quería que Melisa Loyola fuera la dirigente, la regente y gobernanta de su hogar. Deseaba que ella fuese su esposa, llenar esa casa de niños como siempre había soñado, hijos que juntos atenderían, y que también juntos gastaran el dinero que él ganaba, que para eso lo tenía. Las imágenes que esta vez correspondían a las palabras que Nikolai pronunciaba en voz baja en la oscuridad le sabían deliciosas. Melisa en la piel de esposa, dirigiendo la casa y los sirvientes, dando vueltas, jugueteando con los niños, atendiendo a los ingleses que vendrían a cenar para celebrar contratos millonarios con los Martínez Romanov. Quería a Melisa introducida en su mundo, pero lo más importante: ella metida aquí, muy lejos de ese infame teatro donde se exponía cada noche y al que no tenía que regresar nunca más. Se sintió mal por pensarlo y se retractó mentalmente; lo quitó de su repertorio y se quedó con la frase anterior: «Melisa en su casa». Aunque sabía bien que esa imagen excluía la del teatro; no eran compatibles. No se podía estar en dos lugares a la vez. Pero sus pensamientos eran fruto de una buena razón: la amaba. Tenía la plena seguridad de que quería estar con ella para siempre. Nada más sencillo que eso, meditaba haciendo ojos ciegos a las complicaciones que su deseo traía consigo.

Sabía que pronto ella tendría una semana de descanso. La aprovecharía para hablarle de esos temas. Le pediría que fuera su esposa y la gobernanta de su casa en Buenos Aires, la nueva de París y hasta la de Biarritz… Con eso tendría suficiente entretenimiento. Era consciente de que ser la esposa de Martínez Romanov comprendía muchas tareas a cargo, pero que, también, incluía muchos beneficios. Era tener una vida soñada: gastar sin límites en lo que quisiera: ropa, joyas, disponer de sirvientes para

todo, viajar. ¿Qué mujer no deseaba eso? ¿Qué persona? No quiso detenerse en la respuesta; temía que no le gustara. Melisa no era una mujer común; ella amaba lo que hacía, sus sueños no eran los de cualquiera.

Se quedó un rato más en la oscuridad. Apaciguado, se fue a la cocina y allí la cocinera le hizo un té con limón. Lo tomó despacio, tranquilo, soñando con la vida que acababa de vislumbrar momentos antes en la sala. Luego, mirando la hora, se puso de pie y se dirigió al teatro; iría a buscar a Melisa.

En el Maipo, Lisa Loy entraba al último acto y, como nunca, no veía la hora de terminar; era una sensación nueva porque jamás le pasaba. Ella disfrutaba de punta a punta brindarse para el espectáculo y entregarse a su público, pero, al desconocer qué había pasado con Nikolai, se había sentido destemplada toda la noche. Se suponía que él permanecería en primera fila; no obstante, desde que había salido a escena no lo vio ni una vez. Le preguntó a Margarita, su asistente de producción; ella tampoco lo había cruzado.

El saludo de Melisa a su público fue corto a pesar de ser viernes. Con rapidez inusual, en su camarín se quitó la ropa y el maquillaje.

Margarita, que ya no usaba rodete, pero sí los mismos lentes gruesos, entró y le avisó:

—Señorita Loy, dice el señor Martínez Romanov que la espera en el coche que está en la puerta.

El alma le volvió al cuerpo. ¿En dónde había estado Nikolai? Eso no se hacía; ella se había preocupado. Más vale que tuviera una buena razón. Además, esa noche ella quería hablar sobre Rosa, la chica que —se suponía— lo aguardaba en Francia.

Media hora después, ambos viajaban dentro del automóvil en silencio absoluto. Él no daba explicaciones; ella no se las pedía. Nikolai no sabía por dónde empezar, ni si debía contarle de la pelea que había protagonizado en el teatro. No estaba seguro de cómo lo tomaría ella. Era evidente que ningún conocido lo había visto, si no ella ya lo sabría. Agradecía que el incidente hubiera sucedido en la penumbra.

Recién cuando llegaron al departamento de Melisa, ella rompió el mutismo mientras se tiraba en el sillón de la sala y exhalaba un suspiro de agotamiento:

—Te fuiste… No te quedaste a la función.

—Sí, tuve una emergencia —respondió escueto. Aún no se decidía por hablar.

—Podrías haberme dejado dicho con Margarita que te ibas; ella, entre acto y acto, me hubiera avisado.

—No me di cuenta —dijo sentándose en un silloncito cerca de Melisa.

—Me preocupé toda la noche por ti. Me pasé la función mirando los pasillos para ver si aparecías.

—Es que me sentí mal —dijo Nikolai tocándose nervioso el cabello; esto se estaba poniendo feo; debería contarle lo sucedido y, tal vez, hasta explicarle lo que sentía respecto al teatro.

—¿Por qué? ¿Qué te pasó?

Ya no tenía escapatoria; debía hablar.

—La verdad es que un grupo de muchachos… Unos muchachotes que estaban sentados en la fila de atrás hablaron pavadas… Tú me entiendes…

—No.

—Hablaban de que les gustabas, decían groserías…

—Uf, me imagino. Lo siento —dijo consternada.

—Fue realmente feo, pero se puso peor cuando me di vuelta, agarré de la ropa a uno, otro me pegó y yo me defendí y le di un golpe… —trató de decirlo de la mejor manera.

—¿Todo eso sucedió dentro del Maipo? ¿Cuándo pasó?

—Fue antes de que subieras a escena. Como no quise que la riña siguiera, me fui a la calle.

—¡Nikolai, no puedes trompearte con un espectador! ¡Y nada menos que adentro del teatro!

—Lo sé, lo sé, pero fue inevitable. En la puerta me ofrecieron tus fotos, esas en las que sales con el vestido corto… Te vi posando y me sentí mal. No me gustó nada de lo que pasó. —Hizo silencio. Luego retomó con su sinceridad de siempre—: A veces, el teatro me da rabia.

—¿Qué dices?

—Lo que escuchas… que el teatro te secuestra, que allí todos te miran, te desean, tienen tus fotos mostrando las piernas, y yo me quedo como un boludo.

—¿Un qué…? —preguntó Melisa. Algunos términos del lunfardo

aún no los manejaba.

—Un idiota.

—El teatro es mi vida y tienes que aprender a compartirme con él.

—Y si te dijera que no te quiero compartir, que te quiero para mí solo.

—Te diría que se trata de un trabajo, y que no tienes ningún derecho a pedirme nada; sobre todo, cuando todavía no has escrito ni una carta a esa tal Rosa que te espera en Europa, ni siquiera les has contado a tu madre y hermanas que ya no la quieres y que estás conmigo —sintetizó lo que le molestaba desde que había hablado con Arlette. También tenía sus descontentos; y si él formulaba reclamos; ella, igual.

—¡Ridículo…! Rosa no existe en nuestras vidas. El teatro, sí, y cada día te pide más horas y se lleva tu energía. Siempre está interponiéndose entre nosotros.

—No es verdad, yo te doy todo. Nada se interpone entre nosotros, salvo esa mujer que te espera, que es de carne y hueso y que no sé por qué no le has escrito. Tal vez sea que no quieres que ella piense que todo acabó entre ustedes.

—Deja de decir pavadas… Si eso es lo que quieres, ¡le escribo ya mismo! —se crispó y, raudo, caminó hacia la cómoda, abrió un cajón del que sacó papel y tinta. Sereno, se sentó en la mesa y planteó—: Escribo la carta y misión cumplida. Pero ¿qué harás tú con las funciones?

—Sabes que es mi trabajo… Es diferente… —protestó con los ojos llorosos.

Él no respondió y comenzó a escribir con pulso firme, enojado.

Llevaba un rato redactando cuando ella le comunicó:

—Estoy muy cansada. La función y los nervios que pasé preocupada por ti fueron demasiado para un solo día. —Giró contra el respaldo del sofá y débilmente alcanzó a decir—: ¿Vienes? —En otras oportunidades se tendían allí y se quedaban abrazados.

—No. Tengo que escribir la carta para Rosa —dijo Nikolai y se aplicó enojoso a la tarea por casi dos horas.

Transcurrido ese tiempo, él tenía listas tres cartas para ensobrar y despachar por correo. Una, para Rosa, explicándole que no podía seguir adelante con la relación porque se había enamorado de otra

persona. Fue extremadamente claro para que entendiera que no había posibilidades y que no hubiera malos entendidos creyendo que la relación seguía. Otra, para don Quiroga, el padre de la muchacha, pidiéndole disculpas por la ruptura y manifestándole que su hija era joven y hermosa y que no tardaría en encontrar otro buen candidato. Se encargó de aclararle que los negocios no tenían nada que ver con la relación, por lo que esperaba seguir teniéndolo como socio. Por último, una para su madre, en donde le explicaba con palabras sencillas que se había enamorado de la hija de Manuel Loyola, Melisa, quien estaba viviendo en Buenos Aires. Por supuesto, no le aclaró que era Lisa Loy; hubiera sido demasiado para Irina y hasta tal vez hubiera querido viajar a la Argentina.

Terminada la tarea, pensó que se iría a dormir a su casa, que no se quedaría, pues seguía molesto con Melisa. Acababan de mantener su primera discusión. Volvería al día siguiente para leerle las cartas antes de enviarlas. De ese modo, no le quedaría ninguna duda de que había realizado lo que ella le exigió.

Se hallaba cansado. Escribir el contenido de las misivas no había sido fácil, pero se sentía satisfecho por la tarea cumplida. Desde su asiento, miró a Melisa por primera vez en horas; estaba completamente dormida. Era evidente que había vuelto extenuada, ni siquiera había comido y ya dormía el sueño de la noche. Por la posición encogida se notaba que tenía frío. Nikolai fue hasta el cuarto, trajo el cubrecama y la tapó. No pudo evitar enternecerse. Ella lo sintió:

—No te vayas, amor… —le dijo adormecida con los ojos cerrados.

Él lo dudó por unos instantes.

Ella abrió los ojos y le sonrió.

Nikolai ya no pudo resistirse y, sacándose los zapatos, se metió bajo la manta con ella. Las manos grandes acariciaron el cuerpo de mujer, que le respondió de inmediato. ¿A quién quería engañar? Él no podía vivir sin ella; ni ella sin él.

Ellos se besaban mientras las tres cartas quedaron sobre la mesa esperando cruzar el mar. Igual que la que acababa de escribir Amina en el Viejo Continente para su hija.

Manuel le había pedido a su esposa que le escribiera a Melisa con el fin de advertirle lo que estaba pasando. Su enfermedad era

demasiado importante y no era justo mantenerla desinformada. Loyola la ultimó diciéndole que si ella no le escribía, lo haría él. Le daba la libertad y la posibilidad de que se lo contara como quisiera, de la forma que creyera mejor.

—Tienes una semana —la exhortó.

Finalmente, ese viernes en que se le vencía el plazo, Amina se sentó a escribir. Al hacerlo, comprendió que era real el adagio: «No hay nada más infame para una madre que preocupar a un hijo». Y peor si lo hacía contando algo malo relacionado con ella. Había elegido las palabras con cuidado, pero allí estaban, lastimando al que las leyera, como le pasaba a Manuel, que ahora, sentado en la cocina y aprovechando que su mujer se bañaba, leía la carta mientras tomaba el té moruno que Amina le había dejado listo en una taza.

Tenía el papel en sus manos casi con miedo. No era fácil leer lo que decía, como tampoco lo sería para su hija cuando le llegara la misiva.

Capítulo 30

¿Qué pena te embarga, por qué ya no ríes,
con ese derroche de plata y cristal?

Tango «De todo te olvidas»,
ENRIQUE CADÍCAMO

Melisa esa mañana se levantó tarde y relajada. Era el primer día en mucho tiempo que se despertaba en su departamento. Tras la pelea en la que Nikolai le recriminó su actividad artística y ella lo obligó a escribir la carta para Rosa, pasaron dos semanas en la casa de Nikolai. Deseosa de poner paños fríos, ella se había dispuesto a consentirlo quedándose en la residencia de Retiro; sabía que él lo prefería.

A las siete, Nikolai partió temprano para trabajar. Con Erik visitaría los campos; querían comprobar cómo engordaban los animales.

En su departamento, en pantuflas y camisón, Melisa se sirvió café y se dispuso a mirar los varios sobres de correspondencia que el portero le había dejado bajo la puerta. En cuanto vio la caligrafía prolija y chiquita de su madre, no tuvo dudas: sonriendo, eligió su carta. Con impaciencia, rasgó el sobre. Como siempre, las frases cariñosas fulguraron ante su vista:

> Querida hijita mía:
>
> ¿Cómo estás? ¿Cómo va todo en Argentina? Respecto a Nikolai Martínez Romanov, ¿sigue la relación? Cuéntame más cosas de él, que es lo que más me interesa. Te noté muy entusiasmada en las dos últimas cartas y eso es bueno, pero hace mucho que no me escribes.
>
> Preciosa mía, espero que tu éxito en el teatro continúe como siempre. Te repito lo que te dije en la última carta: te amo, y soy feliz de que estés feliz allá, porque tú estás feliz. Aunque aquí te extrañemos, si estás haciendo lo que quieres, todo está bien. Ya sabes que he aprendido a aceptar muchas cosas en los últimos años, pero se ve que Alá quiere que siga aprendiendo y que acepte otras, porque tengo algo que contarte.
>
> Hijita hermosa, cuánto desearía poder enviarte mejores noticias que las que te relataré; sin embargo, así es la vida y muchas veces no

nos da otra opción. Yo no quería preocuparte pero papá insistió. Y ya sabes cómo es él cuando se le mete algo en la cabeza. Hace unos meses que venía con sangrados y síntomas extraños, así que al fin decidí consultar al doctor Benoit —que tú conoces— y solicitó que me realizara una serie de estudios, los que no dieron bien. Preocupado, el hombre me indicó un tratamiento que empezaremos ya mismo, aunque, con paciencia, deberemos aguardar el resultado. De todos modos, hija, quiero que sepas que lo hacemos con mucha esperanza y que me siento bien. Te lo cuento para que estés al tanto y no para que te alteres. Aquí todo está bajo control, estoy en manos de buenos médicos y de Alá, quien siempre tiene la última palabra. Bueno, preciosa…, otra vez te digo que te amo y que un día de estos nos tomaremos un té juntas.

Tu mami, que cada día piensa y pide por ti.

AMINA ALBERAHIM DE LOYOLA

Siempre terminaba las cartas con la frase del té. Era una manera de sentir que no estaban tan lejos y en cualquier momento la vida las reuniría y que ellas podrían compartir esa taza soñada.

Cuando leía las cartas de su madre, Melisa solía sonreír al conocer ciertos avatares; pero esta vez no solo no sonrió, sino que no llegó a leerla, porque el papel quedó en suspenso sobre la falda de su camisón mientras las lágrimas caían por sus mejillas. Se había marchado de París, el trabajo la había retenido en Buenos Aires y ahora su mami se enfermaba; no podía ser. Su prolongada ausencia, quizá, había correspondido con días difíciles de su madre y ella no había estado allí para acompañarla; y lo peor: ¡quién podría saber qué rumbo tomaría su salud! Esta idea la golpeó con dureza. Recordó los apacibles *hammams* compartidos, las enseñanzas que le daba sobre las cosas pequeñas e importantes de la vida, sus cariños antes de irse a dormir. Fue imposible no reparar en los renunciamientos que hizo para educarla en un mundo de libertades, las novedades que había aceptado, aun con dolor, porque según su educación eran peligrosas. La imagen de su rostro delicado y sus cabellos oscuros, en los que habían aparecido algunas canas en esos agitados días de la partida, le vino clara a la mente. Y la extrañó tanto, que sintió cómo le dolía el corazón. Cada día que pasaba en Buenos Aires era un día sin Amina, sin Manuel. Una terrible pregunta se instaló en su interior: «¿Y si mi madre está viviendo los últimos meses y yo me los pierdo?». Eso no se lo perdonaría nunca. «Debo viajar a Europa para verla». Y, a continuación, la parte

práctica del asunto: «¿Estará en manos de buenos médicos?». Le parecía que Benoit era bastante elemental. «¿Se sentirá dolorida?». Ella le relató que estaba bien, pero, conociéndola, jamás le diría lo contrario. «¿En qué consistían esos tratamientos? ¿Era cáncer?». Ante esta pregunta se sintió desfallecer, y una certeza vino a su mente: «Debo viajar para ayudar».

Y también la acometió el pensamiento acerca de cómo estaría su padre, quien había espaciado sus cartas. Enamorada como estaba y viviendo la locura que era ese amor que tenían con Nikolai, recién se daba cuenta. Su padre estaría sufriendo horrores; amaba a Amina con todo el corazón; él vivía por ella y para ella. «Debo viajar para apoyarlos». Todas las reflexiones la llevaban a un mismo lugar: «Debo viajar». Deseó que fuera la noche para poder contarle a Nikolai lo que acababa de enterarse. Lo necesitó con urgencia, quería que la abrazara, que le dijera que todo estaría bien, que la acompañaría en el viaje. Ojalá lo hiciera, quería que Nikolai estuviera ya mismo con ella. Su llanto fue doble: lloraba por sus padres y porque Martínez Romanov le hacía falta en ese difícil momento.

En el campo, con cientos de vacas a su alrededor, esa mañana soleada y calurosa, mientras notaba cómo le corría el sudor, Erik miró a su hermano. Nikolai había detenido la marcha y se había sentado en el pasto, junto a un alambrado. El mechón largo y claro le caía sobre la frente, y tenía gotitas de sudor en las sienes.

—¿Estás bien?

—Sí, solo que me preocupé —respondió Nikolai.

—¿De qué?

—Por Melisa.

—Pero estaba bien cuando viniste.

—Sí, es que sentí un deseo entrañable de estar con ella. Como si me necesitara.

—No seas loco. Solo eres un hombre enamorado —dijo palmeándolo.

Erik se daba cuenta de cómo había cambiado su hermano durante los últimos meses. Siempre había sido bastante mujeriego, pero ahora no miraba ni frecuentaba a ninguna otra mujer que no fuera Lisa Loy. Por un lado, eso era bueno porque esa chica lo asentaba; pero, por otro, peligroso, porque era francesa y, para

peor, una artista que realmente lo tenía en sus manos. «Si le pide que se tire a un precipicio —Erik estaba seguro y preocupado—, Nikolai se lanzará al vacío». Lo que le pidiera, él lo haría.

El menor de los Romanov se tomó unos minutos. Luego, se puso de pie y continuó la marcha. Pero permanecería con esa extraña sensación durante el resto del día.

Esa noche, cuando Nikolai volvió del campo, y después de bañarse y cambiarse, fue por Melisa para llevarla al teatro. Ella le abrió la puerta y lo recibió llorando. Él, al escuchar el relato, recordó su sentimiento de la mañana y concluyó que había cosas sorprendentes que no tenían explicación, pero allí estaban: mostrando que las personas que se amaban —sean pareja, padres e hijos o, simplemente, amigos— estaban más unidas de lo que creían; solo era cuestión de prestar atención a los mensajes interiores que recibíamos. No le pasaría otra vez; la próxima lo atendería.

Esa noche, Nikolai la consoló. Él, que sabía lo que era sentir el vértigo de la muerte rondando cerca de los que uno amaba, le daba ánimos. Pero para Melisa resultaban insuficientes; su dolor era demasiado grande y solo la reconfortaba la idea de viajar. Al día siguiente hablaría con Raúl Flores y le pediría el tiempo y el permiso para hacerlo. Nikolai la acompañaría; ya estaba acordado; porque en cuanto le contó su deseo, se puso a su disposición. El viaje no le venía mal; si no lo hacía ahora, tendría que embarcarse en un par de meses porque tarde o temprano debería controlar de cerca el proyecto de los teatros. Si él permanecía en Buenos Aires, extendiendo el apoyo a su hermano por más tiempo y hasta inventando operaciones, era porque había empezado una relación con Melisa. Los negocios en Argentina bien podrían quedar completamente en manos de Erik.

Al día siguiente, muy temprano, Nikolai se presentó en la casa de su hermano para contarle las noticias.

Erik lo escuchó con atención y muy serio; la idea no le gustaba. «Siempre lo mismo con Nikolai: empieza los proyectos y luego me endosa la responsabilidad», caviló. El corazón de su hermano una vez más estaba en París, y no en Argentina.

Nikolai hablaba de forma convincente, gesticulando y con ímpetu, pero a él no lo persuadía —ya no— por más buenas que

fueran sus explicaciones.

—De todas maneras, Erik, en algún momento tengo que volver a Francia para continuar con el proyecto de la construcción de los teatros —comentó Nikolai.

—¿No pueden aplazar el viaje? Estamos en los albores de este gran negocio que hemos cerrado con los ingleses. Hay tanto por hacer y por decidir…

—Es imposible, parece que la madre de Melisa está enferma.

—Al final, tendré que enfermarme para que me prestes atención —dijo irritado sin tener en cuenta que no era prudente tentar a la Providencia diciendo cosas como esas.

—No digas pavadas, Erik.

—Es que me dejas la responsabilidad de este gran envío sobre mi espalda.

—Tú eres capaz de gestionarlo solo, estoy seguro. Tienes que encargarte de los animales; luego, pon la mira en el embarque, que es lo fundamental. Respecto a cómo administrar el dinero de la hipoteca, bueno, ya está estipulado en las planillas que hemos confeccionado juntos. Queda poco tiempo.

—Decirlo es fácil, pero no me causa ninguna gracia. Hemos tomado un riesgo altísimo y, como siempre, me dejas a mí con el fardo.

—Yo no me voy de vacaciones a París, voy a trabajar. Y no te olvides de que lo que gano allá, viene a engrosar las arcas de los dos.

—¡No entiendes que no hablo de dinero! Yo jamás me hubiera metido en este envío faraónico con los ingleses si no hubieras estado conmigo.

Nikolai no respondió porque se escucharon pasos; era Azucena, quien se hallaba instalada en la casa, y les traía café, conforme le había pedido Erik. Había oído la conversación y tampoco le gustaba que su cuñado se fuera porque sería ella la que tendría que soportar la pesadumbre y la preocupación de su marido. Claro que no le diría nada a Nikolai, sino que lo hablaría en privado con Erik. Creía que su esposo debía mostrarse firme e impedir que el hermano emprendiera el viaje.

—Aquí tienen el café… —dijo dejando la bandeja sobre la mesa de la sala.

Los dos le agradecieron. Antes de retirarse, y desde la puerta, pidió:

—Nikolai, envíale mis saludos a tu novia francesa.

—Sí, claro —respondió él. Aunque sabía bien que los franceses no eran del agrado de Azucena. Ni siquiera aceptó las invitaciones que le habían regalado para que fuera al teatro a ver la obra de Melisa.

Pero en la casa de Erik las formas eran guardadas y los miembros de la familia se trataban como si las relaciones fluyeran a la perfección y no hubiese nada por reclamar a nadie. El mismísimo Erik había instaurado esta modalidad. La paz, a cualquier precio. Primero, el deber; después, el placer. Y otras reglas semejantes gobernaban su hogar y hasta su vida. Cumplir y cumplir, era su lema. A veces, entre tantas reglas y cuidados, sentía que se asfixiaba y que explotaría. Pero, al fin, nunca lo hacía.

—¿Te quedas a comer? —preguntó Erik.

—No puedo, tengo trámites que hacer —respondió Nikolai.

Los hermanos charlaron un rato más sobre el negocio con los ingleses; Nikolai dio algunas precisiones y luego se marchó. Le había prometido a Melisa que se encargaría de comprar los pasajes a Francia; quería realizar el viaje en el barco más lujoso, el que estaba de moda entre la clase alta para cruzar de América a Europa. También le compraría una joya especial para entregársela durante la travesía. Si bien no sería el momento más feliz, no perdía las esperanzas de hablar seriamente con Melisa sobre un futuro; tal vez, incluso, hasta proponerle matrimonio. Si Melisa dejaría el teatro por un par de meses, bien podía dejarlo para siempre, meditaba ilusionado. Porque al fin y al cabo, si no retornaban a la Argentina, solo estarían incumpliendo un contrato, problema que se solucionaba pagando la multa establecida en una de las cláusulas que preveía este caso. Es decir, se remediaba con una simple suma de dinero, un bien que a él no le faltaba, pensaba sin tener en cuenta que las vocaciones vienen grabadas en el alma y que nunca se borran. Pueden dormirse, tomarse vacaciones, aplacarse por un tiempo, pero perderse… ¡jamás!

Esa semana Melisa vivió los peores días desde su arribo a la Argentina. Fueron tan nefastos, que necesitó hacer uso de casi todos los tés que Amina le proveyó el día que dejó París. La mañana que

llegó la carta, tomó una taza del té que su madre le había dado diciéndole que era de una planta que únicamente crecía en Marruecos. «Tú sabrás cuándo beberlo», le recomendó. «Empléalo cuando desees mucho algo o cuando percibas que se te acaban las fuerzas para luchar, cuando una situación no tenga sentido, respuesta o solución». Ese día, lo bebió con tanta esperanza, que se sintió mejor al primer trago.

También en esa semana se engripó y tuvo que recurrir al té de los catarros; luego, tomó la tisana para el dolor de cabeza porque durante dos noches consecutivas hizo sus funciones con jaqueca; por último, se preparó el de hierba hipérica y vid roja —recomendado para paliar la tristeza— porque no podía quitarse el agobio que la embargaba. Y el de valeriana y lúpulo —que relajaba—, porque le costaba dormir. Sintió que los males la atacaban; como si la acumulación de bienestar que la había protegido desde su llegada, se hubiera esfumado para dar paso a una confabulación mortificante.

Nikolai estuvo presente en cada instante de desasosiego y a Melisa le provocó ternura ver cómo él también bebía los tés junto a ella, sin siquiera preguntar mucho para qué eran. Si a su mujer le hacían bien, a él también le harían bien. «Para ciertas cosas —meditó Melisa—, los hombres son como niños».

En el único momento en que Melisa se olvidaba de su tristeza y de la ansiedad por viajar era cuando con Nikolai hacían el amor, y entraban en ese mundo cálido y hasta por momentos lujurioso donde los pesares se diluían, donde las preocupaciones y las culpas por estar lejos quedaban afuera. El mundo real desaparecía y solo existían sus cuerpos dándose placer, alcanzando cimas que jamás hubieran pensado que existían, explorando éxtasis y desenfrenos porque en los últimos tiempos habían aprendido a conocerse el uno al otro, a pertenecerse. Parecía que, cuantos mayores eran los problemas, más lujuria tenían en el sexo, buscando olvidarlos. Las dificultades les permitían valorar más el tesoro que significaba amarse en la forma en que lo hacían, incluida la del sexo.

Capítulo 31

Mientras la luna serena
baña con su luz de plata,
como un sollozo de pena,
se oye cantar su canción.

Tango «Duelo criollo»,
LITO BAYARDO

Cuando al fin llegó la semana de receso en la que planeaba descansar, dormir y reponer fuerzas, Melisa se hallaba subiendo al lujoso barco *Sun & Waves* junto a Nikolai. Con Raúl Flores acordó que la esperaría los tres o cuatro meses que necesitaría para acompañar a su madre y que, tras su regreso, completaría el semestre estipulado por contrato. Luego evaluarían la renovación del vínculo para comenzar los ensayos de una nueva obra.

Con las valijas listas en la puerta de su casa, Nikolai se hallaba feliz. ¡Quién sabía si regresarían! Y si lo hacían, ¿cuándo sería? Porque… tal vez… tal vez… ella dejara para siempre el teatro. Era su anhelo secreto, tan íntimo que no se atrevió a contárselo a nadie. Creía en la posibilidad de que cuando Melisa se reencontrara con sus padres y se instalara en su tierra… ¡ya no querría regresar a Buenos Aires!

Pese a las razones que desencadenaron el viaje, ella también estaba contenta; volvía a su tierra y vería a sus padres, abrazaría a Amina. Creía en el poder del amor. Con sus abrazos —pensaba—, su madre se sanaría de toda dolencia.

La tarde soleada en que partían, en la cubierta de la nave, se abrazó fuerte a Nikolai y, apoyando la cabeza en su pecho, vio cómo se alejaban de la costa argentina. Y entonces no pudo contener el llanto; lloraba porque en Buenos Aires había alcanzado el éxito soñado y conocido el amor. Poco a poco, esa ciudad y esa tierra empezaban —también— a ser las suyas.

Los días que ellos pasarían en ese barco, a pesar de todo, serían felices. Hacía años que Melisa no descansaba de esa forma. Por las

mañanas, se levantaba sabiendo que a la noche no tenía que trabajar, teniendo el aliciente de que en poco tiempo estaría en París. En ese lugar maravilloso que era el buque, además, compartía los días con un Nikolai completamente relajado, sin obligaciones de trabajo, que vivía solo para mimarla y consentirla. Un fuerte optimismo que nacía del descanso se apoderaba de ella. Amina sanaría —estaba segura—; no podía ser tan grave la afección. «Alá, Dios y la vida no permitirán que nada malo suceda», se decía a sí misma echando mano a todas sus creencias.

Nikolai había tomado un camarote en *suite* con decoración Luis XV que quedaba en la parte alta de la nave —solo había dos de esa naturaleza—, provisto con un amplio balcón privado con camastros para tenderse y disfrutar del sol y la brisa marina. El interior del cuarto estaba revestido con alfombras, cubrecamas y empapelados floreados haciendo juego, junto a un tocador de espejo muy grande, más una salita con sillones y cortinados de terciopelo color verde seco.

Cada mañana desayunaban en la habitación lo que un mozo les alcanzaba e, inmediatamente, salían al balcón para tenderse en los camastros y disfrutar de la vista del agua; más tarde, almorzaban algo liviano e iban a la piscina cubierta; luego, dormían una siesta corta, jugaban al tenis o leían; y por la noche, cenaban en el gran comedor la comida elaborada por un *chef* de renombre mientras, de fondo, una orquesta amenizaba la velada. En un par de oportunidades, después de cenar, bajaron al salón de espectáculos para contemplar los números artísticos, los cuales —según el ojo especializado de Melisa— eran de primerísima calidad.

Compartir con Nikolai una rutina descansada, a ella le permitía ver la vida de otra manera; sentía que, yendo a París, el problema de su madre comenzaba a solucionarse. Así se sentía esa noche en que después de cenar fueron a la cubierta, donde una orquesta interpretaba música suave para que los pasajeros bailaran bajo la cálida brisa y con las estrellas como techo. Apoyados contra la baranda, ambos disfrutaban de las melodías y el momento de placidez.

—Cuando lleguemos a París, quiero que vayamos a muchos lugares bonitos… Mis padres, tú y yo… Me gustaría cenar en Bouillon Chartier. ¿Lo conoces?

—No —dijo Nikolai.

—Claro, porque prepara caldos y comidas pop… que, como argentino, no conoces.

—No te pases de lista conmigo… —dijo con tono socarrón.

Melisa lanzó una carcajada y siguió hablando. Era fácil soñar en una noche preciosa como esa.

—Los cuatro comeremos los *briwats* de mi madre sentados en el salón mientras bebemos té moruno.

—Me atrae la idea.

—También iremos al taller de mi padre para que veas cómo trabaja. Y, claro, conocerás a Margot. Ella te encantará, es muy buena persona, muy sacrificada.

Nikolai pensó: «La chica del puesto… ¿Será la de Erik?». Quiso averiguarlo.

—Cuéntame un poco de Margot. Me dijiste que atendía el puesto de flores de la *rue* Copérnico.

—Sí… —aseveró Melisa.

—¿Es rubia? —interrumpió Nikolai.

—Sí, tiene el cabello muy claro.

«Tiene que ser ella», pensó Nikolai.

—¿Por qué me preguntas ese detalle?

—¿Sabes…? Mi hermano tuvo un romance con la chica rubia que atendía el puesto de flores de esa esquina.

—¡No te puedo creer…! ¡Es Margot!

—Sí, pero algo pasó y terminaron mal.

—¿Tu hermano no será el padre de Amèliè, no?

—¿Qué…? ¿Margot tiene una hija?

—Sí, ella quedó embarazada de ese novio que la dejó. Nosotros siempre sospechamos que ese hombre era un argentino.

—Ay, Melisa, creo que estamos fabulando. No puede ser que mi hermano haya tenido un hijo con esa mujer y que no lo sepa. Es… ¡imposible!

La mente de Melisa sacaba la cuenta de los años:

—Amèliè ya cumplió… —dudó— trece años.

—Pues la época concuerda perfectamente. El romance de Erik fue justo antes de que regresáramos a Argentina por la inminencia de la guerra. Al poco tiempo, además, prácticamente lo obligaron a casarse con Azucena —dijo Nikolai mientras maquinaba: era la

chica que vendía flores, tenía el cabello rubio, los años coincidían. Tenía que ser. No lo podía creer: Erik tenía una hija de nombre Amèliè que ahora era una jovencita. Estaba seguro de que no lo sabía.

Conociendo qué clase de hombre responsable era su hermano, jamás hubiera abandonado a una mujer en ese estado. Aunque no la hubiera querido, y no se hubiera casado, él se habría hecho cargo de esa hija, y le estaría pasando dinero. Cuando lo volviera a ver —quién sabría cuándo—, se lo contaría.

—¿Lo obligaron a casarse? —preguntó Melisa sin dar crédito. Su crianza había sido muy diferente.

—Algo así. Cuando mi padre murió, él se quedó a cargo de la familia. La boda la apuraron los padres de Azucena, que por ese entonces fueron nuestro sostén; y también mi madre, que estaba agradecida con ellos. Yo era solo un muchacho.

—Tienes que contarle a Erik lo de Amèliè —propuso Melisa, a quien la historia de Erik y Margot comenzaba a darle pena.

—Sí, pero no por carta, no creo que sea prudente.

—Tienes razón —reconoció Melisa.

—Y tú, ¿hablarás con ella? —preguntó Nikolai.

—No sé bien de qué. A estas alturas, ella ya debe saber que estoy con un Martínez Romanov. Si realmente Erik es el padre de su hija, ahora que sabe que tú y yo tenemos una relación, tal vez sea ella quien me pregunte.

«¿Una relación?», pensó Nikolai. Ellos tenían algo más grande que eso; ellos tenían un gran amor, un tesoro único, un sol que los cobijaba en los días malos, un aire fresco para cuando arreciaba la vida. La amaba con toda el alma, la quería con él para toda la vida. Sopesar la existencia plagada de desencuentros de su hermano lo hacía valorar más lo que ellos poseían. La suave música de la orquesta sonaba dándole fondo a sus profundos sentimientos.

—¿Quieres bailar conmigo? —le propuso.

—Sí, quiero —dijo ella mirándolo a los ojos.

Y así, abrazados, pegados el uno al otro, sintiéndose enteros en cuerpo y alma, se quedaron prendados en ese momento único, bailando enamorados, meditando en cuántos hilos invisibles tenía la vida. Porque la revelación que involucraba a Erik y a Margot, la chica que trabajaba con Manuel Loyola, y que ambos hubieran

concebido a una niña, ¿constituía una casualidad? ¿O las casualidades no existían y estaban frente a una causalidad? El amor era un milagro, un prodigio, una maravilla, magia pura… Porque sentía a Melisa en sus brazos y moría y mataba por ella. La quería completamente para él, desde la punta de los pies, hasta el último de los cabellos —incluidos sus pensamientos—; quería poseerla de todas las maneras posibles, pero también dejarla libre para comprobar que ella volvía a su regazo por su propia decisión. Resolvió abandonar las reflexiones más profundas y dedicarse solo a imaginar cuáles eran «todas las maneras posibles de poseerla». La cercanía y la noche cálida lo invitaban a eso.

Tres canciones bailadas muy apretados y la respiración entrecortada de Nikolai le decía a Melisa que él quería lo mismo que ella.

—Vamos… —Ella.

—¿A dónde? —Él.

—Al cuarto. —Ella.

—Sí, vamos… —dijo él soltándola con esfuerzo.

En pocos minutos, en su camarote se sacaban la ropa con premura, con violencia, a los tirones. Ella, totalmente desnuda, abrió la puertaventana y salió al balcón. Allí, bajo la sola luz de la luna, se tendió sobre el camastro donde tomaban sol por la mañana, y le dijo:

—Ven aquí, chico mío…

Él, que observó a Melisa con la claridad de la luna, la encontró tan bella, tan suya y dispuesta, que, sediento, fue tras su botín, ese que le pertenecía porque su corazón le daba la certeza. Nikolai, vestido solo con la camisa blanca abierta, fue a su encuentro y sintió cómo la brisa le pegaba en el rostro. Respiró profundo el aire de la noche y se tendió a su lado, enredándose entre sus piernas, mientras la besaba en la boca.

Sándalo, durazno, arándanos.

Manos, profundidades, fluidos, piel.

El diestro toque de los dedos de Nikolai hacía lo suyo mientras su boca le besaba el cuello. Pero Melisa quería más y él deseaba dárselo. Ella abrió sus piernas y su boca de hombre descendió desde el cuello hasta su ombligo, hasta el vientre… dulce… hasta el centro, hasta el centro de su centro… Hasta arrancar un gemido de

mujer que como nota musical se perdió entre el ruido del mar. Hasta lograr la melodía completa. Hasta acabar. Hasta volver a empezar. Porque esta vez era la boca de Melisa la que saciaba, la que iba por más, la que recorría las sinuosidades, e iba y venía como las olas del mar. Un grito de hombre conmovido se escuchó en el balcón y luego el silencio fue total hasta la madrugada, porque esa noche ellos durmieron bajo las estrellas, abrazados.

Recién con las primeras claridades de la mañana, los dos, muertos de frío, entraron al cuarto. Ella estornudaba, él la ayudó a meterse en la cama y la arropó. ¡Dios mío, cuánto se puede querer! ¡Cuánto la quería! Se tendió a su lado y, acariciándole el pelo, se dedicó a mirar por la ventana cómo se hacía de día, pensando que amaba a esta mujer con locura. Por ella estaba dispuesto a todo.

A través del vidrio veía un trozo de cielo y otro de mar. A su lado, Melisa no se movía, pero la sabía despierta. Era un momento único, se acordaba de lo que habían hecho durante la noche, pensaba en la fuerza del sentimiento que lo embargaba. Por un lado, quería detener el tiempo, quedarse allí para siempre; pero por otro, su interior impetuoso le requería vivir, vivir y vivir, lo que incluía desde emprender cientos de negocios hasta una existencia pacífica junto a Melisa. La vida empujaba, era feliz, no le tenía miedo a nada —ni siquiera a la muerte—; se sentía invencible, dispuesto a ir hasta las últimas consecuencias en todo. Su juventud y su propio carácter lo volvían temerario. Si esa mañana lo hubieran sentado en una mesa de inversiones, hubiera puesto en juego su cabeza y hasta su vida entera. Nada podía salir mal. Su boca habló por él:

—Meli, amor —le dijo muy despacio como si tuviera miedo a quebrar el hechizo del momento.

—¿Hum? —contestó ella en el mismo tono.

—Te amo.

—Y yo te amo a ti —dijo ella quedamente.

—Pero yo te quiero para siempre.

—Yo, también, Nikolai.

—No me importa lo que pase… no me interesa nada de nada.

—A mí, tampoco.

—Cásate conmigo.

—Bueno.

Él se inclinó sobre ella buscando mirarle los ojos. Y en el marrón de sus pupilas encontró lo que buscaba. Melisa lo amaba de igual manera que él.

Por un instante, Nikolai pensó en darle la joya que le había comprado, pero desechó la idea. Así, como estaban, era perfecto. Una sensación desconocida lo inundó por primera vez en su vida: lo material no era importante; no necesitaba de nada más para ser feliz. Se sintió eterno.

Se miraron durante un largo rato y luego se besaron pausado, sin tiempos, sin un fin determinado, sin planear a dónde iban. Simplemente, eran felices.

Y el yin y el yang otra vez… Todo lo existente en el universo tenía dos extremos; su complemento opuesto y necesario para poder existir. Mucho de algo siempre traía mucho de su contrario. Dos fuerzas opuestas luchando y necesitándose. Blanco, negro. Bondad, maldad. Mucha felicidad por un lado y la rueda se ponía en movimiento para compensar del otro. El yin y el yang. Una serie de sucesos concatenados se preparaban para inclinar la balanza en la vida de Nikolai, porque Melisa, con lo de su madre, ya había tenido su porción de infelicidad, pero ahora le tocaba a él. Ella ya había probado lo amargo y salía airosa de la prueba pasada en las últimas semanas, porque a pesar del dolor de la noticia de Amina, Melisa había aprendido a ser feliz con las pequeñas cosas: el sol de la mañana, la brisa del mar, la posibilidad de regresar a su país, el rostro amado de Nikolai; había aprendido a ser feliz con lo que el día a día presentaba, más allá de lo malo que le tocaba vivir, más allá de la nube negra que —sabía— pendía sobre su cabeza. Ella le decía «Sí» a la vida entera con lo que esta trajera. «Sí, sí y sí». «Sí», como el monosílabo perfecto. «Sí», como el título de un libro donde el yin y el yang conformaban un encastre perfecto. «Sí», como el título de una novela para disfrutar.

Erik, en Argentina, en la oficina de su casa, se movía apesadumbrado y al mismo tiempo ansioso. A pesar de su cansancio, algo lo empujaba a actuar. A él le tocaba hacer su parte para que se cumpliera el destino de su hermano pero, a la vez, también el suyo. Porque las acciones que realizaría esa mañana cambiarían la existencia de ambos.

En su oficina, colgó el teléfono. Acababa de acordar una cita con una nueva compañía naviera que le ofrecía mejores precios. Estaba casi seguro de que contrataría sus servicios; era lo que deseaba. Si Nikolai se había marchado y lo había dejado con la responsabilidad de tomar decisiones, él adoptaría las que —creía— serían las mejores. Su única preocupación radicaba en que trabajaban con una compañía aseguradora que no conocía. «No es un problema tan grave», se aplacó. Ya se encargaría de hacer las averiguaciones pertinentes.

Ahora tenía que atender problemas monetarios más urgentes. Esa mañana había llegado la carta mensual con el listado de gastos de su madre y hermanas, y una intimación del Banco Español de París porque ellas habían triplicado los consumos durante el tiempo que Nikolai estuvo fuera de Francia. Ni hablar de que su hermano mantenía un ritmo de gasto semejante, fuera aquí o allá. Lo mostraban los dos pasajes en el barco más caro del momento para hospedarse en la *suite* más costosa, una factura de la selecta joyería Escasany por una cifra millonaria y otras cosillas anotadas en las planillas.

Por primera vez, el dinero en efectivo no les alcanzaba. Consideraba que la economía de los Martínez Romanov se hallaba descontrolada; todo se estaba transformando en una locura. ¿A dónde irían a parar si no tomaban conciencia? Les pasaría lo mismo que a los Alvear y a los Lazcano. Erik pensaba que si su familia no se cuidaba, él lo haría por ella. Le pagaría al Banco Español, pero intentaría enviarles una carta para fijar una cifra tope de gastos con el propósito de que no gastaran por arriba de ese número. Además, usaría los buques de la compañía más barata; le parecía acertado. Los animales ya estaban listos para ser faenados. En esos buques despacharía toda su carne, más la que le habían comprado a otros productores para cumplir con el pedido de los ingleses. Creía haber invertido bien el dinero de la hipoteca de los campos.

Erik tomó papel y tinta, se arremangó la camisa para estar más cómodo, y se sentó frente a su escritorio para escribir. Había avanzado dos líneas cuando paró. Necesitaba pensar cómo subrayarle a su madre lo de la cifra tope… Y entonces la vio… allí estaba, una manchita sobre su muñeca derecha. Curioso y preocupado, se desprendió el botoncito de la manga celeste y se la

levantó para inspeccionarse. Y vio otra. Se quedó observándola fijamente. Eran muy parecidas a las que había tenido su padre cuando empezó con su enfermedad. «¡Mierda! Lo único que me falta». Decidió olvidarlas hasta que terminara sus obligaciones del día.

Así como Erik hacía su parte en la construcción del yin y el yang, también Eulalio Quiroga Paz, el padre de Rosa, realizaba la suya en la otra punta del mundo; más precisamente sentado en el comedor de su casa de París, desde donde tomaba decisiones. El opuesto a la felicidad en la vida de Nikolai se iba construyendo acción sobre acción, acto sobre acto de diferentes personas.

—¡Carajo! ¿Qué se cree este Martínez Romanov? ¿Que puede tratar así a nuestra hija? ¡Mira que hay que tener el tupé de dejarla por carta!

—¡Y diciéndole, encima, que es por otra mujer! —reforzó su esposa.

—¿No se da cuenta de que revuelca por el fango el nombre de toda la familia con lo que hace?

—¡Ay, Lalo, no sabes cómo ha llorado Rosa!

—Los Álvarez me comentaron que en Argentina se lo había visto en varios sitios públicos con una corista famosa. Yo lo defendí diciendo que era imposible. ¡Seguramente era esa misma mujer!

—Si viene a Francia, ¿hablarás con él?

—Por supuesto que no; ni siquiera le responderé la carta. Solo haré una cosa: esta misma tarde visitaré al notario para pedirle que venda mis acciones en el negocio que compartimos. ¡Que se las entregue a cualquiera que las pague bien! Así tendrá que lidiar con algún pelotudo que le haga la vida imposible.

—¡Eulalio Quiroga Paz…, no hables así en casa!

—Es que Martínez Romanov se pasó de los límites… Al menos, con nuestra familia.

—No te quedes de socio con ese hombre en nada.

—¡Claro que no! Nunca más compartiré una transacción con él. Además, le sacaré mi apoyo en otros «negocitos» —anticipó. Y con su última palabra, el yang se consolidó en un extremo, en contraposición al yin que Nikolai vivía feliz en medio del mar, a bordo del *Sun & Waves*.

Cuando Melisa y Nikolai arribaron al continente europeo, ambos se emocionaron. Pisar esa tierra distante provocaba siempre un sentimiento fuerte; acababan de recorrer más de diez mil kilómetros. Además, para Melisa involucraba volver a la tierra donde había crecido y reencontrarse con sus padres; en especial, ahora que sabía que su madre estaba enferma. Aunque desconocía cuál era la gravedad de la dolencia, rogó a Dios que no estuviera tan delicada.

Bajaron del barco sin imaginar que en los próximos meses se desenvolverían los acontecimientos más importantes de sus vidas, los que marcarían su existencia de una manera violenta e irrefrenable. La rueda del destino daba su vuelta y les tendía una emboscada. No obstante, la celada también les ofrecía una salida teñida de afectos entrañables. Solo habría que ver si ellos sabrían encontrarla.

Nikolai negociaba con los maleteros el transporte de los baúles que habían traído, mientras ella, a su alrededor, oía el idioma francés, que le sabía a música.

Estaban sumergidos en los menesteres del descenso cuando Melisa se sintió atravesada por una imagen que la tomó desprevenida y le hizo trizas sus emociones. Allí abajo, a solo unos metros, estaban parados muy juntos, pegados el uno al lado del otro, Amina y Manuel Loyola, quienes ya la habían descubierto y la miraban con los ojos llenos de lágrimas. Habían viajado hasta el puerto de Le Havre, que quedaba a varios kilómetros, para buscarlos personalmente.

—¡¡Mamá!! ¡¡Papá!! —les gritó con júbilo. Y mientras lo hacía, se desató en su garganta un llanto que duró desde ese momento hasta el largo rato que estuvieron abrazados cuando, al fin, se reencontraron.

Al lado de ese trío que se prodigaba cariño, Nikolai no sabía bien qué hacer. Manuel, percatándose de la incomodidad, enseguida lo tironeó del hombro y lo incorporó al abrazo.

Nikolai se sintió un tanto extraño, pero querido al mismo tiempo. Era como si de golpe y de un día para el otro, estos desconocidos se hubieran transformado en su familia. Aunque él no se olvidaba de que Irina, alertada de su viaje, también lo esperaba en la casa.

Cada familia educaba a sus hijos como mejor lo creía, cada padre transmitía sus genes aunque no quisiera, cada experiencia marcaba dejando miedos y cicatrices. Pero allí estaba el amor, liberando de todo eso, haciendo elecciones que ni a los genes ni a las experiencias se les hubiera ocurrido. Allí estaba el amor para dar libertad.

TERCERA PARTE

Nada es seguro, salvo el cambio. Es una constante que todo muta y que, a veces, lo que parece bueno termina siendo malo. Sin embargo, lo malo también puede terminar siendo bueno.

Cada acto que realizamos tiene un final abierto en la historia de nuestra vida. Porque si miramos con detenimiento un suceso —una desgracia, incluso—, descubriremos, quizá, el camino hacia algo mejor.

Existe la posibilidad de que ese incidente doloroso —con la incomodidad que conlleva—, ordene y ponga en su lugar el arte de pensar, el arte de amar, el arte de vivir.

V. RIVERO

Salvador Jesús Santo

—Salvador Jesús Santo, el director lo está esperando en su despacho, debe presentarse de inmediato —le dijo el guardia de la cárcel al preso que se hallaba sentado en el banco del patio, viendo el partido de fútbol que cada siesta jugaban los internados.

Salvador Santo nunca participaba, solo observaba; no era que le disgustara jugar, sino todo lo contrario, pero participar en un equipo significaba tener que hablar, comunicarse, y él no quería eso. No deseaba hablar con nadie, nunca más, de nada. A sus cuarenta años vivía en paz con su silencio y de su boca solo salían las palabras esenciales para poder comunicarse en la cárcel.

Salvador, ante la orden, se levantó con lentitud. Había aprendido a vivir sin urgencias porque la vida en la cárcel se lo enseñó. Allí no había apuros de ninguna clase, ni ahogos de tiempo, solo rutinas y precisiones. Desayuno: a las siete de la mañana; limpieza: a las ocho; trabajo en el taller: a las nueve; almuerzo: a las doce; jugar en el patio: a las catorce; hacer tareas: a las diecisiete; acostarse a dormir: a las veintiuna. Todo tenía su horario estricto, y al día siguiente igual. Nadie podía salirse de lo estipulado. Los detenidos entraban a la vida del presidio y las celeridades que traían de afuera persistían durante un año. Transcurrido ese tiempo, los internados empezaban a acostumbrarse a que no existía razón para querer hacer más rápido las actividades.

—¡Apúrese, maldito! —dijo el guardia, que tenía la prisa de los que venían de afuera, de los que no dormían allí, de los que vivían en libertad.

Salvador se apuró a caminar solo para conformarlo. Había aprendido que un carcelero siempre tenía razón, que no era bueno contradecirlo ni con movimientos, como en este caso, ni con palabras, ni siquiera con el pensamiento. Los diez años que llevaba en La Modelo lo hacían moverse como pez en el agua, y lo convirtieron en un especialista para huir de situaciones peligrosas.

El celador lo acompañó por los pasillos de la enorme construcción. El Centro Penitenciario de Hombres de Barcelona, conocido como Cárcel Modelo, o La Modelo, había sido construido

en 1904 bajo el concepto de «castigar, no; redimir, sí». Salvador Santo no lo consideraba así en absoluto, creía que todos los que trabajaban ahí apostaban simplemente a «castigar»; pero a él no le importaba. Sentía que estaba cosechando lo que había sembrado y era sancionado por el cruel delito cometido. Se merecía estar allí y punto. De alguna manera, su conciencia se apaciguaba al saberse cumpliendo su condena; no renegaba de ella, ni deseaba otra cosa. Cuando en invierno pasaba frío, o el día que le tocaba limpiar los sucios excusados, o al anhelar un plato rico que jamás comería, pensaba que, sometido a estas penas, pagaba —al menos un poco— la maldad que había cometido. El encierro de la cárcel le generaba un sentimiento ambiguo: lo odiaba y amaba al mismo tiempo, porque esas paredes que lo aislaban, también le otorgaban la tranquilidad de saber que no tenía que pasearse ante la mirada juzgadora de nadie. Todos los que estaban en La Modelo tenían un pasado negro sobre sus espaldas.

Ensimismado como estaba, se sorprendió al llegar al despacho del director. El guardia que lo acompañaba golpeó la puerta. Salvador se peinó con la mano el cabello rubio que en los últimos años había encanecido casi por completo; lo hizo como un acto reflejo. También se alisó la ropa. Aunque él no buscaba elegancia, ni siquiera una buena imagen, sino prolijidad, esa que siempre lo había caracterizado y que, desde que estaba en la cárcel, la convirtió en un ritual de culto, una manía que también notó en otros presos. Personas que al no poder acomodar y acicalar sus vidas, ponían toda su energía en ordenar su aspecto, o su celda. Porque la minuciosidad y el detalle se le habían vuelto una obsesión. A Salvador, el tiempo de espera le alcanzó para prenderse el botón del cuello de la casaca.

Desde adentro se escuchó decir a Gabriel Palacios, el director:

—¡Pase!

El celador lo autorizó con una seña y Salvador entró. En cuanto lo hizo, se sintió transportado al mundo exterior, nada parecía ser parte de La Modelo. Las paredes se hallaban pintadas de color celeste, en contraposición al negro y blanco que caracterizaba a la cárcel. La habitación tenía cuadros, adornos, y hasta dos macetas con plantas de flores amarillas. Esa oficina bien podría ser la de una empresa como en las que él había trabajado cuando era un hombre

libre.

—Siéntese, señor Salvador Jesús Santo —dijo el individuo pelado y con bigotes mientras releía los papeles que tenía en las manos. Salvador tuvo la certeza de que el director miraba su expediente porque no hubiera sabido su nombre completo a menos que lo acabara de leer.

Pensó que no debía existir nombre más ridículo que el suyo para un recluso. Porque un asesino no tenía nada de salvador, ni de Jesús, ni de santo. ¿En qué había estado pensando su madre cuando lo eligió? Absurdo por donde se lo viera. Pero su santa madre, que Dios tenía en su gloria, jamás iba a pensar que él terminaría en la cárcel. Agradecía que ella ya no estuviera en este mundo, no hubiera soportado verlo pasar tantos años tras las rejas. Fue una mujer piadosa que eligió para él ese nombre espiritual y de ribetes benignos que, actualmente, quedaba completamente fuera de contexto. Salvador, en otro tiempo, también había sido creyente, pero la vida lo había atropellado dejándolo maltrecho, con unos pobres rudimentos religiosos que no le alcanzaban para tener esperanza, y ahora su nombre le recordaba que con un crimen tan horrible en sus espaldas no tenía derecho a llamarse así.

El director demoraba su vista en el legajo. Los pensamientos de Salvador volaban lejos y jugaban al juego que tanto le gustaba: escribir historias en su mente. «Había una vez un hombre bueno, con un nombre de hombre bueno. Pero un día la locura se apoderó de él y se volvió malo…» Salvador comenzaba a trazar en el papel de su imaginación un nuevo cuento, pero no pudo continuarlo porque la voz del director lo sacó de la escritura mental.

—Recluso Salvador Jesús Santo —insistió Palacios con el nombre, tal como si hallara un placer morboso en decirlo—, estuve leyendo su expediente y señala que usted maneja los idiomas francés e italiano, que hizo traducciones, que trabajó en una imprenta y hasta que escribió un libro de cuentos. ¿Es verdad?

—Sí, señor —dijo tratando de sonar respetuoso. Un libro escrito por él… ¡Cuánto tiempo había pasado!

—En La Modelo estamos por comenzar a editar un periódico. Queremos que salga cada quince días y que a los reclusos les resulte interesante; o, por lo menos, a la mitad de los ochocientos hombres que viven aquí. La idea es que ayude a que la gente de afuera tenga

una buena imagen de nosotros, que nos muestre como lo que somos: una entidad de bien que busca rehabilitarlos. ¿Entiende de qué hablo, verdad?

El hombre trataba de explicarle lo que podía contarle. Porque… ¿cómo decirle que necesitaba realizar acciones laborales que lo ayudaran a obtener ese cargo al que aspiraba en el ayuntamiento? La cárcel lo tenía harto, quería irse de allí y trabajar de regente.

—Sí, señor —respondió otra vez Santo en tono respetuoso.

—La verdad es que, de acuerdo a sus antecedentes, creemos que usted sería el indicado para liderar este proyecto. ¿Podría hacerlo?

—Sí, señor —dijo con respeto y más respeto.

—Se lo relevaría de las tareas comunes… Dígase: limpieza, taller, etcétera. Y pasaría sus horas de trabajo en el lugar que hemos acondicionado para la redacción del periódico. ¿Está de acuerdo?

—Sí, señor —dijo Salvador, aunque a estas alturas le hubiera gustado decir otra cosa que no fuera «Sí, señor», pero no sabía qué responder.

El director pensó lo mismo y se lo hizo saber.

—Puede decir algo más si quiere.

—Sí, señor —dijo sin poder evitarlo. Tantos años en la prisión lo habían vuelto hosco y casi olvidaba las reglas de comunicación y urbanidad que tenían los mortales. Decidió que, para la próxima, estaría más atento. El hombre podía tomarlo como una descortesía, o peor aún, ¡una falta de respeto!

—Le haré una última pregunta y piense bien lo que va a responderme. De ella depende su futuro.

Allí estaba, esta era su oportunidad para demostrar que no había grosería ni desconsideración de su parte. Salvador se concentró al máximo.

—¿Qué haría usted si tuviera a su cargo el proyecto del periódico de La Modelo?

Se hizo un silencio incómodo. La pregunta era amplia, abstracta, difícil. ¿O solo le pareció a él? Santo pensaba una respuesta. Pensaba y pensaba.

Y pensaba.

No era que le interesara el proyecto, sino que necesitaba responder porque el hombre así lo esperaba. Si el director lo quería trabajando en un periódico, lo mejor sería que él trabajara en eso.

En la cárcel no se podía pensar de otra manera. Estaban los superiores; y ellos, los subordinados, que siempre debían obedecer; de esta manera, todo marchaba bien y se mantenía la paz.

Llevaban demasiado tiempo de mutismo. Y si bien las ideas en el cerebro de Salvador bullían, de su boca no salía nada. Era como si estos dos órganos no estuvieran conectados.

Habían transcurrido dos minutos… ¿o tal vez tres? El tiempo se acababa. La espera normal culminaba.

—Bueno, señor Salvador Jesús Santo, ya veo que no tiene nada para comentarme. Puede retirarse —dijo el director.

Tal vez, Santo no servía para el puesto, tal vez se había equivocado en la elección. Palacios, esa mañana, no podía quedarse a esperar a que al recluso se le ocurriera una respuesta. De un momento a otro aguardaba una visita del sector de salubridad del gobierno. Estaba a punto de ponerse de pie —para que Santo también lo hiciera—, cuando el milagro se produjo, y el recluso habló:

—Yo trataría de que el diario sea un espacio donde todos participen. Que tuviera una página especial donde contemos lo que hacemos aquí, un espacio donde la institución se luzca: mostrar los talleres de trabajo que tenemos o el proyecto de las esculturas que hicimos este mes… También que en una sección figuren historias de sentimientos relacionadas con nosotros para que la gente nos vea como seres humanos y no como monstruos. Como por ejemplo, la del preso que talló en piedra una cruz para la tumba de su madre, ¿se acuerda?

El director quedó estupefacto; le gustó lo que oyó.

—¡Perfecto! —dijo Palacios.

—Además, podríamos poner fotos de… —continuó Santo, a quien las palabras ahora le fluían a borbotones, y ya no podía ponerles tope.

—¡Tranquilo, Santo! Pronto tendremos una reunión especial para planear los detalles. No hace falta que me diga todo hoy. Vaya ahora nomás… —ordenó el director, que deseaba hablar con la gente de salubridad antes de que hicieran el control de rutina. En esta oportunidad necesitaba un informe más que favorable de esa dependencia para seguir aspirando al cargo que quería alcanzar en el ayuntamiento. Pero se sentía satisfecho; oyendo a Santo pensaba

que no se había equivocado; el hombre serviría para ayudarlo en sus propósitos personales. Santo lideraría bien el diario.

El recluso se retiró y el director se quedó pensando que Salvador tenía la cuota de civilidad, prolijidad y respeto que se necesitaba para llevar adelante un proyecto como el del diario. No se explicaba cómo alguien con tanta corrección, control —y tan culto— había cometido semejante delito. En verdad, los crímenes realizados en estado de emoción violenta eran así. Releyó el expediente en busca de algún dato morboso, pero no lo halló. Lo que sí descubrió fue que nunca nadie había pasado el legajo del hombre a revisión para que se postulara su libertad condicional. Tal vez, algún día él podría elevarlo y, así, ayudarlo a salir de la cárcel. Pero por ahora, prefería que se hiciera cargo del nuevo diario.

Salvador caminaba por los pasillos de la prisión rumbo al patio. Lo acompañaba un guardia, pero él ni lo veía. Su mente burbujeaba en un nuevo cuento mental: «Había una vez un director de una cárcel al que no le gustaba su trabajo y para poder huir de ese lugar, construyó un plan…».

Capítulo 32

Vuelvo vencido a la casita de mis viejos,
cada cosa es un recuerdo que se agita en mi memoria…
mis veinte abriles me llevaron lejos…

Tango «La casita de mis viejos»,
ENRIQUE CADÍCAMO

Hacía ya varios días que Melisa y Nikolai se hallaban en Europa, y cada persona, situación y sentimiento ocupó el lugar que le correspondía. Porque sin pensarlo ni decidirlo mucho, resolvieron que Melisa se hospedara en casa de sus padres y, Nikolai, que al principio se quedó a dormir una noche en lo de su madre, ya estaba instalado en su propia casa. Claro que moría porque Melisa fuera con él pero nunca se atrevería a decírselo; entendía que, por el momento, no podían convivir como lo hicieron en Argentina. Amina, en un intento por frenar su enfermedad, estaba en pleno tratamiento. Los remedios, que eran muy fuertes, le traían una serie de complicaciones, como jaquecas y dolores estomacales. El doctor Benoit le había aclarado que eran nuevos y generaban excelentes resultados. No se la veía mal pero, según Melisa, estaba mucho más delgada y más quieta de lo que siempre había sido. Todos seguían atentos y ansiosos su evolución.

Nikolai iba por las tardes a la casa Loyola con rosas para Melisa y para Amina. Las compraba en el famoso puesto de la calle Copérnico que aún funcionaba y que ahora atendía un muchachito. Llegaba temprano y se quedaba a cenar. Sus suegros le caían bien, eran cariñosos, abiertos y, hasta en cierta manera, desprejuiciados. No les importaba el qué dirán de los vecinos, ni tenían demasiadas reglas para lo cotidiano y, a pesar de que Loyola ganaba muy bien, vivían sin grandes lujos y poca actividad social; todo muy diferente a lo que él estaba acostumbrado. Solo una noche habían salido de la rutina asistiendo juntos a ver un espectáculo en el teatro Athénéé, que disfrutaron mucho. Pero a los Loyola les agradaba cenar en su

casa; y a Nikolai, charlar en la sobremesa con Manuel. A pesar de todas las diferencias, el hombre le hacía acordar a su propio padre, don Ricardo; por sus sabias palabras, por el interés y la preocupación por la familia, por el cariño que le tenía a su esposa y por la forma en que la trataba. En algunas ocasiones, cuando Manuel le hablaba, se refería a él con la palabra «hijo». Entonces, Nikolai lo escuchaba y sentía un revuelo cálido en su interior. ¡Y todo en castellano! Porque ese era el idioma elegido por los dos para comunicarse; no así con Amina, con quien hablaba en francés, mientras que con Melisa seguían mezclando las dos lenguas. Cada día, cuando la cena terminaba y las mujeres recogían las cosas, Manuel y él disfrutaban juntos de la charla con café. Luego, cuando el cansancio los vencía, Nikolai regresaba a su casa. En algunas ocasiones en que tenía suerte, Melisa se escapaba y lo acompañaba. Era una fiesta que se quedara a dormir en su cama, aunque partiera muy temprano para que sus padres no notaran su ausencia. Melisa aún tenía cierto pudor de mostrar la vida que llevaban; los Loyola todavía la trataban como a una hija a la que debían cuidar.

No habían vuelto a conversar sobre la fecha del casamiento pero sí se lo mencionaba como algo que sucedería en cualquier momento. Nikolai entendía muy bien que ahora no estaban para festejos ni para ser la prioridad; por eso, trataba de entretenerse con el trabajo, armando reuniones en los bares Procope o La Fenêtre.

Ya estaba en contacto con Dufour, Fortabat y Saidi. Con este último, por suerte, no le había tocado verse. El proyecto requería más dinero del pensado y el paso siguiente era la inyección de efectivo que les correspondía entregar a Saidi y Dufour. Respecto a Erik, esperaba noticias de un momento a otro. Por la fecha, suponía que el cargamento de carne ya se hallaba en viaje en los barcos. A punto de ir a la oficina de la compañía se contuvo; pensó que lo mejor era dejarlo actuar a su hermano, para no sobrepasarlo en las decisiones, formas y fechas que había elegido. Nikolai, esa siesta, después de haber estado con Fortabat visitando las construcciones, se cambió y pasó a buscar a Melisa. Irina los esperaba para tomar el té en su casa. Era la primera vez que su madre vería a su novia, después de aquella fiesta en honor a Gardel.

Melisa ya estaba lista cuando llegó Nikolai. Tenía puesto un vestido celeste de gasa, guantes blancos y zapatos de taco claros.

—Qué elegancia… —le dijo contemplándola.

—No es para menos, voy a la casa de mi suegra.

Nikolai se rio y exclamó:

—¡Y semejante suegra que te has buscado! —Tenía en claro que su madre no era una mujer fácil, pero a Melisa tampoco le faltaba carácter.

Irina, desde que se había enterado que la elegida por Nikolai era la hija de Manuel Loyola, esa chica que conocía y que ahora triunfaba teatralmente en Buenos Aires, no sabía si estar contenta porque era una figura famosa o preocuparse porque esta chica francesa, criada vaya a saber con qué usanza, encima, era artista. Pensaba observar y luego opinar. De todas maneras, Nikolai no la dejaría meterse demasiado, él siempre obtenía lo que quería. Para muestra bastaba con ver cómo había manejado las cosas con Rosa. Cuando su madre le reclamó que hubiera roto con la chica por carta y que con esas actitudes solo generaría problemas, Nikolai, muy suelto, le respondió: «¿Qué querías que hiciera, mamá? Ya estaba con Melisa. No iba a llegar a Europa con ella sin haber terminado con Rosa y sin notificárselo a sus padres. No me quedó otra alternativa que escribirles».

Para su gusto, encontraba todo muy moderno, aunque tenía que reconocer que nunca había visto a su hijo entusiasmado con una mujer de la manera en que lo estaba ahora. Irina meditaba estas cosas mientras dejaba la tetera en la mesa del patio de invierno donde tomarían el té. Controlando el lugar, observó que la hiedra pegada a la pared estaba demasiado tupida y el jazmín, muy alto. Hablaría con el jardinero; de vez en cuando era bueno ponerlo en vereda para que cumpliera con excelencia su trabajo. Eligió merendar allí para tener a la chica Loyola bien cerca, quería verle los ojos cuando le hiciera las preguntas que tenía planeadas. En ese pequeño espacio verde nada pasaba desapercibido, ni una mirada, ni una palabra, ni un gesto.

Media hora después, Melisa, Nikolai, Irina y María Gracia se hallaban juntos tomando el té. Luisa, que estaba de novia con el muchacho Martínez de Hoz, se había ido a la casa de su pretendiente. Ella, su suegra e Irina programaban un próximo viaje al Vaticano para que el papa Pío XI, don Ambroggio Ratti, les diera su bendición. Claro que también aprovecharían para visitar

Florencia, donde pensaban hacer una compra de obras de arte; y Milán, por ropa.

Irina, esa tarde, le servía más torta tatín a Melisa y ella, sentada en el patio de invierno, llegaba a la conclusión de que esa mujer siempre haría algo inesperado, como meterla en esa selva verde, rodeada de plantas por delante y por detrás, mientras tomaban el té bajo su mirada escrutadora. «Ya no soy la chica inexperta de años atrás», se decía a sí misma e intentaba relajarse. Irina, que en medio de la charla la observaba con ojo crítico, descubría cómo se manejaba con soltura y *savoir faire* y llegaba a la conclusión de que los años habían vuelto a la chiquilla Loyola más mundana y desenvuelta que la última vez que la vio.

—Entonces, ¿llenas todas las noches el teatro? —preguntó María Gracia impactada. Todo lo que tenía que ver con el espectáculo le interesaba, y, desde que su hermano le había contado quién era su cuñada, estaba deseosa de hablar con ella.

—Así es —dijo Melisa, que trataba de ser medida porque Irina no le perdía pisada.

—Debe ser tremendo estar delante de tantas personas. A mí me gusta declamar y creo que no hay nada más emocionante que hacerlo en público.

—Te entiendo. Para mí, actuar es una pasión.

Irina aprovechó la pregunta de su hija y decidió ir a fondo con las suyas. Hacía un rato que las dos muchachas hablaban de menudencias y ahora le tocaba su turno. Tenía varios interrogantes sobre esta chica que, para su gusto, salía de los cánones convencionales.

—Y sus padres, ¿qué opinan sobre su carrera actoral? —Su suegra ponía distancia tratándola con formalidad.

—Al principio les costó aceptar mi vocación. Sobre todo a mi madre, que es más conservadora.

Irina pensó que tan conservadora no debía ser si la había dejado viajar sola a Argentina y dedicarse a la actuación.

—¿Sus contratos tienen exigencias de tiempo?

—Sí, claro, para venir tuve que pedir permiso.

—Y la ropa llamativa que usa en sus obras, ¿también es exigencia de los productores? Porque vi una foto suya con un vestido muy corto.

—Ujum —tosió Nikolai y miró a su madre diciéndole con los ojos que la acabara con ese tipo de preguntas.

Melisa respondió tranquila:

—Sí, la elección del vestuario la hace el productor y siempre se prioriza el arte.

Irina, entendiendo la mirada de Nikolai, suavizó sus interrogantes:

—¿Y solo actúa en Argentina?

—Por ahora, sí.

El «por ahora» fue un golpe para Nikolai. Él había pensado que si venían a París y no regresaban más a Argentina, ella daría por terminada su carrera, pero ese comentario significaba que Melisa bien podría querer comenzar una carrera en Europa. Él, a punto de frenar el interrogatorio, decidió dejarlo avanzar; tal vez las respuestas fueran reveladoras. Mostrándose entretenido con el café que se estaba sirviendo, guardó silencio y dejó que Irina continuara.

—¿O sea que no piensa instalarse en París?

—Me gustaría.

—¿Le gustan los niños?

La pregunta parecía descontextualizada, pero Irina sabía bien a dónde se dirigía.

—Supongo que sí…

Melisa respondía con cuidado.

—Pregunto porque, si se casara con Nikolai, a él le encantan, bueno… con quien sea que contrajera matrimonio. ¿Estaría dispuesta a dejar su carrera para formar una familia?

La pregunta había llegado al meollo del asunto y Nikolai, levantando la vista, esperó atento la respuesta que nunca llegó, porque María Gracia exclamó antes:

—¡Madre, por Dios, no atosigues a nuestra invitada! —dijo salvándola de la fatal pregunta que en el interior de Melisa no hallaba respuesta.

—María, no es para tanto… —se defendió Irina.

—¿Hace cuánto sientes este amor por la actuación? —preguntó María Gracia.

—Siempre lo tuve —dijo Melisa y se hubiera explayado más pero Nikolai, viendo que la conversación ya no volvería a la cuestión que le interesaba, decidió preguntar sobre lo que también

le preocupaba:

—¿Tienen alguna noticia de Erik?

—No, ninguna. Me llama mucho la atención porque él siempre escribe seguido —dijo su madre, que pensaba que se hallaba enojado por el elevado monto de los gastos en los últimos meses.

Entonces, ambos continuaron hablando sobre lo que sabían de Erik, y Melisa respiró aliviada. Al fin se habían olvidado de ella, de su carrera y de todas las decisiones que tenía pendientes.

La tarde caía en París y en la casa de Irina se tomaba el té, pero en Argentina el sol del mediodía iluminaba cada fachada de Buenos Aires. A pesar de esto, para Erik el día se presentaba negro. Volvía, por segunda vez en la mañana, de la oficina de la avenida Paseo Colón donde funcionaba la compañía naviera que utilizó para enviar su cargamento de carnes. Eligió ese horario pensando que, tal vez, al fin encontraría a alguien, pero nuevamente no había nadie. Llevaba toda la semana haciendo visitas en diferentes horas y siempre la hallaba cerrada. Ya no le quedaban dudas de que algo malo estaba sucediendo. Para colmo de males, no podía consultarle a los estancieros que conocía porque creía que solo uno de ellos la había contratado; los demás seguían con la otra. Trataría de conseguir el teléfono de ese hombre y hacerle una llamada para averiguar si sabía algo. Se suponía que las carnes estaban en algún lugar del océano, prontas para arribar a Europa. Sin embargo, desde que las embarcó ya no supo nada más.

Realmente tenía un mal día. Lo acometía el pánico de suponer que, por alguna razón que escapaba de su dominio, la carne no llegaría a Europa. Con el producido de ella tenían que levantar la hipoteca de los campos, por lo que nada debía salir mal. Sus tierras estaban en juego. ¿Por qué la compañía no abría las puertas de su oficina? ¿Dónde estaba el amable señor Hudson que siempre lo había atendido y fue con quien cerró el trato? Tenía claro que haber elegido esa empresa era su completa responsabilidad; su hermano ni siquiera lo sabía y, peor aún, le advirtió que no lo hiciera. Al menos, el reporte del médico sobre los pequeños moretones de su brazo no había sido tan negativo. Comenzaron a hacerle estudios diciéndole que no se preocupara, que no todos los moretones tenían el mismo significado. Y que no todos los hijos morían de lo mismo que sus padres, aunque Erik recordaba bien de qué habían muerto

don Ricardo y su abuelo. A pesar de esto, esa mañana se sentía sobrepasado, no veía la hora de llegar a su casa, ver a sus niños e, incluso, desahogarse con Azucena contándole alguno de sus problemas mientras comían los ravioles que la cocinera había anticipado que amasaría para el almuerzo. Con el apuro de ir dos veces a esa maldita oficina, ni siquiera había desayunado durante la mañana. Necesitaba quietud y calor de hogar para pasar este mal trago. Si algo salía incorrectamente, podía costarle la relación con su hermano Nikolai. Amén de que la economía entraría en un estado peligroso, aunque no desastroso, ya que él siempre tomaba ciertas precauciones. Soñaba con almorzar con sus hijos y dormir una siesta para luego, por la tarde, poder enfrentar lo que fuera.

Llegó a su casa con el último esfuerzo, y allí, frente a la puerta, respiró aliviado. Apenas entró al recibidor, vio varias maletas apiladas y a sus dos hijos, que correteaban jugando a las atrapaditas alrededor de los bultos. Entonces, todo el alivio se esfumó.

—Nos vamos a la finca de la abuela —comentó uno de los chicos, abrazándolo.

—¿Otra vez? —dijo Erik, visiblemente molesto. Azucena se había quedado en la casa menos tiempo de lo que había estado con sus padres.

—Mamá dijo que los abuelos tienen una yegua para nosotros —le explicó el chico mientras seguía prendido a su cuello.

—¿Por qué no vienes tú también? —preguntó el otro niño.

—Hijo, no puedo. Debo trabajar, tengo responsabilidades —le respondió Erik, pero Carlo ya no lo escuchaba, perseguía a su hermano, enfrascado en su juego.

Todavía impactado por la noticia alcanzó a escuchar ruidos en la sala y fue hacia allá. Azucena le daba instrucciones a una empleada acerca de lo que quería llevar.

—¿Te marchas de nuevo a la finca?

—Sí.

—¡Acabas de llegar y ya te vas! —se lo dijo gritando. Esta vez, Azucena había ido demasiado lejos.

—Los niños quieren ir —dijo ella haciendo una seña a la empleada para que se retirase.

—Claro, porque les has dicho que les darán una yegua.

—Ya sabes que me gusta la vida de la finca y no la de la ciudad,

y a ellos, también.

—Pero tu esposo y el padre de tus hijos vive aquí.

—Mi esposo ni me mira, ni sabe si estoy o no.

—Yo podría decir lo mismo de ti. Nunca se te ha ocurrido pensar que yo los necesito.

—Ay, Erik, no me vengas con pavadas…

—Esta vez no autorizo que te vayas. No estoy de acuerdo.

—Pues me iré de todos modos.

—Una familia no funciona de esta manera. Un matrimonio lleno de ausencias no sirve —dijo él, terminante.

—¿Ahora te preocupas? Nuestra relación siempre estuvo planteada así. Aun desde el principio.

—No quiero que te lleves a los niños, quédate —le pidió.

—Erik, solo quieres que me quede por los chicos, así que no importa lo que digas, me iré igual.

Erik, que no tenía un buen día, explotó:

—Mira, Azucena, si te vas hoy, piensa en la posibilidad de no regresar.

—¿Me amenazas?

—Te digo que si te vas y me dejas de nuevo, no quiero que vuelvas. —Hoy era el día en que hubiera necesitado apoyo y no lo tenía. Estaba harto, harto de ella, de esta forma de vivir, del trabajo, de la vida misma. Se hundía en una crisis y lo sabía. ¿Había algo que valía la pena salvar? Sí. Se lo dijo—: Pero quiero a mis niños, organicémonos.

Estaba cansado de que siempre se los llevara.

—Se van conmigo un mes y luego, si quieres, búscalos. No tengo problema —dijo ella.

Si había entendido bien a Azucena, ella se quedaría en la finca para siempre. Erik no sabía si esto era el final. ¿Así sería? ¿De esta manera se acababan los matrimonios? Él creía que el desenlace sería más traumático. ¿Sería que ellos habían acabado hacía mucho? Azucena no daba explicaciones de lo que esto significaba ni de lo que pasaba por su cabeza, pero se iba. No le importaba perderlo. Eso le quedaba muy claro. Aunque, si era objetivo, él sabía que cargaba con sus propias culpas en este asunto.

En minutos, sus hijos lo besaban, Azucena se marchaba y él se quedaba solo en la casa y en la soledad de la sala todos los

fantasmas reaparecían con más fuerzas. ¿Y si el cargamento no llegaba porque la compañía no cumplía? ¿Y si Nikolai se enojaba para siempre con él por su error? ¿Y si entraban en una grave crisis económica? ¿Y si él estaba enfermo de lo mismo que su padre y su abuelo? El plato de ravioles quedaba en el olvido; la siesta, también. Su mente solo contenía pensamientos. ¿Y si estaba viviendo sus últimos meses de vida? ¿Qué quería hacer con ellos? Llevaba varios años sin ver a su madre y a sus hermanas. Ellas se habían instalado en París y allí habían armado una vida. Entonces las extrañó y también a Nikolai. Se sintió con hambre de una familia. Se sintió con necesidad de ser hijo y no padre. Quería que en esa terrible siesta que estaba atravesando le dieran consejos, le hicieran una comida, que comieran con él, que le dijeran que todo marcharía bien. Deseó con toda el alma estar junto a su madre y hermanos. Entonces, descubrió una gran verdad: que la palabra «madre» siempre significaría «familia». No importaba que él tuviera cuarenta y dos años, que fuera padre de dos niños, que fuera casado o separado, con o sin dinero, con errores en la vida o con aciertos. Una madre siempre estaría allí para cobijar, para cuidar, para hacer lo que la vida le había apuntado con el dedo desde el día en que un hijo salía de su vientre. Irina no era una mujer dulce ni muy amorosa, tenía errores, pero toda su vida los había acompañado y había luchado por ellos. Sus hijos siempre eran su prioridad; ella hubiera sabido qué hacer en un caso como el suyo. Erik supo que necesitaba sentir que era prioridad en la vida de alguien y para Irina lo sería.

Entonces, evaluó por primera vez en muchos, muchos años, viajar a Francia.

Melisa vio por la ventana del cuarto de Nikolai la primera luz de la mañana y sintiéndolo dormir a su lado le besó la frente y le dijo:

—Amor, me marcho.

Era un estúpido ritual irse temprano para que cuando sus padres se levantaran la encontraran en su casa. Estaba segura de que ellos intuían que con Nikolai tenían una vida íntima, pero así la habían educado y ella trataba de guardar ciertas formas; durante su estadía no quería provocarles ninguna infelicidad, ni preocupación; no en este momento en el que su madre luchaba por su salud.

—¿Quieres que me levante y desayunemos juntos? —preguntó él

sin abrir los ojos.

—No, mejor duerme una horita más. Es temprano —dijo comenzando a sacarse el pijama color lila que tenía en esa casa para cuando se quedaba a dormir.

—Es que te vas y ya me despabilo —dijo Nikolai sentándose en la cama.

Ella se iba de su lecho y la extrañaba. En realidad, se daba cuenta de que la había extrañado toda la vida, aun antes de que llegara a su existencia. Mucho antes de conocerla ya la añoraba como se añora lo inalcanzable, lo que se desea y no se tiene, lo que falta y se necesita. Así la había extrañado, así la amaba, y todo eso significaba Melisa para él.

—Ven aquí conmigo, quédate cinco minutos más —le pidió quebrado ante los pensamientos que lo embargaban. Melisa sonrió, se acostó de nuevo y él la abrazó, se miraron a los ojos y esa mañana, sin planearlo, terminaron haciendo el amor con los sentimientos a flor de piel, con ganas y premura.

En poco rato ella se marchaba; se le había hecho tarde. Apuró sus pasos por la calle Copérnico.

En su casa, Nikolai se puso de pie para empezar el día. Melisa se iba y él se quedaba con un sentimiento tremendo de soledad. Intentaría trabajar un rato y luego hacer una visita al orfanato. Desde su retorno a Francia aún no había tenido tiempo de visitarlos y tenía muchos deseos de ver a los niños. Quería llevarles personalmente el cheque, y tener una charla con el director para ayudar a conseguirles trabajo a los tres muchachos de diecisiete que ese año egresaban. Eran los últimos meses que ellos pasarían en la institución. Luego debían comenzar su vida de adultos fuera; y conseguir y mantener un empleo era parte del plan, el cual, naturalmente, no era nada fácil porque no tenían familia que los ayudara. Saberlos sin padre ni madre siempre sensibilizaba a Nikolai; sobre todo, porque había sufrido mucho la muerte de su propio padre. La experiencia había pasado por su vida como un vendaval a pesar de que Irina había estado siempre a su lado.

Se sirvió café, su jornada comenzaba.

Melisa entró a su casa de puntillas. No se escuchaba ningún ruido. Su padre, seguramente, ya estaba en el trabajo. Puso la pava en el fuego; se haría un té. Mientras se lo preparaba, apareció su

madre. Se saludaron con cariño y Melisa dispuso otro para ella. Estar sentadas en la cocina con la taza en la mano era una situación sencilla, mundana, casi tonta, pero para ellas dos era un deseo cumplido. ¡Cuántas veces Amina había deseado un momento como este! Tomar un simple té con su hija en la misma cocina donde la había visto crecer. ¿Cuántas veces Melisa en los últimos años había extrañado hasta las lágrimas ese ritual compartido con su madre? Muchas. Esa mañana, en la casa de la calle Copérnico, se hacía palpable la eterna verdad de que en los momentos límite de la vida cada cosa ocupaba el lugar que le correspondía, la lista de prioridades se acomodaba coherentemente y entonces las pequeñas cosas pasaban a ser las más importantes.

—¿Cómo te sientes hoy? —preguntó Melisa.

—Muy bien. Tal vez se esté produciendo el milagro que estamos esperando. Aunque para mí, hija, que estemos juntas ya es uno. Cuando se está enferma, te das cuenta de que cada día que ves el sol es único.

—Mami, el día que me llegó la carta en la que me contabas que estabas enferma, tomé el té que me diste para cuando uno quiere lo inalcanzable.

—Tal vez haya funcionado. Porque aquí estamos —dijo Amina, riendo.

—En cuanto le conté a Nikolai que vendría, él armó el viaje conmigo inmediatamente.

—Es un buen hombre, lo sé, y está muy enamorado de ti. Como también sé que hoy no te has levantado tempranísimo, sino que recién llegas de su casa —dijo Amina sonriendo. Ella misma a veces se sorprendía acerca de cuánto habían cambiado sus pensamientos, y de cómo priorizaba la felicidad de Melisa sobre todo lo demás.

Su hija la miró y dijo:

—A ti no se te pasa nada…

—Claro, por algo soy tu madre.

—Lo amo, mamá.

—Lo veo en tus ojos y en el timbre de tu voz cuando le hablas —reconoció Amina. Luego, tomándola de las manos, agregó—: Si estás segura de que lo quieres, forma pronto una familia con él —propuso. Ella quería ver su descendencia, y sabía que para Melisa sería importante llegar a compartir ese momento, pero temía que su

propia salud no se lo permitiera.

—Eso queremos. Me ha pedido que nos casemos; solo tengo que organizar los tiempos de mi carrera.

—Acomoda las cosas, pequeña. Si tienes dos amores, no dejes escapar ninguno.

Melisa pensó esas palabras y las guardó en lo profundo de su ser. Era un sabio consejo. En otros tiempos, su madre le habría dicho otra cosa, pero los años y la experiencia le habían mostrado que, sin su arte, Melisa no era feliz. Pero ahora le decía que las dos cosas eran importantes, que no dejara escapar ninguna.

—Mami, me encantaría que alguna vez me vieras actuar.

—Y a mí, verte. ¿No piensas hacer ningún *show* por aquí cerca? —preguntó en forma rápida y graciosa—. Digo, para no tener que viajar hasta América para ver uno.

—Me encantaría… Pero por ahora, no. Aún no se me han abierto las puertas en París. Además, tengo un contrato en Argentina que debo cumplir, tengo actuaciones pendientes allí.

—Pues entonces no tendré más alternativa que verte allá.

—¿De veras vendrías a verme?

—Si me siento bien, ¡claro que sí!

—Sería fabuloso.

Amina se puso de pie y fue hasta la parte alta de la alacena y de allí sacó su caja de madera con los frasquillos llenos de diferentes infusiones. Le dijo:

—Creo que hoy tomaremos lo que me queda del té de los deseos.

—El que es para cuando tu propio optimismo no te alcanza para creer lo que quieres creer —explicó Melisa sonriendo. Esa lección la había aprendido muy bien.

—Ese mismo —dijo Amina y comenzó a prepararlo.

En minutos, las dos tomaban la tisana de la planta que solo crecía en Marruecos y que ella ahora guardaba en el hermoso frasco con forma de luna que Manuel le había conseguido; el de la estrella lo tenía Melisa en su departamento de Buenos Aires.

Iban por más de la mitad de la taza y ambas respiraban exultantes, su optimismo había crecido y, rebosantes, creían tan firmemente que Amina vería actuar a Melisa, que lograban asir y atrapar ese sueño para poder hacerlo realidad. Solo que no quedaba claro si sería en Argentina, en París o en otro lugar. Ellas, mientras

tomaban el té, no habían elegido el país para que se les cumpliera el sueño. Esa elección la tendría en sus manos el destino, y el lugar elegido por él sería insólito.

Capítulo 33

Yo adivino el parpadeo
de las luces que a lo lejos
van marcando mi retorno.

Tango «Volver»,
ALFREDO LE PERA

Esa mañana, Erik se levantó y fue a desayunar a la cocina y no al comedor, como lo hacía siempre. El día anterior había sido nefasto y aún se sentía apachurrado, quería cobijo y no los grandes espacios que encontraba en todos los ambientes de su casa. La partida de Azucena, su visita al médico y el problema con la compañía naviera lo habían hecho entrar en una profunda crisis. A pesar de que estaba mejor, el sentimiento de hartazgo no se le iba y solo un plan inaudito le daba algo de esperanza: viajar a Europa. Barajaba la posibilidad de ir al centro y comprar esa misma mañana un pasaje, subirse en el primer barco que partiera para el Viejo Continente y allí abrazar a su madre y hermanas; hablar con Nikolai, explicarle la situación personalmente para que no tomara a mal lo que estaba ocurriendo con el cargamento de la carne, y hacer juntos un plan para salir airosos del problema. Y si se sentía con ánimo, hasta contarle que le estaban haciendo estudios por la aparición de las manchas.

Terminó su desayuno y salió a la calle. Caminaba despacio por la vereda cuando metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda de veinte centavos. La tiró al aire. Si salía cara, se iba a Europa; si era cruz, se quedaba. Así estaba su vida, pendiendo de unos pocos centavos. Pero ya no le importaba; sentía que su existencia valía muy poco.

El círculo de metal se le escapó de las manos y fue a parar al empedrado de la calle. Se acercó y la miró sin levantarla: la efigie de la libertad lo miraba muy seria diciendo que Europa lo esperaba.

Eran las diez de la noche cuando Pedro Saidi se retiró indignado de

La Maison de Tatá. Todo había comenzado ese mediodía cuando fue de visita a la casa paterna y su madre le contó lo que había escuchado en el mercado de boca de las señoras: Melisa Loyola estaba en París con novio nuevo, un estanciero argentino de nombre Nikolai Martínez Romanov. Cuando se lo relataron hubiera creído que eran inventos pero también decían que se comentaba que la muchacha había triunfado en América con el nombre de Lisa Loy, y él sabía de buena fuente que eso sí era verdad. Aun así, intentando cerciorarse, había ido esa noche a La Maison de Tatá; allí, sin siquiera tomar un trago, ni buscar una chica, abiertamente le preguntó a *madame* sobre el tema, quien, sin pelos en la lengua, le confirmó que era cierto. El muchacho Romanov estaba en París y no había visitado ni una sola vez su *maison*. «Evidentemente, su noviecita le da gratis lo que aquí le ofrecemos por dinero», razonó Tatá. «Pero se murmura que es una relación seria», remató muy campante. Y Saidi, que recordó cómo Melisa lo rechazaba —al punto de no aceptar sus besos— se enfureció tanto que se marchó sin tomar el trago que le había servido la mujer.

Enojado, manejaba su coche. Mientras descendía desde Montmartre al París nocturno, que se mostraba lleno de luces, hablaba consigo mismo:

—¡Maldita Melisa, siempre te apareces cuando creo que ya te he borrado de mi vida!

Por un lado, la odiaba; por otro, aún sentía algo por ella. Quería olvidarse para siempre de Melisa y de ese estúpido argentino. *Madame* Tatá había deslizado que se trataba de un noviazgo con boda inminente. Y si ella lo decía, tenía que ser verdad, porque la mujer sabía todo de todos. Entonces, procesando esa información y pasándola a la vida futura, se imaginó cómo sería mantener una reunión entre los cuatro inversores junto a sus esposas… y a él compartiendo la mesa con Romanov y Melisa. «Pasará; indudablemente sucederá tarde o temprano», se dijo, aunque por ahora se negara a compartir una cena con ellos. Pero ese día llegaría; faltaba poco para celebrar las inauguraciones de los teatros y allí estarían todos juntos. Los negocios eran así; y muchas veces, por conveniencia, incluían reuniones de tipo social a las que uno no podía negarse.

—¡Maldito Martínez Romanov! —dijo indignado. En esta

oportunidad, el turno del insulto en voz alta fue para Nikolai. Ese hombre no solo se había quedado con la mujer que quería, sino que también le arruinaba el placer de participar en el proyecto de los teatros. No quería tener que verlo nunca más. Pero eso era imposible.

Manejaba a gran velocidad por las calles de París cuando se dio cuenta de que ya no veía las luces de Montmartre. Se había alejado lo suficiente de allí y las había perdido de vista. Entonces pensó: «Como una luz que se apaga, así, quisiera que Romanov y Melisa desaparecieran de mi vida». La solución se le apareció simple y sencilla: alejarse… Era él quien tenía que desaparecer de la vida de ambos. No tendría que verlos, ni saber nada de sus éxitos, ni del dulce, meloso y precioso amor que se prodigaban.

—¡Maldita pareja! —dijo envidiándoles lo que sentían el uno por el otro. Melisa le daba a ese ricachón argentino los sentimientos que él alguna vez había querido para sí.

La verdad era que no necesitaba seguir siendo parte de ese grupo que construiría y explotaría los teatros; nada lo ataba al proyecto; podía irse cuando quisiera. Según el contrato, debería pagar una multa. Pero no le interesaba, no se trataba de tanto dinero; lo importante era que él todavía no había puesto ni un franco del monto grande de dinero que le tocaba aportar y daba gracias de que así fuera, porque si hubiera integrado el capital y ahora se retirara, lo perdería. ¿Y si su amigo Dufour se enojaba? ¡Pues que se enojara! Mucho no le importaba; ya no lo consideraba leal. El hombre se había reunido con Romanov, o sea que estaba al tanto de su romance y, sabiéndolo, no se lo había contado por conveniencia. Seguramente temió que él no pusiera la parte del dinero que le tocaba, justamente… ¡lo que estaba pensando hacer! Él no pondría ni un franco, se separaría del grupo y abandonaría la construcción de esos malditos teatros. La idea lo conformó, lo liberó, lo hizo sentir mejor.

Estacionó, y antes de bajar, respiró profundo y se sintió liviano. Solo entonces descendió e ingresó a su casa. A pesar de que todavía era temprano, quería irse a dormir. Se tendió en la cama con la ropa puesta y, con un último pensamiento, se quedó dormido en paz. Al día siguiente les comunicaría su decisión: Ya no contarían con él y deberían arreglárselas como pudieran. Sabía que su dinero era vital

y que les traería un perjuicio… ¡Pero merecido se lo tenían! Dufour había actuado mal, Fortabat nunca le cayó bien y a Martínez Romanov directamente lo odiaba. El argentino se había quedado con la única mujer que le había interesado de verdad. Con su movimiento económico, les haría temblar la estructura del negocio… aunque no le faltaban deseos de zanjar las diferencias con Martínez Romanov a los golpes. O con un disparo.

Capítulo 34

Para cantarle al amor,
no se precisa experiencia,
se forma un nido entre dos
y lo demás… va sin letra.

Tango «Bien criolla y bien porteña»,
HOMERO EXPÓSITO

Nikolai le pidió a su mucama que tuviera todo listo para una cena en su casa. Serían solo dos personas y quería que la sirvieran en el comedor diario. La mujer le ofreció poner velas. Por las demás instrucciones que le dio, era evidente que se trataba de una velada romántica con la señorita Loyola. Él aceptó y fue a prepararse.

Se bañó y eligió el traje con cuidado; quería que la noche fuese especial. Esa tarde había ido a la peluquería de la *avenue* Montaygne; era la más cara pero también la única que le gustaba. Allí sabían muy bien cómo cortarle el cabello y la barba, que, a pesar de que la llevaba cortísima, le daba trabajo. Se miró en el espejo del baño y estuvo conforme.

Había llegado el momento tranquilo que esperaba para poder darle a Melisa el *parure* que le había comprado en la joyería Escasany de Buenos Aires. En el barco, no había hallado el momento propicio; y una vez que arribaron, ella se dedicó a sus padres. Cada uno, además, debió cumplir con algunos pequeños eventos sociales y recién ahora podría entregársela de la manera que él quería.

Bajó al comedor. En el reloj de la pared vio que todavía le quedaba media hora antes de que Melisa llegara. Decidió releer la carta que esa mañana había recibido de su hermano; quería buscar en esas pocas líneas algún mensaje subliminal porque no entendía muy bien el verdadero motivo de su viaje. Erik, que nunca había querido volver a París, ahora, de repente, le comunicaba que venía. Se sentó en el sofá y la leyó de nuevo. Pero no encontró nada especial; salvo que estaba un tanto sensible porque Azucena se

había marchado de la casa antes de lo previsto. «Hermano, permíteme vaticinar que se trata de la partida definitiva», escribió con cierto dramatismo. Sin embargo, en la familia ya estaban acostumbrados a las crisis conyugales de Erik. Tal vez los extrañaba verdaderamente y quería verlos, porque eso manifestaba en la misiva: el prolongado tiempo que llevaba sin ver a su madre y las mellizas.

La guardó en el sobre justo cuando el mayordomo abría la puerta y hacía pasar a Melisa. La vio llegar con vestido de flores y esparciendo aroma a sándalo. Siempre la encontraba linda hasta hacerle doler. Melisa era su debilidad. Ella también había ido a la peluquería; traía el pelo en un recogido del que se le escapaban algunos rulos.

Melisa, frente a Nikolai, dio una vuelta en círculo mostrándole el peinado.

—Hoy casi me corto el cabello al hombro; esa es la moda —dijo ella, que había visto en la calle cuán pocas mujeres quedaban sin someterse al corte *charleston*.

Él la abrazó.

—Me gusta así, no me importa la moda. Ahora, ven a la mesa —le dijo. Jamás podría imaginar que no pasaría tanto tiempo para que lo tuviera corto por razones impensadas y tremendas. La guio de la mano. Si se quedaban abrazados, terminarían besándose. Y de allí, al dormitorio, había un paso. Para esa noche él tenía planeada otra cosa.

Mientras comían el pescado que Nikolai había encargado expresamente al cocinero para agasajar a su invitada, conversaban sobre Irina y Luisa, que pronto llegarían de Italia. Su madre le había advertido que había concretado una compra importante en obras de arte y que traía varios baúles cargados con cuadros costosos. «No es un gasto inútil, sino una inversión. Algún día valdrán diez veces más» se justificó. Pero Nikolai ya la conocía.

También le contó la noticia más relevante: la inminente llegada de Erik. Ella preguntó:

—¿Crees que Margot y él querrán verse?

—No lo sé. Aún no hemos hablado con ellos.

—Es verdad. Trataré de conversar con Margot antes de que llegue tu hermano.

—Pobre Erik… no es feliz. Está muy sentimental. En la carta lo noté al borde de quebrarse emocionalmente.

—Es imposible que sea feliz si se lleva mal con su esposa —aseveró Melisa, que no se olvidaba de la noche que los escuchó discutir, cuando fue a cenar a la casa.

—Creo que con Azucena nunca se quisieron. Quererse como nosotros no es fácil, amarse así es un tesoro, un regalo de la vida. Tú tienes unos años menos que yo, pero te puedo asegurar que, aunque tuve otras chicas, a ninguna la he querido como te quiero a ti.

—Me alegra que sea así porque yo también te quiero mucho —reconoció Melisa. Pero mientras lo decía, sintió celos de que hubiera habido otras mujeres en la vida de Nikolai. Lo quería de una forma que hasta el pasado le molestaba, no soportaba imaginar que se había besado con otras chicas y ni hablar de que se había acostado con más mujeres. Sospechaba, incluso, que Nikolai había sido un asiduo concurrente del burdel de *madame* Tatá. Nunca se lo había querido preguntar para no torturarse.

Nikolai se puso de pie.

—Espérame, ya regreso —dijo y se marchó. Era el momento justo para entregarle el regalo.

En instantes regresó y le entregó un paquete envuelto en papel azul con un moño de tela blanco.

—Ábrelo.

—¿Qué es? —preguntó Melisa mientras rasgaba el papel.

Abrió la caja y encontró un anillo y un collar con la misma exclusiva y refulgente piedra haciendo juego.

—Nikolai… —dijo Melisa mientras se preguntaba por qué los hombres con dinero les atribuían tanto valor a las joyas. A ella nunca le habían interesado; no estaban dentro de su lista de prioridades, aunque parecía que ellos creían que sí. Claro que no le diría nada para no amargarlo. Le gustaba que él se interesara en ella y suponía que los regalos eran parte de su demostración de amor.

Nikolai le colocó el anillo en el dedo anular. Era una bonita sortija; el collar quedó en la caja.

—Melisa, quiero que seas la señora de esta casa… y de las demás. Quiero que seas la señora de mis días, de mis sueños y de

todo lo mío. ¿Aceptas?

—Sí —dijo Melisa pensando que las mansiones no le importaban; más aún: creía que constituirían un problema; eran objetos que le quitarían tiempo para lo que realmente le interesaba: estar con él. Porque llevar adelante inmensas propiedades requería tiempo y esfuerzo; veía cómo Irina lo perdía dando órdenes a empleadas domésticas, cocineras, mayordomo, chofer y jardineros porque siempre había algo para arreglar, reformar, redecorar o limpiar.

—¿Aceptas ser mi esposa? —se lo dijo de manera formal porque quería una respuesta formal.

Ella lo miró. Nikolai esperaba expectante su contestación, parecía un niño inquieto, con temor a que le dijeran que no. Era evidente que había preparado esa cena, se había recortado la barba, perfumado y hasta comprado la joya; todo para armar este momento especial.

«¡Claro que me casaré! ¡Lo amo!», pensó con ilusión.

—Sí, amor mío, por supuesto que sí. En cuanto mi madre termine el tratamiento, que ya casi no falta nada, nos casaremos aquí mismo o en Buenos Aires… o en la parte del mundo que sea. Me da igual… porque lo único que quiero es estar cerca de ti.

Nikolai sonrió embelesado, le tomó el rostro con las manos y le besó la boca con ternura varias veces; estaba feliz. Luego de unos instantes, mientras le colocaba el collar, ella le contó:

—¿Sabes…? Mi madre me ha dicho que, si se siente bien cuando termine el tratamiento, quiere viajar a la Argentina con nosotros para verme actuar.

«¿Actuar?». La felicidad se le hizo pedazos.

«¿Actuar?». El fantasma de un teatro lleno de espectadores masculinos apareció nuevamente delante de Nikolai y le danzó burlesco con cabriolas jocosas. Era inevitable: había un contrato y ella lo quería cumplir; cuánto más ahora que Amina estaba dispuesta a viajar para verla en un escenario. Solo había una posibilidad para continuar con su sueño: volver a la Argentina para que Melisa cumpliera con Raúl Flores y retornar para instalarse definitivamente en París. La actuación, entonces, quedaría como un simple recuerdo, una aventura juvenil. Estaba a punto de comenzar a preocuparse terriblemente cuando Melisa se puso de pie y se le

sentó en la falda.

—Amor mío, soy feliz contigo y con la noticia de que mi madre está mejor. No puedo pedir nada más en esta vida.

Ambos comenzaron a besarse y esta vez, sí: terminaron en el dormitorio, como había anticipado Nikolai que sucedería.

Una hora después Melisa yacía dormida en su cama. Solamente tenía puesto el anillo y el collar sobre su piel trigueña completamente desnuda. El cabello oscuro que aún perduraba atado en el recogido y las joyas que refulgían la mostraban sofisticada, aterciopelada y hermosa. Nikolai la observaba y se repetía a sí mismo que siempre trabajaría mucho para darle todo lo que una mujer como ella se merecía. Melisa era especial, valía mucho y había aceptado ser su esposa. «Merece lo mejor de lo mejor», pensó ingenuamente sin imaginar que a ella solo le interesaban dos cosas: estar con él y poder actuar.

Al día siguiente Melisa terminó de almorzar con sus padres y se preparó para ir al taller. Hacía varios días que buscaba la ocasión para hablar con Margot. Era el momento perfecto. Si se apuraba, tendría bastante tiempo para entablar una seria charla. Desde que había llegado nunca habían podido estar solas, y el tema que deseaba abordar ameritaba que estuvieran tranquilas.

En minutos Melisa abrió la puerta del taller y se puso contenta al constatar que los empleados se habían ido a almorzar y que regresarían una hora y media más tarde.

—¡Melisa, pasa! —exclamó Margot, feliz de verla.

Estaba tomando un té y comiendo un bocadillo.

Las dos mujeres se saludaron con cariño.

—Me alegra que estés sola, nunca podemos hablar tranquilas —dijo Melisa.

—Es verdad y tenemos mucho por conversar —respondió Margot.

—Sí, y de varios temas.

Margot respondió moviendo la cabeza afirmativamente. Ambas sabían bien que el apellido Martínez Romanov las unía mucho más de lo que todos creían.

—Supongo que ya has sacado tus conclusiones respecto al apellido de Nikolai —sugirió Melisa.

—Sí… —respondió Margot, que ya había comentado el tema con

Amina.

—Sabes, Margot…, después de una charla con Nikolai nos dimos cuenta de que su hermano Erik es… —Melisa no sabía cómo decirlo.

—El hombre que me abandonó —dijo sincera y directa.

Hubo silencio hasta que Melisa, pensando que conocía a Margot de toda la vida y que la quería mucho, al igual que a Amèliè, se animó a preguntarle:

—¿Él es el padre de tu hija, verdad?

No había razón para andar con rodeos. Si ese lazo existía, casi las convertía en parientes. Aunque, por los sentimientos que las unían, lo eran desde hacía muchísimos años.

—Sí, Erik es el padre de mi hija.

—Lo sospeché —dijo Melisa. Entonces le preguntó—: ¿Él lo sabe?

—No, nunca llegó a enterarse.

—Tal vez deberías decírselo.

—¿Por qué? ¿Para qué?

—Nikolai me ha dicho que Erik habló de ti como de alguien a quien había querido mucho.

—No creas todo lo que dicen los hombres… Además, no tiene mucho sentido; nunca lo veré.

—De eso quería hablarte… Parece que Erik vendrá en breve. Le escribió a Nikolai comunicándole la noticia… Y como tú y yo somos tan cercanas quise anticipártelo.

Margot sintió que las nubes del pasado la envolvían. Ella, que había enterrado esa historia, que creía que nunca más aparecería ese nombre en su vida, allí estaba… ¡hablando de Erik!

—¿Cómo que vendrá?

—Sí, visitará a su familia… a la que hace mucho que no ve y quiere hablar con Nikolai. No sabemos bien por qué, pero la cuestión es que viene.

—¿Ustedes le hablaron de mí? ¿Le dijeron que me conocían?

—No —dijo Melisa, y Margot respiró aliviada.

—Por favor, no se lo cuenten. Te pido que, por ahora, no le escriban sobre mí. Cuando venga, veremos… ¿Tiene familia? ¿Esposa?

—Tiene dos hijos, y lo último que sabemos es que con su mujer

han decidido tomarse un *impasse*. Siempre fueron una pareja rara, ni siquiera vivían en la misma casa.

—Bueno, yo nunca le interesé. No entiendo por qué le debería interesar ahora, por más que tengamos una hija. Cuando venga, ya se decidirá si nos veremos o no.

—Eso está en tus manos, Margot, solo quería que supieras que cuentas con mi apoyo para lo que desees hacer. Sabes que te quiero mucho y aquí estaré para ti.

—Gracias… —le dijo tomándola de las manos y, mirándola a los ojos, a punto de llorar, agregó—: Y como no quiero comenzar con llantos, ahora mismo seguiré con el trabajo. Debemos entregar un vestuario en esta semana.

—Margot, tómate un descanso y súmate a la salida que haremos el sábado. Iremos al teatro —le propuso Melisa, que notó que Margot nunca se daba tiempo para recrearse. Además, sería una buena oportunidad para que conociera a Nikolai. Pensaba sacar entradas para el *ballet* ruso, el mismo que había venido a la ciudad cuando Pedro Saidi se negó a llevarla porque no estaba preparada. Asistir a la función se convertiría en su revancha.

—Me encantaría, pero no puedo. Este fin de semana viene a casa Amèliè.

—Entonces, ven esta noche a cenar con nosotros. Tienes que conocer a Nikolai, le he hablado de ti y quiero presentártelo. Ha dicho que hoy nos hará un asado al estilo argentino. ¿Vendrás? —preguntó Melisa. Comenzaba a pensar que, tal vez, Margot le tenía aprehensión a su novio por ser un Martínez Romanov.

—Claro que iré. A ti te quiero como a una hermana y él pronto será tu marido. No me importa que tu Nikolai sea un Martínez Romanov —le respondió como si le hubiera adivinado el pensamiento.

Terminó la frase y se abrazaron.

—Y para que veas cómo te quiero, esta noche te llevaré de postre mi *clafoutis* de cerezas que tanto te gusta.

—¡Sí! Esa es la mejor prueba que puedes darme de tu cariño… Lo demás son solo pavadas —dijo y comenzaron a reírse.

Esa noche, la casa de la calle Copérnico donde vivían los Loyola era testigo de la insólita y emocionante reunión que se celebraba en su

comedor: el extraño grupo comía la carne asada hecha al estilo argentino en una improvisada parrilla montada en el patio, degustaba el vino español que Loyola había traído del último viaje a su país y que guardaba para una ocasión especial como esta, saboreaba el *clafoutis* francés, y terminaba tomando el té moruno de Amina. Claro que Nikolai había puesto a asar tomates, cebollas y pimientos solo para Melisa. La noche transcurría pacífica y en alegría. En la mesa se hablaba mezclando el francés y el castellano.

De vez en cuando, Nikolai miraba a esta mujer rubia de la que alguna vez había estado enamorado su hermano y que era madre de una sobrina que no conocía… Entonces, se impresionaba. La vida tenía muchas vueltas y a veces se valía de un simple sitio físico como la calle Copérnico para unir a quienes debían conocerse, tal como si una mano invisible hubiera trazado la calle, levantado las casas y abierto el puesto de flores solo para lograr el cometido de reunirlos. Ese lugar había ido atrayendo uno a uno a quienes debían encontrarse y juntos conformaban un todo armónico.

Margot miraba de reojo a Nikolai porque por más que tenía colores completamente diferentes a los de Erik, ella lo hallaba parecido a aquel hombre que había amado tantos años atrás. Tenía la misma bella sonrisa, ese timbre de voz tan particular y era igual de educado y culto para hablar. Al observarlo, no podía dejar de impresionarse: ¡el hombre con el que compartía la mesa era el yerno de los Loyola —a quienes quería como a sus padres— y el tío de su hija!

Amina y Manuel miraban a su Melisa, exultante de felicidad al poder unir todos sus mundos en esa mesa. Entonces, ellos también eran felices.

—Muy rica la comida —dijo Margot.

—Te agradezco el trabajo que te has tomado, Nikolai —reconoció Manuel, que vio cómo Nikolai encendió el fuego con la leña comprada y con qué esmero cuidó durante largo rato la carne —. ¿Quién te ha enseñado?

—No lo recuerdo; supongo que mi padre. En Argentina todos los hombres sabemos hacerlo.

—No tenía idea de que sabías cocinar —dijo Melisa, aún asombrada ante semejante revelación, puesto que en sus mansiones, solo cocinaban sus empleados.

—No te entusiasmes… es lo único que sé hacer de comer —se atajó Nikolai riendo.

—Pues, entonces ten cuidado, que nunca te falte una buena cocinera porque Melisa es un desastre cocinando —dijo Manuel, divertido.

—¡¡Papaaá!! —se quejó Melisa.

—Gracias por la advertencia, pero ya lo he descubierto —repuso Nikolai.

El grupo reía. Era una buena noche, y todos la disfrutaban.

—Me ha gustado mucho la forma en que has preparado la carne —dijo Amina, que nunca antes la había probado a la leña.

—La elección de los cortes de carne es importante. Algún día, si van a mi país, puedo hacerles uno de novillo argentino. Les encantará.

—Pues, creo que pronto tendrás que prepararle a tu suegra esa carne argentina de la que hablas… Cuéntales, Amina —pidió Manuel mirando a su esposa.

Todos pusieron los ojos sobre ella, que dijo:

—Quería darles una noticia: he terminado el tratamiento y el médico me ha autorizado a viajar.

—¡¡Mamá, que alegría!!

—Queremos viajar —señaló Amina.

—¿De verdad? —dijo Melisa ilusionada.

—¡Por supuesto! —respondió entusiasmada.

Melisa se levantó de la silla y, dando la vuelta a la mesa, abrazó a su madre. Que Amina dijera eso significaba muchas cosas; pero sobre todo, que ella estaba mejor de salud.

—¡Entonces tendré que hacer el asado más pronto de lo pensado! —exclamó Nikolai, que no terminaba de saber si debía ponerse feliz o no con el regreso a la Argentina.

—Y no un asado, sino varios —dijo Manuel.

—¡Tenemos que brindar por esto! —propuso Margot.

Mientras llenaba las copas, Manuel comentó:

—Tú también, Margot, deberías venir con nosotros.

—¡Ah, claro! ¿Y quién trabajará en el taller si me voy? Vayan ustedes, y disfruten tranquilos.

—Por una vez en nuestra vida el taller puede esperar —dijo Loyola, que también empezaba a alterar sus prioridades.

En minutos, todos levantaron las copas, que tintinearon brindando para que la travesía que tenían por delante saliera bien. Luego, se dedicaron a conversar sobre cuál sería la mejor fecha para viajar. El médico había sugerido que lo hicieran en breve. Al día siguiente, Loyola se encargaría de averiguar opciones de pasajes para todos, incluido el de Nikolai. Comenzaba a querer a ese hombre argentino.

Nikolai imaginó que sería agradable volver a la Argentina con Melisa y sus padres. Sin embargo, también era cierto que en Buenos Aires ella retomaría su actividad teatral, que se zambulliría de lleno en la nueva obra. Entonces, cercado por la preocupación, soñó con la única posibilidad que le quedaba: extinguido el contrato que la ligaba con Raúl Flores, se instalarían para siempre en París, donde Melisa, al fin, se olvidaría de la actuación. Para bien o para mal, los tiempos se acortaban; en breve se dilucidaría el futuro de ambos de una manera definitiva.

Melisa, a su lado, conversaba con su madre. Amina le contaba que el médico consideraba que el tratamiento iba bien, pero que había que dejar pasar unos meses para evaluar realmente los resultados. Mientras tanto, podía viajar.

Llevaban un rato conversando hasta que Melisa anunció:

—Yo también tengo algo para contar… —Todos hicieron silencio y ella prosiguió—: Con Nikolai estábamos esperando la noticia de mamá, y ahora que sabemos que está mejor… —lo miró arrobada y, ante su sonrisa, dijo exultante—: ¡Nos casaremos!

Hubo grititos de algarabía de todos.

—¿Cuándo? —preguntó Amina.

—Si la fecha de los pasajes nos lo permite, antes de irnos a Buenos Aires —señaló Nikolai.

Volvieron las exclamaciones.

Hubo un nuevo brindis y la velada continuó feliz, entre risas, charlas, planes y segunda vuelta de porciones de *clafoutis* de cereza.

Era casi la madrugada cuando la reunión terminó y Melisa y Nikolai se despidieron en la puerta.

—Ha sido una hermosa cena —dijo Nikolai.

—Cuando venga Erik, organizaré otra con tu madre y tus hermanas —propuso.

—Mi hermano estará encantado.

—Podemos invitar a Margot.

—No te apures. Antes debo hablar con Erik.

—Tienes razón. Tal vez lo mejor será que ellos se vean a solas —dijo Melisa, ansiosa por los acontecimientos dichosos que se avecinaban. Su propio casamiento, reuniones familiares.

Era una hermosa noche. La luna, las estrellas, la salud de Amina que mejoraba, la boda, las decisiones importantes… Al menos, las que dependían de ellos, porque había otras, tomadas por personas extrañas, muy lejos de allí —más precisamente, en Italia—, que también marcarían las de esa noche. Sus vidas no estaban únicamente en sus manos.

Salvador Jesús Santo

Salvador Jesús Santo, instalado en el cuchitril destinado para armar y editar el periódico de la Cárcel Modelo de Barcelona, terminó de leer en el primer ejemplar del diario el relato del recluso que había tallado en piedra una cruz para la lápida de su madre. Esa era la historia que habían elegido para publicar; unas páginas más adelante se hallaba la nota —que incluía fotografías— sobre las actividades que los hombres realizaban en el taller y una reseña sobre cómo había nacido la huerta que un grupo de reclusos cuidaba en los canteros del patio. Era el tipo de artículos que el director quería que se plasmaran en el periódico para que la comunidad mirara con buenos ojos la cárcel, y Salvador lo había entendido desde el principio. Por supuesto, en un espacio destacado de las páginas centrales, publicaron una gran reflexión escrita por Gabriel Palacios, el director.

Salvador ojeó el ejemplar del periódico de punta a punta y, satisfecho con su trabajo, lo abandonó y decidió planificar el contenido del próximo número. La tarea le generaba un placer desconocido; realizarla con detalle, eligiendo los títulos, las palabras, el tipo de letra le permitía evadirse de todo lo que lo rodeaba, aun de su propia mente que, así, no lo atormentaba. Esa mañana la dedicó a examinar qué historia publicarían en la siguiente edición. Tomó la carpeta marrón con las hojas archivadas donde guardaba los relatos que algunos reclusos le hacían llegar; muchos deseaban que Salvador lo seleccionara porque querían sobresalir como autores, que sus nombres aparecieran junto al texto. Era sorprendente la cantidad de hombres que escribían bien en el penal; no tanto porque tuvieran estudios, sino por intuición. Una vez internados allí, parecía que el alma les quedaba a flor de piel y estaban listos para abrirla y dejar plasmados sus sentimientos en papel. Pero Salvador sabía que, por más buen material que hubiera acumulado desde que anunciaron la creación del periódico, lo publicado debía ser elegido cuidadosamente porque no se trataba de una estudiantina, sino de la gaceta de una cárcel, y ciertos relatos podían ser mal interpretados. Su responsabilidad era crucial:

elegir bien.

Se sentó en una de las dos sillas de madera que había en el cuartito y se dispuso a leer. Leyó dos relatos pero los descartó; uno, por la extrema dureza; el otro, por infantil. Ojeó un tercero y las primeras frases le erizaron la piel: comenzaba con fragmentos del libro *Campos de Castilla*, de Antonio Machado, el preferido de Carmen. Repasó las estrofas en voz baja, de forma casi imperceptible para su oído. Le temblaba la voz… Es que ese había sido un poema importante en su vida y no había vuelto a escucharlo en años. Al susurrar las líneas «Caminante, son tus huellas/el camino y nada más…» una clara imagen vino a su mente: Carmen recitando a Machado en suave gorjeo…

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más
caminante, no hay camino
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino
sino estelas en la mar.

Los recuerdos lo paralizaron, dejó de leer, cerró sus ojos y pensó en Carmen, en cuando ella se sentaba a su lado y le recitaba. Entonces le dolió todo, el alma y cada centímetro del cuerpo. Se puso de pie e intentó continuar con la historia del interno. Pero era sentimental y removió la suya.

Cerró la carpeta con fuerza y abandonó temeroso los papeles. Tal vez no estaba preparado para ser el editor del periódico, como había creído. Por no negarse, había aceptado la petición del director y ahora se enfrentaba con viejos fantasmas. La poesía seguía sonando en sus oídos en la voz de Carmen y lo torturaba.

Necesitó distraerse. Ordenó papeles, garabateó ideas, pero aun así la voz de mujer parecía perseguirlo. Creyó que se volvería loco cuando la visita de Palacios, el director, vino a salvarlo. Sin

anunciarse, el hombre entró al cuartucho. Llegaba eufórico; quería hablar con él.

—¡Excelente, Santo! ¡Lo felicito! El diario ha causado una gran impresión; en especial, entre las personas a las que está dirigido. Adentro y afuera de la cárcel hablan de él.

Salvador sonrió, pero no por lo que el director decía, sino porque había dejado de escuchar la voz de Carmen.

Palacios se quedó un buen rato dándole lata sobre los temas que quería abordar en las próximas ediciones y consultándolo acerca de cuáles eran sus ideas. Luego de conocer la opinión del recluso, se retiró satisfecho.

Pero Santo hubiera deseado que no lo hiciera, porque en cuanto se fue, la voz de Carmen volvió a sonar en su cabeza, y necesitó apretarse fuerte los oídos para no volverse loco.

Era la una de la madrugada y el silencio dentro de las celdas de La Modelo era pesado y total; la estructura panóptica —propia de las cárceles de la época— le permitía al guardia principal guarnecido en su torre central observar a todos los prisioneros recluidos en sus mazmorras individuales sin que pudieran saber si estaban o no siendo observados. Era una manera de hacerles sentir que la vigilancia era permanente. A pesar de que la luz de la zona de los guardias llegaba en forma de rayos de claridad a las celdas, los reos dormían plácidamente.

Esa noche el carcelero encargado de la ronda nocturna no había oído ni siquiera un carraspeo, ni había visto el menor movimiento. El hombre controlaba observando, casi sin ver, debido a que la quietud de la velada lo tenía adormilado. Desde su puesto de control se refregó los ojos buscando despabilarse cuando un aullido lo sobresaltó. Trató de aguzar su oído para identificarlo; era un grito.

—¡Noooooooo! —se escuchó de nuevo en la calma de la noche.

El chillido provenía de una de las celdas, y el celador supo de cuál. Era la voz de Salvador Santo, que, soñando pesadillas, otra vez había terminado gritando a viva voz.

El guardia se acercó a la celda y, al cerciorarse de que solo se trataba de una alucinación nocturna, dijo:

—¿Qué pasa, carajo? ¿Es que ustedes nunca duermen en paz? Primero cometen las atrocidades y luego estas les quitan el sueño.

En el lugar no eran raros los gritos por pesadillas; al menos una vez a la semana, un reo las sufría.

El mal sueño había sido tan real, tan vívido, que, sentado en la cama, Salvador respiraba con dificultad. Todavía turbado, vio cómo el carcelero se alejaba refunfuñando. Las celdas, en cierta forma, estaban siempre iluminadas por la luz que el centro proyectaba marcando la sombra de los barrotes sobre el suelo.

Esta claridad, lejos de intranquilizarle el sueño, a Salvador se lo pacificaba; se había acostumbrado a dormir con luminosidad, y si alguna pesadilla lo atacaba, allí estaba la luz salvadora, mostrándole que se trataba solo de un sueño y no de la realidad. Al principio, cuando lo habían confinado en este penal, las pesadillas se le repetían todas las noches, pero con los años se fueron espaciando; tanto, que algunos meses transcurrían tranquilos y sin sobresaltos nocturnos. En los malos sueños, como el de esa noche, rememoraba su crimen: el escenario de la discusión era igual y su víctima, la misma, solo que ella no sabía que estaba por ser asesinada, mientras que él, anticipándose al desenlace, el crimen, se resistía a cometerlo. No quería matarla. Pero la discusión entre la mujer y él iba en aumento, tal como había sucedido la fatídica tarde. A medida que avanzaban los gritos y las recriminaciones, Salvador comenzaba a llorar al saber lo que estaba por acontecer; en tanto, ella, en medio de la discusión, le preguntaba por qué lloraba. Él sabía que después de la pregunta «¿Por qué lloras?» comenzaba lo peor, porque justo en ese momento una mano extraña hacía presión sobre su brazo hasta hacerle doler, hasta obligarlo a moverlo contra la víctima y lograr que el arma terminara clavándosele en la piel a través de la ropa, una vez, otra, y otra… «Shuc, shuc, shuc…» Ese era el sonido que hacía el filo al introducirse dentro de la carne, al lastimarla, al desgarrarla. Él lo recordaba muy bien: «Shuc, shuc, shuc…» hasta el infinito, hasta las veintidós puñaladas que —sabía— daría, porque ese era el número informado por el forense que registró el cuerpo. «Shuc, shuc, shuc…» y los ojos oscuros de la víctima mirándolo enloquecidos se metían en sus pupilas claras. «Shuc, shuc, shuc…» hasta que la sangre lo bañara todo: la ropa de ambos, el sofá color tostado, la alfombra con arabescos que ya no se veían de otro tinte que no fuera rojo. «Shuc, shuc, shuc…» hasta despertarse llorando y

gritando… «¡Nooo…!».

Cuando el guardia se alejó de la celda, Salvador supo que la culpa la tenía ese maldito poema. Leerlo lo había llenado de remembranzas. Necesitaba calmarse; para ello, tendría que recurrir a un viejo truco; si no lo ponía en práctica, no podría conciliar el sueño. Era una artimaña que en los últimos meses ya no usaba porque no la precisaba. Pero esa noche sí, tendría que emplearla porque la pesadilla había sido demasiado real. Sin hacer movimientos bruscos ni ruidos, para no llamar la atención del guardia, con sus manos tanteó bajo el colchón, y enseguida encontró lo que buscaba: una fotografía. La miró en la penumbra con el pequeño rayo de luz que llegaba de la zona de los guardias: la imagen lo mostraba junto a Carmen, su esposa, riendo a carcajadas en la playa. Esa tarde de verano, frente al flemático y estricto fotógrafo, Salvador le había dicho a Carmen un chiste al oído, y el hombre captó esa imagen. Luego, al revelarlas, les entregó las dos fotos: la formal, con ellos tomados de la mano, con una media sonrisa en el rostro; y esta otra, que supuestamente había salido mal porque los mostraba despeinados por el viento y muertos de risa.

Carmen guardó la formal diciendo que sus cabellos oscuros moviéndose al viento no le sentaban; y Salvador, la informal porque era la que más le gustó; le sabía a alegría verdadera. Y ahora, durante esa noche de pesadillas, necesitaba verla: los mostraba extremadamente felices y le hacía sentir que ellos habían tenido algo hermoso. Alguna vez habían sido felices a pesar de que había asesinado a Carmen. Observó el retrato durante unos segundos hasta lograr que la imagen feliz quedara fija en su retina; luego se acostó pegando la foto a su pecho y dos lágrimas gruesas le corrieron por las mejillas. En ellas iban el dolor por no tener a Carmen, el dolor por haberla arrebatado de este mundo, el dolor por saberse un asesino, el dolor por la imposibilidad cierta de que el tiempo nunca volvería atrás.

La culpa le quitaba el sueño y la paz, pero pensaba una y otra vez en ese día feliz de la playa. Meditaba, y escribía la historia en el papel de su mente: «Había una vez una pareja feliz que decidió vivir para siempre en esa playa dorada…». Y así, soñando despierto con la mujer que había amado con locura, y que por culpa de esa misma

demencia había matado, al fin se durmió deseando que, por la mañana, hallara la forma de enmendar lo hecho; aunque sabía bien que no la había. Se lo había pedido a Dios de todas las maneras posibles y no obtuvo respuesta. El cielo era un hermético bloque de silencio.

Capítulo 35

Nada debo agradecerte,
mano a mano hemos quedado;
no me importa lo que has hecho,
lo que hacés, ni lo que harás…

Tango «Mano a mano»,
CELEDONIO ESTEBAN FLORES

Melisa vestía trajecito color *champagne* y zapatos al tono; en el dedo llevaba el anillo de diamante y en el cuello, el collar haciendo juego. Se hallaba en una larga fila de parisinos que esperaban su turno para comprar las entradas del *ballet* ruso. Buscando paliar el sol fuerte de la tarde, se cubría con una pequeña sombrilla blanca, como lo hacían varias damas de la fila. Sus cabellos oscuros y largos contrastaban con la tela clara de su vestimenta. Inclinó su torso hacia el lado derecho en un afán por espiar cuántas personas tenía por delante. Calculó, al menos, veinte; entonces se armó de paciencia. Pensaba cuánto disfrutaría su madre del *ballet* cuando la voz que escuchó la sacó de sus cavilaciones:

—¡*Mademoiselle* Lisa Loy…!

Nadie la llamaba así en esta parte del mundo. ¿Quién podía ser? Se dio vuelta y distinguió a un hombre de unos cincuenta años, un tanto calvo y bastante grueso, a quien no creía conocer por más que intentaba recordar si lo había visto alguna vez.

—Señorita Loy, soy Gerard Gentaine, el productor que trajo a París el *ballet* ruso. La he visto actuar en Argentina. Aunque en esa oportunidad usted tenía el cabello rojo. Hoy la reconocí porque sé quién es… Además, la vi en el taller de su padre, al que conozco muy bien.

—Mucho gusto, señor Gentaine.

—Venga, sígame, así no tiene que esperar a que la atiendan. Es más, le regalaré las entradas.

—¡Oh, no es necesario! Con que me ayude a evitar la fila es suficiente —dijo siguiéndolo hasta la puertecilla por donde

ingresaron disimuladamente.

En minutos, ella tenía cuatro entradas en sus manos y el hombre la invitaba a su pequeña oficina, en el piso superior del teatro. Quería comentarle sobre un proyecto que le podía interesar.

Melisa aceptó por cortesía.

—Mire, sé que usted canta en francés y en castellano y que maneja perfectamente los dos idiomas. Yo estoy haciendo producciones aquí y en España. ¿Le interesaría que montáramos una obra al estilo de *Cocó* en París y en Barcelona?

La propuesta la tomó por sorpresa y le hizo sentir mariposas en la panza.

—Cantar y bailar es mi trabajo, y esta es mi tierra. Que yo haya empezado mi carrera en Argentina fue solo circunstancial… allí me dieron mi primera oportunidad —dijo Melisa. Le interesaba la propuesta pero no se olvidaba de que estaba en Francia por la enfermedad de su madre y que aún tenía obligaciones con Raúl Flores y varias funciones en el Maipo porteño. Por lo tanto, agregó —: ¿En qué fecha presentaría la obra?

—Habría que empezar a ensayar el año que viene. Me gustaría que usted grabara un disco. En Barcelona tengo una productora discográfica. Muchos cantantes conocidos han pasado por mis estudios.

—Me encanta su propuesta. Pero debo volver a Buenos Aires y trabajar un semestre más, hasta terminar mis obligaciones contractuales.

—Pues coincide perfectamente con mi plan. ¿Por qué no viaja a Barcelona y conoce el teatro y la compañía discográfica?

—Sucede que en este momento tengo prioridades familiares —dijo Melisa, que no ofrecería detalles de la enfermedad de su madre.

—Vaya cuando quiera pero no deje de hacerlo antes de regresar a América. Así tendrá una cabal idea de lo que podríamos hacer juntos.

El hombre le dio su tarjeta y acordaron comunicarse por carta cuando ella finalizara su contrato en Buenos Aires. Si se decidía, él la esperaba gustoso para empezar una obra en París.

Melisa salió del teatro encantada. No podía creer lo que acababan de proponerle; estaba feliz. Era la oportunidad que anhelaba y había aparecido sin que tuviera que salir a buscarla.

Consideró que, en París, los que pertenecían al mundo artístico conocían su éxito en América. «El universo de la actuación es más pequeño de lo que creía», pensó asombrada. Esto significaba que, si se respetaban los plazos previstos y no surgían contratiempos, en un año podría trabajar en su ciudad sin tener que separarse de sus padres. Además, Nikolai no tendría inconveniente en vivir aquí porque le encantaba Francia. Él mismo le contó que desde adolescente había querido establecerse en Europa. Su madre y sus hermanas ya estaban viviendo en la ciudad, al igual que muchos de sus amigos. París seguía siendo el lugar elegido por la clase alta de Argentina.

Se acordó de Nikolai y supo que quería compartir con él esta gran noticia. Guardó las entradas en la cartera y tomó el metro rumbo a su casa. Quería verlo, contarle. Planear juntos esta nueva oportunidad que se le presentaba.

Cuando llegó a la residencia y golpeó, el mayordomo la hizo pasar y enseguida apareció Nikolai.

—¡Qué sorpresa! Acabo de llegar del trabajo, estaba por tomar algo fresco y empezaba a prepararme para visitarte —dijo sonriendo al observar que tenía puesto el anillo y el collar. Melisa, sin darle tiempo para reaccionar, se lanzó a sus brazos y le rodeó el cuello con los suyos.

—¡Es que tengo una novedad para contarte!

—¿Ah, sí? Cuéntame, preciosa —aceptó tomándola de la cintura.

—Pasó algo que jamás me hubiera imaginado.

—A juzgar por tu estado debe ser muy bueno —dijo por la excitación que tenía Melisa. Disfrutaba verla con ese entusiasmo.

—Sí —respondió Melisa y por un pequeño instante temió que no le gustara lo que estaba por relatarle, pero desechó esa tonta idea.

—¿Quieres que tomemos un refresco mientras me cuentas? —sugirió Nikolai. En la mesa había una jarra con jugo recién exprimido; su empleada se lo había servido cuando llegó de la calle.

Melisa no respondió a la propuesta y, sin soltarlo, emocionada, comenzó a relatarle:

—Estaba comprando las entradas para el *ballet* ruso cuando me llamaron por el nombre Lisa Loy. ¡Imagínate! Me di vuelta de inmediato.

A Nikolai el nombre Lisa Loy lo puso a la defensiva.

—¿Y quién era?

—El señor Gentaine, el productor que contrató a los rusos.

Nikolai jamás lo había oído nombrar.

—¿Lo conoces?

—Ha estado en el taller de mi padre. Yo no lo recordaba, pero Gentaine me tenía presente. El asunto es que me ayudó y directamente me llevó a su oficina para darme las entradas y no tuve que hacer la larga fila que tenía por delante.

—Me alegro —dijo él. Pero… ¿Por qué carajo ese hombre la había llamado Lisa Loy?

—Hay más… Me contó que estuvo en Buenos Aires y que vio *Cocó*. Que lo deslumbró y que está interesado en producir una obra similar aquí, en París, y llevarla de gira a Barcelona, donde tiene una compañía discográfica. ¡Me propuso grabar un disco…!

Nikolai le quitó los brazos de la cintura y a ella no le quedó más remedio que tomar distancia y retirar los suyos del cuello. Él caminó apurado en dirección a la mesa y de espaldas a Melisa se sirvió jugo en un vaso. Sus movimientos eran violentos, acompañaban sus sentimientos. Su mente de hombre enamorado no entendía cómo era posible que dos días atrás habían hablado de casarse y que ahora le decía que quería empezar una obra teatral nueva, una obra que la llevaría a firmar un contrato que la tendría atrapada por mucho tiempo, una que sería empezar de cero, porque necesitaría muchas horas de ensayo. Y si alcanzara el éxito y el reconocimiento obtenido con *Cocó*, tal vez, se mantendría en cartel por años, como había ocurrido en Buenos Aires. Él, que había tenido esperanzas de que ella no volviera a la Argentina para seguir con la compañía de Raúl Flores, y que se quedara aquí para ser simplemente su esposa, ahora, al escucharla, se le derrumbaba el mundo. Si Melisa continuaba su carrera en París, ya no abandonaría jamás el espectáculo. En Francia podría prolongar su carrera artística haciendo *show* tras *show* por años. Además, actuando en el centro de la cultura, se le abrirían las puertas de Europa. La imaginó viajando de aquí para allá por las capitales del mundo en una gira consagratoria y el corazón le dio un vuelco.

Melisa, sin verle el rostro y ajena al torbellino que lo recorría, continuó con su relato:

—Le expliqué a Gentaine que, según el contrato que firmé, aún

me quedan unos meses de trabajo en Argentina. Pero afirmó que me esperaría, que contamos con el tiempo a nuestro favor, porque el proyecto se estrenaría el año próximo, a mediados de 1928. Cuando me lo dijo, no podía creerlo.

Nikolai se dio vuelta con el vaso en la mano mientras pensaba: «Quiere viajar a la Argentina para terminar su contrato y regresar a París para firmar uno nuevo… No quiere perderse nada». La prioridad número uno —y la dos y la tres y…— era la actuación. El plan de una vida sosegada, juntos, iba muy atrás; el teatro tenía la prioridad.

Melisa buceó con sus ojos en el rostro de Nikolai. Lo vio beber un trago de su vaso; sus facciones no denotaban nada.

—¿Qué opinas de lo que acabo de contarte?

—Que la vida es un pañuelo.

Se hizo un silencio incómodo. Ella venía eufórica, ¡y él solo le decía que la vida era un pañuelo!

—¿Nada más que eso? ¿No estás contento?

La última frase fue demasiado para Nikolai y al fin explotó:

—¿Cómo voy a estarlo? Si hace dos días hablamos de casarnos y ahora sales con esto.

—Pero la propuesta de Gentaine no impide que nos casemos. Una cosa no tiene que ver con la otra.

—Melisa, una obra lleva meses de ensayo, años de permanencia en cartel con muchas funciones semanales. Se llevaría todo tu tiempo.

—Casarme y quererte no me lleva tiempo.

—Estamos hablando de que seas mi esposa, mi mujer. La que me acompañe en mis reuniones, la que dirija mis casas, la que viaje conmigo de un continente a otro. La que críe a mis hijos…

—No seas tan tajante… —suplicó Melisa. Semejante listado le parecía ridículo; solo la palabra «niños» hacía tambalear los argumentos defensivos de su posición. Porque todo lo demás podía acomodarse, pero los hijos reclamaban dedicación y… tiempo.

Él continúo:

—Tus horarios serían nocturnos, como siempre. Y si yo quisiera seguir trabajando, no podría acompañarte… Entonces, poco a poco, los dos iríamos alejándonos, como Erik y Azucena, que cada uno vive en su mundo.

—¡No, Nikolai, estás equivocado! Eso nunca nos pasaría a nosotros porque nos amamos.

—¿Ah, no? ¿Y cómo sería nuestra vida?

—No lo sé, pero no me pidas que por amor renuncie a mi vocación. También amo lo que hago.

—Evidentemente no puedo conformarte. Tú quieres otras cosas además de mí —Nikolai expuso su tristeza, como reconociendo al fin algo que nunca hubiera querido reconocer.

A Melisa le dio pena:

—Amor, no se trata de eso…

Pero… ¿cómo poner en palabras su pasión por el escenario, su necesidad de actuar? ¿Cómo explicarle que ella traía esas ganas desde niña? ¿Cómo decirle que por esa razón estuvo dispuesta a marcharse, a vivir en otro país, a extrañar a la familia, el idioma, la comida y hasta el cielo francés?

—Melisa, yo sueño con nuestro amor; y tú sueñas con actuar.

—No es así: tú también sueñas con tus negocios, tus casas, tus autos y con conseguir más. Y quieres que te acompañe en ese sueño y que olvide el mío.

—Mi sueño de ganar dinero nos beneficia a los dos —señaló él.

—Pero no deja de ser tu sueño. Y el mío también nos puede dar dinero.

—Yo no necesito tu dinero. Mira, Melisa, te he brindado todo lo que está a mi alcance: que seas la señora de mis casas, que regentees a todos mis empleados, que uses mi chequera y te compres lo que quieras, que planees el viaje al lugar del mundo que desees y que dirijas mis días.

—Pues nada de eso es lo que yo quiero.

—Entonces ya no sé qué más darte.

—Dame la posibilidad de hacer lo que yo quiero.

—Claro que te dejo. Porque si te digo que no, lo harás de todos modos. Lo que yo opine te importa un carajo. Porque si ese tipito Gerard Gentaine te pide que muestres las piernas por media Europa… ¡lo harás! Y la verdad es que no estaría bien que la esposa de un Martínez Romanov ande por la vida exhibiendo su cuerpo.

Se hizo un largo silencio.

Luego Nikolai volvió a la carga con un último y certero disparo.

—Y ya que estoy, te digo lo que pienso: lo que haces está al

límite de lo descarado.

Melisa sintió el dolor de la ofensa y respondió cortante, al borde de las lágrimas:

—Es arte, Nikolai…, es arte.

—Muestras tu cuerpo.

—No seas ridículo: actúo, canto y bailo.

—Te exhibes como una mercancía.

—Si piensas tan mal de mí, no sé qué haces conmigo —retrucó Melisa.

—Realmente… no lo sé —reconoció Nikolai enojado.

Esta vez, él había ido demasiado lejos. Ella, pues, iría más allá:

—¡Entonces, toma! —dijo Melisa sacándose el anillo y poniéndolo con violencia sobre la mesa.

La situación le recordó la noche en que Pedro Saidi le había regalado el collar y todo terminó mal. Parecía que las joyas, en vez de ser algo bueno, eran presagio de ruptura.

Nikolai, resentido por la devolución del anillo —que probablemente significara el fin del compromiso—, insistió en herirla.

—¡Reconócelo, Melisa: te vendes, muestras tu cuerpo!

—Eres un tonto que tiene celos de los hombres porque no te sientes seguro de ti mismo. Es injusto que me hagas responsable de tus inseguridades —remató Melisa mientras iba hacia la puerta con los ojos llenos de lágrimas.

Nikolai, indignado y alterado como estaba, no hizo nada por detenerla, y, tras el portazo, se quedó solo en la sala mientras ella caminaba llorando por la calle rumbo a su casa.

Él se sirvió un *whisky*. También quería llorar… ¡de rabia y tristeza! Amaba a esa mujer, pero parecía que jamás se pondrían de acuerdo. Sus posiciones estaban en los extremos.

Nikolai pensó: «¿Qué debe pasar para que nos entendamos?». Y se respondió en voz alta:

—Evidentemente, algo grande deberá ocurrir en el universo… algo decisivo y contundente que cambie drásticamente nuestros pensamientos y acomode nuestras prioridades. Porque como estamos jamás nos pondremos de acuerdo.

Y estas palabras fueron una invitación para que el universo le respondiera acomodando los planetas de manera violenta. Porque

alguien, en ese mismo momento, en Italia, sentado en una lujosa oficina con decorado marítimo, rubricaba su firma en un papel, cambiando la historia de ellos para siempre. Solo que ni él ni Melisa lo sabían.

Nikolai terminó su *whisky* y se sirvió otro. No hallaba solución. Él no se daba cuenta de que Melisa era una flor exótica y necesitaba cuidados diferentes a las demás flores; sus necesidades eran simples, pero muy distintas al resto. Solo si Nikolai maduraba y rompía sus paradigmas podría descubrir esta verdad. ¿Estaría dispuesto? Porque madurar y romper con lo que le habían enseñado, dolía. Hacía un pequeño intento; daba un pequeño paso, pero dolía, ¡ay, cómo dolía! Entonces se volvía atrás. Y allí se quedaba, tomando su bebida que le sabía amarga como hiel, sentado solo en el sofá de su fastuosa sala, con la mirada perdida en la ventana. Cambiar no era fácil. «Ojalá suceda algo que acomode nuestra situación», le reclamó a la vida, que lo oyó y movió los engranajes del futuro.

Capítulo 36

Esta noche tengo ganas de buscarla,
de borrar lo que ha pasado y perdonarla.

Tango «Rondando tu esquina»,
ENRIQUE CADÍCAMO

En la casa de los Loyola, los cuatro pasajes rumbo a América descansaban sobre el mueble del comedor; también otros cuatro para Barcelona, tal como le había pedido su hija el día que llegó después de la pelea con Nikolai en la que le devolvió el anillo. Emprenderían la partida a mediados de octubre; tenían suficiente tiempo para preparar los detalles. Manuel Loyola, ajeno a lo sucedido, los compró contento: los cuatro viajarían a Barcelona para que Melisa conociera el teatro y la discográfica. Luego zarparían rumbo a América. En la agencia le habían ofrecido este itinerario y no lo dudó: era una excelente oportunidad que les permitiría cumplir con su cometido; es decir, hacer escala en la ciudad que debían visitar y luego emprender la travesía hacia Buenos Aires. Claro que con el pasar de los días, su esposa y él notaron que su hija y el argentino estaban enojados.

Por su parte, Melisa pensaba que su padre se había equivocado al incluir a Nikolai; cabía la posibilidad de que no quisiera viajar porque ambos aún no se habían reconciliado. Desde la pelea, ninguno había buscado al otro.

Sin tiempo para reflexionar sobre lo sucedido, Nikolai se había sumergido por completo en sus negocios; no por iniciativa propia, ni para aturdirse, sino por necesidad. Irina, que había vuelto de Italia, le reclamaba que aún no hubiera pasado por su casa para verla. Sin embargo, el trabajo lo absorbía por completo: en el proyecto de los teatros algo terrible había sucedido.

Fortabat y Dufour le pidieron reunirse y, mientras tomaban café en el bar Procope, le contaron la nefasta noticia: Pedro Saidi, sin previo aviso, se había retirado del negocio. No tenían manera de exigirle nada porque el contrato les permitía a los socios marcharse

cuando lo quisieran, siempre y cuando no pidieran resarcimiento, ni reintegro de las sumas invertidas. Él abandonaba la sociedad sin derecho a reclamar pero con el agravante de que no había puesto un solo franco; salvo la pequeña multa pautada. Así lo habían establecido desde el principio, cuando aún se hacían llamar el Grupo de los Cinco, pues no habían pensado seriamente en las deserciones previas a la integración de las sumas más abultadas. La maniobra de Saidi los perjudicaba porque se retiraba justo cuando le tocaba poner su parte y el dinero en efectivo que aportaría Dufour no alcanzaría para solventar la etapa de la obra que se avecinaba. Esa mañana, los tres socios reunidos nuevamente en el Procope buscaban una solución.

Dufour dijo:

—Puedo intentar hablar con Saidi, como me pides, Fortabat, pero no creo que nada lo haga regresar al negocio. Fue muy cortante al respecto. Ni siquiera sé si aceptará reunirse conmigo.

—Inténtalo. Mientras tanto, deberíamos poner nosotros su parte. El efectivo se necesita ya mismo para continuar y, como saben, las dos personas que intentamos incluir en el negocio se negaron —recordó Fortabat.

—No cuenten conmigo, no puedo poner más de lo que me toca… No tenemos tiempo para estudiar cuáles serían las personas idóneas para implicarlas en la operación. No le veo solución —señaló Dufour, que se hallaba bastante molesto con la situación. La razón por la que Saidi anunció su retiro —estaba seguro— involucraba a Romanov, que se había puesto de novio con la chica Loyola, la que fuera su prometida. «¡Qué poco tacto para los negocios por parte de Martínez Romanov…! ¿Cómo se le ocurrió iniciar una relación con la exnovia de un socio…? ¡Y en una transacción millonaria! ¡Qué cabrón Saidi! Porque se fue a propósito, para perjudicarnos», se lamentaba. Los dos hombres con sus devaneos personales habían puesto en riesgo la inversión. Fortabat, para peor, sabiendo de su amistad con Saidi, le pedía que hablara nuevamente con él, pero no tenía ganas de hacerlo.

—Romanov, solo queda una opción: que usted y yo pongamos la suma que le correspondía a Saidi —presionó Fortabat.

—Es mucho dinero —respondió Nikolai meditando que, aunque lo pusieran, vislumbraba un panorama muy complicado. Con un

socio menos, las sumas se incrementaban y todavía les restaba aportar cuotas significativas durante los próximos años.

—Pero si no lo ponemos, la obra quedará inconclusa, y perderíamos la inversión completa —insistió Fortabat.

Para Nikolai, tal como estaban sus cuentas, el monto era elevado. Apretado por los gastos del último envío de carne —el desembolso había sido mayúsculo por la erogación que significó comprarles la hacienda a otros estancieros—, más su permanente aporte al orfanato y la hipoteca que pesaba sobre sus campos ponían su economía al rojo vivo. Además, a los teatros les faltaba, por lo menos, tres años de construcción, los que requerirían más dinero para que la obra no se lentificara. Solo cuando estuvieran funcionando, comenzarían a recuperar la inversión, planeada a largo plazo, así como la obtención de utilidades. Los reveses del camino —las bajas de Baglietto y Saidi— traían sus complicaciones, pero así eran los negocios. Los tres hombres lo sabían.

—¿Y entonces cómo seguimos? —preguntó Dufour.

Fortabat se encogió de hombros y Nikolai fue el que habló:

—¡Está bien, hagámoslo de una vez! Pongamos nosotros el dinero, no veo otra solución.

—Que así sea —celebró Fortabat sonriendo contento. Esas eran las palabras que esperaba de Romanov. Mirándolo, continuó—: Si Dufour logra que Saidi regrese, en buena hora; si no, mirémosle la parte positiva al asunto: los teatros serán solamente nuestros.

Dufour dio un suspiro largo; seguía molesto. A él le tocaba la peor parte: hablar con Pedro Saidi. Nikolai, a pesar del riesgo que acababa de tomar, disfrutó el momento. Siempre hallaba adrenalina al ejecutar movimientos peligrosos y comprometerse hasta el límite. En el afán por ganar más, jugaba a la ruleta rusa. Y mientras la bala giraba en el tambor, se sentía más vivo que nunca. Era parte del encanto que ejercía el mundo de las transacciones. Era pasearse por la cornisa y experimentar cómo se aceleraban las pulsaciones. Jugar al todo, ampliar la apuesta, apostar fuerte con el precipicio del otro lado, ese abismo que él nunca había conocido y esperaba no conocer jamás.

El hombre rubio

Moriré en Buenos Aires, será de madrugada,
que es la hora en la que mueren los que saben morir.
Flotará en mi silencio la mufa perfumada
de aquel verso que yo nunca te supe decir.

Tango «Balada para mi muerte»,
HORACIO FERRER

Año 1927

Respiro trabajosamente, el aire ya no me alcanza y, lleno de miedo a morirme en lugares lejanos, me cuestiono: «¿Cuántos recuerdos entran en una cabeza? ¿Acaso se nos graba todo lo que vivimos y solo recordamos algunas cosas? ¿O únicamente se nos graba lo que recordamos?». Cada vez me hago preguntas más difíciles. Las necesito para no perder la conciencia porque, si la pierdo, me soltaré de esta vida y moriré. Intento pensar y esta vez mi memoria me trae agradables imágenes sueltas sin lograr recuerdos complejos. Entonces, veo la fachada de mi casa en Buenos Aires, mis campos en la pampa, el cuadro de Jules Pascin y las estatuillas egipcias de mi oficina… Pero detrás de estas evocaciones, y aunque no quiera, otras vienen a mí, las desagradables: mi discusión con Erik, las lágrimas de mi madre, la cara del insoportable Pedro Saidi. Y como un milagro resplandeciente, entre estas figuras encuentro una dulce, muy dulce, y en esa me quedo, me instalo firmemente deseando que nada me mueva de ella, porque el bonito y armónico rostro de Melisa me mira con sus ojos negros que pestañean; me sonríe mientras su boca roja se acerca para besarme, me busca, y yo, narcotizado con esos labios carnosos, al fin, cierro los ojos… Entonces recuerdo: ¡no debo dejar de parpadear, ni de pensar! Si lo hago, desde luego, moriré. Y no será en Buenos Aires, sino muy lejos. Y no quiero eso.

Capítulo 37

La dicha y fortunas me fueron esquivas,
jirones de ensueño dispersos dejé;
y en medio de tantas desgracias y penas,
el ansia bendita de verte otra vez…

Tango «San José de Flores»,
ENRIQUE GAUDINO

Ese mediodía, de pie en el andén del ferrocarril de París, Nikolai identificó el tren que debía tomar y se subió. Se despertó muy temprano pensando en su situación con Melisa, pero sus múltiples obligaciones lo entretuvieron. Había corrido por los bancos desde la primera hora para sacar hasta el último céntimo de las cuentas con el propósito de cumplir las obligaciones pendientes. Estaba satisfecho porque pudo finiquitar todos sus trámites antes del almuerzo. Esa tarde arribaba a Francia el barco de Erik; quería estar en el puerto para recibirlo y llevarlo a la casa de Irina.

Cuando Nikolai llegó a Le Havre, Erik ya se hallaba entre muchas otras personas y con una maleta en cada mano. Esperaba el ferrocarril que lo llevaría a París cuando su hermano lo reconoció y se acercó. Se vieron y se abrazaron.

—¡No pensé que vendrías a buscarme! —dijo Erik con alegría.

—¡Cómo no hacerlo! ¡Eres mi hermano varón predilecto! —respondió Nikolai divertido y tomando una de las valijas comenzó a caminar hacia el andén de donde salía el tren correcto.

—Gracias, estoy contento… Además, no veo la hora de abrazar a mamá y a las chicas. Llevo demasiado tiempo sin verlas.

—Ve considerando si quieres instalarte en mi casa o en la de ellas.

—¡Las mujeres jamás me perdonarían que esté en París y no me aloje en su casa! —exclamó riendo. En ese momento y a pesar de las preocupaciones, Erik se sentía feliz.

—¡Hermano, ya era hora de que vinieras a Francia!

—Creo que sí —dijo Erik. Había sido una estupidez no haber

venido antes. Escuchar el idioma francés lo llenaba de recuerdos lindos de su niñez y de su adolescencia, y no de su historia de amor fallido como había pensado que le sucedería. Esa relación estaba en el olvido desde hacía muchos años. Se comportó como un necio y su actitud fue tonta. Todo tras de nada.

—¡Ahora, sígueme! O perderemos el próximo tren a París —dijo Nikolai.

En minutos, sentados en los cómodos asientos del vagón de primera clase y entre el traqueteo del tren, los dos hablaban tranquilos de nimiedades. Tenían casi doscientos kilómetros para ponerse al día con las noticias importantes.

En la charla, Erik se animó a mostrarle la punta de ese gran iceberg que era su deplorable estado de ánimo, compuesto de tristezas y preocupaciones. Le contaba que por primera vez en mucho tiempo se sintió mal por estar lejos de ellos y que necesitaba verlos con premura. Le explicaba, también, que estaba sufriendo muchas presiones y que esta vez Azucena se había marchado para siempre. Fue inevitable relatarle la preocupación que sentía por sus hijos, la consulta que realizó al médico y lo complicado que se tornó el cargamento de carne. Evitó mencionar que no tenía ni una noticia y que la oficina de la compañía en Buenos Aires estaba cerrada.

Nikolai escuchaba con atención y en silencio.

—¿Y tus cosas? ¿Cómo van con Melisa? —le preguntó al fin Erik.

—No estamos nada bien —acotó. No quería detallar que la situación era aún peor que eso: llevaban varios días sin verse, la comunicación estaba completamente cortada y no había miras de llegar a un acuerdo. Los dos continuaban firmes en su postura. Ella no lo había buscado; él, todavía ofendido, tampoco lo haría. Le había abierto la mano a Melisa brindándose por entero; le había ofrecido todas sus posesiones y ella las había rechazado.

—¡No te puedo creer…! Parecían tan enamorados… —dijo Erik.

—¡Imagínate! Estábamos poniendo fecha para nuestro casamiento… que celebraríamos este mes.

—¿Y entonces?

—Nuestra relación no es fácil. Para ella, su carrera es prioritaria.

—¡Qué lástima! ¿Llevaban mucho tiempo discutiendo?

—¡No! ¡Estábamos muy bien! ¡Teníamos un montón de planes para cuando vinieras! Melisa había organizado una cena en su casa para que conocieras a sus padres y te encontraras con Margot —confesó Nikolai que, obsesionado con su problema, no puso freno a sus palabras.

—¡¿Con quién?!

Ese viejo nombre le pareció fuera de contexto.

A Nikolai no le quedó otra opción que contar todo.

—Mira, hace un par de meses descubrimos por casualidad que en el taller del padre trabaja Margot, la chica rubia con la que años atrás tuviste un romance.

Erik tardó en unir los datos que le decía su hermano.

—¡Uy…! Hace tanto tiempo de esa historia… una vida. ¿Y cómo saben que es ella y no otra persona?

—Te digo que es ella… —porfió. Recordó un dato certero y aseveró—: Se llama Margot Morandé.

—Sí, es ella… ¡Qué casualidad! ¿Así que trabaja para el padre de Melisa?

—Desde hace muchos años, Margot Morandé es la mano derecha de Manuel Loyola. Vive en un departamento junto al taller, al lado de la casa de Melisa. —Hizo silencio y se animó a preguntar—: ¿Te interesaría verla?

A Erik le sorprendió la propuesta.

—Creo que no —dijo sincero. Él tenía demasiados problemas para agregar uno más. Pero preguntó—: ¿Tiene familia? —Le importaba saber qué había sido de aquella muchacha.

—Solo una hija…

—¡Ah! Se casó.

—No se casó… Parece que el padre de la niña la dejó.

—¡Uf, qué historia!

—La niña tiene catorce años.

Se hizo un silencio.

Erik sacaba cuentas mientras Nikolai debatía qué añadir al respecto. Hasta que al fin dijo:

—Hermano, la verdad es que creo que esa hija es tuya.

La frase desestabilizó a Erik; no esperaba semejante noticia. No podía ser verdad.

—¡Estás loco, Nikolai!

Él no había tenido ninguna hija con Margot.

—Te lo digo con absoluta certeza. Parece que ella siempre lo tuvo callado, pero ahora que apareció el apellido Martínez Romanov en la vida de la familia Loyola el secreto se removió.

—¡No puedo creer que sea cierto! —dijo mientras un sudor frío le recorría la espalda.

—Su hija Amèliè nació en el año que volvimos a la Argentina, anticipándonos a la guerra. Los comentarios que rondaban sobre el embarazo insinuaban que el padre de la niña era un argentino.

—¡¿Estás seguro de esos datos?!

—¡Claro que sí! ¡De lo contrario, no te los diría! ¿Quieres que te cuente lo que sé?

—Sí… dime —aceptó Erik, que quería saber. Esa mujer francesa había sido demasiado importante para él.

—Margot estaba embarazada y sola. Atendía el puesto de flores y la estaba pasando muy mal porque el padre de la criatura la había abandonado. Los Loyola, entonces, la llevaron a su casa, la cuidaron como a una hija y ella se quedó a trabajar con don Manuel hasta el día de hoy. Allí tuvo a Amèliè.

—¡Pero yo nunca la abandoné! —protestó—. ¡Ella fue la que no quiso verme más! Bah, bah, esa historia es puro invento.

—Erik, yo te cuento lo que sé… No te enojes conmigo.

—¿Has estado con Margot?

—Sí, durante una cena en la casa de Loyola. Pero estas cuestiones no se tocan. Margot es una mujer muy seria, trabajadora. Sufrida, te diría. Todo lo que gana lo destina para la educación de su hija.

—Bueno, no me cuentes más detalles. Bastante tengo con mis problemas para agregarme uno nuevo.

—Yo solo cumplo con decírtelo.

—Ya, Nikolai, pasemos a otro tema. Cuéntame sobre tu trabajo. ¿Cómo va el proyecto de los teatros? —preguntó e intentó abandonar la conversación sobre su viejo amor y una posible hija. Creía que iba a volverse loco. La noticia no podía ser cierta.

La obra, en plena marcha, apasionaba a Nikolai, así que de inmediato olvidó a Margot Morandé.

—Tuve algunos reveses, pero la construcción de los teatros sigue adelante —dijo orgulloso y, entonces, con lujo de detalles, le relató

los sucesos más sobresalientes; incluida la maniobra de Saidi, y cómo y por qué debió empeñar hasta el último céntimo para continuar en el negocio. Luego, como si un tema estuviera unido al otro por el común denominador del dinero, le preguntó—: Y de la carne, ¿qué sabes?

Erik, que aún tenía la esperanza de que todo estuviera en orden, le respondió de inmediato:

—Nada nuevo. Se supone que llegarán en cualquier momento. Mañana iré a la oficina de París para conocer cuáles son las noticias.

—Por favor, tenme al tanto —pidió Nikolai que, por no querer meterse en las decisiones de su hermano, casi no había preguntado sobre el embarque durante el trayecto.

El cargamento. El dinero para los teatros, las reservas. Margot y su hija. La cabeza de Erik estaba a punto de explotar. Comenzaba a pensar que, tal vez, no había sido una buena idea venir a Europa.

Cuando el tren llegó a París, Nikolai lo llevó a la casa de su madre y el reencuentro con su familia morigeró los pesares, tal como si las aflicciones se acomodaran y tomaran un color más claro y menos preocupante. Porque Irina, llorando, lo había abrazado durante un buen rato y las mellizas se dedicaban a mimarlo. Luisa le pedía que fuese su padrino de boda porque en pocos meses se casaría con el chico Martínez de Hoz y Erik, como hermano mayor, era un padre para ella. María Gracia lo invitaba a la declamación que haría esa semana en un pequeño teatro de la *rue* Dufrenoy. Irina, que lo esperaba desde temprano, le había hecho preparar milanesas con puré de zapallo y huevos rellenos porque —desde chico— era la comida preferida de su hijo mayor. También lo aguardaba con el cuarto intacto, arreglado tal como si aquel muchacho nunca lo hubiera dejado de ocupar. Solo había agregado algunas bonitas fotos familiares y ropa nueva, adecuada a la estación europea para que no tuviera que salir a comprar apenas llegara.

Esa noche, los Martínez Romanov comían, charlaban y reían. Las chicas, exultantes, contaban anécdotas de maldades que les habían hecho sus hermanos. Irina los ponía al tanto de los chismes de París. Los hombres disfrutaban del postre: *parfait* de chocolate para Erik, nueces confitadas para Nikolai. Su madre, conociendo los gustos de

sus muchachos, le encargó al *chef* los favoritos.

Por momentos, en medio de la algarabía, Nikolai parecía quedar ausente; añoraba la presencia de Melisa. Sentía que sin ella la reunión no era perfecta, sin ella su vida no era perfecta. Sin embargo, enfrentaban un problema sin solución porque sus desacuerdos eran insalvables. Él jamás alcanzaría la paz mientras Melisa actuara. Y ella nunca dejaría de hacerlo.

Salvador Jesús Santo

En la Cárcel Modelo de Barcelona hacía seis meses que los reclusos editaban su propio periódico. Cada quincena, los hombres lo esperaban ansiosos. Leerlo les hacía sentir que pertenecían a una comunidad con personalidad propia que tenía cosas por decir. Todos querían participar de alguna manera. Los que no sabían leer ni escribir, relataban sus historias para que ellos les dieran la forma apropiada y se las presentaran al editor o al director. La publicación comenzaba a gozar de popularidad también fuera de la cárcel.

Salvador Santo se encontraba tranquilo y en una buena etapa. Por primera vez en muchos años su prioridad no consistía en castigarse a sí mismo sufriendo las inclemencias del tiempo, ni gozando de las duras tareas, sino que estaba contento por trabajar en un lugar agradable sin padecer calor o frío. La tarea de editor —que al principio no le había interesado— ahora la sentía propia, la disfrutaba. Le agradaba recibir el material y encerrarse para armar la próxima tirada; este trabajo lo llenaba de paz. Su cabeza solía emplear el tiempo en divagaciones sobre la culpa, mientras que ahora lo ocupaba escribiendo y editando. Claro que había momentos en que todavía era atacado por los negros recuerdos. Si bien las pesadillas nocturnas habían mermado, ciertos hechos actuaban como detonantes y su pasado violento regresaba, como ocurrió con aquella pelea librada en el comedor entre dos hombres, y en la que Salvador terminó envuelto. Ese mediodía, mientras almorzaban, la respuesta descortés de un internado generó una palabrota en otro, lo que trajo aparejado un empujón que continuó en una trompada y desató una riña llena de insultos y agresiones. Salvador, al ver a los dos hombres peleando, primero se tapó los oídos y cerró los ojos; pero al abrirlos, vio que continuaban y no lo soportó porque le recordaba lo vivido por él. Con ímpetu, intentó frenarla, pero fue peor: tomó el plato de metal en el que comía y, atacado por una locura parecida a la que sufrió el día del crimen, se puso de pie y se lanzó contra los dos hombres que peleaban tendidos en el piso. Los golpeó con el plato tantas veces y con tanta fuerza, que uno de los agresores resultó herido y con la cabeza

partida, de tal forma que, cuando los separaron, necesitó que le hicieran varios puntos de sutura en el cuero cabelludo.

El director, en un intento por cuidar a Santo —el editor del exitoso periódico que tantos beneficios le traía—, minimizó el incidente y las sanciones fueron menores. Pero a Salvador una cosa le quedó clara: él no podía estar presente en una riña; perdía los estribos. No las soportaba porque revivía la que mantuvo con Carmen la tarde del asesinato, cuando ella le dijo que se marchaba de la casa. Con la certeza de que lo abandonaba por otro hombre, la retuvo. La disputa verbal creció hasta transformarse en una pelea física. Cabreado, perdió la cabeza y le quitó la vida a su esposa porque sin ella no podría vivir. Sin embargo, encarcelado, el recuerdo lo asediaba, como si no hubiera podido detener la mano del destino: quedarse sin Carmen. Sobrevivir sin ella era el peor castigo. Pero una cosa tenía clara: nunca debería presenciar una reyerta de esa clase porque querría detenerla a cualquier precio, aun el de la muerte de los contrincantes.

Fuera de este rapto de locura, Salvador había ingresado en una etapa de mediana introspección y cierta normalidad mental. Los cuentos que escribía en su cabeza habían sido abandonados por completo. Ya no se castigaba inútilmente, sino que trataba de aprender de las lecciones que le imponía la vida y de mirarse a sí mismo de manera objetiva y compasiva. Esa mañana, en su nuevo estado, había decidido escribir para el periódico un artículo sobre la culpa. Comenzaría con una cita de Oscar Wilde: «Un hombre puede soportar las desgracias que son accidentales y que llegan de afuera. Pero sufrir por propias culpas, esa es la pesadilla de la vida». Por primera vez se sentía preparado para abordar este tema. Escribir sobre ello era su manera de hacer catarsis en ese lugar donde vivía: La Modelo, esa cárcel llena de barrotes y alambrados que cada día sentía más como su tibio hogar.

Gabriel Palacios sonreía en su escritorio mientras leía la carta que acababa de recibir. Le anunciaban que el año entrante ya no trabajaría en la cárcel, sino que se desempeñaría dentro del ayuntamiento. Le ofrecían, justamente, el cargo jerárquico que tanto había deseado. En pocas palabras le explicaban que aceptaron su solicitud de traslado porque encontraban en él un gran potencial. Lo veían reflejado en la tarea realizada durante los dos últimos años

en La Modelo. Estaban convencidos de que si había podido concretar un gran trabajo en la prisión, con más razón podría ejecutar todos los proyectos sociales concebidos para implementar en la ciudad.

Palacios se sentía encantado; era lo que siempre había buscado y por lo que tanto había luchado. ¡Al fin se iría de ese lugar! Logró su cometido cuidando los detalles y realizando algunos movimientos inteligentes y certeros, como, por ejemplo, publicar el periódico. Cada quincena, él se había encargado de hacerle llegar un ejemplar a los jefes que tenían la facultad de nombrarlo en el cargo que había alcanzado.

No se había equivocado al elegir a Salvador Santo. Era un escritor frustrado y su capacidad le había ayudado para lograr el nombramiento que disfrutaba desde ese momento. Le dio pena imaginar la vida miserable de ese pobre infeliz. Entonces, como un acto de bondad, se puso de pie, buscó el legajo de Santo y lo dejó sobre su escritorio. Se encargaría de postularlo ante la junta como candidato para obtener la libertad condicional. Si su moción era aceptada, el psiquiatra le haría una entrevista y, en breve, se tomaría la decisión. Total, una vez que ya no tuviera a su cargo la cárcel y trabajara en el ayuntamiento, no le importaría que Salvador Santo abandonara la prisión y la edición del periódico.

Palacios sentía que la vida había sido buena con él y, en agradecimiento, también lo sería con otros. En este caso, el elegido para su acto de misericordia era Salvador Jesús Santo.

Capítulo 38

He rodado al azar por cien caminos
buscando inútilmente perderte en el olvido.

Tango «Cada día te extraño más»,
CARLOS BAHR

Pedro

Esa mañana, Pedro Saidi se levantó malhumorado. Debía reunirse con Dufour. El hombre que en otro tiempo había sido su amigo ahora le caía mal. Seguramente quería insistirle para que volviera al negocio de los teatros, pero ya no pensaba formar parte de la sociedad. Lo único que estaba dispuesto a hacer por ese grupo era prestarle dinero para que se lo devolvieran con una tasa de interés altísima. Si lo querían, que lo tomaran; si no, le daba lo mismo. Se apuró; se le estaba haciendo tarde. Había citado a Dufour en el café Procope a las ocho; y antes debía pasar por la escribanía.

Melisa

Se despertó temprano y su primer pensamiento de la mañana fue para Nikolai. Su imagen le venía clara a la mente, podía ver su rostro anguloso, sus ojos azules, sus cejas pobladas, su barba rubia, sus camisas blancas oliendo a colonia. Cada detalle le provocaba el deseo de tenerlo cerca. Los días pasaban y Melisa lo extrañaba horrores. Por momentos, esa nostalgia le hacía tambalear sus planes de visitar el teatro y la discográfica catalanes, pero lo cierto era que todavía no se sentía dispuesta para dejar de lado sus sueños. Además, él aún no sabía que ya tenían los pasajes de regreso y, lo peor: tal vez ni siquiera quisiese volver. Ella no estaba segura; considerarlo la volvió a la realidad y miró el reloj de su mesa de luz, que marcaba las siete; recién a las diez abría el teatro del Châtelet, donde vería a Gerard Gentaine. Necesitaba pedirle las direcciones de la sala de Barcelona, donde se suponía que actuaría, y de la discográfica. Resolvió que conocerlos personalmente sería lo mejor porque, concluida su ligazón con Raúl Flores, tendría que

decidir cómo continuar su carrera: permanecer en Buenos Aires o aceptar la propuesta de Gentaine. Contar con la información precisa le facilitaría la elección. Además, quería hablar acerca de los tiempos y montos aproximados del contrato que firmaría si aceptaba emprender su retorno a Europa. Porque, evidentemente, si quería estar con Nikolai debería valorar las alternativas que se le presentaban. Juntos, además, tendrían que analizarlas seriamente. La separación la había vuelto dócil y conciliadora; lo extrañaba tanto, que comenzaba a ver las cosas de diferente manera.

Decidió levantarse. La visita a Gerard Gentaine, más la situación que vivía con Nikolai, la mantenían ansiosa y ya no volvería a dormirse por más que fuese temprano. Se vistió para salir a la calle y bajó para desayunar, pero la cocina estaba vacía. Su padre trabajaba; y Amina le dejó una nota explicándole que había salido para comprar en los negocios marroquíes porque planeaba preparar una comida especial. Melisa se apenó; cuando su madre iba a las tiendas moras, volvía después de varias horas; eso sí: con todas las bolsas que le cabían en las manos. Se consoló; si Amina estaba en la calle quería decir que se sentía bien de salud y de ánimo. Entonces decidió que si tenía que desayunar sola, lo haría en el café Procope. Desde allí había unas pocas cuadras hasta el teatro del Châtelet.

Se pintó los labios en el espejito que tenía el perchero ubicado junto a la puerta de entrada de la casa; luego salió a la calle. Llegaría a las ocho.

Nikolai

Se despertó y, aún en su cama, esa mañana ansió con todas sus fuerzas ver a Melisa. Había soñado con ella. Su cuerpo de hombre la reclamaba, la deseaba, la extrañaba; él la quería y no podía vivir sin su amor. Miró la hora. Eran las siete y, a pesar de que se había acostado tarde, ya estaba despabilado pensando en ella. La sobremesa en casa de su madre había durado hasta la madrugada. Allí, escuchando cómo Erik le explicaba a Irina el desamor que tenían con Azucena cayó en la cuenta de cuán diferente era su situación a la de su hermano porque Melisa y él se querían. Y eso tenía un gran valor. El sentimiento profundo y fuerte que los unía no podía perderse ni tirarse a la basura; necesitaban hablar, llegar a un acuerdo. Debían tomar una decisión; no podían seguir así. Por la tarde —convencido—, iría a buscarla. Las primeras horas del día las

dedicaría para trabajar; había pactado una reunión con el director del orfanato y, en un rato, lo vería en el café Procope. El hombre llevaría al chico y a las dos muchachas que ese mes egresaban del hospicio. Nikolai se había dispuesto a ayudarles para encontrar trabajo. Por ese motivo, al muchachito le consiguió una entrevista con el regente de La Mairie de París y habló con Angèle, la empleada de La Chemise Parfaite, para que el dueño del negocio contratase a una de las dos muchachas. Hacía tiempo que Angèle necesitaba una ayudante y, esa mañana, con la anuencia de su patrón, el filántropo Nikolai la aguardaba en el bar con el fin de presentarles a las dos chicas. Angèle les comentaría sobre las responsabilidades y los requisitos para ocupar el puesto.

Una hora después, instalado en el bar Procope, Nikolai comenzaba su reunión con el director del orfanato, el muchachito y una sola de las chicas. Había buenas noticias: la otra había conseguido trabajo en la cocina de un restaurante de la zona y Blanchet ya la había dejado allí para que empezara su primera jornada laboral.

El grupo terminaba el café cuando en la mesa recibieron a Angèle, que arribaba apurada. El tránsito no le permitió llegar a tiempo. Nikolai se encargaba de las presentaciones del caso y, sumergido en las formalidades, no vio que por la puerta del bar entraba Pedro Saidi. Sin embargo, el productor, que sí lo descubrió sentado en una de las mesas rodeado de gente, se detuvo en seco y, sin dudarlo, regresó a la calle. De ninguna manera compartiría el recinto con ese argentino; tampoco lo saludaría porque, si lo tenía cerca, le pegaría una trompada. «¡Vaya socio! ¡Se quedó con la que fuera mi prometida! ¡Qué desfachatado!». Su presencia le resultaba insoportable. Justamente, se había retirado del proyecto de los teatros para no verle nunca más la cara ni compartir una mesa con él, ni tener que saludarlo.

En cuanto pisó la vereda, vio llegar a Dufour, al que sin darle ninguna explicación, le pidió que fueran a La Fenêtre, el bar de enfrente. Su viejo amigo no se opuso, ni se lo cuestionó; sabía que Saidi tenía sus berrinches. Y esa mañana, él no estaba dispuesto a contradecirlo porque venía a pedirle colaboración y dinero. Por lo tanto, si se le ocurría tomar el café en la torre Eiffel, allí iría sin chistar.

Instalados en La Fenêtre, los dos hombres hablaban poco.

Dufour hizo un intento por convencer a Saidi de regresar a la sociedad que construía los teatros. Pero enseguida le retrucó con la contrapropuesta del préstamo y no alcanzaron ningún acuerdo. Los intereses eran ridículamente altos. Las cartas estaban echadas y la reunión ya no tenía razón de ser. Evidentemente, no salvarían el *diferendo* ni Saidi se convertiría en prestamista del grupo. En un esfuerzo por mantener los buenos modales, ambos intentaron terminar su café, aunque lo cierto era que ya no aguantaban permanecer juntos.

Cruzando la acera, en la mesa del café Procope, Nikolai despedía al director y al muchacho, que se marchaban con urgencia a La Mairie, donde mantendrían una entrevista con el fin de conseguir el puesto en el ayuntamiento.

En la puerta, Blanchet y el chico se cruzaron con una bella mujer de cabello largo y oscuro con vestido blanco: era Melisa. Con galantería, le dieron el lugar para que ingresara y luego salieron ellos.

Nikolai, atento a lo que pasaba en su mesa, no registró la escena. Angèle le explicaba a la chica del orfanato cuáles serían sus obligaciones y qué papeles debería presentar para incorporarse esa misma semana.

Ni bien entró, Melisa lo vio. Pero la imagen de Nikolai, rodeado de dos jóvenes bonitas en la mesa, la detuvo y la hizo titubear durante unos segundos. «¿Qué hace Nikolai con esas mujeres en el café? ¿Me quedo o me voy? ¿Quiénes son esas chicas?». Ella no conocía a ninguna y él jamás le había hablado de que en París tuviera amigas tan íntimas como para invitarlas a desayunar. Una estaba muy arreglada; la otra era muy joven. Los tres charlaban animadamente y las chicas sonreían.

La confusión de Melisa dio paso a los celos y al enojo. Pegó media vuelta y se marchó. En la puerta, aún perturbada y sin pensarlo mucho, cruzó la calle. Desayunaría en La Fenêtre, el bar de enfrente. Cruzó la calle temblando. Después de diez días de no saber nada acerca de Nikolai… ¡lo encontró sentado en un bar con dos mujeres desconocidas! Quería llorar.

Melisa llegó al café y, cuando quiso abrir la puerta, distraída como estaba, se chocó rudamente con la persona que salía. El encontronazo con Saidi fue violento, pero ella no lo reconoció

enseguida porque aún pensaba en la imagen de Nikolai junto con las muchachas. Saidi, a diferencia, después del golpe la miró a la cara y la distinguió de inmediato. «¡Melisa, aquí! ¡Por Dios! ¡Qué mañana! ¿A quién más tengo que encontrarme hoy?». Esta vez, fue imposible huir; deberían saludarse allí, en la vereda del café, a plena luz del día.

—¡Melisa…! ¿Qué haces aquí?

La voz conocida de Saidi captó la atención de ella.

Tras un instante de confusión, descubrió quién era. Mirándolo caía en la cuenta de que acababa de llevarse por delante nada menos que a Pedro Saidi, su exnovio.

—Pedro… —No sabía bien qué decir, se habían visto por última vez cuando habían peleado antes de que se fuera con *madame* Rasimi. Optó por la disculpa del choque que acababa de protagonizar—: Lo siento, venía distraída.

—No es nada… Veo que ya regresaste.

—Sí, aquí estoy…

—¿Te radicarás en Francia?

—No, pronto regreso a América.

—Se te ve bien —dijo él con mirada escrutadora.

—Gracias. Tú, también.

La frase le gustó a Saidi.

En el Procope, Nikolai notó que Angèle y la chica del orfanato se entendían perfectamente y que podían prescindir de su presencia. Por consiguiente, dio por terminada la obra de bien del día y se puso de pie para seguir con sus obligaciones; entre ellas, visitar el banco. Saludándolas con una reverencia, salió a la calle.

Mientras los exnovios llevaban adelante su escueto y nervioso diálogo, Saidi vio salir del café Procope a Romanov. Cuando se vieron, ambos se miraron de manera odiosa. Hasta que Nikolai descubrió que la chica de espaldas que conversaba con él… ¡era Melisa! Ese cabello con ondas hasta la cintura solo podía ser de ella. Melisa, nerviosa y sorprendida por el ocasional reencuentro, ni se percató de las miradas furibundas que cruzaban los hombres.

Saidi escuchaba las respuestas de su bella interlocutora y su mente sacaba conclusiones a gran velocidad: ella venía a este bar y Romanov estaba en otro. El argentino se quedaba en Europa para construir los teatros, ella se volvía a América: era evidente que ya

no estaban juntos. El descubrimiento le endulzó la voz y, lleno de una nueva simpatía, le hizo un par de preguntas sobre su carrera artística y se interesó por sus padres. Melisa le respondió con monosílabos. Todavía no salía del asombro por los encuentros fortuitos; dos en una misma mañana eran demasiados.

A Nikolai la imagen de Melisa junto a Saidi le fastidió. Actuaría, lo confrontaría: «¿Y si cruzo la acera y los encaro?». Lo dudó, pero ganó la cordura. No cruzaría. Las cosas podían llegar a terminar mal, tanto él como Saidi se morían desde hacía mucho tiempo por darse una trompada, y la proximidad los tentaría. Siguió su camino y marchó con esfuerzo la cuadra que lo separaba de Melisa y Saidi, tal como si sus piernas fueran de yeso. «¿Qué carajo hace Melisa con ese horrible hombre en el bar? ¿Acaso Pedro no la odiaba, y ella no lo quería ver más en su vida?». Los celos lo torturaron, el enojo lo malhumoró y ambos le quitaron por completo de la cabeza la idea de buscarla esa tarde por su casa como había pensado temprano. El plan de una reconciliación acababa de ser abortado abruptamente.

Minutos después, Melisa avanzaba rumbo al teatro del Châtelet, pero lo hacía sin ganas. Verlo a Nikolai con esas dos mujeres le había quitado el deseo de emprender una obra nueva. «¿Y si dejo la actuación de lado como él me lo pide y me dedico solo a querer a este hombre que me propone formar una familia?», se preguntó. La respuesta la enfrentó a la cruda realidad: si hacía eso, si abandonaba su sueño, ella no sería feliz y alguien que no lo era difícilmente podría hacer feliz a otro. Por lo tanto, Nikolai tampoco sería feliz. El problema parecía ser un laberinto sin salida.

Esa misma mañana, Erik a pesar del cansancio propio de haber bajado del barco el día anterior, se levantó temprano y, en contra de los ruegos de su madre que le pedía que se quedara para descansar, partió al centro. Necesitaba visitar cuanto antes la oficina de la compañía naviera que había contratado en Buenos Aires. Tampoco aceptó el automóvil con chofer que Irina le ofreció, sino que prefirió caminar; estaba demasiado nervioso y no quería que nadie —ni siquiera el chofer— se enterase de lo que estaba pasando hasta no tener certezas. Fueran buenas o malas, él quería conocerlas primero.

Salió de su casa, avanzó una cuadra y se sintió raro caminando

en esa ciudad que hacía tantos años no pisaba, aunque tenía que reconocer que las casonas de la calle Copérnico no habían cambiado mucho. Sus fachadas antiguas llenas de recovecos, sus balcones y sus puertas de madera maciza labradas seguían iguales. Solo se habían agregado algunos cafés y negocitos, pero no más que eso. Impactado, vio que el puesto de flores de la calle Copérnico seguía igual. Se detuvo unos minutos para mirarlo y, observando las flores y la ventanita que seguía idéntica, se llenó de recuerdos. Entonces caminó un poco más; quería pasar por delante de la casa de Loyola, esa propiedad la tenía bien ubicada, y, por lo que Nikolai le había contado, al lado estaba el taller.

Marchó unos metros y, ante la fachada, se cruzó de acera. Desde allí divisó la puerta que correspondía al taller. Del interior salían dos muchachas rubias y su corazón le dio un vuelco, pero… «¡Qué estúpido soy! ¡Ninguna de esas muchachas jóvenes puede ser Margot!». Ella rondaría los cuarenta años. Y las chicas, más bien, se parecían a la Margot que él había conocido y no a la que debía ser ahora. Siguió su camino andando muy despacio hasta que perdió de vista la casa y el taller, y decidió centrarse en lo que esa mañana era su responsabilidad.

En media hora, Erik se hallaba sentado en una de las cómodas butacas del *hall* de entrada de la grande y lujosa oficina. Esperaba que lo atendieran rápido. Aliviado, pensaba que, al menos, las dependencias parisinas de la compañía sí funcionaban.

Pero el tiempo fue pasando y llevaba casi cincuenta minutos sentado allí cuando, a punto de explotar, alguien vino en su auxilio y lo hizo pasar.

Un hombre joven, que intentaba parecer mayor con sus finos bigotes mostachos y su pose estudiada, fue quien habló con él:

—Encantado, soy el doctor Claudet. Pase usted.

—Mucho gusto —dijo Erik secamente mientras ingresaba al escritorio. La larga espera y el tono de voz de su interlocutor le daban mala espina.

—Perdone usted la demora, señor Martínez Romanov. La verdad es que no esperábamos que nos visitara, creíamos que vivía en Argentina.

—Así es. Pero tengo parte de mi familia aquí, en París, y como

en las oficinas de Buenos Aires nunca hallaba a nadie para que me atendiera…

—Esteee… sí, sucede que allá tuvimos un inconveniente.

—Por favor, no me hable de lo que pasa allá. Solo me interesa saber el estado de mi cargamento. Según mis cálculos, ya debería haber llegado a Europa y, cuando esto sucede, la compañía transportadora me avisa de inmediato. Pero ustedes no me han informado nada. ¿Está bien el barco?

A estas alturas, Erik temía lo peor. Tal vez, la nave se había hundido; no era algo imposible. Más de una vez, los barcos tenían esa clase de problemas. Sobraban los antecedentes al respecto… ¿Por qué no podía pasarle a su carguero?

—No, señor Martínez Romanov, ese no es el problema. ¿Quiere un café?

—No quiero ningún café. Dígame ya mismo y de una vez qué es lo que está pasando.

—Antes que nada, quiero aclararle que soy un simple empleado que trabaja para la firma pero no soy responsable, ni parte de ella.

—En este momento no hay otra persona aquí. Por lo tanto, para mí usted es la cara visible de la compañía… ¡así que hable de una vez!

—Mire, seré sincero, señor Martínez Romanov: su cargamento ha tenido un problema. El motor de la cámara frigorífica se averió, la ayuda tardó en llegar… y las carnes tuvieron problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Se arruinaron —se lo dijo sin adornos.

—¿Se echaron a perder? —preguntó Erik incrédulo.

—Sí.

—¡Son unos hijos de puta! —gritó Erik hablando de una manera que jamás usaba.

—Cálmese, hay seguros…

—¿Seguros? ¿Y cuándo me darán el dinero? ¿Hoy, mañana?

—Usted sabe que esos trámites llevan tiempo.

—No, no sé. Explíquese.

—Tiempo es tiempo.

—Claro, usted dice dos años, tres. ¿Sabe…? Yo hipotequé mis campos para hacer un pedido de ese tamaño.

—Puedo imaginar cómo se siente. Pero habrá que esperar.

—¿Esperar? ¿Y mientras tanto qué quiere que haga con mi cliente? —Erik, que pensaba en los ingleses y se imaginaba cuán difícil sería enfrentarlos, agregó—: En ese buque no solo despaché mis carnes, sino también las que compré a otros estancieros. Las pagué muy caras. ¿Tiene idea del perjuicio económico que me causa? No solo perderé a mis clientes ingleses para siempre, sino también hasta mis tierras.

—Yo le sugeriría que pase mañana para que empecemos los trámites…

El hombre se desvivió en darle más explicaciones y en ofrecer mil opciones, pero la verdad era una: las carnes habían llegado en un estado inservible. Los Martínez Romanov perderían a sus clientes y también mucho dinero. Ahora debería continuar con una gran cantidad de trámites burocráticos para ver cuánto efectivo se podía rescatar. Para colmo de males, Erik recordaba que esta compañía trabajaba con una aseguradora que no era la de siempre y que no tenía las mejores referencias. ¡Quién sabe si alcanzarían a salvar algo de dinero, y cuándo sería eso! Nikolai le había recomendado que no la utilizara y él no oyó, así que ahora no tenía a quién echarle la culpa. Toda la responsabilidad era suya. Tenía que hablar con su hermano y contarle porque necesitarían efectivo para levantar la hipoteca.

Minutos después, Erik salía a la calle y sentía que se moría. El sol le molestaba, la gente le molestaba, el aire que entraba a sus pulmones, también; le molestaba la vida. Sentía el peso del fracaso de su matrimonio, la ausencia de sus hijos y no poderles brindar una familia feliz. Lo atormentaba lo mal que había salido el envío y tener que trabajar de algo que no le gustaba. Entonces, por primera vez, la posibilidad de que padeciera la misma enfermedad de su padre no lo desesperó, sino que la vio como una salida. Comenzó a caminar perdido en sus pensamientos, sin un rumbo definido.

Llevaba tres horas de vagabundeo cuando se encontró marchando por la calle Copérnico en dirección a la casa de Irina. Por el camino, pasó de nuevo por la fachada del taller Loyola; era inevitable. Mirando la puerta y el movimiento de personas, por poco se larga a llorar. «¿Por qué mi vida no pudo ser distinta? ¿Por qué no pude ser feliz con Margot y dedicarme a escribir libros, que era lo que hubiera querido hacer?». Siguió avanzando; solo le

faltaban unos pocos metros para llegar y tener una cama donde acostarse y dormir, que era lo único que deseaba hacer. Dormir de cansancio, porque el viaje y las emociones le habían quitado hasta la última gota de energía. Dormir de ganas de no vivir, porque estaba harto de todo. Dormir de deseos de desaparecer, de no enterarse de lo que pasaba a su alrededor, de olvidarse de todo. Dormir para que no doliera tanto, porque el dolor era insoportable. A veces, la vida era demasiado cruel y cada cual buscaba su forma de enfrentar las crueldades que lo martirizaban. Decidió que descansar sería lo único que haría.

Y así sería: Erik se acostaría esa siesta y recién se despertaría a la misma hora del día siguiente.

Instantes después de que él pasara por la casa de los Loyola, Margot salía del taller para mirar la espalda de esa figura que, por la ventana, le había parecido conocida. Lo había visto pasar a través del vidrio y por esa razón había salido a la calle. «¿Podía ser Erik ese hombre tan abatido? Sí, podía». Según Melisa, que le había adelantado la fecha, él ya había arribado a la ciudad. Lo vio alejarse y perderse en la esquina de la casa de los Martínez Romanov. Seguro que era él. Deseó verle el rostro de cerca y oír su voz. Imaginar esa cercanía le trajo un estremecimiento a su cuerpo y a su corazón.

Capítulo 39

Estoy sentado a mi mesa,
oyendo un tango que nadie escucha.
Casi las cinco de la matina
y hay un recuerdo que me hace burla.

Tango «Madrugada»,
FERNANDO ROLÓN

Cuando Erik se despertó después de dormir casi veinticuatro horas seguidas, se levantó y se quedó encerrado en la residencia. No quería salir a la calle ni ver a nadie, salvo a su madre y a sus hermanas. Ni siquiera a Nikolai, porque sabía que cuando se encontraran tendría que contarle lo sucedido con el cargamento de las carnes y, de inmediato, deberían tomar decisiones drásticas. En la casa, a nadie pareció llamarle la atención que estuviera taciturno; era sabido que el cansancio de la larga travesía trastornaba a la mayoría de los viajeros.

Merendó con sus hermanas y su madre en la mesita del patio de invierno, rodeado de plantas. Les dejó a ellas la iniciativa sobre los temas de conversación mientras bebían café y comían la exquisita y húmeda torta de nuez que tantos recuerdos le traía. Desde niño, nunca faltaba en la casa de Irina. Finalmente, cuando su madre y sus hermanas se marcharon para realizar sus actividades, y aprovechando que la tarde caía y aparecían las primeras sombras, él dio una vuelta por el barrio buscando airearse. No deseaba cruzarse con nadie, ni que lo vieran. Dio los primeros pasos por la calle Copérnico y sus pies lo llevaron —sin su permiso— hacia la cuadra de la casa Loyola. A la altura de la puerta del taller, cuando vio los ventanales, se detuvo y se sentó en la verja de la casa de enfrente. Observó la fachada Loyola bajo el reparo de la oscuridad y de las ramas de los árboles. Y allí se quedó aletargado esperando algo… tal vez aguardando un milagro: que saliera Margot y fuera la misma chiquilla rubia que alguna vez había sido y le había hecho saborear una vida dulce, y no esta amarga, como la que hoy sentía, como si

fuera la única que había para él. Quería que saliera a recibirlo riendo, como cuando eran jóvenes. Lo anheló con tantas fuerzas que el mundo que lo rodeaba tuvo que moverse al ritmo de su deseo y el milagro, en cierta manera, se produjo.

En medio de las oscuridades de la noche, las cortinas del gran ventanal del taller se corrieron. Mostraron el interior iluminado y a una mujer rubia de cabello enrulado al hombro que las hizo a un lado, abrió los vidrios y, extendiendo sus manos, tomó los dos enormes postigos verdes y los empujó con fuerza hacia adentro hasta cerrarlos. Algo tan simple como que el día de trabajo en el taller Loyola llegaba a su fin y su encargada, Margot Morandé, lo cerraba como hacía cada jornada. Pero a Erik lo que acababa de ver lo conmocionó. Fueron instantes en que la luz mostró esa imagen, en que la oscuridad se deshizo con ese perfil luminoso, en que él vio a Margot y, desde lejos, la encontró igual, haciéndolo regresar de esa forma a recuerdos gratos que impregnaron su mente, su piel y su corazón de sensaciones agradables. Esa chica que una vez conoció, esa chica que reía para él, que le hablaba, ese cabello rubio que él acarició, estaba allí. Los metros que los separaban no le permitieron ver las nuevas arrugas del rostro femenino, ni distinguir los tres o cuatro kilos de más que los años le habían dejado a Margot. Para Erik el momento fue magia, fue el pasado visitando el presente, fue la fuerza de los recuerdos felices matando a los recuerdos infelices.

Minutos después, en la tranquila calle Copérnico, él seguía quieto, muy quieto, acababa de tener su milagro y aún lo disfrutaba. «¿Y si golpeo el portón del taller y contacto a esa mujer?». Se respondió con una dosis de realidad: «No, claro que no». No se atrevería a romper el encanto de lo que recién había vivido. Se quedó inmóvil hasta que la noche cayó por completo y, sintiéndose preparado, decidió volver a su casa caminando muy despacio, con un sabor dulce en la boca.

A Manuel y a Amina les preocupaba que su hija y Nikolai estuvieran enojados, ya que pronto partirían para América. Hacía varios días que él no pisaba la casa y ella no se ausentaba de noche para volver recién por la mañana. Habían intentado hablar con Melisa sobre el tema, pero minimizó el asunto diciendo que era un enojo, que ya se les pasaría. Si les contaba los detalles, los amargaría. Pero sus

padres, que eran experimentados en las cosas de la vida, percibían cuánto le costaba a Nikolai aceptar la importancia que tenía para Melisa su vocación. Sumado a que estaban seguros de que la pareja vivía en París de una manera muy diferente a la de Buenos Aires porque aquí Melisa seguía siendo simplemente su hija mientras que allá era la mujer de Martínez Romanov.

Esa noche, Amina puso la mesa para comer el *falafel* de lentejas que había preparado especialmente. La comida estaba casi lista para servirse cuando Manuel dijo:

—Hija, entiendo que estés enojada con Nikolai, pero tienes que hablar con él. Darle el pasaje, avisarle cuál es la fecha de partida. Solo falta una semana para embarcarnos.

—No sé si él querrá viajar.

—Justamente, por eso. Nosotros no desistiremos, tu madre está bien y lo aprovecharemos —dijo Loyola, sin aclarar que el doctor les había advertido que solo en la mitad de los casos la enfermedad tenía sanidad con el tratamiento efectuado. Cada cuerpo decidía su propio destino, y Manuel soñaba con el mejor para el de su esposa.

Juntos habían escuchado atentamente las aseveraciones de Benoit y por eso querían hacer el viaje cuanto antes.

Amina, que no solo quería ver actuar a su hija, sino también verla bien y feliz, la animó:

—Hija, si realmente se quieren, por favor, hablen y arreglen los problemas. El tiempo pasa y los momentos perdidos no vuelven más.

Amina tenía claro cuán frágil podía ser el futuro y cuánto más el suyo. A veces, incluso, sentía que corría contra el reloj. Ojalá la vida y Alá le concedieran una larga existencia, pero si no era así, ella quería prepararse para poder estar en la mayor cantidad posible de momentos felices en la vida de su hija.

—Mamá, en ciertas ocasiones, es tan difícil ponerse de acuerdo. Parece que los dos tuviéramos razón.

—Tal vez sea así. Por eso mismo deben llegar a un acuerdo.

Nikolai esa noche se maldecía por haber tomado el compromiso de una cena en su casa. Si bien era algo sencillo —solo venía el director del orfanato con su esposa y los tres jóvenes a los que les había conseguido trabajo—, él no tenía deseos de ver a nadie.

Desde esa mañana, después de encontrar charlando a Melisa y a Saidi muy campantes, no hallaba paz. Indignado, solo cavilaba una idea que lo trastornaba: ellos acababan de tomar un café en La Fenêtre y los encontró justo cuando salían del local. Si esa noche no había cancelado la cena era porque sentía que el orfanato tenía un valor especial para él. Era la única actividad que llevaba adelante en la que no trataba de ganar o de gastar dinero. El director y su mujer eran personas especiales. Le gustaba charlar con ellos porque tenían una cierta sabiduría y siempre aprendía algo. Además, al cabo de esa semana, los tres jóvenes abandonaban para siempre el orfanato y comenzaban a vivir en pensiones con el producido de su trabajo. El cambio de vida era duro y, al mismo tiempo, positivo porque se insertaban en la rutina diaria como buenas personas. Sin duda, tenía que ver con la labor realizada en la institución. Era la culminación de varios años de trabajo durante los cuales él —lo sabía muy bien— había participado con su apoyo económico. «La coronación merece este festejo», concluyó y cobró ánimo para terminar de vestirse. No se puso traje —no hacía falta—; solo una camisa celeste sin lazo al cuello y un pantalón negro. El tipo de reunión merecía sencillez. Se estaba poniendo colonia cuando escuchó el timbre. Se dirigió al recibidor y, por las voces, descubrió que sus invitados habían llegado.

Enseguida, el grupo lo saludó y una de las muchachas le entregó la tarta de arándanos que había preparado especialmente para la noche. Él le agradeció casi emocionado; eran los detalles que valoraba en este tipo de gente. De inmediato los hizo pasar al comedor diario, el lugar elegido para cenar. El comedor principal —con su enorme mesa de caoba para veinte comensales, sus sillas de respaldar forrado y arañas de cristal en el techo— podía incomodar a sus convidados. La velada debía ser descontracturada, sin tantos sirvientes alrededor, ni tantos platos y cubiertos sobre el mantel. Así se lo había encomendado a su mayordomo.

En minutos, Nikolai —en persona— servía en los platos *coq au vin* con papas que su empleada había alcanzado a la mesa en una gran fuente. La cena comenzó con un brindis por los tres nuevos trabajadores que se insertaban en el mundo laboral. El muchacho comentó que había logrado el puesto en La Mairie porque sabía redactar con rapidez en la máquina de escribir. A su turno, la

muchacha morocha y más callada les relató que ayudar en la cocina del orfanato le había otorgado experiencia para desenvolverse entre las grandes ollas del restaurante. La chica rubia de cabello largo les explicó que estaba a prueba en la camisería, pero que iba bien porque la señorita Angèle le ayudaba a distinguir las diferentes clases de telas y de camisas que vendían. Nikolai sonreía satisfecho; la veía apasionada con la elemental tarea. Había sido un acierto pensar en ese trabajo para ella. La conversación del grupo era sencilla, espontánea, entretenida y, por momentos, hasta rasa, pero a Nikolai le hacía olvidar sus males, y se relajaba sumergiéndose en trivialidades.

Melisa, después de la charla con sus padres y a pesar de que era una de sus comidas preferidas, se retiró a su cuarto casi sin probar el *falafel*. El hecho de que el tiempo se acortaba la ponía nerviosa y no le entraba bocado. Viajaría a Barcelona para conocer el teatro y la discográfica; luego, en pocos días más, partirían todos hacia América. Sin embargo, ella aún no sabía si Nikolai los acompañaría. Sus padres tenían razón: debían ponerse de acuerdo. Pensó en él y la imagen de Nikolai con las muchachas en el bar la perturbó de nuevo.

Llevaba un buen rato encerrada en su cuarto, tendida en la cama, mirando el techo mientras sus pensamientos luchaban entre los consejos de sus padres y los celos que la abrumaban. El viaje y Nikolai. El bar Procope y Nikolai. Él y las dos muchachas rubias riendo. Él y sus camisas blancas. Él y su colonia Guerlain. Nikolai. Nikolai. Nikolai. Harta y torturada, se sentó de golpe en el borde de la cama. Miró la hora; todavía no eran las diez de la noche. Y entonces, guiada por la pasión y el amor que sentía por ese hombre rubio, se calzó los zapatos y, vestida como estaba, de falda blanca tableada y blusa rosa, sin hacer mucho ruido para no preocupar a sus padres que ya estaban en el cuarto, salió a la calle rumbo a la casa de Nikolai. Lo buscaría. Ya no quería jugar a la orgullosa. Ella se moría por estar con él; ya verían cómo arreglar todos sus problemas, porque ella… ella lo amaba. Caminar las cuadras hasta la casa de Nikolai le llevó quince minutos.

Frente a la puerta de madera maciza, Melisa golpeó decidida. Por las ventanas se veía que aún estaban las luces prendidas. Alain,

el mayordomo, abrió, la saludó y le pidió que pasara al recibidor.

La velada que celebraban en la casa de Martínez Romanov a todos les daba aires de libertad en las formas y, mientras su mayordomo atendía sorprendido por la hora en que tocaban a la puerta, la muchacha que había traído el postre de arándanos lo cortaba. Nikolai, ayudado por la otra chica, buscaba en el armario del comedor principal los platitos donde lo servirían. Ella le comentó:

—Señor Martínez Romanov, le agradezco tanto que me haya recomendado en la camisería… ¡Es un lugar tan elegante! Espero quedar como empleada fija.

—Me alegro que te guste el trabajo. Tienes que poner empeño y todo irá bien.

—Realmente me estoy esforzando por aprender. Por ejemplo, ya sé que la camisa que usted lleva hoy es… —dijo tocando la tela a la altura del hombro del anfitrión. Luego del tacto, dio el veredicto—: Es una *chemise* cuchillada hecha de lino de la India.

—Muy bien, ya vas aprendiendo —reconoció Nikolai sonriendo. La chica le inspiraba ternura, era muy joven, bonita e ingenua. Ojalá le fuera bien en la vida; él había hecho por la pupila todo lo que podía.

Esa era la imagen que daban: Nikolai con los platos de postre en las manos sonriendo mientras ella le tocaba el hombro. Y eso fue lo que vio Melisa desde el recibidor cuando desvió su mirada hacia el salón principal desde donde salía la voz de él.

«¡Otra vez Nikolai con la misma chica rubia de la mañana!». Desde el comedor diario se oía gente conversando. «¡Había organizado una cena…! ¡Y con personas de mucha confianza, porque estaban en el comedorcito en el que, según él, solo comemos nosotros dos! ¡Así que mientras yo me siento apesadumbrada porque estamos separados, él se dedica a divertirse celebrando reuniones en su casa! ¡Y con la chica del bar, que, para peor, es casi una niña! ¡Ja! No sé de qué me sorprendo», se dijo a sí misma. A Rosa, su novia anterior, la había elegido con solo diecisiete años… ¡pero él ya pisaba los treinta!

—¡Melisa! ¿Qué haces aquí? —preguntó Romanov mirando hacia el recibidor.

—¿Qué hago? ¿Qué hago? —contestó enojada. Era imposible

disimularlo.

—No te esperaba —dijo él y, dándole a la chica los platos, agregó—: Discúlpame un minuto, vayan sirviéndose.

Nikolai caminaba en dirección a Melisa, cuando ella le respondió intempestivamente:

—¡Ya me doy cuenta de que no me esperabas! ¡Vengo a verte y estás de fiesta!

—No es una fiesta, es una simple reunión.

—Yo no soy tonta —alcanzó a decir.

Cuando Nikolai notó que estaba a punto de explotar, la llevó de la mano a la cocina.

—Por favor, retírense —les pidió a la empleada y al cocinero que trabajaban allí. Ambos se marcharon de inmediato y Nikolai, antes de cerrar la puerta, se asomó y le dijo al mayordomo—: Alain, te ruego que atiendas a los invitados. Necesito unos minutos.

—Quédese tranquilo, señor —aseveró el hombre, que conocía muy bien a Melisa y sabía que llevaba varios días sin visitar la casa. Consciente de la situación, fue al comedor y ensayó una disculpa en nombre del señor Martínez Romanov, explicándoles que debía atender un problema que exigía una solución urgente.

Encerrados en la cocina, ellos dos trataban de entenderse, pero no lo lograban. Melisa estaba enojada y se lo hacía saber:

—¡Vengo a tu casa sin avisarte y te encuentro con varias mujeres!

—¿Mujeres?

—Tú jovencísima amiga rubia…

—¡Pero ella no es mi amiga! —protestó—. Si la he visto tres veces en mi vida… ¡es mucho!

—Sí, y justo yo llevo dos encontrándote con ella.

—¿Dos?

—Esta mañana estabas en el bar con esa chiquilla y con otra rubia más.

—Sí, y tú con Saidi, en La Fenêtre.

Melisa se sorprendió pero se defendió con rapidez:

—Yo me encontré por casualidad. No quise entrar al Procope porque te vi allí, crucé al otro café y en la puerta me topé con Saidi. Ni siquiera nos sentamos, charlamos dos palabras de pie. —Nikolai la miraba atentamente. Era verdad lo que decía: los ojos marrones y

exóticos de Melisa le daban la certeza. Ella agregó—: Cosa que tú no puedes decir… porque estabas sentado con ambas mujeres.

Nikolai sonrió. Esa mirada furibunda también le confirmó que estaba terriblemente celosa. Le agradó saber lo que ella sentía.

—¿Tal vez estás celosa? Te recuerdo que la que rompió nuestro compromiso fuiste tú cuando me devolviste el anillo, el día que lo tiraste en la mesa —dijo él aproximándose, acercando su rostro al de ella.

—Celosa, no. Yo ese día… —Las palabras no le salían con coherencia, lo tenía a centímetros después de casi dos semanas de no verlo, le costaba respirar.

—¿Sabes…? Me gusta que estés celosa —le dijo y la besó en la boca con las ganas de tantos días de no tenerla. ¡Ay, cuánto hacía que no probaba esos labios! Mucho tiempo, demasiado. ¡Ay, cuánto hacía que no sentía el dulce aroma a sándalo! Ese que ahora lo narcotizaba y le pedía más y más, sin importar que estuvieran en la cocina y que en el comedor esperasen sus invitados. ¡Ay, cuánto hacía que no sentía esas curvas de mujer tan cerca suyo! No dejaba de besarla cuando sin pensarlo le metió la mano bajo la falda y le tocó las nalgas, y más adelante, y toda entera… adentro, muy adentro. ¡Ay, cuánto hacía que no sentía esas humedades! Todos sus sentidos se hallaban enardecidos. ¡Ay, ay, ay… quería hacerle allí mismo el amor! La besaba y ella le respondía, la tocaba y ella gemía. Su cuerpo de hombre reconocía al de Melisa y le exigía todo; la apretaba, la buscaba, la olía. Desbocado, sin poder frenarse aunque quisiera, la alzó y las piernas de mujer le respondieron rodeándolo. Así caminó el paso y medio que necesitaba para llegar a la mesa y la depositó sobre la madera dura; le levantó la pollera blanca tableada hasta la cintura y, desprendiéndose los pantalones oscuros lo justo y necesario, se abrió paso con las manos entre la ropa interior de Melisa y la penetró con violencia, con desazón, con la añoranza por no haberla tenido todos estos días. Cada arremetida era implacable, iba con el deseo desbordado de semanas; cada embestida profanaba, satisfacía, expiaba, gratificaba. Los ojos claros comiendo los negros. Los sentidos exaltados: Guerlain contra sándalo, carne contra carne, gemidos, suspiros, jadeos hasta hacerles doler de placer. La mesa de la cocina de Martínez Romanov acababa de probar por primera vez el plato más delicioso: el del

sexo con amor. Unos pocos movimientos y todo había terminado para ambos; corto, intenso, febril, total, pleno.

Y de nuevo la cordura.

—¡Tienes invitados…! —exclamó Melisa al volver en sí.

Nikolai, todavía con su respiración tranquilizándosele, respondió:

—¡Qué me importan mis invitados…! Es gente de confianza; ninguno se enojará.

—No deberíamos estar aquí.

—Todas son personas del orfanato. La chica rubia, a la que tanta aprensión le tienes, es una de las chiquillas que creció allí. Ahora, que se ha hecho mayor, comenzará a trabajar. Están aquí con el director y su esposa festejando porque les hemos conseguido empleos.

A Melisa la frase le dio otra perspectiva. Azorada, dijo:

—Hum… lo siento —se disculpó.

Ambos se acomodaron la ropa como pudieron.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Melisa avergonzada ante la sola idea de salir de la cocina y verse obligada a dar algún tipo de explicación.

—No te preocupes, tampoco hemos estado tanto encerrados. Además, Alain se debe haber encargado de dar las disculpas y de atender a los invitados —dijo refiriéndose a su mayordomo.

—¿Cómo salimos de acá?

—Como entramos —aseveró con tranquilidad. Él no se hacía mucho problema, no sentía presión. Esa era su forma de ver la vida. Luego agregó—: Ahora, ven, Melisa, quiero que conozcas al director y a su esposa. Son personas extraordinarias.

—No, no. Se me nota…

—¿Qué cosa?

—Lo que acabamos de hacer.

Nikolai sonrió. Ella, en el fondo, no dejaba de ser la chiquilla tímida que, por amor, se había acostado con él por primera vez aun en contra de sus principios.

—Quédate tranquila. Nos lavaremos un poco las manos y la cara y nadie notará nada.

—Está bien —aceptó.

Se lavaron en el grifo de la cocina y se secaron con un

repasador.

Nikolai exclamó:

—¡Si Irina nos viera haciendo esto se caería desmayada aquí mismo!

—¡Cállate! Me muero. No digas ni una palabra más —le recriminó Melisa. Imaginar el rostro de su suegra viendo la escena que ellos componían la trastornó por completo.

En minutos, ya compuestos, los dos ingresaron al comedor y Nikolai presentó a Melisa como su novia oficial. Ella, al escucharlo, sintió que moría de amor porque él no estaba con ninguna otra mujer. Nikolai solo le pertenecía a ella. Era un buen hombre y la amaba. En verdad, le ofrecía todo; pero ella, por seguir su vocación, se lo rechazaba. Este ofrecimiento, ¿también incluía su libertad de elección? Las preguntas se le complicaban aunque lo oía hablar y algo en su interior se quebraba y le hacía sentir que quería brindarse por completo a ese hombre. Pero ¿cómo hacer?

Melisa se quedó solo unos minutos con el grupo y luego se despidió. Nikolai la acompañó hasta la puerta, y allí le dijo:

—Has visto cómo hablo de ti en público y lo que significas para mí… ¿Te quedan dudas de cuánto te amo?

—No.

—Entonces, sabes a qué me refiero cuando te digo que quiero todo contigo.

—Sí.

—Yo no me guardo nada para mí y no quiero que tú te guardes nada.

Claro que entendía de lo que hablaba, pero aun así, no se sentía preparada para entregarle sus sueños.

Ella sacó de su cartera el pasaje de Nikolai.

—¿Qué es eso? —preguntó él.

—Es el pasaje para regresar a Argentina. Mi padre compró cuatro.

—¿Para cuándo es?

—Para dentro de una semana.

—¡Ya! ¡No falta nada! —se sorprendió Nikolai.

—Así es… —Y entonces, ella puso en palabras su miedo—: ¿Vendrás con nosotros?

—¿Te quedan dudas? Te amo y te seguiré a donde vayas. —La

miró a los ojos y expresó su deseo—: Ámame como te amo yo.

La frase fue la estocada final. Tal vez Nikolai tenía razón y la amaba más que ella a él.

Dos palabras más de despedida y, dándole un beso en la boca, él ingresaba apurado a la casa. Melisa se marchaba mientras los invitados esperaban por su anfitrión.

Cuando Melisa llegó a su casa, entró de puntillas para no despertar a sus padres, pero se encontró con que Manuel estaba en la sala. Como no podía dormir se quedó a esperarla con un té moruno de los que preparaba Amina. Desde que su suegro Alberahim se lo había hecho probar, hacía ya mucho tiempo, a Loyola le gustaba y, con los años, también había aprendido a encontrar placer en varias de las costumbres de su esposa, así como Amina las había hallado en las suyas. Aprender a disfrutar lo que el otro disfrutaba era parte de hacer feliz a la persona amada.

Melisa ingresó a la sala y Manuel Loyola, desde el sofá donde estaba sentado, la miró con una tierna sonrisa. Ella se la devolvió. Su padre siempre estaba de buen humor, no recordaba haberlo visto de otra forma; él siempre era cariñoso con ella y con Amina y todos los que trabajaban con él lo querían mucho. Era una buena persona, un hombre pleno, feliz.

—Papá, todavía está levantado…

—No tenía sueño, y te esperé para darte un té moruno, ¿quieres?

—Sí, pero dígame algo porque ya me estoy desesperando…

—Dime —le dijo preocupado.

—Quiero saber cómo hace para estar siempre bien dispuesto. ¿Cómo se hace para ser feliz?

Ella, que lo tenía todo, parecía que nunca alcanzaría la felicidad absoluta, la paz, la plenitud. Los desencuentros con Nikolai respecto a su carrera artística no le permitían encontrar la punta del ovillo.

—Hum, no sé si tengo una gran respuesta —se sinceró Manuel.

—Pues entonces, aunque sea, deme una pequeña.

—Creo que el secreto es levantarse cada mañana proponiéndose e intentando ser una buena persona, dar lo mejor de uno sin importar lo que pase. Y si alguien te hace algo malo, mirar para otro lado y seguir adelante.

—¿Tan simple?

—Para completar, agregaría: tratar de realizar lo que a uno le

gusta. Además de amar mucho y hacerle sentir ese amor a tus seres queridos. Creo que cuando uno vive de esta manera, el mundo que nos rodea, tarde o temprano, se acomoda para no traernos demasiadas dificultades y permitirnos ser felices.

Ellos seguían charlando y Melisa, sintiéndose cobijada entre el cariño y las palabras sabias, se animó a contarle lo que le estaba pasando en su vida. Manuel prosiguió enseñándole lo que él había aprendido a través de los años:

—Elige, pichoncita mía, elige tú. Que no sea la vida o la situación la que elija por ti. No dejes que las cosas caigan por su propio peso. Antes, elige, que para eso Dios te ha puesto todas estas opciones delante de ti.

Melisa atesoraba cada una de esas palabras porque en las próximas horas tendría que usarlas para decidir su existencia. Su destino ya no esperaba. Era ahora o nunca.

Salvador Jesús Santo

A pesar de los varios meses que habían pasado desde que se inició el año 1927, la vida en la Cárcel Modelo de Barcelona seguía igual. Porque aunque en esa oportunidad siempre se brindaba con jugo de manzana en honor al Año Nuevo, al día siguiente la rutina diaria del lugar no cambiaba.

Cada enero, algunos presos festejaban el paso del tiempo porque los acercaba a la tan ansiada libertad, esa que anhelaban y les hacía contar y tachar los días con lápiz en el papel que guardaban bajo el colchón donde dormían. Otros, simplemente, chocaban sus tazas de metal entre sí solo por realizar un típico ritual humano. Eran los que vivían allí y ya no contaban los meses ni los años porque no saldrían jamás de La Modelo; entre ellos se hallaba Salvador Santo.

Gabriel Palacios, esa mañana, a más de mitad de año, se paró frente a todos y, exultante, comenzó su discurso de despedida. El momento de partir, de abandonar la cárcel por el ayuntamiento había llegado y lo comunicaba ese día. Los hombres le prestaron atención no porque les interesara lo que él decía, sino porque los guardias controlaban que así fuera. Algunos presos odiaban a Palacios; a la mayoría le resultaba indiferente; y muy pocos lo apreciaban.

El discurso y el almuerzo fueron rápidos y, una vez finiquitados, el director le pidió al guardia de turno que condujera a su despacho a los dos hombres con los que necesitaba hablar: Juan Llop y Salvador Jesús Santo, a quienes la junta dictaminadora de libertad condicional había elegido para liberar ese mes. Palacios había elevado los expedientes de tres reclusos, pero uno fue rechazado. Se alegraba de que Santo fuera uno de los aceptados. Al hombre le tenía un aprecio especial por su labor en el periódico, que tanto le había ayudado para alcanzar sus propósitos.

El primero en ingresar a su oficina fue Salvador.

—Siéntese —le pidió Palacios emocionado. No veía la hora de contarle—. Tengo algo importante para decirle.

Salvador pensó que le hablaría sobre su trabajo e intentó explicarle:

—Esta quincena, el periódico no ha salido aún porque quería esperar a que estuviera lista su reflexión para publicar un comentario sobre sus palabras —se anticipó. Creía que le preguntaría por ello.

—No pretendo hablarle de la próxima edición. Le aseguro, Santo, que la publicación pronto será historia para usted y para mí.

Salvador no entendió a qué se refería Palacios; pero como había mejorado y estaba un poco más comunicativo, sí supo cuál era la frase que debía decir en este caso.

—Dígame, entonces…

—Hace unos meses, leyendo su expediente descubrí que usted estaba en condiciones de postularse para la libertad condicional y que nunca la pidió, tampoco la sugirió ningún superior —dijo el hombre mirándolo fijo, esperando alguna respuesta.

Salvador lo único que alcanzó a decir fue:

—Ah… —pronunció con esfuerzo. Ese tema no le interesaba en absoluto. Es más: ojalá Palacios no lo hubiera descubierto.

—En verdad, Santo, usted con el periódico ha hecho un gran trabajo en esta institución. La publicación ha unido a los reclusos entre sí y los ha acercado a la comunidad barcelonense.

—Gracias —dijo mareado Salvador.

—Por esta razón, cuando hace unos meses descubrí su posibilidad de ambicionar la libertad condicional, me decidí a presentar personalmente su caso ante la junta.

—No era necesario —respondió Salvador, preso del terror. Comenzaba a presentir cuál sería el final de la historia que le contaba Palacios.

—Lo pedí en su momento y hoy quiero darle la gran noticia: ¡fue aceptado para optar por ese beneficio!

Se hizo silencio hasta que Salvador pudo hablar:

—Eso no es para mí… —lo dijo descompuesto al entender lo que significaba.

—¿Cómo que no? No sea humilde y aproveche el beneficio tranquilo. Lo tiene merecido. Además, ya está hecho: usted saldrá libre la semana que viene.

—¡No quiero! —protestó como un niño encaprichado que no dejaría que lo vacunaran.

—¿Qué dice? —preguntó el hombre incrédulo. No podía admitir

lo que escuchaba.

Salvador articuló algunas frases sin mucho sentido. Pero a Palacios le bastaron porque comprendió que no se sentía listo para ser libre de nuevo. Así que, notando su inseguridad, terminó la charla con un consejo:

—Usted tiene que continuar con su vida. Porque así como alguna vez le tocó entrar aquí y no se sentía preparado para ello, ahora se va y tampoco siente que lo está. Pero no se preocupe: todo saldrá bien.

No tenía tiempo para darle más explicaciones. Al hombre ya se le pasaría el miedo. Seguramente, al día siguiente estaría entusiasmado con la idea de esa libertad que ahora lo atemorizaba.

—No me interesa salir —insistió Salvador por última vez.

Palacios lo miró cansado y le dijo:

—No importa si le interesa, aquí no hay marcha atrás. Además, vendrá una persona del sector de reinserción para hablar con usted, darle algunos buenos consejos y datos útiles con el fin de que pueda reincorporarse a la vida normal lo más rápido posible.

Le dio la mano y lo acompañó hasta la puerta.

El trámite ya estaba hecho. Era imposible pedir que lo dejaran encerrado salvo que hablara negativamente de Santo, cosa que no haría, pensó Palacios. Estaba convencido de que se trataba de una crisis momentánea y que a Santo se le pasaría una vez que estuviera libre. Cuando volviera a su vida normal, el hombre se sentiría feliz y agradecido.

Salvador se marchó y, ya del otro lado de la puerta, tuvo que tomarse de la pared del pasillo para no caerse. Ahora comprendía ciertos hechos ocurridos durante los últimos días y por qué había tenido una entrevista con el psiquiatra. Descubrir lo que pronto sucedería le trajo una arcada a su boca y temió vomitar en el corredor. Por lo tanto, se marchó apurado al cuarto donde funcionaba la redacción del periódico. Una vez adentro, agradeció poder estar solo, porque se tiró al piso y lloró desconsolado como un niño. Él no quería irse de la cárcel; ese lugar era su casa.

Durante la noche, cuando se acostó a dormir, tendido, dio vueltas y vueltas. No podía cerrar los ojos; en cuanto lo hacía y lo vencía el sueño, viejas pesadillas lo acosaban. El rostro de Carmen aparecía una y otra vez. Al fin, deshecho y temblando, tuvo que recurrir al

truco de la vieja y ajada foto feliz. Hacía más de medio año que no lo usaba, pero esa noche necesitó mirarla en la penumbra de la celda y apretarla muy fuerte contra su pecho para poder dormirse. Su mente intentaba ayudarlo: «Había una vez un hombre asustado por la oscuridad, uno que desde niño había querido hacer todo bien en su vida, pero todo le había salido mal…». Los cuentos mentales habían regresado.

Capítulo 40

La historia vuelve a repetirse,
mi muñequita dulce y rubia,
el mismo amor… la misma lluvia…
el mismo, mismo loco afán…

Tango «Por la vuelta»,
ENRIQUE CADÍCAMO

Erik, al día siguiente de su visión en el ventanal del taller Loyola, se vistió y juntó fuerzas para enfrentar lo que esa mañana le depararía. Tomó el metro y fue nuevamente a la nefasta oficina donde el hombrecillo de bigotes finos lo esperaba para llenar el formulario con el fin de reclamar conjuntamente a la compañía aseguradora.

Un rato después, con los papeles ya firmados, ambos se hallaban sentados en el despacho y, entre comentarios, el hombre se sinceró por completo:

—Mire, yo le aconsejo que usted haga todo lo que crea conveniente para cubrirse, porque difícilmente pueda cobrar pronto algún franco. Yo debería ser más discreto y no contarle nada de lo que sé, pero la situación ya no tiene sentido…

—¡Hágame el favor y cuénteme de una vez! —pidió Erik, que necesitaba la información completa para actuar conforme a esta.

—Ayer supe que los dueños de la compañía transportadora cerraron todas sus oficinas y se marcharon a los Estados Unidos. ¡Quién sabe si volverán y si tenían los seguros en orden!

—Yo tengo contratos que me protegen. Papeles firmados con ellos y con la empresa aseguradora.

—Lo entiendo. Pero por más que los tenga, si la compañía naviera o la de seguros no están, no tendrá a quién reclamarle.

—¿Qué me está diciendo?

—Hasta hace unos días me callaba pero ya no me interesa cubrirlos. Parece que ni siquiera me pagarán a mí y eso ya es demasiado. Señor Martínez Romanov, haga lo que tenga que hacer, tome sus recaudos.

Erik lo miró asqueado. ¿De qué recaudos le hablaba el hombre? Él ya había jugado todas sus cartas y había perdido. Era tarde para cualquier cuidado; ya no había naipes en el mazo. No tenía otros negocios, ni otras carnes, ni otros clientes. Y si no fuera por las transacciones de su hermano, que le darían el dinero para cancelar la hipoteca, ellos pronto no tendrían ni campos.

Él, al oír las últimas palabras, no le respondió. Simplemente se levantó de la silla y se marchó. El abogado no le había dicho nada que él no hubiera pensado. El descaro de esta gente era demasiado; habían llegado al máximo y los Martínez Romanov eran los damnificados. Él, que siempre había actuado con responsabilidad, no podía concebir que hubiera personas con una manera de pensar tan diferente. Porque jamás se había quedado con un centavo ajeno, ni siquiera tenía una sola cuenta atrasada; al contrario: cumplía con todas sus obligaciones. Pero ahora tenía que vérselas con estos indeseables, con estos malditos truhanes, maleantes aventureros que, con indignidad, se aprovechaban de la buena fe de las personas honestas.

Mascando su rabia se marchó al Banco Español, donde, después de esperar un largo rato, le entregaron el informe solicitado y, con este en la mano, se sentó en la mesa de un bar para estudiar el verdadero estado de las finanzas. Allí, tomando café tras café, llegó a la conclusión: la situación económica de los Martínez Romanov era desastrosa, aunque creía que tenían una oportunidad si echaban mano a los negocios que llevaba adelante su hermano: los teatros de París, los que siempre había compartido con Quiroga Paz y alguna inversión que —sabía— él realizaba. Pero necesitaban trabajar juntos y con toda la documentación en mano. Le daría una mirada más a todo y luego se sentaría a hablar con Nikolai. Continuó viaje y visitó las dos escribanías que atendían sus asuntos en París; quería que los notarios de su confianza también le dieran algunos informes al respecto. Durante el día se dedicó a recolectar información y, con los brazos llenos de papeles, siendo casi de noche, se tomó un taxi de regreso a lo de su madre. Descendió, como siempre, en la avenida Kléber y caminó a paso rápido rumbo a la casa de Irina cuando, sin pensarlo mucho, decidió continuar unos metros más por la calle Copérnico en busca de un nuevo milagro, como el que había tenido la tarde anterior. Ansiaba esas mismas sensaciones

reparadoras para seguir viviendo, precisaba sentir lo mismo, necesitaba la imagen de la mujer rubia cerrando la ventana. Ella lo transportaba, aunque fuera solo por unos minutos, a épocas de emociones placenteras, a tiempos de libertades, idealismos y felicidad, como los que vivió quince años atrás. Controló la hora en su reloj y comprobó que, si se apuraba, estaba a tiempo. Frente al taller, se sentó en el mismo lugar de la otra vez, en esa verjita alta que hacía de asiento al cobijo de las ramas de los árboles.

Y de nuevo las sombras de la noche que caían y las cortinas que se corrían, la luz que resplandecía junto a la mujer rubia que abría el vidrio y esos brazos frágiles que empujaban los postigos verdes. La visión duró unos minutos que, para Erik, fueron sublimes y, terminado el vislumbre, vino LA NADA, pero también EL TODO. Porque si bien otra vez regresaba la oscuridad, a él le quedaba una sensación agradable, de buenos recuerdos, casi de alegría, porque ese rostro, ese pelo, esos movimientos, le daban esperanzas. Así de ridículo pero también así de cierto. Extrañezas de la mente y del corazón, trucos del ser humano para morirse menos, para desfallecer más lento, para agonizar sin tanto dolor… fullerías para poder seguir viviendo.

Erik inspiró profundo y el aire entró a sus pulmones como nunca; sentía que se le oxigenaban las células. Sentado en la penumbra, moviendo los pies en forma de vaivén por la altura de la verja, respiraba disfrutando el fresco de la noche cuando vio que el portón del taller se abría. La mujer rubia se paraba en la vereda y ahí se quedaba haciendo lo mismo que él: respirando el aire fresco de la hermosa noche. ¿Y si se cruzaba y se le acercaba? ¿Y si la encaraba? ¿Y si iba tras el pasado?

Aún se hallaba interrogándose a sí mismo cuando el pasado vino a él sin pedirle permiso porque Margot cruzó la calle y caminó en su dirección.

Ella no servía para disimulos ni actuaciones; no servía para letanías y parsimonias. Si iban a verse, que fuera de una buena vez. La relación de Melisa y Nikolai haría que esto sucediera tarde o temprano.

Doce pasos y estaban frente a frente. Una mirada y la vida se les derrumbaba.

—¿Erik…? ¿Erik Romanov? —preguntó la voz femenina

entrecortada por la emoción. Al principio había estado segurísima, pero ahora, viéndolo de cerca, dudaba. Estaba muy delgado, tenía hilos plateados en el cabello oscuro y un surco profundo entre ceja y ceja.

—Sí, Margot… —respondió. Decir ese nombre lo conmocionó. Se puso de pie y la miró a los ojos por primera vez en años. Fue un instante mágico y sin tiempo, con sabor a reencuentro, a familiaridad, a fuego que se azuzaba.

Ella trajo la cordura de nuevo.

—Te vi de lejos y lo supuse.

—¿Cómo hiciste para reconocerme?

—Tuve ayuda… Melisa Loyola me alertó que en estos días estarías por aquí.

—Aun así, me asombra que lo hayas hecho… Somos otros. Han pasado demasiados años.

—Tampoco estás tan distinto.

—Tú estás igual —lo dijo con sinceridad. Su corazón no percibía las nuevas líneas alrededor de los ojos, ni el talle más que ahora usaba en los vestidos, tampoco los otros detalles que habían cambiado. Ella tenía el cabello rubio, enrulado y al hombro, igual que siempre, su voz sonaba idénticamente dulce. Margot rio ante la frase; su risa seguía de miel, como siempre.

—No mientas. Tú no me hubieras reconocido —dijo ella todavía con la sonrisa en los labios.

—Ayer te vi cerrando las ventanas, como hoy, y no tuve dudas de quién eras.

—¿De verdad?

—Claro, Margot, te hubiera reconocido aunque tuvieras ochenta años en vez de cuarenta.

A ella la frase la impactó porque comprendió qué crucial había sido para él. Y se lo dijo:

—No sé si es verdad, pero sonó a que fui importante en tu vida.

—Lo fuiste… ¡y mucho!

—Lástima que no volviste… —No pudo callárselo a pesar de que había pensado que, cuando lo viera, no diría nada sobre lo ocurrido. ¿Para qué? A ellos dos solo los unían Nikolai y Melisa.

—Yo sí volví a buscarte, pero la que no estabas eras tú.

—No es verdad, me hubieras encontrado en el puesto de flores.

—Me demoré en regresar más de lo que te dije. Tardé un mes, pero vine por ti. Me quedé varios días en París dando vueltas por el puesto de flores, que estuvo cerrado toda la semana.

Margot estaba desconcertada.

—Es que me enfermé y los Loyola me trajeron a su casa.

—¿Te enfermaste?

—Estaba embarazada, Erik… Y algo no andaba bien.

Él la miró durante un largo rato sin saber si poner en palabras la pregunta que le quemaba los labios. Al fin lo hizo.

—¿De mí?

—Ven, pasa a mi casa. Toma un café conmigo. Creo que nos debemos una charla.

Ella dio la media vuelta y Erik la siguió. Juntos cruzaron la calle. Ambos temblaban.

Él: «¡Un hijo con Margot! ¡Era cierto!».

Ella: «¿Será verdad lo que estoy viviendo o es un sueño?».

Margot, en un intento de normalidad para no volverse loca, comentó una trivialidad que venía al caso:

—El taller tiene un patio. Cuando lo cruzas, allí está mi departamento… Tenemos que entrar por el portón. Hay dos timbres: uno es para el taller y con el otro te anuncias en mi casa.

—¿Hace mucho que vives aquí?

—Desde que dejé de trabajar en el puesto de flores. No he progresado tanto porque lo que gano lo invierto en Amèliè, que estudia en uno de los mejores colegios de Francia.

—¿Amèliè?

—Sí.

—¿Ella es…?

—Sí, es tu hija —se lo confirmó lisa y llanamente tal como a ella le gustaba decir las cosas difíciles e importantes.

Las dudas propias de un hombre atacaron a Erik: ¿y si esa tal Amèliè no era en verdad su hija? Cruzaban el patio del limonero y Margot pareció adivinarle el pensamiento porque le dijo:

—Mira, Erik, jamás le pedí nada a nadie para ella. Solo le conté a Amina y a mi amiga Alice quién era el padre. Si ahora lo hago es porque así lo siento. Pero no me interesa pedirte nada, ni siquiera que hagas de padre para ella, mucho menos tu dinero. Yo me basto sola para todas sus necesidades, no preciso nada porque… —dijo

pasando el limonero y abriendo la puerta de su departamentito.

—Cállate, Margot…, bebamos el café que me ofreciste —pidió Erik tomándola del brazo para ingresar a la salita e intentando que dejara de lado la sarta de explicaciones. Ella, en verdad, no había cambiado ni un ápice. Era la misma mujer independiente y sincera de siempre, la chica sin dobleces ni segundas intenciones, la que con esas cualidades lo había enamorado. La vida era extraña, tenía muchas vueltas porque estar en París con Margot y… una hija de ambos.

Le ofreció tomar asiento y puso a hervir el agua en la pava mientras lo observaba de reojo. A él no parecía llamarle la atención el sencillo entorno. A pesar del perturbador encuentro que estaban teniendo, por momentos, lo veía disperso. Un par de comentarios y se animó a preguntárselo:

—Te veo apesadumbrado. ¿Tienes problemas?

—Algunos… ya te contaré —respondió él mientras le alcanzaba la taza y la azucarera.

Luego, Margot se sentó enfrente y, entonces, recién allí el mundo real quedó en verdad derogado, abolido y prescripto. Ellos, desde ese instante, ingresaron al túnel del tiempo porque, a pesar de que la lamparilla que pendía del techo de la cocina de Margot les brindaba claridad mostrando en ambos las incipientes huellas del tiempo, los dos habían sido transportados al pasado y se regodeaban en sus brazos. La voz, la dignidad y la rectitud de Erik eran las mismas de siempre. Las sonrisas y las palabras de aliento que salían de la boca de Margot eran iguales a las de otra época.

Habían hablado durante un largo rato y el tema del desencuentro resurgió. Entonces, sin poder escapar de lo inevitable, los dos llegaron al fondo del asunto y, al fin, entendieron qué les había sucedido. El malentendido les quedaba claro: se habían desencontrado y ninguno tuvo la culpa. Saberlo les hacía doler; era una verdad que lastimaba.

La conversación fue electrizante. Frente a frente, mirándose a los ojos, Erik le dijo con sinceridad:

—¿Cómo no iba venir por ti… si te amaba con toda el alma?

—Yo también te amaba. Me quedé sin lágrimas de tanto llorar.

—Siempre te pensé, jamás te olvidé —dijo Erik sin dejar de mirarla a los ojos y, tomándole las manos, quiso besarla.

Pero ella, a punto de permitírselo, detuvo el intento diciéndole de manera realista:

—Sí, pero te casaste enseguida con la chica argentina.

—Me equivoqué, era joven… mi padre había enfermado.

Y Erik, explicándole esa parte de la historia, enfrió el momento.

Llevaban horas charlando de los más diversos temas hasta que él, ebrio de recuerdos, miró la hora y decidió partir. Al día siguiente debía hablar con Nikolai; iría a buscarlo a su casa porque ya no podía postergarlo más.

Ella lo despidió en la puerta y vio cómo se marchaba. Entonces pensó: «¡Cuánto dolor se podría haber evitado! Y lo más triste de todo: Amèliè probablemente hubiera crecido con un padre».

Él se alejaba del portón meditando: «¡Qué distinta hubiera sido mi existencia si aquella vez que volví a París la hubiera encontrado! ¡Carajo! ¡La vida tiene que darme una revancha!». Se merecía una segunda oportunidad en todos los aspectos; se la había ganado. Los problemas económicos tenían que arreglarse de alguna manera. Margot le había transmitido su optimismo. Miró la luna, la noche le sabía exquisitamente bella. Tenía una hija con Margot, esa mujer con quien se habían amado entrañablemente. Porque ahora tenía la certeza: ella lo había esperado. El pensamiento y el fresco de la noche lo llenaron de agradables sensaciones.

Era el final del día y Nikolai, sin saberlo, esa jornada realizó actividades muy parecidas a las que había concretado su hermano: recorrió distintas dependencias para confrontar su estado patrimonial y retiró un informe del banco con sus propios movimientos. Necesitaba saber dónde estaba parado económicamente. Más ahora que Melisa le había entregado un pasaje para regresar a la Argentina. Él no podía irse de un día para el otro; debía dejar todo arreglado, hablar con Erik, planear. Aún no se había podido reunir con él. Su hermano, seguramente, se hallaba desaparecido tras el cargamento de carne. Por la fecha, la mercancía ya debía haber arribado al destino.

Nikolai depositó todos los papeles recaudados a lo largo de esa jornada sobre su escritorio y pensó que lo mejor era estudiar el informe del banco al día siguiente, más tranquilo y con menos cansancio. Pero a punto de abandonar su oficina, se tentó y le echó una mirada. Abrió la carpeta y comenzó a leer. Y lo primero que

apareció ante su vista lo hizo tener que sentarse y respirar hondo. La reseña mostraba los egresos más altos que nunca y los ingresos terriblemente pobres. ¿Qué había pasado en el último tiempo? No lo entendía.

Se detuvo en cada cifra de lo gastado. Entre las más llamativas, figuraban su donación al orfanato, el dinero que había puesto en la construcción de los teatros —que incluía su aporte inicial y el extraordinario con el que cubrió la parte del cabrón de Saidi—, los gastos de las casas en Argentina y las de París, su parte proporcional para cubrir los de la propiedad en Biarritz y todos los sueldos que les pagaban a los empleados que trabajaban para su familia que, en total, sumaban treinta personas. Y claro, sus propios viajes; también, el que realizaron su madre y su hermana por Italia, durante el cual gastaron cifras siderales por los cuadros que adquirió Irina… Hasta la joya que le había comprado a Melisa venía a engrosar la lista de los últimos tres meses. ¡Y eso que allí no se contabilizaba el dinero que usaba su hermano! Ambos tenían cuentas propias. Sin embargo, no le preocupaba ese monto porque sabía cuán medido era con sus gastos. Intranquilo, estudió cada cifra y las fechas de los ingresos. Entonces, lo comprendió: poco tiempo después de enviar las cartas destinadas para Rosa y su padre, donde les comunicaba la ruptura del compromiso, los dividendos de algunos negocios bajaron drásticamente. Era indudable que Quiroga Paz había hecho movimientos sin avisarle nada. Miró la hora y, aunque era tarde, no le importó molestar al abogado que llevaba los papeles de las transacciones. Ese hombre tendría una respuesta. Levantó el teléfono y, tras pedirle a la operadora que lo comunicara, dio con el letrado que le respondió sus dudas.

—Quiroga Paz se ha retirado del negocio vendiendo sus acciones. Desde ese momento, usted, señor Romanov, comparte el negocio con un grupo holandés.

—¿Pero por qué están dando tan poco dinero?

—Muy simple: porque ellos ahora son mayoría y están esperando a que usted les venda a bajo precio. Pensé que el señor Quiroga Paz le había comentado la novedad.

—Nunca me avisó nada.

—Le pido disculpas por no haberme comunicado. No lo hice

porque juraría que él me dijo que se encargaría de avisarle.

—Entiendo que usted no tiene ninguna obligación.

—Lo hubiera hecho sin problema, pero tenía entendido que él era su suegro.

—Usted lo ha dicho: «Era».

—Lo lamento. Pase cuando quiera y le mostraré la venta de las acciones y los balances.

—Mañana mismo estaré en su oficina.

Dos palabras más y cortó la comunicación. Desesperado y ansioso, se pasó la mano por el cabello. Los gastos altísimos, las entradas bajísimas. La construcción de los teatros en breve pediría más inyección de dinero; sin embargo, no podía suspender sus aportes porque corría el riesgo de perderlos. Si dejaba de contribuir, según lo que decía el contrato, él dilapidaría su inversión. Se volvió a pasar la mano por la cabeza. Solo le quedaba la esperanza de que el negocio de las carnes resultara perfecto para tener la oportunidad de salir a flote.

Permaneció una hora más en la oficina estudiando todos los movimientos que indicaban los papeles y luego decidió irse a dormir. Estaba demasiado cansado y a esta hora no podía hablar con nadie más. Mañana sería un nuevo día y el sol, seguramente, saldría otra vez para los Martínez Romanov, pensó confiado. No imaginaba que, por primera vez, su suerte en los negocios le soltaba la mano.

Capítulo 41

Ah, qué triste es recordar
después de tanto amar.

Tango «Remembranzas»,
MARIO BATTISTELLA

—¡Por Dios, Erik, pareces un león enjaulado! —exclamó Irina mirando a su hijo que esa tarde se movía nervioso de una punta a la otra de la sala. Durante la mañana había entrado y salido de la casa en repetidas oportunidades, y ahora no permanecía quieto.

—Es que son las cinco de la tarde y aún no he podido terminar con ninguno de los trámites que me propuse. Ni siquiera he dado con Nikolai.

La charla pendiente con su hermano lo tenía nervioso. El quebranto económico le pesaba; temía que el error en la elección de la compañía transportadora de carnes terminara empañando la relación entre ellos dos.

—Ya te he dicho que tu hermano sale muy temprano de su casa y casi siempre regresa a última hora de la tarde —informó su madre.

—Iré de nuevo para ver si lo encuentro.

—¡Pero si ya le has dejado una nota! Decididamente volverás en vano.

—No importa, son solo unas cuadras, no me molesta caminarlas.

Irina se preguntaba qué diablos estaba sucediendo con sus hijos. Notaba que Erik estaba muy nervioso y que Nikolai se hallaba desaparecido desde hacía días. Su novia francesa no había vuelto a la casa. Esa mañana, su hijo mayor le ordenó que no gastara un céntimo más en cosas superfluas porque los números del banco estaban en rojo. Pero siempre le decía lo mismo. Descreída, ella intentó retirar unos francos de la caja fuerte de la casa ya que necesitaba comprar un regalo. Y al abrirla… ¡la encontró vacía! ¡No había ni un solo billete! Esa situación nunca había sucedido en todos los años de la historia familiar de los Martínez Romanov.

Estaba esperando una nueva cena con sus hijos para tratar el tema. Pensaba preguntarles abiertamente si había sucedido algo de lo que ella no estuviera enterada; siempre existía el fantasma de la quiebra, la sombra de sufrir una bancarrota como les había sucedido a dos de las familias amigas suyas: los Alvear y los De Vita que, por el tren descocado de gastos en París, habían terminado en la ruina. Esta preocupación hizo que, al ver a Erik en la puerta rumbo a la casa de su hermano, ella le insistiera con lo mismo que ya le había dicho antes:

—Si lo encuentras a Nikolai, cosa que dudo, dile que quiero que venga a cenar. Quiero que comamos y tengamos una sobremesa en familia. Desde que has llegado, solo una vez estuvimos todos juntos.

—Se lo diré, quédate tranquila.

—Y que no traiga a su novia francesa, por favor, quiero algo de familia.

Erik no le respondió. También venía pensando en una reunión así, pero primero hablaría con Nikolai para trazar un plan de rescate de la economía Martínez Romanov usando las ganancias de los negocios que llevaba adelante su hermano. Luego, cuando lo tuvieran acordado, deberían hablar con su madre y sus hermanas para que ajustaran los gastos. Tal vez, incluso, hasta habría que pensar en que las mujeres se radicaran en Buenos Aires. Esta alternativa la esgrimirían en última instancia porque estaba seguro de que a su madre la idea no le agradaría mucho; la desestabilizaría.

Erik meditaba en los pasos a seguir mientras iba de camino a la casa de Nikolai cuando pasó por el taller Loyola. En la puerta había mucho movimiento, un grupo de personas salía de allí. Eran los trabajadores que terminaban su jornada laboral. Los observaba y perdía las esperanzas de ver a Margot porque él seguía su camino, alejándose del lugar, cuando a sus espaldas oyó:

—¡Erik! ¡Erik!

Se dio vuelta de inmediato.

Era Margot. Ella, que lo había visto pasar, salió a la calle y ahora lo saludaba con la mano en alto. Él hizo lo mismo; estaban a unos metros.

—¡Ven más tarde, tengo algo importante que decirte! —se lo pidió en voz alta, sin pudor y muy campante delante de las últimas

tres personas que aún quedaban en la puerta. Era evidente que a Margot no le importaba lo que pensaba la gente, ella no tenía nada que ocultar, vivía su tranquila existencia sin estar pendiente de lo que comentaran los demás. Lo que le había tocado vivir, sumado a su propia manera de ser, se lo permitían. Erik, sonriendo, asintió con la cabeza y con la mano en alto; luego continuó su marcha. Verla le había dado alegría. Ya no estaba tan seguro de si deseaba que Nikolai estuviera en la casa. Ojalá que su hermano se demorara un poco más así él podría pasar primero a charlar con Margot. Ella le había dicho que tenía algo importante para decirle. Erik no sabía que ella había cancelado su cena semanal con su amiga Alice por hablar con él.

Cuando llegó a la casa de su hermano y Alain le anunció que su patrón aún no había llegado, no se lamentó, sino que luego de recordarle que le avisara a Nikolai que lo esperaba en la residencia de Irina, pegó la media vuelta de inmediato. Parecía mentira, pero él en medio de la locura que era el desastre económico que se avecinaba, hallaba cierta alegría con estas pequeñeces.

En pocos minutos se encontraba con Margot en el patio del departamento. Ella había armado bajo el limonero una mesita con dos sillas y allí le había servido un vaso lleno de limonada fresca.

—Escúchame, Erik. El otro día te conté sobre Amèliè y que ella viene a casa para pasar conmigo algunos fines de semana. Quería ofrecerte, si deseas conocerla, que compartas un momento con nosotras. No estoy hablando de que le digamos quién eres… Es más: no sé si alguna vez estaré preparada para revelárselo, pero no tengo problema si quieres que te la presente.

Erik lo había pensado pero no se había animado a pedírselo.

—Gracias, Margot, de verdad me gustaría, venía pensando en pedírtelo.

A ella le gustó lo que oyó.

—Es una chica preciosa en todos los sentidos. Es buena, linda y muy inteligente. Imagínate que quiere estudiar en La Sorbonne.

Margot se desvivió contándole con pormenores los valiosos atributos de esa hija que era su sol. Escucharla hablando de esa niña que juntos habían concebido y de la que recién ahora se enteraba, a Erik le parecía un sueño y le preguntaba más detalles sobre Amèliè: cómo era ella, qué le gustaba, si sabía algo de la existencia de los

Martínez Romanov. Margot le respondía con gusto sus interrogantes pero se horrorizó ante la última pregunta:

—¡Claro que ella no tiene idea de ti ni de tu familia!

Él, sintiéndose en confianza, le contaba de sus hijos, de su vida y dolores, de su separación con Azucena; se confesaba. Ella lo escuchaba atentamente sin demostrar sentimiento alguno en el rostro, aunque su corazón de mujer por momentos se conmovía al tener cerca a este hombre que había amado y que ahora estaba sufriendo. Pero Margot era precavida; se acordaba muy bien de cuánto dolor había traído a su vida esta relación. Por más que el gran desencuentro que tuvieron los dos había sido fruto de la mala suerte, ella no se olvidaba de que sus angustias habían tenido nombre y apellido: Erik Martínez Romanov.

Llevaban un rato charlando y la noche ya caía. Erik, en la penumbra del patio, sentía una extraña familiaridad con ella; Margot todavía le gustaba, esa mujer aún tenía el poder de sacarlo de este mundo y transportarlo a otro mejor, alejarlo de este tiempo malo que estaba viviendo; valoraba mucho que la relación significara alegría y esperanza.

Este descubrimiento lo hizo meditar en que no quería separarse de ella, y lo que sentía por Margot lo llenó de un poderoso arrebato de locura esperanzadora que lo hizo preguntar:

—Margot, ¿qué dirías si te contara que te estás convirtiendo en alguien muy importante para mí?

—Me halaga, pero ten cuidado, Erik, ve despacio…

Ir rápido era hacer otra clase de pregunta, como la que se le ocurrió, y no se la quiso guardar porque bastante lento había andado toda su vida.

—Si te pidiera que vinieras conmigo a la Argentina, ¿qué dirías? —La miró a los ojos e insistió—: ¿Vendrías?

Había una sencilla realidad: él quería estar con ella, pero recordaba que sus hijos estaban en Argentina.

—¡Estás loco…! Te sugerí que fueras despacio —dijo ella casi ofendida por la propuesta. Ellos dos no eran nada, absolutamente nada. Además, parecía no tener en cuenta a Amèliè, y eso le había molestado.

—¿Por qué no vienes y empezamos de nuevo? Nos merecemos una oportunidad, esa que el destino nos quitó años atrás.

—No puedes llegar repentinamente y pretender cambiar mi vida.

—A veces es necesario tomar decisiones drásticas para conseguir una vida diferente, hay momentos en que hay que tomar riesgos si en verdad quieres ser feliz —afirmó Erik, quien, por primera vez, se atrevía a mirar de esta manera la vida.

—Yo vivo por y para Amèliè, siempre ha sido así desde que ella nació. Jamás haría mi vida dejándola de lado.

—¡Tráela! —dijo él subiendo la apuesta. Al fin y al cabo, también era su hija y, aunque no la conocía, se enternecía al imaginar la sangre de los dos unidas en esa mujercita.

—Ni siquiera la conoces.

—Si es hija nuestra, debe ser buena persona. ¿Qué opinas? ¿La traerías? ¿Vendrías? —insistió Erik, poniéndola entre la espada y la pared.

—No, Erik. Yo no iré, sería una locura.

—Al menos dime que comenzarías algo conmigo… —suplicó tomando con sus manos las de Margot.

Aunque sea, que le diera una migaja; con eso se conformaría. No quería perderla.

Ella, al percibir su piel, sintió que viejas sensaciones dormidas se despertaban en su corazón y en su cuerpo.

—Ay, Erik, no hagas esto… —dijo mientras el miedo se le unía a la ternura y un hilillo de deseo iba *in crescendo* por su piel.

—¿Por qué no? Aún te quiero, todavía me gustas —repuso Erik y, mirándola a los ojos, se inclinó y la besó en la boca.

Ella, que había tratado de ser dura, de ser firme, de no bajar la guardia, allí estaba con todas las defensas caídas, besándose con Erik bajo el limonero de su patio.

Mil instantes de locura juntos se deslizaban cuesta abajo en ese beso que no encontraba final… Pero un instante de cordura se interponía a los miles, y echaba todo por la borda permitiéndole a ella decir:

—Erik, no deberíamos…

—Margot… —le imploró con la voz y con los ojos.

Pero ella, sabiendo qué debilidad producía eso en su interior, lo ignoró.

—Tengo que cerrar los postigos.

Erik, viéndola asustada, decidió parar lo que estaba haciendo.

—Tranquila, Margot, ya me voy. También tengo cosas que hacer. Ahora o mañana temprano debo hablar con mi hermano.

Él tenía sus propios fantasmas con los que luchar, y aunque eran de otra índole y estar con ella significaba olvidarlos por un rato, tarde o temprano tenía que volver a la contienda.

Se despidieron con cariño, como viejos amigos, frenando ganas, suspendiendo deseos, sujetando apetitos.

Esa noche Erik no buscó a Nikolai, ni Nikolai buscó a Erik. Ambos estaban anonadados con los acontecimientos del día; los movimientos económicos y los sentimentales los habían agotado. Al día siguiente, muy temprano, se verían; así lo habían programado por teléfono. Cada uno ponía la cabeza en la almohada y descansaba tranquilo. Ingenuamente, confiaban en los negocios del otro para salvar la economía Martínez Romanov.

Para Nikolai sería la última noche de descanso en muchas. Luego quedaría atrapado por la vorágine de lo que vivirían y no hallaría paz por mucho, mucho tiempo… más precisamente hasta que aprendiera las lecciones que el destino tejía incansable a su alrededor.

Para Erik sería la última noche en soledad; pese a la inminencia de lo que se avecinaba, él ni siquiera lo sospechaba. El yin y el yang para su vida tejían los extremos opuestos: la tristeza y el dolor en una punta, la alegría y la esperanza en la otra. Complementos opuestos y necesarios para saborear uno y poder diferenciar el otro.

Melisa, en su cama, esa noche también tenía paz por primera vez en muchos días. Las palabras de su padre le ayudaron para arribar a una determinación. Llevaba tres días luchando con ella misma y, al fin, esa tarde se decidió. Sentía que tomaba la resolución más trascendental de su vida: por amor a Nikolai dejaría la actuación para siempre. Agradecía tener que regresar a la Argentina para consumar lo que le quedaba de contrato, porque así cumpliría el sueño de sus padres, que la verían actuar. Luego de ese semestre de trabajo en el teatro, volvería a ser una chica común, sin ninguna relación con el mundo del espectáculo.

Todos deberían ir a Barcelona porque desde allí zarparía el barco que los llevaría a América, pero no iría a conocer el teatro ni la discográfica. Había desechado de manera definitiva la propuesta

de Gerard Gentaine.

Faltaban días para partir a Barcelona y esa noche ella no veía las horas de que se hiciera la mañana para hablar con Nikolai y contarle su noticia. Le diría que estaba dispuesta a casarse y a olvidarse de todos sus sueños. La decisión le dolía, pero era su elección. Entre dos amores se quedaba con el de Nikolai. Parecía que el problema estaba acabado; y su destino, resuelto. Pero allí también actuaban el yin y el yang haciendo su parte, porque Melisa abría su mano y entregaba, cedía, daba, otorgaba y, por la otra, la vida abría la suya y hacía lo mismo con ella porque en Italia, en esa oficina de decoración marítima, cortinas azules y pisapapeles con forma de timón, se unían decisiones construyendo desgracias junto a generosidades, actos de final abierto que traían intrínseco el poder de ordenar el arte de pensar, el arte de amar y el de vivir para Melisa y Nikolai.

Salvador Jesús Santo

Salvador Jesús Santo se movió nervioso entre las sábanas. Era la primera noche que dormiría en su casa. A pesar de que hacía veinte minutos que había apagado la luz, todavía no podía conciliar el sueño y eso que había cambiado la cama de cuarto para no tener que descansar en la habitación matrimonial que había compartido con Carmen. Pero el problema era otro. Después de tantos años de dormir con la luminosidad de la cárcel, la oscuridad total de su vivienda le molestaba, lo atemorizaba.

Se levantó, prendió la luz del pasillo y, acostándose, se sintió tranquilo aunque también estúpido: ahora le incomodaban los ruidos. Desde la ventana se podían sentir los pasos de las personas que caminaban por allí, algunas voces juveniles, risas, motores de autos y un golpeteo que no estaba seguro de qué era. ¡Por Dios, qué actividad tenía la noche de Barcelona! En una década, la ciudad se había vuelto escandalosamente ruidosa; sobre todo, para sus oídos acostumbrados a escuchar solo los pasos de los guardias durante la noche.

Esa mañana, cuando salió de la cárcel después de tantos años de encierro, había sentido que afuera todo lo amedrentaba: desde la cantidad de autos y la velocidad que llevaban, hasta el gran ambiente abierto que era la calle, porque después de vivir entre cercos había necesitado caminar por las veredas pegándose a las paredes y apoyando sus manos en los muros para sentirse seguro.

Intentó pensar en los cambios que haría en su vivienda al día siguiente. En primer lugar, sacaría a la calle el sillón color té con leche para que alguien se lo llevara. Por más que algún pariente bienintencionado le había quitado la mancha de sangre —y, aunque maltrecho, no se había arruinado—, él de ninguna manera podría convivir con ese mueble. Por suerte, la alfombra ya no estaba. Comenzaba a darse cuenta de que no sería fácil vivir en la misma casa donde había perpetrado su crimen. Quiso dejar de pensar para dormirse de una buena vez, pero no pudo… «Había una vez un sillón color crema al que le tocó vivir en su casa una gran desgracia. Por eso quería mudarse…»

Los cuentos se volvían cada vez más extraños. A veces, los objetos hablaban.

Por la mañana, cuando Salvador abrió los ojos, se sintió confundido. Miró el techo con insistencia, como si no tuviera que estar allí. La luz natural entraba por la ventana y no había bombitas de luz que se encendieran, ni timbre, ni voces que sonaran para despertarlo. Se sintió raro. Cualquiera pensaría que la libertad era maravillosa pero… no era así; le daba miedo, le dolía. Sobre todo para alguien como él, a quien no lo esperaba una familia interesada en recibirlo, o rehabilitarlo, y que debía vivir en esa casa llena de lúgubres recuerdos que le recordaban su maldad.

Se levantó con lentitud tratando de disfrutar poder hacerlo de esa manera y recién allí tuvo su primer gran momento: podía hacer lo que se le diera la gana. Y la oscuridad no estaba para asustarlo. Por lo menos, por unos días sería dueño de su tiempo. El lunes a primera hora debía presentarse en un trabajo que le había conseguido la comisión de inserción. Se fue a la cocina pensando que, por primera vez en años, él prepararía su propio desayuno. Entonces, comprendió que desde que había salido de la cárcel no había comido nada. Lo último ingerido había sido el desayuno que le sirvieron en el comedor de La Modelo. La adrenalina por la salida del correccional le hizo olvidarse de todo lo que no fuera marcharse, hasta de la necesidad de comer. Juntó las pocas pesetas que le habían entregado, como se las daban a cada preso liberado, y salió a la calle.

Afuera, la ciudad le supo colorida, vibrante, olorosa. Linda. Caminó una cuadra y entró a un viejo almacén que funcionaba desde antes de que cayera preso. Compraría pan, queso y fiambre. Tenía tres personas por delante; esperó su turno y, mientras tanto, caminó dos pasos, cruzó los brazos, movió el pie derecho y miró los productos de la vitrina. La libertad comenzaba a gustarle pero, en medio de sus movimientos, lo descubrió: la almacenera cuchicheaba con una de sus clientas y ambas lo miraban desafiantes. Lo habían reconocido. Incómodo, aguardó a que lo atendieran; cuando llegó su turno, nervioso, pidió solo pan y se marchó con un pequeño envoltorio de papel marrón. Las palabras no le salieron con facilidad; le daba vergüenza que supieran que él había sido el asesino de su propia esposa. Su situación era una cruz demasiado

pesada para andar paseándose con ella por Barcelona. ¿Alguien, en toda la ciudad, tendría misericordia de él?

«Había una vez una mujer llena de prejuicios que atendía un almacén de Barcelona. Un día ella abrió su negocio y…»

Ya en la calle, con el hato de pan aprisionado con fuerza entre sus manos, avanzó sin rumbo fijo.

Caminó y caminó hasta pasar el barrio de las casitas iguales, hasta sentir el ruido de la fábrica de zapatos, hasta cruzar la gran avenida, hasta llegar al mar.

La imagen del enorme charco azul con el sol de la mañana reflejándose en él, sumado al viento límpido, lo impactaron. Y fue lo más parecido a la libertad que encontró; más, mucho más que cualquier otra cosa. En las calles de Barcelona todo era ruido y amontonamiento, gente apurada y llena de prejuicios, pero, allí, en esa playa, estaba la mano de Dios, cobijándolo más allá de su pecado. Sin pensarlo, se tendió sobre la arena y, sacándose los zapatos y las medias, hundió los pies descalzos en la tibieza que era la playa. Placer, placer y más placer. Dulce: miel. Tibio: leche. Suave: terciopelo. Cobijo: madre. Libertad: viento. Todo eso significaba para él ese momento; esos instantes eran milagro puro.

Rompió el papel, tomó la hogaza de pan y comió con ganas. Era la comida más deliciosa que había probado en más de una década. Al fin sentía el gusto de la libertad. Unos niños corrían muy cerca, jugueteando con una pelota que terminó cayendo de un golpe en su falda. Con una sonrisa, ellos se la pidieron; los niños no tenían miedos, no lo señalaban, no lo acusaban. Las gaviotas, tampoco; ellas solo querían sus migas de pan.

Salvador se quedó allí, disfrutando de dos largas horas hasta que el sol rasante lo hizo ponerse de pie, y comenzó a andar. Pero no quería irse de la playa, y sus pasos lo llevaron al puerto, donde, protegido del sol bajo alguna que otra sombra proyectada por los navíos, se cobijó y se puso a observar los enormes buques, los marineros que pasaban y los fuertes estibadores que trabajaban subiendo y bajando bultos. Él no existía para nadie. Todos vivían en sus propios universos.

Era casi la tarde cuando de la hogaza de pan no quedaba nada y él decidió emprender el regreso hacia su casa.

Caminó lentamente, deseando no llegar nunca; pero sus pasos lo

llevaron a su hogar. A punto de abrir la puerta de calle, se encontró de frente con un viejo vecino que estaba más canoso que nunca. A ambos les costó reconocerse y, cuando lo lograron, se miraron sin saber cómo tratarse. Al fin, Salvador articuló: «Buenas tardes». Pero el hombre solo le respondió con un asentimiento de cabeza. Salvador pudo sentir los pensamientos del vecino: «El asesino ha regresado. Lo soltaron». De inmediato iría con el cuento a su familia.

Una vez que ingresó a su vivienda, y sin saber qué más hacer, tomó la decisión de ir a la casa del único hermano que tenía. Walter Santo vivía en la zona oeste y tenía dos años más que él. Mientras estaba en la cárcel, solo lo había visitado en pocas oportunidades; tal vez, una al año. «Volver a empezar», se dijo a sí mismo y, tomando fuerzas, salió de nuevo a la calle. A la vivienda de Walter, aunque era lejos, se podía ir caminando; o bien, si quería cubrir el trayecto más rápido, en metro, transporte que nunca antes había usado. Esos vagones que corrían rapidísimo por debajo de la tierra habían sido inaugurados durante su estadía en prisión. Optó por lo primero; no quería arriesgarse a tener problemas de ninguna clase.

En una hora se hallaba frente a la casa de Walter, golpeaba la puerta y su hermano, sorprendido, le abría.

Los dos hombres llevaban juntos media hora pero en la charla que compartían había largos espacios de silencio. Salvador, por momentos, hasta veía nervioso a su hermano. Habían hablado de cómo surgió la posibilidad de que lo soltaran, de cómo había encontrado Barcelona después de tantos años, pero nunca le había preguntado cómo estaba de salud, ni cómo era su ánimo; parecía que había algunas preguntas tabú, como, por ejemplo, interpelar a un asesino sobre cómo se sentía. Su hermano le había comentado que seguía haciendo tareas en el ferrocarril igual que siempre; estaba casado con la misma mujer y sus dos hijos, ya grandes, vivían ahora en Madrid.

—¿Y a qué se dedica la empresa con la que tendrás la entrevista el lunes? —indagó Walter tratando de romper el hielo.

—Es una imprenta, me lo ha conseguido la comisión de inserción.

—Ah…

Nuevamente silencio.

—¿Y cómo has encontrado tu casa? —dijo Walter.

—Para el prolongado tiempo en que me ausenté, bastante bien. Gracias por limpiar el sillón —respondió Salvador sin comentar que lo regalaría ni entrar en detalles acerca de que las manchas eran de sangre.

Su hermano asintió con la cabeza a modo de aceptación.

—¿Y el barrio? ¿Y los vecinos? —quiso saber Walter tratando de seguir esquivando los temas profundos. No era fácil preguntarle a un hermano cómo se sentía después de haber matado a su esposa. Parecía que, debido a lo sucedido, alrededor de Salvador se había levantado un muro emocional que nadie se atrevía a traspasar, como si fuera aún más alto que el de ladrillos de la cárcel. Porque, sin personas a su alrededor, permanecía solo y enfermo, sin posibilidad de sanidad.

Salvador hizo un esfuerzo y respondió con la verdad.

—Son prejuiciosos y, en cierta manera, tienen derecho. Fui al almacén de doña Palo y chismeaba sobre mí junto con una clienta. Me dio tanta vergüenza que ni siquiera pude comprar lo que quería y me fui antes. Hoy solo he comido pan —dijo con la esperanza de que su hermano lo invitara a cenar una comida casera y caliente.

—Es una situación difícil —reconoció Walter y, haciéndose el distraído respecto a la comida, agregó—: Te advierto que mi mujer también tiene sus recelos contigo.

Silencio.

—¿Y ella cómo está? —preguntó Salvador también haciéndose el distraído sobre la antipatía de su cuñada.

—Bien. Vendrá en cualquier momento —avisó mirando nervioso la hora.

Silencio.

Era evidente que Walter no quería que ella lo viera en la casa.

—Es tarde. Creo que me iré —anunció Salvador tratando de descomprimir el ambiente y le pareció oír un suspiro de alivio en su hermano.

Los dos se pusieron de pie.

—Espera, quiero darte algo —lo retuvo Walter y fue hasta la habitación matrimonial.

Regresó con rapidez.

—Toma —dijo extendiendo una bolsita de tela azul que se

cerraba con un cordel. Contenía dinero.

—¿Qué es esto? —preguntó Salvador tomándolo en sus manos.

—Pesetas.

—Ya sé… ¿pero por qué me las das?

—Porque puedes necesitarlas.

—Es mucho —dijo Salvador observando dentro de la bolsita.

—Es que allí está lo que una vez me prestaste, y también un poco más. Este primer tiempo seguramente será difícil para ti y lo precisarás.

—No es necesario —afirmó Salvador extendiendo la mano para devolverlo. Él no había ido por dinero; no quería que su hermano creyera eso.

—Tómalo, tómalo —insistió Walter.

Había en su voz una desesperación que mostraba necesidad de aplacar su conciencia con dinero por no darle esa noche comida, ni compañía y ni siquiera querer recibirlo.

Walter insistió una vez más, hasta que Salvador, dándose cuenta del sentimiento que abrumaba a su hermano, se lo metió en el bolsillo. Probablemente lo necesitaría; al fin y al cabo casi todo ese dinero le pertenecía. Recordaba el día que se lo había prestado. La esposa de Walter no sabía nada; era para pagar la deuda de la hipoteca que tenían atrasada con el banco. Hubiera querido preguntarle a su hermano si en estos años había cancelado completamente esa obligación, pero no lo hizo, ya nada importaba. Era como si los hilos que antes los habían unido ahora estuvieran inexorablemente cortados. Además, estaban junto a la puerta de calle, listos para despedirse. Se saludaron con un abrazo apurado.

Capítulo 42

Que siempre ha habido chorros
maquiavelos y estafaos,
contentos y amargados,
varones y dublés.

Tango «Cambalache»,
ENRIQUE SANTOS DISCÉPOLO

Esa mañana, Nikolai recibió a Erik en la oficina de su casa. Alain les acababa de traer una bandeja con café y, al retirarse, su patrón le pidió que no le pasara llamadas y que si alguien lo buscaba —sin importar quién fuese— le dijera que no estaba. Nadie podía molestarlos hasta que terminaran lo que debían conversar; y eso sería recién cuando abrieran la puerta. Al fin habían podido encontrarse y hablarían largo y tendido.

Ambos repasaban los papeles recabados durante los últimos días y que en este momento desplegaban sobre el escritorio. Se encontraban listos para pronunciar el discurso que tenían en la punta de la lengua con el que explicarían su propia y comprometida situación financiera. No imaginaban que cada uno se hallaba igual o peor que el otro. Estaban preocupados por sus negocios personales y veían una salida en el ajeno.

—Antes que nada quiero decirte que ya he hablado con mamá para que suspenda todo gasto superfluo —le contó Erik.

—Perfecto, me has ganado de mano. Es inconcebible lo que ha gastado en Italia —reconoció Nikolai.

—Estamos al límite de quedarnos sin reserva —aclaró Erik.

—Lo sé.

—Mira, hermano, ha sucedido algo muy malo… —anunció Erik empezando por el principio.

Nikolai, de pie, se metió las manos en el bolsillo del pantalón y miró en profundidad a Erik, que estaba sentado. Lo estudió y pensó: «¿Acaso ya se había enterado de lo que le pasaba a él?».

Erik prosiguió:

—Sé que en gran parte tengo la culpa, tú me lo advertiste.

«Hum… ¿De qué está hablando?», pensó Nikolai.

—¿Qué dices?

—Que ha habido problemas con el cargamento de carnes.

—¿Las carnes…? ¡Carajo! ¡No te puedo creer! ¿Qué ha pasado?

—Las máquinas frigoríficas no funcionaron como correspondía… —dijo Erik, que no sabía cómo empezar a explicar.

Nikolai, ansioso, lo ayudó:

—¿Y entonces?

—Las carnes se perdieron, hermano… Se echaron a perder, la compañía actuó irresponsablemente en alta mar.

—¡Dios mío! —Hizo un instante de silencio y agregó—: ¿Te das cuenta de lo que dices? ¿No hay equivocación en la información?

—No. Tengo la certeza.

—¿Ya has visitado a la compañía naviera? ¿Y a la aseguradora?

—Sí… —afirmó Erik pensando que venía la peor parte, la de revelar su responsabilidad.

—¿Y ellos qué argumentaron? Ambos son muy serios, los conocemos desde hace años… —deslizó Nikolai buscando tranquilizarse. Pero una duda lo asaltó y entonces explotó—: ¡¿Enviaste el cargamento por la compañía que te dije?! ¡¿Tomaste la aseguradora de siempre?!

—No. Contraté la otra.

Esta vez el silencio fue largo y tétrico, la antesala del estallido que finalmente vino.

—¡Maldición! ¡Qué imbécil, Erik! ¡Qué imbécil! No puedo creer que hayas hecho eso. ¡Por qué no me hiciste caso!

—Me equivoqué.

—¡Te lo advertí! ¡Te lo advertí! ¿Y se puede saber cuándo te enteraste? ¿Desde cuándo sabes la noticia?

—Empecé a darme cuenta en Buenos Aires. El ambiente estaba enrarecido, no llegaban noticias, la compañía no daba la cara.

—¿Por eso viniste a Europa?

—Sí, esa fue una de las principales razones. Aunque también quería ver a la familia.

—¡Ay, Erik! ¿Y por qué no me lo dijiste antes? Tal vez hubiera podido hacer algo. ¿La naviera tiene oficinas en París? ¿Ya has ido a verlos?

—Sí, ya fui, pero los gerentes están desaparecidos y solo atiende al público un ridículo hombrecillo, que ha terminado diciéndome que cree que nadie se hará responsable.

—¿En qué estabas pensando, Erik, cuando transaste con esas dos compañías? ¡Carajo! ¡¿Qué?!

—En ahorrar dinero. Los gastos que llegaban de ustedes desde aquí, en Francia, eran exorbitantes. Y las cuentas estaban bastante mal.

—¡Carajo! ¿Qué haremos? ¿Qué haremos? —repitió Nikolai caminando como un loco por toda la oficina.

—Sé que fue un error. Pero pienso que tenemos una oportunidad si por un tiempo bajamos los gastos y usamos las ganancias de los otros negocios para levantar la hipoteca y vivir.

—¿Cuáles negocios, Erik? ¡Cuáles!

—Los tuyos. Por ejemplo, los teatros… ¿cuánto falta para que los termines?

—¡Para que den ganancia… faltan años! Y no solo eso, sino que tuve que invertir en ellos todas mis reservas.

—¿Todas…? —preguntó Erik, creyendo que había entendido mal.

—¡Sí!

—¿También las libras esterlinas?

—Sí.

—¡¿Por qué hiciste eso?! —estalló Erik.

—Porque uno de los socios se retiró y se necesitaba cubrir su parte para que no se cayera el negocio. En este momento, mis depósitos de previsión están a cero —explicó Nikolai.

—¡Mierda! ¿Tú tampoco tienes nada de efectivo, ni siquiera en pesos? —Erik comenzaba a sonar desesperado.

—No. Y lo peor es que para que los teatros se terminen necesito aportar más dinero porque si no lo hago me tendré que retirar del negocio sin derecho a pedir nada. Perdería todo lo aportado.

—¿Cómo has firmado semejante cosa? Ha sido muy irresponsable de tu parte —protestó Erik poniéndose de pie.

—¡Son cláusulas normales para este tipo de negocios! ¡Además, jamás pensé que nos faltaría efectivo! Y no me hables de irresponsabilidad porque tú me llevas una gran ventaja —se despachó Nikolai.

—Al menos, yo lo hice por ahorrar, pero tú… —dijo Erik.

—¡Lo hice por ganar más!

Se hizo silencio. Erik fue quien lo rompió buscando una salida.

—Bueno, no discutamos, tenemos que salir juntos de este atolladero. Todavía nos quedan los otros negocios, las inversiones en las empresas europeas, las que compartes con Quiroga Paz…

—No seas ridículo, Erik, el padre de Rosa en cuanto se enteró de mi ruptura con su hija me quitó el apoyo en todos los emprendimientos. El viejo vendió sus acciones y ni siquiera me avisó. Por su culpa ahora estoy en manos de los holandeses, compartiendo con extranjeros empresas que ellos están dejando venir abajo porque quieren comprar mis acciones a precios ridículos —aclaró Nikolai.

—¡Dios mío! ¡Estamos peor de lo que creí! No pensé que estuvieras en esa situación —dijo Erik caminando hacia la ventana y dejando su mirada perdida en la calle. La conversación comenzaba a semejársele a una pesadilla.

—Yo tampoco imaginé que vendrías con la historia de que perdimos las carnes. Pensé que lo tenías bajo control —le reclamó Nikolai.

—Tendremos que tomar medidas drásticas. Como volver a la Argentina —dijo Erik.

—Tenía pensado hacerlo en estos días con Melisa, pero luego regresaría…

—Debemos viajar a la Argentina urgente para intentar un arreglo de la hipoteca con el banco —sugirió Erik con la mirada perdida.

—¿Hacer un arreglo? ¡No seas iluso, Erik, ellos no esperan! ¿Te acuerdas de Francisco de Vita? Jamás lo esperaron —dijo Nikolai en tono desesperado. Él sabía bien cómo eran esas entidades, los clientes eran un número y no tenían contemplación con nadie. Más débiles los veían, menos los respetaban.

—Ya sé que los bancos son una mierda, pero al menos hay que intentarlo.

La mente rápida de Nikolai comenzaba a planear.

—Sí, tendremos que negociar con ellos para impedir que nos rematen los campos y que nos permitan venderlos. De ese modo, obtendremos mejor precio. Con el dinero conseguido nos alcanzaría

para pagarles y nos quedaría un resto de efectivo para seguir moviéndonos.

—Me parece bien hablar con el banco de Argentina pero te digo algo: vivir como lo hacemos es muy caro. Creo que deberíamos rever todo, inclusive las casas en las que vivimos.

—Lo sé —reconoció Nikolai mientras se sentaba y se tomaba la cabeza con las manos. No había querido ni pensar en eso.

Pero Erik, que era diferente, propuso:

—Para obtener efectivo podemos echar mano a las propiedades… Tenemos muchas… Tres aquí, en París: la de Biarritz, la tuya, la de mamá… y las dos de Buenos Aires.

—¡Tal vez no sea necesario! —se desesperó Nikolai.

—Es que no las podemos mantener, son muy caras.

—Pero si las vendemos, ¡¿dónde viviremos?!

—En casas más pequeñas —aseguró Erik con simpleza. Su hermano, que era tan sagaz para algunas cosas, no entendía las más sencillas.

—No creo que sea tan grande el ahorro que haríamos —dijo Nikolai sin resignarse a bajar de *status*. Era el último bastión de los Martínez Romanov.

—Claro que sí. Imagínate todos los sueldos que nos ahorraremos.

—¡Dejaremos de ser quienes somos! ¡Ay, Dios mío, nunca pensé que nos pasaría esto! —se lamentó Nikolai consternado y, sentado frente a su escritorio, otra vez se tomó la cabeza con las manos. Allí se quedó mirando hacia abajo en silencio. ¡Ojalá sucediera un milagro!

Un mutismo se apoderó de la sala por un largo rato hasta que Erik puso en palabras la frase dolorosa, la que nadie hubiera querido decir nunca, la expresión recelada por ellos y por todos los poderosos, la temida por la gente acomodada de cualquier época y ciudad donde se viviera.

—Estamos en quiebra.

Las palabras fueron un mazazo para Nikolai. Parecía que a Erik, habiendo pasado tanta preocupación y angustia durante el último mes, ahora que tenía la certeza de que estaban en la ruina ya no le hacía tanta mella; es más: se sentía liberado porque al fin reveló que había elegido la compañía equivocada y que todo salió mal.

Sufría, se preocupaba, pero era un problema más de los tantos que debía enfrentar. En cambio, Nikolai se hallaba en estado de *shock*. Él tenía otras metas en su vida y el dinero siempre había sido muy importante. Mucho del valor que él se daba a sí mismo descansaba en el apellido que portaba y en lo que significaba: fortuna y poder. La situación de volverse gente común y, hasta en cierta manera pobre, para él era inconcebible. No podía aceptarlo. La vida, tal como la conocía, se le derrumbaba y no lograba enfrentarlo.

Nikolai llevaba cinco minutos con la cabeza baja cuando, al fin, saliendo de su letargo, dijo:

—Erik, pásame el informe que te dieron a ti en el banco, quiero compararlo con el mío. Tenemos que pensar muy bien nuestros próximos pasos.

Terminó la frase y fue hasta la puerta; desde allí pidió que les trajeran una cafetera llena. Tenían por delante varias horas de trabajo.

Luego, ambos se sentaron a leer los informes y juntos comenzaron a estudiar cuáles serían las posibles salidas.

Repasaban, meditaban, especulaban, pero no hallaban escape: la bancarrota había llegado para quedarse. Allí estaba y era ineludible.

«Ruina», «bancarrota», «quiebra»… o como se quisiera llamar a la terrible crisis económica, la triste realidad de los Martínez Romanov no era otra diferente a la que ya habían atravesado los Alvear, los De Vita, los Larrañaga y tantos otros que, atrapados por la costosa vida parisina, habían caído en la debacle económica. El tren de vida fastuoso y cultural de «La Atenas de Europa», como había llamado Miguel Cané a París, había traído sobre muchos argentinos de clase alta el derrumbe monetario. La frase «Rico como un argentino» poco a poco se convertía en una expresión demodé, solo meritoria para el recuerdo. En una década nadie la usaría y pocos la recordarían.

Caía el sol del final de la tarde cuando Erik se alistó para marcharse de la casa de Nikolai. Habían trabajado todo el día y solo habían parado para comer unos bocadillos de pan con carne encerrados en la oficina. Nikolai lo acompañó hasta la puerta para despedirlo. Lucía agotado, parecía haber envejecido en un día cinco años. Su camisa blanca, siempre impecable, estaba arrugada y con una mancha de tinta. Una línea se le había marcado en el entrecejo,

justo entre ceja y ceja, tal como si en esa parte de su rostro se hubiera concentrado toda la preocupación que sintió durante las últimas horas; sus ojos azules seguían igual de luminosos pero ese surco marcaba su desasosiego.

Ambos estaban exhaustos. Se dieron un abrazo. Al menos el infortunio los encontraba unidos, algo que Erik temió que no pasaría. Claro que él no había sido el único responsable de la situación en la que habían caído; cada uno tenía su parte de culpa en la debacle que debían enfrentar.

A puerta cerrada, habían tomado decisiones que traerían consecuencias para los Martínez Romanov. Por lo tanto, deberían comunicárselas cuanto antes a su madre y sus hermanas. Habían resuelto poner en venta todas las propiedades, incluida la residencia donde vivían las mujeres de la familia. Ellas deberían mudarse a un departamentito en París o en Buenos Aires. Siempre podrían elegir mientras fuera algo sencillo. Erik y Nikolai regresarían de inmediato a la Argentina en un intento por lograr una negociación con el banco para que les permitiera vender sus campos y no que fueran a remate. Tal vez así, no solo les alcanzaría para pagar a la entidad, sino también les quedaría algo de dinero para ellos. Respecto al proyecto de los teatros, Nikolai sabía que si no seguía aportando y se retiraba del negocio, perdería lo invertido. Pero ¿qué hacer? Había una triste realidad: él no tenía efectivo para inyectar en la sociedad.

Por lo pronto, debían hablar urgente con el gerente de la sucursal del Banco Español en París porque incurrirían en graves problemas legales por falta de pago, y eso podría entorpecerles la partida de Francia. Ellos recién lograrían efectivizar la deuda contraída cuando vendieran las casas. Estos, y otros semejantes, serían los problemas que enfrentarían en los próximos meses.

Una vez que Erik se marchó y Nikolai se quedó solo en la casa, la angustia lo agobió de una manera tan tremenda que sintió que se ahogaba en la preocupación que subía desde su pecho, se apoderaba de su cuello, garganta, cabeza y lo asfixiaba. No recordaba haber vivido algo así, salvo cuando murió su padre. Ahora, como en esa época, advertía que los cimientos de su vida se le sacudían y, sin tener a qué aferrarse, se hundía, tal como si las arenas movedizas se lo estuvieran tragando. La sensación era espantosa. ¿Cómo seguir

adelante si le habían cambiado todas las reglas del juego? ¡Cómo! ¿Cómo continuar si él ya no era el mismo?

Si pensaba en Melisa, lejos de consolarse, se torturaba. Ella era una mujer hermosa con el mundo a sus pies ofreciéndole las más diversas oportunidades: hombres, fama, dinero. Y si él no le podía dar lo que ella se merecía, se le escaparía de las manos, la perdería.

Tendría que dejar su participación en el orfanato. ¿Cómo sería dejar de ser el padrino de esos niños que tanto quería? Amaba esa tarea. Esta y muchas otras dudas referidas a la vida diaria lo perseguían mortificándolo. ¿Cómo haría para seguir adelante con su vida sin las personas a las que estaba acostumbrado a que lo ayudaran tanto en la casa como en el trabajo? Porque ya no habría dinero para sueldos. ¿Cómo era no tener chofer y manejar siempre él? ¿Cómo era ir a atender cada vez que golpeaban a la puerta cuando Alain ya no estuviera? ¿Y si tenía que cocinarse su propia comida? Él no sabía hacerse ni siquiera un huevo frito. ¿Cómo era ir él mismo a comprarse la leche y el pan? Ni siquiera estaba al tanto de cuál era el valor de esos alimentos esenciales. Podía decir cuánto costaba comer langosta o caviar en el Ritz, pero de esas compritas no tenía idea. Alain era quien se encargaba de esa tarea cada mañana muy temprano. ¿Cómo sería bañarse y no tener colonia Guerlain? ¿Cómo haría para vivir sin camisas de La Chemise Parfaite, sin su tarta de nuez recién preparada, sin cenar en restaurantes lujosos, sin hacerle regalos caros a Melisa como siempre le había hecho, o vivir sin poder viajar con libertad de un país a otro? ¿Cómo sería…? La lista era interminable. Él siempre había vivido sin fijarse cuánto costaban las cosas, guiándose solo por si le gustaban o no, y eso, desde hoy, sería parte del pasado. Sentía que le quitaban las alas y hasta la libertad de elección. Ya no podría sentarse en una mesa del café Procope para cerrar negocios millonarios. Esos, por varios años, estarían fuera de su alcance porque había una realidad: con millones en el bolsillo, se ganaban millones; pero con cien pesos en el bolsillo, se ganaban otros cien… ¡y ya no millones! Todos estos cambios significaban una transformación drástica de él y de su familia frente a los ojos de la sociedad que lo llenaban de inseguridad. Más pensaba, más deseos de llorar sentía. ¿Cómo se vivía sin hacer lo que a uno se le daba la gana? Nada lo consolaba. Había cimentado su yo sobre su fortuna,

su existencia sobre su poder adquisitivo y, ahora que su economía se derrumbaba, no sabía cómo seguir, ni qué camino tomar. Lo cercó la angustia y la desazón. Pensó que le hubiera gustado no estar allí, no verse sumergido en esa situación, no tener que observar cómo se ponían en marcha los engranajes de la quiebra: las dolorosas ventas, los truhanes que se aprovecharían del traspié de los Martínez Romanov, las miradas lastimosas de sus conocidos, los cuchicheos que se desatarían a su paso, las sonrisas de placer malicioso de sus enemigos. No, él no podía soportar nada de eso; él quería desaparecer, escapar a cualquier precio, aun el más caro. Pensó cuál estaría dispuesto a pagar y, entonces, por un momento, pudo entender lo que había sentido Francisco de Vita el día que se pegó un tiro cuando supo que estaba en quiebra, que perdería todo y que dejaría a su familia empobrecida.

Nikolai, guiado por el afán de sentirse cerca de esa libertad que era desaparecer, conducido por el deseo de la posibilidad de volar muy lejos de allí, se puso de pie y fue hasta el jarrón chino que adornaba la biblioteca, ese que le había costado mil francos y que había comprado sin siquiera pensarlo. Metió la mano en su interior y sacó la llave que abría el cajón del escritorio de su oficina. Allí, guardaba la carísima pistola Beretta que le había regalado su padre cuando cumplió quince años. Por ser un modelo exclusivo, era una excentricidad. Y él, que siempre había odiado a la muerte y hasta la había temido, hoy la vio como a una amiga. Lo llamaba por su nombre y le ofrecía consuelo. Tomó el arma entre las manos, jugueteó con ella, la acarició y aspiró su aroma. El rostro de Melisa vino a él con nitidez y pensó que no podría enfrentarla, no podía decirle que era pobre, que lo había perdido todo y que no tenía nada para ofrecerle. Se había llenado la boca suplicándole que fuera la señora de sus casas, y pronto ni eso tendría. Sintió que un dolor insoportable lo seducía para actuar, y la tentación comenzó a persuadirlo de avanzar. El huir lo invitaba, la angustia intolerable le exigía acabar con todo, la desazón le hacía perder el sentido a su vida. Desde donde estaba sentado veía por la ventana la calle; la ciudad seguía su fiesta. Entonces pensó que, cuando saliera a caminar, ya no sería más el que había sido, y se decidió a actuar. La vida le producía un dolor atroz y ya no quería sentirlo. No daba más e, imaginando lo que hizo Francisco de Vita, lo imitó y se

metió el arma en la boca. Ansiedad, miedo, desazón, aflicción, tribulación… sensaciones que lo golpeaban en cada centímetro de su ser.

Sentía valentía y también cobardía.

Derrota.

El vértigo de la situación lo convenció. Un instante espantoso, un dolor enceguecedor, y supo que nada lo ataba a este mundo, ni siquiera sus seres queridos, ni Melisa con todo su amor. Pensó en ella y en su madre, y se avergonzó por haber hecho tan mal las cosas. Nada lo amarraba a esta vida, nada. Uno, dos, tres… apretó fuerte los ojos y jaló el gatillo. El clic se escuchó en el silencio de la oficina. Pero la bala no salió. Insistió, y otra vez… ¡clic!

La pistola no disparaba, algo andaba mal. El sudor le recorría las sienes, el gusto metálico impregnaba su boca. Abrió los ojos, se quedó quieto unos instantes, sabía que había fracasado. Luego, inspeccionándola para ver el porqué del error, pensó en frío y decidió que no lo intentaría de nuevo. Él no se quitaría la vida; no por ahora. Si la pistola más perfecta del mundo había fallado, por algo sería.

La volvió a poner en el cajón y lo cerró con llave. Hoy no era su hora; pero la dejaría allí por si regresaba el dolor enceguecedor vivido hacía instantes… Él no podría soportarlo y la usaría. Respiró fuerte y se quedó unos minutos mirando la nada. Estaba extenuado, pero, aun así, esa noche no podría dormir; estaba seguro. Se sirvió un vaso de *whisky* de la botella sin abrir que tenía en la oficina y se sentó en su sillón.

Pasada la tensión, mientras saboreaba el último sorbo del vaso, observaba cansado por la ventana. Permanecería allí solo un minuto más, pero apoyó la cabeza sobre los papeles del escritorio y se quedó dormido durante un buen rato. Cuando volvió en sí, se dirigió a su cuarto y se acostó vestido.

Durmió en su cama hasta que a las siete de la mañana el timbre de la puerta de calle lo despertó sobresaltado. Abrió los ojos… «Estoy en quiebra», fue su primer pensamiento. Ni siquiera dormido había podido olvidarse de su caída.

Melisa esa mañana se despertó cuando todavía estaba oscuro. Sus padres aún dormían cuando ella se vistió con la primera camisa y

pollera que encontró, se puso un collar de perlas y se recogió el cabello. No había tiempo para mucho arreglo, quería ir temprano a buscar a Nikolai. El día anterior había ido a su casa dos veces y en ninguna había logrado encontrarlo. Esta vez no correría el riesgo de que él ya se hubiera ido. En las dos oportunidades la había atendido Alain. Con su rigurosa prestancia, le comunicó que no sabía a qué hora volvería el señor, y ella, por un momento, hasta había llegado a suponer que estaba en la casa y no la quería recibir. Tal vez seguía enojado, aunque no lo creía. La última vez que se vieron habían hecho el amor y le había presentado a la gente del orfanato. De todos modos, reconoció que se mostraba raro o distante porque la sombra de su carrera artística seguía torturándolo. Pero cuando le dijera que estaba dispuesta a abandonar la actuación se le pasarían todas las frialdades. Al fin y al cabo, era lo que Nikolai pretendía, y ella se lo daría. Sabía que su interior siempre lloraría por su elección; sabía que su corazón siempre le reclamaría actuar. Pero ¿qué debía hacer?

Salió a la calle contenta y decidida. A pesar de que todavía era temprano, ya había gente deambulando en la ciudad. La mañana invitaba a caminar.

En menos de media hora se encontró en la residencia Romanov y otra vez la atendió el mayordomo. «Señorita Loyola, el señor duerme», le informó. Melisa, sin esperar a que el hombre le diera autorización, subió las escaleras rumbo al cuarto. Le pareció extraño que Nikolai aún durmiera. Él pertenecía a los madrugadores, a los que se levantaban antes que nadie.

Ella abrió la puerta de la habitación y él, somnoliento, la miró sorprendido.

—Melisa, ¿qué haces aquí…? —preguntó prendiendo la luz del velador junto a su cama.

—Tengo algo importante que decirte y no quería correr el riesgo de que ya te hubieras marchado. ¡Ayer vine dos veces y no te hallé!

—Es que estuve trabajando todo el día —alegó sin entrar en detalle. ¿Para qué contarle que había permanecido encerrado en la oficina de su casa?

—Quiero decirte algo importante…

Nikolai la miraba sin articular palabra. Lo que ella fuera a contarle —estaba convencido— no lo impresionaría mucho. El

descubrimiento del día anterior aún lo mantenía turbado. «Quiebra…» «Quiebra…» La palabra aparecía una y otra vez en su mente, y no le permitía interesarse por nada más.

Pero Melisa, contenta y exaltada con la importancia de lo que quería decirle, ni siquiera se percataba del ciclón que recorría a Nikolai.

Finalmente, ella exclamó la frase culminante:

—Nikolai, he resuelto dejar la actuación. Voy a abandonar mi carrera artística. Iré a la Argentina para terminar mi contrato y que me vean actuar mis padres… Después no trabajaré más en el teatro —lo dijo y lo miró expectante.

—Melisa… —Fue lo único que pudo decir. No lo podía creer. Lo que acababa de oír sí que lo había impactado y por muchas razones. Se lo había pedido tantas veces y recién ahora ella venía con esto, justo cuando… «Quiebra…» «Quiebra…»

—En Barcelona no iré a conocer el teatro ni la discográfica —aseveró ella.

—¿Y cómo es que te has decidido? —balbuceó él, lleno de emociones encontradas.

—He pensado que tienes razón: tú me das todo y yo, no. Así que quiero decirte que también te entregaré todo —dijo conmovida por sus propias palabras.

Nikolai la observaba y la encontraba hermosa. Llevaba el rostro arrebatado de excitación por lo que acababa de decir. Allí estaba, entregándole su vida por amor. Y él, sin nada para ofrecerle, porque lo que en ese preciso momento lo rodeaba, se perdería; más aún: perdería todos sus bienes. Las ventajas de convertirse en la esposa de un Martínez Romanov, las propiedades, el buen pasar económico y los viajes que alguna vez le había nombrado como ofrecimiento para convencerla, pronto no estarían. La situación había cambiado drásticamente de un día para el otro, pensaba abrumado sin imaginar que una semana más tarde todo cambiaría nuevamente.

—¿Estás segura? —le preguntó mientras meditaba que lo que uno deseaba siempre parecía llegar tarde. Se los anhelaba hasta la desesperación y, cuando ya no tenía sentido alcanzarlos, los sueños se aparecían bailando frente a uno, brindándosenos voluntariamente.

—Sí, estoy segura de que quiero hacerlo. ¿Quieres conversar de

esto?

Él la miró sin saber qué decir. Hablar de que no actuara no tenía mucho sentido ahora que estaba en quiebra. Los hechos tomaban otro lugar. Ella lo notó desconcertado.

—Mira, si lo deseas, luego conversaremos en profundidad sobre mi decisión —propuso Melisa y sonriendo dulcemente, agregó—: No sé cuál es la razón, señor Romanov, por la cual usted está durmiendo vestido, pero ahora le advierto que deberá sacarse la ropa, porque yo haré lo mismo en este preciso instante. Quiero mi premio.

Entonces, con un ademán juguetón, comenzó a quitarse la ropa, desprendiéndose la pollera tal como si estuviera haciendo un *strip-tease* en un *cabaret*. Uno a uno, se abrió los botones de la camisa blanca mientras le bailaba con movimientos ondulantes; meneando sensualmente su cadera, se quitó la enagua y, después de revolearla en el aire, la tiró al piso sonriéndole seductora. Con la misma maniobra que realizaba en el teatro, se soltó el cabello que esa mañana traía recogido en una coleta: un tirón certero y la cascada de ondas oscuras cayó sedosa sobre sus hombros. Nikolai, observándola anonadado, alcanzó a tener un último pensamiento coherente: «Melisa no es una mujer común; es especial. No cualquiera baila así». Y otra vez lo visitó el fantasma del miedo a perderla. En esta oportunidad, venía de la mano de la quiebra.

Pero Melisa, ajena a todas sus elucubraciones, en ropa interior de satén blanco, dio la media vuelta y, de espaldas, sacudió las nalgas con un movimiento seco, *sexy* y vehemente. «Tac, tac». Luego, se inclinó hacia adelante, quebrando la espalda con gracia, y su redondo trasero quedó en primera plana, a los ojos de este hombre que, al mirarla, comenzaba a olvidarse de sus pesares. Incorporándose, Melisa se puso en cuclillas y subió y bajó varias veces de manera *sexy*, tal como si se moviera al son de una música que solo ella escuchaba. Le gustaba hacer ese *show* para él; era como bailar en el escenario para un solo espectador: el hombre a quien quería seducir. Danzó para él con suavidad y las manos en alto; luego, cuclillas: arriba, abajo, manos en la nuca, manos hacia arriba, en el aire… Entonces, a Nikolai esta vez le pareció oír la música de ese baile. Ella danzó… cuclillas, arriba, abajo, comiéndolo con la mirada llena de deseo y a Nikolai se le

esfumaron sus males. Bailó dando vueltas sobre sí misma; mientras lo hacía, se quitó el sostén y sus senos quedaron al descubierto. Por último, con gracia y sonrisas, se sacó la braga y, cuando ya no tuvo nada puesto, salvo los zapatos blancos de tacón altísimo y el largo collar de perlas blancas nacaradas que relucía sobre su piel morena, comenzó a juguetear con la joya, deslizándosela por los senos desnudos hasta emitir un suave jadeo de excitación.

Nikolai, sojuzgado por los encantos de esta mujer que era una bailarina nata, una encantadora natural al momento de actuar, se olvidó de toda preocupación, y solo quiso tomar su botín. Se sentó al borde de la cama y, a punto de ponerse de pie, ella, que estaba tras su premio, tal como le había dicho al comienzo, fue hacia él y así, completamente desnuda, se le sentó en la falda; y allí, en el borde de la cama, consumaron su ritual de amor. Nikolai, sin dejar de mirarla, la penetró con violencia. Y en cada salvaje arremetida que hacía en el interior de Melisa, el cúmulo de dolores y tristezas se alejaba más y más. Ella tomó el control: apoyó sus manos en los hombros de su hombre y, depositando su peso sobre ellos, comenzó a moverse como cuando bailó… arriba… abajo.

Ya casi llegaban juntos al clímax cuando Melisa, uniendo lo que sentía en el alma con lo que recorría cada centímetro de su cuerpo, le habló al oído con el corazón rebosante de amor y la piel desbocada.

—Amor mío, quiero ser tu mujer, la que dirija esta casa, la señora de todas tus mansiones, ser la que te acompañe en todas tus reuniones importantes, la que viaje contigo de un continente a otro. La que críe a tus niños… —le dijo lo que le dictaba el corazón. Enumeró cada uno de los ofrecimientos para que no le quedaran dudas: quería compartir con él la fastuosa vida de los Martínez Romanov, esa que nunca había deseado, pero que, ahora, aceptaba gustosa por amor.

Nikolai, al oírla, cerró fuerte los ojos y debió hacer un gran esfuerzo para no perder la concentración en lo que estaba por ocurrir en ese borde de la cama. Tuvo que besarla de nuevo, olerla, tocarla, sentirla… Solo entonces pudo terminar. Porque con cada minuto transcurrido, un monstruo nuevo crecía y alcanzaba dimensiones insospechadas, uno llamado «Perderé a Melisa»; porque sin nada para ofrecerle, él la perdería; estaba seguro.

No tener nada significaba pasar necesidades; o sea, mantener discusiones sobre cómo conducir la economía familiar. Significaba, sin dudas, que ella querría continuar trabajando… Es decir, bailando… O sea… de nuevo discusiones que, inexorablemente, llevarían a una ruptura.

Cuando terminaron, sintiéndose cómodo en esa dulce intimidad, por un momento estuvo a punto de contarle la pesadilla que atravesaba. Pero ella le ganó de mano en la conversación.

—¿Amor, tienes todo listo para el viaje? Salimos para Barcelona en pocos días.

Entonces, recordando cuántos asuntos tenía pendientes antes de emprender la travesía, incluido juntarse con Erik a las ocho de la mañana en la puerta del banco, dio un salto y se puso de pie.

—¡Me olvidé! ¡Me espera Erik para hacer trámites! —exclamó. Tenía escasos minutos para llegar a tiempo y debía apurarse.

Ella lo miró. Aún esperaba la respuesta a su pregunta. Él lo comprendió y le dijo:

—Sí, tengo todo listo.

¿Cómo decirle en cinco minutos que se iba al banco para rogar que no les iniciaran acciones legales? ¿Cómo explicarle en tres frases que le esperaba una dura charla con Irina en la que le comunicaría que debía mudarse a una casa más pequeña y sin sirvientes? Necesitaría una larga conversación con ella. Sería difícil para él poner en palabras lo que estaba pasando. Aunque había algo peor: se moría de vergüenza por revelarle a Melisa que ya no conservaba aquello que le había ofrecido. Nada. Cero. Vergüenza de no tener, de ser pobre, de ya no descansar orgulloso y tranquilo sobre un apellido. Así lo habían criado: el dinero era su dios y abandonar esa idea no sería fácil; escapar de ese mandato impuesto desde niño, tampoco.

Se puso los pantalones mientras ella, todavía desnuda en la cama, lo miraba estudiándolo: «Qué extraño está Nikolai». Lo atribuyó al *shock* de haber escuchado de su boca lo que siempre estuvo esperando: que ella dejaba el teatro.

Esa tarde, Erik, luego de trabajar junto a su hermano largas horas encerrados en la oficina planeando estrategias para enfrentar la crisis, se marchó agotado de la casa de Nikolai. Pero aun así, quiso

pasar por la puerta del taller Loyola. Pensaba que, si tenía suerte, tal vez Margot lo invitaría a entrar para compartir un momento. Entonces, él podría contarle los acontecimientos de ese día nefasto. No solo abrigaba deseos de desahogarse, sino que sentía la necesidad de compartírselo. La jornada había sido muy difícil. Ella le hacía bien y había tenido ganas de verla. Imaginaba que, cuando llegara a su casa, Irina lo recibiría con un interrogatorio. Tantos movimientos extraños evidenciaban que algo no andaba bien y su madre, alertada, querría saber. Pero con Nikolai habían acordado que la enfrentarían juntos a la mañana siguiente; les parecía lo mejor.

La noche había caído cuando Erik se sentó en la consabida verja para esperar a que Margot terminara su día laboral y corriera los cortinados. Aguardaba ese movimiento que anunciaba el final de la jornada. Llevaba allí unos pocos minutos cuando ella abrió la ventana y, antes de consumar el ritual de cerrar los postigos, buscó con los ojos la visita que a esa hora recibía desde hacía algunos días. Enseguida lo descubrió y desde la ventana le gritó:

—¡Ey, merodeador! Creo que lo mejor será que pases… Si sigues sentándote allí todos los días —anunció entre risas—, algún vecino terminará llamando a la policía.

Erik se puso de pie y fue hacia Margot. Pese a la situación que vivía, se alegró al verla y al oír cómo reía.

Dentro de su departamento, ella le convidó lo que esa noche tenía para cenar: pan, queso, *ratatouille* y vino. También algo de tarta de chocolate del día anterior; recordaba muy bien cómo le gustaban los postres a Erik. Comieron mientras Margot dirigía la charla. Se mostraba emocionada porque ese fin de semana llegaba Amèliè. Erik la escuchaba con atención, pero casi no abría la boca.

—Estás silencioso. ¿Ha pasado algo?

—No mucho… Los Martínez Romanov estamos en la ruina —dijo abandonando el tenedor y contemplándola de frente.

Ella lo miró como se mira a quien hace un chiste.

—¿En ruina?

—Sí.

—¿Tú dices… quebrados, sin dinero?

—Así es. No vas a creerlo, pero estamos en quiebra.

Para Margot era una sorpresa. Jamás había pensado que él

confesaría semejante cosa. Hubo un silencio.

—Me resulta difícil comprenderlo… No, no puedo creerlo. Cuéntame cómo ocurrió esta situación tan tremenda porque veo que te está ahogando.

Ahora, sí: Erik abrió su boca y como una catarata imposible de frenar le contó las peripecias con lujo de detalles. Ella lo oía y lo compadecía, no porque hubiera perdido su posición económica, sino porque lo veía tan mal que se daba cuenta de que no sabía vivir sin ese *status* que siempre había ostentado. Escuchándolo, meditaba que, tal vez, él tenía que pasar por esa experiencia para aprender a vivir de una manera más sana. El amor al dinero era la raíz de todos los males; los billetes no eran malos, sino el amor que algunas personas le profesaban; y Erik, hasta cierto punto, los había amado. Sin embargo, por ciertos destellos que aún veía en él, creía que podía recuperarse de esa enfermedad. Le habló con el corazón.

—Mira, Erik, a tu alrededor… —le dijo observando su departamentito y agregó—: Lo que ves es todo lo que tengo. Y aunque no lo creas, soy feliz.

Erik miró el pequeño comedor: una mesa, cuatro sillas y, en la punta, un sillón naranja que hacía de sala.

Ella prosiguió:

—No creas que soy pobre, me considero rica: soy una mujer sana, tengo trabajo y entonces pan no me falta nunca. Tengo una hija inteligente que se esfuerza, que tiene sueños y me ama como yo a ella. Tengo mi cómodo sillón naranja donde nadie me molesta cuando me tiendo a leer un buen libro. El limonero del patio, que me hace sombra en las siestas calurosas, también me sirve de reparo para cenar a la luz de una vela… Algunas noches, bajo su cobijo, te aseguro, son gloriosas. Tengo amigas queridas, como Alice o Chloé, a quienes conozco desde niña… O a los Loyola, casi unos padres para mí, que son personas con las que puedo contar incondicionalmente, como ellos pueden hacerlo conmigo. Mientras trabajo en el taller, charlo, me río o escucho música. Eso hace dichosas mis horas. No poseo mucho más, pero quiero todo lo que tengo.

Erik la miró admirado.

—Margot, a veces pienso que debo aprender de tu simpleza… ¡Pero mi vida es tan complicada!

—No creas que mi existencia es tan simple. A veces también me la complico yo misma con algunas cosillas…

—Hum… ¿con qué…?

Erik no lo veía así en absoluto.

—Por ejemplo, con la visita de algún hombre argentino que viene del pasado y de golpe, sin anunciarse, se presenta en París y trastorna mi mundo entero.

Erik no dijo nada, pero había entendido el mensaje: ella pensaba en él. Para ella, él era importante.

Margot sirvió vino en las dos copas y brindaron porque aún —y pese a todo— estaban vivos. Charlaban del dinero, de la vida y de aprender a ser flexibles; comían un pedazo de queso con pan… tomaban vino… iban por la tercera copa cuando él anunció:

—Es tarde, debo marcharme.

Erik se puso de pie y Margot lo acompañó a la puerta. Al cruzar el patio, la luminosidad de la enorme y bella luna los hizo mirar hacia arriba; luego de observarla por unos instantes, bajaron la vista. Entonces, Erik la abrazó y juntos caminaron el último trayecto hacia la salida.

—Qué hermosa noche —apreció él antes de salir a la calle frente al portón, mientras le miraba el rostro con la luz de la luna.

—Preciosa. En otoño, París es bello —le respondió ella y no pudo decir más porque Erik la besó justo a tiempo para atrapar el encanto del momento que le sabía a recuerdos, a amor profundo. La besó durante minutos, la tenía en sus brazos, no deseaba soltarla. No quería soltarla nunca más en la vida.

—Quisiera que esta velada no terminara nunca. No quiero irme…

—¿Y por qué no te quedas un poco más?

—Porque tarde o temprano tendré que irme a mi casa.

—¿Y por qué no te quedas esta noche a dormir…? —se lo dijo mirándolo a los ojos para que él no tuviera dudas de que se lo decía con el corazón en la mano. El malbec francés hacía su parte en la locura de la noche parisina.

Sin dejar de abrazarla, le preguntó:

—¿De veras deseas que me quede?

—Claro. ¿Qué pasa? ¿No estás seguro de querer dormir aquí?

Ella se había puesto a la defensiva; por momentos, viejas

sombras buscaban atemorizarla.

—¡Claro que lo estoy! Pero te lo pregunto porque para mí será muy importante si lo hago. Será un antes y un después.

A ella le gustó la respuesta.

—Para mí, también, Erik.

Se besaron durante un rato en la penumbra y, cuando se volvieron a mirar, por unos instantes Margot sintió que Erik era el mismo que ella había conocido años atrás y que nunca se había ido, ni alejado; le parecía que jamás se había marchado. Una sensación de plenitud la envolvió. Erik, a su lado, aún sorprendido, tuvo la misma impresión.

—A veces, como en este momento, siento que nunca me fui. ¿Será que una parte de mí se quedó aquí para siempre?

Ella sonrió.

—Claro, esa parte se llama Amèliè y tiene catorce años —le respondió Margot, realista como siempre.

—Quiero ser romántico contigo y no me dejas… Ven aquí, Margot, déjate mimar… —dijo Erik mientras la llevaba abrazada otra vez rumbo al departamento.

Un rato después, la habitación de Margot exudaba reencuentro pero también reparación, compensación, desagravio y resarcimiento, porque la vida les daba la revancha. Las pieles que alguna vez se habían amado y seducido una a la otra, se volvían a cautivar; reanudaban su idilio, se regocijaban deleitándose, entregándose sin reparos.

La memoria de Erik reconocía el gritito apasionado de mujer satisfecha, ese que mostraba su completa saciedad, y ese sonido lo llenaba de recuerdos justo cuando la plenitud total llegaba para él también.

Una hora después, ambos se hallaban acostados en la cama, entre dormidos y despiertos. Después de lo vivido, no era fácil aquietar el corazón, ni los sentimientos, ni el cuerpo. La ventana de la habitación que daba al patio permanecía abierta, y el fresco y la luz de la luna entraban por ella. Margot pensaba en el día siguiente; era inevitable.

—Erik, tienes que irte muy temprano.

—Pensaba hacerlo.

—Es que debo trabajar. La gente que tengo a mi cargo llega

temprano. Y Manuel Loyola, también.

—No te preocupes, quédate tranquila, Magui —dijo dándose vuelta para acariciarla con ternura, llamándola como cuando eran jóvenes. Pero viendo el perfil de su cuerpo de mujer desnuda, quiso más. Poseerla era una revancha del destino, era recuperar lo perdido, era olvidar el dolor y las preocupaciones, era volver a encontrar el camino. En instantes empezaban de nuevo. La vida para él acababa de dar un gran giro, un vuelco inesperado, tan delicioso como amarga era su nueva situación económica.

Salvador Jesús Santo

Ese sábado por la mañana Salvador se levantó decidido a hacer cambios en su casa. Desayunó con las provisiones que había comprado la noche anterior en un tugurio del vecindario de su hermano donde nadie lo conocía.

Conforme a la costumbre de su barrio, sacó a la puerta todo lo que no quería; con suerte, a lo largo del día, la gente que pasara por allí se lo iría llevando.

Luego se dedicó a limpiar cada rincón de la casa con agua y lejía, tal como si quisiera borrar con el trapo enjabonado lo ocurrido en esos cuartos.

Una vez terminada la tarea, cambió los muebles de lugar, tiró cuadros, adornos, papeles y utensilios. Entonces se sentó a descansar y meditó: «Solo falta una cosa». Pero a esa le temía: acomodar el *placard* donde aún convivían sus viejas prendas con las de Carmen. Necesitaba quitar las que habían sido de su esposa y tirarlas. Hacerlo sería pensar, acordarse, sufrir, pero mejor esto que la agonía lenta de verlas cada vez que buscara algo en el ropero.

Abrió la puerta del mueble y lo primero que vio fue la cajita con el collar de oro y rubí que él le había regalado endeudándose hasta los huesos para el último aniversario que habían celebrado juntos. Lo recordaba perfectamente, era el de los cuatro años; luego ocurrió la desgracia. «Tal vez, si hubiéramos tenido hijos… todo hubiera sido diferente», reflexionó apenado. Observó la joya durante unos instantes y la dejó aparte. La vendería y la haría dinero. Los billetes le vendrían muy bien. A continuación, se dedicó a mirar el vestido rosa que le había obsequiado en Navidad y, mientras lo tocaba casi con miedo con el dedo índice, profundizó: «¿Por qué Carmen no me amó, como yo sí a ella?». No hubo un mes en que, al cobrar el sueldo, no le hubiera traído un presente.

Corrió las perchas con las manos y encontró la camisa blanca con la que su esposa iba siempre a misa. Y otra vez los interrogantes: «¿Cómo pudo haber sido tan católica y al mismo tiempo mentirme? ¿Cómo pudo ser tan creyente y querer romper nuestro matrimonio?».

Y en el estante de abajo, los zapatos de tacones… ¿A qué encuentro secreto la habían llevado esos elegantes zapatos en sus pasos apurados? ¿Qué charlas escucharon esos tacos altos?

Abrió un cajón y encontró varios pares de guantes que le recordaron los momentos en que la tomaba de las manos… trajeron a su memoria esos dedos delgados y blancos, esos que Salvador tocó desde que se casó… los únicos. Porque desde que Carmen se convirtió en su esposa, él nunca estuvo con otra mujer. ¿Por qué ella había sentido la necesidad de otro hombre, si él nunca había precisado otro cuerpo?

Para cuando le llegó el turno al camisón de encaje que colgaba en la percha principal, Salvador tenía los sentimientos a flor de piel. ¿Acaso Carmen había dormido en otra cama vestida así? ¿Ella había hecho el amor con ese hombre? La tarde de la fatídica pelea, Carmen solo le había confesado que estaba enamorada de otra persona. Aunque jamás admitió que había consumado algo, él creía que sí. Ella era una mujer apasionada; recordó cómo era en la cama. Y el deseo se le unió con la desesperación de haberla matado y con los celos de que hubiera estado con otro hombre. No pudo soportar lo que sentía y, tironeando con violencia las ropas, cayeron al suelo con barral y todo. Él, tendido en el piso, lloró desconsoladamente. «¿Este duelo no terminará nunca? ¿Este castigo no tendrá final? ¡Qué tortura es la vida!». Se arrepentía una y mil veces de lo que había hecho y, en ese tremendo momento de crisis, decidió que vendería la casa y se mudaría. Allí no podía vivir; estaba seguro.

Era la tarde cuando se quedó dormido en el suelo. A medianoche, percibiéndolo frío, se despertó y, perdido en medio de la oscuridad, se levantó tanteando las paredes hasta dar con la perilla de la luz y prendió todas las lamparillas de la casa. Tenía miedo. Necesitaba la claridad para dormir.

El domingo se levantó desanimado. Había acomodado en su casa lo que pudo y nada parecía cambiar. El lúgubre ambiente que se respiraba era el mismo. Se daba cuenta de que, desde que obtuvo la libertad, solo había tenido dos gratos momentos, los vividos en la playa y en el puerto. Esas horas le resultaron placenteras; le habían hecho bien. Por lo tanto, resolvió que, luego de desayunar, volvería a pasear por allí.

Una hora después se encontraba instalado sobre la arena. En

esta oportunidad miraba de lejos los barcos que se hacían a la mar. Observándolos por primera vez, fantaseó con subirse a uno y dedicarse por siempre a navegar por el océano para nunca más pisar tierra; mucho menos, Barcelona, donde siempre sería señalado, perseguido.

«No es imposible», deliberó. ¿Y si dejaba de mirarlo como un sueño y realmente se embarcaba? Solo imaginarlo le daba placer, aunque no sería tan fácil. Debía reunir el dinero para comprar el pasaje. Además, al día siguiente lo esperaban en la imprenta para la entrevista… Y lo más importante: él no era libre, sino que estaba en libertad condicional. «Pero… si me subo a uno de esos barcos y me marcho lejos, ¿quién podrá saberlo? ¿Quién podrá saber que mi libertad es restringida? ¿Quién me perseguiría? Nadie», fue la respuesta. Menos aun si buscaba un buque de otra nacionalidad e idioma, cuya tripulación no entendiera su documento. «Un italiano, quizá. Son menos exigentes», ponderó.

La idea de marcharse lejos comenzó a germinar en su cabeza. La estudió de derecho y de revés; y, al planearlo, se sintió bien.

Ese día se quedó en la playa hasta el atardecer y, al caer el sol, sin otra alternativa, regresó a su casa. Por la noche durmió mal. Las pesadillas lo atacaron; los miedos a la oscuridad, también.

«Había una vez un hombre que subió a un barco y se marchó muy, muy lejos y fue feliz…»

Capítulo 43

¿Qué sucede? ¡Mama mía!
Se cayó la estantería
o San Pedro abrió el portón.

Tango «Al mundo le falta un tornillo»,
ENRIQUE CADÍCAMO

Para los hermanos Martínez Romanov la mañana fue dura. Hablar con el gerente del Banco Español, explicarle la desgracia en la que habían caído y pedirle condescendencia no fue fácil. Pero al fin algo lograron: obtuvieron unos meses de gracia para comenzar a pagar. Eso sí, no habían podido eludir los altísimos intereses que les impondrían conforme a la manera de trabajar de los bancos. A las entidades financieras no les importaban las personas. Por más que durante años hubieran ganado miles de francos con sus clientes, no tenían contemplación. No eran los primeros argentinos que ese y el año anterior se habían presentado en la gerencia para pedir lo mismo que los Martínez Romanov. Parecía que París estaba lleno de estancieros en desgracia.

También se entrevistaron con los notarios para darles instrucciones y firmarles poderes porque ellos regresarían a la Argentina y las residencias deberían ser vendidas mientras estuvieran ausentes. Las acciones que Nikolai poseía en las empresas que compartía con los holandeses también serían liquidadas. Todo era un gran lío, un triste y gran lío.

Visitar una firma especializada en venta de propiedades de la magnitud de sus residencias había sido una experiencia dolorosa. La alegría que producía comprarlas era igual de grande que la tristeza que provocaba venderlas. Imaginar que otras personas vivirían en esos ambientes en donde cada detalle había sido elegido por y para ellos, resultaba cruel. En el caso de la mansión de su madre, la sensación generaba mayor desazón porque, hasta ese momento, solo los Martínez Romanov la habían ocupado y estaba llena de recuerdos. Pensar en abandonarla ocasionaba un dolor terrible.

¡Había tanto por hacer, acomodar y enfrentar!

Nikolai conducía su automóvil mientras ambos se hallaban inmersos en sus propias historias personales. Erik se preguntaba cómo lidiar con el deseo de permanecer junto a Margot y, al mismo tiempo, cumplir con la repentina necesidad de emprender urgente el viaje a la Argentina. Cuando se lo propuso, ella ya le había adelantado que no lo seguiría; y la entendía: estaba Amèliè de por medio. Erik no podía quedarse; sin embargo, tras reencontrarse, no quería que un océano los separara otra vez.

Nikolai, por su lado, pensaba sobre cuál sería el mejor momento para plantearle a Melisa lo que acontecía con sus finanzas. En el fondo, se alegraba de que hubiera tanto por hacer para que esa instancia no llegara nunca. No sería fácil revelarlo. Incluso, creía que él y ella no podrían estar juntos por mucho más tiempo. No lograba unir en su mente las preguntas que lo asaltaban: cómo realizar una boda en medio de la necesidad y la pobreza, cómo formar una familia justo cuando no tendría nada para ofrecerle a la mujer que amaba ni a los hijos que vendrían. Además, Melisa acababa de confesarle que estaba dispuesta a dejar ese horrible trabajo en el teatro, que, en definitiva, había sido su deseo más íntimo y su reclamo más agudo. Pero… si ella se enteraba de que los Martínez Romanov estaban en la ruina, lo primero que querría hacer sería seguir trabajando, cosa que él jamás le permitiría; menos ahora, que resolvió dejarlo. Le parecía denigrante que ella tuviera que volver al teatro por necesidad.

La voz de Erik vino a sacarlo de su ensimismamiento.

—Nikolai, ya son las cuatro de la tarde. Deberíamos postergar para mañana la visita a la compañía naviera y concentrarnos en hablar con nuestra madre.

—Tienes razón —reconoció su hermano, que frenó de golpe y dobló en el sentido contrario.

Comunicarle a Irina la situación era prioritario, pero, entre una y otra cosa, lo habían aplazado. De todos modos, en cuanto pudiera, Nikolai trataría de saber qué había sucedido con el cargamento porque no se daba por vencido. No aceptaba haber perdido las carnes y, encima, que nadie se hiciera responsable. A pesar de que Erik le había explicado que la única persona que encontraría en la oficina sería un hombrecillo de bigotes más propenso a criticar que

a defender a la compañía, estaba dispuesto a dialogar con quien fuese con tal de lograr un arreglo. En cuanto llegaron a la casa, Irina los recibió con una suculenta merienda.

—Ya me imagino que habrán andado todo el día —les dijo mientras se las hacía servir en el comedor, donde se sentaron los tres.

Ella siempre se les adelantaba. «Salvo esta vez, en la quiebra», pensaron ambos sin decirlo en voz alta. Pero Irina los observaba atentamente.

Los dos comieron poco de lo que su madre dispuso. Entonces, cuando Irina vio que iban terminando, les dijo:

—¿Está pasando algo de lo que estoy imaginando?

—¿Qué es lo que te imaginas, madre?

—Esto —dijo Irina extendiendo un papel del banco.

Ella, al ver los movimientos extraños y erráticos que sus hijos realizaron durante los últimos días —incluido que Erik no hubiera vuelto a dormir en la noche—, había decidido hacer sus propias averiguaciones. Por lo tanto, lo primero que hizo fue presentarse en el banco para pedir un informe. Mientras se lo entregaba, el gerente le confió:

—No se preocupe, señora Martínez Romanov, hemos hablado con sus hijos y les daremos varios meses de plazo para que paguen la deuda.

Al escucharlo, a Irina se le esfumó cualquier atisbo de duda: estaban en apuros económicos. Por lo menos, ante esa institución.

—Madre, han pasado una serie de hechos desafortunados… —dijo Erik.

—Cuéntenme ya mismo —pidió Irina mirándolos preocupada. Por la cara de sus dos hijos, era evidente que transitaban caminos que nunca antes, en toda la historia familiar, habían andado.

Entonces Nikolai abrió su boca y le relató con simpleza, crudeza y a grandes rasgos lo que había ocurrido durante los últimos meses… y que acababan de enterarse. Le explicó por qué cada uno tenía sus culpas en esta caída —incluida ella— y cómo, también, los había perjudicado un golpe de mala suerte. Erik ayudaba a su hermano en el relato, pero Nikolai, que siempre había sentido que la economía de la familia descansaba sobre sus espaldas, y a pesar de ser el hijo menor, llevaba la voz cantante.

La narración de los hechos llegaba al final cuando Irina abrió su boca por primera vez desde que Nikolai había empezado.

—Terrible… realmente terrible —se lamentó ella. Y ese fue su único comentario porque el resto solo lo dijo su mirada perdida.

—Sí, madre —le respondió Erik.

Irina, que les había transmitido a sus hijos el mismo valor que para ella tenía el dinero, ahora no encontraba armas para defenderse, ni para defenderlos, ni para que ellos se defendieran del desastre. No sabía lidiar con esa desgracia; sus hijos, tampoco; mucho menos Nikolai, a quien lo veía deshecho, aun peor que a Erik. No podía esbozar palabras de aliento porque ella no las tenía ni siquiera para sí misma. Su economía se desmoronaba y se les hacía trizas la vida. Así la había criado don Andrey Romanov, su padre, y así había criado ella a sus hijos. Toda su valía había sido puesta en lo que poseían y ahora que no tenían nada, no calificaban… no existían.

Tras recibir el golpe, Irina hizo algunas preguntas y, cuando ellos dos se las respondieron, se puso de pie y fue hasta la ventana que daba a la calle. Y mirando la *rue* Copérnico, de espaldas a sus hijos, lloró sin emitir sonido alguno, solo le caía lágrima tras lágrima. Luego, secándose la cara con la mano, se dio vuelta y, dirigiéndose a la puerta, dijo:

—Necesito unos minutos.

Ellos asintieron con la cabeza y, mientras ella se ausentó, se quedaron comentando cómo había tomado la noticia su madre. Pasado un rato prudencial, comenzaron a preocuparse, pero Irina reapareció con el rostro compuesto. Ella no tenía palabras de aliento, ni nanas consoladoras… «Ya pasará, ya pasará». No salían de su boca porque para su concepción de la vida, perder la fortuna era una de las más terribles desgracias; pero ella sí tenía fortaleza, e iba a usarla hasta el último gramo para enfrentar lo que se venía. Por lo tanto, pidió:

—Necesito que me dejen vivir con las chicas en esta casa por lo menos seis meses más. En ese tiempo concertaré el matrimonio de Luisa con el chico Martínez de Hoz. Después abandonaré la propiedad con María Gracia y nos iremos a un departamento, ya sea aquí, en París, o en Buenos Aires.

—Creo que podremos hacerlo —dijo Nikolai a Erik, quien

convalidó la opción planteada.

Ella continuó:

—Respecto al departamento, puede ser pequeñísimo, pero tiene que estar bien ubicado en una zona cara para que María Gracia pueda seguir conectándose con gente de su nivel. ¡Bah, aunque ya no sé qué nivel tendremos!

—Madre, saldremos adelante —aseguró Erik, que, de los tres, era el más optimista. Su relación menos enfermiza con el dinero y su propio presente con Margot le permitían ver la situación de otra manera.

Irina agregó:

—Quería decirles que traten de salvar una parcela de tierra, aunque sea pequeña, para volver a criar animales. Eso serviría para empezar de nuevo.

—Sí, madre, lo hemos pensado, pero será difícil lograrlo.

—Una última cosa… —dijo Irina e interrogó—: ¿Cómo se llama ese maldito hombre que te perjudicó al no efectuar su aporte en el negocio de los teatros?

—Pedro Saidi. ¿Por qué?

—Yo me encargaré de que nuestros amigos sepan la clase de persona que es.

—¡Madre, eres tremenda…! —exclamó Erik sin saber si admirarla, temerle o amarla.

—¿Viajarán los dos a la Argentina?

—Sí, te tendremos al tanto de los siguientes pasos —dijo Nikolai.

—Por favor… —solicitó Irina y, tal como si un tema llevara a otro, agregó—: ¡Qué pena, hijo, que justo ahora estés separándote de Azucena! Su padre podría ayudarnos. ¿No hay posibilidades de una reconciliación?

—Mamá, Azucena me dejó, no me quiere. Ni yo —aclaró— a ella.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Irina sin darse por vencida.

—Desde que llegué a París estoy viéndome con alguien a quien quise mucho, hace varios años.

—¡No lo puedo creer! —prorrumpió Irina. «¡Por Dios, con sus noticias mis hijos van a matarme! Para una tarde es demasiado»,

pensó.

—Y tú, ¿cómo estás con tu francesa? —le preguntó a Nikolai.

—No sabría decirte con certeza. Ella aún no está al tanto de nuestra quiebra.

—¿Pero se van juntos para Argentina en un par de días?

—Sí, y en el viaje le contaré la novedad. Veremos cómo sigue nuestra relación. Sin dinero no es buen momento para nada; mucho menos, para casarse y formar una familia como planeábamos.

—Te entiendo, hijo. Sin dinero todo se echa a perder, hasta los planes más sublimes —razonó ella pensando en voz alta.

Minutos después ingresaron al comedor María Gracia y Luisa, que, ajenas a la situación, venían de la calle riendo y planificando un próximo fin de semana en las aguas termales de Vichy. Contentas de ver a sus hermanos, los saludaron y se sentaron para merendar.

—¡No han comido nada! ¡Pero qué cara tienen! —dijo Luisa al ver la mesa llena de lo que Irina les había preparado a los dos hombres.

—No ha sido una buena tarde. Necesitamos hablar —anunció Erik.

—¿Ha pasado algo? —preguntó María Gracia.

—Siéntense —les pidió Nikolai.

Era la última hora de la tarde cuando Erik y Nikolai partieron al centro. El mayor compraría su pasaje. El menor se reuniría con Fortabat y Dufour; debía tenerlos al tanto de su situación porque si no la contaba de su boca, se enterarían por otro lado. Si tenía que abandonar el proyecto, lo haría por la puerta grande, como el señor que siempre había sido. Hablaría con ellos, pero sabía bien lo que sucedería: aunque los dos hombres pusieran la mejor buena voluntad, el negocio no admitía otro movimiento que los permitidos por contrato. Si se apartaban, el proyecto podría desmoronarse. Abandonar la empresa de los cinco teatros, nacida por su iniciativa, le producía un dolor tan tremendo que hasta le dolía el cuerpo. El complejo era un gran sueño que se hacía pedazos. Se subió a su auto derrotado; no daba más.

Erik también se marchaba. Lo esperaban los ingleses que les habían comprado las carnes. La situación ameritaba una conversación. Cada escenario por enfrentar parecía una pesadilla

por vivir. La quiebra era un monstruo, y si no se tenían claros los principios y valores internos, ella se llevaba todo por delante, incluidas las vidas de los que estaban inmersos. La pistola Beretta guardada momentáneamente en el escritorio de Nikolai lo sabía muy bien.

El hombre rubio

Abrázame fuerte que por dentro
me oigo muertes, viejas muertes
agrediendo lo que amé…

Tango «Balada para mi muerte»,
HORACIO FERRER

Año 1927

¡No quiero morir! ¡No! Pero la muerte es prepotente, impiadosa y no me escucha. Me arrepiento de haber deseado dejar de existir, pero a ella no le importa mi remordimiento.

Recuerdo la primera vez que la vi cara a cara: ella se hallaba instalada en el rostro de mi padre, don Ricardo, y yo era muy joven. Recuerdo el llanto de mi madre y el mío. También mi furia y mis miedos ante su cuerpo inerte acostado en la cama grande. Él, vestido con su mejor traje; y yo, con el mejor de los míos; ambos, ataviados para la despedida, el adiós definitivo. Preguntándome: «¿Nos veremos de nuevo, papá?».

Es mi más triste y más fuerte recuerdo. No me gusta, no lo quiero, pero hoy me sirve porque esta remembranza de muerte —cual paradoja— me ata a la vida. Entonces, al darme cuenta, me río de este último final y pido al cielo una oportunidad: «Todavía no quiero marcharme de este mundo». No me daré por vencido. Respiro larga y trabajosamente, con cuidado, para no quebrar mis pulmones, que hoy siento de cristal.

Capítulo 44

Si hasta en tu sombra me busqué
y te quise.

Tango «Elegía»,
ALBERTO GIRRI

Esa tarde, cuando el día de trabajo terminó en el taller Loyola, Melisa visitó a Margot para charlar un rato. Manuel regresó a su casa para ver a Amina; no siempre se sentía tranquilo respecto a la salud de su mujer.

Los esposos, solos en la casa, sentados en la cocina, aprovecharon para hablar en intimidad y con sinceridad sobre cómo se encontraba ella.

—Amor… ¿de veras te sientes bien para emprender el viaje hacia América? —le preguntó él, abriéndole el juego por si tenía dudas.

—Perfectamente, Manuel.

—Tienes que ser consciente de que una vez que estemos en alta mar, no habrá hospitales a los cuales recurrir.

—No necesito hospitales. Te he dicho que estoy bien.

—Si decidiéramos cancelar el viaje, Melisa lo entendería.

—Lo sé. Pero sería una gran decepción; sobre todo para mí. Tengo que aprovechar y vivir con ella lo que más pueda. Por las dudas…

—No hables así —se quejó él.

—Es que no me dejas elección, hablo así para que me entiendas. Ya sabes que el sueño de Meli es que la veamos actuar. Imagínate la emoción que viviremos al entrar en un teatro lleno de personas convocadas por ella, por su espectáculo… —Amina también soñaba.

—Lo sé, será algo único.

—Ha dicho que trabajará hasta terminar su contrato y luego abandonará la carrera artística —repitió Amina lo último que les había dicho su hija.

—No creo que eso suceda nunca —dijo Manuel.

—Yo también pensaba igual, pero a veces el amor logra imposibles. Fíjate en nuestra historia y, sin embargo, aquí estamos, juntos.

Manuel miró a Amina enfundada en su vestido de flores. Llevaba suelto el cabello renegrido con algunas canas que no teñía, ni teñiría nunca. Su rostro tenía líneas en la frente y en los ojos. Los signos del tiempo estaban allí, pero cómo no iban a estar si era su compañera de toda una vida. Juntos habían transitado casi tres décadas. ¡Y pensar que la eligió por lo poco que había alcanzado a conocer de ella mientras atendía la tienda de Alberahim! En ese momento, lo atrajo su belleza, su dulzura y la predisposición para ayudar a su padre. No se había equivocado: con los años había resultado ser una mujer maravillosa que lo había hecho muy feliz. No concebía una existencia sin ella y tampoco podía estar sin consentirla y darle los gustos. Si a Amina le pasaba algo, él también se moriría.

—Te amo, Amina, y si te sientes bien y lo que quieres es viajar a América para ver actuar a nuestra hija… ¡allá iremos! Porque te apoyaré en lo que quieras y te daré lo que desees. Y estaré contigo hasta el final de los finales.

—Gracias, Manuel mío —dijo ella sentándosele en la falda y, abrazándolo, agregó—: Pero no seas tremendista.

—Tienes que cuidarte —le pidió él.

—Mira, en los próximos meses sabremos si el tratamiento ha dado resultado. Mientras tanto, lo mejor es tratar de ser felices y vivir como si no hubiera ninguna nube negra sobre nosotros.

—Tienes razón. Estamos juntos, tenemos el tiempo y el dinero para ver actuar a nuestra hija, que es lo que ella quiere. Está enamorada y desea casarse con el argentino que, creo, también la ama realmente. ¿Qué más podemos pedirle a la vida? —razonó Loyola en voz alta, hablándose a sí mismo.

—Vivamos el día a día. Disfrutemos el hoy —agregó ella.

Manuel sonrió. Amina no pensaba así porque estuviera enferma, no señor, esa siempre había sido su manera de ver la vida, y se lo había transmitido a Melisa y contagiado a él, porque, con los años, empezaba a pensar como ella y la había convertido en su filosofía de vida.

—Entonces, querida Amina, déjame ir a buscar una botella de

malbec, que brindaremos.

—Hummm… tú siempre te las arreglas para tener un motivo para servir vino en las copas —dijo ella sonriendo.

—Claro, tenemos que festejar.

—¿Festejar qué cosa?

—La vida.

—Vas aprendiendo —dijo Amina y comenzó a reír mientras él buscaba la botella elegida: un malbec cosecha 1922, el año en que Melisa se había marchado a América. En la vida todo iba y venía, nada era seguro, solo el cambio.

Cuando esa noche Melisa regresó a su casa, Amina ya tenía lista la comida. Luego de hablar con Margot, su hija había ido en vano a la residencia de Nikolai; no lo había encontrado. Alain le explicó que el señor estaba trabajando mucho con el propósito de ultimar los detalles para emprender el viaje. Llegaba desalentada; parecía que el mundo se oponía a que ella y Nikolai se vieran. Quería estar con él. ¡Tenían tanto de qué hablar! Sobre todo, desde que le había comunicado su decisión de aceptar ser su esposa y dejar todo lo demás de lado. No veía las horas de subirse al barco; al menos allí, no se le podría escapar para trabajar. Pensó que faltaba muy poco para emprender el viaje y se llenó de excitación y felicidad. ¡Qué hermoso tiempo pasaría junto a sus padres y Nikolai! Aún no sabía que Erik había comprado su lugar en el mismo navío. Los pasajes adquiridos por su padre para el barco *Principessa Mafalda* que zarparía de Barcelona estaban sobre el mueble del comedor, listos para ser usados. Se acercó al aparador y los tomó entre sus manos.

Manuel entró a la sala y la descubrió observándolos.

—Papi, será un viaje maravilloso.

—Para mí, es maravilloso estar contigo y con tu madre, sin importar el lugar. Así que en esta casa, esta noche es maravillosa para mí. Disfrutémosla —dijo Loyola con sabiduría.

—Tienes razón —replicó mientras iba del brazo de su padre a la cocina.

—Lo pasado ha huido, lo que esperas está ausente, pero el presente es tuyo.

—¡Qué hermoso, papá, y qué real!

—Es un proverbio árabe que me acaba de decir tu madre. Me

contó que se lo decía su abuela… ¡y más vale que le hagamos caso! Ya sabes cómo son las mujeres marroquíes —dijo él.

Los dos se rieron. Melisa se sentó a la mesa y se propuso disfrutar de sus padres. Los últimos años se los había pasado corriendo de un lugar a otro preocupada o entretenida con las penas y emociones del amor, o con los viajes y ajetreos del trabajo. Esa velada sería diferente, quería sentarse allí y escuchar las trivialidades que ellos tenían para decir, comer lentamente cada bocado de esa comida que había sido preparada con amor por las manos de su madre, y mirar los dos rostros amados hasta que sus pupilas se cansaran.

En pocos días ella recordaría esa noche y agradecería haber tomado esa sabia decisión.

En el departamento de Margot a esa misma hora llegaba Erik y ella también le servía comida. Cada noche lo esperaba con emoción y dentro de su sencillez, se vestía especialmente para él. Le abría la puerta y cuando él aparecía con una sonrisa, el mundo de ambos se trastocaba, pero hoy lo notaba agotado.

Él comía en silencio *la soupe à l'oignons*. El día había sido intenso y la cuenta regresiva de la partida comenzaba a pesarles a ambos.

—Estoy mal, no me quiero ir —dijo al fin Erik, sincerándose.

—Me siento igual… pero ¿qué podemos hacer? Has dicho que regresarás en cuanto puedas. Yo estaré aquí, ya lo sabes —trató de consolarlo Margot, aunque ella misma no tenía consuelo.

—¿Y si algo se complica y no puedo regresar? —preguntó. Comprendía cuán precaria sería su situación para movilizarse de un continente a otro al no disponer de dinero como antes y con tanto por acomodar y enfrentar en Buenos Aires.

—Nada se complicará —vaticinó ella optimista.

—Me da miedo volver a separarnos y que suceda algún contratiempo —dijo Erik abriéndole el corazón mientras la miraba a los ojos.

—A veces, a mí también. Pero no nos puede pasar dos veces lo mismo; eso no es posible —afirmó ella aferrándose a la idea de que ya no habría desencuentros y malentendidos entre ellos.

La sombra de la partida intentaba arruinar la velada, pero

Margot buscó cambiar de tema, hablarle de otros asuntos para distraerlo y, mientras charlaban acerca de cómo había tomado la situación Irina, él terminó la sopa y Margot le trajo el postre que le había preparado esa noche: *crêpes* de frutilla y crema. Siempre tenía algo dulce en la casa para él.

—Me mal acostumbras, *ma jolie*. ¿Cómo haré para vivir sin ti en Argentina? Dime, ¿cómo haré…? —dijo la última frase con los ojos llenos de lágrimas.

Margot sintió que se le encogía el corazón.

—Ay, Erik…

—¿Por qué no vienes conmigo? Ven, Margot, el barco zarpa en unos días de Barcelona… Después regresaríamos juntos —insistió.

—¿Y Amèliè…? —preguntó. Ella le puso nombre a sus dudas.

—¡Tráela!

—No puede. Ella está en el colegio.

—Entonces, déjala terminar. Solo serán unos meses. Ella se quedaría en la escuela hasta nuestro regreso porque… volveremos juntos.

—¿Juntos?

—Sí, te lo prometo.

—No lo sé…

—Amèliè tiene la edad en la que tú trabajabas en el puesto de flores, y en el colegio estará muy bien cuidada. Además —se sinceró —, no sé cómo haré para vivir sin ti en mi país.

Su voz sonó angustiada. Él recordaba bien las pesadumbres que había vivido antes de volver a Francia y cómo lo agobiaba su vida.

Margot comenzaba a dudar, veía a Erik sufrir y eso la mortificaba doblemente. Era una sensación extraña; le dolía por él pero también por ella. Verlo así le recordaba aquel momento de juventud, cuando Erik regresó a la Argentina y la abandonó. ¡Cuánto sufrió la chiquilla de entonces! La muchacha que alguna vez había sido se dolía por su nueva partida. Podía entender la desazón que le provocaba a Erik marcharse de París; ella sabía cuánta tristeza la embargaría si se quedaba sola otra vez. Dos dolores en uno.

¿Qué hacer? Los años pasaban y el tiempo no regresaba, sino que todo cambiaba. A la vida había que vivirla con arrojo y valentía. Algo muy dentro de ella la empujó a decir de forma

intrépida:

—¿Estás seguro de que volveríamos juntos?

—Sí.

—Está bien… Averigua cómo debo hacer si quiero adquirir un pasaje.

—Margot, amor mío… —exclamó emocionado. Había esperado que aceptara y, ahora, que al fin lo había hecho, no podía creerlo.

—Yo me compraría mi pasaje. Y no te apresures; aún no he dicho el sí definitivo.

—Cállate, Margot… —dijo él repitiendo la única frase con la que había aprendido que podía frenar sus ideas de mujer independiente —. Cállate, no arruines la hermosa noticia que acabas de darme — agregó Erik mientras lloraba.

Por más ideas independentistas que ella tuviera, por más que ya no fuera un hombre adinerado, él —y solo él— le pagaría el pasaje a Margot. Si fuera necesario, vendería su propia sangre para comprárselo. Se abrazaron y Erik le regaló cientos de ternezas al oído.

Una hora después hacían el amor en la camita del departamento. La luz de luna y el fresco de la noche entrando por la ventana abierta, junto a sus caricias, creaban un momento único. Pero algo más lo hacía especial: esta vez la intimidad tenía un nuevo sabor, el del compromiso, el de los planes a largo plazo, el de prometerse quererse por siempre, de empezar una historia nueva.

La felicidad los embargaba, pero aun así quedaban cosas por enfrentar.

—Erik, tienes que irte a primera hora. Amèliè llega muy temprano y quiero hablar con ella antes de presentártela.

—Eso pensaba hacer.

—Creo que es lo mejor.

—No te preocupes, te entiendo —dijo mirándola mientras se le mezclaban las ternuras: ella había criado sola una hija de él, ella lo acompañaría, ella ahora era su mujer. En la penumbra pudo observar el cabello claro y la piel blanca de Margot. Entonces deseó amarla de nuevo; esta vez con pasión pero también con devoción. Ella se merecía todo. Los grillos cantaban y se confundían con los nuevos gemidos de Margot. La noche les pedía no dormir; sus cuerpos, igual.

Eran las ocho de la mañana cuando el timbre sonó con fuerza en el departamento y ellos se sobresaltaron. Margot miró el reloj y tuvo la certeza de que su miedo era real.

—¡¡Erik, son las ocho!! Es Amèliè. Vístete ahora mismo.

Él se puso de pie medio dormido. No encontraba los zapatos, ni la camisa, ni siquiera su ropa interior.

—¡Carajo, Margot, nos dormimos!

Ella se puso la ropa como pudo y salió a abrir la puerta.

Erik continuó la lucha encarnizada con las prendas desperdigadas por el piso del cuarto. Para cuando escuchó la voz joven en la cocina, había logrado ponerse pantalón y camisa y, de los nervios, sin darse cuenta de que no tenía ni medias ni zapatos y sin lavarse la cara ni peinarse, apareció.

La voz nerviosa de Margot fue la que dijo:

—Amèliè, él es Erik… Erik Martínez Romanov.

La chica lo miró incrédula, no podía creer que hubiera un hombre en la casa. Su madre nunca había hecho eso. Por su aspecto, era evidente que él también recién se levantaba. Es decir: habían pasado la noche juntos.

—Él es argentino… —continuó Margot en un intento de actuar con normalidad.

Amèliè le extendió la mano.

—Mucho gusto, soy Amèliè —dijo la chica.

—Encantado de conocerte… —saludó Erik y, mirándola de frente y por primera vez con detenimiento, por poco se cae de espaldas… La muchacha era el vivo retrato de Irina, su madre, tal como la mostraba el cuadro de la foto de su casamiento que colgaba en la sala de la casa de la calle Copérnico.

Dos o tres comentarios triviales sobre el frío que estaba haciendo, otro sobre el colegio de la niña y los tres, allí parados, se miraban uno al otro sin saber qué decir. Una familia que se encontraba por primera vez en el mismo comedorcito en el que Margot había llorado la falta de Erik y a donde había llegado con su niña en brazos después de tenerla en el hospital pensando que jamás conocería a su padre. La vida tenía muchas sorpresas; por suerte, algunas eran sublimes.

Ya sentados, Erik seguía hipnotizado con ese rostro delicado de facciones rusas. Cuando se lo contara a Margot, estaba seguro de

que se sorprendería.

Amèliè, que era una chica vivaz y despierta, mientras Margot se dedicaba a preparar café con manos nerviosas, se entretuvo haciéndole una serie de preguntas a Erik que, más bien, conformaban un verdadero interrogatorio: que dónde y cuándo se habían conocido con su madre; que si él tenía casa en París; que hasta cuándo se quedaba; que si tenía hijos y en qué trabajaba… y que…

Hasta que Margot, sabiendo que sus cartas estaban echadas, la interrumpió.

—Amèliè, es suficiente. Si estás tratando de saber si tenemos una relación importante, te digo que así es. Y si te preguntas por qué lo dejé quedarse a dormir en casa, te aclaro que a Erik lo conozco y lo he querido desde joven.

Y para sorpresa de la pareja, la muchacha preguntó:

—Bueno, madre, en realidad estoy tratando de saber algo más. Por favor, ¿podrías responderme también si él es mi padre?

Si iban a hablar con la verdad, no lo harían a medias, sino que llegarían al fondo.

Se hizo un largo, pesado e incómodo silencio. Erik, que no sabía qué hacer ni qué decir, miraba a Margot esperando instrucciones.

—Sí, él es tu padre.

La niña se llevó la mano a la boca ahogando un gritito. Luego dijo:

—¡Lo sabía! ¡Estaba segura!

Erik y Margot la miraron estupefactos. Su madre le preguntó:

—¿Qué? ¿Cómo lo sabías?

—Por la forma de sentarse —dijo mirando a Erik que se hallaba sentado en la puntita de la silla y la balanceaba peligrosamente, tal como lo hacía Amèliè. La postura era idéntica.

Todos se rieron y la tensión se aflojó.

Erik supo entonces que, si bien Amèliè había sacado el rostro de Irina, el carácter lo había heredado de Margot. Ambas eran iguales: directas, transparentes y sinceras. Emocionado, lleno de sentimientos encontrados, recorrido por la culpa, la alegría y el estremecimiento de compartir ese momento con las dos mujeres que, de una u otra manera, le pertenecían, le pidió permiso a la niña para darle un abrazo.

Ella lo miró sorprendida y luego de un instante lo autorizó asintiendo con la cabeza. Él se acercó y la rodeó con los brazos. Amèliè, muy quieta, lo dejó hacer hasta que, al fin, tímidamente, ella le respondió. Fue un minuto conmovedor, extraño y único. Erik, a punto de las lágrimas, no la soltaba cuando Margot, viendo lo que pasaba, vino a salvarlo.

—Tomemos un café tranquilos, por favor —pidió mientras buscaba las tazas.

A partir de allí, en el comedor comenzó un diálogo insólito, vibrante y emotivo que, a medida que transcurría, iba cambiando la vida de los tres.

Hablaban de lo que había sido y de lo que sería.

Esa jornada para Erik sería de locura: acababa de conocer a su hija, debía comprar el pasaje para Margot, contarle a Nikolai las noticias y reunirse con algunos acreedores que aparecían porque en los círculos empresariales ya se hablaba de que los Martínez Romanov estaban en quiebra. En pocas horas, él y su hermano partían acompañados de Margot, Melisa y sus padres. El navío *Principessa Mafalda* ya estaba saliendo de Italia rumbo a Barcelona, donde ellos lo abordarían.

Nikolai, por su lado, también luchaba contra el tiempo y las situaciones difíciles que se le presentaban. Era importante acomodar hasta los mínimos detalles para que los problemas no fueran aún mayores. A Melisa la vería en la estación de ferrocarril desde donde partirían. Alain, siguiendo su indicación, así se lo explicaría cuando ella regresara para buscarlo. Sabía que ese día volvería a su casa hacia la medianoche. El ritmo de las últimas horas venía siendo enloquecedor. Habían hablado con el gerente del banco, habían tenido varias entrevistas con sus notarios y, también, con los ingleses. Él, por su parte, se había reunido con Fortabat y con la gente del orfanato. Había dejado instrucciones precisas al abogado que llevaba las acciones de las empresas que compartía con los holandeses y juntos acordaron que se encargaría de venderlas, como así también lo harían los responsables de la inmobiliaria con las tres propiedades que tenían en Francia. Primero, las de Nikolai y Biarritz; y, en último término y atendiendo a su pedido, la de Irina.

Restaba por hacer lo más triste: avisarles a todos sus empleados

—algunos, de años— que solo trabajarían para los Martínez Romanov un mes más. Al siguiente, el abogado que atendía la documentación del personal tenía órdenes de pagar hasta lo último que se les debiera, y ya no los verían nunca más. Su vida, hora a hora, cambiaba drásticamente. Por momentos, este vértigo lo aterrorizaba, pero qué otra cosa podía hacer, salvo seguir adelante.

En la mañana que el grupo compuesto por las tres parejas se subió al tren rumbo a Barcelona, las mujeres lo hicieron exultantes y llenas de energía mientras que los hombres se mostraban agotados. Por culpa de sus labores, los tres varones habían trabajado hasta el último minuto y ahora se hallaban exhaustos. Apenas empezado el traqueteo del tren, Manuel, Nikolai y Erik se durmieron y en ese estado realizaron casi la totalidad de los kilómetros que duró el viaje. Melisa, sentada al lado de Nikolai, esperaba con ansiedad el momento en que abriera los ojos; quería conversar. Pero él dormía profundamente. Incluso llegó a suponer que lo hacía a propósito, para no hablar.

Relajándose, se sentó junto a sus padres y con ellos charló sobre las actividades que harían en Argentina, los paseos, las comidas y, lo más importante: la organización de la boda. Apenas llegaran a Buenos Aires, Amina y Manuel se instalarían en su departamento de calle Callao y ella se iría a vivir a la casa de Nikolai. Tenía seis meses para pasar junto a sus padres en Argentina, toda una vida de felicidad, pensó contenta. Sin embargo, no tuvo en cuenta que medio año no es una vida y que bajo el sol nada es seguro porque, cuando Nikolai arribara a su ciudad, ni siquiera tendría casa donde albergarla.

Salvador Jesús Santo

Era la mañana y las primeras claridades entraban por la ventana cuando Salvador se levantó con una decisión tomada: no se presentaría a la entrevista, sino que juntaría todo el dinero de que disponía e intentaría comprar un pasaje para embarcarse en uno de esos grandes buques. Sabía que la suma contante y sonante no le alcanzaría, pero su plan incluía visitar el banco prestamista ubicado frente a la plaza y allí deshacerse del collar de Carmen, de dos anillos y del antiguo reloj de cobre que había sido de su padre, ese que valía como antigüedad. Al mirarlo, comprendió que le daba pena deshacerse del único objeto que encerraba gratos recuerdos de su niñez. En su momento, había sido el orgullo de su padre. Recordaba que, de pequeño, se lo dejaba tocar en contadas ocasiones y solo si la situación lo ameritaba, como cuando lo atacaba un llanto largo e incontenible porque se había caído y golpeado muy fuerte, o cuando lo quería consentir sentándolo en su falda y haciéndolo jugar con las agujas. Y claro: cuando llegó el momento de enseñarle la hora. Al observar detenidamente el reloj, lleno de remembranzas, Salvador estuvo a punto de guardárselo, de no dejarlo en el banco. Pero decidido a mirar hacia delante, supo que su futuro era más importante que un objeto, y se marchó con las joyas rumbo a la entidad. Se consoló pensando que, si su padre, don Fermín Santo, lo miraba desde el cielo, lo entendería. También su madre, que había sido quien se lo dio cuando el hombre murió. Si se trataba de una decisión para seguir subsistiendo, ella lo perdonaría. Necesitaba el efectivo porque, si permanecía en la casa —tuvo la certeza—, terminaría muriendo de angustia, pero si se subía a un barco y se iba muy lejos, entonces tenía posibilidades de rehacer su vida. Sintió ilusión… Una sonrisa se instaló en su rostro, una de esas que hacía mucho tiempo que no se le reflejaban en el semblante.

Salvador Jesús Santo, después de desayunar y aún sentado en la mesa de la cocina, pero ya vestido con su mejor ropa, esa mañana tomó los billetes que había conseguido en el banco prestamista y los

metió en la bolsita junto a los que le había entregado su hermano. Con lo reunido, se presentaría en las ventanillas que había en el puerto e intentaría comprar un pasaje para irse lo más lejos posible. Aún se lamentaba por haber perdido el reloj. Por él, solo le habían dado unas pocas sucias pesetas, pero lo recaudado —por escaso que fuera— le servía para cumplir con su propósito: marcharse de Barcelona. Porque él se subiría al primer barco que lo aceptara. Si podía trabajar en uno, mejor; pero si no, se embarcaría hacia el destino que le permitiera su dinero.

Buscó la maleta más pequeña que había en la casa y guardó cuatro ropitas y algún que otro objeto que creyó imprescindible. Luego, cerró la puerta de la casa con traba y se marchó pensando que no regresaría nunca más. Prueba de ello fue que, en la calle, mientras caminaba, decidió tirar la llave por la alcantarilla, que cayó sin ruido al abismo oscuro donde se perdió para siempre.

Cuatro horas después estaba en el puerto y se sentía el hombre más feliz del mundo. Apenas llegó, unos marineros le avisaron que en uno de los barcos grandes que zarpaba hacia América requerían con urgencia un camarero. Y ahora, mientras movía su pie, nervioso y expectante, aguardaba a que lo hicieran pasar a una pequeñísima oficina que tenía el barco; allí lo atendería el encargado de las entrevistas.

Luego de un rato, el hombretón grueso que tenía el poder de tomarlo apareció y, saludándolo en italiano, lo hizo pasar a su despacho.

—*Buongiorno, cavalieri volentieri!* —le respondió Salvador. Esa frase fue empezar la charla con el pie derecho.

Sin cambiar de idioma, el tripulante enseguida le preguntó si sabía hablar otros, como para servir las mesas. Salvador le explicó que era español y que hablaba muy bien el francés. Como prueba de ello, pronunció con fluidez algunas expresiones propias de un camarero.

Después de una charla de diez minutos, el hombretón estaba convencido: este español de ojos claros que cuando joven debió haber sido rubio, y que manejaba tres idiomas, era una persona suficientemente refinada como para que atendiera a los pasajeros de primera clase. Con urgencia, el barco precisaba un camarero.

Habían partido de Génova con uno menos y, ahora que nuevos viajeros se sumaban en Barcelona, ya no podrían prescindir de ninguno. Temeroso, le aclaró:

—*Vedere che la nave salpa oggi*. —Debería empezar el *lavoro* ya mismo.

—No hay problema. Vine preparado —dijo señalando la maletita que lo acompañaba.

—*Perfetto!* —exclamó el hombretón, que, de inmediato, sacó un formulario para completar con los datos de Santo. Contento por haber solucionado el problema y mirando rápidamente el documento del español, ni siquiera descubrió que estaba marcado por el gobierno: Salvador Jesús Santo era un reo y, en el apuro, no se había percatado. El *Principessa Mafalda* necesitaba con urgencia un camarero bilingüe y lo habían conseguido.

Ese día también zarpaba del mismo puerto un buque francés. Sin embargo, Salvador desistió de presentarse para pedir trabajo porque, seguramente, serían más exigentes que los italianos y le hubieran observado con detenimiento la documentación. Hasta el momento, sus planes habían salido a la perfección con esta nave. ¿Para qué buscar problemas? Además, el nombre *Mafalda* le agradaba, le recordaba un libro de cuentos que su madre le leía de niño.

En media hora se hallaba en el puerto mirando el barco desde afuera. Había querido despedirse de su tierra española dando unos pasos por el muelle. No creía que volviese nunca más.

«Había una vez un hombre que se hizo a la mar y en las aguas lejanas y profundas encontró su destino…»

Capítulo 45

Qué lindas son las noches
que paso junto a ella
mirando las estrellas
que no miré jamás.

Tango «Mi piba»,
MANUEL ROMERO

Subir al barco *Principessa Mafalda* fue un antes y un después en la vida de este armónico grupo compuesto por las tres parejas que se amaban cada una a su manera. Para Amina y Manuel, porque después de vivir en una punta del mundo, por primera vez pensaban ir juntos a la otra. Un continente desconocido los esperaba a ambos, y no podía haber mejor manera de visitarlo que acompañados de su hija. Para Margot y Erik, porque sería la primera vez que convivirían, pues dormirían en una misma cama grande, desayunarían juntos y compartirían las veinticuatro horas todos los días durante la travesía. Y para Melisa y Nikolai, porque sabían que en esa nave, para bien o para mal, decidirían su futuro; él había guardado en una de las maletas su pistola Beretta.

También lo era para Salvador Jesús Santo, que, muy cerca de ellos, subía las escaleras del barco y, mirando el largo cabello de Melisa, aceleró sus pasos. Quería ver el rostro de esa mujer que, de atrás, era igual a su difunta esposa. Pero el pitido fuerte de la nave llamando a los pasajeros para abordar, apuró el arribo de todos y él no llegó a tiempo para mirarla de frente. La mujer morena de hermoso cabello se perdía entre la multitud y él debía ingresar a la zona del barco donde solo podían entrar los que atenderían a los pasajeros. Allí los trabajadores ya se hallaban acomodando los pesados baúles e incómodas sombrereras; aunque no tantos como en otras épocas ya que la moda comenzaba a dictar usar solo maletas, y los vestidos, a ser más simples.

Cada uno de los viajeros que ese día abordaba y ponía los pies en la embarcación, se emocionaba por sus propias razones. Margot

se tomaba fuerte del brazo de Erik mientras ascendía por las escalinatas y sentía que iba camino a su luna de miel. Amina hacía igual con su marido: iba rumbo a algo nuevo y emocionante. Melisa, junto a ellos, intentaba lo mismo con Nikolai pero él, ensimismado como estaba, no la sentía, no la oía, no la percibía. O, por lo menos, era lo que ambicionaba su inconsciente de hombre que estaba seguro de que pronto la perdería y ya no la tendría más con él.

El barco que había zarpado de Génova con bastantes pasajeros ahora partía de Barcelona con casi toda su capacidad ocupada. Entre tripulación y pasajeros de primera, segunda y tercera clase llegaban a los mil doscientos cincuenta y nueve viajeros. El idioma que predominaba era el italiano; casi todos los pasajes baratos habían sido comprados por inmigrantes provenientes del Véneto y de los Abruzos; algunos sirios, polacos, yugoslavos y españoles los acompañaban.

Ni bien subieron, las tres parejas se instalaron en la cubierta dispuestas a disfrutar de la vista; ver desaparecer el continente europeo era un espectáculo. Nikolai miraba el horizonte cuando sintió que alguien le tocaba el brazo y exclamaba:

—¡Nikolai Martínez Romanov! ¡Qué casualidad!

Era don Luis Felipe Mayol, uno de los pasajeros argentinos de primera clase, amigo de toda la vida, quien, al igual que él, hacía negocios y alternaba su vida entre París y Buenos Aires.

Nikolai lo saludó y charlaron algunas palabras. El hombre le contaba que ya había viajado en el *Principessa Mafalda* en otra oportunidad y que el barco era excelente. Luego, realizó algunos comentarios sobre las entidades bancarias y Nikolai supuso que ya sabía de la quiebra de los Martínez Romanov. Así que, evitando hablar del tema porque no se sentía preparado para ello, se deshizo del acompañante. Don Luis era un buen hombre y amigo de años; por lo tanto, decidió que, cuando llegaran a la Argentina y tuviera más claro su panorama económico, se reuniría con él y le contaría lo sucedido. Nikolai no imaginaba que la desgracia atraparía al hombre y que no lo vería más que ese ratito en la nave.

El barco era un impresionante transatlántico de nueve mil doscientas diez toneladas y tenía sobre su proa y popa varios cruces de océano. Este sería el número noventa. Pero a pesar de que su

edad se veía en algunos detalles descontextualizados, tales como el tamaño de las puertas preparadas para que las damas pudieran pasar con los apabullantes *corsets*, enormes *aigrettes* y complicados peinados de otra época —todas ellas, ahora, usaban vestidos mínimos pegados al cuerpo que llegaban a la rodilla como Coco Chanel lo imponía—, la nave seguía siendo altamente lujosa. Lo mostraba el servicio minucioso de cientos de empleados que hablaban diferentes idiomas y la belleza de algunas zonas como la de su gran salón comedor repleto de columnas, capiteles, volutas y dorados, con cortinados de los brocatos más caros. El menú ya no era monitoreado por el hotel Excelsior de Roma ni El National de Suiza, pero seguía ofreciendo exquisitas opciones que las tres parejas pensaban disfrutar durante los casi quince días que pasarían a bordo. El *Mafalda*, si bien no tenía modernidades como la piscina climatizada que había en el *Sun & Waves*, se lo consideraba una especie de hotel clásico, un antiguo palacio flotante.

La primera noche el grupo cenó casi de día; todos querían acostarse temprano. Melisa ansiaba ese momento porque, desde que habían salido de París, no lograba una real aproximación con Nikolai. Él se comportaba de forma extraña y distante, tal como si su mente estuviera en otro lado y no con ellos en el barco. Su rostro, incluso, lucía diferente, pensaba Melisa sin percatarse de que la nueva línea que se le había marcado en el entrecejo, fruto de las preocupaciones, era lo que lo hacía parecer mayor. Comenzaba a pensar que él se había arrepentido de haberle pedido que se casasen y era su manera de hacérselo saber. Ahora que ella le había dicho que estaba dispuesta a dejar todo, tal vez se había dado cuenta de que no la quería. No hallaba otra explicación coherente. Se lo preguntaría abiertamente en la intimidad de su camarote. Agradecía que su padre, cuando sacó los pasajes, hubiera dispuesto de una habitación solo para ella y Nikolai.

Una vez concluida la cena, se retiraron. Ya en el cuarto, Melisa se dio una ducha, pero, cuando terminó y llegó a la cama lista para hablar, él ya se hallaba dormido. ¡En verdad algo muy grave estaba ocurriendo! Nikolai jamás se dormía antes que ella, era como si le hubiera sucedido algo que lo había dejado sin palabras, sin energía, sin ganas de nada.

Melisa se acostó a su lado y apagó la luz. Le caían lágrimas por la situación que estaba viviendo y, mientras se las secaba con la mano, sintió el abrazo de Nikolai y su voz que le decía:

—Te amo, Melisa.

Y entonces, volviéndole el alma al cuerpo, le respondió:

—Yo también te amo. Pensé que ya no me querías más.

—No seas tonta, ven acá —le dijo y la trajo hacia sí.

Y en la oscuridad, se abrazaron, se besaron e hicieron el amor.

No hubo palabras ni explicaciones, simplemente un encuentro y, en cierta manera, este dejó tranquila a Melisa. Sin luz no podía ver que Nikolai, a pesar de saciarse en ella y de disfrutar su cuerpo, seguía teniendo marcada, en el entrecejo, una profunda arruga de preocupación; algo en su rostro había cambiado para siempre.

Al día siguiente, cuando Melisa despertó, él ya no estaba en la cama. Le llamó la atención. Se levantó y se vistió de blanco como se acostumbraba por las mañanas en el crucero. Fue al comedor y vio a Nikolai instalado en una mesita desayunando. Un poco más allá, Erik y Margot se levantaban de la suya para ir a dar una vuelta por la cubierta, como ya lo estaban haciendo Amina y Manuel.

Melisa los saludó desde lejos y con la mano en alto; ellos hicieron lo mismo. Luego se sentó al lado de Nikolai y, muy despacio, le preguntó:

—¿Por qué no me esperaste?

No quería subir la voz. A su lado, el camarero Salvador Jesús Santo, ese hombre que les hablaba en francés y castellano, les servía café vestido de impecable uniforme.

—Estabas dormida —dijo Nikolai revolviendo el azúcar en su taza de café.

—Me deberías haber despertado. No me gusta venir sola.

—No es para tanto, Melisa…

El camarero Salvador Jesús Santo se marchó emocionado; le había podido ver la cara a esa chica que hallaba entrañablemente parecida a Carmen, y amargado y sacudido, porque ella discutía con el hombre, al igual que su esposa lo había hecho con él.

—¿Qué te pasa, Nikolai? Porque algo te pasa… —insistió Melisa en voz alta ahora que el mozo se había retirado.

Él la miró y no le respondió nada, sino que se quedó con sus ojos azules clavados en los de ella. Así se hallaban cuando una voz

desconocida de hombre amable los sacó de su mundo.

—Señores, perdonen mi intromisión, pero quería venir a darles personalmente la bienvenida al *Principessa Mafalda*.

Ambos se dieron vuelta; era el capitán que se había acercado a su mesa y ellos, enfrascados en lo suyo, ni cuenta se habían dado hasta ahora que lo tenían al lado.

El hombre, vestido con el típico e impecable traje blanco propio de su cargo, se sacó la gorra y les hizo una reverencia a modo de saludo.

—Les doy la bienvenida a ambos y quiero decirle, señorita Loy, que es un honor tenerla entre mis pasajeros.

Simone Guli, el capitán, un siciliano que tenía muchos años de navegante, en el último lustro había llevado y traído su barco entre Italia y Argentina varias veces. Ese era el recorrido para el cual lo contrataban y, en una de las tantas oportunidades que había parado en Buenos Aires, alguien le comentó de la exitosa obra *Cocó* y él la fue a ver. Se lo confesó:

—Soy su ferviente admirador. He visto su obra.

—Gracias —aceptó Melisa aún sorprendida por la situación.

—Lo felicito…, señor… —dijo Guli mirando a Nikolai para que completara la frase.

—Martínez Romanov es mi nombre —respondió Nikolai de forma parca. No estaba de humor para nada, menos para recibir al capitán felicitando a Melisa.

—Mis congratulaciones, señor Martínez, su mujer es una gran artista.

Nikolai hizo un ademán de asentimiento con el rostro en señal de agradecimiento.

El hombre prosiguió:

—Señorita Loy, le ofrezco el teatro del *Principessa Mafalda* para lo que quiera hacer. Sería un honor que usted actuara en él.

—Oh, gracias… —dijo Melisa.

—Estoy seguro de que a nuestros pasajeros les encantaría verla actuar. No tiene más que acercarse al teatro, allí siempre está la gente que se encarga de la recreación. Ellos la recibirán gustosos.

Nikolai los miraba y escuchaba la conversación mientras pensaba que esa propuesta era lo único que les faltaba en su crisis.

—Lo tendré en cuenta —dijo ella.

—Sé que también viajan con usted sus padres…

—Así es.

—Dígales que estoy a su disposición para lo que necesiten.

Melisa se lo agradeció y el capitán se quedó con ellos unos minutos más para explicarles las características de los puertos que tocarían: harían escala en Dákar, Río de Janeiro, Santos y Montevideo hasta, finalmente, llegar a Buenos Aires. Luego, saludándolos, se marchó.

Ellos dos otra vez se quedaron solos. Aún no habían hablado una palabra, cuando Amina y Manuel se acercaron para invitarlos a recorrer el barco y la charla quedó trunca nuevamente.

Era la siesta cuando Melisa ingresó al camarote. Sabía que Nikolai estaría allí, y esta vez no lo dejaría escapar sin haber hablado. Si bien habían hecho el amor durante la noche y le había dicho que la amaba, ella no se terminaba de convencer de que todo estaba bien.

Lo encontró tendido en la cama mirando el techo, en una actitud extraña.

Fue directo al punto.

—Qué suerte que te encontré porque parece que te estuvieras escapando de mí.

—No digas eso… solo busco tranquilidad —se excusó Nikolai.

—Si anoche no me hubieras hecho el amor y me hubieras dicho que me amas… pensaría que ya no me quieres.

—Otra vez con eso. Deja de hostigarme. Estoy necesitando un poco de soledad.

—¿Soledad? ¿Y por qué?

—No estoy bien, ya hablaremos.

—Hagámoslo ahora —insistió ella, que no se daba por vencida. La desesperaba verlo así.

—¡Por favor, Melisa, solo dame un par de días! ¡Vamos a estar aquí dos semanas! ¿Es que no puedes darme cuarenta y ocho horas? ¿Cómo quieres que te lo pida? ¿Cómo?

Nikolai había explotado.

Lo miró ofendida. Él no confiaba en ella, que había estado dispuesta a renunciar a todo por su amor.

—Nikolai, se supone que en pocos días seremos esposos…

Él la miró como si temiera que esa afirmación también fuera a

engrosar la larga lista de los sueños que en los últimos días se le habían roto; y no le respondió. Es que Nikolai no tenía nada seguro en su futuro, nada; ni siquiera sabía si deseaba seguir viviendo… Porque… ¿quién sabría lo que le esperaba en Argentina cuando llegara? Desde que se había subido al barco, trataba de pensar en salidas y no las hallaba. Cuando arribara a Buenos Aires deberían vender sus posesiones con urgencia; rematarlas, incluso, si fuera necesario. De todos modos, alguna cosilla podía salir mal y verse obligado a enfrentar problemas legales más serios.

Melisa distinguió la duda en los ojos de Nikolai. Aunque no identificó cuál o sobre qué. Pero allí estaba el titubeo, el dilema; y ambos le dolieron.

—Está bien. Si quieres tiempo, tómatelo. No te molestaré. Cuando desees hablar, solo búscame —dijo Melisa y se marchó del camarote.

Una vez afuera, se dedicó a vagabundear por el barco con los ojos llenos de lágrimas. ¿Es que nunca se acomodarían las cosas con Nikolai?

Dos niñitos pelirrojos la entretuvieron con preguntas hasta que la madre se acercó y le pidió disculpas en francés. Le contó que era parisina; le gustó charlar con ella. Al verla retirarse con los pequeños, se quedó preguntándose si alguna vez tendría niños. Por ahora, no creía que eso sucediera.

Luego caminó largo rato metiéndose por aquí y por allá, recorrió la cubierta, los pasillos, la sala de lectura, el salón para tomar el té, el área de deportes. Anduvo hasta que al fin recaló en el lugar que siempre ejercía sobre ella una gran atracción: el teatro. En esta oportunidad, el del *Mafalda*. Adentrándose en el salón y viendo lo que allí se hacía, se sintió en su ambiente. Un grupo ensayaba pasos de baile para el *show* de la noche. Se sentó en una de las butacas y allí, apachurrada y en silencio, se dedicó a observar y disfrutar los pasos y números que realizaban los artistas del elenco. En ese lugar se olvidaría un poco de Nikolai.

Había pasado una hora y ella ya había sido descubierta y reconocida. Melisa se hallaba hablando con los actores y algunos miembros de la orquesta. Charlaban sobre el barco, del viaje, de la obra de esa noche y también sobre la posibilidad de representar *Cocó* en el *Mafalda*. El grupo se entusiasmaba con esa idea, la

orquesta se sentía preparada para ejecutar la música, y ella no necesitaba muchos ensayos. La ropa no era tan complicada: *smoking*, solero blanco, vestido negro corto… ni siquiera hacía falta hacer la obra completa, se podían sacar un par de actos y, aun así, quedaría perfecta. El director del grupo le comentaba cómo podían realizarla; ella lo imaginaba y se entusiasmaba.

A unos pocos metros de allí, Erik y Margot disfrutaban de la travesía a pleno, como adolescentes. Para ella, que nunca se había subido a un barco, este viaje junto a Erik en primera clase era un sueño. En lo que iba del día, habían jugado al *deck tennis* con otra pareja, habían caminado por la cubierta y tomado una lección de baile para aprender tango. Erik sabía bailarlo; ella, no. Se preparaban para la fiesta que se avecinaba. Era típico en todas las embarcaciones que, al cruzar la línea del Ecuador, se hiciera siempre una gala de disfraces con danzas variadas. Ellos dos se vestirían de tangueros y bailarían.

Terminada la tarde, de camino al cuarto, se reían, se abrazaban, planeaban hacer el amor, luego bañarse y prepararse para la cena. «Si nos apuramos, tendremos el tiempo justo para todo», aseguró Margot, que no quería perderse de nada. Casi llegaban al camarote cuando hablaron por primera vez de Nikolai.

—No lo veo bien a tu hermano —señaló Margot.

—Yo, tampoco, pero no sé qué puedo hacer. Él aún no ha hablado con Melisa.

—¿Quieres que hable yo con ella y le cuente lo que ha pasado con la economía de los Martínez Romanov?

—No, a Nikolai no le gustará. Hay que dejar que él enfrente los hechos.

—Tienes razón —ratificó ella recapacitando.

—Para Nikolai es muy difícil la situación. La administración de la fortuna de los Martínez Romanov siempre fue su prioridad. Así ocurrió desde muy chico. Ahora debe descubrir una vida diferente. Ojalá le alcance la valentía para incluirla a Melisa.

—¿Tú piensas que no la querrá incluir? —preguntó Margot preocupada por su amiga, que sabía cuánto lo quería.

—No lo sé. Nunca lo había visto tan mal, pero tampoco así de enamorado como está ahora.

—Tal vez lo que viva en este barco lo haga encontrar la salida a

su estado de ánimo —dijo Margot, sin darse cuenta de que sus palabras eran un presagio.

—No lo creo, acá todo será pura rutina y monotonía. Nada le traerá cambios —afirmó Erik equivocándose.

Mientras hablaban, abrieron la puerta e ingresaron al camarote.

—Agradezco que a ti no te haya dado esa terrible crisis que tiene Nikolai —comentó Margot.

—Es que tú has sido mi salvación.

—No lo creo. Si todo dependiera del amor, Melisa tendría el poder de ayudarlo. Pienso que cada uno debe superar sus dolores y despojos aprendiendo sus propias lecciones. Hay personas y acontecimientos que nos enseñan. Pero lo que le sirve a uno, no le sirve a otro —reflexionó Margot.

Ella no se equivocaba. Los sucesos que lo instruirían a Nikolai en una nueva visión de la vida se cuadraban uno a uno a cada hora que transcurría porque el capitán, luego de pedir permiso a la Navigazione Generale Italiana para suspender el viaje del *Mafalda*, recibía en el telégrafo un mensaje del director, que se lo negaba explicándole que las averías del barco las arreglarían recién en Buenos Aires, su destino final. Los dos hombres, con sus palabras y decisiones, construían su parte en la lección que le tocaría recibir a Nikolai.

Amina y Manuel caminaban rumbo al comedor. Ellos ya estaban listos; vestían ropa de gala como lo exigía la cena: traje para él; vestido de seda roja del diseñador Loyola para ella. Entraban por la puerta principal cuando Manuel vio a su mujer llevarse una mano al estómago y, con la otra, tomarse de la pared. Él se detuvo en seco.

—¿Qué sucede, amor? ¿Te sientes mal?

Siempre estaba atento a cómo se sentía y a su estado de ánimo. En este viaje, su salud era prioridad para él. Absorto en el semblante de su esposa, ni se había percatado de que Nikolai estaba extraño y Melisa, llorosa.

—No es nada —respondió Amina y siguió caminando. Pero esta vez tomada del brazo de Manuel, depositando gran parte de su peso en su marido.

Ingresaron y los escoltaron hasta la mesa grande que había sido reservada para los seis. Se sentaron y enseguida llegaron los demás.

Primero, Margot y Erik; luego, su hija y Nikolai.

Mientras les servían vino en las copas, Melisa les contó que había aceptado la petición que le realizó el capitán para actuar en el barco. Esa tarde, en el teatro, ella había charlado con el equipo de artistas que tenía el *Mafalda*. Se sentía a gusto y segura para hacerlo. Explicó que haría la función porque se había entusiasmado, pero, sobre todo, porque deseaba dedicársela a sus padres. Mientras Amina y Manuel sonreían orgullosos, ella se inclinó y le habló al oído a Nikolai.

—Y porque tú quieres estar solo. Si estoy ensayando, te molestaré menos —se lo dijo bien y mal, con desquite y generosidad. Con tristeza, por cómo estaban las cosas; y con alegría, porque le gustaba el desafío. ¡Si él quería estar solo, pues que lo estuviera! Ella, mientras tanto, haría algo que disfrutaba.

Nikolai no le respondió nada; ni siquiera hizo un solo gesto.

Erik propuso un brindis por la inminente actuación y luego se dedicaron a charlar de forma amena y despreocupada. Pero solo en apariencia. Nikolai seguía taciturno y Manuel, atento al rictus de dolor que había visto en dos oportunidades en el rostro de Amina. El grupo aguardaba la comida de la cena que, en esta oportunidad, se hacía esperar.

En la cocina, los platos no terminaban de marchar. En ese lugar del barco, una conversación enojosa tenía pasmados a todos los que trabajaban allí, incluido Salvador Jesús Santo.

—Haga lo que pueda usando el pescado que tenemos —insistió el gerente encargado de los alimentos del *Mafalda*. La merluza que se había servido en la cena no había sido suficiente.

—Como le dije, yo no usé la de la heladera grande porque me pareció que estaba en mal estado y no es buena idea utilizarla ahora. Corremos el riesgo de que la gente se intoxique —expuso nuevamente el cocinero. Esta vez agregó—: ¡Después me echarán la culpa a mí!

—Quédese tranquilo y hágame caso: cocine ya mismo ese pescado. Yo me responsabilizo.

El hombre se fue dando un portazo y el cocinero estalló:

—¡Carajo…! ¡Cómo quieren que cocine cuando todo se ha echado a perder! ¡Salvador, trae la harina para que Remo empiece a preparar más comida! ¡Si quieren otras milanesas de merluza, las

tendrán! ¡Pero no será mi culpa si se enferma la gente!

Salvador regresó corriendo con el encargo. En la cocina todo era un lío. Él, que era mozo, tenía que ayudar; estaban atrasados y llenos de complicaciones. Hacía dos días que las cámaras frigoríficas venían funcionando a medias y, entre fallo y fallo, el pescado y la carne se habían puesto malos, pero los dirigentes del barco querían seguir adelante como si no estuviera pasando nada. En los pasillos, se comentaba a media voz que el capitán Guli había pedido autorización para detenerse en un puerto y que se lo habían negado. Y ahora tenían que seguir adelante como si la comida estuviera en buen estado y el motor izquierdo, también. Sin embargo, el personal y los operarios sabían muy bien que no era así. Las máquinas del barco, cualquiera fuera su naturaleza, venían fallando tal como si de golpe en este gran palacio antiguo todo se hubiera vuelto arcaico de un día para otro.

Una hora después, Salvador y los demás mozos servían con papas *noisette* las milanesas recién freídas. Él se acercaba y las repartía entre los franceses de la mesa grande de las tres parejas donde se ubicaba siempre la mujer hermosa de cabello negro. Por suerte, esa noche la chica solo había comido ensalada, porque, si hubiera pedido pescado, él mismo le habría advertido que no lo comiera. Sentía cierta debilidad por ella. Prestando atención, había descubierto que su nombre era Melisa; así la llamaban sus familiares. Atendió la mesa y ella le dedicó una sonrisa que lo hizo sentir que moriría de amor allí mismo; a su lado, el hombre rubio comía muy callado. Quizá, ellos dos habían vuelto a pelear; ya los había escuchado discutir antes. Observando a Nikolai pensó que era de cabello clarísimo como él mismo había sido antes de que se encaneciera en la cárcel y, teniéndolo en cuenta, la discusión y el parecido de la chica con Carmen, se sintió identificado con el hombre francés, que, a estas alturas, comenzaba a darle pena.

—*Est-ce que je sers plus de vin*? —preguntó Salvador a Nikolai con la botella en la mano esperando la orden para servirle más vino.

—Sí, por favor —respondió Nikolai en castellano.

Y entonces, Salvador, al oírlo hablar en su idioma, se sintió aún más identificado con ese hombre.

Esa pareja le recordaba a él y a Carmen…

Capítulo 46

Grité con tu nombre muerto,
recé sin saber rezar.

Tango «Milonga triste»,
HOMERO MANZI

La semana a bordo del *Principessa Mafalda* había sido movida y extraña. El barco había cambiado de rumbo por un motivo inesperado: la mitad de los viajeros —incluidos los Loyola, Margot y Erik—, se había intoxicado. Melisa y Nikolai se salvaron; él siempre había sido muy fuerte, mientras que ella no había probado el pescado.

El malestar comenzó con la fatídica comida, aquella que los había enfermado. Al día siguiente, al enterarse de que la contaminación se había originado en una falla de los frigoríficos, los pasajeros se quejaron ante el capitán. Frente al enojo generalizado, el hombre decidió lanzar al mar todos los alimentos perecederos mal conservados para garantizar que nadie volviera a enfermarse. Por tal razón y obligado a reponer la comida fresca, desvió el rumbo hacia la isla de San Vicente, en Cabo Verde.

La escena del *Mafalda* detenido en alta mar y rodeado por la comida que flotaba sobre el agua —pescados, cerdos, piernas de vaca y quesos enteros—, resultó dantesca. Pero esto sirvió para que los pasajeros se tranquilizaran al saber que nadie se intoxicaría nuevamente y, tras partir del puerto de Mindelo abastecidos con pollos y novillos vivos y alimentos que no necesitaban frío, continuaron la travesía contentos.

«El viaje comienza a parecerse a una novela de Howard Lovecraft», comentó Erik, quien solía disfrutar de su literatura fantástica. A Melisa, el contratiempo gastronómico no le había impedido seguir adelante con los ensayos; quería hacer la obra en el teatro del buque y nada la detendría.

Tras salvar los imprevistos, y marchando en la ruta marítima originaria, el *Mafalda* volvía a la normalidad y sus pasajeros se

dedicaban a jugar al *deck tennis*, pasear por cubierta, tomar clases de baile y hacerse servir té y café en el salón grande, donde ahora podían anotarse para ver el *show* que esa noche daría Lisa Loy.

El clima relajado invitaba a serenarse y a disfrutar de las comodidades de la nave. Era fácil hacerlo siempre que no se supiera el dato que sí conocían el capitán y unos pocos hombres de su confianza: el *Mafalda* se adentraba en aguas profundas con una sola hélice funcionando; la otra se había roto y, sin poder repararla, tenían órdenes de proseguir y cubrir en ese estado los cerca de cinco mil kilómetros que restaban hasta Río de Janeiro, su próximo puerto.

Esa mañana, una muchacha rubia de vestido a rayas ubicada en el salón era la encargada de confeccionar una lista con las personas que, frente a ella, formaban una larga fila esperando asegurarse un lugar en el *show* que Lisa Loy ofrecería por la noche. Las butacas no alcanzaban para todos los interesados y, como nadie quería perdérselo, idearon ese sistema para evitar problemas. Los argentinos que viajaban en el *Mafalda* ya la conocían; no así los italianos y demás pasajeros. Sin embargo, se habían entusiasmado porque se comentaba que su *show* era espectacular.

Esa tarde, en su cuarto, Melisa se acababa de bañar y se preparaba para maquillarse en el camarín del teatro del *Mafalda*. Nikolai, sentado en el borde de la cama, miraba cómo ella daba las últimas vueltas por el cuarto: se desenredaba el pelo, alistaba un bolso y elegía los zapatos que se pondría. Todavía no se había cambiado y llevaba puesta la bata de toalla blanca con las iniciales del barco. Desde que discutieron un par de días atrás no habían vuelto a hacer el amor y tampoco habían hablado mucho. Melisa no lo abrumó más con sus indagaciones sobre cuál era la razón de su melancolía y desazón. La verdad era que, aunque lo hubiera querido, ella no hubiese podido, simplemente, porque todos los días se había dedicado en cuerpo y alma a ensayar en el teatrino como si se tratara de un estreno. Así era ella: perfeccionista como su padre en el diseño de la ropa. Como fuera, a Nikolai estos días le habían servido para reflexionar sobre qué quería hacer con su vida, y venía tomando decisiones. Pensó que, tal vez, ya era tiempo de hablar con ella.

—Melisa…

Ella se dio vuelta, no esperaba que él le hablase. Se hallaba de pie junto a la cómoda cargando un peine en el bolso que llevaría al camarín.

—Cuando termines con tu actuación, si quieres, hablamos. Ya me siento preparado.

—Me alegro, Nikolai —dijo de manera seria, mientras continuó cargando objetos en el bolso.

—¿Sabes…? No me molesta que hagas esta función.

—No tendría por qué molestarte. La hago para mis padres. Bien sabes que te he dicho que estoy dispuesta a dejar…

Nikolai se puso de pie y la tomó de la mano. Lo que menos quería era discutir con ella justo antes de que actuara. Melisa abandonó el bolso y lo miró con detenimiento.

Se contemplaron profundamente durante un buen rato hasta que Nikolai, sin pensarlo ni planearlo, buscó con su boca los labios de Melisa, que, de inmediato, le respondió. Sin dejar de besarla, él hizo un movimiento que los tambaleó y cayeron sobre la cama, donde se tendieron los dos. Nikolai le abrió la bata y la observó desnuda: amaba ese cuerpo y esa piel. La llenó de besos mientras ella miraba cómo lo hacía. Y sin que ninguno de los dos musitara palabra alguna, sobre las sábanas ellos se dedicaron a sentirse, saborearse, olerse. A ella le latía fuerte el corazón; se le confundían las emociones porque estaba con el hombre que amaba y en poquísimo rato estaría arriba del escenario. A él se le desbocaban los latidos pero con otra clase de sentimiento: se le desbarataba el alma al pensar que, tal vez, esta sería la última vez que harían el amor. Las manos y la boca de Melisa se deshacían en caricias certeras sobre la piel de Nikolai, pero a él le dolían y le daban placer al mismo tiempo… porque… ¿serían las últimas? Su boca de hombre la recorría entera y, escuchando sus gemidos, aún teniéndola, ya la añoraba. ¿Cómo haría para vivir sin ella? Porque venía pensando que, con semejante situación que le tocaba atravesar, ellos dos no tenían chance de seguir juntos. Mejor dejarla antes que ella lo dejara; mejor enfrentar solo lo que le tocara. Sumergirla en una vida miserable no era lo que había soñado.

Tendidos en la cama se dieron placer uno al otro, hasta que sin fuerzas para otra cosa que no fuera poseerse, se amaron con

violencia, devoción e incertidumbres. Ella, preguntándose qué era lo que aquejaba a Nikolai. Él, si podría decirle lo que venía meditando. Ninguno tenía respuesta. Sin embargo, el lazo que los unía estaba allí, firme, existiendo más allá de los problemas, haciéndolos disfrutar de la cercanía.

Minutos después, Melisa se iba con el bolso en la mano rumbo al camarín. Había sido bonito hacer el amor con Nikolai, pero había algo, algo que no la dejaba tranquila.

En su cuarto, Amina y Manuel se preparaban para ver el *show* de su hija en el teatro del barco.

—¿Te sientes bien? —le preguntó él.

De los intoxicados, ella había sido una de las más damnificadas porque le había costado reponerse.

—Sí, mucho mejor. Casi perfecta. Creo que la felicidad que siento colaboró con mi recuperación. Hoy es una gran noche.

—La disfrutaremos a pleno —le dijo él entusiasmado y agregó—: ¿Sabes…? El capitán, al enterarse de que nosotros nunca vimos el *show* de Melisa, dispuso de dos cómodos sillones delante de las butacas de la primera fila para que la observáramos de cerca.

—¡Qué hermoso detalle! Parece un buen hombre, no creo que él tenga la culpa de los problemas que atraviesa el barco. No son peligrosos los contratiempos que están sucediendo, ¿verdad? —preguntó Amina.

—No, Guli le aseguró al grupo de hombres que lo visitó esta mañana en su oficina que se trata de un desperfecto controlable, nada grave. Si se complicara, lo peor que sucedería sería que tuviéramos que cambiarnos de barco en el próximo puerto.

—Uf… Ojalá que no ocurra, sería muy engorroso.

—Quédate tranquila, no creo que eso pase —dijo Manuel y luego agregó—: Ven, siéntate aquí, que quiero darte algo… Cierra los ojos.

Su esposo tenía esos gestos lindos, una sorpresa cuando menos se lo esperaba.

Él metió su mano en el bolsillo del pantalón y sacó una cadenita de oro con un dije con forma de bailarina árabe. Lo metió en su puño y lo cerró, escondiéndolo.

—Ahora, ábrelos y busca lo que tengo en mi mano.

Amina pestañeó. Luego, extendió los dedos de Manuel y dejó a la vista la joya. Era algo bonito, delicado, no muy costoso. Él sabía bien que a ella no le gustaban los *parures* cargados que estaban de moda.

Manuel le dijo:

—Es para ti. Porque tú eres mi bailarina. Lo compré en una tienda de antigüedades.

Ella sonrió. Llevaba mucho tiempo sin bailar para su esposo; más precisamente desde que se había enfermado. Antes de eso y pese a la edad, seguía danzando para Manuel.

—Gracias, es precioso.

Él se la colocó. Y mientras lo hacía, le dijo:

—He hecho hacer otro igual para Melisa en el taller del orfebre. Pero ese es para que se lo entregues tú. Ella es bailarina porque tú lo fuiste antes.

Amina lo miró con ternura y le respondió:

—¡Ay, esposo mío…! ¿Te das cuenta por qué estoy segura de que no me equivoqué al elegirte por sobre todos los demás hombres, incluidos los de mi propio pueblo?

—Claro, soy el mejor.

Los dos rieron. Amina tomó entre sus manos el otro collar; eran idénticos. Iría ya mismo a dárselo a su hija.

En su cuarto, Margot y Erik conversaban tendidos en la cama; acababan de hacer el amor y aún se hallaban desnudos. Erik, que imaginaba las terribles situaciones que le esperaban en Argentina, trataba de disfrutar del viaje al máximo. Parte de su plan era pasar momentos tranquilos con Margot y, pese a que en breve tendrían que vestirse para asistir a la función teatral, él se demoraba tratando de extender los minutos pacíficos junto a esta mujer que amaba. Ella lo sacó de sus cavilaciones.

—Erik, ¿piensas que el *Principessa Mafalda* corre algún peligro?

Los comentarios de los desperfectos se oían continuamente en cada rincón del barco.

—No, claro que no.

—¿Sabías que un grupo de hombres preparó una petición formal para que detengan el viaje?

—Lo sabía, son argentinos. Uno es el señor Rosas; y el otro,

Zanni, el propietario del hotel Savoia de Córdoba.

Margot frunció la cara. Ella no sabía dónde quedaba Córdoba, pero tenía otros datos. Se los dijo:

—Pues al fin la suspendieron porque un tal doctor Camilo Rivarola les ha sugerido que no lo hicieran, ya que podrían tomar represalias.

—¿Represalias? ¿De quién? ¡Qué locura!

—Rivarola comentó que de parte de Guli.

—Me parece imposible. El capitán no es ese tipo de hombre. ¿Cómo te has enterado de esos detalles? Yo no sabía nada.

—La esposa de uno de los argentinos habla francés y, cuando le pregunté, me lo contó.

—Deja de preocuparte, Margot, todo está bajo control.

—Si el barco no se hundirá —dijo riendo—, entonces deberíamos cambiarnos porque la función de Melisa sí se realizará. ¡Se nos hará tarde para el teatro!

—Ve poniéndote la ropa —le pidió él.

—¿Yo? Si al final, tú eres él que se demora más —afirmó Margot, que había descubierto que Erik era más puntilloso que ella a la hora de arreglarse. Él necesitaba su tiempo para acicalarse.

—¡Mentiras y patrañas! —se defendió Erik riendo.

—Hummm… —susurró Margot, que intentó ponerse de pie, pero Erik no se lo permitió. Tomándola de la cintura, la besó. Ella protestó—: ¡Es tarde! ¡No podemos volver a empezar! Quiero llegar al teatro antes que Manuel y Amina. Deseo verles la cara cuando entren al gran salón y lo encuentren repleto.

—Margot, se las podrás ver el día que entren al Maipo de Buenos Aires.

—¡Uy, quién sabe cuándo pasará eso! —señaló Margot proféticamente de nuevo y, poniéndose de pie, lo conminó—: ¡Vamos, perezoso, levántate!

Él estaba por responderle pero vio que Margot ya se había puesto el vestido rosa e iba por los zapatos, así que se apuró. Ella tenía razón… en eso y en muchas otras cosas.

Eran las diez de la noche y en el teatrino no entraba un alfiler; hasta Salvador Jesús Santo se las había ingeniado para poder estar allí, al fondo y de pie, junto a una columna desde donde pensaba mirar parte de la obra, porque, entera, no podría. Lo necesitaban en el

bar, tenía que cumplir con su horario. Los Loyola, que se hallaban sentados en primerísima fila, miraban impresionados lo que sucedía a su alrededor. ¿Qué era esta locura que provocaba su hija y llenaba un teatro? Nikolai, a su lado, parecía inconmovible, pero su corazón estaba desbordado. Esa mujer era suya; sin embargo, pronto ya no lo sería. Los acontecimientos que se concatenaban le indicaban que se quedaría sin ella; sus propios pensamientos, también. Acabar la relación era su decisión. ¡Pero cómo dolía!

Tras unos minutos de adrenalina para el grupo, Melisa salió a escena. La habían presentado como Lisa Loy. Llevaba una peluca de pelo largo y flequillo igual al que solía usar, pero no colorada, sino castaño claro porque resultó imposible conseguir una pelirroja. Había empleado un maquillaje pesado y a tono con ese pelo que la mostraba plenamente dorada. Melisa, bajo ese camuflaje de mujer fatal, lucía al cuello la cadenita de oro con dije de bailarina árabe.

Ella comenzó a cantar una canción, dos, tres… y el público quedó fascinado desde el principio. Margot, entre una y otra melodía, aplaudía a rabiar. Erik, a su lado, sonreía dichoso al ver su estado de excitación. Los Loyola salían de su asombro para meterse en el orgullo porque esa mujer despampanante que estaba cantando, bailando y que encantaba a su público era… ¡nada menos que su hija! Melisa desperdigaba sobre el escenario su *sex appeal* y su increíble talento. Nikolai la miraba y pensaba que antes, cuando él era un millonario, a duras penas podía soportar el espectáculo, pero ahora que sabía que no tenía nada para ofrecerle a semejante mujer, su interior se quebraba de solo verla.

A pesar de que la obra tenía menos actos que la original, lo principal se había mantenido y el argumento seguía siendo el mismo. Por consiguiente, cuando cantó la triste canción del final y Cocó, con la valijita, llegaba a la casa de sus desaparecidos padres, Amina se desbordó en un largo llanto. En sus lágrimas se unían la emoción de verla actuar, de saber que su hija era extraordinariamente talentosa y de imaginar que la historia de esa Cocó podría ser la de su pequeña. Por un momento, incluso, su interior se conmocionó: resurgía la culpa por haberse opuesto a la vocación de Melisa.

Una vez que la obra terminó, cayó el telón. Cuando volvió a subir, Melisa saludó y se desvivió en «Gracias», «*Merci*» y «*Molte*

grazie». Allí, mientras todos se ponían de pie para aplaudir, ella se dirigió al público:

—Quiero agradecer al señor Guli, el capitán, quien me ofreció representar mi obra en el *Mafalda* —y entre lágrimas agregó—: Porque quiero contarles que no tenía pensado actuar en el barco, pero he querido hacerlo para mis padres. Ellos jamás me habían visto actuar… —dijo la última palabra como pudo porque a estas alturas lloraba a mares. Pero continuó—: Queridos Amina y Manuel, esto fue para ustedes, se los debía… —expresó con la voz temblorosa y les lanzó un beso con la mano por el aire.

Sus padres, a pocos metros de ella, lloraban; también Margot. Incluso Nikolai, que había estado a su lado cuando se enteró de la enfermedad de Amina. Este era un sueño cumplido. En el gran salón del transatlántico, los presentes vivían un momento especial y vibrante. La Loy era puro sentimiento.

Melisa balbuceó sus últimas palabras y desapareció detrás del telón, donde siguió sollozando por largo rato. Las lágrimas tenían una carga sentimental extra: por poco, su madre no la había visto actuar; además, encarnaban el tiempo de sacrificio vivido en Argentina, alejada de sus seres queridos. Lloraba, también, porque con Nikolai nunca terminaba de encontrar el equilibrio; lloraba porque, tras cumplir su contrato firmado en Buenos Aires, el amor hacia él la llevaría a abandonar su carrera artística.

Melisa lagrimeó hasta que sus padres, Nikolai, Margot y Erik la rescataron de la crisis para llevarla a tomar el *champagne* que el capitán les había enviado para brindar. Allí, en el bar, se los sirvió el camarero Salvador Santo, quien, con ojos atentos mientras llenaba las copas, concluyó que Nikolai tenía en la mirada el mismo miedo que él tuvo el día que Carmen le confesó que no lo quería: miedo a perder a su mujer. Y así como la chica morocha que cantó en el *show* al principio le había caído bien, ahora le caía mucho mejor el hombre rubio porque le hacía acordar a él mismo en otro tiempo: temeroso, dueño de una mujer hermosa que podía perder en cualquier momento. Estaba seguro de que eso era lo que el hombre rubio sentía. Los años que había pasado casi sin hablar en la cárcel lo habían transformado en un experto en el significado de las miradas y los gestos de las personas; a través de esas señales podía espiar su interior.

Esa noche, el grupo brindó con Melisa en la barra del bar y, mientras lo hacían, algunas personas se acercaron para pedirle un autógrafo. Incluso la señora parisina que tenía los dos niños pelirrojos se acercó con el fotógrafo y le pidió retratarse con ella junto a los pequeños.

A punto de irse a los cuartos, buscaron a Simone Guli para agradecerle; sin embargo, no lo encontraron por ningún lado. Supusieron que él ya se había retirado para descansar. No podían imaginar que el hombre se hallaba en la sala de máquinas y que permanecería allí hasta las dos de la mañana luchando junto a Scarabicchi, el jefe de ese sector, y a todo el equipo de fogoneros para que la única hélice que funcionaba en el barco no se detuviera y los llevara sanos y salvos a Buenos Aires, conforme a lo planeado y lo exigido por la Navigazione Generale Italiana.

La noche de la actuación había sido plena de emociones fuertes. Por ese motivo, a la mañana siguiente los Loyola y su comitiva se levantaron tarde. Perdiéndose el desayuno, decidieron almorzar temprano. En el comedor y por los pasillos, los pasajeros no hablaban de otra cosa que no fuera el *show* de la Loy y de la fiesta de disfraces que se celebraría esa noche con motivo de haber cruzado la línea del Ecuador, tal como se acostumbraba a realizar en todos los transatlánticos. Un sector del *Mafalda* había sido habilitado para que los viajeros pudieran comprar allí los divertidos trajes para la ocasión.

Margot y Erik ya habían adquirido sus vestimentas de bailarines de tango. Mientras almorzaban, ella dijo:

—Meli, tienes que ir pronto a buscar tu disfraz, si no te quedarán los peores.

—Creo que me armaré algo con lo que tengo —respondió. Pensaba usar el *smoking* del espectáculo. No se sentía de humor para festejos.

Melisa no olvidaba que Nikolai le había comunicado que estaba listo para entablar una conversación; y esa era su prioridad. No soportaba seguir sin saber qué lo atribulaba. Por lo tanto, una vez que terminaron de comer, le propuso salir a la cubierta y él aceptó. Entendió a qué iban; entonces, caminó despacio y con parsimonia, sabiendo que este era el final; por lo menos, el que él planeaba.

Apoyados en la baranda —ella, con vestido a lunares blanco y negro que se movía al son del aire fresco de la hermosa tarde; él, de chomba y pantalón claro—, con el mar azul ocupando las pupilas de ambos, comenzaron a charlar. Él trató de romper el hielo.

—¿Y ese collar? —interrogó tocando la figura de la bailarina árabe.

—Me lo regaló mi madre anoche antes del *show*.

—Es muy bonito.

Dos o tres palabras más y ella, ya sin paciencia, fue al grano.

—Te escucho, Nikolai… ¿al fin puedes contarme lo que te ha tenido en vilo durante el viaje?

Él hizo silencio, inspiró fuerte la brisa marina y tomó valor para lo que —sabía— se le avecinaba. También fue directo; era lo mejor. El momento de la verdad entre ellos había llegado.

—Melisa, algo terrible ha sucedido, algo que lo ha cambiado todo —su voz sonaba a desastre, a drama teatral.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella sorprendida. Jamás había pensado que ese sería el inicio de la conversación.

—Mi familia ha perdido su fortuna —Nikolai fue contundente.

—¿Te refieres al dinero? —se interesó. Ella no alcanzaba a entender; él le anunciaba algo completamente diferente a lo que imaginó que le diría.

—Así es… los Martínez Romanov estamos en quiebra.

Melisa abrió los ojos y se refregó la ceja con el dedo índice. Mientras la brisa marítima le volaba el cabello, al fin exclamó:

—¡¿Y cómo ha pasado semejante cosa?!

—Muy bien no lo sé. Solo te puedo adelantar que una serie de eventos desafortunados se superpusieron y terminaron trayendo esta ruina que ha sido total: hubo un gran pedido de carnes que no llegó a destino, Saidi no puso el dinero que debía aportar para los teatros, el padre de Rosa se retiró de los negocios de mala manera, los gastos desmedidos de todos los integrantes de la familia… Hasta la cruza de animales que hicimos y no dio el resultado esperado se confabuló en contra de nuestra economía.

Melisa se puso de pie y lo abrazó. Ella sabía cuán importantes eran para él sus negocios y su fortuna. Nikolai se dejó abrazar, pero guardó cierta distancia.

—¿Qué dice Erik? ¿Él ya lo sabe? —preguntó ella sin darse

cuenta de la tensión de Nikolai ante su intento de consuelo.

—Sí, lo supimos justo antes de subir a este barco. Ese es el motivo de mi malestar.

—Amor, amor… ¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—No he sabido cómo hacerlo, ni tampoco cómo seguir adelante con mi vida.

—Por la manera en que lo dijiste, pensé que había pasado algo peor —lo consoló.

A ella, que había estado lidiando hasta hacía muy poco con el miedo a la muerte de su madre, si bien esto le parecía triste y grave, no la impresionaba tanto. Salvo por lo mal que lo había tomado Nikolai. Le preguntó:

—¿Y qué han pensado hacer?

—Debemos llegar a la Argentina y vender todo, incluidas las propiedades donde vivíamos. En mi país, como en París, tendremos problemas con los bancos. Deberé enfrentar los juicios de los acreedores, mi apellido se revolcará por el fango, mi madre y mis hermanas deberán mudarse. Eso es solo la punta de lo que deberé encarar cuando arribe.

—Ay, Nikolai…, en verdad son muy malas noticias —reconoció Melisa al tiempo que descubría cuáles eran las consecuencias y el tenor de una quiebra. Imaginar a Irina abandonando su mansión le pareció terrible. Ella había visto cuán apegada era la madre de Nikolai a sus propiedades y a los lujos.

—Así es, y nadie que no sea un Martínez Romanov necesita pasar por eso… ¿entiendes?

—No. Explícate mejor —exigió Melisa.

—Que he decidido dejarte en libertad. No quiero tenerte atada a mi suerte. ¡Porque quién sabe qué me tocará vivir a mí en los próximos meses!

—¿Qué dices? A los malos momentos se los enfrenta juntos.

—Dime cómo… porque la parte práctica yo no la alcanzo a ver.

—Podemos empezar a forjar un futuro los dos. Conseguir nuevos trabajos, emprender nuevos negocios.

—Eso llevará tiempo —dijo él de manera realista. Los problemas de la quiebra le insumirían, al menos, un año.

—¡Yo puedo trabajar! Ya sabes que siempre me esperan para hacer un *show*.

—No pienso soportarlo… Esa es una de las razones por las que he decidido que lo nuestro no tiene futuro. Al primer traspié que tengamos y que nos falte dinero querrás volver a la actuación.

—Nikolai, el teatro no es malo.

Otra vez la remanida disputa. Se lo dijo:

—No quiero esta eterna discusión entre nosotros. Me ha cansado.

—¿Qué diablos quieres entonces? —preguntó Melisa.

—Creo que no tenemos que seguir juntos —repuso Nikolai terminante.

Ella lo miró dolida, quería llorar, no podía creer que le estuviera diciendo eso. ¿No estar más juntos porque ya no era un millonario? Ridículo.

—Entiendo, ya no me quieres porque no tienes plata.

—No es así. Pero, dime: ¿con qué dinero haremos la boda?

—Mi padre nos puede prestar, ni siquiera debemos organizar una fiesta.

—Jamás permitiría que mi suegro cargue con lo que me corresponde pagar a mí. Además, ¿con qué dinero viviríamos?

—No necesitamos mucho.

—Ay, Melisa, estás acostumbrada a vivir bien.

—No creas, yo no necesito lujos.

—Vamos a algo elemental… ¿en qué casa viviremos?

—Viviré contigo en donde digas. No importa que sea pequeña.

—Melisa, probablemente tenga que compartir la residencia con mi madre y mis hermanas hasta que empiece de nuevo.

—Bueno, podemos esperar unos meses hasta que salgas adelante. Mientras tanto, seguiremos como estamos.

—Tú dices seguir de novios… pero ¿viviendo en dónde? ¿En Argentina o en París?

—No sé… Donde digas tú.

—En Argentina terminarás trabajando en el teatro. Y a París, por ahora, no podré regresar.

Melisa lo miró fulminante. Estaba dolorida; también, enojada.

—Nikolai, ya entendí… —Los ojos se le llenaron de lágrimas e hizo silencio. Luego prosiguió—: Lo que tú no quieres es que sigamos juntos. No importa lo que te diga, ya lo has decidido.

Se hizo silencio de nuevo hasta que Nikolai habló.

—Creo que por ahora es lo mejor. No puedo someter a una mujer a la suerte de lo que me toca. Por cierto, además, por lo menos por un año serán todas cosas malas.

—Nunca vas a entender que lo único que a mí me importa eres tú. Imagínate que estoy dispuesta a dejar mi carrera por ti.

—Melisa, yo pienso que es lo mejor porque…

—Ya entendí —admitió decidida—. No necesito que me digas más nada.

Él volvió a insistir con una explicación que fue rechazada de nuevo. En minutos, ella se marchaba al cuarto y él permanecía en la cubierta. Nikolai lloraba, pero terco, seguía mirando el mar.

Capítulo 47

Y después…
la noche enorme en el cristal,
y tu fatiga de vivir.

Tango «Después»,
HOMERO MANZI

En la noche del *Principessa Mafalda* todo era fiesta, música y risas. En el gran salón, las parejas alegres bailaban disfrazadas al son del *charleston* que tocaba la orquesta; en la cubierta, la gente iba y venía con copas en la mano disfrutando de la bonita noche.

A pesar de los desperfectos sufridos por el motor del barco, al fin parecía haberse encauzado en su curso y pronto llegarían a Río de Janeiro y, de allí, emprenderían el último tramo hacia Buenos Aires. La proximidad del destino ayudaba a que el clima en la nave fuera festivo.

En el salón, la orquesta interpretaba una sesión de tangos. Margot y Erik, que habían estado practicando, fueron de los primeros en salir a bailar. Él la tomaba de la cintura, complacido por tener en sus brazos a una mujer maravillosa con la que —pensaba— debería haber compartido toda su vida; sin embargo, recién a los cuarenta se habían reencontrado. Por un lado, se lamentaba; por otro, lo agradecía porque notaba que el reencuentro venía a salvarlo de la angustia de la quiebra. Esa noche reían, se abrazaban y eran felices sin importarles nada más. De vez en cuando, infructuosamente buscaron con los ojos a los Loyola, a Melisa y a Nikolai, pero no estaban por ninguna parte. Ebrios con su propia felicidad, los dejaron en el olvido, suponiendo que estarían tan alegres como ellos en alguna parte del buque. Conjetura errónea, porque Amina y Manuel, a punto de salir del cuarto para asistir al baile, desistieron. En la puerta del camarote, ella se descompuso; había tenido una fuerte puntada de dolor en su abdomen y por poco se desmayó. Para su esposo no era novedad: los viejos síntomas que habían intentado paliar con el tratamiento

habían regresado un par de días atrás. Tenía claro que habían vuelto para quedarse. Trastornado, no sabía qué hacer. Surcaban el Atlántico, lejos de un puerto y recién podrían tomar una decisión cuando llegaran a Buenos Aires. Aunque en el fondo, Manuel Loyola sabía bien que su esposa había iniciado un camino sin retorno.

Melisa, por su parte, no había salido de su cuarto desde la siesta en que mantuvo la charla con Nikolai. A pesar de que eran las diez de la noche, ella se hallaba durmiendo como hacía cada vez que algo no salía como esperaba. La ansiedad y el dolor la ponían así.

Nikolai, fiel a su personalidad insomne y frente a la angustia causada por su confesión, caminó por la nave desde la tarde. Incluso, en su andar errante, entró en lugares restringidos, como la sala del telégrafo, de donde lo alejaron de mala manera. Por el desconcierto que observó entre los marineros, tuvo la impresión de que allí tenían un grave problema. Él acarreaba con los propios como para interesarse por los del barco. Para eso estaban el capitán Simone Guli y Carlo Longobardi, el comisario de a bordo. Después de muchas vueltas, Nikolai recaló en el bar. Se instaló en una esquinita alejada de la fiesta, donde uno de los mozos le servía con deferencia y le traía —antes que a nadie— sus tragos. El camarero era un hombre canoso y callado pero muy servicial que hablaba castellano y francés; por eso siempre atendía al grupo bilingüe que ellos conformaban en su mesa.

Salvador Santo le alcanzó a Nikolai el segundo *whisky* y, entonces, se preguntó por qué las mujeres morochas siempre hacían sufrir a los hombres rubios. Antes de responderse, supo cuán idiota era el interrogante. No se trataba de colores, sino de mujeres hermosas. Sí, eso: las mujeres bellas hacían sufrir a los hombres. ¡Ah, tampoco la conclusión resultaba coherente! ¿O sí? Después de vivir tanto tiempo privado de libertad y casi sin hablar, determinó que había perdido cierto grado de lucidez. Pero había una verdad: el hombre que tomaba un *whisky* tras otro —Santo descubrió que se trataba de un argentino—, estaba sufriendo por la chica francesa. Durante la tarde, los había visto discutir; y a él, llorar. Le daba pena. Pensó en ofrecerle alguna frase de aliento pero él no era bueno para las palabras. Además, no podía demorarse demasiado. En el bar le habían solicitado que, en cuanto concluyera su labor de mozo, se presentara en la cocina. Allí, desde la mañana, lidiaban

con un nuevo problema: las cañerías no funcionaban correctamente y no salía suficiente agua. Por lo tanto, cocinar y lavar los platos se habían convertido en tareas engorrosas y necesitaban su ayuda.

«Este buque es una locura total. Nada funciona como corresponde», pensó Salvador. Enojado, recordó que estuvo a punto de alistarse en el francés, pero que terminó aceptando embarcarse en el *Mafalda* porque el nombre le traía buenos recuerdos de su niñez.

El hombre rubio

Mis manos vacías
solo apresan sombras,
mis ojos en sombras
solo sombras ven.

Tango «Magdala»,
FRANCISCO GORRINDO

Año 1927

La vida se me va, pero respiro hondo y consigo un poco más de oxígeno, que me procura un trozo extra de existencia. ¿Por qué tengo que pasar por esto? ¿Hubo una advertencia y yo no la escuché? Trato de recordar alguna y viene a mi mente la imagen de una mariposa isabelina. Aquella vez que la vi aleteando frente a mí en la campiña francesa sentí que era una señal, que su aparición me indicaba que debía cambiar, torcer el rumbo. Pero no le hice caso. Aprieto más fuerte los ojos y la veo volar, danzarina y graciosa, con sus alas color verde agua ribeteadas en negro, desplegando belleza, gracia y, también, vida. ¿Quién inyecta la energía y el deseo de volar en esa mariposa isabelina? ¿Es la misma fuerza que introduce vida dentro de mí y me llena de deseos de seguir peleando para no morir? Sin dudas que una idéntica potencia nos mueve a ambos y nos empuja. Miro su aleteo y lo disfruto, pero los niños del orfanato vienen con sus redes y quieren atraparla. Les digo que no, les grito, los reto, les ruego. Ella es única, tiene vida, alguien le suministró esa fuerza interior y me pregunto: «¿Quiénes somos nosotros para quitársela?». Es la misma potencia que la mía. Atraparla significa destrucción. Si dejo de respirar, sobrevendrá mi destrucción. Y eso no puede pasar, no debo permitirlo. Me muevo con violencia para salvarla de los niños… que, ahora sí, se van. Pero con ellos, también, la mariposa isabelina… y otra vez me quedo solo. Entonces sé, fehacientemente, que debo buscar un nuevo recuerdo. O moriré.

Capítulo 48

La tristeza inmensa
de mi desolación,
los duendes de mi mal
me van mordiendo el corazón.

Tango «Desvelo»,
ENRIQUE CADÍCAMO

Después de la larga noche de la fiesta de disfraces, que duró hasta la madrugada, el buque permaneció pacífico hasta la tarde, horario en el que los pasajeros aparecieron en el salón donde se acostumbraba a tomar religiosamente el té, acompañado con un variado y generoso servicio de *sandwichs, brioches, éclaires* y tortas.

Esa tarde, poco a poco, la comida despertaba a los viajeros y los iba sacando del letargo y la resaca de la fiesta. Desde temprano sucedía un hecho extraño: el *Mafalda* navegaba inclinado hacia un costado. Por esta causa, en algunas zonas de la cubierta no se podía avanzar si no se lo hacía sujetándose de las barandas. Ciertos pasajeros se lo atribuían a los efectos del alcohol; otros creían que era fruto de las olas bravas del mar. Al resto le preocupaba el escorado a babor.

Margot y Erik, que habían pasado gran parte del día encerrados en el camarote, tomaron un café en el salón y luego se instalaron cómodamente en los silloncitos de la sala de lectura para enfrascarse en sus respectivos libros.

Melisa y su madre, tras terminar el té, siguieron charlando. La tranquilidad del lugar invitaba a distenderse. Madre e hija, frente a frente —Melisa, con vestido de gasa lila; y Amina, con otro de color claro—, se confidenciaban. Manuel se retiró para intentar hablar con el capitán; quería preguntarle qué ocurría con el suministro de agua; ni siquiera salía por los grifos del baño del camarote; lo cual —realmente— constituía un problema. Además, como su esposa estaba entretenida, aprovecharía para consultar si el médico del barco podía visitarla en el cuarto.

—Mamá, ¿quieres que demos un paseo por la cubierta?

—No, hija, gracias. Me cuesta caminar con la nave tan inclinada. Creo que me retiraré para descansar otro ratito —le comentó Amina. Se la notaba un poco más apagada que de costumbre. Solo había tomado un té con limón.

—¿Te sientes bien?

—Sí, quiero estar descansada para la actividad de la noche.

El plan era cenar y luego presenciar el *show*. Para eso, debía reunir fuerzas.

—Te acompaño al cuarto —se ofreció Melisa.

—Espera. Antes quiero decirte algo. Sé que quedan pocos días para que lleguemos a Buenos Aires y no sé si allí podremos charlar tranquilas como en este momento.

—Dime…

—Quiero confesarte algo que nunca te he dicho y que es importante: Melisa, estoy muy orgullosa de la artista en la que te has convertido. La noche que actuaste fue una de las mejores de mi vida. Aunque una madre no debería decir «Me alegra saber que no me hiciste caso», hoy te lo reconozco contenta y segura.

—Mamá, gracias… —dijo Melisa y le tomó las manos. Lo que su madre acababa de admitir era muy significativo. Sin embargo, ella había tomado una decisión y se la contó—: Por un lado, estoy contenta con tu bendición, madre, pero por otro, como con Nikolai no logramos ponernos de acuerdo, aún no sé si seguiré actuando —previno.

Era la primera vez que Melisa tocaba el tema; antes no había querido hacerlo para no preocuparla. Amina, llena de la sabiduría de los que comprenden que les queda poco tiempo en esta tierra, le preguntó muy tranquila:

—¿Lo amas a Nikolai?

—Sí.

—¿Él te ama?

—Creo que sí —dijo Melisa, que se acordaba de la última vez que habían hecho el amor. En esa oportunidad, él había estado mudo, pero sus ojos azules le habían hablado de amor.

—Entonces, hija mía, no te preocupes: ese amor que se tienen, con la ayuda de Alá y de la vida, encontrará el camino que los conducirá hacia buen puerto para que, juntos, compartan el futuro.

—¿Tú crees, mamá? —interrogó. A ella se le hacía difícil entender el lenguaje sencillo y sabio del consejo de Amina.

—Estoy segura. El amor es más fuerte de lo que crees. Te lo digo por experiencia, confía en él. Todo saldrá bien, nada se atreve a desafiar al amor. El universo entero, tarde o temprano, debe acomodarse a este sentimiento y así ustedes podrán permanecer juntos.

—Gracias, mamá.

El consejo de su madre le parecía difícil de entender, pero decidió creerle e intentó encontrar un poco de paz en su mensaje.

Se pusieron de pie y comenzaron a caminar rumbo al camarote de Amina. Ella la acompañaría.

Nikolai, en su cuarto, había trabado la puerta. No quería interrupciones para concretar lo que planeaba. Preso de su angustia, se hallaba sentado en la banqueta frente al espejo de la cómoda que lo mostraba de camisa celeste jugueteando con la pistola Beretta que tenía en sus manos. El arma, en las últimas horas, se le había vuelto una obsesión; ella tenía el poder de acabar con todo su sufrimiento. La misma idea de Francisco de Vita venía a su mente una y otra vez. Decidido a realizar lo innombrable, levantó el arma con la intención de apoyarla contra su sien, pero algo pasó. Un sacudón semejante a un potente temblor lo desestabilizó y, por un instante, el mundo se movió. El barco entero se estremeció y el atroz movimiento fue acompañado de un gran crujido, como si una fuerza bruta y reprimida proveniente de las entrañas del *Principessa Mafalda* quisiera salir a la luz.

—¡Carajo! —exclamó Nikolai e instintivamente se tomó de la cómoda con la mano libre para no caerse de la banqueta. Pero lo cierto era que todo el cuarto se movió; hasta la enorme cama cambió de lugar. Sabía que unas horas atrás habían pasado por Abrolhos, una zona de peligrosísimas rocas contra las que muchos buques habían chocado. Así que eso no podía ser: estaban a la altura de Porto Seguro, a varias millas del escollo. Evidentemente, algo grave le había sucedido a la nave. Pensó en Melisa. Temió por ella y decidió salir del camarote. El instinto de cuidarla resultó más fuerte que su negra decisión y, otra vez, la pistola quedó olvidada.

El estallido tomó por sorpresa a Melisa y a su madre, a quien ya

le costaba caminar por la cubierta debido a la inclinación del barco, que, a cada hora, se había pronunciado más, y, con el estrépito, terminó cayéndose al piso. Su hija la ayudaba a levantarse cuando comprobaron, aliviadas, que no le había pasado nada y que Manuel llegaba corriendo a su encuentro.

—¿Están bien? —preguntó él mientras tomaba del brazo a Amina.

—¡¿Qué pasó, papá?! ¡¿Qué fue eso?!

—¡No lo sé! Acabo de hablar con Guli, y me ha dicho que todo está bajo control… Sin embargo… viniendo hacia aquí pasa esto. ¡Es una locura!

—Creo que nos están mintiendo —advirtió Melisa que, inmersa en sus problemas personales, había descartado preocuparse por el buque.

—¡Yo también lo creo! Volveré para hablar con Guli, aunque… ¡No, mejor me quedaré contigo, Amina! —afirmó sintiéndose escindido entre las dos preocupaciones: el barco y su esposa.

—Quédate conmigo. Si está pasando algo grave, ya nos dirán qué hacer —pidió Amina.

Manuel le preguntó a Melisa:

—¿Y Nikolai?

—Está en el cuarto.

—Ve por él, pídele que averigüe qué fue ese sacudón —solicitó su padre.

Amina, antes de que se marchara Melisa, la tomó de la mano y le dijo:

—Hija, recuerda lo que conversamos: el amor tiene la fuerza suficiente para acomodar el entorno. El perfecto amor echa fuera el temor.

Escuchándola, daba la impresión de que hablar de esto estaba fuera de contexto. Pero algo dentro de Amina le exigió recordarle las palabras que mantuvieron mientras compartían el té. Sabía que Amina se preocupaba por ella. Por eso, con cariño y una sonrisa en sus labios, le prestó atención al mensaje, como si fuera lo último que escucharía de su boca. No imaginaba que nada era más cierto, triste y terrible que lo que acababa de pensar.

Sus padres avanzaron en una dirección y ella, en otra. Melisa se movió con rapidez. Pero, en medio de su marcha, fue atrapada por

el gentío que, desesperado por el estallido, salía del salón, de los cuartos y de cada rincón del barco en busca de información que le explicara qué ocurría y qué había provocado ese estremecimiento que hizo vibrar hasta los mástiles.

La preocupación pintaba los rostros de las personas que aparecían en cubierta. Y era la misma que se reflejaba en las facciones del jefe de la sala de máquinas, el señor Scarabicchi, que, en las entrañas del buque, luchaba junto a sus operarios contra la terrible situación que acababa de suscitarse: la única hélice que funcionaba terminó por quebrarse. La rotura se produjo cuando giró a noventa y tres rotaciones por minuto. Por consiguiente, el trozo desprendido dio con fuerza contra uno de los laterales del vapor, lo que causó un considerable agujero en el casco. Los hombres trataban de tapar el hueco construyendo una pared de hierro y cemento —como se hacía en estos casos— para evitar que el agua llegara a la sala de máquinas. Mientras lo intentaban, las paredes laterales cedieron ante la terrible presión del agua y entonces, como si una gran compuerta se hubiera abierto de golpe, la popa comenzó a inundarse irremediablemente.

—*Puttana madre! Siamo fregati!* —gritó Scarabicchi al ver el desastre y, de inmediato, partió a dar cuenta de la gravísima situación al capitán.

La tripulación había pasado gran parte de la travesía peleando contra lo vetusto de los motores del barco y, ahora, el desperfecto era fatal. Corrían peligro.

El interior del *Mafalda* se desangraba mientras que los atemorizados pasajeros se amontonaban descontroladamente en la cubierta, provocando desencuentros como el que habían tenido Melisa y Nikolai. Porque ella, para regresar a su camarote, debió tomar un camino diferente; y él, volviendo por el recorrido habitual, no la vio. Atravesando los costados opuestos de la cubierta, no pudieron cruzarse.

Llevaba cinco minutos buscando a Nikolai en medio del gentío y, cuando la desesperación comenzaba a abatirla, al fin reconoció la camisa celeste. Lo llamó a los gritos.

—¡Nikolai! ¡Nikolai!

Él se dio vuelta, la había oído y, haciéndose paso con violencia entre la multitud, llegó a ella y se abrazaron. «Ahora todo estará

bien», pensó Melisa aliviada.

En ese mismo instante, el capitán Simone Guli pensó lo contrario: «Todo va mal». Si bien había emitido un parte oficial para comunicarles a los pasajeros que la situación era grave pero controlable, él sabía bien que no era cierto. Por culpa de la Navigazione Generale Italiana, que se había negado a abortar el viaje cuando descubrió las primeras fallas, ahora corrían peligro las vidas a su cargo. Les pidió a los telegrafistas Luigi Reschia y Francesco Boldracchi que emitieran un llamado de auxilio a los barcos que navegaban por la zona. Este no se hizo esperar: «Del *Principessa Mafalda* a todos: S.O.S. Estamos en peligro. Nuestra posición: 16º Lat S y 37º 51' Long O. Vengan enseguida. Necesitamos asistencia».

En segundos, la frase cruzaba el océano sembrando preocupación entre los barcos cercanos, los que, de inmediato, cambiaron su curso para socorrer al buque de bandera italiana. Si una nave de esa envergadura enviaba semejante mensaje, algo grave sucedía.

En la cubierta, Nikolai tomó de la mano a Melisa y la llevó hacia un costado más tranquilo, alejado de la gente. Mientras lo hacía, ella le preguntó:

—¿Qué crees que fue el reciente sacudón tan terrible?

—No lo sé. Probablemente se haya roto una pieza importante del motor.

Estaban a punto de llegar al lugar a donde Nikolai quería llevarla, cuando los marineros hicieron sonar los silbatos que anunciaban la emergencia. Eran las cinco de la tarde y el estridente sonido convocaba a los pasajeros a la cubierta.

Sería verdad o simplemente un simulacro, se preguntaban los viajeros sin dar crédito a lo que vivían. ¿A este gran barco le podía pasar algo realmente malo? Las personas alteradas por el temblor de unos momentos atrás, ahora entraban en pánico y corrían de un sector a otro buscando a sus familiares o regresaban a sus cuartos para recuperar objetos personales valiosos. Los más belicosos, por su parte, se presentaban en la oficina del capitán para exigir explicaciones. Claro que Simone Guli no estaba allí, sino en la sala de máquinas. Aún azorado, con las manos en la cabeza, exclamaba: «*Si tratta di una vera e propria catastrofe!*».

Melisa, al oír los silbatos, le preguntó a Nikolai:

—¿El *Mafalda*…? —Le costaba poner en palabras su negro pensamiento, pero, como necesitaba saber, terminó la frase—: ¿…se está por hundir?

—Están llamando a todos los pasajeros porque es una emergencia. Creo que solo será un cambio de barco —dijo él intentando tranquilizarla. Sin embargo, a su alrededor no se avizoraban los buques que vendrían a rescatarlos.

Melisa, turbada, miró a Nikolai y dijo casi con espanto:

—Mis padres, Erik, Margot…

—Quédate tranquila. Ellos también oirán los silbatos y vendrán. Si los buscamos, corremos el riesgo de desencontrarnos. Necesitamos oír qué tiene para decir el comisario.

Nikolai había visto que Carlo Longobardi se había acomodado en la parte alta de la cubierta y, a juzgar por los movimientos, estaba listo para dar una orden importante.

A Melisa la explicación no la tranquilizó; sobre todo, porque cada vez llegaba más gente de los confines del barco. Parecía que pronto los mil trescientos pasajeros estarían en cubierta porque aun las personas rústicas de tercera clase —que tenían vedado el acceso a esa zona— comenzaban a instalarse a su lado. Esos hombres, casi todos inmigrantes que iban rumbo a América para hacer fortuna, ahora insultaban y gritaban. Temían que les pasara como en la tragedia del Titanic. Ellos, por lo tanto, subirían antes que nadie; y así lo exigían, a viva voz.

La multitud se descontrolaba y el pánico se adueñaba de la cubierta. Nikolai, que seguía con la mirada atenta los movimientos del comisario, pensaba que tanto Melisa como él actuarían según lo que hiciera y dijera el hombre.

Longobardi, que estaba parado sobre la rampa superior, dio una explicación corta en italiano. Nikolai, por la distancia, no alcanzó a oírla; sin embargo, percibió la conmoción causada entre los que pudieron escucharla. Porque los gritos aumentaron y los empujones y apuros, también.

En minutos, iniciarían las maniobras para liberar los barcos de emergencia atados con sogas a los costados del *Mafalda*. ¡Los bajarían al agua para cargar a la gente! ¡Por Dios, estaban por realizar un desembarque de urgencia y en alta mar no se veía

ningún navío para socorrerlos! Solo los evacuarían del *Mafalda*; la situación, por lo tanto, era gravísima. ¡Debían actuar con rapidez!

Longobardi daba órdenes en italiano para que formaran una fila; intentaba darles prioridad a las mujeres y a los niños; sobre todo, a los de primera clase. Pero era imposible. La diversidad de idiomas que se hablaban, la imposibilidad de imponer la autoridad y la ausencia de armas para disciplinar se conjugaban para incrementar el caos. Melisa vio a la señora parisina con los niñitos pelirrojos intentando lograr un lugar; los pequeños lloraban.

—Melisa, tienes que procurar meterte en uno de esos botes —le exigió Nikolai.

—¡No! Yo no me iré sin ti y sin mis padres.

—Melisa, debes partir. Las barcas son pocas. ¡Mira! —dijo y señaló a babor.

Ella se dio vuelta y, espeluznada, comprobó que el agua comenzaba a tapar las barcazas amarradas en ese sector; es decir, la mitad de los botes de emergencia se había perdido y lo peor: poco a poco, el mar se tragaba al buque. Desde el día anterior, el *Mafalda* navegaba ladeado a babor, pero nadie se había quejado. Ahora era demasiado tarde.

Nikolai le tomó el rostro con las manos y, mirándola a los ojos, le dijo:

—Escúchame bien, mi amor: te pones en esa fila y tratas de subir. Yo buscaré a tus padres, a Erik y a Margot.

Su voz sonaba desesperada pero Melisa no quería. Él trataba de convencerla cuando vieron en el horizonte un gran transatlántico. Desconocían que se trataba del *Alhena*, el buque holandés que viró su rumbo para socorrerlos cuando recibió los llamados de los telegrafistas. Al divisarlo en el horizonte, el alma les volvió al cuerpo: venían a auxiliarlos.

Más tranquilo, Nikolai insistió:

—Amor, quédate en la fila y trata de subir. Con ese barco en camino, todo estará bien. Yo iré por tus padres.

Esta vez, Melisa asintió y vio cómo Nikolai se alejaba abriéndose paso entre la gente. Ella permaneció luchando por un sitio. Por momentos, lograba avanzar unos metros entre la multitud, pero retrocedía con el movimiento de la nave, y su lugar en el bote peligraba. Aunque llegada la hora, dudaba si subiría; antes, quería

cerciorarse de que sus seres amados también la acompañaran. Ojalá Nikolai volviera pronto con sus padres, Margot y Erik. ¡Qué horror esta situación! ¡Jamás pensó que le tocaría vivir una catástrofe! Nadie actuaba con caballerosidad; por el contrario: cada uno defendía su lugar con insultos y empellones.

La tripulación logró bajar los botes salvavidas y uno fue cargado con mujeres y niños. Parecía que con el siguiente procederían del mismo modo; sin embargo, un grupo de personas de la tercera clase se abalanzó valiéndose de amenazas y usando la violencia sobre los demás, tomó el control y se metió en uno vacío. El resto de la tercera clase, envalentonado, acentuó el desorden y copó los sitios. Pánico, caos, descontrol, griterío, terror. Las mujeres y los niños quedaron olvidados, relegados a segundo plano porque esa gente rústica ocupaba los botes salvavidas. Sin contemplación, sin esperar su turno, algunos hombres fuertes se lanzaban desde la cubierta. Caían con estruendo sobre otros, sobrepasaban la capacidad de las barcas. Solo les importaba salvarse. Nadie podía frenar esa turba descontrolada y en barcazas para veinte se metían treinta. Las familias se hacían a un costado y los dejaban pasar; daban más miedo ellos que el mar embravecido. Algunas señoras, incluso, habían sido aplastadas por los desaforados a quienes, con tal de subir, no les importó nada.

La indisciplina no tardó en traer su fruto: dos botes de emergencia se quebraron por sobrepeso y por el estado de la madera —vieja y reseca, jamás la habían mantenido— y no estaban preparados para soportar la evacuación. Los ocupantes se hundieron y las olas los cubrieron. Algunos gritaban desde el agua sin que nadie pudiera hacer nada para rescatarlos; las cabezas aparecían y desaparecían bajo la furia del mar.

Al contemplar la escena, Melisa y los pasajeros de la fila, supieron que, por más que el buque holandés acudiera en su socorro, sus vidas corrían peligro. Entonces, ella luchó con más ahínco para conseguir un lugar en algún bote. Ahora, sí: quería uno. Cuando estuviera cerca, intentaría subir. Esperaba que, a esas alturas, Nikolai ya hubiese logrado traer a su madre. En ese terrible caos volvió a ver a la señora con los dos niñitos pelirrojos. La tenía al lado y la dejó pasar primero. La mujer le agradeció y le dijo:

—No entiendo por qué se ha desatado esta locura y

desesperación, si hace unos minutos el capitán aseguró que el barco tardará doce horas en hundirse. ¡Ya ha venido por nosotros un buque holandés!

Melisa miró a babor; cada vez se hundía más. Desde la mañana temprano no se podía caminar por algunos sectores del *Mafalda* porque avanzaba escorado del lado izquierdo. La inclinación ahora era tan pronunciada que ya nadie creía que Guli les hubiera dicho la verdad.

Nikolai, que había logrado ingresar a la parte interna de la nave, fue directo al camarote de los Loyola. Frente a la puerta, sin paciencia, intentó abrir; pero estaba cerrada. ¿Había procedido mal? ¿Se llamaba a la puerta a pesar del caos o se entraba sin anunciarse? No necesitó la respuesta. Loyola quitó la traba rápidamente y abrió.

—¡Nikolai!

—¿Están bien? —preguntó a la pareja mientras Manuel entornaba la puerta del camarote, tal como si con la conversación no quisiera molestar a su esposa.

—Sí, pero Amina recién se duerme… Estaba dolorida —explicó —. ¿Qué sabes de Melisa? —interrogó con voz preocupada.

—La encontré y está en la cubierta.

—Gracias al cielo —dijo Manuel dándole una cálida mirada. Nikolai se la retribuyó.

Y eso fue lo último que vieron porque en ese preciso instante la luz se cortó y quedaron en absoluta oscuridad.

—¡Carajo! —gritó Nikolai. Los tiempos se acortaban. Luego prosiguió—: Dejé a Melisa tratando de que aborde un bote salvavidas. La tripulación está llevando a cabo un desembarco de emergencia. Un carguero ha venido a buscarnos.

—Es una excelente noticia que haya llegado un buque por nosotros, así estaremos fuera de peligro —dijo Manuel, que no alcanzaba a entender qué sucedía arriba. La paz de su camarote le hacía creer que todo estaba en orden.

Nikolai se dio cuenta e intentó explicarle:

—Afuera reina el caos; es un descontrol. Hay una larga fila esperando para ocupar un sitio en los botes. Deben venir ahora mismo con nosotros.

Loyola respiró profundo. Al fin parecía tener cabal conciencia de

la gravedad del incidente. Sin embargo, como no actuaba, Nikolai quiso cerciorarse.

—¿Entendió, Manuel?

—Hijo… —musitó. En la absoluta negrura que los rodeaba, Nikolai sintió que su suegro lo tomaba del brazo con suavidad y le hablaba con tranquilidad—: No puedo llevar a Amina a ese loquero; ella está débil. Dejaré que descanse un rato y subiremos cuando se sienta mejor. Si ves que tenemos alguna posibilidad, por favor, ven por nosotros.

—Manuel, creo que deberían subir ahora —insistió Nikolai. No podía volver sin ellos, Melisa se preocuparía y no querría abandonar el *Mafalda* ni ponerse a salvo en ningún barco.

—Nikolai, seré sincero contigo: mi esposa está muy enferma. Si atraviesa situaciones extremas, como las que podría vivir en la cubierta, temo perderla. ¿Entiendes?

Se hizo silencio. Su suegro acababa de contarle algo que nadie sabía, ni siquiera Melisa.

Nikolai comprendió de qué hablaba y le dijo:

—De acuerdo, Manuel, entiendo. Vendré en cuanto lo crea conveniente y, si todo está en orden, nos iremos juntos de aquí.

—Gracias, hijo. Por favor, cuida a Melisa.

—Sí, claro.

—Prométemelo.

—Lo prometo.

Se despidieron sin verse, pero el cariño se hizo palpable en la negrura del pasillo.

Nikolai se marchó apurado, tanteando las paredes. Necesitaba saber qué había sido de Melisa. Por el camino se cruzó con dos hombres. Por los ruidos y la conversación, dedujo que se dedicaban a saquear las habitaciones. Agradeció que su suegro trabara la puerta.

Decidió pasar por su camarote para retirar los dos salvavidas dispuestos en cada cuarto. Se pondría uno y el otro se lo daría a Melisa. También sacaría su arma; comenzaba a pensar que la necesitaría.

Al tantear la puerta en la oscuridad, notó que estaba abierta y que un truhán ya se había llevado lo que él buscaba. Partió urgido hacia el cuarto de Erik, pero su hermano no estaba allí; tampoco los

salvavidas. Estaba seguro de que él y Margot se hallaban entre la multitud que intentaba descender a los botes. Las preguntas lo abarrotaban: ¿acaso en la cubierta habían concretado el salvataje? ¿Melisa había logrado subir a una embarcación? ¿Guli había lanzado mensajes de S.O.S.?

El telégrafo tenía su propia historia contada en mensajes.

A las 17.46, Allemand, el capitán del navío francés *Formose*, recibió un terrible despacho telegráfico que rezaba: «El *Mafalda* desaparece». Luego se cortó la comunicación. El hombre, desesperado, decidió enviar cables en todas las direcciones posibles buscando que los barcos próximos socorrieran al transatlántico de bandera italiana, tal como lo haría él.

A las 18.15, el buque *Alhena* le informó al *Formose* que llegaría demasiado tarde para rescatar a los náufragos. Allemand respondió: «Forzaremos máquinas».

El vapor Mosella recibió un despacho con un pedido concreto: «Necesitamos frazadas y colchones para los rescatados».

A las 18.30, el *Formose* captó un nuevo mensaje del *Mafalda*: «Vengan pronto. Aún tenemos muchos pasajeros a bordo».

El salvataje estaba en marcha pero el tiempo corría en contra. El barco se inclinaba peligrosamente hacia babor. Nikolai también lo tenía claro. Por eso, ya no caminaba, sino que trotaba para llegar antes al exterior. Una vez que salió a la intemperie, la luz solar le lastimó los ojos, al igual que lo que vio: el agua entraba en forma de chorros gigantes por la popa y la anarquía llegaba a su punto máximo. El griterío era infernal. Algunos hombres forcejeaban rudamente solo para poder acercarse a la zona de la barandilla, transformada en un lugar privilegiado porque —ante el momento crucial que se avecinaba— desde allí se podría saltar. Ya no quedaban botes salvavidas y el transatlántico que rescataría a los pasajeros del *Mafalda* seguía lejano. Los barquitos que habían partido en medio del caos ya habían llegado al *Alhena*. Sin embargo y pese a que esos pasajeros se encontraban sanos y salvos, los botes permanecían inactivos junto al carguero holandés y nadie regresaba para buscar más sobrevivientes.

Por otro lado, el comisario había desaparecido y nadie imponía orden. La tripulación del barco, que había perdido cualquier atisbo

de dignidad, peleaba con los pasajeros por ocupar los lugares codiciados. Esa batalla la lidiaban los marineros, los fogoneros, gente del follado y hasta los camareros, más los hombres de la tercera clase. Todos, completamente desquiciados. Algunos bebían las botellas de licor que habían saqueado del bar, el cual, ante el peligro, se había convertido en tierra de nadie.

En medio de ese enjambre de gente, Nikolai divisó al hombre tan correcto y servicial que siempre los atendía en la mesa. El español canoso se hallaba en estado de *shock*; sentado, con las manos tapándose los oídos y los ojos muy apretados, se mecía gritando una palabra que él no pudo escuchar. Salvador Jesús Santo no quería ver ni oír, temía que el griterío circundante despertara su propia agresividad. Él se conocía, y ya bastante mal estaba la situación como para que su ofuscación le jugara una mala pasada. Por eso, había decidido meterse en su propio mundo canturreando una canción que conocía de niño hasta que apareciera un sitio para él.

Nikolai comprendió que debía encontrar a Melisa. El ambiente se había enrarecido; estaba peligroso y caldeado. ¿Tal vez ella había partido en uno de esos botes que llegó sano y salvo al *Alhena*? Se ilusionó. Trató de fijar la vista en el agua y en ese gran barco que se veía lejano y seguro. Y solo en ese instante lo descubrió: en el mar había cientos de personas que, desesperadas, chapuceaban enloquecidas. Sus chillidos no se oían, pues el griterío que provenía de la nave era más fuerte y lo tapaba. Para su horror, vio más aún: algunos cuerpos ya no tenían movimiento humano, solo eran masas inertes agitándose al compás de las olas; algunos, incluso, pegaban una y otra vez contra el casco de la nave.

Y de Melisa… nada.

La buscaba sin hallarla cuando una voz le resultó familiar.

—Sácate los zapatos y sígueme… ¡Apúrate, Margot!

Giró y allí se topó con su hermano, quien le pedía a su mujer que se quitara los tacos altos.

—¡Erik! —gritó aliviado al verlo.

—¡Nikolai! —respondió de igual forma.

Se abrazaron, pero no había tiempo para el cariño ni para el reencuentro.

—Escúchame, Nikolai: sígueme, queda un bote, hay lugar. Me lo

prometieron.

—¿Dónde? —preguntó incrédulo. Su hermano debía estar equivocado.

—Está del otro lado. Me avisó Luis Mayol.

—¿Estás seguro? —Nikolai venía de ese horror. Casi podía jurar que no había nada.

—Sí, ven —respondió Erik tajante que, en medio del lío, ni había pensado en Melisa.

—No, Erik, no puedo irme. No sé si Melisa partió. Debo dar una vuelta más para asegurarme de que está a salvo y no en este tumulto.

—Ay, hermano… —dijo Erik y, por un instante, miró a Nikolai con la ternura de quien se despide de un ser querido para siempre. Luego agregó—: Si llegas a la conclusión de que Melisa está fuera de peligro, búscanos del otro lado… ¡Pero apúrate! Ve por allí —indicó señalando una zona estrangulada de la cubierta que parecía no llevar a ninguna parte.

Margot habló por primera vez.

—Nikolai, trae a Melisa, por favor —pidió mientras una duda que se clavaba en su interior le hizo preguntar—: ¿Y los Loyola…? ¿Ya partieron?

—No. Acordé con Manuel que los buscaría en cuanto hubiera una oportunidad real —respondió él recordándolos por primera vez desde que los había dejado.

Margot se tapó el rostro con las manos y comenzó a llorar. Hasta ese momento había creído que ellos estaban a salvo. Pero ahora, viendo el escenario violento que la rodeaba, comprendió cuán pocas oportunidades tenían ellos de subsistir. Amina no tenía ninguna chance y su esposo jamás la abandonaría. Esa noche, la suerte de uno sería la del otro.

Erik, al ver la crisis de Margot, la tomó del brazo y, tironeándola, la llevó a la rastra en la dirección que le había señalado a su hermano. Nikolai los vio alejarse. ¿Volverían a verse?

¡Dios! ¡Quería salir ya mismo de esa pesadilla! Quería estar en un lugar seguro. En tierra firme. Entonces lo recordó: un par de horas atrás, había estado a punto de quitarse la vida. Y ahora se encontraba aquí, luchando por su existencia. ¿Qué había cambiado? Nada. Solamente que ahora se cernía sobre él un peligro inminente

que le permitía descubrir cuán linda era la vida. Por eso, ya no quería morir; estaba seguro y hasta avergonzado.

Una vez que perdió a Erik de vista, Nikolai caminó sin rumbo buscando el cabello oscuro de Melisa entre la gente. Pero no lo hallaba. Por un momento creyó distinguir el vestido lila que llevaba puesto ese día; no obstante, la decepción lo turbó al ver que lo portaba una mujer rubia. Sus ojos, obsesionados por encontrarla, divisaron, a lo lejos y en medio del mar, dos transatlánticos, además del carguero que había socorrido a los primeros pasajeros. Uno de ellos se acercaba a toda máquina. Nikolai concentró su vista en la imagen salvadora y, en minutos, vio a la nave hacer una maniobra magistral para quedar a solo veinte metros del *Mafalda*. El capitán se había arriesgado al dar un golpe de timón. Llevaba el nombre grabado en el casco: *Formose*. Lo reconoció de inmediato, era un buque francés.

Emocionado, otra vez se ilusionaba con un gran rescate. Desde la rampa, el navío lanzaba al agua sus propias lanchas salvavidas. En instantes, alrededor de Nikolai, algunos valientes se tiraron al mar por la borda en un intento por subirse en una para luego ser rescatados por los franceses. Pero el desmán resurgía: los pasajeros rudos de la tercera clase imponían su fuerza y eran los primeros en abordarlas.

A los gritos, de barco a barco, un suboficial del *Mafalda* les pedía a los tripulantes del *Formose* que, por favor, le facilitaran un arma. Las normas de la navegación italiana no permitían que la oficialidad ni la tripulación las portaran. Ante el caos, la regla les jugaba en contra; no había manera de ordenar o parar la horda salvaje en la que se había convertido el pasaje de la tercera clase. Los hombres del *Formose* no solo no se la dieron, sino que en breve, espantados por el caos, se marcharon. Como la anarquía reinaba y resultaba peligrosa aun para ellos, solo pudieron rescatar a unos pocos. Primero, debían garantizar su seguridad.

Una multitud se apretaba como rebaño contra las barandillas. Muchos peleaban con violencia con el propósito de ganarse un lugar contra ellas porque era un punto estratégico; desde allí, podrían conseguir ayuda o saltar hacia el mar o al interior de una lancha. Algunos desesperados, con el salvavidas puesto, intentaron ponerse a salvo.

La última claridad iluminaba el cielo azul tropical, que comenzaba a volverse oscuro. A las 18.40 caía la noche más negra jamás vivida por los pasajeros del *Mafalda*. Nikolai, con deseos de llorar por la impotencia, se sentó donde pudo. Iracundo y desconsolado, se llevó las manos a la cabeza. Le urgía tomar una decisión; barajaba la idea de abalanzarse al agua y nadar hasta uno de los grandes barcos; aunque estaban lejos, era arriesgado y las olas, altísimas. Pero no vislumbraba otra salida. Ensimismado en sus pensamientos, sus oídos escucharon música.

—¡Nikolai! ¡Nikolai!

Era la voz de Melisa. Se puso de pie de golpe.

Ella lo llamaba desde la otra punta. ¡Carajo! ¿Cómo llegar hasta donde se encontraba? Se abrió paso entre la multitud. Luchó con todas sus fuerzas para lograrlo. Pisó, empujó, insultó y hasta tuvo que dar un puñete; pero en diez minutos estuvo junto a Melisa, que lloraba y se sonaba la nariz con el borde del vestido lila.

—¡Qué horror! ¡Qué terrible! ¿Y mis padres? —preguntó apesadumbrada.

La miró. ¿Qué decirle? Lo sintetizó en una frase positiva.

—Ellos están bien.

Melisa lo miró sin entender. ¿A qué se refería? ¿Habían partido o qué? La palabra «bien» la tranquilizó. Quiso preguntar más cuando Nikolai vio que, muy cerca de donde estaban, había una posibilidad real de acercarse a una barandilla.

—¡Métete, Melisa! ¡Métete ya mismo!

Ella le hizo caso y él la siguió. No tardaron en quedar contra los hierros pintados de blanco, tal como si estuvieran frente a un balcón atestado de personas. Nikolai miraba el mar, que rugía y se mostraba oscuro. Era noche cerrada y solo los alumbraba la luz de la luna que ahora se les antojaba macabra. ¿Qué hacer? De pronto lo vio: un bote, el último que había enviado el *Formose*.

—Melisa…

—¿Qué?

—¿Lo ves? —dijo señalando la barcaza.

—Sí.

—Quiero que saltes y te metas en él.

Ella miró el mar embravecido, calculó que tenía al menos diez metros y exclamó espantada:

—¡No! ¡Me da miedo!

—Tienes que hacerlo.

—No podré. ¡La altura es terrible!

«Melisa sabe nadar bien», recordó Nikolai. Ella se lo había contado. Él le tomó el rostro con las manos como había hecho en la tarde. Mirarla a los ojos de esa forma era la única manera de meterse en su interior y lograr que lo escuchara. Era su única chance de que le hiciera caso.

—Amor mío, quiero que saltes y subas a ese bote. Yo también saltaré y nadaré hasta el buque.

—¡No! ¡Eso es muy difícil!

—Escúchame, por favor: si tú te metes en el barco, yo conseguiré un salvavidas e iré tras de ti.

—No hay salvavidas.

—Entonces, una tabla, un madero…

—Tampoco hay —resumió ella mirando el caos circundante: la gente, apretada contra el pasamano, gritaba descontrolada y lloraba como si fuera el fin del mundo. Para los pasajeros del *Mafalda*, sin duda, lo era.

—Algo encontraré. No te preocupes.

La besó en la boca con todo el amor que había en el universo en ese momento. Melisa era su vida; ella debía salvarse. La miró otra vez y se lo imploró:

—Tienes que salvarte. Tenemos que salvarnos.

Sus miradas hablaron unos instantes y los ojos se pusieron de acuerdo.

—Está bien —aceptó Melisa.

Aun con la decisión tomada, no sería fácil lograrlo. A su alrededor, las personas los apretaban, les impedían el movimiento preciso; otros habían divisado el barquillo y pretendían realizar la misma acrobacia.

—Tienes que apurarte —imploró él, e intentaron moverse empujando a quienes los rodeaban.

Se hicieron un pequeñísimo espacio y con cuidado, Nikolai la ayudó a treparse a la baranda. Mientras lo hacía, ella trastabilló y un grito de horror salió de su boca. ¡Cómo saltaría si el mero ascenso la aterrorizaba! ¡Por poco no se había caído!

—¡Vamos, amor mío, tú puedes hacerlo! —la animó.

Tras un destello de indecisión, ella al fin logró treparse. El vestido lila que Melisa había elegido esa mañana flameaba con el aire de la noche. Estaba en cuclillas sobre la parte gruesa de la baranda y él la sostenía de la mano. Nikolai se maldijo a sí mismo por no haberle pedido que se quitara la ropa; esta le molestaría para moverse en el agua. Pero ya no había tiempo; las cartas estaban echadas. Tendría que nadar con el vestido puesto.

Ella miraba horrorizada las impetuosas olas negras.

—Meli, te soltaré a la cuenta de tres y tendrás que saltar.

—No… no me dejes… ¡No puedo!

Pero ella, que seguía en cuclillas, comenzó a erguirse sobre la baranda.

La voz de Nikolai resonó clara, fuerte y decidida.

—Te amo. Te amo. Uno, dos… ¡tres…! —contó y su mano se alejó con fuerza de la de ella, que se negaba a soltarse.

Melisa, dándole una última mirada a esos ojos claros que la alentaban, sintió cómo el peso de su cuerpo, la brisa y el vértigo se confabularon y la lanzaron contra el agua. ¡Ay! Apretó fuerte los ojos y se quedó sin aire.

—¡Dios mío, ayúdala! —gritó Nikolai al verla caer.

Ella sintió que el agua golpeaba su cuerpo. No estaba fría, pero todo lo que la rodeaba era negro y oscuro.

Después de la conmoción que le provocó el impacto contra el agua, Melisa, al fin, salió a la superficie y una bocanada de aire vino a unírsele al miedo y la desesperación, trayéndole fuerzas para nadar, tal cual lo había hecho desde niña en la piscina pública donde su padre le enseñó a flotar y bracear. Nadó y nadó con una meta: el bote que estaba a unos metros. Las olas eran grandes, la agotaban, le hacían tragar agua. Pero cuando creía que iba a desfallecer, llegó a la barcaza y se sujetó fuerte, respirando jadeante. Había un lugar y, aliviada, agradeció que fuera así. Dos hombres, desde adentro, la ayudaron a subir.

Los ojos atentos de Nikolai, que habían visto la proeza, ahora lloraban. Sabía bien que el cielo la había socorrido porque al lado del bote al que subió Melisa había otro, repleto. Un muchacho de unos quince años intentó treparse pero los ocupantes, al ver que estaban al límite de la capacidad que podría soportar la lancha, le pegaron tanto en las manos que, lastimado, debió soltarse del

borde… y las aguas se lo tragaron sin piedad.

Dentro de la embarcación, Melisa miró hacia arriba y vio ese mar de personas que aullaban con desesperación pegadas a la barandilla. A Nikolai no lo distinguió por ningún lado, ni en ese momento ni en las varias oportunidades en que volvió su mirada hacia la cubierta. El barquillo donde encontró asilo se movía sigiloso en la noche, avanzaba e iba dejando atrás el horror. Melisa observó a sus compañeros, tan espantados como ella, y descubrió que parecían seres venidos del inframundo; sin embargo, eran los mismos que durante la travesía del *Mafalda* desayunaban con su familia en el comedor elegantemente vestidos. Allí estaba el gerente del Banco de Yugoslavia, Vicente Gligo, que iba atento a los remos; un joven camarero que atendía en la cena y que ahora ayudaba a Gligo a maniobrar la nave; la señora madre de los dos niñitos pelirrojos que lloraba y abrazaba a sus hijos con temor; el hombre mayor de bigotes que siempre fumaba habanos en la cubierta, en este momento, llevaba la mirada perdida en el océano, tal como si no se hallara allí; la jovencita que le había pedido un autógrafo lloraba desconsolada; y otras personas más con las que se había cruzado en el salón, en los pasillos o en la cubierta. En el bote, todos tenían algo en común: temblaban sin control; sus dientes castañeteaban de frío por las ropas mojadas en el medio de la noche; pero y sobre todo, de miedo… porque el terror pintaba sus rostros de locura. Entonces, mirando cómo tiritaba el hombre mayor, recordó a sus padres. Ellos —descontaba— ya estarían a salvo. Al pensarlo, se tranquilizó; habrían sido de los primeros en partir. Conocía bien a su padre y su prioridad no era otra que cuidar de Amina. Además, Nikolai le había confirmado que se encontraban bien.

Los latidos de su corazón se apaciguaron un poco, pues la imagen del transatlántico comenzaba a agrandarse ante sí mientras que el *Mafalda* se alejaba. Solo le quedaba la preocupación de saber qué había sucedido con Nikolai. Lo buscaba con los ojos a su alrededor, y no lo hallaba. Parecía que ella y los de su barcaza, al fin, se habían salvado y que pronto estarían sobre el *Formose*. Pero cuando aún faltaban varios metros para acercarse al buque francés, notaron que la madera estaba reseca y que el agua se filtraba e inundaba el rústico bote. El mismo pensamiento vino a la cabeza de

todos: ¡se hundirían! Ellos ya habían sido testigos de cómo se habían ido a pique muchas lanchas de salvamento mientras intentaban llegar a destino. No había manos ni elementos suficientes para improvisar un achique. La señora parisina, madre de los niños, imploró a Gligo que salvara a sus hijos, que a ella no le importaba morir ahogada —le decía—, pero que, por favor, los protegiera. En instantes, el bote zozobraba mientras Melisa y la mujer disponían a los chicos sobre la espalda y el brazo derecho de Gligo. Terminada la maniobra de sujeción, el mar —que no perdonaba— se tragó a todas las personas de un bocado en medio de la oscuridad de la noche.

Eran las veinte horas y de la sala telegráfica del *Mafalda* salió un último desesperado despacho: «No tenemos más botes. Aún hay que efectuar el salvamento de los quinientos pasajeros restantes». Luego, el telégrafo enmudeció para siempre. Los italianos Reschia y Boldracchi habían trabajado valientemente hasta el final. Lo hicieron a oscuras, pese a la notable inclinación de la nave e inundados hasta las rodillas. El barco era un colador que filtraba agua por todos los rincones.

Nikolai lo comprobaba al caminar por los pasillos del navío; sus pies avanzaban cubiertos por unos cuarenta centímetros de agua. En cuanto él vio partir a Melisa, regresó a la zona de camarotes para rescatar a sus suegros. Necesitaba sacarlos del barco, precisaba planear cómo hacerlo. Él los salvaría así fuera a costa de su vida. Si algo les pasaba, Melisa moriría de tristeza. ¿Y si ellos ya no estaban en el cuarto? ¿Y si habían logrado escapar? Ojalá. Todo era posible en ese caos: había visto morir a gente que tenía condiciones para salir airosa del trance, como el joven eximio nadador al que le cayó algo sobre la cabeza mientras intentaba huir; así como vivir y escapar arriba de los botes a marineros borrachos.

Una vez que llegó al camarote de los Loyola, otra vez se encontró con la puerta trabada. En segundos, apareció Manuel con una linterna en la mano; se había agenciado una quién sabe de dónde. Lucía sereno, pero al verlo, exclamó:

—¡Nikolai, qué haces aquí! —exclamó. Lo había creído sano y salvo, lejos del naufragio. Se preocupó; tal vez Melisa tampoco se había ido.

—Vine por ustedes.

—¿Y Melisa?

—Ella está a salvo, logré meterla en uno de los botes. Tenemos que irnos ya mismo.

—Hijo, hace casi una hora subí y era el apocalipsis. Me imagino ahora.

—Lo sé. Pero hay que intentar huir del *Mafalda* antes que se hunda por completo. Luego los remolinos se tragarán el resto y será imposible.

—Entiendo, pero me quedaré. Con Amina, hijo, enfrentaremos juntos la hecatombe. Así lo hemos decidido.

—¡¿Quedarse acá?! —preguntó Nikolai.

No podía creer lo que escuchaba. ¿Había entendido mal? ¿Por qué quedarse de brazos cruzados?

—Sí, permaneceremos en el camarote.

—¡No puedo aceptar eso! ¡Si se quedan, morirán!

—Tendrás que aceptarlo; es lo que hemos decidido. ¿Sabes…? —introdujo Manuel bajando la voz—. Amina es el amor de mi vida, siempre lo ha sido y en poco tiempo ella partirá, si no es en este barco, lo será en tierra firme. Pero será en breve.

—¿Y ella qué dice? —preguntó Nikolai. Aguardaba a que Amina pusiera una cuota de cordura.

—Mi esposa lo sabe y hemos decidido no tener que pasar por esa locura que se vive allá arriba. Vamos a morir juntos aquí.

A Nikolai la frase le puso la piel de gallina. ¡Dios! ¿Cómo podía hablar así de la muerte? Entonces, lo recordó: él había querido quitarse la vida. ¡Pero ahora quería vivir! ¡Y todos tenían que salvarse!

Amina apareció detrás de Manuel. Con los zapatos puestos, arrastraba los pies sobre el agua como si fuera lo más normal del mundo. Habló con voz calma.

—Gracias por venir a buscarnos, pero hemos tomado una decisión.

Ella lucía tranquila, pero para Nikolai era inconcebible.

—¡Melisa morirá de tristeza…!

—No, para eso estás tú. Para alegrarle la vida. Para darle hijos. Para formar una familia —respondió Amina.

Nikolai lloraba otra vez. No quería dejarlos. Los amaba. Eran buenos; no tenían que morir ahogados. En el poco tiempo

compartido con el matrimonio había aprendido a quererlos, a conocerlos… y no se merecían ese final. La vida no era justa.

Los tres, alumbrados solo por la linterna y con el agua hasta las rodillas, se abrazaron. Para el cariño no había lugar insólito ni situación mala; siempre había espacio para amarse y consolarse, aun en la puerta del camarote de un barco pronto a hundirse y con la vida apagándoseles, con la existencia pendiendo de un hilo y sin siquiera tener la misma sangre ninguno de los tres.

Resuelto, Loyola se separó y dijo:

—Tranquilo, Nikolai, nosotros estaremos bien, sabemos a dónde vamos. Con cada uno de los días vividos durante nuestra existencia, ten por seguro, hijo, nos hemos preparado para este momento.

Amina agregó:

—Ve y sé feliz con mi hija. El amor tiene más fuerza de lo que crees. Puede mover montañas. El entorno, tarde o temprano, debe amoldarse a él. Recuérdalo —dijo Amina apretándole el brazo y mirándolo a los ojos.

Nikolai no podía creer que ella le hablara de alegría, amor e hijos mientras el barco se hundía. Miró a su suegro; asentía con la cabeza.

Loyola pensaba si acaso no ocurría lo mismo que había sucedido con la enfermedad de Amina. El entorno debería amoldarse al amor infinito que se profesaban y esta dolencia —por intratable que fuera — no podría separarlos, como tampoco la catástrofe del *Mafalda*. Hoy, por eso, los dos partirían juntos. La realidad se había acomodado al amor.

Nikolai también asintió. Loyola se retiró un momento y volvió con un salvavidas en las manos.

—¡Toma! ¡Y ahora, vete! Vete, hijo, ¡vete! —lo corrió Loyola con la última palabra en un grito y empujando su espalda.

Nikolai tomó el salvavidas y se fue corriendo por los pasillos oscuros, tal como cuando era un niño y chapoteaba en el río. Solo que el agua comenzaba a llegarle cada vez más arriba —sobrepasaba sus rodillas— y la oscuridad no le permitía discernir hacia dónde se dirigía.

Sabía que precisaba regresar a la cubierta para pelear por un lugar en la barandilla, desde donde podría arrojarse al agua. Flotó, dio brazadas, caminó en las partes más bajas. Se apuró. Pero

cuando llegó a la cubierta, se sintió desolado por lo que vio: junto a la única puerta que todavía comunicaba con el interior del barco se habían reunido varias familias buscando alejarse del enjambre de gente. Si no les permitían abordar juntos un bote, los padres no se separarían de sus hijos. Por lo tanto, permanecerían unidos en la cubierta hasta el final. Las familias completas —al menos, eran cuatro— enfrentarían juntas lo que les tocase. Entre ellas, Nikolai reconoció a los Castex. Tocado por la situación, se decidió a cederles su salvavidas. Él podría nadar; esos niños, no.

En cuanto lo entregó, supo que debía meterse de nuevo en el interior del barco para encontrar una madera o una pieza que le sirviera para tirarse y flotar en el agua. Entonces se dio cuenta de cuánto le costaba caminar, avanzar, alcanzar una entrada. El barco se hallaba completamente inclinado; sus movimientos, lentos y calculados, lo obligaban a sostenerse de la baranda. Miró la esquina de babor; todo era agua. A cada minuto, el *Mafalda* se hundía más; debía apurarse.

Apenas ingresó al último tramo del barco que quedaba a flote, arrancó la puerta del primer mueble que encontró y, con esta en la mano, se dirigió afuera. Con violencia, otra vez logró hacerse lugar contra el pasamano.

El griterío era infernal, pero él se concentró en el agua. Miró el mar, las olas batían violentas sobre los flancos del barco. Pensó en Melisa y en don Ricardo. Quizá su padre lo esperara del otro lado si él moría esa noche. ¡Pero él quería vivir y no morir! ¡Qué importaban la quiebra y la falta de dinero! ¡Qué importaba que Melisa quisiera actuar! ¡Él quería esta vida y con lo que ella trajera! Quería una oportunidad, pelearía por ella. Lanzó al agua la madera que usaría de salvavidas y comprendió que ya no había retorno; ahora debía zambullirse tras ella. Trató de ver a dónde había caído y la imagen del mar le dio miedo: hombres y mujeres braceaban enloquecidos. Los ignoró y se trepó a la baranda. Sintió la brisa y el trágico balanceo que lo empujaban a arrojarse más allá de su terror. Cerró los ojos, relajó los músculos de su cuerpo y la gravedad hizo su parte.

Nikolai volaba como pájaro en la noche cálida e irrumpía en la negrura líquida. Al salir a la superficie, sintió a su alrededor los clamores horrorosos de los náufragos. Como brotadas del océano,

aparecían cabezas que, intermitentes, gritaban y volvían a hundirse. Entonces, buscando su tabla, bajo el agua vio algo blanco, casi luminoso. Rápido como un relámpago, le dio en la pierna y lo forzó a gritar de dolor. La agonía y el terror se apoderaron de él; era el coletazo de un tiburón, que le hirió la pierna. A su lado, otros infructuosos nadadores eran atacados. Desde arriba nadie se había percatado pero muchos morían despedazados por las bestias. A pesar de la herida, el horror lo llenó de energía para nadar. Debía alejarse de allí de inmediato. Su plan original había sido refugiarse en el *Formose*, pero la lastimadura se lo impedía, el vigor lo abandonaba. Nadando con sus últimas fuerzas, cambió de planes: aunque sea, llegaría hasta la quilla del *Mafalda*, en torno a la cual, como soga nefasta, se agrupaban fatigados varios niños y muchas mujeres. Al llegar, se asió con fuerza de una arista. Tal vez y si tenía suerte, algún bote lo socorrería. Nadar hasta el transatlántico era una utopía. Miró a su alrededor: muerte y desastre. Por miedo a enloquecer, su mente se posó en recuerdos agradables: Melisa besándolo en la noche de tango, la visita al Rosedal, su madre haciéndole probar la torta de nuez por primera vez en su vida, la pileta turquesa y tibia de la mansión de la calle Copérnico… y así logró asirse a la vida, por lo menos, por un rato.

Salvador Jesús Santo, que aún permanecía en el buque y miraba el mar buscando algún bote que lo salvara, al fin lo divisó. El hombre rubio estaba solo y luchando por su vida. A la chica la había visto partir en un bote. Ella estaba a salvo; él, no.

El hombre rubio

Lucho, pero mis fuerzas se agotan; peleo, pero las olas me tapan. Mis manos quieren soltarse de la quilla desde donde me aferro con fuerza. No sé cuánto tiempo más podré sostenerme en este lugar. ¿Cómo veré si un barco viene en mi rescate? No lo sé, ya no abro los ojos, no puedo, mis párpados pesan toneladas. Soy consciente de que solo un milagro me salvará. Comienzo a tener una certeza: voy a morir en el mar. Jamás pensé que mi fin sería así. Busco un recuerdo más en mi memoria para que me ate a este mundo, pero no lo hallo. Hasta ellos me han abandonado, no logro asirme a ninguno, es como si hubieran desaparecido. Mi memoria ya no logra atraparlos y sin ellos me deslizo, me voy, parto, abandono mi cuerpo, es el final… «Melisa, Melisa, Melisa», mis pensamientos lloran ese nombre.

Capítulo 49

¿Por qué vas a llorar?
¿Acaso no has vivido?

Tango «Percal»,
HOMERO EXPÓSITO

En el único camarote ocupado del *Principessa Mafalda* una pareja mayor charlaba tendida sobre la cama. Era el diálogo final, la última conversación de toda una vida de conversaciones juntos.

Amina y Manuel sentían cómo el agua alcanzaba sus ropas y les mojaba el cuerpo. Se habían pasado casi cuatro horas en la cama recordando buenos y felices momentos de la vida; en especial, lo memorablemente bonito porque no valía la pena pensar en el resto. Si en alguna ocasión, por cierta razón o por culpa de una persona se habían sentido lastimados o traicionados, se esforzaron para no grabar esos sucesos lastimosos en sus mentes y corazones. Y hoy, sintiéndose livianos, disfrutaban de haberse tomado ese trabajo porque podían afirmar que se encontraban en paz para partir. Ni siquiera el agua que los mojaba los irritaba. Eran sus últimos momentos juntos y no los arruinarían quejándose, a pesar de que el cuarto era una pileta.

—Manuel, no tengo miedo a lo que viene. ¿Y tú?

La linterna que iluminaba sus cabezas les permitía verse el rostro.

—Tampoco —dijo seguro mirándola a los ojos, los mismos que conocía desde que era casi una niña.

—He sido muy feliz contigo… con lo bueno y con lo malo.

—Yo igual, muchísimo… con lo bueno y aun con lo malo —aseguró él.

Ambos sonrieron. Sus vidas no habían sido perfectas, ni todos sus días soleados, pero se habían amado mucho y habían sido muy felices.

—Te amo —dijo ella casi en estado de ensoñación.

—Y yo te amo a ti —respondió él.

—¿Te preocupa Melisa? —preguntó Amina volviendo a la realidad.

—No. Nikolai sabrá muy bien qué hacer con ella —contestó Manuel, que había buceado en varias oportunidades en el celeste claro de los ojos de ese hombre. Creía que su presentimiento de padre no le fallaría.

—Yo opino igual… ellos serán felices —pronosticó Amina con una sonrisa en el rostro. Luego agregó—: Te amo, amor mío.

Quería que a él se le grabaran esas palabras.

—Y yo te amo a ti, Amina. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

Manuel se pegó a ella más aún y, abrazándola, se quedó muy quieto. El camarote estaba tan inundado que su camisa a cuadros ya se hallaba mojada a la altura del abdomen. Amina lo besó en la boca. El agua comenzaba a tapar la cama y subía hasta casi sus pechos; pronto les llegaría al cuello. Se abrazaron con más fuerza. Para ellos, no habría desesperación; tampoco griterío. Sería como lo habían planeado: quedar sumergidos y no salir más. En Manuel y Amina no había miedo, solo amor.

—El perfecto amor echa fuera el temor —recordó Amina. Y esa fue la última frase que se escuchó en el interior del *Mafalda*. Sus bocas volvieron a unirse mientras sus mentes se aferraban a ese pensamiento para enfrentar lo que vendría en segundos. El abrazo se hizo más fuerte. Amina y Manuel, juntos por siempre.

Sí… Otra vez el entorno acomodándose al amor.

En el mar, la actividad frenética continuaba. Algunos botes se alejaban logrando huir del terror mientras cientos de personas braceaban enloquecidas cuando desde el *Mafalda* se oyó una atronadora detonación que provino de sus entrañas y fue seguida por un pavoroso grito dado al unísono por todas las personas que aún se hallaban en el transatlántico.

El espeluznante alarido se esparció por el cielo y el mar de la zona. El fin había llegado. Sobre el *Mafalda* estaban clavados los ojos de todos. Desde los botes, desde el agua, desde los grandes buques que habían llegado para socorrerlos, las personas lo miraban consternadas. Finalmente, las calderas habían explotado y la nave se hundía con increíble rapidez por la popa. Los centenares de

personas que habían permanecido en el barco sin saltar al agua esperando un milagro habían emitido, todos juntos, ese terrible y desgarrador grito que se escuchó en el océano. El *Mafalda* estaba a punto de desaparecer. Los gritos de desesperación aumentaron. Entonces, se oyeron cuatro disparos de un revólver: los oficiales al fin habían conseguido un arma con la que trataban de imponer orden entre los inmigrantes y de calmar el pánico reinante en un esfuerzo colosal por embarcar a algunas mujeres con sus niños. Pero era tarde. El reloj marcaba las 21.56 y ese sería el último sonido que se escucharía de la nave.

A las veintidós horas, la inclinación del *Mafalda* fue espantosa. Nadie podía mantenerse en pie sin sostenerse de la baranda y la gente quedaba colgada, pendida de un hilo. Salvador Jesús Santo, que estaba en el lado derecho de la nave, en ese momento experimentó la sensación de un torbellino enorme sobre su cuerpo, que lo envolvía, lo arrastraba y gobernaba su ser. Era el final del fin. Sintió cómo la presión del agua lo arrebataba, lo arrancaba del buque y lo levantaba por el aire varios metros hasta caer en el mar. El *Mafalda* se hundía por completo y se llevaba todo consigo. Desaparecía, y en su lugar, solo se divisaban terribles y enormes remolinos. A pesar de la violencia con la que fueron eyectadas, algunas personas lograron salir ilesas. Entre ellas, Salvador; también un tal Marini, pasajero de primera clase; y Rosa Zambrano, de veintinueve años. Entre las olas, los tres lograron aferrarse a las maderas que iban de un lado a otro, como restos de un universo que alguna vez existió.

El mar se convirtió en un revoltijo de personas y objetos, de los peores insultos y de las más sublimes oraciones a Dios. Un revoltijo de esperanza y desengaño, de vida y de muerte, de buenos actos y de malos.

En ese vaivén y sin imaginarlo, Salvador Jesús Santo estaba a punto de cometer uno, aunque no sabía de qué clase. Miró hacia arriba y vio la luna brillante y límpida; le pareció un buen presagio y le subió el ánimo. Miró un poco más allá en busca de algún bote redentor, pero no lo halló; solo descubrió que el destino había querido ponerlo cerca del hombre rubio para que lo ayudara. Porque lo tenía al alcance de una brazada y lo manoteó justo cuando vio que la cabeza de cabello claro se hundía y desaparecía

bajo el mar.

Nikolai, que había pasado largo tiempo meditando sobre sus recuerdos y luego había sufrido la explosión final, ahora se daba por vencido, desfallecía, abandonaba esta vida. El cansancio le había ganado. Había luchado heroicamente con todas sus fuerzas pero el agotamiento lo hizo flaquear y se dejó ir una vez más. Pero la mano de Salvador Jesús Santo lo sacó del agua. Y otra vez, y otra, y otra… hasta asegurarse de que al hombre rubio no se lo tragaría el mar, hasta que él recibiera las bocanadas de aire necesarias para subsistir, hasta salvarlo. Lo sujetó bien fuerte y ya no lo soltó. La luna lo alumbraba y le daba el impulso para hacerlo.

«Había una vez una luna que cuidaba a dos hombres…»

Y así como Nikolai había usado sus trucos para mantenerse despierto, Salvador Jesús Santo también empleó los suyos valiéndose de sus cuentos imaginarios. Él tenía un cometido: salvar al hombre rubio. Y lo cumpliría.

Pero las horas fueron pasando: una, dos, tres y la inconsciencia acechó también a Salvador porque los hombres seguían varados en el mar y en la misma posición sobre la tabla. Agua, madera, sal, recuerdos y cuentos. Parecía que esa madrugada de octubre de 1927 no podía haber nada peor para ellos cuando algo inesperado y muy malo sucedió: corrió una brisa fuerte hasta convertirse en viento; y la ventisca, aunque no era violenta, formó olas más altas que las sufridas durante la catástrofe. El mar abierto se comportaba como tal, bravo, indócil, turbulento. Un nuevo enemigo había aparecido y les hacía frente; no tenían otra opción que luchar en su contra. Las grandes olas tapaban a los sobrevivientes que aún quedaban braceando en la zona del naufragio. El clamor, que poco a poco se había apagado, resurgió con el embate aunque ya con mínima intensidad, débil, debilísimo, pues no había voz para gritar, ni energía para resistirse.

La mano de Salvador, acalambrada de tanto sostener al náufrago que intentaba salvar, no resistió un potente oleaje y debió abandonar la tarea. Por lo tanto, Nikolai desapareció bajo el agua. Salvador Santo, a quien ese ser inconsciente se le había vuelto su prioridad, se desesperó y, soltando la tabla, se sumergió antes de que el hombre rubio se le perdiera para siempre en las entrañas del océano. Tras encontrarlo, lo trajo consigo a la superficie, pero ya no

halló la tabla a la que se había aferrado, sino una más pequeña abandonada por uno de los náufragos que acababa de darse por vencido. Era una mesilla blanca de la cubierta, esa en la que él había servido cada tarde bebidas a los pasajeros. Salvador, haciendo un esfuerzo sobrehumano y usando sus últimas fuerzas, ubicó a Nikolai sobre su tabla de flotación, y él permaneció al costado, nadando. Entonces, mientras braceaba, lo comprendió: era su vida o la del hombre rubio. Porque la madera solo soportaba el peso de uno. Si él se apoyaba, se hundían los dos. Salvador braceó, braceó, braceó y, a punto de quitar el cuerpo de Nikolai para apoderarse de ese lugar, se arrepintió y no lo hizo. Tomó una decisión: el hombre rubio se quedaba en la mesita aunque a él le costase la vida. Braceó y braceó. Porque él había visto a la chica morena salvarse, y el hombre rubio debía ir tras ella para ser felices, para aprender a no discutir, a entenderse como él no había sabido. Braceó y braceó. Porque él le daba la vida, se la ofrecía aunque no lo conocía, porque lo había visto llorar, así como él había llorado por la mujer que había amado y ya no estaba. Braceó y braceó. Porque él no tenía una vida, sino solo migajas, despojos de una existencia pasada. Él mismo había hecho desaparecer parte de lo que más amaba: Carmen. Braceó y braceó. Recordando que, quizá, aquella mañana que salió a caminar cuando recién lo soltaron de la cárcel y desde la playa vio por primera vez los barcos, comprendió por qué, justamente, tenía que estar aquí, ahora, este día. Y, pensándolo, se sintió satisfecho de poder ayudar a un semejante suyo. Braceó y braceó. Pero esta fue la última vez que lo hizo porque sus brazos le dijeron «¡Basta!» y sus piernas lo abandonaron.

Una sonrisa tenía la boca de Salvador cuando se hundió en el agua pensando… «Había una vez un hombre que fue feliz después de mucho, mucho tiempo sin serlo, porque al fin dio lo mejor de sí…»

Eran las cinco de la mañana cuando, en el vapor *Rosetti*, que se hallaba en la zona dando la última vuelta, uno de sus tripulantes descubrió un cuerpo. Le pareció que tenía vida. Uno de los marineros se lanzó al agua aunque con pocas esperanzas. Acercándose a la mesilla que hacía de salvavidas, miró y tocó al hombre rubio, que emitió un débil quejido.

—¡Hombre vivo! ¡Hombre vivo! —comenzó a gritar el muchachito para que lo ayudaran a acarrear al sobreviviente recién hallado.

En pocos minutos más, Nikolai Martínez Romanov era subido al vapor que llevaba algunos náufragos rescatados en la última hora, incluido el vicecónsul italiano de Paraná, don Eugenio Gabassi.

Del *Principessa Mafalda* no quedaba nada. En la zona, solo se hacía palpable el dolor que habían sufrido sus pasajeros y que quedó impregnado en el mar, el cielo y el aire del sector. Porque jamás nunca antes ni después había habido un desastre marítimo tan terrorífico como ese: las mujeres y los niños perecieron porque nadie les cedió un lugar en las lanchas; la tripulación se reservó su sitio en los botes y, una vez a salvo, se desentendió de la suerte de los pasajeros y nunca volvió para ayudarlos; la Navigazione Generale Italiana dio órdenes equivocadas porque primó cuidar su economía antes que la vida de los viajeros.

Ese 27 de octubre perecieron trescientas catorce personas. Nikolai había salvado la suya por milagro. Él ya nunca más sería el mismo de antes; había aprendido la lección, esa que tantas veces le había reclamado al universo para saber cómo ser feliz. El precio pagado por el aprendizaje había sido muy caro, pero ahora era dueño del valor supremo: la vida. Era el poseedor de una existencia para seguir disfrutando más allá de lo que sobreviniera, diera o negara. Una desgracia lo había llenado de sabiduría para vivir la vida. A Nikolai ya no le interesaba si tenía dinero o no; estaba vivo y con eso le alcanzaba. Tampoco le importaría si Melisa decidía seguir su destino. Pero… ¿dónde estaba ella?

El *Rosetti* y los vapores que llegaron para el rescate, además de los sobrevivientes, también cargaron los cuerpos sin vida que recogían en el mar. Unos habían muerto ahogados al inicio del naufragio; otros, al momento de la terrible explosión de las calderas que destruyó gran parte del barco; y algunos, hacía solo minutos. Así era el mar: no perdonaba.

Entre los cuerpos hallados, ciertos casos llamaron la atención de los marineros que los recogían: una madre abrazada a su niñito de manera tan fuerte que fue imposible despegarlos. Solo el forense, más tarde, lo logró. Otro caso similar fue el de un hombre y una mujer que habían quedado abrazados muy juntos. En el cuello, ella

llevaba una cadenita de oro con un dije de bailarina árabe. La explosión había querido que sus cuerpos volvieran a tierra, una excentricidad de esas que decide el destino, como cuando con su dedo señala vida para unos y muerte para otros.

Así, durante los días posteriores a la tragedia habría familias con cuerpos para llorar y enterrar, mientras que, otras, ni eso. Los nombres de los fallecidos y de los heridos que viajaban a bordo de los barcos se desconocían porque todavía reinaba el caos. Solo a partir de los que podían hablar y contar el horror vivido, que eran trasladados por los vapores a Río de Janeiro, Montevideo y Buenos Aires, se podía reconstruir un listado con algunos apellidos del pasaje.

La opinión pública estaba consternada. No había periódico en todo el mundo que no hablara del hundimiento del *Principessa Mafalda*. El planeta entero estaba conmovido. La gente de mar aseguraba que antes hubo otros hundimientos, pero ninguno tan horroroso como este naufragio.

Capítulo 50

Tristeza…
¡*Hasta el cielo se ha puesto a llorar*!

Tango «Garúa»,
ENRIQUE CADÍCAMO

Nikolai fue llevado a Río de Janeiro y en los hospitales de esa ciudad fue atendido junto a otros náufragos. Tardaría en recuperarse. La herida en la pierna se le había infectado, sus pulmones habían sufrido y había tragado demasiada agua salada, por lo que una gastroenteritis con fiebre lo tenía en vilo. Ese mismo día, por la noche, uno de los médicos, un argentino convocado para ayudar, justamente, con el idioma, viendo que Nikolai presentaba una leve mejoría y que podía hablar, entabló un diálogo para pedirle sus datos. En cuanto el convaleciente le dio su apellido, el facultativo lo reconoció de inmediato como uno de los miembros de una familia de estancieros argentinos. El doctor exclamó contento:

—¡Otro Martínez Romanov! Su hermano está con vida… también la mujer de él.

Nikolai, al oírlo, comenzó a llorar. Y tras su conmoción, vino la inevitable pregunta:

—¿Y de Melisa Loyola saben algo?

—Déjeme que traiga la lista de los sobrevivientes —pidió el médico.

El hombre se marchó y regresó en unos minutos que, por la ansiedad, a Nikolai se le hicieron eternos.

Cuando volvió, se sentó en la punta de la cama y comenzó a leer los nombres. A algunos, los deletreaba en voz alta, pero el de Melisa no estaba por ninguna parte. Ni siquiera el apellido Loyola.

—¿Está seguro de que no está? Fíjese bien.

El hombre, por cortesía, los repasó. Pero era indudable que esa mujer no estaba en el registro. Se lo hizo saber con pena.

—No… lo siento. Pero puede haber más sobrevivientes. No todos están en condiciones de hablar y decirnos sus nombres —

reconoció el médico tratando de darle esperanza.

—¿Cómo puedo hacer para saber si ella…?

El hombre recordó que en algunos casos había sido posible identificar los cuerpos por un anillo u otra alhaja. Los sofisticados *parures* de oro y piedras preciosas, tan de moda, habían ayudado a reconocer a tantos muertos como sobrevivientes graves que no podían expresarse. Le preguntó:

—¿Ella llevaba alguna joya?

Nikolai suspiró largo y respondió:

—No lo sé…

Melisa no usaba ninguna, ni siquiera había vuelto a usar el anillo que le había regalado. Entonces lo recordó:

—¡Sí! Una cadenita de oro con dije de bailarina.

—Bien, déjeme que averigüe… Intentaré conseguir algún dato… —dijo el hombre y agregó—: Si tengo noticias, regresaré por la tarde para verlo.

Luego se marchó dejando al paciente consternado pero con una pizca de optimismo.

Nikolai, ansioso, miraba el reloj de la pared del cuarto esperando el paso de las horas, pero no fue necesario que llegara la tarde para recibir noticias. Se encontraba tomando un plato de sopa sentado en la cama cuando, al mediodía, el doctor regresó con novedades y se las comunicó de inmediato. Entre los cuerpos que los vapores encontraron en el mar se hallaba el de una mujer que llevaba en el cuello una cadenita de oro como la que él describió. No sabía mucho más que eso, pero era una joya poco común. Tenía que ser ella.

Al oír la noticia, Nikolai corrió el plato y, acostándose, se dio vuelta contra la pared y lloró amargamente durante largo rato. El médico se retiró para dejarlo a solas con su dolor. El paciente se quedó allí hasta la noche, sin cambiar de posición y, por veinticuatro horas, no volvió a emitir palabra ni tampoco quiso comer. ¿Por qué se salvó él y no Melisa? ¿Por qué? Él la había visto subir a un bote; pero tenía claro que muchas de esas pequeñas naves habían zozobrado por sobrepasar su capacidad, o porque las maderas estaban resecas… De nuevo: ¿por qué Melisa? ¡Por qué! No encontraba consuelo ni resignación. No le importaba no tener dinero, ni siquiera le hubiera interesado que ella quisiera actuar,

cantar, bailar… Lo vivido le había hecho cambiar su manera de ver la vida. Ahora miraba esas cosas como pequeñeces y no como los grandes escollos que —creía— le habían impedido ser feliz. Él no necesitaba más que a Melisa, y no la tenía. Lo importante era respirar para vivir juntos y volver a empezar. Trataba de aferrarse a la idea de que la vida era un don, porque sabía que sin Melisa su existencia sería vacía.

Al día siguiente de la fatídica noticia, el médico se hallaba preocupado por el estado de inapetencia de Nikolai. De pie junto a su cama, trataba de darle ánimos. También lo retaba por negarse a comer cuando sucedió algo que sacó a Nikolai de su amargo letargo: una enfermera entró al cuarto y le avisó que tenía visitas. Su hermano Erik, que también se encontraba en Río de Janeiro porque el vapor que lo había salvado lo llevó a ese puerto, en cuanto le avisaron que Nikolai estaba con vida se presentó de inmediato en el hospital.

Ni bien Erik entró a la habitación, sin decir nada, se abrazaron y lloraron. El cariño estaba allí, incondicional, como siempre. A pesar de que ninguno de los dos era el mismo de antes de la desgracia —y ambos lo sabían—, solo los que habían vivido el infierno del *Mafalda* entendían cuán grande era el cambio producido dentro de ellos.

Luego de la emoción del encuentro, las primeras frases y las palabras sobre el naufragio les salieron a borbotones. Entre la turbación y las lágrimas, Erik le contó que Margot se hallaba bien, y que, en ese momento, tramitaba los papeles necesarios para que pudieran viajar los tres juntos a la Argentina. Ellos dos habían sido de los privilegiados que lograron ser recogidos por los primeros botes que envió el *Alhena*. Nikolai lloraba al contarle que el cuerpo de Melisa había aparecido entre los ahogados y que la habían identificado por una cadenita que llevaba al cuello, tal como la que, recordaba, tenía ese día. Hablaba y no tenía consuelo; entremezclaba su relato con la historia de los Loyola, quienes habían decidido quedarse a morir en el barco encerrados en su camarote.

Erik no podía creer tanta desgracia. Pero algo lo dejó pensando… Dudaba en contárselo. Al fin se lo dijo:

—Cuando comencé a averiguar si Melisa y tú estaban con vida, me dieron un dato…

Se hizo silencio.

—¿Cuál?

—No te hagas ilusiones…

Erik dudaba. ¿Debía compartir lo que sabía?

—¡Por Dios! ¡Dime qué dato!

—Que hay una muchacha internada en un hospital de Montevideo que responde a las características de Melisa, pero está inconsciente, con fiebre alta y pulmonía. Por eso no saben su nombre. Margot quedó a la espera de un mensaje desde Uruguay.

—Pero está lo de la cadenita… —dijo Nikolai sin mucha ilusión.

—No sé qué decirte. Solo te cuento la información disponible.

Erik trataba de ser cuidadoso; no quería darle falsas esperanzas a su hermano. Por lo tanto, no se atrevió a decirle que alguien la había identificado como la actriz Lisa Loy. Aunque solo podía tratarse de una confusión, no sería el primer caso.

Cuando Erik se marchó, a Nikolai le latía fuerte el corazón. ¿Y si Melisa estaba con vida? Rogó por un milagro.

Él no sabía que ese suceso por el cual rogaba se había producido poco antes del hundimiento final del *Mafalda* cuando el capitán Cooper, al mando de su barco *Empire Star*, tras recibir el cablegrama de S.O.S., hallándose a cuatro millas de distancia del naufragio, apuró máquinas y llegó a tiempo para ayudar.

Todo había pasado de manera precisa como en una película. Las voces nerviosas de los marinos resonarían para siempre en el aire.

—¡Apuren, aún podemos encontrar gente con vida! —ordenó el capitán del *Empire Star* lanzando al agua los últimos botes salvavidas de su nave.

Sus hombres venían trabajando arduamente en el rescate; sabían que el tiempo corría en su contra. A las nueve de la noche habían logrado rescatar doscientas diez personas entre pasajeros y tripulantes. Pero a medida que se acercaban al *Mafalda*, faltando minutos para las diez, veían cómo se hundía más y más, e iba quedando pequeñito mientras el mar se lo tragaba. Hombres y mujeres desesperados atiborraban los botes del *Empire Star*, al punto de que tres de ellos ya habían zozobrado. Les resultó

imposible controlar a la gente que, aterrorizada, sin importarle nada, sobrepasaba el número de personas que soportaba un bote. Mientras los marinos del barco inglés regresaban a la nave madre con las barcazas llenas de sobrevivientes hacían un doloroso trabajo: se detenían y revisaban los cuerpos de los niños que flotaban, los subían al bote y, al ver que ya no respiraban, los volvían al agua para dejar el lugar a otros posibles náufragos. Ni uno solo estaba con vida; todos eran pequeños cadáveres. El oficial Rowland, al mando de uno de esos botes, escuchó que otro de sus hombres le gritaba:

—¡Allí, adelante! ¡Hay una mujer que se mueve!

Rowland fijó la vista donde le señalaban y vio que una muchacha se sumergía en el agua y volvía a aparecer una y otra vez. Las olas la tapaban y, a punto de desmayarse, la vida se le escapaba en esas últimas bocanadas de aire. O la salvaban ahora o se moría. Y así como el marino lo supo, ella también lo sabía. Quería decir «¡Ayuda!» pero la extenuación era tan intensa que ni siquiera le salía una palabra. Sus gritos eran mudos, sin sonido alguno, salían de su alma, llegaban al cielo y allí, una fuerza poderosa, la oía. «¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Ayuda!».

Esa noche, Rowland viró el bote con los remos justo cuando la muchacha se hundía de nuevo. Al acercarse, sin embargo, vio que la cabeza reaparecía entre la espuma de una ola. Entonces, sin perder tiempo, la tomó con fuerza del cabello. Alcanzó a hacerlo porque era largo, lo que le facilitó la tarea. La maniobra dolorosa hubiera hecho gritar a cualquiera, pero ella estaba mitad en este mundo y mitad en otro: los ojos cerrados, la boca entreabierta y un solo pensamiento: «¡Ayuda! ¡Ayuda!».

—¡Está viva! ¡Auxílienme! ¡La rescataremos! —pidió Rowland, que de inmediato recibió la asistencia de otro de sus hombres.

La subieron. Llevaba un vestido lila hecho jirones. Era evidente que hacía horas que luchaba en el agua.

Al verla, una de las mujeres la reconoció.

—¡Es Lisa Loy! —afirmó y se largó a llorar. Dos noches atrás había visto y disfrutado de su bello espectáculo. No obstante, esa mujer morena llena de *glamour* y energía que había bailado y cantado para el público, ahora era esa chica desvalida, que, pálida y lastimada, peleaba por su vida. No importaba cuánto talento y

belleza se tuviera, la muerte podía arrasar con todo. En verdad, la vida era otra cosa que grandes triunfos e inmensos talentos y popularidad. Melisa, a su lado y sin saberlo, pensaba lo mismo con las fuerzas que le restaban. Ya no le importaba si volvía a cantar o a bailar en el futuro; solo quería un porvenir, un mañana, una vida… porque lo único que ella deseaba era vivir. La vida era bonita y ya no quería desesperarse por nada, ni siquiera por saber si seguiría o no actuando.

La desgracia ponía en su lugar las prioridades de la lista. Ella también aprendía su lección, esa que, al igual que Nikolai, tantas veces había reclamado al universo cuando pedía que sucediera algo trascendental que, al fin, acomodara su situación.

Rowland se hallaba en la tarea de revivirla cuando esa noche, desde el *Mafalda*, se escuchó el estallido de las calderas, y un aullido general y desgarrador impregnó el cielo y el mar. El Palacio del Océano se hundía y nadie podía evitarlo.

Era el final sin el gran milagro. Sin embargo, sí sucedían algunos pequeños: Melisa respiraba en brazos del oficial Rowland.

Gligo y los dos niños que llevaba sobre su cuerpo mientras nadaba en un intento desesperado por arrimarse al *Alhena*, a pesar de haberse estrellado varias veces contra el casco de esa nave debido a la violencia de las olas, también se habían salvado.

Capítulo 51

Y estás en todas partes,
pedazo de mi vida…

Tango «La cumparsita»,
PASCUAL CONTURSI Y ENRIQUE MARONI

Nikolai, esa mañana, esperaba a Erik caminando como león enjaulado en el cuarto del hospital. A cada momento, husmeaba por la ventana en un intento por divisar a su hermano cruzando la calle y, así, por su semblante, descubrir qué clase de noticias traía. La esperanza lo había llenado de energía; el médico no le hallaba otra explicación para el cambio positivo que había experimentado su físico.

Pero Erik llegó al hospital por una calle distinta a la esperada y controlada por Nikolai. Así que cuando entró al cuarto, su hermano, vestido de bata y pantuflas, se hallaba de espalda con la vista puesta aún en la ventana.

Nikolai, que escuchó que su hermano ingresaba, se dio vuelta de golpe, observó su rostro unos instantes y lo supo: Melisa vivía. Erik sonreía y Nikolai lloraba nuevamente.

—¡Está viva! ¡Está viva! —gritaba Nikolai entre lágrimas.

—Se encuentra en un hospital de Montevideo —contó Erik y los dos se abrazaron otra vez. La vida abría su mano y le daba gustosa al menor de los Martínez Romanov el milagro que había pedido. Así como en París le había negado otros que ahora ya no le importaban en absoluto, la quiebra no era nada comparada con tan maravilloso regalo: Melisa estaba viva.

Cinco palabras y él empezaba a planear el viaje a Uruguay. No importaba lo que dijera el médico sobre su salud. Él iría; nadie podría detenerlo.

Melisa, en el hospital, pasó dos días debatiéndose entre la vida y la muerte. El agua aspirada le había desatado, como a varios, una grave neumonía. Pero, al fin, al tercero había superado la crisis, la

fiebre había cedido y ella había podido hablar. En cuanto las enfermeras vieron su mejoría, le tomaron el nombre y lo pasaron de inmediato a la lista de sobrevivientes del naufragio del *Mafalda*. Las mujeres le contaban que los Martínez Romanov venían en viaje desde Río de Janeiro a Montevideo para verla, Melisa las escuchaba y lloraba sin parar… ¡Nikolai estaba vivo…! Pero ¿y sus padres? ¿Y Margot? Se lo preguntó a la enfermera. Ella le respondió que, para la tarde, le conseguiría la lista de los sobrevivientes, aunque estaba casi segura de que los Loyola no estaban en esa sino en la otra, en la que figuraban las personas que nunca más verían el sol, ni podrían ser abrazadas, ni besar a nadie. ¿Pero cómo decirle eso a esta chica débil que recién comenzaba a recuperarse? Tal vez, si los Martínez Romanov llegaban pronto, ellos le podrían dar la noticia; era lo mejor.

La mañana que Nikolai llegó al hospital de Montevideo y entró al cuarto de Melisa, vivieron uno de los momentos más vibrantes de su vida. Él ni siquiera se percató de que ella ya no llevaba el cabello largo, sino al hombro. Las enfermeras se lo habían tenido que cortar porque era imposible cuidárselo. Él, ni bien entró, se abalanzó sobre el lecho arrodillándose al pie de la cama y, tomándole las manos, se las besó durante largo rato mientras ambos lloraban. Luego se puso de pie, se acostó junto a ella sobre el cubrecama y la abrazó.

Ellos se reencontraban después de haber estado a punto de morir y, por primera vez, en ese abrazo desechaban el egoísmo, ese que antes habían tenido a la hora de exigirse renuncias o de negarse a aceptarlas. Y esto convertía su encuentro en sublime, único y maravilloso. En cada palabra y lágrima, estaba el mismo amor de siempre pero pasado por el fuego de la desgracia. Nikolai jamás volvería a exigirle sacrificios que a ella le provocarían dolor en el alma; Melisa jamás volvería a romperle el corazón negándole algo. Las exigencias y negaciones que ambos se habían propiciado eran auténticas avaricias y lo habían comprendido. Esos deseos mezquinos eran menudencias al lado del don de la vida que se les había regalado para disfrutar y ser felices. Ahora, ese obsequio, junto al amor inmenso que se tenían, estaba allí para expiar todos y cada uno de sus dolores y les daba las fuerzas para seguir viviendo. Porque, a pesar de las caricias y las palabras de Nikolai, ella, en

medio de estas, se quedaba sin fuerzas cuando le revelaba que sus padres habían muerto en el barco y le contaba cómo había sido. Recibir esa dolorosa y cruel noticia sin el amor que le prodigaba Nikolai, sumado a lo débil que se hallaba aún, hubiera sido imposible de soportar; habría tenido consecuencias fatales para Melisa.

—¿Sabes…? —le dijo Nikolai buscando que Melisa hallara un poco de paz—. Estuve con ellos hasta último momento y, a pesar de lo terrible de la situación, tus padres se encontraban bien, se cuidaban entre ellos, se amaban y ese amor les quitaba todo el miedo.

—Ay, Nikolai… —respondió ella escondiéndose en el pecho de él. Podía imaginarlos y, al recrear los hechos, se le encogía el corazón.

Él le narraba algunos detalles más porque sabía que le harían bien a Melisa. Por último, casi como una conclusión, Nikolai agregó:

—Lo último que me dijo Amina cuando se despedía de mí fue: el perfecto amor echa fuera el temor. Y eso es lo que siento hoy: no me importan los desacuerdos que hayamos tenido entre nosotros, tampoco me resulta determinante que ya no tenga un solo peso en Argentina ni un solo franco en Francia, ni siquiera que no posea una casa… porque si estoy vivo y contigo, lo tengo todo y no necesito más.

Ella lloraba por sus padres y por lo que acababa de oír. Entre lágrimas, le dijo:

—Yo no volveré a negarte nada. De ahora en más, las decisiones serán compartidas y el futuro lo planearemos juntos.

Se miraron a los ojos y se abrazaron con fuerza. En la camita de sábanas blancas inmaculadas de hospital, esa muchacha de cabello muy corto y ese hombre rubio hacían un pacto tácito, ese que sostendría su relación a través de los años, el mismo que se encargaría de traer cordura en medio de las futuras discordias, el que los salvaría del egoísmo. Ese que jamás olvidarían porque la experiencia del naufragio había grabado a fuego la enseñanza en su interior: mientras se estaba vivo, había que luchar por ser feliz; y los seres queridos no eran para contender, sino para acompañar, respetar y amar.

Tres meses después

Para Nikolai y Melisa fue una experiencia difícil y casi traumática subir nuevamente a un barco, tal como les sucedió a Erik y a Margot. ¿Pero qué otra cosa podían hacer si ellos necesitaban volver a París? Aunque ninguno era el mismo, el cabello corto de Melisa lo mostraba claramente; los cuerpos de Amina y Manuel que quedaban en el cementerio de Recoleta, también. Melisa había tomado la decisión de enterrarlos allí. Argentina, por muchas razones, no le resultaba un país extraño, sino que esta tierra tenía un fuerte lazo sentimental con ella. Sabía que volvería porque, sentada junto a Nikolai en el comedor de su departamentito, fue uno de los anhelos que formuló el día que bebió lo último que le quedaba del té de los deseos.

Para retornar a Europa, los hermanos Martínez Romanov compraron sus respectivos pasajes, mientras que las mujeres pagaron los suyos, lo cual constituía un verdadero aprendizaje para esos hombres familiarizados con otros usos y acostumbrados a pagar siempre ellos. Pero sus mujeres no habían aceptado viajar en otro navío que no fuera el más nuevo sin importar lo caro que resultara. El elegido para cruzar el mar fue el *Cap Arcona*. Por ese motivo, necesitaron el dinero de los cuatro para realizar la travesía en la flamante y moderna nave que acababa de ser bautizada y a la que se la consideraba el nuevo palacio de los océanos, así como alguna vez lo fue el *Mafalda*.

Erik y Nikolai, en Argentina, habían logrado acomodar precariamente su situación financiera con los bancos y los acreedores, y ahora se hallaban cumpliendo sus compromisos de pago. Lo cierto era que casi no tenían deuda, pero tampoco dinero ni propiedades. Aun así, Erik se sentía tranquilo para partir y cumplir con lo que le había prometido a Margot: que regresarían juntos a París. Una vez allí, ya verían qué hacer; todavía debían llegar a un acuerdo porque tenían sus hijos desperdigados en dos continentes. Una idea comenzaba a germinar en la pareja: traer a Amèliè para que estudie en la Argentina que, en ese momento, se auguraba como un gran y floreciente país. Pero ese sería un segundo paso; aún iban por el primero.

Melisa, en Buenos Aires, se había reunido con Raúl Flores y le

había contado sus intenciones de regresar a Francia, su país. Ella, por ahora, no se sentía en condiciones de subir a un escenario. Lo vivido había sido demasiado terrible y, además, la aguardaba una serie de decisiones respecto al taller y a los trámites de la herencia. Flores, sabiendo de la desgracia y el dolor que Melisa había pasado en el último tiempo, le dijo:

—Ve, Melisa, ve, pero vuelve, así sea dentro de tres o cuatro años. Sobre todo, si te haces famosa allá, regresa y haremos en Buenos Aires una obra juntos. Me gustaría… ¡y me lo debes…! —exclamó sonriendo.

—Lo sé. Nunca olvidaré este gesto que hoy tiene conmigo ni todo lo que usted ha hecho por mí —agradeció.

Flores prefería perder unos meses de contrato y asegurarse una buena relación con Melisa que le permitiera alguna vez volver a trabajar con ella. Estaba seguro de que si esta talentosa mujer decidía seguir adelante con su carrera, ella llegaría lejos. Sin embargo, la veía tan golpeada que no sabía cuál sería su futuro en la actuación. Más allá de lo profesional, además, apreciaba a Lisa Loy como persona, y entendía la truculenta experiencia que acababa de atravesar.

Melisa y Nikolai habían usado los días de la travesía en el *Cap Arcona* para planear su futuro. Tal como estaban las cosas, deberían luchar mucho juntos para lograr uno. Él intentaría generar nuevos negocios en París. Al principio, serían pequeñas transacciones. Por otro lado, tenía la esperanza de que Fortabat y Dufour le permitieran seguir ligado con el proyecto de alguna manera, participar de alguna forma en su vieja y peregrina idea. Con ellos dos tenía una charla pendiente, y no perdía las ilusiones.

Por su lado, Melisa le había propuesto a Nikolai invertir en nuevos proyectos una porción del dinero que su padre había dejado. Lo aceptaría, aseguró él, a modo de préstamo y solo si le cobraba intereses. A ella la idea le pareció ridícula, pero como esa había sido la única forma para que él lo aceptara, cerraron el trato. Ella, una vez que llegara a París, iría a ver a Gentaine para charlar sobre su propuesta. Quería trabajar, pero tenía en claro que no volvería a hacerlo de la forma intensa y agresiva en que lo realizó durante los años pasados en Buenos Aires. Quería tiempo para apoyar a Nikolai en sus nuevos emprendimientos.

Año 1930

En el teatro Maipo, los aplausos que celebraban el estreno de esa noche eran estruendosos y parecían no acabar nunca. De pie, la gente pedía la presencia de Lisa Loy, por lo que fue necesario descorrer nuevamente el telón para que ella saliera a saludar una vez más. Acababa de terminar el último acto de su nueva obra cuyo nombre era *Olympo*. Vestía una túnica griega blanca pegada al cuerpo que le llegaba hasta los pies, su cabello oscuro lucía largo y brillante; esta vez, la obra no requería peluca. Era la misma producción que había hecho furor en París durante dos años y que estaría en la cartelera de Buenos Aires por unos meses. En esta gira por Argentina había tenido que ver la conversación que Flores y ella mantuvieron tras el naufragio.

Lisa Loy, esa noche, de pie frente a los espectadores que seguían aplaudiendo, saludaba y lloraba. Era una velada emotiva, se había reencontrado con su público, ese que la había llevado a la fama que ahora gozaba en Europa. Ella no olvidaba que esas personas habían sido las primeras que disfrutaron de sus *shows* y reconocido su talento. Casi todos los espectadores conocían la trágica historia del *Mafalda* y cómo la Loy había luchado por sobrevivir. Si la amaban desde antes de la tragedia, cuánto más la veneraban ahora que volvía triunfal y, además, con su esposo argentino.

Los plateístas tiraban flores al escenario para Lisa. Ella sonrió emocionada por el gesto de cariño e, inclinándose, tomó dos o tres, aspiró su aroma y las llevó junto a su corazón, en señal de que allí, en ese rincón, las guardaría. Luego tiró algunos besos con la mano en el aire y se marchó. Si permanecía sobre el escenario, la gente no se iría más y ella terminaría llorando a mares porque… ya le caían lágrimas.

Dos horas después de la función, Lisa Loy y su esposo Nikolai Martínez Romanov; Raúl Flores; Gerard Gentaine, el productor francés de la obra *Olympo*; y algunas personas más, incluida su amiga Arlette junto a su esposo y el travieso Adrien, su hijo de dos años, un pelirrojo como su madre, conformaban el variado grupo que cenaba en la larga mesa que habían montado para ellos en el restaurante del Plaza.

En la charla se mezclaban los idiomas castellano y francés. Gentaine y Flores, sentados frente a Melisa, programaban coproducir un espectáculo; Nikolai, al lado de su mujer, conversaba con un empresario uruguayo sobre posibles negocios en el vecino país; mientras que Melisa y Arlette disfrutaban del reencuentro. Ella, con su hijo en brazos, expresó:

—Querida amiga, yo sabía que tarde o temprano ibas a disfrutar de grandes éxitos. Siempre te dije que eras talentosa —recordó orgullosa Arlette. Agregó—: Y te advierto: un día tendrás que venir a mi academia de baile… Mis alumnas se volverán locas cuando te vean… ¡Son tus fervientes admiradoras!

Arlette y su marido músico habían puesto una academia juntos en pleno barrio de San Telmo. Allí, él y otros profesores enseñaban a tocar instrumentos; mientras que ella, a bailar diferentes ritmos que iban desde música clásica a tango.

Melisa le respondió:

—Te prometo que, en estos meses que pasaré en Argentina, lo haré. Podría ir la primera semana de… —dijo calculando las fechas libres; sabe que, ahora que están en Buenos Aires, Irina, teniéndolos cerca, ha armado varias reuniones familiares. Ella vive en Argentina, al igual que Luisa y su marido. María Gracia se quedó en París, llevando una vida bohemia y tentando suerte en una carrera artística.

—¡¡Adrien!! ¡Oh, no! —la interrumpió Arlette retando a su pequeño, que acababa de volcarse sobre su ropa un vaso lleno de agua. Luego agregó—: Hijito, ve con tu padre a ver si él logra controlarte —deseó. Y se lo pasó a su marido de brazo a brazo.

—¿Te da mucho trabajo el niño? —preguntó Melisa que lo notaba muy travieso.

—Sí, mucho, pero es mi alegría. Igual que con los esposos, que dan trabajo pero también alegría —dijo Arlette radiante y Melisa se rio. Ella sabía de qué hablaba; también tenía uno.

—¿Y tú qué esperas para encargar un niño? —interrogó Arlette mientras Adrien regresaba a sus brazos.

—No sé, tal vez pronto lo haga —confesó Melisa sin entrar en el detalle de que venía soñando con uno hacía mucho y que, quizá, justamente ese mes, había sucedido el milagro esperado. Lo creía posible por los síntomas que tenía. Desde el naufragio del *Mafalda*,

ella no se había cuidado más y el embarazo era una posibilidad cierta. El infierno vivido en el mar le había hecho desear la vida en todas sus formas, incluida la de un hijo. Sin embargo, parecía que, tras sentir tanto miedo por concebir uno, ahora que lo deseaba con todo el corazón, se hacía rogar a propósito porque el bebé aún no había llegado.

—*Touché!* ¡Adrien, niño malo! —lo retó Arlette sacándole la jarra de las manos a su hijo. Otra vez la misma travesura, solo que ahora se había tirado el recipiente lleno—. Discúlpame, Melisa, el trabajo de madre me llama —dijo poniéndose de pie y se marchó al *toilette* con el bolso para cambiarle la ropa mojada.

Gentaine, que se encontraba sentado en la mesa frente a Melisa, viéndola desocupada, aprovechó para consultarle los planes conversados con Flores.

—Lisa… ¿crees que en dos años sería posible que regresemos a Buenos Aires y produzcamos una obra junto con Raúl?

—¿Por qué no? —dijo ella tocándose el vientre, rogando equivocarse en la respuesta. Ojalá fuera cierto su presentimiento sobre los síntomas que notaba; de ese modo, no podrían concretar el proyecto porque se encontraría criando a un niño pequeño.

Nikolai, que la escuchó, se dio vuelta y, mirándola, le sonrió con cara de aprobación. Quería que ella tuviera claro que sus planes de actuación no le molestaban, ni siquiera si la gira la llevaba a un recóndito lugar del planeta. Algo en lo profundo de su ser había cambiado para siempre y ya no le parecía mal que actuara. El precio pagado para que así fuera había sido, en verdad, carísimo. La observó y vio que Melisa tenía las manos sobre el abdomen. Su mirada clara se cruzó con la oscura descubriendo en su mujer una sonrisa cómplice y, por un momento, le pareció adivinar lo que ella pensaba. Tuvo un presagio. Pero su interlocutor, el uruguayo que estaba a su lado, volvió a hablarle y él giró para continuar la charla. Mientras tanto, asumía que debía estar loco para guiarse solo por unas manos en la panza, para creer lo que creía. Deseaba un hijo con ella desde el día que la había conocido. Él amaba a todos los niños del mundo. Esa era la razón por la que había vuelto a visitar mensualmente el orfanato. ¡Cuánto más amaría uno que fuera de ellos! Pero ¿por qué hacerse ilusiones si, a pesar de los deseos, aún no había llegado? Él, además, no quería desesperarse ni desesperar

a Melisa. Aunque esa noche, en esa mirada, había intuido algo. ¿Podría haber acertado en su presentimiento?

Epílogo

Año 1937

Es temprano y la playa uruguaya todavía está desierta. Solo una familia disfruta del agua y la arena. El padre y el hijo varón están en el mar. La madre y la niña más pequeña están sentadas sobre una lona.

Un fotógrafo le quita la paz al lugar porque el hombre va y viene de punta a punta esperando a que, de una vez por todas, lleguen los demás bañistas para conseguir clientes. Pero eso sucederá en una hora. El lugar ha comenzado a ponerse de moda y llama a los turistas.

Melisa Loyola goza al mirar el océano soleado. Ha tenido que aprender a disfrutarlo de nuevo, borrando viejos miedos y dolores; sabe que, si no los vence, se perderá de momentos maravillosos, como estos. Y la vida la ha hecho sabia: mirar lo bueno y desechar lo malo. Ese es su lema.

Están en Punta del Este; es la segunda vez que visitan el lugar con Nikolai. Les gusta el pueblito y, además, la habilidad comerciante de su marido le indica que en unos años se convertirá en una gran ciudad de moda. A él le interesa su potencial. Por lo tanto, intentará construir un hotel mientras en París, tímidamente, avanzan las tratativas para levantar otro con contactos que le ha presentado Fortabat, con quien mantiene una relación amistosa. Cada tarde de los últimos días, se ha reunido con los inversores en el Yacht Club Punta del Este porque Nikolai Martínez Romanov, por más apellido aristocrático que porte, ya no posee millones aunque sí buenas ideas. Necesita convencer a esos hombres de que apuesten por su visión. Parece que, después de hablar e insistir mucho, al fin, lo ha logrado.

Melisa observa la línea azul del horizonte mientras siente la arena tibia bajo las palmas de sus manos; hunde sus dedos en ella, la escarba, respira hondo, mueve los pies, se siente bien, plena física y emocionalmente; los viejos dolores del corazón causados por la ausencia de sus padres ya no la hacen llorar, sino solo recordarlos con cariño y devoción, la que les transmite a sus hijos.

En esta oportunidad, ella y su familia han venido a América porque no querían perderse la presentación del libro que escribió Erik. Su cuñado y Margot, ahora que sus tres hijos están mayores, han elegido Buenos Aires para vivir. Y al fin, el mayor de los Martínez Romanov se ha dado con el gusto de publicar su novela. Son una gran pareja y, felices, disfrutan de su amor día a día en Buenos Aires. Ella le ha ayudado a corregir el manuscrito ya que, como siempre, sienten una misma pasión por los libros. En esta visita, han compartido largas sobremesas familiares cargadas de camaradería y cariño.

Para Melisa y su marido, este es el último día de los treinta que han vacacionado en la playa uruguaya. Mañana emprenderán el regreso a Francia porque allí empezará con los ensayos para la presentación de una nueva obra de teatro. París espera ansioso otro estreno de Lisa Loy, quien, como selecciona muy bien sus apariciones, genera gran expectativa entre su público insaciable. Los productores siempre quieren más, pero Melisa ha aprendido a ponerles límites. Como hizo con Gerard Gentaine el día que el hombre protestó: «Melisa, te tomas demasiadas vacaciones maternales». Ella, muy suelta, le respondió que dejara de quejarse por los doce meses que se ausentaba luego de cada nacimiento de sus hijos… porque, si no, la próxima, en vez de un año, se tomaría dos. Melisa sonríe al recordar la cara que puso el hombre y cómo lo llamó al silencio prudencial.

En la hermosa mañana soleada, el ruido del mar entra por sus oídos y ahoga las conversaciones que Nikolai mantiene con su hijo Ricardo, de cinco años, a varios metros de allí, metidos en el mar. Los observa: uno parado al lado del otro, ambos muy rubios, con la misma forma esbelta de piernas e idéntico tórax. Los dos llevan la mirada concentrada en el agua. A ella, el sonido del mar ya no le trae malos recuerdos como al principio. Hizo las paces con el océano a pesar de que este le quitó grandes afectos. También la

experiencia que vivió dentro suyo le enseñó a gozar hoy la vida.

Melisa se pone de cara al cielo y cierra los ojos, disfruta de la tibieza del sol de las diez de la mañana. Esa es la hora en la que suelen bajar a la playa, no porque sea su preferida —ya que a ella siempre le gustó dormir—, sino porque sus dos hijos aún son pequeños y se despiertan temprano. A veces, a las ocho, ya están aquí. Claro que es así porque con Nikolai los acuestan temprano; les gusta tener tiempo a la noche para disfrutar a solas.

Unos segundos de sol sobre su rostro y abre los ojos de inmediato. Sabe que debe controlar sin respiro a su pequeña e inquieta acompañante. Mira a pocos metros y, viendo ese cabello renegrido igual al suyo pero en un cuerpito de niña de tres años, y con la palita en la mano haciendo castillos, respira tranquila. Todo está en orden. Luego exclama:

—¡Amina! ¡No te vayas lejos, eh!

La niña se da vuelta y la mira sonriendo con la boca sucia. ¡Está comiendo arena! Le gusta porque es salada. Melisa se pone de pie y la limpia de nuevo; es la tercera vez que lo hace desde que llegaron. Amina la mira con sus enormes ojos azules sin comprender cuál es el problema de comer ese manjar.

—¿Papá...? ¿Diki...? —pregunta la niña mirando la imagen lejana de su padre y de Diki, como ella llama a su hermano.

Entonces, Melisa, mirando a Nikolai, exclama bien fuerte para que la oiga.

—¡Amor, Amina no da más! Pide por ustedes.

Él, desde el mar, le grita:

—¡Solo un momento y terminamos!

Él habla con Ricardito; le está enseñando a nadar. El niño, al igual que él a su edad, le recela al mar y, como alguna vez lo hizo don Ricardo, le explica que no debe temerle, sino ser cuidadoso. Melisa se da cuenta de lo que están haciendo y les da tiempo.

La vida es como las olas: en ellas todo va y viene. Ayer nos enseñaban, hoy enseñamos, piensa Melisa mientras disfruta de realizar tareas de madre porque, tiempo atrás, soñó mucho con ellas. Y si hoy, en la playa, no están acompañándolos la decena de hijos que siempre deseó tener Nikolai es porque durante estos años no quisieron venir. Tal vez, la vida le dé una sorpresa y llegue alguno más, pero como ya tiene treinta y siete años —y quizá no

suceda—, se siente feliz y agradece que sus tesoros sean dos. De hecho, su propia madre solo la tuvo a ella.

Al reflexionar, Melisa se da cuenta de que en cualquier momento de la vida se puede confeccionar una larga lista con lo que nos falta. Sin embargo, mucho tiempo atrás decidió ser feliz con lo que le ha tocado y no hará una anotación negativa, ni siquiera mentalmente.

En minutos, los dos varones se acercan; han terminado su clase de *crawl*. Nikolai se sienta junto a ella, y su hijo se queda con la niña, la entretiene. Los pequeños juegan en la arena, se molestan, se quitan la palita, cosas de hermanos. Sus padres no les prestan atención; es normal, han aprendido que, a veces, esos sonidos —más que cualquier otro— significan paz. Melisa y Nikolai charlan mientras la brisa les da en la cara y el sol comienza a broncearlos.

—Qué bella playa. Me encanta este pueblito —comenta ella.

—Sí, es muy lindo. Y se pondrá mejor cuando logre construir mi hotel —responde él.

Ambos se ríen.

Nikolai, reflexivo, dice:

—Sería hermoso tener una casa acá.

—Sí —reconoce ella, que ya lo había pensado.

—Pero una vivienda en la playa es solo un sueño. Por más que quisiéramos comprarla, no nos alcanza. Además, sería caro mantenerla y no podemos —dice de manera realista Nikolai.

—Lo sé —responde ella mientras se ríe. Sabe bien del gusto de su esposo por atesorar casas desperdigadas por medio planeta, algo que no sucede desde hace mucho. Solo tienen la de París, la que era de los Loyola, y allí viven.

—¿Te preocupa no tenerla? —le pregunta Melisa.

—Para nada —le responde rápido. Y sincero, agrega—: Me basta con que podamos venir y parar en algún hotelito… Para ser feliz no se necesitan grandes posesiones.

Melisa lo escucha y lo observa orgullosa. Lo abraza mientras juntos miran el mar.

—¿Habrá algún secreto para ser feliz? —cuestiona Nikolai casi para sí mismo. Si en ese momento le preguntaran si lo es, seguramente respondería que sí, aunque no sabe muy bien cómo lo logró.

Ella repite algo que escuchó decir años atrás a una persona

querida que ya no está, pero a la que siempre recordará:

—Creo que el secreto está en levantarse cada mañana proponiéndose e intentando ser una buena persona, dar lo mejor de uno sin importar lo que pase. Y si alguien te hace algo malo, mirar para otro lado y seguir adelante.

—¿Tan simple? —pregunta Nikolai, como ella misma lo hizo años atrás.

—Sí, solo le agregaría: tratar de hacer lo que a uno le gusta y amar mucho, haciéndoles sentir ese amor a tus seres queridos. Creo que cuando uno hace estas cosas, el mundo que nos rodea, tarde o temprano, se acomoda para no traernos demasiada incomodidad y permitirnos ser felices.

—Para ser tan joven, eres bastante sabia —afirma Nikolai, mitad en broma y mitad en serio.

—¡Es que no soy tan joven! —le responde divertida.

—Pues yo no me doy cuenta de tu edad. Siempre te veré como el día que te conocí en la piscina.

—Hum, mejor no me recuerdes ese día —dice ella y comienzan a reírse.

El fotógrafo pasa frente a ellos por enésima vez. Nikolai, de improviso, se pone de pie y habla con el hombre. Ella lo adivina: él, fiel a su estilo negociador, le pide un descuento. Cierran trato y en minutos los cuatro posan para la foto. Ella, de vestidito blanco que le vuela el viento; los demás, en traje de baño… todos sonrientes. Son felices. Serlo es una decisión de todos los días.

FIN



VIVIANA RIVERO nació el 1 de febrero de 1966 en Córdoba, Argentina, donde reside junto con su familia. Es abogada por la Universidad Nacional de Córdoba y trabajó como asesora legal de empresas y abogada litigante. Fue fundadora de grupos para el crecimiento y el desarrollo de la mujer. Ha sido productora y conductora de programas televisivos.

Publicó las novelas *Secreto bien guardado* (2010), *Y ellos se fueron* (2011), *Lo que no se dice* (2012), *La dama de noche* (2013), *La magia de la vida* (2014) y *Los colores de la felicidad* (2015), todas con gran éxito de público y ventas. Su libro *Mujer y maestra* obtuvo el Primer Premio de Novela Histórica 2009 del Gobierno de San Luis. En 2011 publicó *10 lugares mágicos de la Argentina*, en colaboración con Lucía Gálvez. En mayo del mismo año fue premiada por la Legislatura de la provincia de Córdoba como artista destacada del año, y en octubre el diario *La Voz del Interior* la nominó “cordobesa del año” por su actividad literaria. Un cuento suyo figura en la antología ¡Basta! *Cien mujeres contra la violencia de género* (2013).